

# La Revolución Mexicana

TOMO I

1921~1967



VICENTE LOMBARDO TOLEDANO

Vicente Lombardo Toledano

**LA REVOLUCION MEXICANA**  
**1921-1967**

**Tomo I**

Introducción y selección de Gastón García Cantú

Compilación de la obra, Marcela Lombardo

Esta publicación fue realizada por el Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución Mexicana, órgano consultivo de la Secretaría de Gobernación, cuyo titular es el Lic. Manuel Bartlett Díaz.

INEHRM

*Mtro. José Luis Barros Horcasitas*  
Vocal Ejecutivo

*Lic. Carlos León y Ramírez*  
Director de Difusión y Divulgación

*José Luis Tello*  
Diseño de portada

*Silvia A. Peláez*  
Cuidado de la edición

El material de esta edición forma parte del Fondo documental de la obra de Vicente Lombardo Toledano constituido por el Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales que lleva su nombre, y que es un organismo dependiente de la Secretaría de Educación Pública.

Derechos reservados © 1988 por  
Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de la Revolución Mexicana

Donceles Núm. 39  
C.P. 06010 Delegación Cuauhtémoc  
México, D.F.

ISBN. 968-805-445-3 obra completa  
ISBN. 968-805-443-7 Tomo I

# INDICE

## Tomo I

	<u>Pág.</u>
PRESENTACION . . . . .	IX
INTRODUCCION . . . . .	XIII
 <b>1921</b>	
El verdadero problema: dotar a los pueblos de tierras que no han sido suyas . . . . .	3
 <b>1928</b>	
La importancia jurídica de la Revolución Mexicana . . . . .	11
 <b>1929</b>	
La mentira del federalismo y la ideología revolucionaria . . . . .	15
El 19o. Aniversario de la Revolución . . . . .	21
 <b>1930</b>	
Revolución y cultura . . . . .	25
El peligro de un neo-porfirismo con el pretexto de la reconstrucción nacional . . . . .	29
El sentido humanista de la Revolución Mexicana . . . . .	33
 <b>1932</b>	
La bancarrota de la Revolución . . . . .	49

**1934**

¡El camino está a la izquierda! . . . . .	61
Máximas para los revolucionarios mexicanos . . . . .	77
La edad de la Revolución Mexicana . . . . .	79

**1935**

Lo que vive y lo que ha muerto de la Constitución de 1917 . . . . .	83
---	----

**1936**

La bandera mexicana y el proletariado . . . . .	87
El sentido de la proporción en la vida internacional . . . . .	95
Las ideas exóticas en la evolución histórica de México . . . . .	99
La conversión de los revolucionarios mexicanos . . . . .	105

**1937**

El veinte de noviembre . . . . .	109
----------------------------------	-----

**1938**

Una aportación ideológica yanqui al programa de la Revolución . . . . .	115
El Partido de la Revolución Mexicana . . . . .	119
La Revolución Mexicana cumple su destino de liberación nacional . . . . .	129
Nuestra Revolución cumple 28 años . . . . .	131
El ejército nacional y la Revolución Mexicana . . . . .	135

**1939**

El movimiento obrero y la juventud . . . . .	143
La Revolución Mexicana . . . . .	155
La juventud mexicana y la Revolución . . . . .	159
La educación socialista, producto legítimo de la Revolución Mexicana . . . . .	165

**1940**

Los enemigos de la Revolución . . . . .	175
---	-----

	Pág.
La Bandera Nacional . . . . .	185
La mujer mexicana y la Revolución . . . . .	193
La Revolución Mexicana será invencible mientras sus fuerzas permanezcan unidas . . . . .	201
La integración de la nacionalidad . . . . .	209

## 1941

La Revolución es la única capaz de edificar un México independiente y próspero	219
Lo que vive y lo que ha muerto del pasado . . . . .	229
En qué consiste la democracia mexicana y quiénes son sus enemigos . . .	233
La Bandera Nacional no debe ser bandera de partido porque está por encima de facciones . . . . .	249

## 1943

Definición de la nación mexicana . . . . .	257
Presente y porvenir. Lo que los trabajadores y el pueblo de México deben saber	271
La Revolución Rusa y la Revolución Mexicana . . . . .	301
El Estado y la Iglesia. La Revolución y la religión. Progreso y retroceso . .	327

## 1944

Nuevo programa del sector revolucionario de México . . . . .	339
--	-----

## 1946

Movilización total del pueblo para aplastar la ofensiva reaccionaria . . .	367
--	-----

## 1947

Objetivos y táctica del proletariado y del sector revolucionario de México en la actual etapa de la evolución histórica del país . . . . .	393
---	-----

# Presentación

Es muy común escuchar o leer de los exégetas de un autor o una corriente de pensamiento opiniones acerca de su obra o su trascendencia como tareas que están “todavía por hacerse”, o que de la biografía de tal o cual personaje de la historia de un país “resultaría la síntesis de la historia en una etapa determinada”. Consideramos que esta manera de concebir el quehacer del historiador es, por demás, justificativa, pues expresa una supuesta imposibilidad para realizar el trabajo que se desea.

De lo anterior se podría deducir, por lógica simple, que la historia de México tampoco está hecha. Siguiendo este razonamiento, las biografías de grandes hombres como Madero, Carranza, Villa, Zapata, Jara, Lombardo Toledano, Cárdenas, o las de Obregón, Calles, Avila Camacho, etc., no serían equivalentes a hacer la historia de nuestro país. En efecto, tan falsos como linealmente lógicos el primero como el segundo juicios.

En primer término, porque la pretensión de hacer la historia, la biografía, de hacer en último análisis, la verdad sobre algo o alguien, conlleva una consideración muy común entre los que se autonoan científicos, aquella que dice que la verdad es descubrimiento, esto es, quitarle el velo a lo que ha sido hecho, dicho o creado. Tal pretensión refleja la concepción ideológica de la neutralidad e inmutabilidad del conocimiento, de la verdad científica desprovista de toda ideología.

En segundo, porque se apoyan en la vieja idea de hacer historia a través de los iluminados, de los profetas y los guías, como si éstos fueran paréntesis aislados y fortuitos en la marcha inconsciente de la ignorancia de las muchedumbres.

En tercero —y tal vez esto sea lo más importante—, aun en aquellos que tratan de reconstruir y explicar períodos o momentos de la historia, porque estudian a sus personajes aislados de los demás, como si el relacionar a uno con el otro pudiera restar brillantez al propio. Ejemplos hay numerosos, como lo hay también historias, lo que no hay ni habrá, por fortuna, es una sola historia. La historia es devenir; reconstruirla, análisis y síntesis permanentes del proceso dialéctico que la mueve.

La obra de Vicente Lombardo Toledano y los trabajos sobre la obra de Vicente Lombardo Toledano, pensamos, se harán y se reharán mientras exista inquietud por conocer su vida, su acción, su acontecer, su circunstancia y su trascendencia, pues eso sí, fue un hombre que hizo historia y propuso formas para seguirla haciendo.

Este trabajo representa un esfuerzo muy significativo, que además es doble: por un lado, es una compilación de trabajos integrados con un criterio contextual, es decir, a partir de un suceso histórico determinante en el proceso de desarrollo de



México en su etapa moderna: la Revolución Mexicana; y por otro, porque fue realizado con conciencia crítica y espíritu abierto, esto es, por mexicanos que conocen y aman a su patria y rechazan los prejuicios de aquellos que, por desconocimiento o falta de entendimiento, se refugian en el elogio a las figuras estáticas, o esconden su concepción rectilínea de la historia y su falta de rigor metodológico en la crítica ligera.

Pensamos que esta edición de trabajos de Vicente Lombardo Toledano sobre la Revolución Mexicana será una fuente de estudio para quienes, como él lo hizo, luchan por mantenerla a flote, por hacer posible que ésta no se detenga y alcance sus objetivos fundamentales proyectándolos al futuro.

Raúl Gutiérrez Lombardo

# Introducción

## Vicente Lombardo y la Revolución Mexicana

Vicente Lombardo Toledano nació en Teziutlán, Puebla, en 1894 y murió en la ciudad de México en 1968. Hombre de la sierra de Puebla, fueron evidentes sus rasgos indígenas e italianos. Por sobre su generación, la de 1915, destacó por la imaginación, su facultad de síntesis y la puntual memoria, virtudes que le hicieron el mejor expositor de su tiempo. Los asuntos inmediatos, que causan siempre incertidumbre, fueron para él materia de explicaciones asombrosas por la claridad y el íntimo rigor a que los sometía, partiendo de una premisa con dos límites precisos: las causas y su comprobación histórica; la filosofía y la historia fueron medios predilectos de razonar. Explicó a obreros y campesinos, a estudiantes y profesores, los temas más arduos, creando en ellos la certidumbre de la solución o el compromiso de la acción política. Hizo de la plaza pública un aula, y, de ésta, auditorio nunca exaltado. Su argumentación no excedió el cauce de la razón y del conocimiento. La modulación de sus frases parecía seguir el ritmo que va del enunciado a la conclusión. Ningún otro mexicano tuvo, en la exposición teórica, la gracia y el fervor de Lombardo. Luis Enrique Erro fue comedido y claro; sus discursos, al discutirse en el Congreso el Artículo 3º, son ejemplos de limpieza verbal; sin embargo, los de Lombardo perduran, parecen dichos para persuadirnos de la novedad de la enseñanza socialista. La diferencia entre la oratoria brillante y la expresión persuasiva proviene de la organización verbal, que Lombardo poseyó como don cultivado en sus reflexiones sobre los hombres y los problemas de su tiempo: el del ascenso de la Revolución Mexicana.

Por ello los temas de Lombardo fueron los de aquel movimiento a partir de la Carta de 1917. La obra en la democracia; ninguna evocación de las luchas armadas y sí la organización civil de las generaciones. Tal visión de la sociedad hizo de él un educador político. Acaso el sindicato que correspondió a sus predilecciones fue el de los maestros, fundado por él. Los trabajadores fueron el tema de su alegato social. Ningún otro mexicano despertó en los empresarios, como Lombardo, odio no desaparecido. Tenía ante las injurias de que fue sujeto la explicación matizada que procedía de haberles arrancado millones y millones de pesos para los trabajadores.

La CTM, bajo su guía, fue el poder social de la obra política de Lázaro Cárdenas. En la crisis con Plutarco Elías Calles, junio de 1935, Lombardo fue señalado como el autor de la ruptura entre el tiempo de la jefatura de la Revolución y el del presidencialismo, que Cárdenas funda con dos facultades: la que otorga al Ejecutivo la Constitución y la política a través del Partido Nacional Revolucionario. Lombardo vio en Cárdenas al hombre que levantó, de la confusión y la duda, a la Revolución, y Cárdenas, en Lombardo, al intelectual en la lucha revolucionaria. De uno para el otro hubo entendimiento en la obra común. Sin la de Cárdenas, la obra de Lombardo habría sido indicativa y crítica; sin la de Lombardo, la de Cárdenas habría pasado al margen de la explicación que le dio rango preciso y oportuno. La de Cárdenas, según Lombardo, fue la etapa en la cual México liquidó el feudalismo, inició la independencia económica a partir de la reforma agraria, elevó el espíritu de la nación y difundió en el mundo nuestra conciencia de fraternidad. Juárez tuvo cerca de sí a intelectuales que advirtieron los riesgos para el país y explicaron el significado de la independencia; uno de ellos, Ocampo, sacrificó su vida en tal empeño; otro, Zarco, sostuvo en sus escritos la razón de la Reforma; uno y otro, ministros; Lombardo, fuera del poder, lo sostuvo con su palabra, sus escritos y su acción inmediata frente a los desafíos al Estado. Al dejar el Gobierno Cárdenas, declina la presencia de Lombardo. Fue el año 1941. A partir de entonces Lombardo es el maestro de la Universidad Obrera y el crítico de un desarrollo desigual cada vez menos independiente. Once años más tarde su sitio sería el del opositor a través de artículos excepcionales. La reforma política de Adolfo López Mateos lleva a Lombardo, nuevamente, a la Cámara de Diputados, desde la cual reinicia sus proposiciones legislativas, ya constituido su Partido Popular en Socialista.

Lombardo no fue, sólo, un líder de la nación mexicana ni del proletariado de nuestro país. Recobró, en su tiempo, la tradición de los luchadores contra el feudalismo latinoamericano, empeño el cual sostuvo desde 1938, en el cual funda la Confederación de Trabajadores de América Latina hasta su desaparición, 31 de diciembre de 1963. El itinerario de esa obra suya comprende los episodios de la mayor presencia de los sindicatos de América Latina en problemas que, siendo nacionales, tuvieron significación para todos. La conciencia de la lucha contra el fascismo habría sido menor sin las advertencias y los análisis de Lombardo, los argumentos difundidos en los congresos de la CTAL y los señalamientos de las condiciones sociales de los obreros latinoamericanos. La obra mexicana de Lombardo se estrechó con la de nuestros pueblos; en lo sindical es el capítulo moderno de tres épocas de la historia de América: la independencia, la reforma de las instituciones y la lucha contra las dictaduras militares. Ensayos suyos como el de *Bolivia, La Vuelta de Martín Fierro* o proposiciones como su *Balance de la Conferencia Interamericana de Chapultepec* (1945), indican su vasta atención de los problemas comunes. Su labor latinoamericana es inseparable de la de México y reserva al estudioso el conocimiento de asuntos aún actuales. Durante diez años Lombardo asoció la CTAL a la Federación Sindical Mun-

dial, promoviendo la internacionalización de problemas cuya diferencia sólo es de grado social.

Lombardo llevó al sindicalismo la cultura, el razonamiento preciso y la explicación de los hechos sociales en dos aspectos: uno, el de los antecedentes —sin historia no hay política— y, otro, el del análisis inmediato; si en lo primero fueron constantes sus lecciones de la historia nacional; en lo segundo fue guía ante problemas inexplicables. *Definición de la Nación mexicana*, por ejemplo, contiene su teoría de las tres revoluciones históricas de nuestro país, la cual ha permitido contemplar el pasado social como un proceso que se recobra en los móviles de la lucha definidos en 1810, 1857 y 1910, a través de la causa que los enlaza: la demanda de tierras. La teoría de las tres revoluciones tuvo, antes de la exposición de Lombardo, dos antecedentes: el de un obrero textil, Abraham Trujillo, quien en su discurso en 7 de diciembre de 1907, durante las grandes huelgas iniciadas en 1906; dijo: “México ha tenido sólo dos revoluciones: Independencia y Reforma; hoy se inicia la tercera con este conflicto: Dinero y Trabajo”, y la de Luis Cabrera, en noviembre de 1935: “Quizás no es la Revolución de 1910 más que la continuación de la Guerra de Independencia y de la Guerra de Reforma”; expresiones las cuales indican que la interpretación de la historia nacional a través de las tres revoluciones populares, era idea mas no teoría que abarcara, como lo hizo Lombardo en 21 de enero de 1943, la historia nacional. De una tentativa teórica provienen las explicaciones perdurables. A Lombardo debemos no pocas por su vasta cultura y su formación lógica; en sus años escolares, en la *Inductiva y Deductiva* de Porfirio Parra (texto en la Escuela Nacional Preparatoria), que Lombardo encomiara, y después, en el tiempo de sus rectificaciones, en la dialéctica.

Lombardo vivió con intensidad la transformación social de nuestro país, de su juventud a su madurez, como cambios de su propio destino. En su carta a Henri Barbusse —breve autobiografía, como la de Hume—, le dijo: “Mi padre perdió su fortuna a causa de los trastornos producidos por la Revolución, al entrar yo en la Facultad de Derecho. Se convirtió otra vez en asalariado, sin amargura y sin protestas. Fue, hasta su muerte, mi mejor aliado y mi mejor amigo. Yo trabajé para seguir estudiando”. En 1918, Lombardo asiste a la fundación de la CROM y propone que se establecieran universidades populares en el país. La primera Universidad Popular no la crearía la CROM sino el Ateneo de la Juventud, bajo la dirección de Alfonso Pruneda. Lombardo, que sería su secretario y conferenciante, establece la continuidad de un empeño cultural que va del Ateneo de 1909 al de los primeros años de la Constitución de 1917. Reyes, al recordar el pasado inmediato del país, escribió: “El 13 de diciembre de 1912 fundamos la Universidad Popular, escuadra volante que iba a buscar al pueblo en sus talleres y en sus centros, para llevar, a quienes no podían costearse estudios superiores ni tenían tiempo de concurrir a las escuelas, aquellos conocimientos ya indispensables que no cabían, sin embargo, en los programas de las primarias. Los periódicos nos ayudaron. Varias empresas nos ofrecieron auxilios. Nos

obligamos a no recibir subsidios del Gobierno. Aprovechando en lo posible los descansos del obrero o robando horas a la jornada, donde lo consentían los patrones, la Universidad Popular continuó su obra por diez años: hazaña de que pueden enorgullecerse quienes la llevaron a término. El escudo de la Universidad Popular tenía por lema una frase de Justo Sierra: “La Ciencia que protege a la Patria”.

El 5 de septiembre de 1916, “siendo las once de la mañana —se dice en el acta correspondiente—, se reunieron en la biblioteca de la Escuela Nacional de Jurisprudencia”, Alfonso Caso, Antonio Castro Leal, Manuel Gómez Morín, Vicente Lombardo Toledano, Jesús Moreno Baca, Teófilo Olea y Alberto Vázquez del Mercado, y acordaron: 1. Fundar una sociedad con el fin de propagar la cultura entre los estudiantes de la Universidad Nacional de México. 2. La sociedad se llamará “Sociedad de Conferencias y Conciertos”. 3. Constituirse en socios fundadores reservándose el derecho de invitar a las personas que den conferencias. La generación de “Los siete sabios”, se había formado. Cuatro días después, en el salón de actos del Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnología, los lunes, martes y viernes y los miércoles y jueves en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, la Sociedad inició sus labores. Es importante conocer los temas del primer programa en aquel mes de septiembre: Castro Leal, *¿Qué es el socialismo?*; Vicente Lombardo Toledano, *Posibilidad del socialismo en México*; Alfonso Caso, *El concepto de justicia*; Manuel Gómez Morín, *Las instituciones democráticas en México*; Teófilo Olea, *La educación popular en México*, y Jesús Moreno Baca, *Asociaciones obreras*.

Aquella generación, la de 1915, según la definió Gómez Morín en 1926, dio un paso más al proponer la autonomía de la Universidad Nacional.

En la xxvii Legislatura, en 1917, la ley de Secretarías de Estado comprendía la reorganización del Poder Ejecutivo. En la Comisión de Puntos constitucionales y de Instrucción Pública se expuso el criterio siguiente: “Se establece el Departamento Universitario de Bellas Artes en la forma propuesta por el Ejecutivo, y no como dependiente de la Secretaría de Estado, porque, según el espíritu de la Constitución, no debe depender la instrucción pública de ningún Ministerio, sino de una manera directa del jefe del Gobierno de la Nación. En efecto, si según el artículo 73, fracción xxvii, de la Constitución General es facultad del Congreso de la Unión el establecimiento de escuelas profesionales de investigación científica, de Bellas Artes, museos, etc., entre tanto esos establecimientos se sostienen por iniciativa particular; creados esos institutos, no pueden gozar de independencia absoluta, sino que deben estar bajo la vigilancia del poder público; y como tales instituciones tienen o pueden tener jurisdicción en toda la República, el único Poder que tiene competencia para ejercer esa vigilancia es el Ejecutivo, mientras la iniciativa particular procura crearlos y sostenerlos”.

Conforme tal exposición, la Universidad Nacional quedaba, en la ley respectiva, como dependencia directa del Ejecutivo. El Artículo 1º incluyó, como departamentos, al Universitario y de Bellas Artes, el de Salubridad Pública y el de Aprovevisionamientos

Generales. Correspondían al Universitario las escuelas de Jurisprudencia, Medicina, Odontología, Ingenieros, la Facultad de Ciencias Químicas, el Museo de Historia Natural y el Instituto Geológico.

No obstante, la Cámara de Senadores había incorporado a la Secretaría de Gobernación el Departamento Universitario, quedando la situación jurídica de la Casa de Estudios indefinida: de una parte, en Gobernación; de otra, en el Ejecutivo, de manera directa y en el proyecto de Venustiano Carranza, autónoma. Así lo publicó la propia Universidad en el número 1 de su *Boletín*: la Universidad, libre, corresponderá “a los altos fines para que fue creada, subsistiendo ajena a las fluctuaciones de la política, independiente del poder público, libre de toda intervención oficial y sin las limitaciones, la esclavitud burocrática y la tutela ministerial con que fue establecida en 1910”, conforme lo asentó Carranza en el proyecto que se discutía en octubre de 1917.

Después de los discursos de Aurelio Manrique y José Siurob, el día 2, Alfonso Caso, Vicente Lombardo Toledano, Manuel Gómez Morín, Alberto Vázquez del Mercado y Antonio Castro Leal, dijeron a la Cámara de Diputados lo que sigue: “La representación de los estudiantes universitarios nombrada por el «Congreso Local Estudiantil del D.F.» para informar a la H. Cámara de Diputados en el asunto de la Universidad Nacional; desea tener una plática sobre esta cuestión con los señores diputados miembros del «Partido Liberal Constitucionalista». Y, al efecto, ruega a Uds. se sirvan, si a bien lo tienen, asistir mañana a las 10:30 a.m., al Salón Verde de la H. Cámara de Diputados o en caso de que esto no sea posible, indicarnos el día, la hora y el lugar en que pueda tener efecto dicha plática.

“Protestamos a Uds. las seguridades de nuestra consideración muy distinguida.”

El día 4 de ese mes dirigieron ellos otro oficio a la Cámara de Senadores y el 5, en la de Diputados, se dio a conocer su petición. Los miembros del Partido Liberal Constitucionalista debieron acudir a la reunión con Lombardo y sus condiscípulos, el escrito citado tiene al calce esta frase: “Hacemos nuestro el anterior escrito”. Jesús Urueta (Presidente de la Cámara en septiembre), Julio Zapata, José Siurob, Juan Zubaran Capmany, Alberto Román, Luis Sánchez Pontón y José López Lira.

El asunto de la Autonomía entró, por ello, al mayor debate. Años después, Lombardo —en julio de 1962— recordaría aquellos sucesos en una conferencia leída en la Universidad de Puebla: *La educación universitaria en México (De la cátedra y el porvenir*, UAP, 1984).

En el Diario de los Debates (septiembre-octubre de 1917), constan las discusiones sobre la autonomía de la Universidad Nacional. Dos discursos son memorables: el de Luis Cabrera y el de Jesús Urueta por sus posiciones contrarias. El de Cabrera es el alegato de un abogado que juzga la probabilidad de la autonomía en las condiciones sociales y políticas de aquel tiempo; el de Urueta, calificado por Lombardo de “maravilloso”, atendía a un problema cultural.

La generación de los “Siete sabios” realizó dos actos importantes en la Universidad: a través de la Sociedad de Conferencias y Conciertos, la difusión de la cultura, la cual, en la Ley orgánica de 1945, cuyo autor principal fue Alfonso Caso, aparece

como la tercera obligación de la Universidad, y la autonomía que se alcanzaría, bajo otras condiciones, en 1929. Sin embargo, de haber tenido en cuenta la generación de ese año el empeño y las proposiciones de la de 1915, la idea de la autonomía, más allá de lo definido en 1929, logró plenitud en 1945 por un hombre, como Alfonso Caso, de la generación de Lombardo y de Gómez Morín. En el oficio de 1917 decían aquellos estudiantes: "A ustedes (los diputados), respetuosamente, pedimos que, al considerar el artículo relativo de la Ley Orgánica de las Secretarías de Estado, acuerden, si lo juzgan viable, la autonomía de la Universidad, sin más obligación que la de rendir anualmente un informe de su marcha administrativa, al Congreso de la Unión". La autonomía estaba, aun en los términos administrativos, conceptuada.

En 1919 Lombardo terminó sus estudios profesionales. Gobernaba Venustiano Carranza bajo el asedio político de Alvaro Obregón. Un año después se desató la furia contra Carranza en los escritos de José Vasconcelos, principalmente. En 21 de mayo, do Venustiano fue asesinado en Tlaxcalantongo. En el Distrito Federal se nombra a Celestino Gasca, gobernador y éste invita a Lombardo a su secretaría. Nuevos tiempos de confusión: se borra la obra de Carranza y, a la vez, se da paso a las acciones sociales. El Primer Congreso Agrario, en Ixtapalapa, es una de ellas. Lombardo, en una de las sesiones en las cuales se revisa la posesión de la tierra por los pueblos aledaños a la ciudad de México, lee la que sería una proposición trascendente: repartir la tierra a los campesinos que la necesitaran y no, únicamente, restituirla a los pueblos. La demanda de Emiliano Zapata se ampliaba bajo las circunstancias surgidas de la lucha armada. El texto del ensayo de Lombardo abre, en lo agrario, una etapa distinta sin la cual habría sido difícil la reforma agraria: no todos los grupos campesinos tenían asentamientos antiguos. Lo que era común en el Altiplano del país no lo era en otras partes de la República.

Lombardo divide su trabajo en el gobierno del Distrito y en la Universidad. El 1º de marzo de 1922 fue nombrado director de la Escuela Nacional Preparatoria con un sueldo de 18 pesos mensuales. El día 7, "séptimo profesor adjunto" en la Facultad de Leyes e interino de Historia de las doctrinas filosóficas, por licencia del titular, Carlos Díaz Dufoo Jr., autor, hasta entonces, de *Ensayo para una estética de lo cursi* (La Nave, 1916). Lombardo y Díaz Dufoo habrían de coincidir, además, en la revista *México Moderno*, fundada por Enrique González Martínez. En el número 3, Díaz Dufoo publicó un breve *Diálogo* dedicado a Julio Torri, y Lombardo un ensayo, también dialogado, *El eterno problema del bien* que fue, según anotación suya, transcripción de la polémica final en una cátedra de ética, sostenida por los alumnos para construir un sistema moral; ficción que no ocultó la intención de que los dialogantes sean *Antonio* (¿Caso?) y *Pedro* (¿Henríquez Ureña?). Es interesante comparar uno y otro ensayos sobre una preocupación común: la moral en quienes, como Lombardo y Díaz Dufoo, impartieron el mismo curso en la Preparatoria. En 1922 Lombardo organizó el Primer Congreso de Escuelas Preparatorias de la República para discutir los nuevos problemas de la enseñanza, en cuanto al método y su relación social. El tiempo obligaba a compromisos diferentes a los definidos por



Sierra: no hacer prosélitos por la instrucción o por el presupuesto. El propósito de Lombardo fue distinto: "Lo que la Escuela Nacional Preparatoria desea en suma realizar, podría encerrarse en estas palabras: la obra de hacer fecundos los espíritus jóvenes de hoy, para que de ellos surja inmediatamente un juicio claro, humano y libre sobre la existencia que borre para siempre las equivocaciones de la investigación pasada y de los juicios pretéritos sobre el mundo y sobre la vida..." Y la Declaración final, en la que se advierte el móvil que anunciaba el cambio del propio Lombardo: "1º El estudiante de las escuelas preparatorias de la República Mexicana deberá considerar como un deber ineludible de toda su vida, el de contribuir por cuantos medios estén a su alcance a que las instituciones públicas de su patria se conviertan por definición y por propósito en agencias de garantías humanas en donde se imparta la verdadera justicia social que no debe seguirse definiendo como la función de resolver conflictos privados sino como la misión noble de ayudar a que cada hombre realice su misión en la vida y como la tarea de coordinar todos los esfuerzos individuales, de tal suerte que todos produzcan y que el fruto de este esfuerzo concreto y general sea para todos los productores, y sólo para su productores verdaderos". Era el Lombardo de la transición hacia un concepto diferente de la sociedad. La crítica la iniciaría en la CROM, en su labor educativa y en la revisión de sus conceptos fundamentales, como los expusiera en su polémica con Antonio Caso 13 años después.

En 1922 Lombardo era espiritualista. En su posterior cátedra de moral, y más tarde en su libro *Ética* (1922) afirmarí­a que, a la luz de la filosofía, las tesis del materialismo dialéctico eran falsas. A Barbusse confió el hombre que fue en aquellos años: "De la lucha social (en la CROM) inferí la teoría de la social-democracia; del ambiente universitario recibí la doctrina del socialismo cristiano". Es decir, ni materialismo histórico ni materialismo dialéctico. La política, derivada de su labor obrera, lo llevó al Partido Laborista Mexicano y, por éste, ante una crisis local, al gobierno interino del Estado de Puebla, en 1923; a regidor del Ayuntamiento de la ciudad de México, en 1924; diputado al Congreso, en 1926. Lombardo cumplió ese itinerario político sin abandonar su profesorado, sus estudios personales y su obra crítica en el periodismo. Al llegar el año 1928 las cosas cambiaron de manera imprevisible: asesinan a Obregón, presidente reelecto para suceder a Plutarco Elías Calles; la violencia, persecución y muerte de algunos generales, el interinato de Emilio Portes Gil, el fin del conflicto religioso mediante el acuerdo verbal del presidente con el Episcopado, la autonomía de la Universidad, por la cual Lombardo había luchado con su generación desde 1917, y la ruptura del grupo gobernante en 1929: la rebelión del General Gonzalo Escobar, la aparición pública de Lázaro Cárdenas en esa campaña militar, la fundación del PNR, la proclamación servil de Calles como "jefe máximo" de la Revolución y la pugna política de José Vasconcelos contra Pascual Ortiz Rubio, por la presidencia de la República. En ese tiempo, 1926, fecha de la rebelión cristera y del asedio del gobierno de Calvin Coolidge a nuestro país, Lombardo publica un notable libro por la

novedad de su tema: *La libertad sindical en México*. Un año más tarde, cuando la intromisión de los Estados Unidos iniciaba la era política, postergadas las invasiones armadas después de la de 1914, Lombardo da a conocer un punto de vista distinto al de la crítica del imperialismo: *La Doctrina Monroe y el movimiento obrero*. Libro el cual reserva el conocimiento de no pocos hallazgos teóricos de Lombardo, aún actuales; el siguiente, por ejemplo: “El dilema para los trabajadores de la raza blanca es: organizarse con el *peón chino*, o aceptar el estado de *peón chino*, que es para la mayoría de los hombres de la raza blanca, la última condición del hombre, la más humillante”. O esta otra: “La Revolución de 1910 tiene esta importancia capital: ha sido y es un descubrimiento de que México puede y debe formarse por los mexicanos. Esto no quiere decir que cerremos la puerta al extranjero y a lo extranjero; pero significa que mientras esperemos y aceptemos que todo venga del extranjero (desde el maíz hasta los libros de texto para las escuelas primarias), estamos trabajando para el imperialismo”.

Lombardo había fijado su destino en la lucha de los trabajadores. Tal fue el móvil de su filiación en la CROM y en el Partido Laborista Mexicano. Pudo alcanzar cargos importantes en el Gobierno de Obregón, pero sólo aceptó el interinato del de Puebla, en cuyo Colegio del Estado impartiría clases en Derecho. Alfonso Caso tendría a su cargo el departamento agrario —la única vez que fueron atendidas las demandas de tierras por los campesinos de ese Estado— y Pedro Henríquez Ureña las lecciones de literatura, cuyo programa estuvo vigente en la educación de varias generaciones. La tentativa civilizadora de Lombardo duró 10 meses. Los dueños de las fábricas textiles, todos ellos españoles, pidieron a Obregón que removiera a Lombardo del gobierno por su inclinación a los trabajadores en las primeras demandas laborales.

Lombardo, con su amigos, retorna a la capital del país y continúa como profesor en la Universidad Nacional, 1931. Alfonso Reyes era embajador de nuestro país en Brasil y Lombardo le confía, en una carta de julio 25, lo que era profesionalmente y lo que procuraba ser: “Me ofrecieron la Rectoría de la Universidad Nacional; pero la rehusé, porque eso me hubiera impedido seguir luchando al lado de la organización obrera a la que he dedicado toda mi vida. Me propongo organizar en breve plazo un centro de estudios sociales para el conocimiento científico de los problemas de la época y, además, una escuela importante para adoctrinar a los obreros jóvenes, la generación actual está podrida y necesitamos preparar nueva gente para mañana, cuando México se vea obligado a seguir la corriente renovadora, que la impondrá el mundo exterior, porque no creo en nuestra renovación mexicana por muchos años”.

Lombardo, como los reformadores mexicanos del siglo XIX, advirtió que la lucha social, en nuestro país, es inseparable de la obra educativa. La fundación posterior de la Preparatoria “Gabino Barreda” y de la Universidad, tuvo ese origen intelectual confiado a Reyes, quien, por ese tiempo, escribió su *Discurso por Virgilio* en el que indica, en ocasión de celebrarse el milenario del poeta, la raíz virgiliana de Miguel Hidalgo y de sus afanes por la educación. Lombardo enlazó en su vida y en su obra antiguas y nuevas corrientes culturales y políticas, por ello los resultados de su em-

peño fueron sostenidos y por ello, no sin paradoja, fue un hombre solitario. Pocos, muy pocos, hasta nuestros días, entendieron y comprenden ahora la dirección de su obra.

Lo que Lombardo reflexionó en los años de 1928 a 1932 consta en sus discursos, los cuales adquirieron, en el último año, un nuevo espíritu por la estricta definición de sus ideas. Sin duda el discurso que separa en dos partes la vida de Lombardo y su papel político es el que dijo el 23 de julio de 1932 a invitación de la Unión Tipográfica de la República Mexicana, para comentar el resultado del convenio de los trabajadores del periódico *Excelsior* con la entonces empresa.

Lombardo expresó, en esa ocasión memorable, algo más que un punto de vista ocasional, al referir la permanencia del régimen del porfiriato. Es el discurso que escinde la era de Calles de la que sería la de Cárdenas. En la plenitud política del "maximato" de Calles, el gobierno de Ortiz Rubio, de un hecho aislado y en apariencia intrascendente, Lombardo descubre el tema fundamental para hacer ver a los trabajadores que las condiciones de su vida, a pesar de la Revolución y de las nuevas leyes, eran idénticas a las de los obreros de la dictadura.

Lombardo establece, en el Pacto firmado por la Casa del Obrero Mundial con Venustiano Carranza, el sentido de la Revolución: transformar de raíz el pasado del país, lo cual sólo podían lograrlo, por haberlo fijado, los trabajadores en ese texto.

"La tierra, dijo Lombardo, debe ser una institución pública; la tierra no puede ser privilegio de nadie; la tierra debe ser una función social. La industria no debe ser, tampoco, profesión libre; la industria debe tender a realizar el beneficio colectivo. Estas ideas centrales del pacto con Carranza, no expresadas en la forma de definición que acabo de emplear, pero contenidas implícitamente en el documento, fueron objeto de una propaganda intensa desde la tribuna de la Casa del Obrero Mundial. Todo el mundo sabe en México que desde los primeros años en que el movimiento obrero se organizó, no había un solo miembro de un sindicato, por humilde que fuera, que no supiera bien la doctrina socialista, y que no pudiera analizar en cualquier momento el valor de los acontecimientos del día."

Lombardo define a los gobiernos mexicanos, de 1910 a 1931, como gobiernos burgueses; en consecuencia, el deber de los trabajadores era el de contribuir a la transformación del sistema capitalista.

"La clase obrera mexicana, afirmó Lombardo, independientemente de los motivos que han producido su división, sin tomar en cuenta las causas que a veces la separan, se encuentra en la actualidad frente a este problema: la Revolución se inició con dos leyes de garantía para el proletariado: la Ley Agraria y la Ley Obrera; pero no ha avanzado una pulgada después de esos primeros pasos. La Revolución hace mucho tiempo está detenida —advértase que tal concepto tuvo cabal sentido en 1931 antes de la obra política y social del gobierno de Cárdenas, y no posteriormente en lo que ha sido resultado de la contrarrevolución para suprimir las reformas derivadas de la Constitución—, y está detenida porque no se hizo de ella un movimiento que empezó

bien y que por falta de desarrollo, por falta de impulso, por falta de realización de su propósito, se fue esterilizando a sí misma cada vez más hasta aniquilarse.”

Lo que Lombardo señaló en la circunstancia de aquel año fue lo que Cárdenas, apoyado por el ala izquierda del PNR y las demandas de los campesinos y los trabajadores, llevó al cabo: destrabar los derechos obreros de la política que los impedía y repartir las tierras a los campesinos en dos aspectos: restituírselas por los despojos padecidos y dárselas a quienes carecían de ellas, de allí la vinculación de ese gobierno con los movimientos obrero y campesino y la transformación del campo y las ciudades de nuestro país. El primero rompió con la CROM —el callismo en los sindicatos—; el segundo, desbarató el feudalismo social y económico de la agricultura.

Lombardo surge, en 1932, como el futuro dirigente obrero cuyo análisis de la situación proviene del conocimiento histórico de México y del método dialéctico para señalar los efectos sociales. El prepara, en el movimiento obrero, las condiciones que harían posible una vía política para resolver antiguos problemas. Lo que propuso a los trabajadores lo hizo, en su crítica académica, en la Universidad. Su tesis, en lo general, la expuso en ese discurso memorable: *El camino está a la izquierda*.

Las palabras finales de Lombardo señalaron el futuro inmediato de aquella época de nuestro país: “Yo creo, camaradas, que en momento mismo en que la clase obrera actúe a la izquierda, desde ese mismo momento empezará, aunque sea tarde, a constituir una realidad la Revolución Mexicana”.

1933 es el año singular de la vida de Vicente Lombardo Toledano. Tiempo de su ruptura con la CROM a través de las organizaciones sindicales representadas por él y del pacto con la Federación Sindical de Trabajadores del Distrito Federal, cuyos dirigentes serían, más tarde, los de la CTM: Fidel Velázquez, Jesús Yurén, Fernando Amilpa y Alfonso Sánchez Madariaga, entre otros; año, aquel, en el cual recibe el grado de doctor en Filosofía con una tesis de excepción: *Geografía de las lenguas de la Sierra de Puebla*. Tiempo de la fundación de la Escuela Preparatoria “Gabino Barreda” —la nostalgia académica de la Nacional Preparatoria y de su fundador, asociado su espíritu civilizador a la dialéctica de los nuevos días—, más tarde Universidad hasta la fundación del Politécnico Nacional en que pasó a ser Universidad Obrera; nuevamente director de la Preparatoria por votación del Consejo universitario, entonces dominado por alumnos y profesores, frente a la postulación de Antonio Díaz Soto y Gama, quien había hecho del Consejo una imitación grotesca de las asambleas revolucionarias; dirigente, además, de la Confederación General de Obreros y Campesinos (CGOCM) en la que se anunció el ascenso político de los trabajadores. Tiempo, finalmente, de la polémica con su maestro Antonio Caso, la cual marca, hasta nuestra época, el límite entre la libertad de cátedra y la enseñanza central del marxismo: materialismo dialéctico y materialismo histórico.

En 1963 Lombardo recordó su actitud en aquellos días de 1933:

“Mi contacto con la clase obrera a través de la Universidad Popular Mexicana, creada por el Ateneo a iniciativa de Pedro Henríquez Ureña; pero que sólo empezó a

funcionar normalmente desde que fui nombrado secretario de la Institución por el doctor Alfonso Pruneda y el ingeniero Alberto J. Pani, cuando ingresaba a la Facultad de Jurisprudencia y en la Escuela de Altos Estudios (antecedente inmediato de la de Filosofía), aumentaba mi confusión conforme iba escuchando a mis maestros. No podía rebatir sus ideas entonces, porque ningún estudiante está capacitado para ello; pero ante mis ojos, mis oídos y mi reflexión se extendía una realidad social convulsa, para analizar la cual las enseñanzas que recibía en la Universidad no eran satisfactorias...”

Tal antecedente académico explica el tránsito de Lombardo del espiritualismo al materialismo, no sin examinar los aspectos fundamentales para aceptar una visión distinta del conocimiento de la realidad que, en él, fue alterna a la de su experiencia con los problemas de los trabajadores. La sociedad y la filosofía fueron, en aquella época, sus preocupaciones cotidianas.

El escrito en el cual definió su actitud, *El sentido humanista de la Revolución Mexicana*, lo publicó en 1930. Es visible la influencia de Pedro Henríquez Ureña no sólo en el texto que Lombardo cita y el cual, además, poseía inédito: *La cultura de las humanidades* (1914), sino en la interpretación que hizo Lombardo de dos movimientos que renovaron el país en 1910: la obra de los intelectuales del Ateneo de la Juventud y el de los “parias iluminados (que) ardían en el fuego de la doctrina anarquista. Mientras los restauradores de la filosofía demolían con la conferencia (1910) las tesis darwinista, burguesa, de la vida social, los otros luchaban con la palabra y el fusil por derrocar las instituciones burguesas. Los unos invalidaban el régimen en sus cimientos más hondos, los otros acometían la empresa de derribar el edificio mismo de la dictadura. Tareas semejantes que la historia no debe dejar de valorizar unidas”.

El ensayo de Lombardo contiene, en la visión de la lucha social y académica, una vía aún inédita para conocer el estado de la conciencia hacia principios de este siglo y cuáles fueron los valores impugnados a la dictadura. Además de esclarecer la visión de su juventud a través de la conferencia de Henríquez Ureña: “Los que cursábamos el primer año de la Preparatoria en 1910 (Lombardo tenía 16 años), y que por diversas circunstancias no nos dábamos aún cuenta exacta de las quejas amargas de las masas, al llegar a la cátedra del maestro Caso oímos la revelación de nuestro pasado histórico y adquirimos la noción clara de nuestro deber de hombres y la confianza en la consecución de los designios del espíritu. Este beneficio enorme —dígolo por mí— no podemos pagarlo con nada en la vida. Aprendimos a amar a los hombres filosóficamente, que es la manera de amarlos para siempre, a pesar de algunos hombres, y por eso nos sumamos sin condiciones a la causa del proletariado...”.

Henríquez Ureña y Lombardo tuvieron correspondencia frecuente; el primero desde Buenos Aires; Lombardo, refiriéndole las cosas de nuestro país. Es valioso un párrafo de la carta de Lombardo de agosto de 1931, porque revela su respuesta ante la situación del país gobernado por Pascual Ortiz Rubio a la sombra de Calles, así como las consecuencias de la crisis capitalista del 29 en nuestro país.

“Recibí, escribió Lombardo, una impresión muy dolorosa de mi pueblo (Teziutlán), al regresar: nunca lo había visto tan mal vestido y con el aire de fatiga moral tan grande que se advierte aquí hoy, en el rostro de todo el mundo. La crisis económica es fuerte; pero la crisis moral es más grave aún. Nadie sabe hacia dónde camina el país; el Gobierno es cada vez más ineficaz y, lo que es más serio todavía, no da muestras de preocuparse por hallar un camino. Nuestros intelectuales ya no existen ni en grupo ni como individuos: se han empequeñecido tanto que dudo aun de la posibilidad de que se forme una generación mejor que la presente. De las fuerzas organizadas de México sólo queda la obrera. Esta, por fortuna, a pesar de que se halla desorientada un tanto, no ha perdido su espíritu de lucha y mantiene con gran brío su inconformidad, por hoy latente, por la situación. El clero pretende rehabilitarse y sigue haciendo una gran propaganda, utilizando todos los pretextos y ocasiones propicias, pero dudo que vuelva a adquirir verdadera importancia política”.

Lombardo advertía, en esa época, que la única fuerza social capaz de iniciar la transformación del país era la de los obreros. Es interesante que en un pueblo como lo era Teziutlán en aquel entonces, no hubiera contemplado la inconformidad de los campesinos. No obstante, en varios lugares se manifestaba: en Yucatán y el Noroeste. En los campesinos y en los trabajadores Cárdenas encontraría el móvil del cambio social frente a la situación creada por el “maximato” y el predominio de los intereses norteamericanos. El momento de iniciarlo sería en 1933 y en ese año, precisamente, Lombardo da principio a la ruptura con las condiciones espirituales de México en el Congreso Universitario, como jefe que fue de una de las comisiones. La *Conclusión tercera* decía lo que sigue: “La Historia se enseñará como la evolución de las instituciones sociales, dando preferencia al hecho económico como factor de la sociedad moderna; y la Ética, como una valoración de la vida que señale como norma para la conducta individual el esfuerzo constante dirigido hacia el advenimiento de una sociedad sin clases, basada en posibilidades económicas y culturales semejantes para todos los hombres”.

La oposición de Antonio Caso, a la tercera conclusión del Congreso, dividió para siempre la concepción de la comunidad cultural, que es toda universidad, en los fines fundamentales: enseñar e investigar sin declarar, *a priori*, un credo, una teoría científica, una filosofía, lo cual orienta los estudios y la enseñanza hacia un sistema social. Caso fue muy claro al respecto: “Yo estoy conforme en una orientación de la Universidad hacia los problemas sociales, y lo declaro con toda la amplitud y la fuerza de mi espíritu; pero no estoy conforme con la consagración de un sistema social definido, el colectivismo, como credo de la Universidad. Ahora bien, los autores de este proyecto han sostenido un credo o un sistema colectivista, porque, aunque no se digan las cosas, con las palabras que regularmente las nombran, las cosas existen cuando están puntualizadas como aquí se puntualizan. Yo diría: como institución de cultura la Universidad de México, dentro de su personal criterio inalienable, tendrá el deber esencial de realizar su obra humana ayudando

a las clases proletarias del país en su obra de exaltación, dentro de los postulados de la justicia, pero sin preconizar una teoría económica circunscrita, porque las teorías son transitorias por su esencia, y el bien de los hombres es un valor eterno que comunidades e individuos necesitan tender a conseguir, por cuantos medios racionales se hallen a su alcance. Es decir, yo pienso que si esta Casa de Estudios cierra sus oídos y el corazón y la inteligencia al bien de todos, esta casa de estudios se volverá una momia. México seguirá haciendo su cultura social fuera de las aulas, porque los pueblos tienen que vivir, y si no vive intelectual y culturalmente dentro de las paredes de la Universidad, vivirá afuera; y entonces la Universidad, frente al pueblo, será un ludibrio, y como el pueblo es la fuerza, como el pueblo es la inteligencia suprema, la comunidad de cultura sufrirá el desprestigio concomitante a su actitud negativa o simplemente restrictiva frente a las condiciones de la humanidad y de la justicia. Por tanto, yo admito la orientación, pero no la definición de un credo socialista definido”.

La cita, si larga, es necesaria. Con el tiempo se han deformado conceptos y actitudes.

Lombardo, por su parte, dijo: “...no estamos de acuerdo con la explicación que el maestro Caso nos ha hecho. Porque creemos que la Universidad es institución de cultura, de investigación y de enseñanza, precisamente por ello creemos que dentro de la tarea de enseñar es donde la Universidad tiene el deber de dar una orientación. No hay incompatibilidad en sostener una teoría y mañana cambiarla por otra, porque en realidad, señores delegados, yo pregunto ¿cuándo, cuándo, en realidad, ha habido una enseñanza sin teoría social, cuándo ha habido una enseñanza sin una teoría social, cuándo ha habido una institución que no preconice, abierta o subrepticamente, una teoría social? Nunca, que yo sepa. Por eso no concibo un catedrático, un profesor que no dé su propia opinión a sus alumnos. Por lo mismo, tampoco un régimen histórico que no sostenga ninguna teoría científica, filosófica, pedagógica, cualquiera que sea. Lo que sucede es que durante el último siglo de esta gran etapa de nuestra evolución histórica, se ha creído de veras que las escuelas han sido neutrales frente a los problemas sociales, frente a los problemas humanos, y realmente no ha habido tal neutralidad: le hemos estado sirviendo, inconsciente o conscientemente, de modo explícito o implícito, al régimen que ha prevalecido en el país durante mucho tiempo; y esta afirmación no la hago para nuestro país sino para todos los países del mundo”.

Y más adelante:

“...No pertenecemos, no estamos afiliados, en conjunto, a ningún partido determinado ni a ninguna doctrina social determinada. En el fondo el maestro Caso cuando preconiza la orientación, no hace más que confirmar nuestra actitud, pues precisamente lo que queremos es orientar. Pero para orientar hay que decir qué es la vida, qué es la verdad y cómo se transforman las instituciones sociales. El maestro incurre en una contradicción cuando dice que la Universidad debe ayudar a

las clases proletarias exaltándolas. Yo pregunto: ¿Cómo? ¿Diciéndoles nada más que la vida de hoy es mala y que la vida de mañana debe ser mejor? Eso, hasta cierto punto, está bien, pero es inútil. Lo importante es decir cómo y concretamente; cómo y de un modo claro y determinado. Pero decirle a los proletarios: tu situación es muy mala y los intelectuales te vamos a ayudar, es decirles algo que no agradecen. En realidad, no podemos siquiera enseñarles determinadas cosas que ellos saben mejor que nosotros. Lo que necesitamos es decirles cómo la Universidad, institución responsable de una misión histórica puede ayudarles de un modo concreto, claro y definido. Y nosotros creemos que esa acción concreta es procurar que se realice la socialización de todos los instrumentos y de todos los medios de producción económica. Así estamos exaltando al proletario, pero estamos exaltándolo de una manera clara y evidente, usando los medios que tenemos a nuestro alcance, dentro del papel científico y cultural en que nuestra definición nos coloca.”

En la parte final de su prolongada exposición Lombardo aclaró su actitud política a través de los límites académicos de la Universidad, al decir lo siguiente:

“...creemos que la Universidad no va a realizar la revolución social. Ojalá, pero es imposible. No puede. No sólo no sabe; no puede. La revolución social la harán las masas. Pero nosotros queremos servir a las masas, tenemos simplemente que cooperar para que las verdades que consideramos ya aceptadas y que consideramos aceptables, se transmitan, de manera que se forme una noción de responsabilidad en cada uno de los bachilleres, en cada uno de los graduados de la Universidad de México, en cualquiera de las instituciones que la representen a través del país. No queremos imponer un dogma. Queremos únicamente preconizar la verdad de hoy, no la verdad de ayer, ya que la verdad de mañana será obra seguramente de otra generación. Nuestro dogma no es un dogma religioso, es un dogma que surge de las entrañas mismas de la tragedia histórica. Ahora bien, si la Universidad no adopta una actitud definida frente a las tragedias, como dice el maestro Caso, el pueblo entonces acabará con la Universidad y habremos hecho un Cristo de la peor especie... Cuando se transforma un régimen se lucha porque la escuela se transforme. ¿Por qué siempre hemos de ser nosotros el pasado de la historia? ¿Por qué no hemos de ser por lo menos el presente de la historia? ¡Ojalá fuésemos el futuro de la historia! Eso queremos: siquiera corresponder a nuestra época.”

En Congreso aprobó por mayoría de votos las conclusiones de la Comisión presidida por Lombardo. Los argumentos del maestro Caso pasaron, con violencia, a los hechos: “...apenas clausurado (el Congreso), escribió Lombardo, los conservadores, contando con el apoyo decidido de la prensa, de la Iglesia Católica y de los elementos llamados comunistas —en México estos extremos se han juntado muchas veces— pasaron de las palabras a los hechos. Se apoderaron del edificio de la Rectoría de la Universidad por la fuerza...”. Lombardo y otros profesores fueron expulsados de la Universidad la cual, diría Lombardo, entró al irracionalismo filosófico. Poco después Rodolfo Brito Foucher “ocuparía” Villahermosa para desalojar del poder a Tomás Garrido Canabal —14 de julio de 1935— con veintiún jóvenes



armados. El escándalo que provocó, en la acción punitiva, murió un hermano de Brito, ocasionó la caída de Garrido, cuyo alucinante gobierno fue tema de una memorable novela de Emmanuel Robles, *Las navajas* y de otra de Graham Greene, *El poder y la gloria*. La izquierda aparente había recobrado, en Tabasco, el antiguo delirio de exterminar creyentes; en aquella cruzada oficial, a los católicos. Brito, creyente, oponía a la violencia persecutoria el castigo a nombre de la Religión. Siete años después de su insólita aventura fue nombrado rector de la Universidad, cargo en el cual se sostuvo, no sin violencia, dos años al fin de cuyo período fue nombrado rector don Alfonso Caso.

De 1933, año en el cual sale Lombardo de la que fuera su casa de estudios, a 1935, ocurren en México cambios decisivos: en el PNR el partido se divide en dos grupos: el defensor del ejido como forma nacional de tenencia de la tierra por los campesinos, y el que proponía darlas en propiedad. Venció el primero y con ello se dio paso a la corriente que postularía a Lázaro Cárdenas para la Presidencia de la República. La polémica con Antonio Caso dio a Lombardo mayor prestigio en la izquierda que se agrupaba en torno de los mayores sindicatos, el PNR y en la Cámara de Diputados en la cual se propuso y se debatió la reforma al Artículo 3º de la Constitución. En cierto aspecto pareció trasladarse la discusión universitaria al Poder Legislativo. Uno de los participantes sería Luis Enrique Erro, hombre excepcional y epígono de los “Siete sabios.”

Erro condujo el debate frente al extremo ideológico de una izquierda en estado primitivo. El exponente de la improvisación y la incultura, Arnulfo Pérez H. —quien se definió como “el enemigo personal de Dios”— impidió un análisis consecuente con las proposiciones y las posibilidades educativas del país. No obstante, Erro logró que se aprobara el dictamen.

El tiempo de los cambios políticos se anunció de formas diversas en los primeros meses de 1933. En mayo, Lázaro Cárdenas presentó al Subsecretario de Guerra su solicitud de licencia temporal y al Secretario de Gobernación, su renuncia como Secretario. “En vista de que se ha iniciado en distintos sectores del país un movimiento muy sensible de opinión tratando de exaltarme a la categoría de presunto candidato a la Presidencia de la República...” En junio, al dirigirse a la Nación, anunció Cárdenas la aceptación de su candidatura por el Partido Nacional Revolucionario. Los usos políticos de la época difieren de la opinión común de la época, principalmente en la solución de una candidatura respecto de otras, en el PNR. El Presidente de la República Abelardo L. Rodríguez citó, en 6 de junio, a Manuel Pérez Treviño, Melchor Ortega y a Gilberto Flores Muñoz, a conversar en el Palacio Nacional, para conocer la opinión del general Calles sobre la sucesión del Poder Ejecutivo. Cárdenas lo refirió en sus *Apuntes*. Calles preguntó a Flores Muñoz cuál era la posición de los precandidatos en ese partido a lo cual, contestó Calles que si el país se “definía” en favor de Cárdenas, lo conveniente era que Pérez Treviño, con toda serenidad, pensara una y otra situación para convencerse de la opinión pública en favor de Cárdenas y evitar una lucha entre “componentes del mismo

partido." Persuadido Pérez Treviño de que así era la realidad política, iría, por el prestigio del PNR, hasta la Convención misma como precandidato.

"El señor presidente, escribió Cárdenas, manifestó satisfacción al ver que así se evitaba pugna entre elementos del mismo Partido y nos invitó a continuar con la serenidad necesaria y a considerar dentro de un espíritu de nobleza los actos de uno y la renuncia de otro, que traerían como consecuencia beneficio al país."

En el "maximato" las cosas, al menos en aquel mayo de 1933, se decidieron haciendo llegar Calles su palabra por medio de Flores Muñoz, al Presidente de la República y a los dos precandidatos. Cárdenas aparece entonces como un hombre del sistema político del orden de Calles y, a la vez, como precursor de la ruptura con los usos aceptados. Más tarde, en 17 de junio, Cárdenas estaba frente a Adalberto Tejeda, quien representó en aquella época la verdadera oposición de la izquierda a través del Partido Socialista Veracruzano. Tejeda dio a Cárdenas la versión política de lo que era, en esa época, "la actitud de regreso (retroceso)", opuesta a la de la Revolución a partir de 1929, al hacer Portes Gil concesiones al clero. Tejeda advirtió a Cárdenas que el grupo de Pérez Treviño, Puig Casuaranc y Melchor Ortega, entre otros, procurarían dividir su candidatura. La predicción de Tejeda se cumpliría en 1935.

Lombardo, en el mismo tiempo, escribía en *Excelsior*. Dos de sus artículos, *Bases de la reforma universitaria* y *¿Debe la Universidad sustentar una teoría política?*, expresan una de las inquietudes principales de esa época: la formación de las nuevas generaciones y el contenido político de la educación.

"¿Contribuirá la Universidad mexicana, preguntaba Lombardo, a la formación de un nuevo hombre?" Y se daba la respuesta que sostendría ante su maestro Caso: "Si no lo hace, querrá decir que está de acuerdo con el que existe: simulador de la virtud, servidor consciente o inconsciente del régimen capitalista".

La tesis histórica de Lombardo se apoyaba en el paso inevitable al socialismo. En su argumentación se reconoce el móvil ético que animaba su espíritu para prever un mundo y un país, que venciera la servidumbre social. "La actual Universidad, escribió, se bambolea porque desde la Edad Media no se ha rectificado: nació para fines individualistas que se tradujeron a poco andar el tiempo en bienes de casta. La sociedad contemporánea ni por su ambición ni por su estructura depende ya de la acción individual; si en alguna forma pudiera concretarse su nuevo propósito, podría decirse que está viviendo, por oposición el pasado, la época de las finalidades colectivas: transformada la economía medieval, pequeña, en economía individualista, libre y grande bajo el régimen burgués, se ha llegado a la economía moderna, organizada y colectiva, que ha deshecho las viejas instituciones sociales que había conservado su carácter de origen."

Y la conclusión, en lo educativo: "A una economía de masas debe corresponder una cultura de masas; a una producción organizada debe corresponder una cultura con fines concretos; a un régimen de justicia colectiva debe corresponder una cultura para fines de justicia social".

Lombardo, con amplitud de ideas, síntesis culturales logradas en horas de estudio y una experiencia inmediata por su labor con los trabajadores, pareció recoger, del tono general de aquella época, el advenimiento de un régimen social que surgía del capitalismo por sus contradicciones ya insalvables. En su concepción política vio el panorama de la historia como el de un ascenso que requería de la voluntad de alcanzarlo por medio de la lucha sindical, la obra del Estado y la presencia decisiva del socialismo en la Unión Soviética. De tal concepción política se derivaron las tres vías principales de su labor: el aula y su extensión: la prensa periódica y la revista: funda y dirige, entonces, *Futuro*, la mejor publicación antifascista de América Latina; en los sindicatos, lograr la unidad de los mayores en la CTM y, a través de esta confederación, la influencia nacional en el Gobierno para dar fuerza social organizada al Estado. En lo interno, defender y acrecentar la independencia; en lo externo, solidaridad con los trabajadores del mundo, empezando en el ámbito propio: Latinoamérica.

En 1933 Lombardo he definido los medios y los modos de su empeño político. En el tiempo coincidió con otras corrientes las cuales, sin la virtud intelectual que les diera Lombardo, trataban en el Gobierno, y por tanto en el PNR, en el ejército y entre los trabajadores y los campesinos, de cambiar el destino del país. Al reconocer Plutarco Elías Calles que Lázaro Cárdenas era el candidato natural —por su obra como gobernador de Michoacán, por sobre todo— y su labor en el ejército, dio paso, acaso sin advertirlo, a la nueva época política; cuando la descubrió, dos años después, Cárdenas había consolidado el poder del impulso revolucionario con dos medios fundamentales y otro adicional, que Calles no aceptó nunca: los primeros: la Constitución y el Plan Sexenal; el tercero, la confederación de los trabajadores y de los campesinos en la CNC. Lombardo tuvo un papel protagónico en tal proceso, por ello su vida, en la Revolución Mexicana, culmina durante el Gobierno de Cárdenas, para descender a partir del ascenso de la contrarrevolución.

La Revolución Mexicana ha tenido dos ideólogos: Luis Cabrera y Vicente Lombardo Toledano. Las ideas de ambos no son toda la obra revolucionaria, pero sí constituyen la parte indicativa fundamental.

Cabrera inicia su obra crítica —no pocas páginas suyas sólo pueden compararse a las de Ignacio Ramírez— en su artículo *La solución del conflicto*, en 1911. Sus producciones anteriores son valiosas pero no, como él mismo lo escribiera, “de carácter constructivo” para los nuevos tiempos; la concluye, en ese sentido, en 1920, con *La herencia de Carranza*; sin duda alguna el mejor dictamen político de la segunda etapa de la Revolución. Durante nueve años, el panorama social de México estuvo dominado por el pensamiento de Cabrera. Un año después de haberse publicado *La herencia de Carranza*, Vicente Lombardo Toledano inicia su vasta exposición de crítica social y política, en el Congreso Agrario de Ixtapalapa; labor la cual terminaría, no sin períodos de reposo, en 1965.

Los artículos, conferencias y libros de Cabrera y Lombardo son la obra más depurada de la teoría revolucionaria mexicana, forjada, la del primero, en el liberalismo

social y, la del segundo, en el materialismo histórico. Si en Cabrera la obra de Cárdenas aparece como la desviación más peligrosa de los principios revolucionarios, para Lombardo representa la etapa más digna y sobresaliente. Las razones opuestas de Cabrera y Lombardo significan uno de los temas más prometedores para conocer lo que el liberalismo social objeta del radicalismo de la Revolución y lo que, a su vez, los radicales deseaban que fuera el movimiento social de nuestro país. Dos términos, acaso, anticipan sus alcances: evolución y revolución. Recordar a Cabrera y a Lombardo, en este aspecto, no es incurrir en paralelismo alguno, sino recurso teórico para establecer las semejanzas y las diferencias de dos actitudes diversas. Tampoco se trata de fijar las líneas divergentes de una y otra vida. Ya Schwob advirtió el inútil riesgo de comparar, confrontándolos, dos destinos. Si algo en lo biográfico importa conocer es lo individual, lo irrepetible, lo único. Cabrera y Lombardo son dos mexicanos excepcionales. En ellos —en cada uno de distinta manera— se manifiesta lo que Reyes deseaba que se averiguara del alma nacional a través de sus momentos luminosos y de sus espíritus mejor logrados.

Hombres de la Sierra de Puebla, Cabrera y Lombardo sólo coincidieron en un rasgo: la ironía: arte que confina con la piedad y lo que dijieran, cada uno en su hora, de nuestra realidad social y política.

Lombardo fue expositor del marxismo desde 1931. Sin embargo, su preocupación social fue temprana. En 1917 aparece, con otros condiscípulos suyos, defendiendo la autonomía de la Universidad en las calles de la Ciudad de México. De ese mismo año datan sus primeros artículos. En la que es su verdadera autobiografía de juventud, su carta a Henri Barbusse, de 23 de junio de 1935, escribió: “Creo, sin jactancia, que pude haber sido un profesionista rico, si me hubiera decidido a ejercer la abogacía por dinero; pero los años de la práctica obligatoria que tuve antes de presentar el examen de la licenciatura —Lombardo sustentó su examen profesional en 1918; un año antes fue nombrado Secretario de la Universidad Popular Mexicana, creada por el Ateneo de la Juventud—, mi contacto directo con los obreros y mis ideas filosóficas, me decidieron a optar por el magisterio, como base económica de mi vida.

“Desde entonces dividí por igual mi interés y mi esfuerzo entre los problemas de la clase trabajadora y los problemas de la enseñanza de la cultura. De la lucha sindical inferí la teoría de la social-democracia; del ambiente universitario recibí la doctrina del socialismo cristiano. Digo que deduje la teoría de la social-democracia porque los problemas teóricos de la lucha de clases jamás fueron objeto de atención por los líderes de la organización obrera; de su táctica empleada para resolver los problemas sindicales, de su actitud hacia el Gobierno y del escaso contenido ideológico de sus discursos políticos, que eran frecuentes, llegué a la creencia de que era posible el tránsito de la sociedad burguesa a la sociedad socialista mediante la colaboración con el Estado y la expedición de leyes que protegieran a la clase trabajadora y limitaran el lucro de los detentadores de la propiedad. El socialismo cristiano que emanaba de la doctrina filosófica espiritualista, sustentada oficialmente en la Universidad por mis maestros, se avenía al concepto reformista de la CROM.”

Lombardo empezó a estudiar el materialismo dialéctico en 1925 en lo hasta entonces publicado —lo fundamental— en inglés y en francés.

Tres parecen ser las fuentes del marxismo en Lombardo: la filosofía, disciplina sin la cual es imposible ser marxista; la dirección sindical en la CROM, primero, la UGOCM después y la CTM y la CTAL, finalmente, y su conocimiento de la historia de México. El materialismo histórico, en Lombardo, no es —como ocurre universalmente— sino la aplicación estricta, metódica, de un sistema de conocimiento a una circunstancia histórica y social. En Lombardo se da una síntesis de las ideas filosóficas, el conocimiento histórico —la geografía, las culturas antiguas, los siglos coloniales— y la práctica cotidiana en las luchas obreras, no sin reconocer la necesidad de unir a los campesinos y a los trabajadores, las partes inseparables del proletariado. Su estilo de expositor es uno de los más depurados, por su claridad y rigor lógico.

La obra de Luis Cabrera se compiló en cuatro tomos; la de Lombardo, dispersa, se clasifica; su archivo contiene más de setecientas mil cuartillas. En la bibliografía suya publicada en *Avante* —No. 10— se incluyen 223 títulos; la hemerografía, de 1953 a 1967, es de 692 títulos.

No obstante el desconocimiento de la obra de Lombardo, lo editado en el Centro de Estudios Filosóficos, Políticos y Sociales “Vicente Lombardo Toledano”, la Universidad Obrera, la Universidad Nacional, la CROM, etc., permite una primera aproximación a las principales corrientes de su pensamiento.

En 1963 di a Lombardo Toledano un resumen de sus principales aportaciones a la Revolución Mexicana. Tiempo después me entregó él, por escrito, un guión para estudiar su obra a ese respecto.

¿Cuáles fueron las aportaciones de Lombardo al desarrollo de la Revolución Mexicana?

Su contribución puede dividirse en los siguientes apartados: a) *En las luchas de la clase obrera*, b) *la legislación social*, c) *la reforma agraria*, d) *el desarrollo económico independiente*, e) *la organización política*, f) *la política ante América Latina*, g) *la educación* y h) *los problemas de las comunidades indígenas*.

#### EN LAS LUCHAS DE LA CLASE OBRERA

1. Imperando en la CROM, como punto solidario de los sindicatos el *economismo*, Lombardo difundió entre los obreros los principios de la lucha de clases y del internacionalismo proletario. De 1920 a 1932, en *El Heraldo de México*, de Salvador Alvarado, en *Excelsior*, *El Universal* y la revista de la CROM, difundió las ideas que habrían de darle un móvil distinto a las pugnas de los trabajadores, señalando a la vez el carácter retrógrado y dependiente de la Confederación Obrera Panamericana (COPA), que fue instrumento de la *American Federation of Labor*. La tesis principal de Lombardo, para deslindar los intereses de los obreros mexicanos de esas centrales,

las expuso en su ensayo: *La doctrina Monroe y el movimiento obrero*, México, 1927; publicado también por Varga, E., et al., en *La decadencia del capitalismo*.

2. La Revolución Mexicana fue ignorada por los trabajadores latinoamericanos. Los gobiernos de aquella época reconocieron, de inmediato, al de Victoriano Huerta. Todo ello, además, se fortaleció por la conducta de algunos socialistas mexicanos, cuya teoría fue expuesta en un folleto olvidado pero en una idea constantemente repetida: *¿Revolución o motín político?*, por Manuel Ramírez y José C. Valadés.

3. Lombardo propuso, en 1927, unir a los trabajadores de América Latina para combatir el imperialismo norteamericano, parte indivisible del imperialismo mundial. La Gran Bretaña, entonces, rivalizaba con los Estados Unidos. Diez años más tarde, *La Revolución Mexicana y los países latinoamericanos*, Universidad Obrera —No. 15—, respondiendo a una débil argumentación de Nicolás Repetto, líder socialista argentino, respecto de que la Revolución Mexicana no era un molde para América Latina, Lombardo señaló las características comunes de nuestros pueblos y el alcance que tendría la lucha por una verdadera autonomía nacional. Hoy son temas comunes. No lo eran en 1937.

Esas ideas sirvieron para la fundación de la CTAL en septiembre de 1938. La lucha antiimperialista, que define la Revolución de 1910, se volvía móvil de los obreros latinoamericanos para oponerse en dos frentes en apariencia divididos: el interno de la propia burguesía y el externo frente a los Estados Unidos. Lombardo propuso en la CTAL la movilización de nuestros países, apoyándose en la clase obrera para rescatar recursos propios y explotarlos, únicamente, en provecho nacional. No pocas de las proposiciones del Congreso de Cali, Colombia, en diciembre de 1944, son actualísimas. Puede decirse que la burguesía ha expropiado, también, las ideas del proletariado. (Véase el resumen de lo aportado por esa organización sindical, en *La CTAL ha concluido su misión histórica*, por Vicente Lombardo Toledano, México, 1964, pp. 24-26.)

4. El proletariado, según Lombardo, debía ser vanguardia de la Revolución. Desde 1921 fue su principal empeño el lograrlo. No propuso que fuera sólo una parte del proletariado: los obreros, sino con su complemento indivisible en cuanto clase: los campesinos. La organización de unos con otros constituiría la verdadera fuerza social de la Revolución. Esa posibilidad no podía ocurrir sin la plena independencia del proletariado, tanto del Estado como de la clase patronal. Esta tesis universal del marxismo la aplicó Lombardo a las circunstancias mexicanas —en ello radica la importancia de su exposición— y la sostuvo en la Convocatoria a la Asamblea Constituyente de la CTM. El Presidente Cárdenas hizo declaraciones contrarias a esa posibilidad; poco después, se fundaba la Confederación Nacional Campesina. La separación organizada de los obreros y los campesinos ha favorecido la obra de la contrarrevolución y la manipulación de sindicatos y ligas agrarias. Esto es singularmente grave en un país como el nuestro, cuya industrialización se lleva al cabo por campesinos que emigran

a los centros fabriles y que, culturalmente, no dejan de ser jornaleros. La formación del proletariado, desde el punto de vista social, se ha retrasado considerablemente.

La CTM tuvo fuerza interna derivada de una concepción política general y del impulso manifestado en los problemas ocurridos de 1936 a 1940; nacional y externamente. No hubo asunto que Lombardo no tratara, como Secretario General de la CTM, con singular claridad y valentía: los desafíos patronales, las consecuencias del reparto agrario, las exigencias norteamericanas, los primeros avisos del fascismo organizado, la movilización en favor de la República española, etcétera.

## LEGISLACIÓN SOCIAL

1. En 1920, Lombardo Toledano inició su lucha jurídica para que hubiera una sola ley reglamentaria del artículo 123. La dispersión de textos era nociva para los trabajadores. Hacia 1928, Lombardo compiló las disposiciones reglamentarias en *Bibliografía del Trabajo y de la Previsión Social en México* (1928), proponiendo, además, que se modificara el derecho mercantil y el civil para ponerlo en consonancia con los artículos 27 y 123 y demandando, a la vez, la revisión del derecho privado frente a los intereses sociales que la Constitución había elevado a derecho público.

Esas proposiciones se reforzaron con la argumentación de Lombardo, expuesta en *El contrato sindical de trabajo*, México, 1928. Sílabo de su conferencia leída ante el Consejo de la Federación de Sindicatos Obreros del D.F., México, 1928, p. 30.

Lombardo fijó algunas diferencias esenciales respecto del contrato colectivo, entre las usuales en Europa y los Estados Unidos, indicando las peculiaridades que había entre necesidad e ideología. La clase obrera mexicana es autora de la contratación colectiva. La argumentación de Lombardo fue la de un jurista que da forma a una interpretación espontánea de los trabajadores mexicanos: no admitir lo que era habitual, por ejemplo, en Francia: contrato colectivo, como denominación del número de personas sujetas a un compromiso laboral; oponiendo, a esa costumbre jurídica, la supresión de los contratos individuales.

2. Los empresarios mexicanos, ante el artículo 123, sostuvieron el argumento de que las relaciones entre ellos y los trabajadores estaban definidas por la forma del contrato. Lombardo se apoyó en una opinión suya, muy distinta: lo que define al obrero manual o intelectual no es el nombre del contrato sino la dependencia económica de éste. Todo trabajador es titular del derecho obrero.

3. Partiendo del principio anterior, Lombardo definió que la legislación del trabajo no debía aplicarse, únicamente, a los obreros y patrones de las empresas privadas sino también al Estado. Esta tesis fue decisiva durante la huelga de los maestros veracruzanos que culminó en 1927. Más tarde, por la vía del amparo, la idea de Lombardo favoreció la organización de los primeros sindicatos magisteriales y de otros servidores públicos.

Lombardo sostuvo, además, que así como se prohibía la fusión organizada de obreros y de campesinos, no debía excluirse la unión sindical de los trabajadores del Estado —una vez decretado el Estatuto Jurídico— con otros sindicatos.

4. “El Estado —escribió Lombardo Toledano en 1927— no ha preparado técnicos para la industria ni para beneficio real de los intereses de la mayoría, ni maestros con sentimiento de su responsabilidad y con libertad de acción para que guíen la conciencia pública, sino que ha lanzado al mundo a los directores intelectuales y consejeros de las funciones más importantes del país, con un hacinamiento mental de sentencias, preocupaciones y prejuicios que les impiden ver, después, la verdad en cualesquiera de los órdenes de la actividad humana.”

El Estado venía a ser el principal corruptor del profesor y del técnico.

Si en lo contractual —sin más garantía en esa época que un nombramiento individual y lo que la Ley de Estabilidad del Magisterio y la de Pensiones otorgaban— el Estado no admitía ser patrón, era, al decir de Lombardo, menos que eso: un contratista, un apoderado de bienes ajenos. La autoridad no era fuente de derecho sino mandatario: no podía contravenir la voluntad de quienes lo sostenían.

¿Quién, en esas condiciones, libertaría al profesor y al técnico de la tutela absoluta en que vivían respecto del empresario y del Estado? La clase obrera.

Los intelectuales, al ser asalariados, estaban bajo la constante amenaza de su destitución, por lo que no había más camino, para unos y otros, que unirse al proletariado y organizarse para un fin esencial: dirigir su propia labor. “Si el maestro no rehace a cada instante su obra y no interviene en la dirección de la educación pública entregando el caudal de su experiencia, en vez de un elemento útil se convierte en un ser peligroso para los intereses sociales o en un obstáculo que impide el progreso de las mejores ideas.” Y lo que se dice del maestro, continuaba Lombardo, “puede decirse de cualquier trabajador intelectual, cuya función más importante y delicada es la de laborar mejorando sistemáticamente —al servicio de un propósito determinado— las condiciones de vida nacional”.

En la VIII Convención General de la CROM, en agosto de 1927, dividió sus proposiciones al respecto, en doctrinarias y de organización; de las primeras destaca la número III: “Se entiende por trabajador intelectual, para los efectos sindicales, el titular de un grado universitario o escolar o el trabajador que haga de alguna labor técnica, científica o literaria, la ocupación preferente de su vida, siempre que preste sus servicios mediante remuneración y condiciones fijas, a alguna empresa, institución o persona”.

En la organización, Lombardo propuso un congreso para constituir la Federación de Trabajadores Intelectuales (*Los derechos sindicales de los trabajadores intelectuales*, “Cultura”, México, 1927).

5. Al expedirse la Ley Federal del Trabajo, fueron establecidas las Juntas Municipales para fijar los salarios; la lucha para que fueran determinados por la auto-



ridad federal, según regiones económicas, fue prolongada y una de las más constantes que librara Lombardo. Todavía en 1959, antes de las reformas de López Mateos, en las que se advierte la influencia de las sugerencias de Lombardo, en las *Tesis del Partido Popular sobre el Salario Mínimo* —p. 7—, se proponía parte de lo alcanzado en la nueva ley.

Los argumentos de Lombardo Toledano atendían, a pesar de esas parciales conquistas, a algo más: escala móvil del salario: cada vez que los precios aumentaran un cinco por ciento debía revisarse el salario estipulado, fundación de una dependencia para equilibrar precios con salarios, reforma a las leyes penales para incluir un capítulo de delitos contra la economía popular, congelación del alquiler de viviendas obreras, ley para proteger el trabajo de las mujeres y los niños y el Código de Protección a la Infancia; además, semana de 40 horas con pago de 48. (*Tesis sobre México*, Problemas de México, 1958, vol. 1, núm. 1, p. 75 y sigs.)

6. Otra aportación de Lombardo al desarrollo de la Revolución Mexicana fue lograr el cambio de la jurisprudencia de la Corte respecto del despido injustificado de trabajadores; práctica patronal de hace algunos años.

7. Durante decenios los empresarios pudieron exigir un reajuste de obreros contratados, debido, argüían, a la escasez de la demanda de lo que ellos producían para el mercado nacional. Lombardo sostuvo la tesis, ante los tribunales del Trabajo, de que la superproducción de mercancías era un fenómeno nacional y no de un solo centro productivo. Su argumento se impuso por la fuerza del derecho.

8. La huelga, afirmó jurídicamente Lombardo Toledano, es un derecho de la mayoría de los trabajadores y no exclusivo de la personalidad de los sindicatos. Esta argumentación patronal se desvaneció en 1923; año en que fue roto el círculo aparentemente legal para impedir las huelgas: los obreros no podían declarar una huelga por no estar organizados en sindicato y no tenían sindicato por no disponer de un precedente que le diera vida propia y autónoma.

9. Lombardo sostuvo, en los casos en que se trató del origen del Seguro Social, que en 1928 Alvaro Obregón había prometido durante su campaña reeleccionista, establecer el “seguro obrero”, por un proyecto de ley de que era autor el propio Lombardo. La misma idea, años después, la expondría a Manuel Avila Camacho.

Los argumentos de Lombardo, respecto del Seguro Social, constan en la Convención Extraordinaria de la CROM en 1934.

Una vez establecida esa protección a los obreros, Lombardo pugnó porque comprendiera, también, a los campesinos.

## LA REFORMA AGRARIA

1. El reparto de tierras, dijo Lombardo, tiene dos aspectos: la restitución y la dotación de tierras a los pueblos. El primero, es un acto de justicia pura que está

más allá de las disquisiciones legales y de las objeciones políticas. No cabe aquí el sobado argumento de la prescripción ni la paradoja de la posesión de buena fe. El despojo público a un pueblo sólo se remedia dando públicamente a un pueblo lo que es suyo.

“El verdadero problema radica en dotar a los pueblos de tierras que no han sido suyas nunca; es decir, en darles la base de su actividad y la garantía de su independencia de vida.”

El discurso de Lombardo, en el Congreso Agrario de Iztapalapa, en septiembre de 1921, procedía de dos fuentes: la solicitud de los campesinos y la elaboración jurídica de un profesor universitario, como Lombardo, que contemplaba una dotación de tierras por la vía restitutiva: la demanda sostenida de Zapata.

No obstante, como lo señalara don Jesús Silva Herzog, Lombardo creía —lo que era aceptado comúnmente por los revolucionarios de esa época— que la tierra así repartida a los pueblos debían pagarla los campesinos al Estado, responsable ante los particulares que la poseían.

La argumentación de Lombardo, sin esa concesión económica, comprende un concepto nuevo en ese tiempo. En su idea puede advertirse el impulso cobrado posteriormente en la entrega de tierras a los campesinos, no sólo por la restitución de sus antiguas propiedades.

2. Al llevar al cabo Lázaro Cárdenas el reparto agrario en La Laguna, Lombardo Toledano, como secretario de la CTM, dirigió una carta al ingeniero Carlos Peralta, director del Banco Nacional de Crédito Ejidal, en la que le expuso lo siguiente: dirección técnica, única; administración, centralizada; labor ejidal, colectiva; entendida ésta como una división del trabajo entre los ejidatarios, estableciéndolo por acuerdo de su Asamblea, para computar, en cada ciclo agrícola, el número de jornadas y distribuir, en consecuencia, la utilidad líquida entre los campesinos. La Laguna debía constituirse en una unidad productiva. El ejido sería como una gran fábrica de un México diferente. (Véase, CTM, 1936-1941, México, 1941, p. 145-9.)

3. Los ejidos, propondría después Lombardo, no debían ser exclusivamente agrícolas. Dadas las características del clima y el suelo de la mayor parte del país, era indispensable que su producción fuera múltiple: ganaderos e industriales, preferentemente dedicados a transformar los frutos agrícolas. Para Cananea, Lombardo trazó un plan que pudo constituir el principio de un desarrollo moderno de la agricultura ejidal.

## EL DESARROLLO ECONÓMICO INDEPENDIENTE

1. La industrialización, como meta de una revolución económica, fue una de las más significativas demandas de Lombardo Toledano.

Durante la Segunda Guerra Mundial era indudable que los fines de la Revolución no eran suficientes. Lombardo, en 1944, reunió a dirigentes sindicales, campesinos e intelectuales, para elaborar un programa que el propio Lombardo, en un excepcional discurso, dio a conocer en septiembre de ese mismo año.

“...el porvenir económico de México, dijo Lombardo, depende, principalmente, de su desarrollo industrial.

“Industrializar a México, revolucionar a nuestro país mediante las industrias, hacer de la producción una unidad indivisible, de acuerdo a un plan previsor, lleno de estímulo, es la única solución que puede ofrecerse a un país que no sólo quiere vivir mejor —vieja aspiración secular—, sino que va a ser objeto o puede serlo en la posguerra, de la intromisión de poderosas fuerzas del extranjero.”

En ese discurso, Lombardo anticipó lo que, tiempo más tarde, sería un lugar político común: “Hay quienes afirman que esta guerra ha liquidado el imperialismo. ¡Ingenuidad! El imperialismo en el seno de los países capitalistas de importancia surge de esta contienda más agigantado que nunca. La concentración de capital en los Estados Unidos, en Inglaterra, por no hablar sino de los más grandes países capitalistas de nuestra época, ha ido adelante de un modo vertiginoso...” (*El nuevo programa del sector revolucionario de México*, México, 1944).

Al final de la guerra, Lombardo vería con mayor claridad el problema apuntado por él en 1944: los Estados Unidos se levantaban como una nación superimperialista. Sus advertencias se cumplieron puntualmente.

El mismo año fueron aprobadas las resoluciones económicas de la CTAL, en el Congreso celebrado en Cali, Colombia. En ellas se recomendaba, de acuerdo con las proposiciones de Lombardo, procurar la independencia económica de América Latina —mediante la lucha contra los monopolios norteamericanos—, intercambio económico, estudio de los costos de la producción exportable con las importaciones, creación de un sistema defensivo para intervenir en el fraude que hacen los monopolios con los productos latinoamericanos, etcétera.

2. La nacionalización de la economía fue un argumento esencial en la obra política de Lombardo. En 1933, en el *Programa mínimo de la CROM*, a iniciativa suya, se dice: “Prohibición para el capital extranjero de adueñarse de la tierra, el petróleo, del carbón de piedra, de las minas de hierro, de la energía eléctrica, de los ferrocarriles y de todos los transportes, de los telégrafos, de los teléfonos y de los medios en general de comunicación, o de controlar, mediante monopolios o concesiones privilegiadas, esos instrumentos fundamentales de la economía del país”.

Se propuso, además, en ese programa, la intervención del Estado en los diversos aspectos de la producción económica.

Once años después el mismo criterio, ampliado por las conquistas sociales del gobierno de Cárdenas, sería el sustentado por la CTM a través de las resoluciones aprobadas en el Congreso Económico, verdadero prontuario para encauzar una producción nacional independiente.

Lombardo llevaría ese caudal ideológico a la argumentación del Partido Popular, expuesto en 1948 y, principalmente, a una de las *Tesis sobre México*, en 1958; todo ello para concluir con la proposición de promulgar un nuevo capítulo de la Constitución.

Durante treinta y dos años, Lombardo planteó formas diversas para nacionalizar la economía de México.

## LA ORGANIZACIÓN POLÍTICA

1. A los 27 años de su edad, Lombardo ingresó en el Partido Laborista Mexicano, esforzándose porque esa agrupación se transformara en partido del proletariado mexicano. En 1931 expondría la necesidad de disolver ese partido; siete años después, al convertirse el PNR en el Partido de la Revolución Mexicana para defender la reforma agraria y las nacionalizaciones del gobierno de Cárdenas, Lombardo definió al PRM como una confederación esencialmente antiimperialista. Su discurso, al fundarse el PRM, abarca el programa político de los trabajadores dentro de la Revolución Mexicana (CTM, ob cit., p. 543-550).

2. En el Partido Popular, fundado en 1948, Lombardo elaboró la teoría del Frente Nacional Democrático. Esta idea, expresada por él años antes en el PRM, contiene una interpretación política de las condiciones mexicanas ante el imperialismo después de la Segunda Guerra Mundial.

En esa concepción veía Lombardo sus diferencias teóricas y prácticas con el Partido Comunista Mexicano, expuestas en su discurso *El camino está a la izquierda*, el 23 de julio de 1932, y principalmente en una comunicación reservada, dirigida a los partidos comunistas, el 15 de abril de 1937.

3. Lombardo, como una consecuencia de la tesis del Frente Democrático, formuló la de la unidad nacional; aconsejable cuando el país está en peligro, como en los días de la agresión fascista, pero inaplicable en tiempos de paz, para los cuales expuso el programa del Frente Nacional. La lucha y los fines de una y otra posibilidades políticas, son diferentes. (Véase, CTM, *La unidad nacional en México, su contenido y su programa*, México, 142, 144 p.)

4. En los juicios de los panegiristas de la Revolución Mexicana y en los de sus detractores, hay aspectos verdaderos y, a la vez, falsos. El problema radica en la definición del carácter de esa revolución.

Lombardo escribió de este tema páginas notables. Una síntesis de sus ideas la expresó en su discurso del 5 de abril de 1955, en el IX Consejo Nacional del Partido Popular.

¿Qué gobierno necesita México?

*“Un gobierno democrático y antiimperialista, apoyado fundamentalmente en los obreros, los campesinos, la clase media y los industriales patriotas.”*

Esta idea la sostuvo Lombardo durante su campaña presidencial en 1952.

En el capítulo XX de su libro *¿Moscú o Pekín? La vía mexicana hacia el socialismo*, México, 1963, Lombardo desarrolla esa teoría, estableciendo las diferencias entre *democracia nacional, unidad democrática y democracia del pueblo*. La primera significa la lucha por la independencia y la democracia; política aconsejable para los pueblos del Tercer Mundo. En México, indicaba Lombardo, podría alcanzarse mediante una política de nacionalizaciones: del crédito, la minería, los recursos marítimos, los forestales y un programa para el desarrollo económico industrial. La democracia nacional, fortalecida en la acción del partido de la clase obrera, haría posible la unidad democrática: hegemonía política que aislaría a las clases y sectores antidemocráticos para detener el imperialismo: esta etapa antecedería a la democracia del pueblo: puerta de acceso histórico al socialismo.

El socialismo, afirmaba Lombardo, sólo podría instaurarse en México asentándolo en su historia; las conquistas sociales y los ideales progresistas de nuestro pueblo: no del definido según los principios de la democracia burguesa, sino el surgido del proceso capitalista moderno.

5. Quince años antes, en 1948, de promulgarse la ley respectiva, Lombardo definió la reforma constitucional para “establecer el sistema de representación proporcional en la elección de miembros de los ayuntamientos, legislaturas locales y del Congreso de la Unión”. (*Tesis sobre México*, p. 110-12.)

La exposición de Lombardo era más amplia. Se logró, únicamente, que hubiera diputados de partido en el Congreso de la Unión. La mayor conquista será, sin duda, cuando prevalezcan los regidores de partido en los ayuntamientos.

## LA POLÍTICA ANTE AMÉRICA LATINA

1. En las conclusiones de *La Doctrina Monroe y el movimiento obrero*, Lombardo lanza la idea que años más tarde daría forma a la CTAL: la acción antiimperialista sólo sería consecuente dirigida por los trabajadores organizados.

Las proposiciones de Lombardo, de 1927 a 1964, tenderían a encauzar y definir, en cada problema, esa política. Son particularmente importantes sus sugerencias de diciembre de 1942: *Prolegómenos para una nueva América*, México, 1942; algunas de las cuales forman las seis propuestas respectivas en su *Tesis sobre México*, p. 14-17.

Lombardo, como en su tiempo Zarco, estableció en la política antiimperialista la diferencia entre el imperialismo norteamericano y el pueblo de ese país, primera víctima de ese sistema y, a la vez, beneficiario suyo. En esta contradicción habrá de definirse la acción consiguiente. “El dilema para los trabajadores de raza blanca”, escribió en 1927, es: organizarse con el “peón chino”, o aceptar el estado de “peón chino”. La concepción teórica de Lombardo, partiendo de una misma estrategia, varía; en su complejidad, no obstante, no hay contradicción alguna. Sin el conocimiento de los problemas mundiales, que van de 1925 a nuestros días, es imposible

entender el alcance de sus proposiciones y, menos aún, cómo definió él, en los hechos, el concepto de imperialismo.

En el congreso de la CTAL hay una ideología, a ese respecto, singularmente rica en proposiciones concretas. (Los Congresos de esa organización: noviembre de 1941, en México; diciembre de 1944, en Cali; marzo de 1948, en México; marzo de 1953, en Santiago de Chile, más reuniones varias sobre agricultura y problemas económicos.)

2. El análisis de los problemas de la posguerra y de las distintas corrientes políticas que se disputarían el dominio del mundo, incluyendo la hegemonía de los Estados Unidos, fueron agudamente examinadas por Lombardo el 10 de marzo de 1943. (*¿Qué queremos para la posguerra?*, México, 1943.)

¿Cuál sería la diferencia entre el proletariado de los países imperialistas y el de los pueblos dependientes?

En 1954 Lombardo expuso una teoría hoy aceptada en muchos partidos políticos: la línea para el proletariado en los países imperialistas, es la revolución y la lucha de clases; para el proletariado de los pueblos dependientes, el Frente Nacional.

Lombardo se refería a los objetivos y no a la estrategia y las tácticas adecuadas. En caso alguno proclamó él la lucha violenta como condición previa y rígida, sin definir claramente los objetivos esenciales. (*La CTAL ante la guerra y ante la posguerra*, México, 1945.)

#### EN LO EDUCATIVO

1. En la VI Convención de la CROM, que tuvo lugar en Ciudad Juárez en 1924, Lombardo propuso la reforma del artículo 3o. constitucional, para abandonar el laicismo en la enseñanza.

Lo que sus argumentos significaron en esa época, puede verse en las discusiones de los diputados federales y, principalmente, en la defensa que Antonio Díaz Soto y Gama hiciera de Lombardo Toledano (*Diario de los debates*. Año I, Período ordinario. XXXI Legislatura, T. I, núm. 54, diciembre de 1924); publicados algunos fragmentos de esos discursos en un folleto estudiantil: *¿Cuál debe ser la orientación de la educación pública en México?*, México, 1932.

Quienes se opusieron al artículo 3o. prefirieron el blanco endeble de los debates en la Cámara de 1934 a refutar los argumentos de Lombardo, sustentados en cuatro conferencias en ese año. El análisis de las causas por las cuales la orientación educativa debía ser socialista son de orden filosófico, histórico, social, pedagógico y político.

2. La preocupación educativa de Lombardo no abarcó, únicamente, tesis sino programas que ayudaron a la formación profesional de los universitarios. Sus revisiones del plan de estudios de la Escuela Nacional Preparatoria (*Memoria del Primer Congreso de Escuelas Preparatorias de la República*, México, 1922, 267 p.), siendo director de esa escuela y las reformas emprendidas al retornar al mismo desempeño, en 1933, y los argumentos expuestos en el Congreso Universitario de Veracruz, sobre la

unidad esencial del conocimiento, dieron lugar a la primera parte de su discusión con el maestro Antonio Caso; la segunda parte ocurriría en las semanas de la expulsión de Calles.

La novedad de las tesis educativas de Lombardo Toledano abundan en críticas de todo orden, porque contienen una visión del mundo y un vasto conocimiento de la historia mexicana: “*En un país semicolonial como el nuestro, escribió en 1958, con fuertes supervivencias mentales y psicológicas de su largo pasado feudal, en el que los propietarios de los principales negocios son extranjeros y sacan de México sus ganancias, y los ricos nacionales y nacionalizados deben su patrimonio a la fortuna política o al agio, las universidades no pueden surgir ni mantenerse de la iniciativa privada como las de Harvard y Princeton o por los donativos publicitarios de los mecenas, como la de Cornell. Nuestros ricos magnánimos o fundaron casas de empeño o dejaron legados «para los pobres», tan reducidos como sus fortunas, correspondientes a una nación en la que por cada millonario hay todavía mil niños que mueren de hambre, cien prostitutas, quinientos rateros y cinco mil campesinos que huyen del país en busca de trabajo. En una nación como la nuestra el Estado debe ser el promotor, el coordinador y el director de la producción económica, de los servicios sociales, de la educación popular y de la cultura.*”

#### EL PROBLEMA INDÍGENA

En algunos de los recuerdos de Manuel Toussaint, aparecen Lombardo, Alfonso Caso, Loera y Chávez y otros compañeros suyos, recorriendo pueblos, aldeas, ruinas prehispánicas, descubriendo pinturas coloniales y estableciendo itinerarios para el redescubrimiento de nuestro país. Caso, ante la pirámide de Xochicalco, encontraría su verdadera vocación de arqueólogo. Lombardo pasó de esa contemplación activa al estudio riguroso de la cultura antigua de México y, de ella, a profundizar en los conflictos del dominio español sobre los indios y la secuencia de los despojos sufridos por ellos después de la Independencia. Fruto de sus estudios es su tesis doctoral en filosofía: *Geografía de las lenguas de la Sierra de Puebla*, México, 1931, y de sus preocupaciones sobre la política indígena, resumidas en su ponencia al Congreso Interamericano de Pátzcuaro en 1940.

Según Lombardo, a los indígenas debía incorporárseles a la producción económica, cumpliendo estrictamente con el Artículo 27 de la Constitución respecto de la restitución de sus tierras, y no en la “civilización”; lo que había que abolir históricamente era el autoconsumo que favorece su confinamiento y los hace sujetos de todas las explotaciones semif feudales y capitalistas. A los indios debía enseñárseles el alfabeto de sus propias lenguas, de acuerdo a su propia estructura lingüística, al tiempo de impartirles el conocimiento de la lengua nacional. (Véase *El problema del indio*, compilación de Marcela Lombardo y prólogo del doctor Gonzalo Aguirre Beltrán, SepSetentas, México, 1973.)

Gastón García Cantú  
Tlalpan, 1988.

**LA REVOLUCION MEXICANA**

**1921 - 1967**

**Tomo I**



## El verdadero problema: dotar a los pueblos de tierras que no han sido suyas

Desde 1857 no ha habido en México ninguna revolución social sino la encabezada por Francisco I. Madero en el centenario de la Patria. Sin embargo, para el mártir, el movimiento que acaudillaba era simplemente una revolución política que pretendía un cambio de gobernantes de escasa trascendencia. Así ha ocurrido con las revoluciones más importantes de México: la revolución de Independencia no fue para sus autores una revolución social sino un programa político de transacción con la Corona española, a fin de conseguir una relativa autonomía para Nueva España. El cura Hidalgo nunca pensó que lanzaba a las castas oprimidas por el español, a una guerra que tuvo caracteres muy cercanos a la fisonomía propia de las guerras de razas. En el fondo de todas las revoluciones breves, de todos los motines, asaltos al poder, cuartelazos y de toda la serie de movimientos armados o de opinión pública que se suceden durante los años de nuestra historia llenos por la figura innoble de Santa Anna y después con la actitud de sacrificio de Juárez y los suyos, no hay también sino una preocupación de los grupos avanzados que removían a su voluntad las muchedumbres, de hallar la cristalización técnica que diera forma a nuestra vida nacional; es decir, no existe sino un anhelo político, crear las instituciones públicas indefinidas, para encauzar así y provocar el nacimiento de la conciencia nacional.

Francisco I. Madero, según lo expresó en la "Sucesión Presidencial", deseaba de igual modo, hallar una solución para el porvenir incierto de México llegada la muerte del general Díaz. En vista de la obstinación del gobernante despótico, ya no creyó en la necesidad de esperar el natural desenlace de los acontecimientos, sino que se lanzó a la lucha política con el carácter de candidato a la Presidencia de la República. La revolución que siguió a la lucha electoral, fue en efecto, el deseo clamoroso del pueblo de ver un término a la indecorosa administración que se perpetuaba por sus propios recursos y que vivía divorciada por completo de la opinión y de los anhelos del país.

---

Discurso que, en nombre del Gobierno del Distrito Federal, pronunció en el Primer Congreso Agrario, Ed. "Cultura", México, 1921, pp. 75-87.

Los detractores de los principios que más tarde completaron la bandera de la revolución maderista, principios sociales que no pensó el caudillo, han afirmado que esas normas que entrañan una renovación social, fueron dictadas por personas menos sinceras quizás y menos fuertes que el jefe del movimiento; pero más hábiles que él para justificar de cualquier modo ante la opinión nacional y ante la opinión extranjera, la revolución que ha costado tantos sacrificios a la República. Se ha argumentado mucho en este sentido, hasta acusar a los directores intelectuales de la revolución, de un deseo insano de venganza en contra de los que poseen vastos patrimonios, ya que éstos durante la época de paz no los tomaron nunca en consideración como factores en la vida política del país. Sin embargo, todavía no ha corrido bastante el tiempo para que la crítica liviana de los enemigos de los principios de la Revolución pueda tomarse como un razonamiento honrado y sereno; pero como la necesidad obliga en ocasiones si no a justificar los principios y los hechos, sí a explicarlos en medio del caos de las disputas y de las opiniones encontradas que engendran una desorientación nociva en el ánimo público; en apoyo de esas ideas gracias a las cuales los pueblos aquí representados han obtenido parcelas de tierra en las que ahora viven y progresan, debemos recordar que las mismas objeciones suscitadas por la Revolución de 1910 que se prolonga hasta este año, son las mismas que se enderezaron en contra de los movimientos de Independencia y de Reforma. Pero la miopía traviesa de los que se han sentido heridos en su patrimonio o en sus ideas, desconoce el principio ampliamente comprobado de que los caudillos de una revolución nada significan para la revolución misma: que los nombres de hoy pueden substituirse mañana con cien diversos, que las revoluciones por lo que ve a su éxito y a sus propósitos, como todos los movimientos y las manifestaciones del pueblo, tanto en el arte como en política, son anónimos: esto tienen de geniales.

Los mismos caudillos se equivocan porque una transformación social es difícil de preverse absolutamente en su desarrollo y en sus consecuencias.

El problema, visto por alguien desde una situación especial, puede ser considerado desde cien puntos de vista distintos. Para juzgar del carácter de una conmoción pública, es necesario después de hacer el análisis de lo falso y de lo bueno que contiene, de sus aciertos y de sus injusticias, elevarse sobre todos estos hechos fragmentarios para poder percibir el ritmo de su movimiento interno. Sólo así puede realizarse también la crítica perfecta de ciertas obras literarias que representan la tragedia humana. Toda obra de arte que se refiere a la vida social, toda revolución que concierne a los espíritus, son movimientos de un solo y vigoroso fin, como toda epopeya, como todo movimiento místico.

Por esta razón las revoluciones de Independencia, de Reforma y la de 1910, que podría llamarse la revolución de Justicia, han sido hondos y fecundos movimientos sociales a pesar de que sus primeros autores las hayan considerado simplemente como revoluciones políticas. Dentro de las revoluciones sociales no hay categorías: no hay revoluciones falsas ni revoluciones verdaderas; todavía los hombres no son lo suficientemente imbéciles para dejarse gobernar como fantoches de teatro por la

habilidad de diez dedos; cuando los movimientos prosperan pueden llamarse realmente revoluciones, cuando no triunfan, no han tenido razón de ser, y por tanto no pueden llamarse revoluciones.

El período de 1910 a la fecha, ha sido apenas el tiempo indispensable para que los anhelos de la nación hayan cuajado en una serie de principios. Si el régimen personal del general Díaz en vez de durar treinta años, dura cien, la revolución que hubiese estallado al terminar la dictadura, habría tardado lo menos 25 años para cristalizarse en principios que expresaran los deseos del pueblo.

En esencia, la administración del general Díaz vista a través de sus más hábiles y entusiastas críticos, quería la prosperidad integral de la República de una manera indirecta y extraña. Como objetivo inmediato de su actividad, conseguir el aumento de la riqueza pública: después, siendo rico el país, sus habitantes irían pensando en otros ideales que no fuesen ya la tranquilidad de los caminos y la satisfacción de sus necesidades materiales; pensarían indudablemente en su cultura. Es decir, la educación cívica, el engrandecimiento moral de la nación, habría de lograrse olvidando desde luego el factor humano para que éste despertase en todas sus cualidades en actitud de apoteosis, sitiado por la riqueza que lo invitaba a una vida mejor.

No queremos creer que este programa de gobierno haya sido redactado con perfidia sino con equivocación sincera; pero no podemos dejar de reprocharle la desolación espiritual que embargaba al país y de la que ha empezado a libertarse. Los mexicanos, iguales ante la ley y ante la eternidad también; pero distintos en la vida cívica y colocados en situaciones desiguales, no pueden disfrutar ni del beneficio de la riqueza pública porque ha estado siempre tan lejos de sus manos como el tesoro legendario de los reyes aztecas. El progreso de México sólo habrá de lograrse hasta que el Estado y los factores que dirigen de hecho sus destinos, ayuden a vivir a todos. Mientras se siga creyendo que el papel del gobierno consiste en respetar las situaciones de hecho que crean las distintas fuerzas sociales, continuaremos viviendo con la misma angustia por el éxito de nuestra vida que hoy padecemos y que siempre hemos sufrido. Pensar esto creyendo hallar el ideal de gobierno, sería tanto como afirmar que la máxima en que pudiera encerrarse la enseñanza de Cristo, es la que nos enseña a amar al prójimo; pero a condición de que él se esfuerce hasta conseguir que le llamemos nuestro prójimo. No, es menester que los hombres puedan luchar, para que luchen; es preciso que nosotros amemos a nuestro prójimo; pero a condición de que hagamos de cada hombre nuestro prójimo. Es decir, es necesario que no cubramos los hondos dolores de la Patria con una serie de principios falsos para que al amparo de ellos prospere el cinismo de los audaces y la avaricia de los ladrones.

Los vagos pero intensos anhelos populares de los últimos años, pudieron al fin, expresarse más o menos totalmente, en los artículos 27 y 123 de la Constitución. Los otros preceptos que encierra y que entrañan modificaciones a la Carta Fundamental de 1857, son casi en su totalidad, las viejas iras del jacobino que trabaja hoy sin la cultura y quizás sin la sinceridad del de ayer.

Sin los artículos 27 y 123, la Constitución de Querétaro es la misma que la de la Reforma; pero sin esos preceptos el pueblo perdería de un solo golpe el producto de sus esfuerzos y la República Mexicana su carácter de persona entre las naciones del mundo.

Me he referido a la génesis moral de la Revolución y ensayaré una defensa técnica de sus principios codificados, porque el momento en que vivimos tiene una importancia mayor para los destinos del país de lo que pudiera pensar la conformidad burguesa de los que se refocilan en la calma aparente en que vivimos, creyendo que la cesación de los incendios y de los disparos de las armas de guerra acusan ya la ventura de la República. Estamos en el instante preciso en que el gobierno como representante del Estado trata de cumplir los inmensos deseos populares de justicia. La Revolución trazó en una ley los nuevos destinos de México; pero no hemos juzgado aún su cumplimiento, tampoco sabemos si estos principios han de bastar para resolver el gran problema.

Los "intereses creados", como se dice a los intereses de los mercaderes y de todo lo que puede convertirse en oro, ante la imposibilidad actual de hacer desaparecer los principios revolucionarios de la Constitución, han tratado de hacerlos nugatorios interpretándolos de tal suerte, que el verdadero propósito que encierran sólo quede en el futuro como un recuerdo de la literatura revolucionaria. El mayor enemigo que tienen los nuevos principios es el conjunto de los antiguos principios con los que deben fundirse. Vivimos dentro de un sistema político que en vez de vivificar la legislación, trata de reducir los nuevos preceptos a los antiguos postulados que se yerguen en nuestro edificio jurídico, como fetiches intangibles ante quienes algunos de los directores del país se mueven con ademanes grotescos del que inciensa a un ser mil veces superior a su miserable vigor. He aquí el peligro, ya no la existencia del principio revolucionario, sino la interpretación del principio revolucionario.

Dentro de nuestra organización política, el papel más importante para la vida doctrinal de la Nación está encomendado a la Suprema Corte de Justicia; pero el máximo Tribunal para convertirse en la salvaguardia de los destinos de México, necesita rejuvenecer el ambiente científico en que ha vivido hasta hoy, ese ambiente que desoye las manifestaciones de las fuerzas vivas del país, las cuales no pueden crear el derecho, a su juicio, sino hasta que se expresen en aforismos codificados de los que surge la jurisprudencia, conjunto de decisiones en las que hoy sólo se expresa el pensamiento del legislador supliendo la oscuridad de su criterio con las normas jurídicas que el legislador mismo pudo haber consultado, la jurisprudencia gira así en torno de los postulados del derecho y no toma como factor de depuración de los mismos principios, la costumbre que impone la vida y los anhelos públicos que significan más, jurídicamente, que las leyes ya muertas.

Esta creencia de que el Derecho es una ciencia aislada que se basta a sí misma y que para reformarse sólo ha menester con cobijarse bajo las leyes eternas e inmutables de donde surgió, fue una superstición del siglo XIX especialmente, y además una doctrina injusta de la ciencia de lo equitativo y de lo justo.

A mi juicio, la reforma de los principios jurídicos en que vivimos no es tan importante porque sean falsos estos últimos, sino porque su falsedad se presta a estancar la vida del pueblo con el pretexto de hacer labor desinteresada, científica; es decir, el peligro está en apuñalar al pueblo a espaldas del pueblo, con armas que el pueblo mismo venera en su ignorancia y en su amor a su país.

La nueva doctrina que surge de las reivindicaciones sociales, no cree ya en el carácter necesario, hablando filosóficamente del Derecho. El Derecho es un producto social, cambia con el tiempo, con las necesidades públicas, si es preciso depura sus fuentes y se pliega a la urgencia del caso: el Derecho siempre ha sido el principio que protege los destinos de una Nación. No debe ser una regla para la eternidad, por eso causan a veces lástima los abogados que arguyen, *verbi gracia*, que la Constitución no debe contener las bases de la reforma social, porque una Constitución sólo debe contener la estructura general del gobierno. Este *sólo debe tener* es lo risible de esa ciencia hierática, falsa y miope que olvida que ella misma se ha formado por la voluntad humana, proteica y contradictoria hasta en el derecho, puesto que si el pueblo realmente lo quisiera y pudiese expresar su voluntad, podría pasarse sin ninguna de las formas actuales de derecho, no sólo dar una fisonomía exclusiva a su Constitución y a sus códigos. Justamente la naturaleza y la forma de las leyes, dependen de la voluntad popular, del concepto perfecto de soberanía, y si México es una Nación, por ese solo hecho, por esa consideración única, México puede darse una Constitución diversa de todos los pueblos de la tierra. El argumento de que un país puede atentar en contra de los derechos del hombre, me ha parecido siempre una redundancia y una petición de principio, porque nadie se esfuerza por aniquilar su propia vida y cuando un pueblo legisla para sí mismo, legisla en realidad para garantizar la vida de cualquier hombre; no hay una diferencia cualitativa entre un extranjero y un mexicano, porque ningún mexicano aspira menos a su felicidad que cualquier extraño a la suya.

El problema que debe preocuparnos, pues, es el de dar conciencia a las relaciones jurídicas, si la Suprema Corte de Justicia de la Nación encargada de interpretar la ley no coadyuva con los intereses que se proponen en México un lucro ilimitado bajo la protección de la misma ley; si ese Tribunal interpreta las leyes dando un espíritu nuevo a las que no lo tienen e intensificando el vigor de las normas robustas, la Suprema Corte de Justicia realizará los anhelos del país; pero si, en cambio, aniquila las nuevas corrientes jurídicas, castrándolas por espíritu de reacción técnica, la República volverá a vivir la tragedia de su vida, construirá otros magníficos parques, teatros opulentos, maravillosos edificios, vestirá ropaje de quetzal y mientras, el pueblo destilará interiormente su acerbo dolor, esperando tomar fuerzas para iniciar otro intento de alcanzar la justicia.

El problema agrario tiene dos aspectos: la restitución y la dotación de tierras a los pueblos. El primero es un acto de justicia pura que está más allá de las disquisiciones legales y de las objeciones políticas. No cabe aquí ni el sobado argumento

de la prescripción ni la paradoja de la posesión de buena fe. El despojo público a un pueblo, sólo se remedia dando públicamente a un pueblo lo que es suyo.

El verdadero problema radica en dotar a los pueblos de tierras que no han sido suyas nunca; es decir, en darles la base de su actividad y la garantía de su independencia de vida. Los esclavos de la tierra deben convertirse en poseedores de la tierra; las inspiraciones verdaderas son expresión de su profundo "sentido", de ella han surgido todos los movimientos de reivindicación, todos los esfuerzos de renovación individual y social. Se argumenta en contra, que el problema agrario no es un problema de repartición de tierras, que México necesita bancos refaccionarios de la agricultura, medios de irrigación, escuelas rurales, aperos de labranza, maquinaria agrícola, institutos de investigación científica aplicable a la agricultura, abonos que centuplican las energías cansadas de la tierra y mil otros factores que contribuyen a la producción de la riqueza. ¿Qué hará el indio con un pedazo de tierra, sin dinero para convertirse en un explotador de la misma, y sin cultura para dirigir sus esfuerzos y sin moralidad que lo transforme de paria en productor de riqueza? Es indudable, contestan los mismos que han formulado la pregunta, que si la ley permite al indio vender la tierra, ésta pasará de sus manos a las de los acaparadores, y si esto no ocurre por prohibición legal, el indio abandonará la tierra excesiva para sus recursos y volverá voluntariamente a la esclavitud del salario.

Estos argumentos explotados en los editoriales de los periódicos, que tienen más interés en su prosperidad mercantil que en la riqueza impersonal de la República, dichos también por ciertos "intelectuales" que no se atreven, por razones de decencia digna de la crítica de Thackeray, a hacer causa común con los defensores incultos y sin prestigio pretérito, de los principios de la Revolución; a fuerza de convertirse en propaganda de confesionario, de tribuna y de sobremesa, han conquistado hasta a los mismos que tienen interés en alcanzar los beneficios de la ley agraria. Hace unos cuantos meses asistí a la Convención anual de la Confederación Regional Obrera reunida en la ciudad de Orizaba, y en el seno de aquella asamblea de honrados visionarios y de hombres sedientos de justicia, oí esos mismos argumentos en boca de uno de los más conspicuos miembros de la Convención; pero oí también esta frase profunda y sincera, el argumento más importante que se ha dicho sin duda en defensa de los necesitados de la tierra; un oscuro delegado del estado de Coahuila afirmó que si es exacta la tesis de que el problema agrario no habrá de resolverse cabalmente con la sola entrega de la tierra, sino con la práctica de mil factores más, es preciso primero poseer la tierra para sentirse capaz de cualquier sacrificio posterior. El que no se siente dueño de nada en el mundo, es incapaz de realizar nada en el mundo; no hay sacrificio posible sin entusiasmo, pero tampoco puede haber fe en la vida, si se niegan los recursos actuales, esperando todos los que darán mañana la felicidad completa. Esperar a que México sea fuerte hasta que lo sea por sí mismo, sin ensayar siquiera los medios que se poseen hoy para tan alto fin, es contradictorio y absurdo. Ya véis lo que ha producido en muy poco tiempo, la fuerza que da el convencimiento de que se ocupa un lugar definido en la vida: los

indios del Distrito Federal que antes de la ley agraria no poseían más que la pomposa denominación de ciudadanos, han reivindicado hoy una cualidad nueva: la de productores.

El viejo principio democrático que engendra dos clases sociales completamente diversas: la del gobernante que se impone y la del gobernado que debe obedecer, la tesis que entrega al gobierno el ejercicio de la dirección del país y a sus habitantes solamente el gobierno teórico, bajo la forma de una cédula electoral, que nada significa a la postre en las juntas computadoras de votos que declaran sarcásticamente por la voluntad del pueblo su ambición personal, desaparecerá con el tiempo de la letra y del espíritu de la ley; desaparecerán asimismo los partidos políticos, estas agrupaciones absurdas sin casta viviente y anónimas por su constitución y por su finalidad. En vez de grupos políticos habrá en el futuro agrupaciones de hombres, y un hombre ya sabéis lo que significa.

El gobierno debe estar en manos de todos los factores que en el seno social crean la vida pública y la dirigen, persiguiendo una idea técnica, económica y moral. Llegará el momento en que gracias a la unión de los individuos semejantes entre sí, por igualdad económica y por actividad profesional, el gobierno de los gobiernos esté en poder de todas las agrupaciones humanas. Dice un publicista ilustre que los hechos públicos orientan a los privados, que los hechos económicos tienden a transformarse en intereses intelectuales, que a una sociedad dada de ingenieros, a tal sindicato profesional, corresponde tal Secretaría de Industria y Trabajo; que a determinadas cámaras de comercio, a la forma de los sindicatos obreros, al valor de las agrupaciones de agricultura, corresponde tal Congreso de la Unión. A tal sociología, en suma, tal gobierno. Es decir, mientras menor sea la energía que desplieguen organizándose primero y después defendiendo sus derechos, los elementos sanos del país, inevitablemente mayor será la suma de abusos en los gobernantes; a mayor poder en los ciudadanos, corresponderá menor poder en el gobierno, a la indiferencia para los asuntos sociales de parte de los individuos, corresponderá la absorción gubernativa absoluta de la administración y de la política nacionales, que engendra siempre una dictadura injusta y oprobiosa.

Por tal motivo, el gobierno del Distrito Federal, que piensa y siente de una manera intensa en cada uno de sus colaboradores, estas ideas que tengo el honor de presentar a vosotros, no puede menos de aplaudir el resurgimiento de la República ante el espectáculo de muchos mexicanos que se organizan en clases productoras, es decir, en clases directoras. El porvenir de México como el de cualquiera otra nación está en la formación de las castas y en la lucha de las castas entre sí. Debo advertiros previendo la suspicacia de los críticos de oficio, que no estoy haciendo mi campaña electoral, ni propagando ideas peligrosas: hago ciencia *ad usum populis*, ciencia al alcance del pueblo.

Por esta razón, podréis decir ya ante los tribunales, que la dotación de tierras no es un atentado a las garantías del individuo, que no es un despojo ni un robo, ni un acto que no tiene más garantía que la fuerza, sino el convencimiento de que la

energía de cada hombre que se siente dueño de una parcela de tierra, es una fuerza más que se une a las que van surgiendo en el seno del pueblo para convertirse en energía de la raza. Cada uno de vosotros, labradores, sabéis que la dotación que se os ha hecho de la tierra, es una compra que hacéis a quien no la necesita, y que el gobierno solamente ha intervenido en ese contrato para evitar el lucro injustificado y probable del comprador y vuestra falta de cumplimiento para el mismo compromiso. Si vosotros no pagáis al propietario, el gobierno pagará por vosotros; pero vosotros pagaréis al gobierno, es decir, pagaréis de cualquier modo, porque para un hombre honrado que tiene bastante conciencia para sentirse satisfecho de vivir bajo el amparo del respeto público, ni un obsequio ni mucho menos un despojo habrían de darle el entusiasmo profundo que lo transformará, si no lo es, en hombre viril y en productor de energía.

No, la tierra es un tesoro que no debe poseer quien no se halle agotado en la lucha para obtenerla: los hombres que han olvidado que sólo tienen derecho a vivir quienes trabajan para sí mismos y para los demás, no tienen derecho tampoco a llamarse dueños de nada. La propiedad no debe ser, no es ya, un privilegio intocable de quien posee algo; habíamos vivido creyendo que era un don de los dioses o la herencia de nuestros abuelos: hoy surge un nuevo orden de vida, un orden basado sobre las categorías profesionales; es decir, sobre el trabajo; es decir, sobre la competencia que tiende a reemplazar el antiguo orden, basado sobre la propiedad. La propiedad es el fruto del esfuerzo, y cuando el esfuerzo se agota, la propiedad debe sucumbir en las mismas manos del exhausto. La vida quiere hombres de sacrificio, no hombres de lucha ocasional y vacía de ideales; la fórmula perfecta de la conducta no puede aconsejar la felicidad previa para que de ella brote la virtud, quiere precisamente lo contrario: primero la virtud, el sacrificio, para que de ellos brote la felicidad de una manera espontánea.

Sé que al hablaros de este modo, no hago sino confirmar vuestra propia opinión; pero a veces es tan útil un puntal, para la voluntad adormecida, que me felicitaré de que cada uno de vosotros haya vuelto a recordar con mis palabras su vieja doctrina. Espero que así sea porque no sólo habéis tenido la terquedad plausible que os consiguió la tierra que en vuestras manos ha florecido con perfume de resurrección, sino también la desconfianza natural de vuestra sangre ladina que ha evitado las gestiones amables pero interesadas de los patronos oficiosos.

Al despedirme de vosotros os recuerdo, en efecto, que una causa justa puede perderse en manos de un mercader de pocos escrúpulos.

El gobierno no sólo quiere que vayáis personalmente ante él, sino que no os atenderá si os servís de un consejero: esto es un poco injusto; pero es mejor para la salud pública que no obtengáis nada a que todos consintamos en vuestra explotación.

Ixtapalapa, 9 de septiembre de 1921.



## La importancia jurídica de la Revolución Mexicana

La tragedia histórica de México ha sido una tragedia jurídica: el divorcio entre la ley y las necesidades populares. La Revolución iniciada en 1910 tiene la significación trascendental de haber elevado a la categoría de leyes las necesidades colectivas y las indicaciones de la historia para la defensa integral de la nacionalidad mexicana.

El divorcio empieza en los momentos en que se consuma la conquista española en el territorio del cual ocupa actualmente una gran porción la República Mexicana. El Estado español del siglo xvi —organización eclesiástica al servicio de la universalidad de la fe católica— dio a los aborígenes una legislación especial —la legislación de Indias— para incorporarlos fácilmente en el seno de la Iglesia, y para conseguir este propósito sin resistencias, llenó su texto de disposiciones que los protegieran de la rapiña de los soldados conquistadores.

Desde ese momento rigieron en la Nueva España dos normas, dos principios para resolver las relaciones privadas y las relaciones de los individuos respecto del Poder Público: una fue el derecho español aplicable a los españoles venidos a Nueva España y a los españoles nacidos en ella; otra fue la legislación de Indias. Esta división jurídica que apartaba a la población en dos grandes grupos sociales, engendró en éstos sentimientos distintos el uno del otro respecto de sus intereses privativos, y los mantuvo frente a frente en el curso de la evolución de la Colonia.

El testamento de la reina doña Isabel la Católica —fuente de inspiración de la legislación de Indias— no se cumplió sino en su propósito de incorporar a los indígenas en la fe católica, aunque esta incorporación fue en verdad aparente y no espiritual; pero en todo aquello que significaba protección y ayuda para los pueblos aborígenes, fue letra muerta. Esto engendró, necesariamente, no sólo un sentimiento de inferioridad en el espíritu de los pueblos indígenas respecto de la población blanca, sino también un sentimiento de rencor y de odio hacia ella.

Y a medida que fue corriendo el tiempo, un nuevo grupo social formado por descendientes de indígenas y de blancos —la raza mestiza—, intervino en los destinos

---

Páginas escritas por el autor para el "Album de honor" conmemorativo de la Exposición de Sevilla, inaugurada en marzo de 1929. Revista *COM*, 15 de diciembre de 1928.

de la Nueva España de un modo eficaz y constante. Los mestizos —la verdadera raza mexicana—, partícipes en muy pequeña escala de los derechos reservados para la raza blanca, y poseedores de un sentimiento que bien puede calificarse de patriótico, al considerarse dueños verdaderos de esta región del mundo, unieron la defensa de sus intereses materiales y espirituales a la causa de liberación de la gran masa indígena, y esperaron el momento oportuno para realizar la emancipación de su país.

Otro factor social, menos numeroso, pero quizá más importante que el grupo mestizo, vino a cumplir el desiderátum de la mayoría: los criollos. Españoles nacidos en México, si bien con iguales derechos desde el punto de vista de la ley que sus padres y que los demás españoles, ocuparon sin embargo un rango inferior a éstos en las costumbres jurídicas y sociales de la Colonia, y como eran la parte intelectual descontenta del pequeño grupo director y privilegiado moral y económicamente, capitanearon la Revolución de Independencia, surgida al comenzar el siglo XIX.

El México independiente abolió la duplicidad de la legislación, afirmó la universalidad del derecho sin distinción de razas o de categorías sociales; pero se inspiró —como fatalmente habría de ocurrir por razón histórica—, en la filosofía de la Revolución francesa. Desde el primer intento de constitución del naciente país, la doctrina jurídica del individualismo y la doctrina económica de la libertad de acción, perfectamente hermanadas, orientaron la función del Estado mexicano y los derechos y obligaciones de la conducta privada de sus habitantes.

De esta suerte, la romántica utopía de la libertad y de la igualdad humanas, dejó en las mismas condiciones de antes a los dos grandes grupos sociales engendrados por la diversidad de la legislación durante la época colonial; sólo que no fue ya el grupo de españoles el detentador de los privilegios económicos y sociales, sino el grupo de criollos heredero de tales privilegios, el cual hubo de enfrentarse, fatalmente, a la inmensa mayoría de la población de mestizos y de indígenas.

La universalidad del derecho borró la dualidad de la legislación escrita; pero mantuvo dos criterios jurídicos al aplicar su contenido utópico. Así fue como el grupo director, frente al Estado abstencionista en las relaciones privadas, fue acaparando las tierras, protegiendo el derecho de propiedad y normando las relaciones de la contratación de los servicios personales, de acuerdo con la ley de la oferta y la demanda, en un país de seres hambrientos en su mayoría e ignorantes casi en su totalidad.

El derecho común —desarrollo fiel de los postulados constitucionales—, no hizo sino permitir el desarrollo sin limitación del programa del grupo privilegiado y sancionar con fuertes penas los ataques indirectos o directos al sistema social establecido.

Así termina el siglo pasado. Sin derecho de asociación profesional para las clases campesina y obrera, sin derecho de explotación de la tierra para las comunidades rurales; sin derecho de reclamar mayores salarios, y con la obligación —por fatalidad económica— de aceptar el precio que el propietario industrial o rural fijaba libremente a la prestación de los servicios profesionales.

La Revolución cristalizó las necesidades colectivas al reformar la antigua Constitución política del país, incluyendo en el texto de la nueva los artículos 27 y 123, que

otorgan personalidad jurídica a las corporaciones de población y a las asociaciones profesionales, con sus consecuencias jurídicas y sociales para el desarrollo de los intereses materiales y morales de la clase trabajadora.

El derecho industrial en México, por tanto, no ha surgido, como en la mayor parte de los países del mundo, del derecho común por la vía evolutiva, sino que halla sus bases en la propia Carta Fundamental de la República, lo que ha traído como consecuencia la transformación radical del derecho privado.

Por este motivo puede decirse, como afirmábamos en un principio, que la Revolución iniciada al comenzar este siglo tiene de trascendental el hecho de haber concluido con la tragedia histórica de México: el divorcio entre la ley y la realidad social. Esta circunstancia bastaría para exponer la magnitud y la justificación del movimiento revolucionario emprendido por el proletariado mexicano, así como el éxito que ha logrado la organización obrera en las dos décadas que lleva de vivir.

## La mentira del federalismo y la ideología revolucionaria

Todo el mundo sabe que en la formación de la Constitución de 1857 influyeron tres factores: la tradición española —representada por la Constitución de 1812—, la filosofía social de la Revolución francesa, y el sistema de gobierno adoptado por la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica.

Nuestra organización política está inspirada, pues, en el sistema federal formulado en la Convención de Filadelfia de 1787 por las Colonias que el 4 de julio de 1776 lanzaran la declaración de su independencia de la Gran Bretaña y de la tiranía de su rey Jorge III. Para juzgar de lo que el federalismo significa en México es preciso, por tanto, recordar lo que fue para nuestros vecinos del Norte; decir sin eufemismos cómo se ha practicado en nuestro medio y declarar —en conclusión— qué valor actual tiene a la luz de las nuevas ideas respecto de la organización del Estado.

El Congreso de los representantes de las Colonias que votó la Declaración de Independencia, comprendió que para sostener con éxito la lucha contra Inglaterra y entrar en relaciones con las potencias extranjeras, era preciso una unión más fuerte y real entre las propias colonias que el solo pacto existente entre ellas de rebelión común. Para alcanzar esa doble finalidad el Congreso formuló unos artículos o bases para una Confederación de los Estados Americanos, sujetas a la ratificación de éstos, y de acuerdo con las cuales cada entidad confederada conservaba absolutamente su soberanía, reservando al Congreso de sus representantes muy escasas atribuciones. A pesar de tales limitaciones se necesitaron, sin embargo, cuatro años para que los Estados ratificaran las bases y pudiera reunirse el Congreso previsto en ellas, cuajando así, aparentemente, la idea de la Confederación.

Pero la Confederación estaba destinada a desaparecer: las decisiones de su Congreso, los tratados que formulaba, no obligaban a las Colonias confederadas; éstas podían rechazarlos o aceptarlos; para hacer frente a los gastos comunes, el Congreso no decretaba impuestos para los ciudadanos de cada Estado, como miembros de la población de la naciente Confederación, sino que solicitaba contribuciones voluntarias de las colonias de acuerdo con la capacidad colectiva de las mismas. En la práctica,

---

*Excelsior*, 8 y 9 de agosto de 1929.

muchos Estados no pagaron sus cuotas y como los “Artículos de Confederación” se interpretaban siempre para negar la intervención del Congreso en los asuntos de las colonias —reputando hasta los de interés general como propios de éstos—, el Congreso —representativo de la Confederación— no sólo no pudo defender a los estados sino que le fue imposible defenderse a sí mismo, perdiendo toda autoridad y convirtiéndose en el ludibrio público. En el mes de junio de 1783, el Congreso tuvo que refugiarse en Trenton, abandonando Filadelfia delante de una banda de ochenta soldados amotinados que reclamaban el pago de sus sueldos. ¡Tal era la resistencia de los intereses económicos y espirituales de las colonias a formar una sola nación!

No obstante, la salvación de los estados americanos estaba en su unión, en su unión perfecta. Los elementos más preparados así lo entendieron y se esforzaron por alcanzar ese fin; pero no fue sino hasta 1787 cuando se reunieron en Filadelfia la mayoría de los representantes de las colonias —después de varios intentos frustrados—, para discutir las condiciones de la asociación política general. Durante la Convención llegó a tal punto la intransigencia de algunos delegados para acceder a la formación de un gobierno federal, representativo de la unión de las Colonias y con autoridad sobre ellas respecto de ciertos asuntos, que un día el escéptico Franklin se vio obligado a aconsejar a sus colegas que se refugiaran en la plegaria. . . Y ya al concluir —aunque el proyecto de Constitución de la Federación debía ser sometido a la ratificación de los Estados—, muchos delegados se rehusaron a firmarlo. . . A pesar de ello el Congreso lo envió a las legislaturas de los Estados para que éstas, a su vez, lo sometieran a las Convenciones de Estado. El triunfo del federalismo dependía de la opinión pública; sus adeptos —luchadores incansables— se propusieron ganarla en favor de su causa y se dedicaron a escribir en los periódicos de Nueva York una serie de artículos sabios, apasionados y brillantes que se conocen —compilados— con el nombre de *El Federalista*.

La idea del régimen federal a pesar de todo, sigue siendo impopular. De los trece Estados que componían la Confederación en 1787, sólo tres ratificaron la Constitución sin reservas; dos Estados la rechazaron y sólo la adoptaron, después de que se puso en vigor, ante la amenaza conjunta de los Estados federados; hubo Estados en donde la ratificación se obtuvo con ayuda de la violencia, de la amenaza y de la sorpresa. . . La historia del federalismo en los Estados Unidos de Norteamérica es, en suma, la historia del triunfo de una idea superior en contra de los intereses económicos, políticos, filosóficos y religiosos, de corporaciones sociales de personalidad hecha y de energía indiscutible para defender sus intereses. El pacto federal fue un verdadero convenio; un compromiso entre pequeñas naciones conscientes de su significación individual y de la renuncia que hacían de la absoluta libertad de gobierno de que disfrutaban.

En nuestro país el federalismo no nació así, tampoco fue después de adoptado un pacto entre estados, colonias o corporaciones sociales distintas; y nunca ha sido respetado en lo que de esencial posee como sistema de gobierno.

Es un lugar común; pero no por eso inexacta apreciación de la verdad histórica, decir que la Independencia de México se debe a la burguesía criolla que anhelaba sacudirse la opresión de la gran burguesía española; los indios fueron entonces, como han sido siempre, la “carne de cañón” inconsciente y gratuita de las disputas entre las minorías privilegiadas.

Lograda la independencia se planteó para nuestro país un problema de grave y difícil solución: ¿qué forma de gobierno debía adoptar? La crítica histórica ya ha demostrado con evidencia que el gobierno monárquico no podía haberse aceptado por ningún país de América; no quedaba, en consecuencia, sino uno: el gobierno republicano. Para México, la solución significaba, no obstante, otro problema: ¿gobierno republicano federal o gobierno republicano central? En el vasto territorio de la Nueva España no había colonias o estados como los fundados a pausas y con contingentes disímolos por Inglaterra en la región septentrional del Nuevo Mundo; es decir, no había intereses locales definidos ni entidades políticas con vida propia. Sólo había tres clases sociales representadas por el indígena, por el mestizo y el criollo, y por el español europeo. El gobierno colonial había sido un régimen de explotación, centralizado y absoluto, en manos del conquistador y de sus sucesivos suplentes históricos.

En el período de 1824 a 1857 en el que los “cuartelazos”, los motines y los intentos de organización política se suceden en forma vertiginosa y desconcertante, a veces sin sentido o justificación para el observador superficial; se definen, sin embargo, los campos ideológicos de nuestra vida política. La pequeña burguesía criolla y mestiza, victoriosa en la Guerra de Independencia, constituye el grupo avanzado, representa el progreso y adopta las ideas más alejadas de la tradición; la burguesía española —representada principalmente por la Iglesia— trata, en cambio, de volver atrás al país, se esfuerza por mantener incólume el régimen colonial, en lo espiritual y en lo jurídico. Por esta circunstancia, el triunfo de Juárez en la Guerra de Reforma, que representa la causa de la nacionalidad y del espíritu nuevo, hace triunfar el federalismo como algo inherente al movimiento, sin la valoración popular del sistema y su previa aceptación consciente.

El federalismo no fue entre nosotros, pues, un método de construcción gubernamental; significa sólo una reacción política contra el centralismo del gobierno de los virreyes y contra los privilegios que el sistema toleraba en favor del grupo favorecido. Sació indudablemente una legítima venganza colectiva histórica; pero —por su mismo origen— como sistema de organización política nació muerto.

Al aplicarse —y no obstante la institución del Amparo creada para conservarlo—, falló en su funcionamiento y en sus propósitos. Y así ha vivido, si es que algo que muere al nacer puede subsistir en términos biológicos; nunca se ha respetado, ni por el gobierno federal ni por los propios gobiernos locales. Durante el gobierno del general Díaz las elecciones de los gobernadores —piedra de toque del sistema federal— fueron preparadas y resueltas por el dictador. A partir de Madero —con excepciones

que hacen más patente la exactitud de la afirmación general—, hasta hoy, sin excluir a ninguno de los gobiernos revolucionarios, la elección popular de los gobernadores ha sido un mito.

Juzgando sin pasión, con frialdad de observador honesto, tiene que concluirse que el federalismo en México nunca ha existido.

Y como el vicio y la virtud se perfeccionan, el federalismo en la actualidad ya no es sino un nombre que carece de sentido. Un telegrama de la Secretaría de Gobernación basta para decidir el triunfo de un candidato a alcalde, a diputado, a gobernador, o para que un gobernador —a pesar de la soberanía local— sea arrojado del poder. Los Jefes de las Operaciones Militares —depositarios del argumento contundente en favor de la autoridad de la Federación sobre la soberanía local—, desempeñan el mismo papel que los procónsules romanos en los pueblos sometidos por el Imperio, junto a los gobernadores, tetrarcas o caciques criollos con libertades mínimas, limitadas siempre por la voluntad o los intereses de la metrópoli.

Esto ha sido el federalismo en lo político, es decir, en lo que el federalismo tiene de esencial, como forma que es de organización de gobierno. En cambio, en su aspecto subsidiario del político, como régimen de soberanías locales para decidir libremente de la vida económica de los estados, sí ha vivido desgraciadamente para México. Debería haber sido al contrario; pero nuestras condiciones geográficas, económicas y raciales, no lo permitieron. El régimen hacendario de la Colonia —hecho para estancar la producción y el consumo de la riqueza—, lleno de gabelas, de alcabalas, peajes e impuestos regionales, ha persistido a pesar de los esfuerzos que ha hecho en los últimos años la Secretaría de Hacienda para remediar el mal. La Federación se ha contentado con la parte del león en el reparto de los impuestos que paga el pueblo, y ha dejado el resto a los estados, permitiéndoles que completen su ración con disposiciones fiscales y leyes de repercusión económica que aniquilan la producción y complican el problema obrero.

Tal es la balanza del federalismo en nuestro país. Cotejemos ahora sus conclusiones con la facultad legislativa que en materia de trabajo otorga el artículo 123 constitucional a los Congresos de los Estados.

El Congreso Constituyente de 1917 en un ingenuo arranque de celo provinciano e ignorando la génesis y el desarrollo de los problemas económicos, facultó al Congreso de la Unión —como legislatura del Distrito y de los Territorios federales— y a las legislaturas de los estados, para expedir las leyes sobre el trabajo. En efecto, la justificación de este apoyo póstumo del federalismo consiste en creer que el problema obrero es un problema circunscrito a las características de las diversas entidades de la República; así lo declara el artículo 123 constitucional al dividir la facultad legislativa en materia de trabajo, ordenando que las leyes que las legislaturas expidan deberán fundarse en las necesidades de cada región.

Sin embargo, si se cotejan las leyes expedidas hasta hoy, se notará que sólo excepcionalmente encierran uno o dos preceptos de sello regional; la estructura de todas ellas obedece necesariamente a la finalidad que persiguen las normas jurídicas,

especialmente las leyes de orden público o de interés social: la fijación de las condiciones de acuerdo con las cuales deben desarrollarse las relaciones de los intereses que constituyen su objeto; es decir, la orientación que tales relaciones deben seguir, la determinación de la función social que el Estado necesita que dichos intereses cumplan. Lo genuinamente regional no lo puede establecer la ley, y por eso las leyes del trabajo no lo definen; lo propio de cada localidad —sin apartarse del índice de la norma genérica—, lo crea, lo desenvuelve y lo sanciona la costumbre; y cuando la regla escrita ordena el acatamiento de un *modus vivendi*, corre el riesgo de que al cambiar éste, no vuelva a aplicarse nunca.

Esta primera observación demuestra que, a pesar del deseo del Constituyente de 1917, el fondo del problema del trabajo no es regional sino general, de todo el país. Y es que el federalismo del artículo 123 por anacrónico resultó vacío, incumplible. El federalismo surgió como un pacto político, como una necesidad de entendimiento político entre entidades políticas, en el país fronterizo al nuestro; y en México como una arma política en contra del pasado indeseable; en ambos casos, pues, el liberalismo obedeció a urgencias de forma, de estructura, de organización, no a necesidades de funcionamiento o de finalidad del Estado.

Cuando se habla de federalismo se evoca sin poderlo evitar, el debate histórico de la Convención de Filadelfia o la discusión académica de la cátedra de derecho constitucional, que ve siempre en ese sistema de gobierno lo único que el sistema encierra: un artificio para impedir legalmente la tiranía; pero sólo eso, porque no siendo sino estructura, marco, forma y no contenido o substancia, a nada más puede referirse. Pero el debate respecto de la Federación y los estados, de sus respectivas jurisdicciones, límites y derechos, ha dejado de ser jurídico para transformarse en técnico, ha abandonado el campo del derecho constitucional para compartirlo con el de la economía política.

El sistema de producción en la época en que el federalismo fue adoptado, era el de la libertad que equivalía —en realidad— a la ausencia de un verdadero sistema. Por otra parte, la producción estaba limitada a mercados reducidos por falta de comunicaciones fáciles; la maquinaria y el herramental empezaban apenas a desarrollarse, lo cual contribuía también a dar a la producción un carácter local y a las relaciones entre industriales más que la forma actual de liga necesaria, la de guerra perpetua.

Pero la forma y la cuantía de la producción han cambiado y esta circunstancia ha repercutido en la ciencia del derecho. La fijación de los precios del mercado no depende ya de las necesidades locales; a veces se lleva a cabo en un país lejano del que produce; la producción excesiva provoca crisis, en ocasiones graves, lo mismo dentro de un país que fuera de él; la antieconómica, ocasiona también serios trastornos, por lo cual la producción ha tenido que reglamentarse por el Estado y elevarse del derecho privado al derecho público, como la función por excelencia de las actividades humanas. El progreso creciente de la maquinaria y de los medios técnicos que intensifican la producción y multiplican sus artículos elaborados, ha asociado a pro-



ductores y a obreros, de tal suerte que el régimen de la contratación y del empleo de la mano de obra, se ha convertido en régimen único en las diversas ramas de la industria, evitando así las malas consecuencias de la disparidad del costo de producción. En suma: la producción ha dejado de ser un simple derecho y un problema individual, privado y regional, y se ha convertido en una función colectiva, siempre nacional y, en ocasiones, internacional.

En estas condiciones, el sistema federal entendido como la facultad legislativa múltiple de los estados —calificados como las verdaderas entidades sociales y políticas—, o como la potestad múltiple también de aplicar la legislación del trabajo, sin un criterio único; se convierte en el obstáculo más grande con que pueda tropezar el progreso del país. Si por lo que ve a la estructura política de la nación puede sostenerse, tratándose de la organización económica el federalismo resulta, además de anacrónico, un factor de disociación social, al dividir funciones indivisibles, como las económicas, circunscribiéndolas a múltiples regímenes o a diversas interpretaciones locales, que cuando no son contradictorias entre sí, viven en constante competencia ofreciendo facilidades al capital o bien pugnando por dar la nota más radical en beneficio de la clase obrera.

Si la Revolución ha propugnado por nacionalizar los recursos naturales del país, por elevar el vigor físico y espiritual de la raza y por mejorar las condiciones de la vida en México; toda medida que tienda a evitar la unificación de las fuerzas que concurren en la producción y en la distribución de la riqueza; todas las que impidan la igualdad en los métodos de producción; las que mantengan los mercados regionales, es decir, la competencia desleal entre productores, y estorben, en suma, el advenimiento de un programa nacional que regule, vigile y resuelva, con un solo criterio, los diversos aspectos de nuestra vida económica; serán obra contraria a los *desiderata* de la Revolución mexicana.

El Congreso de la Unión, de acuerdo con el Ejecutivo, acaba de limitar la jurisdicción del gobierno federal en la aplicación de la legislación del trabajo, a los problemas de los transportes, de la minería y de la zona marítima, como excepción a la facultad privativa de los estados para ejercer ese derecho. Si se procede con lógica al expedir el Código del Trabajo, después de esta reforma constitucional tienen que suprimirse las facultades más importantes del Consejo Nacional del Trabajo: la de extender a una región o a una rama industrial los contratos colectivos de trabajo; la de enmendar la lista de las enfermedades profesionales; la de opinar sobre la licitud de los paros; la de intervenir en la determinación del salario mínimo, etc. Esto costará la resurrección del federalismo: la falta de coordinación de la vida económica nacional.

En la política hay que evitar el centralismo porque conduce a la tiranía; hay que usar de los frenos del federalismo como base para la libertad cívica individual; en economía es absurdo clamar por la soberanía local porque esta soberanía no existe: no hay intereses individuales económicos, sólo existen los de la República.

## El 19° Aniversario de la Revolución

Si por revolución ha de entenderse un cambio profundo en el sistema de la vida social —en sus aspectos más importantes, por lo menos—, los mexicanos que deseamos sinceramente ese cambio en nuestro país y que juzgamos el proceso de los últimos veinte años con honradez —fuera de toda conveniencia personal y de toda pasión mezquina, por resentimiento del bienestar perdido o por irreflexión hija de la incultura que hace tener fe en la magia de las doctrinas que no se han digerido con propiedad mental— tenemos que declarar que la Revolución no ha triunfado aún en México.

La Revolución carece de aspecto político, ideológicamente considerada: no se propuso el cambio del régimen de gobierno; fue sólo un deseo unánime de que se respetara el sistema establecido en las leyes. Por esta razón, la suerte de la doctrina democrática en nuestro país debe ser ajena a la balanza de la obra revolucionaria, tomando a ésta en su acepción de nueva estructura de la vida pública. La Revolución se concreta a un cambio en la organización social de México, y desde este punto de vista creo que no ha conseguido todavía su propósito.

¿Cuál fue éste? En esencia, la supresión de la propiedad privada, de la propiedad por excelencia: la tierra, substituyendo el sistema individualista por el régimen nacionalista o socialista de la propiedad. Socializar o nacionalizar la tierra —y, en general, la propiedad— son términos sinónimos: significan abstraer del dominio particular las fuentes de la riqueza pública, para hacer de ésta una distribución equitativa entre quienes la crean.

De este postulado central se derivó la legislación agraria que debía haber acabado ya con el latifundio, la libertad de producir cualesquiera frutos de la tierra, el cultivo para las necesidades personales del agricultor, el sistema antieconómico e inhumano del trabajo de la tierra “a medias”, y la refacción usuraria que trae aparejado el monopolio de la producción, sin riesgos ni responsabilidades. Y como corolarios del mismo principio, la cesación de la explotación del trabajo humano, la conservación de la salud del trabajador y de sus hijos, su mejoramiento económico y su elevación espiritual, que constituyen el objeto de la legislación obrera; así como la reforma

---

*Excelsior*, 21 de noviembre de 1929.

hacendaria y fiscal, la reforma del derecho privado positivo, la reforma bancaria y la reforma educativa, relacionadas con tales postulados, para facilitar el advenimiento del nuevo orden social.

Desgraciadamente, hasta hoy la estructura burguesa de la nación permanece intacta. Sin tomar en cuenta la oratoria incongruente y vacua de los que viven explotando el nombre de la Revolución, porque nada significa para el progreso de ésta, la obra que podría merecer el nombre de revolucionaria —la del Estado mismo— por la autoridad de quien la desarrolla, no ha dejado de ser también, en su fondo, labor verbal. “En la revolución burguesa —dice Marx— la frase sobrepasaba la realidad; en la revolución proletaria, la frase debe dejar su sitio a la realidad. En una palabra: entre tanto la clase obrera no ponga la mano sobre los medios de producción —aun con varios ministros socialistas— no se considerará en la sociedad verdaderamente socialista. El resto es literatura o metafísica.” Tomando de este juicio el valor —exacto sin duda alguna— que le asigna a la técnica de la revolución que aspira a la transformación del régimen capitalista, si se observa con honestidad lo que ocurre en nuestro país, se comprobará la fortaleza de nuestro Estado burgués.

El latifundio no ha desaparecido: las dotaciones de ejidos han afectado en mayor proporción las pequeñas propiedades, o las propiedades de mexicanos o de extranjeros —ciudadanos de naciones sin influencia decisiva sobre México—, que los verdaderos latifundios, cuyos propietarios cuentan con mayores recursos económicos —aparte de los diplomáticos— para defenderse, que los dueños de los terrenos de corta extensión; es decir, la reforma agraria no se ha cumplido; ha carecido de técnica y, sobre todo, de representantes sinceros de la Revolución que la lleven a cabo con inflexibilidad y entusiasmo incorruptibles. La libertad en nuestra producción agrícola, que equivale al caos, persiste: cada quien siembra lo que quiere, sin tomar en cuenta las necesidades del mercado nacional ni la productibilidad de la tierra. Los campesinos que trabajan sus ejidos, en la mayor parte del país, dejan el fruto de su esfuerzo en manos del prestamista, que, en muchos casos, es el antiguo terrateniente disfrazado de comerciante, y cuya situación económica actual es mejor que la que tenía antes de la Revolución, como es fácil comprender. Frente a esta situación nuestros bancos siguen su conducta tradicional: negar crédito al pequeño agricultor, y a veces al grande; pero ofreciéndoles sumas ilimitadas para pignorar sus cosechas, especialmente cuando éstas tienen fácil salida; los bancos del gobierno no son una excepción a esta actitud general. La reforma hacendaria —iniciada varias veces— se ha mantenido en el campo de la cooperación amistosa de los gobiernos locales para con el gobierno federal, sin que éste haya obtenido éxito en su empeño de reorganizar los sistemas anticientíficos de tributación, que entorpecen no sólo el programa revolucionario en esta materia, sino que impiden todo arreglo técnico dentro del mismo régimen burgués. Los gobiernos de los estados se empeñan en dar facilidades a la industria, en competencia —llamada patriótica— con sus vecinos, sin más programa que el de aumentar sus arbitrios; y, en general, los impuestos y los aranceles suben y bajan para mantener nuestra anarquía económica y administrativa, que en las

industrias del transporte y de transformación reviste caracteres más graves, desde el privilegio para ciertos extranjeros de vivir al margen de la ley y de toda legislación revolucionaria —compitiendo deslealmente con la mayoría de los empresarios de la misma rama de producción—, hasta la ayuda oficial a las negociaciones antieconómicas que perturban también el mercado nacional y retardan el progreso de la técnica del trabajo. En materia de previsión social nada hemos hecho: las instituciones más atrasadas del mundo que tienen encomendado este servicio serían una novedad en México; sobre este problema, nuestras palabras hasta hoy —para emplear el apotegma de Marx—, han aventajado a la realidad. Y así en el resto de los demás principios de la Revolución: continuamos enriqueciendo la literatura revolucionaria, mientras el imperialismo yanqui nos acorrala y penetra en nuestra casa en forma de maíz, de manteca, de harina, de vestidos, de modas, de discos fonográficos, de libros de escuela y de prejuicios sociales.

Este examen no es —a pesar de todo— la balanza de una empresa en quiebra. Por fortuna, la Revolución permanece en pie. Lo que no hemos logrado en obras lo hemos ganado en conciencia revolucionaria: la organización obrera representa esa conciencia; ella sola justificaría la Revolución. Quien observe con seriedad la transformación operada en la mentalidad del obrero mexicano, en los últimos veinte años, habrá de convenir en el progreso que ese cambio significa. Si la organización obrera desapareciera súbitamente, el régimen capitalista recobraría lo perdido con creces y se haría inexpugnable por muchos años, quizás hasta que ocurriera la transformación social de la última colonia europea. Por eso se la ataca hoy más que nunca.

El incumplimiento del programa de la Revolución no es tampoco un fracaso por el tiempo transcurrido: las revoluciones políticas son rápidas, las transformaciones sociales son lentas —aun empleando la fuerza, como en Rusia—, especialmente en países de incultura y de heterogeneidad racial como el nuestro. El cambio de las condiciones técnicas, económicas y sociales, determinarán la evolución de las instituciones políticas y de las costumbres, antes es imposible conseguir este progreso.

Pero lo que urge —ya que en el transcurso de estos diecinueve años de lucha hemos logrado aquilatar el objeto de la Revolución y los métodos que deben emplearse para realizar su propósito— es emprender firmemente la obra revolucionaria. Sin convicción real, sin capacidad palpable, sin honradez, sin espíritu de sacrificio, la Revolución no puede avanzar. Necesitamos convencernos de que la transformación social es obra de hombres superiores, es decir, de que no es tarea de hombres inferiores por su concupiscencia o por su impreparación. Los pueblos en donde la revolución ha tenido éxito, fueron guiados y siguen presididos por minorías de hombres limpios y capaces.

No sigamos empleando el tiempo en lugar por el poder sin programa y con exclusión de quienes pueden mermar nuestra ambición de mando, nuestro afán de prestigio o nuestro patrimonio futuro. Frente a la tarea de la transformación social, el papel del Estado es excepcional; a él corresponde el esfuerzo mayor y a él, en

consecuencia, la más grande responsabilidad; por eso deben guiarlo todos los que pueden aportar su contingente útil.

El tiempo debe valer más para los mexicanos que para los yanquis; para éstos sólo vale oro, para nosotros vale la vida. Cada minuto que pierde la Revolución mexicana en hacer obra literaria o en luchas internas por ambiciones políticas entre sus mismos representantes, lo gana nuestro huésped entrometido, prolongando su estancia en nuestro propio hogar.

## Revolución y cultura

El verdadero gobierno de un país radica en su minoría culta. La vida social, como todo plan que se desenvuelve o como todo organismo que funciona, obedece a un conjunto de principios o de fines en virtud de los cuales todo se explica y gracias a los cuales todo acontece. Gobernar, por tanto, es una tarea teleológica, es decir, una misión filosófica que se traduce en dos actitudes fundamentales: la de planear la vida social, corrigiendo los impulsos biológicos del ser humano, y la de crear los medios para el cumplimiento del fin elegido. De aquí que —por encima de los sistemas convencionales de gobierno—, la dirección real de los pueblos, a través de la historia, haya sido siempre función exclusiva de quienes —mejor preparados que la masa ignorante— han tenido el privilegio de pensar en el objeto de la vida, de formular la técnica de los fines y de enseñar, con la eficacia de su ejemplo, el modo de emplear el esfuerzo para provecho del individuo y de la sociedad.

Sólo ignorando este proceso de la organización humana se puede incurrir en el error de creerse gobernante cuando se es gobernado, o en la equivocación punible de sentirse sin responsabilidad frente a los problemas sociales, cuando por la ilustración o por la capacidad que se poseen, se influye necesariamente en la formación de la conciencia colectiva o en el cumplimiento del programa social.

Hace ya más de un siglo que el profundo y brillante pensador Claudio Enrique de Rouvroy, Conde de Saint-Simon —uno de los precursores del socialismo científico—, planteaba, empleando la parábola, el problema del gobierno de Francia si ésta perdiera súbitamente sus cincuenta primeros físicos, sus cincuenta primeros químicos, sus cincuenta primeros fisiólogos, sus cincuenta primeros matemáticos, sus cincuenta primeros poetas, sus cincuenta primeros pintores, sus cincuenta primeros escultores, sus cincuenta primeros músicos, sus cincuenta primeros literatos, sus cincuenta primeros mecánicos, sus cincuenta primeros ingenieros, sus cincuenta primeros arquitectos, sus cincuenta primeros médicos, sus primeros cirujanos, farmacéuticos, marinos, relojeros; sus primeros cincuenta banqueros, sus doscientos primeros comerciantes, sus seiscientos primeros agricultores, sus cincuenta primeros herreros, sus primeros curtidores, tintoreros, mineros, fabricantes de telas, de porcelanas, sus cincuenta primeros impresores, grabadores, orfebres y trabajadores de metales; sus cincuenta

primeros carpinteros, y los cien individuos más de diversas ocupaciones no mencionadas, con capacidad sobresaliente en las ciencias, en las bellas artes y en los oficios, haciendo en total los tres mil primeros sabios, artistas y obreros de Francia. ¿Qué ocurriría a esta nación si sufriera esa pérdida? Como estos hombres —dice Saint-Simon— son los franceses esencialmente productores, los que dan los productos más importantes, los que dirigen los trabajos más útiles a la nación, los que la hacen productiva en las ciencias, en las bellas artes y en la industria, son realmente la flor de la sociedad francesa; entre todos los franceses son los más útiles a su país, los que le proporcionan mayor gloria, los que elevan su civilización y su prosperidad; si desaparecieran, la nación se convertiría en un cuerpo sin alma, caería en estado de inferioridad respecto de las naciones con quienes compite y quedaría sometida a éstas por todo el tiempo que durara esa pérdida.

Supongamos, ahora, agrega el filósofo, que Francia conservara a estos tres mil individuos superiores; pero que tiene la pena de perder, en el mismo día, al señor hermano del Rey, a los primeros duques, a los grandes oficiales de la Corona, a todos los ministros de Estado, a todos los mariscales, a todos los arzobispos, obispos, grandes vicarios y canónigos, a todos los prefectos, a todos los empleados de los ministerios, a todos los jueces, y, además, a los diez mil propietarios más ricos, entre los que viven noblemente. Este accidente —comenta— afligiría sin duda a los franceses, porque son buenos y no podrían ver con indiferencia la desaparición súbita de tan gran número de compatriotas suyos; pero esta pérdida de treinta mil individuos reputados como los más importantes del Estado, no les causaría pena sino en el orden puramente sentimental, porque no resultaría de ella ningún mal político para el Estado: ¡sería tan fácil cubrir las vacantes...!

La parábola puede aplicarse a cualquier país. Cámbiense algunos nombres de personas o de actividades, y será tan exacta como hace un siglo. Y es que —como decía yo al principio—, sin cultura, entendiendo por tal el conocimiento de los problemas de la vida y del mundo y la posesión y el ejercicio de una profesión u oficio, al servicio de los fines de la sociedad; no sólo no es posible gobernar, sino que es difícil aun darse cuenta del sitio verdadero que se ocupa en la vida y de las fuerzas que rigen las relaciones entre los individuos y entre los grupos y las instituciones sociales.

Y si esto es preciso por el solo efecto de intervenir con eficacia en el orden ya establecido, para renovar este orden, para sustituirlo por otro, la cultura de quienes se propongan labor de tal magnitud debe ser aún más grande, más profunda, más alta. La reforma siempre ha sido obra de hombres y de grupos escogidos, lo mismo en el terreno de la especulación filosófica que en el campo de las creencias, que en el radio de la investigación científica o de la organización social; Descartes, Bacon, Lutero, Pasteur, Darwin, Marx, fueron hombres de cultura extraordinaria; triunfaron porque el conocimiento de los errores de las disciplinas y de las ciencias anteriores a ellos, hizo posible la organización de su propio pensamiento; el grupo de hombres de la Enciclopedia que presidió ideológicamente la Revolución Francesa,

tuvo el mismo sello de superioridad cultural; el grupo de líderes de la Revolución Rusa fue, antes que todo, un grupo de hombres de vasta cultura.

Si es verdad, pues, que el gobierno real de un país depende de su minoría culta, y si es exacto, asimismo, que la reforma de la vida social estriba en la capacidad de quienes se la propongan, ¿por qué se plantea frecuentemente en nuestro país el problema de decidir si la alta cultura debe sustituirse por la cultura media y aun por la preparación menor, para cumplir así el programa de la Revolución mexicana?

Al conseguir su autonomía la Universidad Nacional de México y hoy, al margen de la discusión del Plan de Estudios de la Escuela Nacional Preparatoria, un grupo de profesores —portadores sinceros o interesados del juicio que prevalece en ciertos sectores sociales, exacto sin duda, en contra de la poca eficacia de la Universidad—, creyendo que esta inepticia se debe a que nuestra más autorizada casa de estudios se ha ocupado hasta hoy solamente de los problemas de la alta cultura, desatendiendo la preparación de los especialistas y los problemas inmediatos del pueblo, ha contribuido con esta opinión, hecha pública, a que una vez más se pierda de vista el fin preferente de la Universidad, y a que —incidiendo en el error— mucha gente que desconoce lo que es la Revolución y lo que la alta cultura significa, vuelva a clamar por el “acercamiento de la Universidad al pueblo”, por lo inútil y lo dispendioso de los estudios superiores y de la cultura general, ante la urgencia de reparar la ignorancia de las masas; y se ha querido, así, convertir nuestra Universidad en una serie de institutos *tecnológicos* que echen rápidamente a la vida a sus alumnos, y en un gran centro de desanalfabetización.

Es indudable que el problema más grave de nuestro país es la falta de ilustración del pueblo; es indudable también que la Universidad debe extender su labor hacia los ignorantes; es no menos cierto que la vida moderna exige el aprovechamiento máximo del tiempo, y que no es posible internar la juventud por muchos años en las aulas para que adquieran una preparación, cuando nuestros mayores problemas se deben a falta de hombres.

Pero no hay que olvidar que la Universidad no es el Estado y que aun éste tiene ante sí, a ese respecto, tarea para algunas generaciones, y, sobre todo, que de nada serviría la desanalfabetización de las masas sin la coexistencia del grupo culto, del grupo director, del que gobierna, haciendo la conciencia social, estableciendo las bases y los medios del trabajo, produciendo y corrigiendo los yerros de la organización social. Nuestra pobreza nacional se debe —en el fondo— a que no poseemos cincuenta físicos de primera, cincuenta químicos de primera, cincuenta agricultores de primera, cincuenta arquitectos de primera, cincuenta ingenieros de primera, cincuenta banqueros, cincuenta legisladores, cincuenta biólogos, cincuenta sociólogos, cincuenta industriales de primer orden, cincuenta médicos, cincuenta veterinarios, cincuenta técnicos de bosques, cincuenta de hilados y tejidos, cincuenta ganaderos, cincuenta ferrocarrileros, cincuenta armadores de barcos. . . cincuenta hombres de primera en las diversas disciplinas y en las profesiones y actividades de las que depende la prosperidad integral del país.



¿Y en dónde habrán de formarse estos directores de México? La respuesta es única: en la Universidad. Si ésta no ha servido hasta hoy como debiera, no es porque no se haya acercado al pueblo, sino porque en realidad no ha hecho labor de verdadera cultura; porque no prepara sino profesionales de segundo orden, porque sólo da patentes de lucro, porque no investiga con profundidad, porque no publica obras de orientación nacional, serias, respetables, científicas, filosóficas, de índole artística; porque no obliga a estudiar, porque, en suma, se ha alejado de la alta cultura.

Es indudable que la Universidad no podrá, sin recursos, abrir nuevas Facultades y centros de investigación, y crear nuevas profesiones para responder a la necesidad de dotar a México de un grupo eficaz de directores, en todas sus actividades y problemas; pero si dedica los que posee a mejorar la preparación que imparte, si en lugar de rebajar la cultura, la eleva; si en vez de satisfacer los deseos de quienes van a ella para adquirir rápidamente un título, piensa en lo que el país y la Revolución necesitan, empezará a servir lealmente a su misión.

El movimiento obrero mexicano —el más autorizado, sin duda, para opinar sobre el programa social de la Universidad, como factor decisivo de los juicios del pueblo—, lo único que pide es facilidad para adquirir la cultura; pero no desea que ésta se rebaje; no quiere que la Universidad se acerque al pueblo, quiere que el pueblo se acerque a la Universidad. Quien paga a los profesionales mediocres y sufre las consecuencias de la mediocridad de los directores del país, es el obrero; por eso no sólo no está reñido con la alta cultura, sino que ha unido su causa a la de la cultura misma.

Y si la Revolución tuviera algún conducto evidente —que nadie pusiera en duda— para hacerse oír, diría lo mismo.

## El peligro de un neo-porfirismo con el pretexto de la reconstrucción nacional

La crisis económica por la que atraviesa nuestro país ha hecho sentir a todos los mexicanos la necesidad de aumentar nuestra producción y de encomendar la acción gubernativa relacionada con nuestros problemas sociales, a individuos de capacidad técnica, alejando de lo que vulgarmente llamamos “política”, la dirección de la vida nacional.

La convicción de esta necesidad ha engendrado, a su vez, algunos deseos —como base de nuestra vida pública—, que adquieren, especialmente para la clase media del país, el carácter de dogmas de inaplazable resolución: paz, libertad de trabajo, garantías para la inversión de capitales y facilidades para el establecimiento de nuevas industrias.

A la realización de estos desiderata que el momento parece imponer, es a lo que se ha llamado la obra de “la reconstrucción nacional”. Todo el mundo habla de esta tarca urgente; nadie se considera ajeno a ella; no hay político que no la invoque ni empresario o funcionario público que la olvide en sus peticiones o en sus determinaciones oficiales. De esta suerte, el problema de la reconstrucción nacional se ha convertido en el único problema de México: los conflictos entre el capital y el trabajo, la política hacendaria y fiscal, el empleo de los desocupados, la función bancaria, la construcción de caminos, la reorganización de los ferrocarriles, la legislación agraria, la legislación minera; todo gira alrededor del gran problema.

Sin embargo, nos está ocurriendo con la obra de la reconstrucción —que también se ha dado en llamar la *segunda etapa de la Revolución mexicana*— lo que con la Revolución misma. ¿En qué consiste? ¿Cómo habrá de llevarse a cabo? ¿Qué medidas concretas —dentro del propósito vago, por abstracto, de mejorar nuestras condiciones de vida— deben tomarse para lograr este fin?

¿Consiste la reconstrucción del país —como lo desea y lo afirma nuestra clase media— en que se mantenga la paz, en que haya libertad de trabajo y en que se

den facilidades al capital extranjero para que, invertido en nuestro país, salga éste de la pobreza en que vive? ¿La necesidad de resolver los problemas nacionales de mayor importancia de acuerdo con un programa técnico y no político, se basa también en el propósito de inyectar dinero ajeno a nuestra anémica producción económica?

El programa de la clase media, que en nuestro país, como en todos, no es sino el reproductor del pensamiento de la burguesía, obedeciendo a un principio de indudable exactitud, entraña, no obstante, más que una norma de salvación nacional, un propósito de franca reacción, de restablecimiento de lo abolido. Si la reconstrucción nacional consiste en dar facilidades al capital extranjero para su inversión en México, facilidades que suponen desde la paz hasta la abolición de hecho de las leyes de garantía de la nacionalidad y de los derechos de la clase trabajadora, hay que declarar sin eufemismos que lo que la burguesía entiende por la reconstrucción de México, es el establecimiento de un *neoporfirismo*.

Que estamos urgidos de hacer producir nuestra tierra, de explotar nuestros recursos naturales, y que para conseguir esto necesitamos dinero, es cierto; pero es falso que el capital —especialmente el capital norteamericano, para el que parece que el problema se ha planteado— requiera un campo de inversión sin normas a las que sujetarse y sin obligaciones fiscales, jurídicas y humanas. El capital norteamericano desde varios años ha salido de su país —por mandato fatal de una ley biológica que obliga a los organismos bien nutridos y desarrollados a emplear el excedente de sus energías en la consolidación futura de su propio ser— en busca de materias primas para sus industrias, de rutas fáciles para su tráfico comercial, de mercados para sus productos y de centros de inversión para su mismo dinero. México representa para los Estados Unidos, como ningún país del mundo, este cuádruple mercado; sólo Panamá y Nicaragua nos aventajan como rutas transoceánicas; pero somos, en cambio, el mercado más próximo a la gran potencia, el campo más rico de materias primas y la zona natural de su expansión financiera y espiritual. La penetración del capital americano en México es, pues, una consecuencia inevitable de su desarrollo físico y de nuestra situación geográfica. Lo que importa no es, por tanto, hacer ingenuos o hipócritas llamamientos patrióticos al capital norteamericano, sino prevenirnos para su invasión.

¿Qué actitud debe asumir México ante esta invasión —provocada por el curso normal de las leyes sociológicas—, que al mismo tiempo lo beneficia y lo amenaza?

Un neo-porfirismo —sumisión al capital extranjero y supresión de los anhelos y derechos legítimos de la masa de nuestros desheredados— no beneficiaría al país en ninguna forma: lo único que México ha obtenido hasta hoy del capital ajeno que actúa en su territorio, sin orientación social, han sido los bajos salarios que perpetúan la condición de parias de nuestros trabajadores; la riqueza producida por nuestra mano de obra, al servicio del capital extranjero, sale del país, y si acaso regresa es en forma de mercancía elaborada, a precios tan altos que no tiene para nosotros más valor que el de la producción extranjera en cualquiera de sus formas.

Lo que la experiencia histórica aconseja es, por tanto, establecer las normas a las cuales debe ceñirse el capital que tiene que invertirse en nuestro país. El temor de los que creen o sirven a la burguesía, de que no vendrá el capital si no se le permite el mismo margen de utilidades que en otros países del mundo, es un temor que se apoya en una carencia de visión de la historia y en un temblor del concepto del deber.

Llamar al capital prometiendo franca o discretamente el privilegio de borrar para él nuestras escasas leyes de protección de nuestra nacionalidad o de nuestros trabajadores, no es ayudar a la obra de reconstrucción nacional, sino prevaricar y apresurar nuestra caída material y moral como nación de personalidad propia. El capital vendrá sin nuestros ruegos, vendría si nos opusiéramos a su llegada; ha sonado para nuestro país la hora de desempeñar el papel de campo de expansión del imperio más grande del mundo, y tiene que cumplir su misión de predio sirviente. A nuestro gobierno, responsable del cumplimiento de las normas de nuestro derecho público y del progreso de las instituciones creadas y señaladas por la Revolución, corresponde la tarea de establecer los límites de acción y los derechos y obligaciones del capital extranjero invertido en México.

Pero no se reduce a esto la tarea de la reconstrucción nacional. No basta con hacer cumplir al extranjero nuestras leyes, es preciso que nuestro pueblo consiga lo que hasta hoy sólo ha entrevisto confusamente. Para la burguesía —siempre en acecho y esperanzada, por vanidad que le es propia, en el fracaso de la obra revolucionaria—, la crisis que padecemos ha sido una brillante oportunidad para proclamar enfáticamente su triunfo: “el reparto de tierras ha sido estéril; la producción ha disminuido; debe suspenderse la aplicación de las leyes agrarias; las leyes obreras gravan desmesuradamente la industria; los sindicatos hacen imposible, por incoesteable, el desarrollo de las industrias de transformación; los agitadores provocan serios quebrantos a las empresas; deben suprimirse las huelgas, expulsarse a los líderes obreros, permitirle a la industria mayor libertad de acción”, etc., etc. Y aunque todavía no se atreva a declararlo con valor, llegará el momento en que propugne lisa y llanamente por el regreso al pasado. Reconstruir significa para la burguesía, instaurar nuevamente el porfirismo.

La masa de trabajadores de México, por su parte, es decir, la mayoría absoluta de la población del país, no cree que la reconstrucción nacional signifique el retorno a don Porfirio; para ella, reconstruir el país es construirlo de nuevo, levantar sobre los cadáveres de un millón de hombres muertos en la Revolución y de las ideas del siglo XIX, un país nuevo: un país que pertenezca a los mexicanos; un país en donde las fuentes principales de la vida —como la tierra y el trabajo— pertenezcan a la comunidad, y ésta pueda imponerles las modalidades que la defensa de sus propios intereses le aconseje; un país gobernado por hombres representativos de las mayorías, libremente elegidos por ellas, intérpretes y ejecutores fieles de sus designios; un país sin privilegios para los extranjeros y sin favoritos que detenten el poder y hagan fortuna a su sombra; un país que depure su pensamiento y su sentir de toda influencia extranjera y exprese su propia opinión ante el mundo y realice sin reticencias el

propósito de su voluntad; un país en donde se reconozca como causa de la riqueza el trabajo humano, y en donde, en consecuencia, se impida la existencia ultrajante de las hondas diferencias de la renta personal que caracterizan al régimen burgués; un país en donde desaparezca el trágico y falso sistema federal de gobierno, apoyo de caciques, sepulcro de la vida cívica, tumba de la prosperidad económica nacional, fuente de clases parasitarias e instrumento de las dictaduras; un país en donde la justicia se distribuya de acuerdo con el esfuerzo útil de cada quien, y no en relación con el poder económico de los que comparecen ante los tribunales; un país en donde la orientación de las finanzas, de la hacienda pública y del sistema de tributación, unifique la producción en sus diversos aspectos, favorezca el desarrollo de la producción con sentido social y aniquile la producción antieconómica e inhumana, y subordine el crédito al programa del progreso colectivo, en lugar de presidir, para fines de lucro, la obra de la industria; un país, en suma, en donde la personalidad humana se dignifique y el país mismo contribuya con su sello propio a la liberación del mundo...

Mientras en México subsista el latifundio; mientras la clase obrera no viva desahogadamente; mientras sus gobernantes no formulen un programa completo de reforma social y lo cumplan; mientras los extranjeros tengan más garantías que los mexicanos y algunos vivan al margen de la ley y nuestros funcionarios se plieguen a sus amenazas o toleren o favorezcan sus propósitos; mientras nuestros gobernantes sean ricos o se enriquezcan en el ejercicio del poder; mientras nuestros sistemas educativos se importen del extranjero; mientras la distribución de la riqueza no se haga con un espíritu más apegado a la realidad del proceso económico y no se alteren las condiciones actuales de los beneficios que el capital se atribuye y se aplica a sí mismo y los que le asigna al trabajo; mientras el municipio no sea la base real de la organización política, económica y moral del Estado, y no desaparezcan las Legislaturas locales y la irresponsabilidad y el poder sin límites de los gobernadores; mientras sigamos viviendo en un régimen hacendario y fiscal de soberanías locales que gravan torpemente la producción y siembran el caos en la economía nacional; mientras el crédito bancario sea dueño del fruto de las industrias y se siga interponiendo en el desarrollo de nuestra vitalidad nacional; mientras no hayamos logrado, en suma, dignificar a nuestra pobre, ignorante y heterogénea población y a nuestro país como unidad diversa entre todas las naciones, la obra de la reconstrucción nacional se mantendrá inconclusa, en espera de quienes deban realizarla...

La reconstrucción nacional no significa el establecimiento de un neoporfirismo; quiere decir, simplemente, el cumplimiento del programa de la Revolución.

## El sentido humanista de la Revolución Mexicana

Los detractores de la Revolución mexicana gustan de hacer aparecer a nuestro movimiento popular —cuando se dignan concederle alguna significación histórica— como una acción que tiene exclusivamente los caracteres de una conquista de bienes materiales. Se dice que la exaltación constante de los valores económicos, por encima de los otros bienes del hombre, más importantes que el aumento de salario, que la casa higiénica, que el médico y las medicinas, que la indemnización por los accidentes del trabajo y por las enfermedades profesionales; valores que colocan al hombre en el primer rango de la escala de los seres vivos: los valores del espíritu, son bienes por los que hasta hoy no ha propugnado la Revolución mexicana, circunstancia por la cual ningún propósito superior preside nuestras luchas sociales de los últimos veinte años. Se hace, en suma, a la Revolución, el mismo cargo que los enemigos de las doctrinas socialistas formulan contra el gran movimiento del proletariado del mundo, iniciado sobre bases sólidas, a partir del Manifiesto del Partido Comunista que redactaran Carlos Marx y Federico Engels.

Sin embargo —este es el objeto de mi plática—, quiero recordar que una revolución es siempre la exaltación de los valores espirituales, la elevación de la personalidad humana en todos sus aspectos de tal manera que no se concibe ninguna alteración social que merezca el nombre de revolución, que no haya realizado con pasión y sinceridad la substancia espiritual del hombre. Tan cierto es este hecho, que puede tomarse como el rasgo distintivo de las revoluciones, comparadas con las otras inquietudes sociales. Estas, por importantes que sean, no adquieren nunca, a pesar de todo, el sello de los hechos trascendentales, carecen del valor teleológico que tienen aquéllas, no poseen la misión extraordinaria de valorizar el pasado y el presente para crear un porvenir mejor, más justo, más humano.

Para confirmar esta afirmación basta con tener presente que las grandes conmociones históricas, que señalan el principio o el fin de las diversas épocas en la vida de la humanidad, han tenido como fisonomía propia el afán de encarecer los fines más

---

Conferencia sustentada en el Anfiteatro de la Escuela Nacional Preparatoria, la noche del 30 de octubre de 1930. 1º y 15 de diciembre de 1930. Revista *СРОМ*.

altos de la conducta. Así, por ejemplo, el Renacimiento no es, como algunos suponen, un simple retroceso hacia los gustos, las actitudes y los juicios del mundo pagano. Es verdad que mira al pasado; pero principalmente ve el porvenir, como ocurre con toda época de juventud, que alienta por sí misma y presta su ánimo a todo lo que toca, remozándolo, como una primavera extraordinaria. Por este concepto de fuerza renovadora que lo distingue, es posible apreciar cómo surge el Renacimiento, en diversas formas, desde el mismo corazón de la Edad Media, ya en la expresión literaria que rompe con la actitud hierática o severa de la vida de entonces y rinde culto a la gracia, o se inspira en la pasión terrestre como pasión íntima, libre, como ocurre en el gran Abelardo o en la leyenda de Tannhauser, o en la obra filosófica que se mofa de la nobleza por nacimiento y asienta el valor del hombre en el hombre mismo, como lo cantan las estrofas inmortales de Dante. Y a medida que alcanza perfección este sentido de libertad, de juicio el Renacimiento pasa a ser acción, a veces extraviada por amar sin medida la razón y creer con fervor casi místico en las posibilidades infinitas de la voluntad —como en Maquiavelo—; pero siempre devota de la liberación humana por obra del humano querer, como medio para gozar de la vida superior, en la que el espíritu, en perpetua creación, puede entregarnos el misterio de la existencia y enseñarnos el camino del constante progreso.

Logra el Renacimiento unir a Dios y al hombre concibiendo un mundo optimista y fecundo: unión distinta a la medieval que es más sujeción austera del ser humano hacia Dios, que relación amorosa entre el Padre y el Hijo de los Evangelios. El Renacimiento abomina de las relaciones de dependencia, concibe la vida como la obra mejor del hombre y por eso se la entrega totalmente; y surge una nueva pintura, una nueva escultura, una arquitectura vigorosa, un concepto más amplio del mundo, es decir, una nueva geografía y una nueva historia, y un nuevo concepto de la finalidad de la conducta, una ética juvenil que espiritualiza la tierra y hace del hombre un sincero admirador de todo lo creado.

El Renacimiento es, por tanto, una de las épocas de la historia que mejor que otras purifica el ambiente de la vida. Y cada vez que esto ocurre, cada vez que hay una crisis en la que sucumben no los bienes materiales ni los valores políticos, siempre circunscritos al instante en que se vive —fungibles al fin—, sino los bienes imperecederos, los que el hombre jamás se resigna a perder; se produce un levantamiento popular. La apariencia puede ser la de un movimiento político, la de una sublevación por alcanzar mayores bienes materiales; pero en el fondo lo que se disputa es mayor respeto a la calidad de hombre, mayor libertad, mayores posibilidades de realizar un fin en la vida. La miseria no es sólo la queja que brota del organismo insatisfecho, es, principalmente, la protesta del espíritu condenado a la inacción, a causa del empleo total del esfuerzo humano en la búsqueda de los bienes elementales de la vida biológica. Mientras la renta personal permite el odio —el tiempo que no se emplea en subvenir a las necesidades físicas—, que proporciona la posibilidad de pensar y de actuar al servicio de satisfacciones no corporales, la desigualdad económica no provoca movimientos de importancia his-

tórica; pero cuando rebaja al hombre en su dignidad y eleva los bienes materiales a la categoría de *desiderata* de la existencia, engendra siempre una inconformidad vigorosa que asume todas las formas, desde el alegato filosófico hasta la lucha armada. Por eso los regímenes de opresión son odiados por todas las fuerzas humanas; por la carne hambrienta, por el espíritu aherrojado, por la voluntad condenada a ejercicios sin trascendencia. Ahora se comprenderá por qué a un concepto de sumisión moral corresponde siempre —como en la Edad Media—, una sumisión económica, y por qué el siervo del señor feudal no sólo carece de tierra y de alimentos, sino también de alegría y de confianza en sí mismo. Por estas causas el Renacimiento —exaltación del hombre— es una revolución verdadera.

La Revolución francesa es, asimismo, una revolución en lo que tiene de postulado romántico en favor de la libertad. Como lucha económica no es, en el fondo, sino la guerra de los burgueses contra la monarquía y la nobleza; como programa jurídico se traduce a la postre en la negación de la libertad, que soñaba alcanzar, preparando el advenimiento del régimen capitalista. Pero la sangre vertida por el pueblo y los principios que campearon en la asamblea Constituyente, deben ser considerados como un sacrificio y un homenaje a la causa del hombre libre, del ser dotado naturalmente de la facultad de crear su propio destino.

La queja popular tiene ese dramático sentido: lo mismo la queja del siervo —del campesino paria—, que la de los obreros asalariados, que la del fabricante pobre, que la del infeliz artesano —del compañero sujeto a la férula del maestro, víctima a su vez del comerciante—, que la del eterno aprendiz que no sabe cuándo podrá ser dueño de su habilidad, que la de todos los que sufren las consecuencias de un régimen de monopolio de los bienes morales y de la riqueza económica.

La protesta de los preparados también tiene un sentido humanista. El hablar de los “derechos del hombre” como base y objeto de las instituciones sociales, el elevar a la categoría de una idea platónica la existencia del Hombre por encima de los hombres individuales y de las castas dominantes en Europa por razones de superioridad de sangre o de herencia —que caracterizó los discursos apocalípticos de los directores del movimiento—, equivale a protestar por el ultraje hecho a la vida de la mayoría absoluta de los habitantes de la Europa, por una minoría de conculcadores de la riqueza material y del libre albedrío. Se pronuncian oraciones en la Asamblea que conmueven por su hondo sentido humano. El principio de que todo lo que existe en la tierra es propiedad del Hombre —no de los grupos privilegiados—, medio para que pueda realizar un fin en la vida, a pesar de las contingencias de la historia, fulgura en las tribunas que se levantan por doquier como fuego que caldea el corazón de las masas. Sólo el poder de la visión sugestiva de una vida mejor, puede explicar el frenesí de ese gran movimiento que inaugura la edad moderna.

La tercera revolución de la historia de los pueblos de cultura mediterránea, el socialismo, es también un movimiento por los fueros del espíritu, por la libertad del hombre en el sentido integral de la palabra. Como el Renacimiento, trata de elevar al hombre de la situación en que se halla —situación de esclavo—, para colocarlo a la



cabeza de la vida. Esa es la razón de la agitación de las masas; por eso tienen tantos puntos de contacto las reivindicaciones sociales de nuestros días con el Renacimiento, con el deseo utópico de la Revolución francesa, y, al mismo tiempo, con la visión de una vida interior opuesta a la vida que sólo persigue la riqueza material, que caracteriza al cristianismo.

Y lo que de importante tiene la Revolución mexicana es su carácter de movimiento socialista. Su significación histórica consiste en la exaltación del paria, en la elevación del campesino, en la dignificación del obrero, sujetos a la tiranía económica, política y moral de un grupo que reserva para sí todos los dones de la vida y trata de hacer olvidar —en su propósito de obtener siempre mano de obra barata y sumisa—, que hay un fin más alto que el de lograr la comida y el de atesorar riquezas de mercado, evitando, así, mediante la supresión de toda inquietud espiritual, la sublevación de la muchedumbre de inconformes.

La proclamación de la libertad política, en labios de Madero, significa la participación de todos los ciudadanos de México en el gobierno del país, sin exclusivismos de casta. El grito de “Tierra y Libertad”, de Emiliano Zapata, entraña el deseo de vivir mejor desde el punto de vista material y moral. La declaración de principios de los primeros congresos obreros —menor jornada de trabajo, más salario, escuelas sin orientación burguesa, religiosas o laicas—, encierra, asimismo, el deseo de una distribución más equitativa de los bienes económicos y espirituales. Subversión de valores, en suma: libertad económica para lograr la libertad del espíritu. El grito arranca de lo hondo del pueblo que defiende lo máspreciado que tiene el hombre: su destino de creador, anquilosado y maltrecho bajo la dictadura.

Es cierto que no tuvimos, por desgracia, un grupo de hombres superiores que prepararan debidamente la revolución. Es verdad que carecimos de exponentes de genio que hicieran patente la necesidad del cambio social, demostrando con obras estéticas de valor indiscutible, la urgencia de romper con todos los conceptos sobre la vida de aquella época. No contamos con artistas y sabios que resumieran la cultura humana y representaran en forma ciclópea la profunda inquietud de las masas, como los hombres del Renacimiento. Tampoco oímos la voz de los valuadores del siglo XIX mexicano, revelando la conmoción social próxima y presidiéndola anticipadamente como los hombres de la Enciclopedia en Francia, autores de la revolución del 79. Nadie iluminó con bastante luz el camino que habrían de recorrer tumultuosamente en la primera década de esta centuria, nuestros trabajadores atormentados e incultos. Pero a falta de precursores de esta significación, tuvimos hombres que, concomitantemente al conflicto, señalaron en todos sus aspectos el error del régimen social imperante. Su palabra, la única, guió, a pesar de todo, a quienes tuvieron la capacidad de comprenderla y sigue alentando —como fuerza oculta por no haberse difundido bastante todavía— la inconformidad evidente del pueblo que no ha recibido aún los beneficios que de la Revolución esperaba.

Analizar estas ideas primarias de nuestra época, es conocer el sentido de la Revolución mexicana. Saber si aún subsisten, comprobar si su poder de exaltación no

se ha extinguido, es predecir la suerte de la Revolución misma; porque circunscribir el destino de las ideas a los errores de los hombres que dicen servir las, es equivocar el método de la investigación histórica. Si las ideas son válidas por sí mismas y si alientan todavía en los que persisten en conseguir el cambio en la organización de la vida, no importan ni la claudicación de los gobernantes ni la prevaricación de los líderes circunstanciales. Aun tratándose de hombres de primera línea, no hay que olvidar que la historia no es el elenco de los héroes de Carlyle ni el proceso de la vida biológica: seguirá siendo la ruta de las fuerzas espirituales cimentadas recíprocamente en la conciencia colectiva.

Los hombres de quienes hablo fueron la generación de intelectuales de 1910, y los primeros escritores obreros y predicadores de la revolución social.

La generación de 1910 tiene una importancia histórica no estudiada aún. Se la reconoce una gran significación literaria; pero se ignora o se pretende ignorar la trascendencia de su obra en la cultura de México y en la orientación de nuestras ideas morales. Para entender esta obra es preciso recordar que los integrantes de las clases directoras del país, durante casi medio siglo habían sido —inconscientemente los más— prosélitos de nuestros gobiernos detentados por pequeños grupos que necesitaban, para poder medrar, de la aceptación tácita de su programa por parte de los cultos y de los semiletrados, y de la ignorancia permanente de las masas a las que explotaban.

Todo programa de gobierno descansa en una teoría moral, es decir, en una doctrina social que condiciona el derecho y la educación y que produce un régimen económico que es, al mismo tiempo, su sostén principal y su finalidad última. La teoría moral de nuestros gobiernos, a partir de la Reforma, expurgada de toda idea perteneciente a nuestra tradición humanista por el régimen de Porfirio Díaz, se basaba en la creencia de la esterilidad de toda búsqueda concerniente a las causas de la vida y del mundo, declarando *a priori* la incapacidad del hombre en ese empeño; circunscribió la investigación a los hechos positivos y sobre éstos asentó la ética, que resultó, lógicamente, una norma inspirada en las leyes de la biología general. De acuerdo con éstas, la vida social no es sino la prolongación de la lucha por la existencia que se cumple en todos los órdenes del mundo orgánico; triunfan los aptos, perecen los impreparados; debe protegerse, en consecuencia, a los que han sabido vencer. El derecho debe amparar la libertad humana, instrumento natural de la lucha por la vida, y el fruto de la libre concurrencia de las acciones: la propiedad. Cada quien posee, en conclusión, lo que debe poseer, porque es lo que ha podido lograr en el juego natural de las fuerzas sociales. Así, mediante este sorites cuya primera premisa proporcionan la doctrina *positivista* y la biología, pretendió justificar la dictadura porfirista la desigual distribución de la riqueza pública y la tremenda separación espiritual entre la minoría privilegiada y las masas incultas de nuestro país, empleando para ello la escuela —que le dio prosélitos entre los que crean y orientan la opinión pública—, la prensa, el púlpito y la tribuna política.

La generación de 1910, a cuyo frente se destacó un grupo brillante de jóvenes autodidactas, eco sincero de la inquietud general en que vivía México hacía años, se irguió frente a esta teoría social. Por la primera vez, después de largo y lastimoso mutismo de la clase intelectual de México, ante nuestros más graves problemas morales, refutó públicamente la base ideológica de la dictadura. Contra el darwinismo social opuso el concepto del libre albedrío, la fuerza del sentimiento de responsabilidad humana que debe presidir la conducta individual y social; contra el fetichismo de la Ciencia, la investigación de los “primeros principios”; contra la conformidad burguesa de la supervivencia de los aptos, la jubilosa inconformidad cristiana de la vida integrada por ricos y miserables, por cultos e incultos y por soberbios y rebeldes. Pensó, con razón, que era preciso acercar otra vez el espíritu a las fuentes puras de la filosofía y de las humanidades, y que era menester generalizar estas ideas no sólo entre la clase ilustrada sino también entre el pueblo. Fundó para lograr su propósito el Ateneo de la Juventud —institución gloriosa no estudiada suficientemente aún entre nosotros— y la Universidad Popular Mexicana, el primer centro libre de cultura de nuestro país y la primera casa de divulgación de las ideas centrales de la vida, después de medio siglo de rebeldías espirituales ignoradas y de aceptación fervorosa o callada del positivismo imperante.

La obra tardó casi un lustro en prepararse. Corría el año de 1906; en el taller de un arquitecto joven, excepcional por su cultura, profundo crítico de arte, espíritu de gran sensibilidad —prematuramente muerto—, se reunían, además del arquitecto Jesús Acevedo, Antonio Caso, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Martín Luis Guzmán y otros, muchos para nuestro raquíptico medio culto de entonces, del cual era casi imposible obtener hombres con inquietud espiritual, conscientes de su propia inquietud. Se leían las obras que habían de servir en la obra de renovación, abandonando el siglo XIX francés en letras y el positivismo en filosofía. La literatura griega, los siglos de oro españoles, Dante, Shakespeare, Goethe, las modernas orientaciones artísticas de Inglaterra, comenzaban a reemplazar el espíritu de 1830 y 1867. Con apoyo en Schopenhauer y en Nietzsche, se atacaban ya las ideas de Comte y Spencer. Poco después comenzó a hablarse de pragmatismo. . . “Una vez nos citamos —dice uno de ellos (X)—, para releer en común el *Banquete* de Platón. Eramos cinco o seis esa noche; nos turnábamos en la lectura, cambiándose el lector para el discurso de cada convidado diferente; y cada quien le seguía ansioso, no con el deseo de apresurar la llegada de Alcibíades, como los estudiantes de que habla Aulo Gelio, sino con la esperanza de que le tocaran en suerte las milagrosas palabras de Diótima de Mantinea. . . La lectura acaso duró tres horas; nunca hubo mayor olvido del *mundo de la calle*, por más que esto ocurría en un taller inmediato a la más populosa avenida de la ciudad”.

Al celebrarse el centenario de la Patria, la generación del Ateneo había madurado ya, coincidiendo con la iniciación del movimiento popular contra Porfirio Díaz. Las conferencias que entonces sustentaran seis de sus más vigorosos miembros (Conferencias del Ateneo de la Juventud. Imp. Lacaud. México. 1910) expresan en toda

su plenitud el pensamiento de los hombres de México que con su palabra cierran la historia del siglo XIX en nuestro país. Deseo leer algunos fragmentos de esas conferencias; pero antes, a manera de pórtico del pensamiento nuevo, unas líneas de la plática de Chucho Acevedo titulada "La Arquitectura Colonial en México". Acevedo escribió poco, al morir no dejó ningún libro; pero sus amigos reunieron en un volumen algunas de sus opiniones de Jesús Acevedo. ("Disertaciones de un Arquitecto". Ediciones México Moderno. México. 1920.)

"En punto a cultura —pregunta—, ¿no es verdad que nos aflige extrema penuria? De nuestra gran tradición y amor a las letras latinas; que en los siglos XVII y XVIII constituían el áureo manto de la colonia, sólo quedan raros girones. Apenas si en las penumbras claustrales se cultiva hoy la sabiduría de los clásicos; sólo que ahí es raro que se produzcan sus mejores frutos, los que implican ponderancia y gracia no desligadas de las humanas direcciones, sino antes bien, de ellas naturalmente nacidas. La más insólita de las apariciones es por cierto la de un clásico. Raros son los que viven de acuerdo con su tiempo, los que llenos de viva curiosidad se interesen por la actualidad del mundo, siempre relacionada, aun en sus fugitivas apariencias, son épocas más o menos distantes. Casi, pudiera decirse que las humanidades tienen por principal objeto hacer amable cualquier presente. Fundarse en el examen de la antigüedad, que conoció las mismas pasiones que hoy son dueñas de las voluntades, para comprender y aquilatar los perfiles del día, constituye actividad clásica por excelencia."

José Vasconcelos, en su conferencia sobre "Don Gabino Barrera y las ideas contemporáneas", hace una valoración certera del positivismo en relación con las inquietudes de la época. En uno de sus pasajes finales declara: "El positivismo de Comte y de Spencer nunca pudo contener nuestras aspiraciones; hoy que, por estar en desacuerdo con los datos de la ciencia misma, se halla sin vitalidad y sin razón, parece que nos libertamos de un peso en la conciencia y que la vida se ha ampliado. El anhelo renovador que nos llena ha comenzado ya a vaciar su indeterminada potencia en los espacios sin confín, donde todo aparece como posible. El mundo que una filosofía bien intencionada, pero estrecha, quiso cerrar, está abierto, pensadores. Dispuestos estamos para acoger toda grande novedad; mas habituémonos a ser severos, en nombre de la seriedad del ideal".

"Al proclamar la libertad es urgente prevenirnos contra las alucinaciones y perversiones de la especulación. La certidumbre absoluta de la verdad, todos la hemos sentido alguna vez, algún instante en nuestras vidas, instante de claridad que puede volver, que puede producirse de nuevo, quizá muy pronto, ahora mismo, en la meditación del momento próximo; mas también con frecuencia la vida nos absorbe demasiado, nos mantiene en ceguera y en olvido. Solicitados y oprimidos por el ideal que está siempre, como un ambiente, alrededor nuestro, no lo entendemos, no lo advertimos, y andamos vacilantes como pompas de jabón que flotan en el aire inciertas y vacías hasta que la presión las revienta y las agranda en su universalidad etérea."

“Pero ciegos o iluminados no nos falta la fortaleza que desdeña los tropiezos. Camina erguido, hombre de ideal. Lleva tu corazón como lago que derrame por todos sus bordes agua pura; ahoga tu violento egoísmo en desinterés más poderoso. Un alto desdén matará el ansia de goce; una firme indiferencia, el temor, y cuando no te interesen tu deseo y tu ambición, tu amor y tu alegría, serás inquebrantable: un fulgor de grandeza serena, sobre las cosas que pasan y van... no importa adónde.”

Antonio Caso (Conferencia sobre “La filosofía moral de D. Eugenio M. de Hostos”) al comentar la obra del educador y moralista don Eugenio M. de Hostos, dice: “La base lógica de la moral de Hostos es el concepto de la euritmia universal construido sobre la noción de ley natural. Para Hostos, como para Montesquieu, toda ley es «expresión necesaria de las relaciones de las cosas»; y la ley moral, expresión, necesaria también, de las relaciones de la naturaleza física con el mundo social y moral. Por esta razón, según os lo he dicho con anterioridad, juzga el filósofo que el ritmo universal del mundo se prolonga hasta el fondo interior del alma humana; y la civilización y la moralización la aparecen como aspectos o resultados superiores de la progresiva racionalización y consifacción, como él mismo dice, sirviéndose de un enérgico y feliz neologismo”.

“Al conceder un valor metafísico absoluto a las uniformidades de co-existencia y secuencia que determinan el conocimiento científico, esencialmente relativo; al sostener, con Spinoza, Hegel y Taine, la concatenación lógica entre los atributos y modos del ser, Hostos sienta como consecuencia ineludible de su concepto sintético de las leyes naturales este postulado fundamental, que carece totalmente de demostración dentro de su sistema: la esencia del mundo es racional, es decir, adecuada a la constitución intelectual de la mente humana”. Pero Caso —líder de la inquietud de su país y de su siglo— no acepta la tesis: “No —exclama—, el universo no es el monstruoso ser geométrico que se desarrolla en la paz de su esencia inefable desplegando infinitamente sus modos y sus atributos infinitos. No, la vida no puede reducirse a las proporciones lógicas del análisis, que en el momento de acercarse hasta ella la destruyen con su aparente exactitud, cuando creen reducirla, y la niegan cuando piensan comprenderla. No, el alma humana es más que razón; es lo que la historia de la especie exhibe en las formas simbólicas del heroísmo y del amor. La voluntad no es facultad satánica esencialmente negativa y perversa, como quiere Hostos, sino fuerza victoriosa o vencida, pero en actividad extraordinaria, que se adapta al bien y lo realiza, sobre las vicisitudes inherentes a la existencia, fundando así el resorte prepotente de la evolución de los pueblos y de los individuos”.

“De la libertad metafísica, «dato inmediato de la conciencia», confesión unánime del sentido común de la humanidad que jamás podrá destruir ningún determinismo, de las facultades capaces de armonizar con prescripciones imperativas de la razón en concordancias más heterogéneas que las que finge el monismo panteísta, de ahí proceden las necesidades morales, aspiraciones colectivas y personales que constantemente se agitan queriendo ser en el fondo de la conciencia, para aparecer más tarde como síntesis de la vida y del ideal, surgiendo con incalculable belleza en las ac-

ciones de los hombres, en las relaciones de los pueblos, en los ensueños de los utopistas, en las reivindicaciones de los oprimidos, en el apostolado de los santos, en las creaciones anticipadoras de los poetas y de los videntes. Mundo que se afianza como por su raíz al mundo que es y florece como un inmenso árbol bajo cuyas solemnes ramazones contemplan los ojos atónitos de los hombres la plenitud del cielo.”

“No hay que dejarse seducir por los que piensan edificar la moral sobre bases científicas, por más venerables y conscientes que sean sus propósitos: la ciencia no puede ofrecernos sino resultados relativos, nunca normas necesarias de acción; y sólo en virtud de principios necesarios se puede obligar a seres de razón como los hombres.”

“Es desconocer la esencia propia de la especulación científica, pedirle datos para la elaboración de teorías morales. Hostos desconoció el valor contingente de las leyes cósmicas: por eso construyó sobre bases deleznable su sistema orgánico de moral social, por eso incurrió en las contradicciones que he procurado desprender al analizar imparcialmente las teorías que prohijara. “Su preferencia otorgada al pensar sobre el sentir y el querer”, lo condujo a simplificar el cuadro real de la existencia y a impedir que la verdadera armonía del universo se concibiera en toda su integridad por su luminoso espíritu de apóstol.”

Se verifica, al mismo tiempo, la creación de la Universidad Nacional de México. En la ceremonia inaugural, don Justo Sierra —que siente la necesidad del cambio en las ideas—, pronuncia su famoso e impecable discurso desde el punto de vista literario, en el que declara que la filosofía, que hace tiempo vaga como una figura implorante alrededor de nuestros centros superiores de estudio, tendrá al fin franca acogida en la institución que se organiza con el propósito de presidir la obra intelectual y moral del país.

Y es de tal trascendencia toda esta renovación que el más distinguido de los representantes del positivismo, el ingeniero don Agustín Aragón, refiriéndose a la entrada de la filosofía en las aulas de la Universidad, refuta públicamente el hecho en forma vehemente. *Implorante*, si tenía que ser, declara (Agustín Aragón. “La Nota más Discordante del Centenario”. Comentario Inexcusable y Dos Discursos del Secretario de Instrucción Pública y Bellas Artes. México. Tip. Económica. 1910). Cuando la cultura científica disciplina el entendimiento y éste ha podido apreciar siquiera en compendio lo que son el mundo, la sociedad y el hombre, yendo de lo menos complejo a lo más complejo, de lo independiente a lo dependiente, de lo más abstracto a lo menos abstracto, entonces, filosofía significa *conjunto de las verdades más elevadas*, quiere decir *suma organizada de la ciencia*, tiene el sentido de *ciencia de la cual son ramas todas las demás* y se mira como *la ciencia de las leyes más fundamentales*. Siendo así, o considerada la filosofía como la ciencia de las ciencias, como la totalidad de las leyes científicas que gobiernan todos los fenómenos, desde los numéricos hasta los morales, y circunscribiendo su papel a ligar entre sí a todas las ciencias, coordinando sus resultados generales para reducirlos a la unidad, “las espléndidas hipótesis que intentan *explicar* no ya el «cómo» sino el «por

qué» del Universo” (J. Sierra) quedaban prescritas, por inverificables, porque el modesto saber demostrable enseña que las cosas suprasensibles escapan a nuestra limitada inteligencia, porque el espíritu humano no puede penetrar al dominio de las nociones absolutas, no tiene lámparas para alumbrar esos sitios, y los que creen conocerlos, *nada demuestran, sólo afirman, nada observan, todo se lo imaginan*. Por eso el honrado Vigil confesó paladinamente que él, en su cátedra, *contradecía* las enseñanzas de sus colegas los profesores de ciencias, y que esa falta de unidad de miras ponía de manifiesto la deplorable anarquía en que se hallaba la Escuela Nacional Preparatoria”.

“¡Bendita separación de la Iglesia y el Estado, consolidada con las enseñanzas de Barreda, que prescribe las fantasías de los metafísicos en nuestras escuelas y cierra las puertas de éstas a esas estériles divagaciones!”

Quizá los positivistas ortodoxos, sinceros en su fidelidad a la Ciencia, con sinceridad puramente especulativa, no alcanzaban a ver el ambiente de esterilidad espiritual creado entre la clase ilustrada del país —la clase directora, en suma—, por su tesis agnóstica respecto de los problemas que más preocupan al hombre y por la doctrina moral que de tal filosofía se deriva: moral —como he explicado— que circunscribe al hombre al medio en que vive, por más que haga del Hombre mismo un culto que pretende tener el valor de una religión; pero que suprime a priori, de la conducta su fe en sí misma, que tiene en cambio siempre que se basa en el reconocimiento de la facultad creadora de la voluntad, a pesar del determinismo de las leyes biológicas y de la incompetencia de la razón para conocer el origen de los fenómenos del universo.

La generación del Ateneo no sólo notó ese ambiente; lo sintió pesar sobre sí misma —traíganse a la memoria las palabras de Vasconcelos que leí antes—; lo sintió pesar sobre el pueblo todo; se dio cuenta de que la moral del porfirismo había creado un derecho sin humanismo, sin cristianismo, un concepto del Estado ajeno a la lucha de clases y una educación sin estética libre y sin preocupaciones metafísicas, calculadoras, carente de entusiasmo por la redención de los humildes y con la vista siempre fija en el modelo europeo.

La Revolución dispersó al grupo de amigos que siguieron actuando al servicio de su convicción en diversos lugares: pero su doctrina alcanzó bien pronto el valor de la enseñanza sistemática en labios del maestro Antonio Caso, quien al entrar en la Escuela de Altos Estudios, por la vía de la docencia libre, empezó a guiar a la juventud universitaria con palabra brillante y sugestión irresistible. Al mismo tiempo, la Universidad Popular prosiguió su noble tarea de difundir la cultura y de trabajar por un México de fisonomía propia. La Revolución en cierto sentido es un descubrimiento de México por los mexicanos. Al Ateneo se le debe también en parte el haber iniciado esta reconquista: Federico Mariscal, como su colega Acevedo, aboga por la restauración de la arquitectura nacional (Federico E. Mariscal. “La Patria y la Arquitectura Nacional”. México. Imp. Stephan y Torres, 1915). México, afirma ante el auditorio de la Universidad Popular, tiene una tradición de la que debe sen-

tirse orgulloso; pueblo sin arquitectura es como hombre sin voz; no desnaturalicemos, en un afán de imitación a lo extranjero, lo que forma parte de nuestro propio espíritu; seamos siempre nosotros mismos y dejemos a las piedras que digan nuestro pensamiento social; ellas hablan a veces mejor que la palabra... La exaltación del hombre, la apertura de horizontes espirituales sin límites, se presentaban, así, a las generaciones en formación y a los descontentos de la esterilidad del medio culto de México, como estímulos de acción. El sentido de un nuevo humanismo se apoderó rápidamente de quienes meditaban en la hora. Pedro Henríquez Ureña, el Sócrates del grupo, como le llamaban sus propios compañeros, de una inteligencia privilegiada y de una cultura desusada en México, hizo la explicación de la nueva tendencia al celebrarse el segundo aniversario de los trabajos formales de la Escuela de Altos Estudios. Pronunció entonces el mejor discurso que se ha dicho en nuestro país en favor de las humanidades y que, según creo, jamás fue publicado. (“La Cultura de las Humanidades. Discurso pronunciado en la inauguración de las clases del año de 1914 en la Escuela de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México, por Pedro Henríquez Ureña”. Original en mi poder.)

Dice el elogio en una de sus partes: “Las humanidades, viejo timbre de honor en México, han de ejercer sutil influjo espiritual en la reconstrucción que nos espera. Porque ellas son más, mucho más, que el esqueleto de las formas intelectuales del mundo antiguo: son la musa portadora de dones y de ventura interior, *fors clavigera* para los secretos de la perfección humana”.

“Para los que no aceptamos la hipótesis del progreso indefinido, universal y necesario, es justa la creencia en el *milagro helénico*. Las grandes civilizaciones orientales (arias, semíticas, mongólicas u otras cualesquiera), fueron sin duda admirables y profundos; se les iguala a menudo en sus resultados, pero no siempre se les supera. No es posible construir con majestad mayor que la egipcia, ni con la elegancia mayor que la pérsica; no es posible alcanzar legislación más hábil que la de Babilonia, ni moral más sana que la de China arcaica, ni pensamiento filosófico más hondo y sutil que el de la India, ni fervor religioso más intenso que el de la nación hebrea. Y nadie supondrá que son esas las únicas virtudes del antiguo mundo oriental. Así la patria de la metafísica budista es también patria de la fábula, del *thier epos*, malicioso resumen de experiencias mundanas.”

“Todas estas civilizaciones tuvieron como propósito final la estabilidad, no el progreso; la quietud perpetua de la organización social, no la perpetua inquietud de la innovación y la reforma. Cuando alimentaron esperanzas, como la mesiánica de los hebreos, como la victoria de Ahura Mazda para los persas, las pusieron fuera del alcance del esfuerzo humano; su realización sería obra de las leyes o las voluntades más altas.”

“El pueblo griego introduce en el mundo la inquietud del progreso. Cuando descubre que el hombre puede individualmente ser mejor de lo que es y socialmente vivir mejor de como vive, no descansa para averiguar el secreto de toda mejora, de toda perfección. Juzga y compara; busca y experimenta sin tregua; no le arredra



la necesidad de tocar a la religión y a la leyenda, a la fábrica social y a los sistemas políticos. Mira hacia atrás, y crea la historia; mira al futuro, y crea las utopías, las cuales, no lo olvidemos, pedían su realización al esfuerzo humano. Es el pueblo que inventa la discusión; que inventa la crítica. Funda el pensamiento libre y la investigación sistemática. Como no tiene la equiescencia fácil de los orientales, no sustituye el dogma de ayer con el dogma predicado hoy; todas las doctrinas se someten a examen, y de su perpetua sucesión brota, no la filosofía ni la ciencia, que ciertamente existieron antes, pero sí la evolución filosófica y científica, no suspendida desde entonces en la civilización europea.”

“El conocimiento del antiguo espíritu griego es para él nuestra moderna fuente de fortaleza, porque le nutre con el vigor puro de su esencia prístina y aviva en él la luz flamígera de la inquietud intelectual. No hay ambiente más lleno de estímulo: todas las ideas que nos agitan provienen, sustancialmente, de Grecia, y en su historia las vemos afrontarse y luchar desligadas de los intereses y prejuicios que hoy las nublan a nuestros ojos.”

“Pero Grecia no es sólo mantenedora de la inquietud del espíritu, del ansia de perfección, maestra de la discusión y de la utopía, sino también ejemplo de toda disciplina. De su aptitud crítica nace el dominio del método, de la técnica científica y filosófica; pero otra virtud más alta todavía la erige en modelo de disciplina moral. El griego deseó la perfección, y su ideal no fue limitado, como afirmaba la absurda crítica histórica que le negó sentido místico y concepción del infinito, a pesar de los cultos de Dionisos y Deméter, a pesar de Pitágoras y de Meliso, a pesar de Platón y de Eurípides. Pero creyó en la perfección del hombre como ideal humano, por humano esfuerzo asequible, y preconizó como conducta encaminada al perfeccionamiento, como *prefiguración* de la perfecta, la que es dirigida por la templanza, guiada por la razón y el amor. El griego no negó la importancia de la intuición mística, del *delirio* —recordad a Sócrates—, pero a sus ojos la vida superior no debía ser el perpetuo éxtasis o la locura profética, sino que había de alcanzarse por la *sofrosine*. Diosises inspiraría verdades supremas en ocasiones, pero Apolo debía gobernar los actos cotidianos.”

“Ya lo véis: las humanidades, cuyo fundamento necesario es el estudio de la cultura griega, no solamente son enseñanza intelectual y placer estético, sino también, como pensó Mathew Arnold, fuente de disciplina moral. Acercar a los espíritus a la cultura humanística es empresa que augura salud y paz.”

La obra de la generación de los intelectuales de 1910 tuvo, pues, la significación que tiene toda renovación espiritual en la historia de los pueblos. Subvirtió los valores en que se apoya la conducta; no conformidad sino rebeldía creadora, sentimiento de responsabilidad ante lo injusto, afán de vuelo ante los obstáculos del destino aparente. Los que cursábamos el primer año de la Preparatoria en 1910, y que por diversas circunstancias no nos dábamos cuenta exacta de las quejas amargas de las masas, al llegar a la cátedra del maestro Caso oímos la revelación de nuestro pasado histórico y adquirimos la noción clara de nuestro deber de hombres y la confianza

en la consecución de los designios del espíritu. Este beneficio enorme —dígoles por mí—, no podremos pagarlo con nada en la vida. Aprendimos a amar a los hombres filosóficamente, que es la manera de amarlos para siempre, a pesar de algunos de los hombres, y por eso nos sumamos sin condiciones a la causa del proletariado...

El otro grupo no estaba compuesto de intelectuales como los del Ateneo: unos eran parias iluminados, otros ardían en el fuego de la doctrina anarquista. Mientras los restauradores de la filosofía y de las humanidades demolían con la conferencia la tesis darwinista, burguesa, de la vida social, los otros luchaban con la palabra y el fusil por derrocar las instituciones burguesas. Los unos invalidaban el régimen en sus cimientos más hondos, los otros acometían la empresa de derribar el edificio mismo de la dictadura. Tareas semejantes que la historia no debe dejar de valorizar unidas.

Los ignorantes, movidos por la sola intuición de la justicia social, exponentes e intérpretes fieles de la miseria moral y económica de los campesinos y de los obreros, como precursores de la Revolución de 1910 fueron calificados como bandidos por el porfirismo. Se les persiguió como a tales, a algunos se les dio muerte vil, a otros se les encarceló varias veces, a otros más se les expulsó de México. Hay figuras entre ellos que esperan aún el bronce que los conserve vivos para siempre en el corazón de las masas.

Uno fue Lázaro Gutiérrez de Lara: guerrillero valiente, orador exaltado, periodista infatigable, gran agitador. Enamorado de un ideal próximo y remoto al mismo tiempo, como todo ideal verdadero, crea sindicatos y flagela a los soldados de línea, mantiene polémicas en los pequeños periódicos obreros y, a la vez, compra armas y parque para sostener la lucha. Los militares de carrera lo desprecian, como al otro gran romántico, el hijo de un rico que abandona su familia y sus bienes por la causa de los pobres —cristiano perfecto—, y que al grito de “tierra, libertad y pan para todos”, muere en una acción militar sin resonancia; pero con gallardía sin igual en la historia de los héroes: Praxedis Guerrero. Los directores del gobierno se mofan de sus andanzas de Quijote, los ricos no le temen... Rompe el auxilio y emprende ataques inverosímiles a las tropas federales; sufre hambre y privaciones sin cuento; pero ni en los momentos más amargos se olvida de su apostolado: rodeado de sus compañeros en el desierto y en el silencio de las noches, heladas como son las del cruel invierno de nuestra frontera del norte, habla del destino del hombre. “¿Será posible —decía— que a los parias no les sea dable disfrutar del ocio que eleva el espíritu y que tan mal emplean quienes abusan de él sin medida?”

“¿Será posible que los pobres no gocen del arte, que no sientan alguna vez gratitud por la vida, que no acaricien nunca el ideal de forjar un programa para la educación de sus hijos y que jamás lo vean realizado? Hasta hoy no. Todo les ha sido negado; es preciso, pues, arrebatar lo que les pertenece por la fuerza; las tiranías se abaten con las armas de fuego; la conquista del ideal depende de nuestros fusiles...”

Y como éstos otros más hablan así, como profetas y como iniciadores de una buena nueva. Son gigantes de la fe, teas espontáneas que alumbran la vida sórdida de los esclavos que habrán de seguir la luz muy pronto, en tumulto jubiloso e incontenible, por todos los ámbitos de la República...

Pero el titán es Ricardo Flores Magón; romántico entre románticos, corona su vida de agitador con una muerte bella y dramática como la de Sócrates. Desde la prisión de Leavenworth, en donde lo ha colocado la burguesía yanqui de acuerdo con la burguesía porfirista, tuberculoso y ciego, después de haber sido un luchador vigoroso e infatigable, hace oír su voz a través de las rejas que lo encierran —como Juan el precursor, siglos antes—, con la de sus mejores días. Pertenece a la rama anarquista, a aquella desprendida del tronco de la organización internacional del proletariado que representa la Primera Internacional de Trabajadores, la rama mística, individualista, asiática, encabezada por Bakunin, contra la rama occidental, científica, técnica, representada por Karl Marx. Exalta la personalidad del hombre por encima de todos los valores y de todas las fuerzas; a veces habla con el recogimiento del anarquismo cristiano de Tolstoy, en ocasiones es el colectivismo de Bakunin el que lo inspira, y cuando su cólera sincera por la injusticia reinante lo impulsa, emplea el lenguaje lapidario, insurgente y animístico de Max Stirner, que enfrenta al individuo contra Dios, contra el derecho, contra la propiedad, contra el Estado, contra el Destino... Su doctrina, en el fondo, es la más humana y tierna de las doctrinas. El convencimiento de su muerte próxima no le arranca ningún reproche; la prisión y la enfermedad abren su corazón a la vida aún más de lo que siempre estuvo. “El esclavo —dice (R. Salazar y J.G. Escobedo. “Las Pugnas de la Gleba”. Pág. 17. Edit. Avance. México, 1923)— no tiene la culpa de encontrarme cargado de cadenas, pues nunca me encomendó la tarea de librarlo de su yugo. Yo mismo me impuse esa tarea, yo mismo me elegí su defensor. La culpa es mía, no de él; mas no me arrepiento, porque mi conciencia me dice que hice bien, que cumplí con mi deber de hombre, y la voz de mi conciencia me satisface, su sanción me conforta. Si mi presencia aquí —en la cárcel—, se debiera al hecho de haber pretendido subir sobre los hombros del débil sobre mis espaldas para hacerle ver lo que él no alcanzó a columbrar: la belleza de una nueva vida para la raza humana, basada en la justicia y en el amor...”

El sacrificio de estos grandes luchadores solitarios no es estéril. Los obreros adquieren rápidamente la conciencia de la clase a la que pertenecen. Levantan la tribuna más alta y vigorosa con que la Revolución ha contado hasta hoy: la Casa del Obrero Mundial. Unos anarquistas españoles expulsados de su país vierten en el nuestro la doctrina del sindicalismo revolucionario y, en unión de los líderes mexicanos, fundan la institución que es, ante todo, cátedra de filosofía, escuela de humanismo.

La Casa del Obrero Mundial, oculta muchas veces, perseguida, victoriosa en ocasiones, desempeñó un papel tan importante en las luchas sociales de México como el Cenáculo de Rubau Donadeu en la organización del proletariado español. Algunos

intelectuales asisten a sus sesiones, discuten con los obreros, tratan todos de formular un programa y de señalar el camino para conseguir la subvención de los valores sociales. De este seminario salen los propagandistas de la revolución para todo el país, entre las filas de los soldados o en grupos de verdaderos misioneros sin más recursos que su ardiente palabra.

Así se forjó el ideario de la Revolución. Sin previo acuerdo; pero coincidiendo en el propósito, los intelectuales del Ateneo, los anarquistas y los intuitivos, y los líderes de la Casa del Obrero Mundial, presidieron con la eficacia indestructible de las ideas-fuerzas puestas en marcha, el movimiento de las muchedumbres. ¿Puede acusarse a la Revolución de alteración social con propósitos mezquinos? ¿No es, más bien, como lo he recordado esta noche, una jornada épica que libró la humanidad en la región mexicana por los fueros del espíritu? Nadie podrá negarlo después de conocer su génesis: tuvo, tiene y tendrá, a pesar de sus conculcadores, un sentido humanista que no perderá nunca mientras la justicia social no rija las relaciones humanas a través de nuestro vasto territorio.

Y si del campo de las ideas pasamos al de las acciones sin apoyo en la reflexión filosófica, hallamos también la misma nota de rebelión por inconformidad con la miseria, que no sólo produce hambre sino también sujeción moral, política, degradación humana. El Plan de Ayala, que resume la queja de los campesinos encabezados por Zapata, es un documento que pertenece a la historia de las humanidades en México. “¡Tierra y Libertad!”, el lema del zapatismo, equivale a pan y espíritu libre. La tierra como un medio, la obra de la voluntad creadora como fin.

Los miopes o los ignorantes que creen que el socialismo es un fin en sí mismo, se equivocan. No es un hecho, es un camino, no es un *fiat*, es un *fieri*, que se ha propuesto darle al hombre una riqueza que el régimen capitalista le ha quitado: el reconocimiento de su propio poder espiritual, que es lo único que hace a la vida digna de vivirse y que convierte a cada ser humano en un trabajador alegre e incansable.

Las organizaciones obreras, fruto de todas las ideas mencionadas, así lo han sentido y viven procurando acercarse a la meta. Sólo los que no las han visto de cerca, los que desconocen sus más hondas y sinceras preocupaciones, pueden calificarlas de asociaciones de voracidad económica irrefrenable. Cuando el salario cubre las necesidades imperiosas de la existencia, las perspectivas morales de la vida surgen ante el obrero medio satisfecho como un camino asequible a sus deseos más ocultos, y lo recorre siempre con entusiasmo. Véase, por ejemplo, lo que ocurre en Orizaba, la región fabril más importante de la República: el sindicato es el eje de la producción, no el obrero individual; ese solo hecho revela ya un sentimiento de responsabilidad importante; pero el sindicato es, ante todo, el eje de la vida obrera en sus diversas manifestaciones. De él dependen muchas instituciones organizadas para beneficio material y moral de los trabajadores: la cooperativa de consumo, el banco de ahorros y préstamos, el sanatorio para ciertas enfermedades, la comisión encargada de los alojamientos, el club deportivo, la “guerrilla”, el kindergarten para los hijos de sus miembros, la escuela primaria,

la escuela para adultos, las orquestas y las bandas de música. Existen, además, otras instituciones de carácter colectivo, que sobrepasan las posibilidades económicas de un solo sindicato, y que mantienen entre todos, como el Centro Cultural o la imprenta dependientes de la Cámara del Trabajo, la asociación de los sindicatos de toda la región. Si se hace la balanza de estos servicios sostenidos con la cuota de cada trabajador —que representan varios millones de pesos—, se verá cómo las dos terceras partes de este considerable patrimonio social, se hallan invertidas en la educación de los obreros, en su educación estética y moral principalmente. Les interesa disfrutar de buenos salarios para vivir bien biológicamente; pero siempre van en pos de los otros valores: de la cultura, que los hará fuertes y mediante la cual habrán de conseguir la transformación del régimen burgués, y de la libertad espiritual, que será el mayor don del nuevo régimen basado en la justicia. Y para no girar en el círculo vicioso en que actúa el que pide los instrumentos de combate al mismo a quien tiene que atacar todavía, trabajan también en la formación de la pedagogía que el proletariado necesita para su completa emancipación. Desde el método hasta el edificio han de ser propios. Mientras el Estado oscila aún entre la orientación escolar mitad yanqui mitad patriótico-declamatoria, y la orientación revolucionaria que no acaba de entender en qué consiste, las organizaciones obreras de Orizaba experimentan los procedimientos pedagógicos que habrán de mantener, en las generaciones futuras, viva la fe en la justicia social, y que habrán de enseñar, sin ambages, los medios para lograr la transformación del régimen capitalista. El sindicato de Santa Rosa está construyendo de su peculio la “Escuela América”, que costará medio millón de pesos; en ella se albergará pronto la primera universidad obrera del Continente.

¡Qué abismo espiritual entre el trabajador de 1907 y el de 1930! Si Orizaba no sólo recogió la semilla de la Revolución y la ha hecho florecer —como otras muchas organizaciones obreras que representan a centenares de miles de asalariados—, sino que puede ser —para orgullo nuestro— estímulo para los trabajadores de otras regiones del mundo; si la clase obrera de México, en suma, mantiene la Revolución y ella misma es el mayor producto de los sacrificios pasados, ¡qué importan las prevaricaciones, qué importan los hombres impuros!

Y si, además, se opera al fin, por ventura, un cambio en la conciencia de la clase estudiantil, que mira ya como cosa suya la lucha por la elevación espiritual de nuestro pueblo pobre y triste; a pesar de los obstáculos que a su paso se levantan, la Revolución permanecerá en pie.

Mientras la “llama inmortal” que crea la historia, la llama del espíritu, se mantenga viva en los trabajadores y en la juventud universitaria de México, el destino dependerá de nosotros.

## La bancarrota de la Revolución

Hace medio año, en el mitin que organizó la Federación de Sindicatos en el Teatro Arbeu con motivo de la conmemoración de los mártires de Chicago, hicimos la balanza de la llamada Revolución Mexicana, de la situación del proletariado mexicano y, además, algunas consideraciones respecto de lo que en poco tiempo habría de llegar a ser más aún en este proceso vertiginoso de degradación al que sigue llamando, a pesar de todo con ironía profunda la "Revolución de nuestro país" y "las reivindicaciones proletarias de México". El proceso de degradación ha continuado porque cuando las causas históricas se ponen en marcha realizando con verdadero ímpetu un programa cualquiera, los hombres resultan a veces impotentes para detener la fuerza misma en la persecución de su finalidad del momento, hasta que ellas mismas no cumplen el ciclo inevitable y fatal que tienen que realizar a pesar de todos los obstáculos que se levantan a su paso. Y las causas que han engendrado la bancarrota de la Revolución no han llegado todavía hasta la consecución de este ciclo histórico que por desgracia atraviesa nuestro país: olvido de las ideas revolucionarias; prevaricación en la conducta y en el discurso de los hombres que acaudillan la revolución, hambre creciente de las masas, aumento de los desocupados, confusión cada vez mayor respecto del programa que debe cumplirse por parte del gobierno y, como consecuencia de estos tres hechos centrales, el aumento también proporcional a la farsa de la vida pública en México, como la llamada democracia, como el llamado sufragio, como la llamada renovación de los poderes públicos con todas las consecuencias inevitables de una farsa de esta magnitud; por este motivo se ha seguido en el plano inevitable del decaimiento hasta llegar a un sitio en que parece que el espíritu público de México sufre una atonía al mismo tiempo que se está gestando la nueva fuerza histórica que ha de dar al traste, si estas cosas no se corrigen, con una nueva revolución como la de 1910. (Aplausos. "Viva la Revolución".)

Es indispensable, camaradas, que aun cuando sea en un mitin como éste de carácter privado en el sentido de que es una reunión hecha por un sector del movimiento obrero del país con el objeto de analizar observaciones y al mismo tiempo justipreciar la situación del momento, con todos los inconvenientes que tiene un ambiente psico-

---

Discurso pronunciado en el teatro Olimpia el día 18 de septiembre de 1932, en el mitin organizado por la Federación de Sindicatos Obreros del D.F. (CROM). Revista CROM. 1º de octubre de 1932.

lógico propicio para exacerbar las pasiones y para levantar momentáneamente el sentimiento, procuremos hacer nuevamente una balanza de la situación con la mayor frialdad posible, llamando a las cosas por sus nombres y calificando a los hombres con los adjetivos que merecen, con el único propósito de que no nos engañemos del momento y no nos engañemos, sobre todo, respecto del futuro; nada hay que dañe tanto al proletariado como la verdad a medias; nada hay que dañe tanto a un país como la verdad dicha con el objeto de no herirlo revelándoles verdades de una espantosa significación. Yo creo por esta causa que debemos meditar en el momento en que estamos viviendo y decir las cosas con esta claridad que siempre ha sido la línea de nuestra conducta.

Las causas que fundamentalmente mueven, a mi juicio, a los hombres que se hallan en el Poder Público para dar la impresión (que por otra parte corresponde exactamente a su pensamiento interno) de que no saben qué hacer, es la consideración de que México es un país que no tiene recursos propios para sortear los escollos que la historia contemporánea le presenta en su marcha; se afirma, y en estas últimas semanas he tenido oportunidad de saberlo de las mismas personas que tienen parte de responsabilidad en el Poder Público, que nuestro país es un pueblo pobre que desgraciadamente no puede salvar por sí mismo los problemas históricos de que está rodeado; se dice que es un suicidio luchar contra el imperialismo de los Estados Unidos; se afirma que, careciendo México de recursos propios, especialmente de capitales en dinero, no puede rehabilitar su economía fatigada, quebrantada y pobre sino permitiendo que el capital extranjero nos inyecte nuevo vigor; se dice que no es posible dar un paso hacia adelante en el sentido de los ideales revolucionarios, porque México, careciendo de esta ventaja de que otros pueblos fuertes y bien organizados económicamente poseen, tiene necesariamente que estar supeditado a la fuerza económica de la cual nuestro país no es más que un simple satélite; se afirma, en suma, que nosotros no podremos por nosotros mismos, dada nuestra pobreza y nuestra falta de organización material, salvar la situación del momento y, por tanto, cumplir los postulados revolucionarios. Ha llegado una teoría económico-política curiosísima en los últimos meses al cerebro de los hombres que presiden el gobierno, y que tengo la satisfacción de explicar ante los compañeros que me escuchan porque es necesario que estos grandes móviles de la conducta de los hombres responsables de un país se conozcan públicamente también, para que sean juzgados mañana; se dice que, dada la crisis formidable de los Estados Unidos de Norte América, es muy posible que el Estado americano, rompiendo la tradición liberal e individualista que coloca al Poder Público al margen de las disputas de los particulares, se vea en el caso inevitable de controlar la producción mediante asociaciones de trusts en los que el Estado tenga una intervención directa y eficaz; es decir, se afirma que el paso que indudablemente darán los grandes intereses norteamericanos para resolver la crisis del régimen capitalista que impera en ese territorio será una especie de socialización por parte del Estado mismo de la riqueza pública y que, en esa virtud, de acuerdo con este gran programa los capitales que podríamos llamar menores,

el capital de los que representan individuos aislados fuera de los grandes consorcios financieros y económicos de la nación vecina quedarán sin arraigo en su propio país, quedarán al margen de esta especie de socialización o estatización de la forma económica, y que tendrán que ser expulsados, porque al realizarse el reajuste de la producción económica no tendrán acomodo y tendrán forzosamente que emigrar para buscar un sitio en donde invertirse. Ahora bien, agregan, si es exacto esto, si inevitablemente la crisis ha de salvarse en los Estados Unidos con el reajuste de la producción material México debe aprovechar el instante abriendo las puertas a estos pequeños capitales, que para nosotros son muy grandes por lo que toca a su volumen, permitiendo que nuestra economía se inyecte con nueva savia y venga a resurgir una industria mexicana al amparo de las leyes protectoras de nuestro país. Pero como siempre surge la condición dubitativa de los hombres del Poder Público en México; es menester, para que los pequeños capitales de los Estados Unidos que quedaran al margen de este proceso de estatización de las fuerzas económicas, puedan venir a México, es menester que haya paz, garantías y confianza; la palabra maravillosa de los nuevos porfiristas de México: CONFIANZA (Aplausos).

¿Qué debe entenderse por confianza? Paz, paz efectiva; que no haya sublevados, que no haya grupos de hombres armados que interrumpan el sueño de la sociedad; que no haya trabajadores que desconcierten en este ambiente de orden, de armonía entre el capital y el trabajo y de dignidad nacional. (Aplausos.) Confianza en el sentido de que México es un país pobre, pero un país que no altera el orden público y que, además, abre con toda conformidad y sinceridad las puertas de sus fronteras al capital extranjero para que venga a rejuvenecerlo. Por esta causa yo creo que sinceramente muchos de los hombres responsables del Poder Público están tan interesados en que no haya huelgas, en que no haya movimientos obreros que puedan ser comunicados a los Estados Unidos y que siembren la desconfianza en los que van a venir después a fincar sus intereses en nuestro país. Ya el general Rodríguez, cuando era Secretario de Industria, declaró en solemne afirmación a la República que las huelgas en tiempos normales son aceptables, pero que en tiempos anormales las huelgas son antipatrióticas. (Aplausos.) De donde yo deduzco las siguientes proposiciones de una lógica perfecta: las huelgas sólo pueden ser toleradas en tiempos normales, los derechos de la clase trabajadora sólo pueden ejercitarse en tiempos normales; en tiempos anormales no se puede ejercitar ningún derecho fundamental de la clase obrera. (Aplausos.) Y los tiempos anormales, naturalmente, son aquellos en que más hambre tiene la clase trabajadora, en que menos trabajo hay para ella, en que los salarios bajan con una rapidez mayor que los cambios diarios de la Bolsa de Valores en donde se cotiza la moneda nacional y las divisas extranjeras. Los tiempos anormales son, al fin y al cabo, la crisis, la crisis económica engendrada por el propio régimen capitalista. De tal manera que la clase obrera hecha para luchar en contra del régimen capitalista no puede enfrentarse al régimen capitalista cuando éste, más que en ninguna otra época, la hiere de un modo profundo. Es decir, que la clase asalariada tiene que esperar a que el régimen capitalista se rehaga a costa de la propia sangre del proletariado para



seguir hundiendo a la masa trabajadora. (Aplausos.) Yo aprendí en la escuela que hay suspensión de garantías individuales cuando se altera el orden público; de tal modo que por un Decreto del Congreso el Presidente de la República suspende las garantías fundamentales del individuo, prohibiendo, verbi gracia, las reuniones públicas, el derecho de libre expresión del pensamiento y de la libertad de la palabra, pero no sabía yo que después de una Revolución y de una Constitución que se empeñan todavía en llamar revolucionaria, la de 1917, hubiera suspensión de garantías para la clase obrera por una simple declaración de un funcionario público; eso no lo sabía. (Aplausos.)

A esto se debe, pues, todo el empeño formidable de mantener la confianza del capital extranjero; que nosotros seamos un país ejemplar y, como, naturalmente, cuando ese es el propósito, las cosas tienen que sujetarse, lo mismo las grandes que las pequeñas a este papel principal de los detentadores del Poder Público, llega un momento en que las cosas adquieren un valor tan fantástico, que se necesita estar dotado de un espíritu realmente sereno para no estallar en una carcajada o al mismo tiempo para no llorar de rabia; de otro modo sería intolerable ya la situación en nuestro país. Llegamos ya a lo último de la caricatura y de la farsa; por este motivo tenemos que ver las cosas en su verdadero fondo. Un hecho aislado, una afirmación cualquiera desligada de las otras, un acontecimiento, aun cuando tenga significación propia, pero sin juzgar la importancia del conjunto, resulta sin explicación verdadera.

Se renovaron las Cámaras del Congreso. (Grandes carcajadas.) Se cumplió al decir del gobierno y de los líderes del Partido Nacional Revolucionario de un modo estricto y de un modo honesto con los mandamientos del derecho de voto y con los procedimientos de la ley electoral, y el general Calles declaró que había una ola de optimismo en el país por la forma en que se integró el Congreso. (Arrecian las carcajadas.) Y sin embargo, ¿qué? El pueblo de México hace estas dos afirmaciones, estos dos juicios: seguimos viviendo dentro de la farsa y la mentira convencionales; quizás sea mejor así, pero entonces, ¿por qué estos hombres no se descaran de una vez y dicen que vivimos dentro de un régimen de tiranía como en cualquiera otra época? Y este otro juicio: ¿Qué vale la democracia? La clase trabajadora, sobre todo, compañeros, a pesar de que una vez más se pisoteó el voto público, ha declarado, a pesar de que con el conocimiento fueron a la justa electoral a sabiendas de lo que iba a ocurrir, que está bien, que se tenga la responsabilidad plena de esta bancarrota definitiva en los hombres que están en el poder público, porque vale más siempre el derecho de huelga que el derecho de voto mientras el Poder Público no esté en manos directas de la clase trabajadora. (Aplausos.) Se habló de que el gobierno seguiría su programa obrerista, y hace pocos días al preguntarle los corresponsales de la prensa extranjera al Presidente de la República, al general Rodríguez, cuál era su programa concreto frente a la situación de la clase trabajadora, declaró que por conducto de su Partido, el Nacional Revolucionario, habría de seguirse esa obra obrerista; y a los pocos días después, en un local mandado a acondicionar con dinero del propio Partido, Alfredo Pérez Medina y los líderes de su misma talla moral y mental que con él

forman la Cámara de Trabajo, recibieron a Pérez Treviño, a personalidades y funcionarios del gobierno y del Partido Nacional Revolucionario. Esa es la tarea obrerista del gobierno.

Ahora cabe preguntar: ¿Qué es lo que el gobierno quiere de la clase trabajadora? Esto solamente: un contingente negativo; no creo yo que el gobierno necesite votos para perpetuarse en el poder en las personas de quienes detentan el gobierno, porque no hay votos en México, como en ninguna época en que se acaban las libertades cívicas; lo que se necesita es que la única fuerza posible de contender en los comicios con la burocracia organizada, no actúe, para que la burocracia se perpetúe en el Poder; fuerza negativa, borregada, organización sumisa a las dictaduras; eso es lo que quiere el gobierno de la clase trabajadora. (Aplausos.) He ahí la explicación de la conducta de Pérez Medina, de Araiza (el Anarquista, entre paréntesis), de Salvador Romero, uno de los líderes de la Confederación de Transportes más desprestigiado que existe en el país, y de otros semejantes cuyo nombre como el de los anteriores puede escribirse con minúscula en las páginas negras del movimiento obrero mexicano. (Aplausos.)

Siempre ha habido traidores; en todos los movimientos, y traidores en todas las épocas; no son traidores porque estén de acuerdo con el gobierno; la clase obrera puede en determinados momentos estar de acuerdo con un programa revolucionario y circunstancial por ello, caminar de acuerdo en determinados momentos también con el Estado, y puede apartarse del gobierno según que éste no cumpla con los postulados que son bandera exclusiva y programa específico del propio proletariado organizado. La prevaricación consiste en haber olvidado los principios del movimiento obrero; no porque se cultive amistad; la simpatía, la amistad, todas las relaciones humanas, todos los afectos entre los hombres, todas las inteligencias entre los grupos sociales organizados son lícitas y legítimas; lo que no es lícito nunca a un llamado director del movimiento obrero es olvidar sus ideas; las ideas del proletariado, cambiar de táctica de lucha cuando precisamente el gobierno es el que se ha parado frente a la situación impotente para continuarla y temeroso ante el imperialismo yanqui se cruza de brazos y solamente exige de la masa asalariada y hambrienta paz, tranquilidad y sumisión; eso es traición, eso es cobardía. (Aplausos.)

Pero lo más grave, compañeros, no es solamente el hecho de que las causas históricas puestas en marcha como dije en un principio, para cumplir este período de la historia de México de acabamiento total de los hombres que han precedido la Revolución, no solamente las causas históricas que hacen actuar y proceder han arrastrado con tantos valores cívicos, mentales, políticos y económicos y han servido de fuente de corrupción de tantos hombres de arrojo, de temple; lo grave, lo más grave quizás, consiste en que no sólo hay un temor de no resolver la situación, sino que hay un afán enorme de seguir haciendo fortuna personal entre todos los hombres que siguen en el Poder Público. (Aplausos.) Por eso yo he llamado a esta etapa de nuestra historia el *neoporfirismo*, nada más que hay que agregar que es un *neoporfirismo* enano. (Aplausos.) La ola de corrupción, el envilecimiento, la pequeñez de los hombres y de su conducta llega a tal grado que en todos los ámbitos de la República el cohecho,

el peculado, las prevaricaciones, todos los delitos que pueden ser cometidos por los funcionarios se realizan, hasta llegar a constituir un verdadero *modus vivendi* que nunca, jamás, en ninguna época en los últimos treinta años habíamos llegado a este estado de disolución moral; porque la bancarrota económica no es siempre un signo de decrepitud; en muchos casos puede ser al contrario una nota de rebeldía digna e insigne; es que los hombres han llegado ya a empeorarse tanto, es que han llegado ya en este plano moral a sumirse hasta el cuello en el cieno, que les parece que es el modo natural de vivir y la forma aceptable de mantener las cosas. Desde la policía, pasando por los presidentes municipales, por los agentes del ministerio público, por los jueces, por los Alcaldes de las cárceles, hasta llegar a los gobernadores de los estados y a los secretarios del gobierno federal, la ola de corrupción, con muy pocas y brillantes por eso excepciones, la situación de la burocracia organizada llamada "Partido Nacional Revolucionario" es una situación de desvergüenza completa. (Aplausos.) Y tenía que ser así, no podría ser de otro modo; cuando un gobierno no tiene un programa, el único programa de los que integran el gobierno es el programa personal; programa quiere decir instrumento al servicio de la consecución de un propósito, colectivo e impersonal, y por esa causa histórica. Eso es un programa de gobierno, y no tenemos programa de gobierno; y por esa causa no hay cohesión entre los propios hombres del Partido Nacional Revolucionario; todos los días oímos conversaciones como ésta, y confesiones importantísimas como las siguientes: no crea usted, señor Lombardo Toledano; yo estoy en el PNR pues. . . por necesidad; no estaría en él porque me da hasta vergüenza que se sepa que soy miembro de ese partido, pero tengo que vivir, tengo tantos hijos, tengo una esposa y por desgracia no hay colocaciones sino dentro del gobierno. Otro que no es un ganapán vulgar, sino un alto funcionario me decía: sí, las apariencias me condenan llamándome miembro del PNR, pero mis actos demuestran que no estoy de acuerdo con ese funesto partido. Y en cuanto tiembla un poco, la familia oficial, que al decir de ella misma es la familia revolucionaria por antonomasia (aplausos), cuando se producen estos movimientos telúricos de la política burocrática, que son verdaderos asientos en los puestos y en las nóminas, entonces oímos decir a un general: que esperen mi momento, ya verán. (Aplausos.) A otro general se le oye decir en confianza, por supuesto: se cree el colega fulano que él va a permanecer en esa situación privilegiada; que aguarde unos meses. Y lo único que los espectadores que entendemos un poco de los problemas sociales hacemos a cada movimiento telúrico de esta clase dentro de las capas de la política oficial, es llevarles la cuenta, como en un sismógrafo, con sus gráficas y con sus ecuaciones y sus números índices: el general fulano subió hoy cinco puntos; el general mengano bajo seis puntos; el general zutano está en una actitud idéntica a la de hace seis meses. Las pandillas políticas no cuentan en el sismógrafo político, porque son siempre, por supuesto, los adláteres de los generales. La política mexicana es siempre una política de generales, nunca una política de ciudadanos con responsabilidad; pero sabemos muy bien que las curvas engañan, y de la misma manera que no podemos predecir la frecuencia o la próxima aparición de un temblor de

tierra, de la misma manera no podemos predecir el nuevo ajuste del presupuesto de la familia "revolucionaria". Lo que sí tenemos la seguridad de que acontecerá un cataclismo definitivo de la familia. ¿Cuándo? No sabemos cuándo, pero es indudable que los mismos hijos de la familia van a acabar por apuñalarse unos a otros y hacer la sepultura anticipada para los que no tengan un espíritu del reparto equitativo de la riqueza no ganada. (Aplausos.)

No puede haber, pues, programa en una institución (instituto la llaman hoy), que no tiene homogeneidad ni puede tenerla entre sus miembros. No puede haber programa sino en hombres que piensan del mismo modo y para un propósito general. Por eso el programa del PNR es un programa de individuos, y colocados los hombres en el campo de la posibilidad de la fortuna personal, cada quien, según su habilidad, según su audacia, según su falta de escrúpulos o la ocasión para ello, siguen enriqueciéndose. Hubo un diputado, un presunto diputado cuyo nombre no recuerdo en estos momentos porque creo que ni siquiera es mexicano, a quien le decía un amigo mío: "pero don fulano, ¿usted realmente cree que va a ganar en las elecciones?" "No me importa, señor, los votos se los llevará mi contrincante, pero los treinta y tres treinta y tres yo, su servidor". "¿Usted entonces va a las Cámaras por hacer fortuna?" "Señor, creo que las posibilidades para la fortuna personal en la Cámara son muy escasas, porque pertenezco al grupo de los hombres que no han hecho fortuna porque nunca he tenido ocasión para ello; el día que las circunstancias me coloquen en la posibilidad de hacer fortuna yo la haré, se lo prometo a usted". Y estas cosas que parecen cínicas resulta la práctica única de estos hombres en verdad. No es un caso aislado de cinismo personal, es simplemente un caso de confesión paladina de lo que todo el mundo piensa. Esto es lo más grave del país: que estamos en un pantano; estamos viviendo en un pantano en el que los hombres se siguen hundiendo cada día más; ventaja, sí; desgracia también porque la clase trabajadora es la que paga la fortuna personal de los miembros de la familia oficial y la bancarota general del país; pero ventaja también porque llega un momento en que el pantano se tragará a los hombres inevitablemente, y entonces sobre las ruinas y sobre las huellas del pantano podrá edificarse una sociedad mejor, aun cuando tengamos que trabajar, empleando una metáfora, muchos siglos, quizás más que los antepasados nuestros que edificaron una maravillosa ciudad sobre las aguas del lago de Texcoco. No importa, los hombres todo lo pueden; las generaciones en cuanto están al servicio de un ideal humano son capaces de transformar, no digo la fisonomía física de un país, sino algo más importante que el aspecto interno o físico, la fisonomía moral y el pensamiento de las masas a través del tiempo y de la especie.

Por este motivo nada es posible esperar ya del Poder Público; no podemos esperar nada de ellos porque el Poder Público carece de programa, porque el Poder Público cree que hay que entregar paulatinamente México a los Estados Unidos, y porque sus hombres se preocupan exclusivamente de hacer fortuna personal. La clase trabajadora no tiene ante sí más perspectiva que trabajar de acuerdo con sus propios recursos para realizar ella sola el programa de la Revolución abandonado hace tiempo

por estos hombres. Es necesario no solamente decir defectos, señalar errores, sino frente a estas prevaricaciones y lagunas de la conducta, presentar un programa, frente a frente, que substituya a la ausencia de una norma por parte de los que tienen la responsabilidad histórica de México. Y el programa nuestro tiene que ser necesariamente un programa radical del movimiento obrero organizado. (Aplausos.) Es curioso también oír cómo se levantan las voces de los defensores, de los ideólogos, de los intelectuales de la familia revolucionaria y de la burguesía organizada que no son más que la misma familia también, cuando el movimiento obrero hace pública su opinión sobre lo que espera del futuro el proletariado. “¡Comunismo!” “¡Comunistas!” ¡Ahí están los de la CROM, haciendo comunismo! ¡Lombardo Toledano es comunista, nada más que es un comunista solapado porque no quiere decir con franqueza que es comunista porque le falta valor! ¡La Constitución de 17 es Revolucionaria, no se necesita ir al comunismo; hay que acabar con el comunismo! Y el fantasma del comunismo va llenando los periódicos, la conciencia ya borrosa de los funcionarios de segunda categoría, mientras los funcionarios de primera magnitud, que sí saben de qué se trata, sonríen en su interior manifestando en el exterior su protesta “porque se trata de acabar con la nacionalidad mexicana haciendo propaganda de ideas extranjeras y subversivas”.

¡No hemos predicado el comunismo nunca! Lo que pasa es que seguimos predicando lo de hace veinte años, y como estos hombres se espantan de su propia prevaricación, resulta que hoy las palabras que ellos pronunciaron con sus propios labios hace diez les queman la conciencia y nos llaman “comunistas”. (Aplausos.) Queman la conciencia de los prevaricadores; por esa causa nos temen cuando hablamos de lucha de clases, cuando hablamos de burguesía y de proletariado, cuando hablamos de socialización de las fuentes de la producción económica; cuando hablamos de socializar la riqueza material, cuando hablamos de una mejor distribución de las rentas públicas, cuando hablamos de que las escuelas deben servir a la ideología revolucionaria, cuando hablamos de la revisión de los aranceles, de los impuestos, de todos los métodos de gobierno, no es que hagamos comunismo, hacemos, sí, marxismo puro, de la mejor clase. (Aplausos.) La CROM y nuestros hijos hoy putativos, los que se separaron de nosotros, y los mismos anarquistas, y todos los sectores obreros, inclusive los blancos católicos, son hijos de la Primera Internacional; todos sin excepción. Después de haber hecho el juicio histórico de la humanidad, y después de haber observado el mecanismo de la producción económica, la clase obrera adquirió una bandera sólida y definitiva para reivindicar sus derechos en forma de una mejor y más justa repartición de la riqueza material. Por esa causa la CROM, en su declaración de principios, como primer postulado recuerda las palabras históricas del “Manifiesto Comunista” de Marx y de Engels y preconiza la lucha de clases como medio para subvertir el orden social reinante. Somos marxistas, sí; si no fuésemos marxistas no tendría explicación ni justificación nuestro esfuerzo personal y colectivo. No somos comunistas porque diferimos en el modo de actuar del partido organizado en Rusia; la táctica es consecuencia, no sólo de los propósitos y alcances, sino de la condición

perfectamente peculiar de cada región del mundo. Muchas veces en un mismo país es preciso emplear métodos diversos para lograr el mismo propósito. Por esa causa nosotros no estamos de acuerdo en la forma en que proceden los camaradas de Rusia y por esa causa los compañeros de Rusia se han equivocado y han fracasado en esa actitud exterior de querer sujetar en la misma táctica a todos los países del mundo, sin importarles los antecedentes de cada pueblo ni las características especiales de cada región del planeta. Los comunistas, en lugar de hacer conciencia de clase, en lugar de orientar, en lugar de predicar doctrina, en lugar de dar nociones, en lugar de servirle a la revolución mundial, se han convertido fuera de Rusia en una organización internacional de injurias y de denuestos para el movimiento obrero. Diez líneas en cada manifiesto seguidas de veinte renglones entre admoniciones soeces e insultos al movimiento obrero: "Vendidos al imperialismo", "Traidores a la Revolución", etc. No han conseguido nada en México, no han conseguido nada en Argentina, nada consiguen en ninguna parte del mundo fuera de Rusia por esta equivocación filosófica, política e histórica en su táctica de actuar. Nosotros sí somos fieles al procedimiento marxista, pero no podemos preconizar la dictadura del proletariado inmediatamente en México por razones que es preciso insistir repitiéndolas, porque nosotros estamos viviendo exactamente dentro de un período de capitalismo organizado; nuestra economía nacional sigue siendo fundamentalmente una economía feudal; el maquinismo en México sólo en unos cuantos renglones de la economía existe con sus alcances inevitables, pero, viendo en conjunto la economía mexicana, nosotros, camaradas, bien se sabe, no hemos salido aún de la época feudal en que vivimos trescientos años bajo los españoles y más de cien años bajo los gobiernos llamados nacionalistas y liberales de nuestro país. Nuestra economía es una economía todavía sin máquinas; la concentración de los capitales es una concentración que se reduce al latifundio, que se reduce a detentar el Poder Público, y que está basada en la explotación de los peones, pero no es una organización capitalista en el sentido de las concentraciones enormes de capitales y de las máquinas como en los Estados Unidos, en Alemania o en Inglaterra. Necesitamos: primero, pasar de la época semi-feudal en que vivimos a la época de la organización capitalista contemporánea para poder llegar a la dictadura del proletariado y, además, tener conciencia de clase de la responsabilidad histórica que tenemos. (Aplausos.)

Es muy sencillo hacer demagogia; no hay nada tan fácil como proferir palabras sin responsabilidad y al mismo tiempo enardecer los ánimos de un auditorio atento y simpático, pero es muy difícil realizar el pensamiento cuando el pensamiento es la consecuencia directa del estado de la realidad en que se vive. No somos enemigos, por eso, de que venga el capital extranjero, pero de que venga el capital sin condiciones a que el capital venga y esté controlado, hay exactamente la misma diferencia que entre la mentalidad del PNR y la mentalidad de la clase obrera de México digna. Nosotros tenemos, naturalmente, que trabajar por una economía mexicana; tenemos que propugnar por un incremento de la producción y por un reajuste en la propia riqueza nacional, pero tenemos que poner al servicio de la masa, de la riqueza pública,

tenemos que poner al servicio de la máquina del Estado el capital privado extranjero y el capital privado nacional; nosotros no tenemos un nacionalismo de patio de vecindad con banderitas tricolores, como los hombres del PNR. (Aplausos.) Tenemos un concepto científico y al mismo tiempo un concepto basado en nuestra ideología de internacionalismo, que no se opone al nacionalismo, pero que coloca la nacionalidad en manos de un Estado que trabaja exclusivamente para las masas. Nacionalistas, sí, porque queremos que todo pertenezca a la Nación y no a los próceres del PNR. (Aplausos.) Nacionalismo, sí, porque no queremos que las fuentes de la producción económica estén en manos de los trusts de extranjeros, como la energía eléctrica que pertenece a la Borah Sure Trust Company; no queremos que las comunicaciones estén en manos de trusts extranjeros como los teléfonos y los telégrafos que se conectan con el trust de la compañía internacional que se conoce con el nombre de "Mexicana" en nuestro país; queremos que el petróleo, que los transportes, que las comunicaciones, que la energía eléctrica, que las bases mismas de la economía nacional pertenezcan a la Nación Mexicana. Nacionalizar es lo mismo, desde el punto de vista práctico que socializar; los dos términos significan solamente que hay que quitarle al individuo la libertad absoluta de operación, para poner la propiedad de la persona física en provecho de los intereses de la mayoría, y mientras eso no ocurra nada es posible hacer de nuestro nacionalismo, y en consecuencia de nuestra nacionalidad.

Nuestro programa es ese: contra un nacionalismo de gritos callejeros, de fritangas y de papel de china, un nacionalismo económico basado en los principios de justicia social. Contra la cobardía frente al yanqui la entereza respecto del control de los capitales extranjeros; frente a los aranceles que bajan y suben para proteger los negocios privados los aranceles en manos de la masa trabajadora también para que ésta regule un programa general, y mientras no exista este programa general de gobierno que tenga como frente, como declaración de principios el bienestar de la masa no habrá comenzado la Revolución, no podremos pasar del estado feudal al estado capitalista para llegar por último a la liberación del proletariado. El Estado significa en todas las épocas de la historia, dictadura; siempre ha sido dictadura de una minoría; queremos que haya una dictadura de una mayoría sí, pero al servicio de los destinos de todos, y cuando se acaben los reajustes, y cuando se acaben los hombres inmensamente ricos junto a los hombres desvalidos, y cuando se acaben las diferencias profundas que existen actualmente en la sociedad, entonces el gobierno será realmente un gobierno democrático en el sentido de que será un gobierno de la masa, para la masa y por la masa. (Aplausos.)

La palabra pueblo, una palabra inventada por los griegos y explotada románticamente por los Estados Unidos, debe ser substituida por la palabra masa; democracia, sí creemos en la democracia, pero no creemos en las palabras: gobierno del pueblo, para el pueblo y por el pueblo, substituyéndola con la frase: gobierno de la masa, para la masa y por la masa; eso queremos. (Aplausos.) Por esa causa, camaradas, el panorama es tremendo en nuestro país; no podemos esperar nada del Poder Público; la clase trabajadora ha tenido veinte años de enormes experiencias, trabajemos por

nosotros mismos, para nosotros mismos, para la masa y hagamos un gobierno para el futuro principalmente. Estamos divorciados, pues, de estos hombres; seguiremos divorciados del Poder Público mientras éste no cumpla un programa revolucionario, y no podrá cumplirlo porque está haciendo lo que dice un adagio inglés “dando saltos teniéndose de sus propias botas”. Un día se va un prócer de la familia expulsado de México por su conducta dudosa, y regresa al poco tiempo y lo aplaude la misma familia; otro día casi muere a pedradas Portes Gil en Tampico y regresa después. (Aplausos.) Nadie puede creer; son asentamientos telúricos del presupuesto; los pleitos entre las gentes de la misma familia son pleitos pasajeros casi siempre, por esa causa no podemos tener confianza.

Camaradas, compañeros de ideal y de lucha; es preciso que meditemos en todos los instantes las causas de la bancarrota de la Revolución y los motivos de la prevaricación de estos hombres; es preciso que no olvidemos que tenemos que cumplir solos (que bien dice: solos) nuestro desiderátum histórico; que el movimiento obrero consciente de esta enorme responsabilidad, hoy más que nunca apriete sus filas, rehaga su ideología, que mantenga para su línea de conducta, y que por encima de los océanos y de las montañas, tendiendo la mano vigorosa y haciendo llegar hasta ellos el aliento de la misma lucha que salga del corazón nuestro, unamos a todos los trabajadores del mundo para esperar el próximo invierno, en que es posible que el edificio fantástico del capitalismo se empiece a derrumbar con enorme estruendo histórico; es preciso que la primavera del 33 nos coja unidos al proletariado internacional. Es menester que aquí mismo, en nuestra casa, no importa las gentes que claudiquen, estemos listos, camaradas; el futuro inmediato, como siempre lo hemos dicho, será nuestro. ¡Viva la CROM! (Prolongados aplausos y gritos de entusiasmo.)



## ¡El camino está a la izquierda!

CAMARADAS:

Al aceptar la invitación que me hizo el Comité Ejecutivo de la Unión Linotipográfica de la República Mexicana, para que comentara ante ustedes y de un modo público el convenio celebrado con la empresa del periódico *Excelsior*, que dio fin a la huelga decretada en contra de esa misma negociación, no tengo el propósito de hacer ninguna censura a lo realizado por algunos de los compañeros de la Alianza de Artes Gráficas, porque, en primer lugar, no tengo derecho para ello, y porque la censura a los trabajadores debe hacerse dentro de las mismas asociaciones que ellos forman y por quienes tienen derecho a exigir responsabilidades. Tampoco vengo a disertar con la presunción del que pretende dar cátedra. Hablar de derecho industrial o de derecho obrero ante los trabajadores de mi país, no equivale, para mí, a explicar ante mis discípulos en la Facultad de Derecho, cuál es la significación de las normas jurídicas que rigen en nuestra nación las relaciones entre el capital y el trabajo. Existe una diferencia, porque disertar sobre derecho industrial ante estudiantes, es darles por lo menos a conocer una realidad que ellos ignoran. En cambio, hablar de derecho obrero ante los trabajadores que lo están organizando y formando todos los días, ante los verdaderos autores, materiales e intelectuales, de las normas jurídicas que rigen el capital y el trabajo en México; hablar sobre esa materia en el tono de la cátedra, sería de mi parte una presunción inexplicable e injustificada.

Agradezco profundamente al compañero Gracidas, a todos los miembros del Comité de la Unión y a todos los camaradas de Artes Gráficas, la invitación que se me ha hecho; y a Gracidas especialmente los elogios inmerecidos que acaba de hacer de mi persona; pero no vengo aquí como maestro, no vengo tampoco como catedrático, vengo nomás como un luchador, como un miembro del proletariado mexicano, a hacer consideraciones al margen del convenio con el cual concluyó la huelga de *Excelsior*, porque la situación que vive nuestro país en estos momentos es tan interesante para los trabajadores y para todos los hombres que valorizan día a día el proceso de la Revolución Mexicana, que vale la pena reunirse no una vez, sino

---

Discurso pronunciado el 23 de julio de 1932, en el frontón nacional. Revista *Futuro*, 10 de mayo de 1934.

muchas veces y en público, para debatir como miembros de un país libre, como hombres libres de una nación que respeta el derecho más grande del hombre, que es la expresión de la palabra, la situación por la que atraviesa la nación y el derrotero que debe seguir el proletariado organizado frente a la crisis.

Dicho lo anterior, quiero situar, desde luego, la condición del proletariado mexicano en relación con la del proletariado internacional, para después referirme concretamente a las características del desenvolvimiento político y social de México en los últimos años.

Aun para los hombres que observan de un modo superficial la situación del mundo, es un hecho indiscutible que el régimen social que surgió el siglo pasado y que llegó a su apogeo antes de comenzar la Guerra de 1914, es un sistema social que está en decadencia. Es inútil que pretendamos alargarle la vida o suponer que tiene todavía vigor por muchos años el régimen capitalista. Muchos signos elocuentes de descomposición, tanto en el orden político, cuanto en el económico y en el moral, nos demuestra que es un régimen caduco, que está dejando su lugar en la Historia a un sistema nuevo, gracias a un proceso de falta de adaptación sociológica, en la misma forma que muchas especies zoológicas han desaparecido en el curso de la historia del planeta, porque cambiando las condiciones geográficas, las condiciones físicas del medio, tales especies no pudieron sobrevivir. Y de la misma suerte que surgen en el mundo y desaparecen las especies animales y vegetales, surgen en la Historia y desaparecen de ella las especies sociales, los organismos humanos, las sociedades, los regímenes de la vida pública, cumpliendo un ciclo, un período vital, para dejar su sitio a otros sistemas de la vida colectiva.

El régimen capitalista cumplió una gran misión que nosotros, principalmente los trabajadores, debemos agradecer profundamente. Sustentado ideológicamente en la doctrina de la libertad económica, de la libertad de comercio, de la libertad de trabajo, de la libertad de la industria, de la libertad de la conducta dedicada a la producción; y en el terreno político en la libertad del individuo, como base y objeto de las instituciones sociales, pudo en muy poco tiempo organizar métodos y crear elementos mecánicos con el fin de comunicar a los hombres entre sí y transformar la industria medieval, exigua, de industria a domicilio en gran industria. Gracias, pues, a los medios técnicos de la producción y a la fácil comunicación de los pueblos, presididos y cobijados por un ambiente de libertad sin cortapisas, pudieron las naciones acercarse más de lo que estaban, conocerse íntimamente; los hombres, traspasar las fronteras con rapidez; el pensamiento, surcar las distancias más grandes; y el conjunto de la especie humana, convertirse en una sociedad homogénea, aun en sus luchas tradicionales y específicas que tienden, para los que las realizan, a vencer el destino del acabamiento.

Esta nueva faz del mundo reunió a los trabajadores en grupos numerosos bajo el mismo techo, al crear las fábricas hizo nacer en ellos un espíritu de clase que no poseían y provocó el advenimiento de la organización internacional de los asalaria-

dos. El régimen capitalista es, en consecuencia, en cierto sentido, la causa del proletariado como factor social y la causa de la organización obrera.

Pero independientemente de este servicio prestado a los humildes; independientemente del servicio que las máquinas aplicadas a la propaganda de las ideas humanas, por conducto de las artes gráficas —del libro, de la prensa—, han hecho a la cultura; no sólo la misma clase trabajadora, sino la humanidad entera, han tenido que reprochar a los directores de ese régimen social el haberse utilizado las condiciones creadas por el proceso histórico, para organizar, para constituir una casta de privilegios que, concentrando cada día más el capital, fruto del esfuerzo de las masas trabajadoras, y depositándolo en unas cuantas manos, se convirtió en dueña del mundo. Este proceso de concentración de los capitales, de aprovechamiento, para beneficio de un corto número, del esfuerzo de la humanidad misma; este afán de disfrute exclusivo de una minoría, que caracteriza al régimen burgués, ha sido la causa de su ruina; el proletariado, hijo del régimen, lo ha delatado, ha descubierto sus llagas incurables, lo ha combatido como sistema de injusticia, y ha propuesto su sustitución por otro más honesto y más humano.

Decía que el año de 1914 señala la apoteosis del régimen burgués. En efecto, esa fecha marcó el punto culminante del movimiento de ascenso del capitalismo. Hasta entonces, los ataques del socialismo organizado, los ataques del proletariado mundial en contra de la burguesía, fuera de las filas obreras tenían pocos adeptos. Se creía que si era verdad en parte, que si era justificada en cierto sentido la censura de las masas de asalariados en contra del régimen, este hecho no merecía la reprobación sistemática de que era víctima, porque había construido mucho y, sobre todo, porque moralmente no era un sistema que negara en principio las aspiraciones justas y legítimas del género humano.

Pero la Guerra no sólo comprobó que la arenga, que la protesta, que la censura socialista, que el llamamiento elocuente de la clase trabajadora a la conciencia de todos los hombres libres del mundo era justificada, sino que demostró a los mismos partidarios indecisos del capitalismo, que si en el campo económico la injusticia era un hecho, en el campo espiritual el régimen se había convertido o había provocado una verdadera catástrofe. ¿Quién, después del Tratado de Versalles, que haya tenido una significación como hombre libre, ha defendido al régimen capitalista? La Guerra, como se sabe, no es más que una movilización violenta, un desplazamiento violento de hombres, es decir, un desplazamiento violento del capital que se arroja sobre un mercado que no controla. ¿Quién, después del Tratado de Paz, ha aplaudido o se ha atrevido a sostener el régimen capitalista como bueno? Nadie, absolutamente ningún hombre que sienta en sí mismo la dignidad de la especie humana. Al contrario, la Guerra produjo una reacción espiritual tan profunda, conmovió tanto los espíritus, provocó un asco tal en los que ya odiaban el régimen, que una literatura copiosa que no cesa, sino que va en aumento, a medida que se ha tenido tiempo para pensar en lo espantoso del conflicto, demuestra que de todos los círculos sociales, de todos los rincones de la tierra, de todas las tribunas y en

todos los países, el grito castigando de una manera implacable al régimen capitalista ha dejado de ser la queja y la admonición de una sola clase social para transformarse en protesta airada del Hombre mismo.

Tales son las características, principalmente morales, que tiene el período que nos ha tocado en suerte vivir. Si nosotros, los miembros de la organización obrera, constituida principalmente para transformar el régimen burgués, no tenemos presente en todos los momentos de nuestra lucha el objetivo, el propósito para el cual nacimos; y si además, olvidamos cuál es el panorama de la tierra dentro del cual nosotros constituimos un punto, actuaríamos como sonámbulos, lucharíamos alejados de la realidad. Cuando hacemos consideraciones de carácter abstracto, cuando meditamos en los problemas de la hora, cuando analizamos el proceso histórico de Europa, de los Estados Unidos, de la América Latina y del Oriente, no estamos haciendo disertaciones inútiles, disertaciones pueriles, discursos estériles de mitin o conferencias de cátedra; estamos respondiendo a nuestro fin, estamos actuando como hombres responsables de la suerte de las masas organizadas para un propósito bien claro. Perder, pues, de vista el panorama general del mundo, olvidarnos de que somos composición del paisaje —si se quiere tomar espectacularmente el proceso histórico—; olvidar que somos parte del rebaño —si se quiere aceptar el vivir de las sociedades humanas como el paso de las muchedumbres a través del tiempo y del espacio—; olvidar que somos actores y no sólo jueces de lo que acontece en el mundo —adoptando una posición más de acuerdo con la realidad—, equivaldría a perder la base de nuestra conducta y, al mismo tiempo, el método indicado por la experiencia y por la ciencia, para poder valorizar nuestros propios actos por pequeños que parezcan.

Y pasando de lo que el mundo es, como aspecto, como panorama, o como ser que vive para propósitos definidos, al estudio de los problemas de nuestro país, ¿qué hallamos en él?, ¿cuáles son las características de nuestro momento?, ¿cuál es la fisonomía de la Revolución Mexicana?, ¿cuál es la balanza que podemos hacer de la situación? Nos interesa a los trabajadores mexicanos organizados hacer este análisis no sólo porque la realidad mexicana somos substancialmente nosotros, no sólo porque es nuestro propio hogar el que quizá esté en peligro, sino porque conocida o recordada la situación internacional, tendremos la posibilidad de conducirnos con mayor éxito.

México inició en 1910 una revolución con el objeto de derrocar un régimen político, social, económico y moral que había prevalecido por más de treinta años. En un principio, cuando se oyeron las voces románticas, generosas, suicidas si se quiere, pero limpias y conmovedoras de los precursores del movimiento, allá en el Norte, en la frontera con los Estados Unidos, las voces de Ricardo Flores Magón, de Gutiérrez de Lara y de otros muchos luchadores como éstos cuyos nombres acabo de pronunciar para hacer, en esta asamblea, un homenaje a su recuerdo; cuando además de estas voces autorizadas surgieron en otras regiones del país grupos de hombres ar-

mados, que merecieron inmediatamente del gobierno y de la prensa de la época, el mote de bandidos, porque carecían de tribuna y hasta de posibilidad fisiológica para poder expresar su pensamiento; cuando, al mismo tiempo, se manifestaba la inconformidad con el régimen, de un grupo muy pequeño de intelectuales en la ciudad de México, tratando de transformar la ideología imperante en los centros más altos de cultura; no sabía el pueblo como masa, como fuerza poseedora de un solo espíritu, qué se quería en concreto con la Revolución. Nuestro movimiento, a diferencia de la Revolución francesa, a diferencia de la Revolución rusa, que fueron movimientos organizados, presididos y guiados por intelectuales de gran capacidad, de una excepcional capacidad, fue una acción unánime, vigorosa, pero carente de rumbo preciso. Los grupos pedían lo que necesitaban desde luego: unos, tierras; otros, mayores salarios; un sector, el de la opinión de más ilustración en el país, libertad cívica, respeto al sufragio, libertad de palabra, libertad de acción. Los lemas se entrecruzaron en los combates; los programas truncos surgieron de todos los pechos en todos los instantes, en todos los momentos de acción, de disputa, de controversia, sin un plan coordinado; pero obedeciendo a un sentimiento único de inconformidad con lo pasado. Así se fue organizando la Revolución, hasta el momento en que ésta adquirió, gracias al empuje de la clase trabajadora, la característica de un juicio en contra del régimen porfirista y de una valoración del futuro, en el que la clase oprimida habría de ocupar el primer sitio en la economía del país y en la estimación social.

El pacto firmado por la Casa del Obrero Mundial con don Venustiano Carranza, Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, es el documento que explicará a la posteridad el meollo de la Revolución mexicana, su sentido profundo, su sentido de la tierra, como diría Nietzsche. Mientras no alcanzó esta expresión social, la Revolución no tuvo importancia trascendente. Reformar regímenes políticos para el fin de cambiar la técnica de alcanzar los puestos públicos, es acometer transformaciones que tienen importancia, como todo paso hacia adelante; pero que llegan a adquirir el influjo de las transformaciones que significan una subversión total de los regímenes de la vida económica, de los sistemas de la producción material. Por eso decía que este famoso pacto, olvidado por muchos y desconocido por la mayoría, es el documento que da carácter, que da aspecto teleológico a la Revolución mexicana. ¿Por qué? Porque en él se explica de una manera clara, terminante, el deseo de las masas trabajadoras de transformar de raíz el pasado.

La tierra debe ser una institución pública; la tierra no puede ser privilegio de nadie; la tierra debe ser una función social. La industria no debe ser, tampoco, profesión libre; la industria debe tender a realizar un beneficio colectivo. Estas ideas centrales del pacto con Carranza, no expresadas en la forma de definición que acabo de emplear; pero contenidas implícitamente en el documento, fueron objeto de una propaganda intensa desde la tribuna de la Casa del Obrero Mundial. Todo el mundo sabe en México que desde los primeros años en que el movimiento obrero se organizó, no había un solo miembro de un sindicato, por humilde que fuera, que no supiera bien la doctrina socialista, y que no pudiera analizar en cualquier momento

el valor de los acontecimientos del día. La organización obrera presentaba entonces el aspecto de un ejército integrado por generales, y lo era en realidad, porque todos sus miembros fueron líderes de sí mismos antes que líderes de masas futuras. Cada obrero fue entonces un maestro de la utopía del mañana y un constructor del porvenir. En esas condiciones, no había dudas: los principios eran firmes y la táctica de lucha, clara. ¿Cuál fue esa ideología, cuál fue esa táctica? La ideología fue la aceptación de un régimen social injusto; mejor dicho, la ideología se basaba en el reconocimiento de la injusticia social imperante. Conclusión de este primer postulado: la sustitución del régimen burgués por el régimen socialista. Táctica a emplear: la lucha de clases, la oposición de la clase obrera organizada frente a la clase capitalista. Esta tesis todavía es, por fortuna, la declaración de principios de las más importantes agrupaciones obreras del país; las constituciones de las asociaciones de sindicatos en México, comienzan con ella. Y consecuentes con la tesis, el principio de la inteligencia internacional de los trabajadores para obrar de consumo en el advenimiento de la nueva vida.

Y mientras esto ocurría con la clase obrera, el proceso de transformación del porfirismo seguía su curso. Desapareció el ejército porfirista; se organizó por los mismos que habían empuñado las armas un nuevo ejército, revolucionario, de hombres oscuros en su mayoría, y con algunos elementos de valer; pero sin experiencia política y con deseos, aparentes al menos, de transformar la situación. Estos y otros más fueron ocupando los puestos de dirección y de responsabilidad pública.

Durante muchos años la clase obrera no quiso intervenir en la lucha política. Desconfiada de lo que era en el mundo el Estado burgués, desconfiada respecto de lo que puede hacerse desde el gobierno de una nación, mientras no se transforme la nación misma en cuanto a sus métodos de trabajo y de conducta, la clase obrera, sin sospechar de los hombres salidos de la Revolución, sospechaba del éxito de esos hombres, porque veía que la estructura del Estado permanecía intacta, que estaba completa la estructura capitalista; y se abstuvo, no quiso intervenir en la política, no quiso compartir los puestos de responsabilidad. Sin embargo, esperaba que los hombres salidos de la Revolución realizaran algún día próximo el propósito interno del movimiento iniciado en 1910. Quería que el sentimiento humanístico que había lanzado a las masas a la lucha, se elevara a la categoría de preceptos obligatorios, de normas públicas, de leyes; esperaba que los revolucionarios realizaran la Revolución; que la tesis socialista fuera hecho y no palabra, que el sacrificio floreciera en una organización social nueva y fecunda.

Pero la clase obrera se equivocó. Se empezaron a dar tierras, sí; se empezaron a dictar algunas leyes de protección para los trabajadores; pero hasta ahí nada más. El régimen mismo, el sistema de la vida pública permanecía igual. Entonces un sector de la clase obrera, la CROM el núcleo más importante del proletariado del país, intentó realizar el esfuerzo por su cuenta; abandonó la teoría tradicional de la lucha sindical y estableció el principio de la acción múltiple, con el propósito de llevar sus hombres a los puestos públicos, para que ellos, poseyendo la máquina del Estado,

pudiesen transformar el viejo régimen, el sistema burgués mexicano. Esta decisión de la CROM creó el Partido Laborista, que despertó desde un principio en los militares y en los civiles directores de la cosa pública, una serie de enormes suspicacias: ¡la clase obrera mexicana se atrevía o quería gobernar! ¿Cuál era su programa? El programa político de la clase obrera mexicana era y es un programa hermético, unilateral, parcial socialista. No podía ser, por tanto, un programa simpático a los ojos de los hombres que no tenían ese punto de vista; porque para ellos la sociedad es algo más que la clase trabajadora. A poco andar el tiempo, empezó a levantarse en contra de ese partido de clase la ideología burguesa, la misma ideología liberal del siglo pasado: “La sociedad no es sólo la clase trabajadora. Un gobierno debe ser de todos y para todos”.

No voy a referirme a las contingencias de la lucha política, a los éxitos, a las derrotas, a los fracasos sufridos por el Partido Laborista Mexicano, porque esto desviaría indudablemente la atención del auditorio del punto central de mi disertación, y, además, porque me haría perder un tiempo precioso que deseo emplear, sin fatigar demasiado a los compañeros, en analizar la táctica de la lucha obrera frente a los problemas concretos del momento. Pero es necesario decir que aun en la época en que el Partido Laborista tuvo su mayor éxito, durante el gobierno del general Calles, nunca estuvo el gobierno de la República en manos de la clase obrera. Es menester declararlo especialmente ahora, porque en estos días en que se trata de señalar responsabilidades respecto del pasado, en relación con los derechos de la clase trabajadora, se lanza el ataque de que cuando los elementos obreros gobernaban en México, cuando tuvieron el gobierno en sus manos, nada hicieron por la clase trabajadora que decían representar. El régimen del general Calles fue un régimen burgués; el régimen de Carranza, fue un régimen burgués; el régimen de Portes Gil, fue un régimen burgués; el régimen de don Pascual Ortiz Rubio, es un régimen burgués. (Aplausos.)

Todos los regímenes habidos desde 1910 hasta 1931, es decir, todos los gobiernos de México durante la Revolución, han sido gobiernos burgueses. Lo mismo fue el porfirista, lo mismo fue el santanista, lo mismo fue el juarista, lo mismo que fue la primera Junta de Gobierno a raíz de la consumación de la Independencia. Nunca en México, jamás, ha habido un gobierno que no haya sido un gobierno burgués. Naturalmente que hay diferencia entre ellos; pero la diferencia no proviene de su ideología, ni de su estructura; proviene de su forma, cuando más de su intención.

Quede, pues, anotada mi observación de que jamás, en México ha habido un gobierno socialista, y de que nunca la clase obrera ha tenido en sus manos la responsabilidad de la cosa pública. Hemos participado en el gobierno a veces, sí, con el mejor deseo, con el propósito más vehemente de contribuir a la transformación del sistema capitalista; pero sin éxito. También es necesario declarar que hemos fracasado; hemos fracasado probablemente por nuestra ineficacia, probablemente por nuestra falta de preparación; hemos fracasado por muchas causas imputables a nosotros mismos; pero hemos fracasado principalmente porque hombres de la Revolución, los hombres surgidos de ella que no mantenían el criterio unilateral, proletario,

socialista, fueron hombres que en cuanto llegaron al Poder temblaron, vacilaron, dudaron, y para salvar su puesto se abrazaron a la derecha, al árbol burgués, en lugar de abrazarse al árbol de la izquierda, que era el de la causa del trabajador. (Nútridos aplausos.)

La clase obrera mexicana, independientemente de los motivos que han producido su división, sin tomar en cuenta las causas que a veces la separan, se encuentra en la actualidad frente a este problema: la Revolución se inició con dos leyes de garantías para el proletariado: la Ley Agraria y la Ley Obrera; pero no ha avanzado una pulgada después de estos dos primeros pasos. La Revolución hace mucho tiempo que está detenida, y está detenida porque no se hizo de ella un movimiento de transformación ininterrumpido. Fue un movimiento que empezó bien y que por falta de desarrollo, por falta de impulso, por falta de realización de su propósito, se fue esterilizando a sí misma cada vez más, hasta aniquilarse.

El régimen de los impuestos en México, es el mismo de hace cien años; se sigue todavía gravando al productor; todas las contribuciones que se pagan en nuestro país, pesan sobre el que trabaja, y éste ha sido uno de los puntos de mira más importantes del movimiento obrero mundial. Uno de los primeros postulados de la bandera socialista es la transformación del sistema tributario. Mientras el trabajador, al que se roba una parte de su esfuerzo, dado el régimen actual de la producción, todavía tenga que entregar, en forma de impuesto, una parte más de lo que él mismo ha producido, ese hecho demuestra que no estamos viviendo dentro de un régimen revolucionario. Los impuestos directos, en cambio, los que gravan los bienes de la comunidad, apenas se han iniciado en forma tímida, puesto que no han llegado a constituir sobre la materia ni la conducta ni la doctrina del poder público.

No hay tampoco, no ha habido un intento por limitar las fortunas. El régimen revolucionario, el régimen socialista, condena la abundancia que existe en unos cuantos junto a la pobreza y la miseria de las masas. Este postulado es un principio viejísimo del proletariado universal y de la clase obrera mexicana también, y, sin embargo, ¿qué hemos hecho para limitar las fortunas en nuestro país? ¿Qué leyes, qué disposiciones, qué sistemas hemos implantado con el fin de que no se mantenga ese desequilibrio injurioso de la fortuna, de la opulencia de un pequeño grupo frente a la miseria de la mayoría? No sólo no hemos formulado leyes con impuestos severos a las herencias y a las fortunas cuantiosas que el sistema burgués engendra, sino que para las fortunas rápidamente organizadas o adquiridas no hay impedimentos. Por desgracia muchos, hay excepciones, la mayoría de los hombres surgidos de la Revolución, están ricos, algunos son millonarios, en contra de la teoría, en contra de la bandera revolucionaria. (Aplausos.)

Tampoco hemos hecho nada en materia de organización de la producción. Vivimos, desde el punto de vista de la producción económica, ya se tome el fruto de la tierra o el de la industria de transformación, en el mismo ambiente, dentro de la misma anarquía que hace un siglo. Sigue imperando el criterio liberal, el criterio



individualista; se sigue sosteniendo que el dedicarse al comercio, al trabajo o la industria, es un derecho del hombre, un derecho intocable del individuo y que no hay cortapisas para esta acción, como no sea la de que la profesión elegida debe ser lícita; si no está prohibida por la ley, toda actividad debe ser protegida por el Estado. Pero, refiriéndome a algo más elemental, ¿hemos siquiera intentado, como en otras partes del mundo lo hacen, saber, investigar, estudiar en qué forma viven las industrias en nuestro país? ¿Conocemos, hemos analizado la política social de nuestras industrias, de las industrias ubicadas en la República? No hay ninguna ley, no sólo de orientación de la industria, desde el punto de vista económico y técnico, sino que tampoco existe ley de responsabilidad profesional respecto de los empresarios. Cada quien opera como gusta; algunos al garette, inspirados en su propio interés, en su ignorancia o en su sabiduría. El industrial radicado en México, el representante del capital extranjero que viene a nuestro país, sabe de antemano, o por lo menos llega con esa intención, que México es un país del trópico, un país de grandes perspectivas, como dicen los hombres de negocios, en donde se pueden obtener pingües utilidades. Por eso al venir a México cada quien obra como le place. Nunca se ha investigado, por lo mismo, cuáles son los intereses que en realidad devenga ese capital, cuáles las utilidades que obtiene. Y no obstante que todo mundo sabe que las ganancias de tales empresas han sido a veces fabulosas y excelentes en todo tiempo, el industrial de México es un empresario que siempre se queja de la situación: *“El momento es malo, el capital no produce, estamos viviendo sólo por no quebrar; es preciso que el gobierno nos ayude; es menester que la clase trabajadora haga un sacrificio para no perder su fuente de trabajo. Es preciso que esta industria, que es la vida del país, se mantenga y prospere, porque, ¿qué harían ustedes los mexicanos sin las industrias que les dan sus salarios? Es urgente salvarlas”*. Sin embargo, nosotros, los que tenemos experiencia de lo que es la vida económica de México, los que conocemos muy bien cuál es la psicología de nuestros industriales y cuál es su competencia técnica, de sobra sabemos que estas actitudes plañideras no son más que un ardid oriental para explotar o espantar a los hombres tontos o impreparados. Sabemos muy bien que en México, ante la ausencia de un plan de producción económica, ante la falta de métodos del Estado respecto de la economía nacional, los hombres que se dedican a la industria hacen fortunas enormes, y a veces los más audaces, los individuos de menos escrúpulos, llegan en su actitud hasta a robar a sus propios colaboradores, a los mismos individuos con quienes comparten su éxito. (Aplausos.)

Y si seguimos analizando, camaradas, qué cosa se ha hecho desde el punto de vista de los intereses de la sociedad, si pasamos lista a las medidas gubernativas tendientes a la transformación del régimen feudal, porfirista, capitalista y burgués, tendremos que llegar a la conclusión de que este régimen, según lo he afirmado y repito varias veces, permanece de pie, íntegro, completo. Y si la Revolución Mexicana, hecha para transformar el régimen porfirista, no lo ha tocado; si los hombres que la representan en el gobierno, no sólo no tienen el deseo de transformar el régimen, sino que aconsejan en momentos de crisis como el actual, orden, espera, paz, limitación de peticio-

nes, espíritu de sacrificio, ¿qué pensar? ¿Cuál es el porvenir de la Revolución? Y si, por añadidura, tomamos en cuenta el desbordante y casi incontenible propósito de los Estados Unidos de Norte América, aumentado después de la Guerra, de apoderarse de la América Latina, para su expansión económica y espiritual, y si no olvidamos que somos la primera fracción de ese mercado, tenemos que preguntarnos con desconsuelo cuál es el porvenir de la Revolución. Gobernantes que no tienen el deseo de transformar el régimen burgués, capitalistas yanquis que tienen el propósito de adueñarse económica y espiritualmente de nuestro país, ésta es la realidad, ésta es la verdadera situación mexicana. Quien quiera negar el hecho, miente. Es muy triste, es muy doloroso confesarlo; pero es cierto. Todo mexicano bien nacido, sea reaccionario, revolucionario, socialista, católico o protestante, tiene que lamentar que nuestro país tenga un porvenir, cuando menos en este momento, bien oscuro. Mis palabras, pues, no deben tomarse como censura a los gobernantes actuales; no me interesan las personas que están en los puestos públicos, ni hoy ni antes me han importado las personas físicas, algunas de ellas amigas mías, pues los problemas del proletariado y los problemas ideológicos nunca los he resuelto a la luz de la amistad de nadie ni a la luz de la enemistad de ninguno, como creo que el proletariado mexicano debe hacerlo también. El proletariado debe resolver sus problemas exclusivamente con ayuda de las ideas que el proletariado sostiene. Por este motivo, no me refiero a los hombres que ocupan los puestos públicos; no valen nada (aplausos), como tampoco nosotros valemos nada; ni ellos ni nosotros valemos nada para el país, si tratamos de hacer una valoración de la estructura de la sociedad mexicana. Somos valores tráfugas, ellos y nosotros, porque somos mortales; lo único que perdura a través del tiempo es la ideología, es la actitud que los hombres deciden tener frente al destino. Ellos tienen, por respuesta, una responsabilidad, y nosotros la nuestra: el tiempo nos la habrá de exigir. Lo que debemos ver, en consecuencia, es lo que ha sobrevivido de la Revolución, lo que ha sobrevivido del porfirismo y lo que puede vivir en el futuro, de una y de otro, dada la situación presente. La balanza es desconsoladora, y si ésta es, repito, la realidad, ¿cuál debe ser el papel del proletariado mexicano? Camaradas: ¿cuál debe ser nuestra actitud? En estos tiempos de crisis, se dice que es menester hacer sacrificios; que es preciso que todos los mexicanos nos unamos como un solo haz, como un "fascio", según diría Mussolini, con el fin de que con la cooperación de todos y de cada uno la nación se salve. Yo estoy de acuerdo en el principio, estoy de acuerdo en el propósito, sólo que he preguntado constantemente en qué consiste la unión, cuáles deben ser los sacrificios y hacia dónde vamos, y no he hallado respuesta.

Se realizó hace unos días una manifestación pública de carácter nacionalista. No pongo en sus organizadores mala fe, de ninguna manera; ciertos detalles ingenuos me demuestran la buena fe de ellos; pero se cree que consumiendo "artículos nacionales" se salvará al país, y sobre este error hay otro, que es el de no saber cuáles son los "artículos nacionales". Se cree que el concepto de nacionalismo es un concepto geográfico o es un concepto sentimental, olvidando que el concepto de nacionalismo económico,

es un concepto político. ¿Toda industria ubicada en el país es una industria nacional? Sí, dicen ellos. Yo niego. ¿Es industria nacional la organizada con capital mexicano? Por supuesto, se afirma. Yo niego. ¿Cuál es la industria nacional, por tanto? Yo digo que es la que sirve a la nación mexicana. La industria es un servicio público, no es el negocio de don Fulano, ni es tampoco la empresa de don Mengano. No importa tanto que el capital invertido en las industrias de México sea esquimal, ruso, japonés, francés o noruego, cuanto que ese capital se invierta para producir artículos que beneficien al pueblo de México. ¿Por qué hemos de comprar artículos producidos en México si éstos son más caros o de inferior calidad que los extranjeros? Yo, que vivo de un salario, compraré siempre el producto mejor en relación con el dinero que doy por él. Si un vestido de casimir inglés me dura cuatro años y el mexicano me dura un año, haré siempre el sacrificio y compraré casimir inglés; si los zapatos yanquis me duran tres veces más que los zapatos mexicanos, compraré los zapatos yanquis. ¿Por qué tener, pues, un concepto folklórico del nacionalismo? Y es curioso, por otra parte, que protejamos no sólo a las industrias que viven por el arancel, evitando la fácil competencia extranjera, sino que protejamos a las que no tienen competencia fácil y que sólo por estar en México tienen precios tan altos, casi prohibitivos, que no están al alcance de la mayoría del pueblo. El papel, por ejemplo. En México tenemos una fábrica de papel, es nacional el papel; sin embargo, es muy difícil publicar un libro como no sea con la ayuda del gobierno, y somos un pueblo de analfabetos. La lista de ejemplos sería interminable.

Es que ya lo ha cambiado todo el principio socialista; desde luego el concepto de la producción. No podemos llamar industria nacional a la ubicada en México; tenemos que llamar industria nacional, repito, a la que sirve al país; si la industria de Noruega sirve al pueblo mexicano, dado el standard de vida de nuestros trabajadores, la industria nacional será la noruega, no la establecida en México. Si la industria japonesa es una industria que puede, dado el salario de la mayoría de los mexicanos, favorecer al pueblo de México, ésa es la industria nacionalista, no es la industria protegida por el arancel y ubicada en México y que beneficia a unos cuantos privilegiados. (Aplausos.)

Proteger, pues, la industria nacional, la llamada industria nacional, sin modificar el régimen capitalista dentro del cual esa industria vive a sus anchas, no es más que proteger a un grupo de afortunados y aumentar la miseria de las clases trabajadoras. ¿No es monstruoso, compañeros, que los trabajadores del Ingenio de Los Mochis, Sin., el primer ingenio del país, o que los trabajadores del Ingenio de Atencingo, el segundo en su género, de la United Sugar Company y de la Jenkins and Company; no es monstruoso que los camaradas de estos ingenios no puedan comprar un kilo del azúcar que ellos mismos producen, porque representa el 33% de su jornal? El azúcar vale treinta centavos kilo y el trabajador gana un peso diario. ¿Esta es una industria nacional? ¿Puede llamarse nacional a esa industria por el solo hecho de estar en México? Y todavía más: para mantener ese precio alto, se queman los cañaverales y se exportan diez mil toneladas de azúcar a Cuba, en donde vale dos centavos el kilo.

He citado algunos ejemplos, porque es preciso llegar al fondo del asunto. No sólo vivimos y seguimos viviendo en el régimen feudal, burgués, porfirista, capitalista descompuesto. (Aplausos.) Porque aquél fue un régimen burgués típico, neto; el de hoy es un régimen porfirista con la apariencia de un régimen nuevo.

¿Cuál debe ser, vuelvo a preguntar, la actitud de la clase trabajadora? ¿Cómo habremos de salvar la crisis? En la actualidad, cuando una industria está en malas condiciones, apela a los obreros, a su espíritu patriótico: “¡Mexicanos, es preciso mantener las industrias del país! ¡Trabajadores, es preciso mantener las fuentes de trabajo!” Y muchos compañeros creen ingenuamente que concediendo, que accediendo a las demandas de los industriales, se resuelve la crisis. No se resuelve así la crisis, camaradas, porque mientras no transformemos la mentalidad político-social de los directores de las industrias mexicanas; mientras no transformemos la ideología de los responsables del Poder Público; mientras no hagamos leyes de responsabilidad técnico-económica; mientras no hagamos leyes de impuestos de acuerdo con el interés social; mientras no se corrijan los aranceles; mientras no haya una política social del crédito; mientras no exista un plan de las comunicaciones, que fomente la producción y no el turismo; mientras no se formule un programa científico de la producción agrícola; en suma: mientras no transformemos el régimen burgués, no será posible que el sacrificio de las masas, casi hambrientas, pueda transformar y salvar a la República. Eso es falso. (Prolongada ovación.)

Si el movimiento obrero mexicano fuese una sociedad mutualista, yo convengo en que la única actitud posible de la clase trabajadora sería la de la resignación ante lo imposible y ante lo inevitable. Si nuestro propósito al unirnos hubiera sido el de dar una moneda para enterrar a un camarada que fallece; si nuestro objeto hubiese sido el dar otra moneda cuando la mujer de un compañero va a tener un hijo; si nuestro fin hubiese sido el de restar una parte de nuestro salario para entregarla al camarada que enferma; si nuestro fin hubiese sido no transformar el régimen burgués, sino vivir lo menos mal dentro de ese régimen, sin intentar tocarlo, yo acepto que la única línea de conducta del proletariado sería la de transigir, transigir, transigir, como el que va a ser fusilado y que pide una tregua de unas horas para gustar un poco más de la vida o para emplearlas en la meditación. Pero no hemos nacido sociedad mutualista ni organismo contemplativo. No hemos nacido para incorporarnos en un sistema social organizado por otros y que nosotros tengamos que aceptar como bueno; hemos nacido, naturalmente, para ir viviendo todos los días, para ir capeando el temporal, como diría un marinero; pero, además, nacimos para transformar, para contribuir a transformar el régimen imperante. Si nosotros no tomamos en cuenta esta situación; si olvidamos en todos los momentos de la lucha que el trabajador tiene una doble misión: vivir, pero vivir de tal modo que su vida contribuya a la transformación del régimen capitalista; si lo olvidamos y por nuestro afán de vivir todos los días contribuimos a que el régimen se afiance, *en lugar de hacer una labor revolucionaria, sólo habremos hecho una labor de acólitos del régimen capitalista.* (Aplausos.)

Muchos se ríen de nosotros, sobre todo nuestros enemigos, los que se sienten ilustrados. “Sí —dicen—, cuando oímos hablar a Lombardo Toledano o a cualquier otro de estos directores de las organizaciones obreras, nosotros pensamos que, dado el calor con que se expresan y los anatemas con que señalan la conducta de muchos, la sociedad se va a derrumbar. Sin embargo —comentan, con una ironía que quiere ser profunda y sabia—, no pasa nada. Son pobres ilusos, románticos, idealistas.” Esto nos dicen, cuando nos califican con bondad. En otras ocasiones, declaran: “Son líderes desprestigiados, fracasados, que quieren vivir de los obreros”. Yo soy quien los compadece: dudan de nuestra fuerza moral, porque ellos no la tienen. Esa gente no tiene fe en el ideal, como nosotros, porque nunca ha tenido un verdadero ideal. Esa gente cree que teniendo el Poder Público en las manos y el Ejército y el dinero, se puede permanecer impunemente en el tiempo y en el espacio, y se equivocan. (Aplausos.) Nosotros nacimos desarmados y vivimos desarmados; todo el mundo lo sabe. No tenemos tampoco dinero que oponer a la fortuna de la Nación; no administramos el Tesoro Público. Estamos inermes en el sentido literal del término y pobres por la cuantía de nuestra fortuna metálica; pero en cambio, ¡qué grande es nuestra fuerza espiritual, qué enorme es nuestro destino, camaradas! Y los que duden todavía de la eficacia del ideal frente a la fuerza aparente de los magnates políticos y de la fuerza contundente de las bayonetas y del poder del dinero, que compra conciencias y hace la felicidad material de algunos hombres, que repasen en su memoria los episodios más grandes de la humanidad. ¿Quiénes han hecho los movimientos que han transformado la ideología y la estructura de los pueblos?

No fueron los hombres calculadores de la situación. Los reformadores, los revolucionarios, los que han subvertido a las sociedades humanas, han sido los que no han tenido más fe que en el valor del ideal. La idea, cuando es justa y se ha sentido dentro y se ha lanzado a actuar, traspasa todo, derrumba todo, todo lo allana, adereza todos los caminos, amplía todas las sendas y construye todo lo que es posible y capaz de construir el hombre.

No nos da pena, pues, presentarnos como idealistas, como sostenedores de utopías frente a un momento de crisis.

Hace unas noches, el 18 de julio, comentaba yo con unos amigos la obra de Juárez. Yo decía que el juarismo está muerto, bien muerto como doctrina política. ¿Quién cree ya en la libertad abstracta del hombre? ¿Quién cree en el individuo como única realidad social? ¿Quién cree en la soberanía de entidades políticas y en la bondad de los frenos y contrafrenos como sistema de gobierno? ¿Qué es, por tanto, lo que sobrevive de la obra de Juárez? Un principio para mí es el único que sobrevive: el reconocimiento del derecho inmanente del pueblo de darse la forma de gobierno que le plazca; esto respecto de la obra jurídica; pero hay algo de Juárez que sobrevivirá eternamente: *su ejemplo moral*. (Aplausos.)

La Revolución de Reforma se inició y se desarrolló en condiciones mucho más difíciles que la Revolución maderista. *El pueblo siguió a Madero en masa; el pueblo*

*no siguió a Juárez en masa. En un principio el pueblo estaba con los conservadores, como todo el mundo sabe. Un pequeño núcleo de hombres preparados, virtuosos e impenitentes, enamorados del ideal, hicieron de la utopía una bandera, la propagaron sin descanso y en el curso de los años el ideal de unos cuantos se convirtió en el ideal de las masas. Pero, para llegar a este fin, ¡cuántas veces tuvo Juárez que huir y aun que mendigar el pan extranjero! Su obra, por eso solo, es la obra de un gigante. Lo que Juárez nos enseñó es que la táctica de lucha en los momentos de crisis consiste en no transigir, en no traicionar la causa.* (Aplausos nutridos.) Este es el mayor servicio cívico que nos ha hecho el indio de Oaxaca. Por eso, camaradas, no debemos sentirnos solos en la consecución del ideal; no compartimos solos la creencia en el poder de la fuerza moral y de los programas que han de salvar a México en el futuro. Por lo menos en nuestra propia lista de hombres grandes de verdad, tenemos un ejemplo de luchador y de intransigencia espiritual: contamos con un maestro de idealismo.

¿Cuál debe ser, camaradas, repito una vez más, la conducta del proletariado organizado, si por una parte se ha vuelto a la derecha, que equivale a caminar hacia atrás, y por otra parte nos amenaza el yanqui como nunca y muchos desconfían de la fuerza de los grandes programas? La contestación única, la respuesta única que debe brotar de labios de un miembro consciente y sincero del proletariado mexicano es ésta: contribuir vigorosamente, dentro de los medios de táctica de lucha de la clase obrera, a la transformación del régimen burgués. No puede ser otro el camino. Mentira que nosotros podamos vivir y preparar una situación mejor para nuestros hijos si transigimos, si constantemente estamos de acuerdo en las transacciones y si *por mantener el mendrugo de hoy vamos a privarnos hasta de la brizna del pan de mañana.* Es mentira, camaradas, es mentira que sigamos un camino claro para el porvenir; es mentira que estemos sobre un camino cierto, sobre un terreno firme, si nosotros mismos contribuimos a que las cosas se oscurezcan, a que el horizonte se empeñe. ¡El camino, camaradas, está a la izquierda; es el único camino de salvación! (Aplausos.)

Todo el mundo sabe que yo no soy comunista, y no soy comunista porque me ligue a los que temen al comunismo; yo no le temo, como no le temo a ninguna idea generosa, a ninguna idea nueva. No soy comunista, como ustedes tampoco, sólo porque creemos que la táctica de lucha del comunismo en México sería una táctica que fracasaría. Sin embargo, yo digo que el camino está a la izquierda, no a la izquierda comunista, ni a una izquierda que vamos a inventar; a la izquierda que tenemos impresa, pero olvidada, en *los estatutos de nuestros gremios obreros de México.* No vamos, pues, a crear nada nuevo, camaradas; no vamos a revelar una cosa desconocida. Es la izquierda con la que nacimos; pero que hemos cambiado en derecha, y sería preferible, para que se acaben las tentaciones, si fuere preciso, desde hoy arrancarnos la derecha, para no ser mancos de izquierda. (Aplausos.)

Para concluir, camaradas (no deseo cansar más a la asamblea), ¿qué valor tiene el Informe de la Unión Linotipográfica, después de todo lo que he dicho? Los compañeros de la Unión manifestaron su inconformidad con los procedimientos empleados

para concluir con la huelga de *Excelsior*. Lo que yo he inferido del descontento de los componentes de la Unión Linotipográfica, es que prefieren que se pierda una huelga, que se llegue al sacrificio de verdad, serio, antes que manchar los postulados obreros y contribuir a que el régimen burgués se fortalezca y perdure en nuestro país. Por eso la indignación de los compañeros al decir: “¿De qué nos sirve obtener cien o más pesos, si ese dinero lo hemos conseguido a base de triquiñuelas de abogado, a base de transacciones de ideología, a base de pasos atrás en el terreno de la ética de lucha preconizada en nuestra Constitución? Es como si dijese un padre de familia necesitado de alimentos, como sus hijos, ante una suma de dinero que le llevara la hija que salió a la calle: ¿De qué me sirve, hija, que mitigues mi hambre y mi sed y la de tus hermanos, si te has prostituido?” (Aplausos.)

Cuando hay gestos como éste de la Unión Linotipográfica; cuando hay gestos como el de los estibadores de Acapulco a quienes se les ha arrebatado su trabajo sólo por pertenecer a la CROM y que vendieron ya sus casas, sus pobres chozas de pescadores, y ayer me decían en una carta que van a vender una máquina de coser que es lo único que queda en uno de sus hogares, y un bote de remos, para poder seguir luchando, pero que no transigirán con sus derechos legítimos, inatacables; cuando hay gestos como éstos en México, uno debe enorgullecerse, camaradas, de pertenecer al proletariado mexicano. (Aplausos nutridos.)

*¡El camino está a la izquierda!* El camino consiste en llegar a un régimen mejor que el actual. Yo preferiría que en este momento hubiera un régimen burgués, claro, terminante, definitivo, fuerte; sabríamos siquiera a qué atenernos. No hay peor manera de acabar con el empuje místico de los grandes movimientos populares, que simularlos. Por eso los peores enemigos de los partidos socialistas en el mundo, son los partidos socializantes. No hay peores enemigos del proletariado mexicano que los que se dicen ser amigos de él y no lo son; porque establecen la confusión y la duda y algunos llegan a creer que es bueno transigir y esperar el momento propicio. El único momento propicio para transformar un régimen social, es el momento en que se tienen deseos sinceros de hacerlo. No hay otro. Las transformaciones siempre son propicias.

*Las esperas, cuando en el ánimo de todos está el anhelo de una transformación, son claudicaciones.* (Aplausos.)

No quiero referirme, camaradas, a la parte técnico-jurídica de este informe. Yo, abogado, no quiero referirme a ese aspecto, porque la clase trabajadora tiene algo más importante que hacer que la interpretación de los artículos de las leyes tuertas, de las leyes llenas de lagunas o de los convenios escritos. El proletariado mexicano debe tener más fe que en la interpretación casuística y jurídica de las leyes, en la interpretación de la conciencia pública y, al mismo tiempo, en su sentido de responsabilidad revolucionaria.

Felicito a la Unión Linotipográfica. Felicito a todas las agrupaciones de la Alianza de Artes Gráficas por mantenerse unidas, independientemente de los criterios que se sostengan frente a su porvenir.

Yo lo único que quisiera es que los camaradas que al margen de un problema como éste, lanzan ataques y hablan de responsabilidades pasadas, futuras y presentes, viesen que por encima de los intereses y equivocaciones de otros, está su sentido de responsabilidad de obreros socialistas. Si eso llegaran a sentir todos y no claudicaran, el porvenir sería inmediatamente nuestro; pero, por fortuna, los que claudican son muy pocos.

Yo creo, camaradas, que en el momento mismo en que la clase obrera actúe a la izquierda, desde ese mismo momento empezará, aunque sea tarde, a constituir una realidad la Revolución mexicana. (Prolongada ovación.)



## Máximas para los revolucionarios mexicanos

1. Amarás la vida intensamente, no por lo que ella es, sino por lo que debe ser mañana.

2. Vivirás siempre pobre. Sólo tomarás de los bienes materiales que te rodean la parte necesaria para satisfacer tus exigencias biológicas y para ensanchar tu cultura y para alimentar y educar a tus hijos; lo demás pertenece a los que tienen menos que tú.

3. Al concluir tu jornada, por larga que haya sido, ten el remordimiento de no haber hecho por la causa a la que sirves, todo lo que deberías haber realizado.

4. Nunca olvides que la moral que guía tus actos te coloque a ti en el último lugar de tus afanes.

5. No pierdas ni un minuto de tu tiempo en cosas pueriles. Ni en las horas dedicadas al descanso puedes olvidarte de la grave responsabilidad que tienes contraída.

6. Sé sobrio en todos los placeres. Los instintos son como los perros: se les puede educar para morder o para callar. El revolucionario debe vivir constantemente acuartelado en su interior, como los soldados listos para la acción inesperada.

7. No veas nunca la vida a través de las personas con quienes tratas: son meros accidentes en tu camino. Juzga siempre a los hombres y los hechos sociales en relación con el proceso general de la historia.

8. Que no entorpezcan tu labor ni la calumnia ni la intriga ni el desprecio de tus enemigos, y que no te envanezcan ni la lisonja ni el aplauso de los que parecen estimarte: tú no luchas por ti ni por los que te rodean; trabajas en realidad por gentes que no han nacido aún y que probablemente ignorarán quién fuiste.

9. Si por circunstancias de la lucha ocupas puestos de responsabilidad, de cualquier índole que sean, trabaja en ellos con la pasión que se pone en las obras que duran toda la vida; pero vive siempre con la maleta al lado, para dejarlas en cualquier instante en que tu permanencia en ellos sea un obstáculo para tu convicción.

10. No gastes tu energía ni la ajena en batallas estériles; pero cuando sea preciso actuar emplea toda tu fuerza en la obra hasta el fin, sin importarte las consecuencias personales que tus actos puedan producirte.

11. El revolucionario es un hombre que vive anticipadamente el porvenir: acúsate a ti mismo de miopía o de egoísmo si no hallas en la misma lucha la compensación de tus privaciones y sufrimientos.

12. Desprecia al burgués por convencimiento de la inutilidad de su vida, no por impotencia de no ser como él: hay muchos virtuosos que no han prevaricado por no haber tenido la oportunidad de hacerlo.

13. Para propagar con éxito la visión de una nueva vida, antes necesitas vivirla en ti mismo. Sin la posesión anticipada de una nueva verdad, la prédica resulta moneda falsa que nadie toma.

14. Habla siempre con claridad y con sencillez. Los discursos floridos sólo gustan a los afeminados; únicamente la verdad expuesta con lógica convence a los hombres.

15. No confíes en el poder de que disfrutes en un momento dado; no se debe a ti, sino a un conjunto de factores que quizá no hayas advertido. No olvides que en el instante en que dejes de ser útil tendrás que desaparecer. Si te empeñas en conservar tu situación, perecerás arrastrado por los mismos que constituían tu apoyo más firme.

16. El peor error en que puede incurrir un revolucionario, es el de creer que forzosamente durante su vida personal debe realizarse el ideal por el que lucha. No olvides que el hombre es sólo el acelerador del destino histórico, y que lo mismo cometes un delito contra tu causa regateando tu acción renovadora, que pretendiendo precipitar inútilmente los hechos que han de venir más tarde.

17. Mientras no se cumpla tu ideal, vive en inconformidad perpetua y en acción apasionada y permanente.

18. A lo más a que puede aspirar un revolucionario verdadero, es a que digan de él, cuando haya desaparecido: fue un hombre.

## La edad de la Revolución Mexicana

Nació en 1910. Empezó a definirse en 1915. Prematuramente se hizo gobierno en 1917. En nuestra época comienza a tener sentido histórico trascendental.

Ayer cumplió veinticuatro años de edad física; pero se trata de un caso de retraso mental, común en los organismos humanos.

La ignorancia del pueblo; la falta de intelectuales desligados del porfirismo y con visión del porvenir; la ausencia de un programa claro y concreto para construir un México opuesto al pasado, desde el punto de vista material y moral, desviaron a los diversos elementos de la Revolución durante un lustro hacia la tarea infecunda de disputarse el dominio del gobierno. En el rigor de la lucha uno de los bandos vislumbró que el problema del país era un problema económico antes que político y que las masas tenían hambre sin importarles gran cosa el derecho del sufragio. Este bando fue el que venció al otro que no llegó a entender el drama social cubierto por la maleza de la oligarquía porfirista, de raíces profundas.

Pero el error de los vencedores consistió —error no imputable completamente a ellos por las causas ya anotadas— en creer que sin transformar la estructura económica de la nación y reafirmando en su Carta constitutiva los defectos del régimen individualista y liberal, podrían las masas desheredadas vivir tranquilas con la restauración de algunas instituciones como el ejido y con el advenimiento de otras nuevas, como el sindicato, la jornada de ocho horas y la huelga.

Promulgada la Constitución de 1917, la Revolución perdió su carácter de fuerza destructora del régimen contra el cual surgió y se convirtió en fuerza organizada jurídicamente para realizar el contenido de las flamantes instituciones sociales. Es decir, dejó al porfirismo intacto como sistema de gobierno y como régimen económico, y se propuso calmar el hambre de la clase trabajadora con una ración más de pan.

Los pueblos tienen ilusiones y alucinaciones como las personas: convaleciente de la larga y sangrienta lucha interna, creyó el nuestro en la eficacia de los Artículos 27 y 123 de la nueva Constitución, y esperó.

Los últimos catorce años le han servido para convencerse de dos cosas importantes: de que la Revolución no se ha hecho y de que la Revolución debe hacerse. No se

---

*El Universal*, 31 de agosto de 1934.

ha hecho porque la apropiación individual de la riqueza sin límites subsiste, como base de la sociedad mexicana; porque las hondas diferencias de fortuna que separaban a las clases sociales durante la Administración de don Porfirio Díaz, se mantienen aún con el mismo aspecto de ayer y con las mismas consecuencias morales y políticas; porque las vacilaciones constantes en cumplir con las pequeñas garantías legales con que cuenta el proletariado, han llegado a convencer a la clase patronal de que el Estado de México no ha sido hasta hoy su enemigo; porque muchos de los hombres que han detentado el Poder durante la vida de la Revolución, han incurrido en los mismos vicios de los favorecidos por el porfirismo, enriqueciéndose y negando con su conducta el valor de sus discursos llenos de anatemas contra la reacción; porque en el aspecto nacionalista —entendido como oposición activa contra el imperialismo—, la Revolución no sólo no ha hecho de México un país con autonomía propia, sino que ha aumentado los lazos de dependencia que históricamente nos atan a la poderosa nación del Norte.

La Revolución debe hacerse no sólo porque ha sido sacrificio y promesa, sino porque es condición para el bienestar de la inmensa mayoría; porque sin apoyar la producción agrícola en el trabajo de los campesinos organizados y dueños de la tierra, la hacienda destruirá al ejido y restablecerá al peonaje bajo nuevas formas, pero con igual resultado que ayer; porque sin la revisión de la estructura de la industria manufacturera, seguirá el pueblo manteniendo fábricas de productos fuera de su alcance, para beneficio exclusivo de sus propietarios; porque sin reglamentar y poner condiciones al capital extranjero invertido en las industrias de materias primas y en la industria pesada, jamás existirá la posibilidad de una industrialización del país para provecho de su pueblo; porque sin socializar los transportes éstos seguirán siendo un lastre para las finanzas públicas y un estorbo para la reorganización de la economía nacional; porque sin obligar al crédito público y privado a servir los intereses de las mayorías, la producción individual será el rival victorioso de la economía de las comunidades y de las organizaciones de trabajadores; porque sin subvertir los términos del régimen actual de los impuestos, gravando la parte del león del capitalista y librando de cargas al salario, el trabajo productivo seguirá siendo un esfuerzo casi gratuito y estéril hasta para engendrar nuevos parias; porque sin impuestos progresivos que completen el sistema de las contribuciones directas y obliguen al capital a reintegrarse a la comunidad de que surgió, las diferencias económicas entre los individuos mantendrán la causa más importante de la lucha de clases y de la miseria y de las privaciones de las masas; porque sin escuelas numerosas y gratuitas que orienten a las nuevas generaciones hacia un mundo mejor, al llegar a la juventud en cada individuo brotará un nuevo contrarrevolucionario; porque sin gobernantes honestos que tengan el poder de conducir al país, apoyados ante todo en la autoridad moral de una conducta sin tacha, el sentimiento ingénito en nuestra raza de oposición a todo lo que del Estado proviene, hallará una justificación plena y producirá un desprecio sistemático del pueblo para la obra gubernativa.

Convenir en que la Revolución debe hacerse, es el éxito más grande que ha logrado la Revolución hasta hoy. Porque esto significa que se ha hallado, al fin, el camino, y que se tiene el propósito de recorrerlo para alcanzar su término.

Mentira que lo que más disgusta a los capitalistas inteligentes es la amenaza de un nuevo régimen de la propiedad. Lo que los desconcierta y subleva es la ausencia de un régimen definido. El capital de "manos muertas" es ya inconcebible en este tiempo: la riqueza está hecha para consumirse o para seguir creando bienes. Lo que hace huir al capital es la falta de una norma, de un orden, cualquiera que sea. Un país sin capital puede crearlo si se organiza bajo bases de justicia y de alta visión histórica. Un país sin programa y dividido por el desenfreno del lucro individual, puede destruir la fortuna propia y la ajena, como un horno que calienta a una caldera de la que escapa el vapor por todas partes.

La Revolución ha nacido a la edad de veinticuatro años. El hecho no es insólito en la historia. Rehabilemos su pasado haciéndola vivir en lo sucesivo sin soluciones de continuidad. Nuestros hijos recogerán sus primeros grandes frutos. Pero para ello es preciso que los hombres de gobierno sean en sus personas la realización de sus palabras.

Porque lo que México necesita con urgencia es una rehabilitación moral.

## Lo que vive y lo que ha muerto de la Constitución de 1917

Miles de niños y de jóvenes alumnos de las escuelas juraron ayer, en un acto solemne, la Constitución de la República, con motivo de su XVIII aniversario. El hecho, unido a las recientes reformas sufridas por la Carta Política del país, así como al debate casi permanente que en los últimos años ha provocado su contenido, que se trata de equiparar por muchas personas al programa socialista, obliga a todo mexicano interesado en los problemas nacionales a valorizar la Constitución y a reflexionar sobre su porvenir.

Cuando fue promulgada la Constitución se desató en su contra una andanada de inectivas a cual más hiriente y certera, en apariencia, tratando de demostrar dos cosas importantes: que el nuevo estatuto del país era un conjunto híbrido de disposiciones que desnaturalizaban el carácter propio de una constitución, por lo que fue apodado el “almodrote de Querétaro”, y que por algunos de sus principios era atentatorio de la propiedad privada y representaba una amenaza seria para la inversión del capital extranjero en México. Los autores de esta crítica se reían, como técnicos del derecho, de la flamante Carta y se espantaban, al mismo tiempo, como buenos ciudadanos, ante la tempestad que iba a desencadenar el nuevo régimen jurídico sobre toda la nación. (Véase, por ejemplo, el libro de Jorge Vera Estañol: “Al Margen de la Constitución de 1917”. Wayside Press. Los Angeles, 1920.)

Las constituciones de las naciones creadas por la guerra y las que reemplazaron a las anteriores en los países que sufrieron cambios trascendentales en su organización interior, también debidos al conflicto armado, dejaron sin su primer argumento a los enemigos de la Constitución de 1917. En todas ellas el legislador se apartó del concepto tradicional de la forma y de la materia de las normas constitutivas de una nación. En cuanto al temor de que el capital extranjero se ahuyentara de México por los términos de su nuevo estatuto, la estadística demuestra que de 1917 a 1934 las inversiones de extranjeros en nuestro país aumentaron en muchos millones de pesos.

El teórico de la forma romántica de las constituciones, Ferdinand Lassalle, decía en uno de sus célebres discursos en la Asamblea de Berlín de 1862, que los textos constitucionales no hacen más que evidenciar la relación de fuerzas que existen en

---

*El Universal*, 6 de febrero de 1935.

un país entre la reacción y la libertad. (B. Mirkin-Guetzevitch, en su estudio preliminar de la obra: "Las Nuevas Constituciones del Mundo". Espasa. Madrid, 1931. Pág. 15.) El mismo pensamiento, expresado en forma diferente, llega a esta definición, que podría llamarse clásica: "una constitución es aquella carta fundamental que determina: a) la estructura o composición interna del Estado; b) la organización, funcionamiento y relaciones de sus poderes; y c) las corrientes jurídicas que se desarrollan entre el Estado y sus miembros, cristalizados en la llamada declaración de los derechos y libertades del hombre y del ciudadano". (Carlos García Oviedo: "El Constitucionalismo de la Postguerra". Sevilla, 1931. Pág. 1a.)

La base en que se apoya esta teoría es la creencia en que la estructura de un país radica en su régimen jurídico y el derecho es una categoría social superior a los intereses materiales y circunstanciales de la sociedad. Así, el Estado resulta ser una institución que tiene por fin realizar el derecho, y el derecho un conjunto de normas que tienen por objeto proteger la libertad del individuo; es decir, la doctrina de los publicistas del siglo XIX consiste en buscar la sanción de la ley para la ética burguesa que crea la entelequia del hombre, en abstracto, a la cual supedita todas las instituciones sociales, reduciendo para siempre la función del Estado a salvaguardar las actividades de los individuos, sin intervenir en ellas, y la órbita del derecho a mantener el intercambio de los servicios de las personas físicas, sin pretender alterar este régimen.

Fetichismo, al fin, como otros tantos, la creencia en el derecho como norma super-social ha quedado destruida para siempre. No es el Estado una institución organizada para realizar el derecho, ni éste es la expresión de verdades eternas o de anhelos permanentes, ni el individuo es la base y el objeto de las instituciones públicas. El derecho es medio y no fin, es instrumento, no estructura de la sociedad: el orden verdadero de la comunidad humana radica en la forma que adopta la producción, en la forma en que la producción se aprovecha, en el sistema, en suma, de la propiedad. De aquí que, en el fondo, la Constitución de un país no sea sino la expresión del régimen de la propiedad que quiere protegerse, y el derecho un instrumento de dominio de la clase propietaria.

Por eso en nuestra época parece existir, más que en ninguna otra, un divorcio notable entre la ley y la realidad, entre la democracia y la eficacia. En efecto, perdida la fe en las libertades cívicas sin sustento en la libertad económica; descubierta la contradicción que encierra la libre concurrencia al organizar los monopolios como resultado inevitable del entendimiento entre quienes persiguen el lucro; comprobada la inutilidad de la obra parlamentaria, por la complejidad de los problemas sociales y por la rápida y férrea decisión que requieren; suprimidas, de hecho, las contiendas electorales, como consecuencia del predominio de los partidos que mayores garantías ofrecen a la clase dominante, hasta identificar al Estado con un solo partido político; las Constituciones de sello liberal e individualista se parecen a los retratos de nuestros abuelos, a los cuales sólo dedicamos una mirada indiferente o una sonrisa insubstancial cuando pasamos frente a ellos.

Jurar, en estos tiempos, el cumplimiento de una Constitución liberal, equivale al perjurio. Lo único que puede y debe prometerse es la reforma radical de las Constituciones de ese tipo. Y la reforma presenta dos perspectivas: la de servirse del derecho como instrumento en favor de la clase proletaria, o la de emplearlo en apoyo más directo de la clase capitalista. Lo cual significa que los gobernantes, apremiados por la necesidad de renovar las normas de la vida pública, para no trabajar al margen de la ley, deben decidirse por utilizar al Estado para acallar la rebeldía de las masas o por usarlo destruyendo el régimen jurídico tradicional.

Pero es aquí en donde surge el problema. Harold J. Laski, el conocido profesor de la London School of Economics and Political Science, asido aún a la doctrina democrática, dice, sin embargo: "el malestar de la democracia representativa se debe al hecho de que las clases gobernantes se niegan a modificar en desventaja suya las características esenciales de la sociedad capitalista. Esa negativa sólo puede mantenerse sobre la base de que sean capaces de lograr mejoras económicas en medida y con un ritmo suficientes para satisfacer las peticiones de los trabajadores. Semejante capacidad es imposible dentro de las condiciones modernas. Porque depende de que la sociedad capitalista pueda también realizar sus pretensiones sin tropezar con el obstáculo constante de fines no económicos... En suma, se ha llegado a un momento en que se pide a la democracia representativa que resuelva el problema realizando, paralelamente su posición de predominio, consiguió, una igualdad económica correspondiente. Para lograrlo por medios constitucionales, tiene que pedir a quienes detentan el poder económico que abduquen voluntariamente su posición de predominio. Una petición tan preñada de consecuencias de largo alcance no suele ser bien recibida; y es indudable que a la mayor parte de aquellos a quienes va dirigida, les parece un intento de echar abajo los cimientos naturales del orden social. Tienen de su parte las fuerzas coactivas, y desde el punto de vista psicológico es fácil comprender que se encuentren dispuestos a luchar antes que ceder". ("El Malestar de la Democracia." Rev. *Leviatán*. Madrid, diciembre de 1934).

En consecuencia, sólo el divorcio franco entre los gobernantes que presiden los regímenes políticos de tipo democrático y liberal, y la clase poseedora de la riqueza, puede hacer posible una reforma constitucional en ayuda de un nuevo orden económico. Sólo la lucha. Sin la lucha la única reforma constitucional posible lleva directamente al fascismo.

Expuesto lo anterior, cabe preguntar: ¿qué vive aún y qué ha muerto de la Constitución de 1917?

En la imposibilidad de explicar en un solo artículo la eficacia de nuestra Carta Política, me limitaré a enunciar lo que a mi juicio perdura de ella y lo que pertenece al pasado o a la literatura jurídica.

Ha muerto el sufragio universal por la excelencia de un partido político vinculado legalmente al Estado, que monopoliza la función representativa.

Ha muerto el régimen legislativo democrático, por estar supeditados todos los miembros del Congreso al Partido de Estado.



Ha muerto la soberanía de las entidades que integran la Unión mexicana, por depender la vida política de ellas de los acuerdos del Partido único.

Ha muerto la autonomía del Poder Judicial al depender el nombramiento de sus componentes del Ejecutivo y al pertenecer al Partido de Estado.

Ha muerto la libertad individual económica y se ha concentrado la riqueza en manos de un grupo cada vez menor de mexicanos y de extranjeros.

Vive el principio del respeto y de la protección a la propiedad privada.

Vive el propósito de hacer pequeños propietarios a los campesinos que trabajan como asalariados.

Vive la tendencia a hacer del obrero un jefe de familia que lleve una vida humana y socialmente útil, sin perder su carácter de asalariado.

Vive la finalidad de nulificar a la Iglesia como institución de fuerza temporal y espiritual.

Resumiendo: de la Constitución de 1917 queda en pie el principio inmanente de la soberanía popular, la fuerza acrecentada del Poder Ejecutivo de la Unión, la negación de toda acción política que no se sume al Estado, y la protección del Estado a la propiedad privada. Lo demás ha muerto.

Pero hay un síntoma de renovación: el Artículo 3º reformado. Según este precepto la enseñanza en las escuelas será socialista. Y no hay sino un solo socialismo: el que tiende a la desaparición de la propiedad particular, a la colectivización de la propiedad. O se declara en la ley reglamentaria del Artículo 3º que el socialismo a que éste se refiere es un socialismo cristiano o fascista que respeta la propiedad, en cuyo caso la Constitución reafirma su finalidad burguesa, o se declara la connotación exacta del término socialismo. Entonces lo que procede es reformar los otros artículos de la Constitución. De otra suerte sería absurda la posición del gobierno al preconizar, en teoría, la desaparición del régimen capitalista, y al mantener y proteger, al mismo tiempo, las bases de ese régimen.

Así lo había previsto el proletariado al pedir la reforma del Artículo 3º.

## La bandera mexicana y el proletariado

Nos llaman traidores a la Patria. Analicemos qué es la Patria. ¿Desde cuándo ha de contarse la Patria Mexicana? ¿Cuándo surgió aquí, en esta región del territorio de América? ¿En 1821, o antes? ¿En 1857, o antes? ¿En 1910, o antes? ¿Quiénes la formaron? ¿Los indios? ¿Solamente ellos? ¿Los españoles agregaron algo a la Patria anterior, o crearon una nueva Patria? ¿Las guerras con el extranjero contribuyeron a crear la Patria Mexicana que no existía? ¿La dividieron, si era fuerte? ¿La destruyeron, si era débil? ¿La invasión yanqui del cuarenta y siete, qué repercusión tuvo en la Patria Mexicana? ¿La invasión de los soldados de Napoleón III en qué forma contribuyó a que la Patria cuajara, o a que la Patria rodara, o por lo menos vertiera sangre por sus heridas? ¿Cuándo nació la Patria? ¿Quiénes la hicieron? ¿Qué fisonomía ha tenido en el curso de nuestra evolución histórica, y cuáles características tiene hoy? ¿Quiénes la detentan? ¿Quiénes la sufren? ¿Quiénes la disfrutan? ¿Quiénes la lloran? ¿Quiénes la cantan? ¿Cuál es esta Patria de diecisiete millones de habitantes en un vasto territorio casi despoblado?

Antes de la llegada de Hernán Cortés no había Patria, en el sentido de una unidad, de una sola comunidad de hombres asentada sobre un territorio único. Ya antes de la llegada del blanco a la América, en esta porción del continente había un imperio que vivía en la región de los lagos, que tuvo por núcleo la ciudad de Tenochtitlán y que sojuzgó a todos los pueblos del vasto país de costa a costa, de norte a sur, hasta donde pudo llegar su ejército sin el peligro de una derrota. Por eso fue fácil la conquista. Porque el español contó con el odio de los totonacas, de los tlaxcaltecas, contra el imperio de Anáhuac. ¿Fueron traidores a la Patria los indígenas que poblaban la costa de Veracruz, porque condujeron a Hernán Cortés hasta la altiplanicie? ¿Fueron traidores a la Patria los tlaxcaltecas porque, unidos a los totonacas, llegaron hásta Texcoco y construyeron las naves y sirvieron de espías al invasor, con el fin de que éste pudiera dominar al grupo poderoso?

---

Discurso pronunciado en nombre de la Confederación General de Obreros y Campesinos de México, en el mitin organizado por el Comité Nacional de Defensa Proletaria, en el Teatro Cívico "Alvaro Obregón" de la Ciudad de México, la noche del 6 de febrero de 1936. Revista *Futuro*, febrero de 1936.

¿Cuál era la Patria antes de la llegada de los españoles? ¿La Patria de los aztecas? ¿La Patria de los totonacas sojuzgados por el imperio de los aztecas? ¿La Patria de la República de Tlaxcala, también sujeta al yugo del mismo imperio? ¿La Patria de los mixtecas, la de los zapotecas, también sometidos? ¿La de los mayas, perdidos también? ¿La de los matlatzincas, la de los tarascos, la de los otomíes, que sufrían el mismo dolor? ¿Quiénes formaban la Patria Mexicana?

El invasor español se sirvió de los grupos débiles para acabar con el fuerte, con el explotador; pero en cuanto cayó la Capital del Imperio, después de largos meses de lucha constante, y ante la superioridad de la técnica guerrera del conquistador, éste se convirtió a su vez en un explotador de todos los habitantes del Anáhuac, sin distinción de grupos, de tribus, de razas o de grados en el desarrollo de la cultura autóctona. A los que lo ayudaron en su empresa los castigó en la misma forma que a los que venció en la lucha; todos fueron esclavos. Las encomiendas, que tenían aparentemente una finalidad religiosa, no fueron más que el reparto de la tierra y de su contenido humano, para el fin de que los que habían venido hasta aquí a satisfacer la ambición de oro de Castilla, pudieran colmarla.

El español, se dice, agregó, en cambio, su idioma, agregó su lengua, agregó su religión, agregó su cultura. Sí; es verdad; pero esto era inevitable, por razón biológica: porque el comercio entre los hombres se hace entendiéndose. No se legó la lengua de Castilla a nuestros antepasados por una finalidad académica de cultura superior; se les impuso una lengua extraña, porque el idioma es signo evidente, y vanguardia además, de todo acto imperialista, de toda conquista, de toda sujeción. Se impuso la religión católica porque tenía, asimismo, una finalidad económica, no una finalidad espiritual. Lo que se impuso aquí fue el deseo que movía entonces a los pueblos de Europa en guerra: repletar sus arcas vacías de oro y plata y de otros metales y materias primas. La conquista no tuvo más que esa finalidad suprema. Y tanta fue la crueldad desplegada por los encomenderos para realizar sus propios apetitos y para cumplir con la encomienda, que los propios jefes del Estado español tuvieron que intervenir, en nombre de una supuesta caridad, con el propósito de que no se siguiera extinguiendo esta raza en las minas, en los campos de cultivo, en las ciudades, en donde a golpes constantes edificaban las murallas, las iglesias, los conventos, los cuarteles, todos ellos para beneficio exclusivo del invasor que venía a explotar sin consideración y sin tregua.

Así fue surgiendo la Patria nuestra. No fue un choque de civilizaciones, como se dice vulgarmente entre nosotros; no surgió por un choque de culturas nada más, sino como consecuencia de una fuerza superior que sojuzgó a una mayoría desarticulada con luchas interfamiliares violentas, con luchas raciales también, llenas constantemente de sangre y de tumultos. La Patria Mexicana empezó a cuajar en medio del dolor de la guerra, del exterminio de unos y otros. Las quejas de la masa jamás llegaron arriba; las protestas de los que empezaban a tener conciencia de su actitud, tampoco fueron escuchadas.

Largos siglos transcurrieron así —los de la época virreinal—, siglos durante los cuales las minas produjeron millones de libras de plata, que se fueron para España, durante los cuales, alrededor de las mismas, se sembró lo indispensable para que la mano de obra gratuita no falleciera de inanición; durante los cuales, también, no se hizo ninguna labor que llegara al fondo del pueblo, que le otorgara verdaderos derechos.

La Revolución que a fines del siglo XVIII empezó a cuajar en la conciencia de una minoría semiletrada, integrada por españoles nacidos en México y por mestizos, fue un movimiento que no provocó, que no usufructuó, que no aprovechó la inmensa masa indígena de parias; fue una revolución de la pequeña burguesía —como decimos hoy en términos precisos de sociología—, en contra de la gran burguesía española y clerical; no fue un movimiento de autonomía perfecta; se trataba únicamente de evitar el círculo cerrado en que vivían gentes de la misma raza de los conquistadores, que no habían logrado provecho en el botín de los indios baratos. Fue esta revolución un rasgo característico de la lucha de una nueva clase social colocada entre los dos extremos de los elementos de la población mexicana; entre la masa de abajo, color de bronce, y la capa superior integrada por una minoría de hombres blancos.

La Guerra de Independencia, sin embargo, llenó, como tenía que ser, de sangre indígena todos los campos de batalla, todas las ciudades; fueron soldados los nuestros, que peleaban sin saber por qué, sólo lo hacían por el instinto natural de ir a una situación nueva, que con la esperanza un poco vaga de mejorar en el futuro, se prestaron animosos a ir tras de las huestes insurgentes para luchar contra el poder de España. Pero la minoría provocadora de la Revolución lo hizo para fines propios, explotando sólo el malestar de la masa, y que, en el momento preciso, después de once años de enormes sacrificios, pactó la paz para sí propia; la gran burguesía española derrotada, huyó en su mayoría; quedó dueña del campo de la lucha la gran burguesía criolla, el clero nativo o el clero criollo, y ellos fueron los que heredaron las tierras, las minas, los palacios, los conventos, los cuarteles, todo lo que en alguna forma tenía valor en Nueva España.

Por eso es que, andando los años, después de la Independencia, los pocos que dentro de la gran masa explotada del pueblo se daban cuenta de la situación, comenzaron a interrogarse a sí mismos: ¿Qué ventajas hemos logrado en once años de lucha estéril? ¿En dónde está la emancipación del país? ¿Qué Patria hemos logrado nosotros? No dependemos de España pero, ahora, ¿de quién dependemos? Los once años que corren, a partir de 1821, son años en que parece que nadie sabe por qué luchan en México.

Bandos y sub-bandos, grupos que nadie guía, combaten con distinto programa, con distinta bandera al parecer. Se perfila, sin embargo, en medio de los combates, una doble tendencia: por la una parte el centralismo; por la otra parte el federalismo. Se empieza a hablar, ya en aquella época, de que es menester organizarse, establecer las bases de una serie de autonomías regionales que alivien la situación de la masa oprimida, especialmente en aquellas zonas pobladas densamente por indígenas, para

liberarlas del yugo tradicional de individuos que los explotan con el nombre de caciques, de encomenderos.

Triunfa al fin la Revolución Liberal; sus directores se convierten en los poseedores de los instrumentos de la producción, se realiza la separación de la Iglesia y el Estado. El clero disponía de más de las dos terceras partes de la tierra laborable del país. Juárez fue en contra del poder económico de la Iglesia, y para acabar con él tuvo que arrebatárle el poder político, el poder legal; secularizó los templos, los cementerios, estableció el matrimonio, prohibió una serie de intervenciones ilícitas del clero, creó la escuela laica y dio a la Nación Mexicana, por la primera vez, un sello de universalidad que jamás había tenido.

Las ideas libertarias de la Revolución Francesa alegraban los corazones de todo el pueblo de México. Se pensaba en que la libertad concedida al hombre para reunirse, para expresar su pensamiento, para elegir a sus gobernantes, para decidir de su propia conducta, bastaría para hacer la felicidad de la Nación Mexicana. Y cómo no había de anhelarlo, si tantos y tantos siglos había vivido el país, su gran masa explotada, vilipendiada, injuriada sistemáticamente por toda clase de explotadores.

Fueron nuestros abuelos amantes de la libertad abstracta, de la libertad en todas las manifestaciones de la vida cívica, de la libertad como expresión recóndita de la actitud y los deseos individuales.

Pero corrieron también los años, y otra vez más volvió a preguntarse el pueblo, la inmensa mayoría de la masa: ¿Cuál ha sido la consecuencia de la Reforma? ¿En dónde está la Patria que se nos ofreció en los campos de batalla? ¿En dónde la Nación liberada, al fin, de opresores internos y de verdugos extraños? ¿Qué es México? ¿Para quién es? Ya las tierras comunales en su inmensa mayoría habían desaparecido; las Leyes de Reforma, ortodoxas en cuanto a acabar con toda corporación o limitación de la libertad individual, destruyeron como propiedad de las comunidades de campesinos los últimos fundos legales de los pueblos; vino una Ley ex profeso para que las autoridades municipales, a mejor postor, remataran las tierras que poseían las comunidades desde hacía muchos años. Se pensó que la libertad, la libre concurrencia de las mercancías, de la voluntad y de los pensamientos, bastaría para hacer una Patria feliz dentro de la cual habría de triunfar solamente el honrado, el inteligente, el valeroso, el perseverante.

¡Utopía! ¡Espejismo! ¡Actitud romántica pura! Los latifundios comenzaron a surgir; la ley sobre terrenos baldíos, la ley de deslinde de los terrenos no reclamados y registrados ante la autoridad competente, acrecentaron la riqueza de los que ya tenían mucho oro, aumentaron el patrimonio de los ricos, y los indios, los campesinos más pobres, se convirtieron en manadas que emigraban de una región a otra del país. El porfirismo, casi medio siglo de explotación, de tiranía auténtica, de sonrisa a los dos imperialismos de entonces, al inglés y al norteamericano, ahogaba a la masa en la inconsciencia, y la mantenía en la más abyecta ignorancia. Por eso llegó un momento en que esta Patria, integrada en su mayoría por unidades destruidas, ignorantes

y próximas al paroxismo, reventó al cumplirse exactamente cien años de la consumación de la Independencia.

Y en el fragor de la etapa que va de 1910 a 35, volvemos a preguntarnos los jóvenes de hoy, los viejos de ayer, los precursores de la Revolución, los revolucionarios con las armas, los revolucionarios con las ideas, quienes hemos sido sinceros: ¿Qué es la Patria Mexicana? ¿Cuándo surgió? ¿Cuál es? ¿Quiénes la forman? ¿Cómo debemos defenderla? ¿Qué debemos amar de ella? ¿Qué debemos de ella despreciar? La interrogación lleva, pues, camaradas, por lo menos siete siglos de estar planteada ante el destino histórico; siete siglos de preguntar, con palabras o sin ellas, ¿en dónde está la Patria, de quién es la Patria en México?

Ya tenemos la contestación: la clase patronal de Monterrey levanta la bandera tricolor y dice: “ésta es la Patria; nosotros, antes que otra cosa, somos mexicanos”, ¿y los obreros de México son rusos, son traidores a la Patria? (Aplausos.) ¿La Patria es de Monterrey? ¡Qué audacia! ¡Qué cinismo! ¡Qué sarcasmo! ¡Cómo subleva los corazones honrados de los que siempre han sufrido en esta Patria que no ha podido siquiera cubrirles los pies! (Aplausos.)

Hay dos patrias en cualquier nación del mundo: la patria de los explotados y la patria de los explotadores. La patria de los que explotan, siempre es patria sonriente; la patria de los que sufren, siempre es una patria llena de lágrimas. Por eso en esta noche, a propósito de la actitud pérfida, ruin, falsa, cínica, de la clase patronal de Monterrey, llega el momento de reivindicar lo que es nuestro, y de colocar a esos llamados patriotas en el terreno que merecen, de traidores a la Patria Mexicana. (Aplausos.)

En Sonora, ¿de quién es la Patria? De un grupo de hacendados, de un grupo de antiguos y de nuevos ricos; tribus indígenas, carne eterna de cañón, campesinos aherrojados, curas rapaces al servicio del capataz, al servicio del nuevo encomendero; prostíbulos en el Norte, mineros carcomidos por la tuberculosis; eso es la patria en Sonora.

En Baja California, la patria pertenece a los yanquis en la mitad de su territorio, y después, en el Sur, minas también de extranjeros, mineros podridos por las enfermedades profesionales; gentes miserables sin posible comunicación con el Continente; y en Chihuahua, la patria es igual: minas de empresas extranjeras, tarahumaras semidesnudos que apenas hablan el español, abigeos criollos en combinación con los roba-ganado de los Estados Unidos. Pero muchas tumbas de villistas, muchas tumbas de soldados anónimos que no pueden levantarse ya para decir que la patria no es de Monterrey, sino de la tierra dura de Chihuahua que castigó con los fusiles, en muchas batallas, a los que angustiosamente buscaban qué comer. (Aplausos.)

En Coahuila, ¿la Patria de quién es? ¿Quién la usufructúa? ¿Quién la detenta? ¿Quién la aprovecha? Empresas extranjeras propietarias de la región carbonífera, latifundistas antiguos y modernos también; prostíbulos en la frontera, ignorancia en los campos, gentes todavía sin ejidos, salarios de hambre; y en Tamaulipas, en donde un jefe de familia en la costa recibe nominalmente un peso de salario, pero tienen

que trabajar su mujer, sus hijos y sus parientes políticos por esa suma de dinero, y que después de veinte años de ahorrar parte de ese miserable jornal, puede apenas comprarse unos calzones de manta; eso es la patria en Tamaulipas. Y la zona petrolera, ¿de quién es? ¿De los parias de México? ¿De los obreros mexicanos?

Y así, de Norte a Sur, hasta Chiapas: la vergüenza, la fosa común, la tortura de los que tenemos ciertas ideas y cierto sentimiento de responsabilidad; manadas de bestias humanas al servicio de una oligarquía de alemanes que explotan el café en el Soconusco, en combinación con los filibusteros de Guatemala y de México; ciegos por la oncocercosis, pintos por el mal que mancha la piel, atormentados por el bocio, que suspende del cuello enormes bolas como las esquilas de los rebaños; por pobres, por desnutridos, porque no bastan unas tortillas y chile para poder vivir.

Y subamos hasta la región en donde el aire es más puro, hasta la altiplanicie mexicana, tantas veces cantada por todos: masas que viven del pulque, porque no pueden reemplazarlo, porque si no fuera por el pulque ya habrían muerto de pelagra o de cualquiera otra enfermedad que aniquila a los hombres, cuando no tienen bastantes calorías para poder sobrevivir.

Esto es la patria en mil novecientos treinta y cinco. Pero la patria de los nuevos ricos, de los millonarios, de los antiguos ricos, no es esa patria: su patria es brillante, tiene prensa, tiene escuelas, tiene espectáculos, tiene todo lo que se pueda poseer con su dinero, tiene todo lo que ellos ambicionan. Y en cambio, la inmensa mayoría de la gente de México, esa que hasta tiene que huir a veces a los Estados Unidos a buscar qué comer, esta otra patria que ellos forman seguramente, no tiene derecho a figurar al lado de la de los millonarios de Monterrey.

Para ellos la patria de los pobres no es la patria, y se arrojan la representación de ella, y como para colocarnos a nosotros en derrota, perdidos en el pasado, el presente y el porvenir de México, enarbolan la bandera nacional y cantan el himno en las calles en actitud de mártires ante la ola roja de Moscú. (Aplausos.)

Crean que nosotros le tenemos asco a la bandera nacional, que la repudiamos, que somos descastados, que no amamos la patria. ¡Qué profundo error! ¡Qué grande ignorancia! ¿No leyeron estas pobres gentes, estos pobres ricos, no leyeron alguna vez, o sus consejeros por lo menos, el Manifiesto de Marx y de Engels? ¿Cuándo el socialismo ha repudiado la patria? ¿Cuándo el socialismo ha dicho que destruir la patria es un acto de revolucionarismo? ¡Idiotas! ¡Ignorantes! ¡Imbéciles! ¡Cobardes! (Aplausos.)

(El orador despliega una bandera nacional.)

¡Esta es nuestra, de los pobres, de los asalariados, de los que nunca tuvieron patria; no de los traidores a la enseña nacional! ¿No leyeron a Juan B. Justo, el intérprete de Marx, el divulgador de Marx en Sudamérica, hablando de internacionalismo y patria? Y para hablar de hoy mismo, ignorantes de Monterrey, torpes burgueses de Monterrey, ¿no leyeron el proceso de Dimitrov? Cuando los que establecieron la dictadura fascista en Alemania, lo inculpaban diciéndole: “Usted no ama a su pa-

tria”, “sí la amo, respondió; porque soy socialista la amo; porque quiero una patria llena de hombres felices y libres, por eso soy patriota”. (Aplausos.)

Esta bandera no representa, no debe representar, sociedades anónimas que enriquecen a sus gerentes y defraudan a sus accionistas, como las de Monterrey. (Aplausos.) Esta bandera representa millones de cadáveres de indios, ríos de sangre en la Revolución de Independencia; sangre también a raudales en la guerra hasta la mitad del siglo pasado; más sangre en la Reforma; sangre después en Ulúa; en Valle Nacional, en todas las prisiones políticas de México; sangre en 1910: la de Madero, la de Serdán, la de los Flores Magón, la de tantos obreros y campesinos anónimos que lucharon por ella; esto es sangre, es carne de la masa mexicana, no es trofeo de bandidos que explotan al pueblo. (Aplausos.)

Amamos la bandera roja, amamos la bandera rojinegra, amamos todos los símbolos del proletariado, porque ellos son suma de todas las banderas particulares amasadas con sangre de todos los proletarios del mundo. (Aplausos.) Pero no somos traidores a la patria; estamos haciendo una patria, construyendo una patria de verdad. La interrogación de siete siglos debe tener respuesta; ¿cuál? México, país de hombres bien nutridos; país de hombres que lean y escriban, país de hombres que puedan disfrutar de la vida; no parias, no alcohólicos, no sifilíticos, no tristes; juventud alegre. Pero la burguesía no ha de darnos la alegría ni ha de darnos la ilusión por vivir. Por eso es la lucha, y creen que nos espantan. ¡No! Aquí está la bandera nuestra; aquí está la otra bandera, nuestra bandera (*señala la bandera rojinegra que cubre la mesa de la presidencia*). (Aplausos.)

De hoy en adelante, a partir de mañana, que en cada local obrero haya una enseña tricolor junto a la bandera roja del proletariado. (Aplausos.) Los que han ensangrentado nuestro país, los que durante siglos han chupado la sangre de una masa inerme, no tienen derecho a cobijarse bajo esta enseña que es sangre de sus propias víctimas. (Aplausos.)

Y para concluir, camaradas, tengo que realizar el voto de un muerto. En 1921 hubo un Congreso de carácter internacional, en la Ciudad de México, en el que estuvieron representados los intelectuales avanzados de aquella época, de los diversos países de habla española, y entre ellos, como figura central por su hidalguía, por su carácter varonil, por su despego a los bienes materiales, por su figura de Quijote auténtico, se destacaba la figura de don Ramón del Valle Inclán. Acaba de morir; en la comida íntima que tuvimos los representantes extranjeros y un grupo de jóvenes que entonces salíamos de las aulas, don Ramón del Valle Inclán, ya percatado de la situación del campesinado mexicano, nos recomendaba que era menester seguir luchando por la emancipación de los indígenas; entonces compuso aquellos versos que han corrido por todo el mundo, que dicen: “Indio mexicano, mano en la mano, mi verdad te digo: lo primero, matar al encomendero, y después, segar el trigo”.

Y lo escribió un español que venía a América a protestar contra los encomenderos de allá, contra los encomenderos de todas partes, y me dijo: Lombardo, cuando yo



falte, cuando yo muera, por lo menos que quede estampada mi protesta con mi nombre en este símbolo que tanta sangre ha costado a los parias de México (*el orador enseña una pequeña bandera nacional*). ¡Aquí está la firma de Ramón del Valle Inclán! He guardado la bandera muchos años. Don Ramón del Valle Inclán ha muerto; aquí está su última voluntad. La entrego al Comité de Defensa Proletaria, cumpliendo sus deseos, porque es preciso hoy colgar a los encomenderos de esta época. (Aplausos.)

Denuncio, al concluir este mitin, que hoy a las cinco de la tarde la clase patronal de la Ciudad de México acordó ir a un paro general, como el de Monterrey. (*Gritos de protesta.*) Nada de exaltaciones; nada de tumultos breves, pasajeros y estériles. Dejemos la responsabilidad al Comité de Defensa Proletaria; nosotros, en Monterrey, o aquí, o en cualquier rincón del mundo, en donde impere el régimen burgués, cumpliremos con nuestro deber, como soldados de honor del proletariado. (Aplausos.)

## El sentido de la proporción en la vida internacional

Uno de mis profesores de economía política nos contaba a sus alumnos, con gran regocijo, la ocurrencia de un rico ingenuo del estado de Chihuahua que, sintiéndose por lo menos igual a una de las fuerzas de la naturaleza —debido a la inmensa fortuna que había logrado reunir en la explotación de las minas—, se dirigió al general Porfirio Díaz, Presidente de la República, preguntándole a cuánto ascendía la deuda exterior de México, para pagarla inmediatamente. Lo cómico de esta actitud —como todo lo que provoca la risa— es la falta de adaptación al ritmo real de la vida, del personaje provinciano. Pero la comicidad de los hechos aumenta cuando pasa de lo individual a lo social, y más todavía cuando del campo de los problemas internos de un país trasciende a la órbita de las relaciones internacionales: la carcajada entonces corresponde al auditorio del mundo entero.

En todas las épocas de la Historia ha habido siempre actos heroicos y actos ridículos de parte de los gobiernos de las naciones. Lo heroico tiene, en todos los casos, el sello del drama; lo ridículo, la marca de la comedia. Un puñado de hombres que resiste a un gran ejército; un barco de pescadores que se improvisa nave de guerra y sale al encuentro de una escuadra poderosa, defendiendo la integridad de su país; el Parlamento de un pueblo pobre que acusa ante el tribunal de la opinión al gobierno de una potencia imperialista, de hollar sus derechos inalienables, son hechos en los que la desigualdad física de los actores desaparece ante la compensación moral que da al débil la grandeza de su conducta. A nadie se le ha ocurrido reírse de Sandino, de Gandhi o del Rey de Abisinia, para citar sólo algunos de los actores recientes de la tragedia que implica la última fase del régimen capitalista. Pero cuando la desproporción de los actores es moral y mental, aparte de ser física; cuando no hay razón para asumir una actitud fuera de la medida que la vida aconseja, entonces la comedia aparece en forma espléndida y nos hace reír, por más que haya lágrimas de muchos hombres ocultas por la figura del histrión que no deja verlas.

Tal es el caso del retiro de la Liga de las Naciones de algunos pequeños países latinoamericanos. En vista —declaran sus gobiernos— de que la Liga no es una garantía para la conservación de la paz en el mundo; de que nuestro esfuerzo por

mantener la armonía entre todos los pueblos ha sido defraudado; de que nada útil podemos esperar ya de una institución ineficaz, costosa y lenta, declaramos que rompemos nuestro compromiso, y recobramos el pleno ejercicio de nuestra soberanía frente a los problemas de carácter internacional. . .

El público ha reído de buena gana ante el espectáculo regocijado y gratuito de esos gobiernos, que defienden la pureza del derecho de gentes y de la moral universal, como rió hace veinte años cuando le declararon la guerra a Alemania por amenazar gravemente el porvenir de la civilización. . . Y ríe porque tales gobiernos no obran por inspiración propia, porque actúan bajo el mandato de quienes los manejan, porque no son entidades vivas, sino mecanismos que simulan la acción natural de la vida auténtica.

Los pueblos débiles, los pueblos semicoloniales, atrasados económica y moralmente como los nuestros, difícilmente dejarán de ser trágicos; pero bien pueden no ser cómicos. Si viven su propia existencia, si ajustan su proceder a la trayectoria única que la Historia les indica: obtener su autonomía y elevar sin descanso las condiciones en que se halla su pueblo, no sólo merecerán el respeto de los fuertes, sino que alguna vez podrán sentarse, como iguales, ante la mesa en que se deciden los grandes problemas de la humanidad. Por ahora, cuando no compensan su pequeñez económica y política con una buena provisión de dignidad, son vistos sólo como lacayos o como los parientes pobres en las fiestas de los ricos. La dignidad significa sentido de la proporción, virtud a falta de poder, razón a cambio de fuerza, discreción y decoro.

Recopilando lo que algunos gobiernos dicen tratando de halagar a sus protectores y amos extranjeros, podría escribirse un manual de política internacional con el nombre de "Lo que las naciones débiles no deben hacer nunca". Como otro ejemplo, copio en seguida algunos párrafos del discurso pronunciado por el representante de la República de Panamá en la Conferencia Mundial del Desarme, realizada hace dos años. Este documento es uno de los más valiosos para la historia de la América Latina.

"La República que tengo el honor de representar está íntegramente desarmada. . . por su voluntad libre, espontánea y soberana." "Ya que hemos resuelto nosotros mismos, radicalmente, los problemas que se plantean ante la consideración de esta Conferencia. . . la República de Panamá ha acudido al llamamiento que se le hizo, para no aparecer como egoísta." "La separación de Panamá de Colombia, y su proclamación como República independiente en 1903, fue inmediatamente seguida de la firma del Tratado denominado Hay-Bunau-Varilla, celebrado entre los Estados Unidos de Norte América y la República de Panamá, en términos que los Estados Unidos garantizan y se obligan a mantener la independencia política de la República de Panamá, y, asimismo, a proteger el Canal Interoceánico." "Este Tratado, que creaba entre los Estados Unidos y mi país intereses comunes sobre nuestro territorio, nos inspiró tal confianza en nuestra seguridad exterior, que no vacilamos, meses después, en disolver nuestro ejército, como antes lo hemos expresado." "Como el Anuario Militar de la Sociedad de las Naciones, de 1932, contiene sobre mi país algunos informes que no son enteramente exactos, deseo rectificar: el número de oficiales y

agentes de nuestras fuerzas de policía no es el de 756 individuos, sino el de 1,230. Yo creo que los expertos de la Conferencia han clasificado la policía y la gendarmería como «formaciones organizadas militarmente»; espero, sin embargo, que no se intentará reducir esos contingentes poniendo en peligro la seguridad interior de cada Estado... De otro modo, mi país se vería obligado a reservarse toda libertad de acción a este respecto.” “Pasando al dominio naval, en descargo de mi conciencia declaro que nosotros poseemos un guardacostas de escaso tonelaje —el «Panquiaco»—, que se utilizó en otra época como instrumento de unión y de penetración de la civilización en las tribus indígenas. Actualmente está anclado en el Lago de Gatún, sobre el Canal de Panamá, con sólo dos guardias a bordo...” “Nuestras fuerzas aéreas se componen de tres aeroplanos destinados al servicio mixto de correo y policía...” “No poseemos fábricas de armas oficiales o privadas...” “Mí país ha soñado con ser, algún día, el foco de la civilización y de la paz. Funda esta vaga aspiración en su situación geográfica excepcional, en donde dos civilizaciones madres —la latina y la anglosajona— se encuentran y se completan...”

Ojalá que México guarde siempre, como conducta invariable, el sentido de la proporción en sus relaciones internacionales, y que en todos los casos compense su debilidad con una gran dosis de dignidad patriótica bien entendida. Nuestra entrada en la comedia nos limpiaría del sabor amargo que tiene nuestra reputación en el mundo; pero nos colocaría en el terreno de la burla que destruye toda posibilidad de ser libres.

## Las ideas exóticas en la evolución histórica de México

Las teorías tienen, por lo menos en su función de programas, mucho más valor del que desdeñosamente se les atribuye. En los pueblos latinos, apasionados de lo ideal, han sido el alma de las evoluciones más profundas y de las luchas más intensas.

*Emilio Rabasa.*

Cada vez que en los pueblos se opera una transformación de importancia, antes de la lucha, durante ella o concluida en su parte principal, se produce un debate teórico entre los defensores del pasado y los representantes del régimen futuro. Y en cada ocasión, los argumentos de los ideólogos del sistema caduco giran alrededor del mismo tema: el cambio que se realiza no es el resultado de necesidades ni de ideas propias; es obra de agitadores perversos, de destructores irresponsables del orden establecido, que pretenden importar ideas extrañas que no encajan en las características del país.

México registra en su evolución histórica varias discusiones de esta índole. Hoy mismo se oye decir por muchas partes: la Revolución ha sido y debe ser un hecho mexicano, genuinamente nuestro, sin influencia de ideas ajenas, sin importaciones peligrosas e inaplicables a nuestro medio. El socialismo que conviene a la nación, debe ser un socialismo mexicano, surgido de nuestras instituciones jurídicas y de nuestros antecedentes históricos. La propaganda del socialismo marxista es antipatriótica y absurda, porque somos un país con problemas propios, que no pueden ser juzgados ni resueltos con la ayuda de doctrinas exóticas.

El asunto merece un estudio completo y detallado, que contribuiría mucho a la formación de la verdadera Historia de México, no escrita todavía. Me limito en las líneas que siguen, a exponer las bases de ese estudio.

### EL MÉXICO AUTÓCTONO

Si por México se quiere designar al país sin influencias extranjeras, es necesario recordar que antes de la llegada de los españoles a esta región del continente, el

---

*El Universal*, 8 de julio de 1936.

régimen social establecido tenía estos rasgos: cultura basada en la piedra pulida; el hierro era desconocido; ausencia de animales y de vehículos de carga; alimentación compuesta de productos vegetales en las zonas de vida sedentaria y sólo de carne entre las tribus nómadas; escritura jeroglífica; gobierno monárquico-teocrático apoyado en el vasallaje de los núcleos débiles, y en el trabajo gratuito de la masa de la población propia, explotada por las castas privilegiadas y sometida a los horrores de un derecho embrionario y de una religión primitiva y feroz.

En el orden material todo lo hemos importado, como técnica de la producción económica, en el curso de los siglos: el hierro, el acero, el carbón, la electricidad, el petróleo; los ladrillos, el cemento, las puertas, los vidrios de las construcciones; los zapatos, las medias, el sombrero; la azada, el machete, la hoz, el martillo, el barreno, el arado; el buey, el asno, el caballo; la carreta, el ferrocarril, las embarcaciones de vela y de motor, el automóvil, el aeroplano; el camino, la carretera asfaltada; las fábricas; las instituciones de crédito. Todo lo que existe entre la prehistoria social y el régimen capitalista, fue para nuestros antepasados de las diversas épocas del desenvolvimiento de México, una novedad, una intromisión en la vida propia, un peligro o una adquisición inestimable.

En el orden ideológico nuestra balanza arroja también un enorme saldo en beneficio de la cultura europea, de la que hemos sido constantes tributarios. Ninguno de los principios que han alentado la vida del país es nuestro; ninguno de los programas que han contribuido a la formación de la conciencia nacional tiene el sello mexicano. No podemos reivindicar nada como propio, porque nada pudo inventar un país que se incorporó en un régimen más progresista, obligado por la fuerza a abandonar su organización social rudimentaria. No hace al caso saber si hubo razón para este acto de dominio violento, ni tampoco analizar las ventajas y los inconvenientes de la conquista española: éste es un asunto que merece un juicio ajeno al propósito del presente artículo. Recordemos sólo, objetivamente, lo ocurrido; pasemos lista a los hechos, y los hechos son de una claridad indudable: México entró en el siglo XVI en el movimiento de la vida internacional, y ha seguido su curso cada vez con mayor aproximación al ritmo que marcan los países de primer orden. Esta realidad no implica desdoro ni puede ser aprovechada por nadie para acusarnos de carencia de personalidad propia: lo semejante no entraña falta de carácter entre los pueblos, del mismo modo que dentro de la sociedad nacional los atributos comunes de los individuos que la integran, no suponen su identidad y su carencia de conciencia específica. En la raza humana el individuo invoca a la colectividad de la misma manera que la colectividad descansa en el individuo; el progreso de la técnica, el dominio sobre la naturaleza, la evolución de las ideas políticas, jurídicas, morales y religiosas, tienden a la universalidad de un modo necesario, rompiendo los obstáculos que representan las formas anticuadas de la vida de relación, y haciendo a la especie cada vez más homogénea, más compacta y más digna de su privilegiado destino.

He aquí la lista de los principales principios que han contribuido a la dirección de la vida nacional, en las etapas más importantes de nuestra historia.

## NUESTRAS IDEAS DURANTE EL RÉGIMEN COLONIAL

1. Obtuvimos la idea de la universalidad del hombre, a través de la religión católica, aunque el propósito de la comunidad de las almas preconizada por la Iglesia, sirviera al mantenimiento del poder político de esta institución.

2. Obtuvimos el principio de que el sacrificio de la vida humana, como ofrenda a los dioses, era un acto bárbaro.

3. Adquirimos la idea de una moral igualitaria, aunque casi nunca se hubiera practicado por quienes la esparcían entre los indios.

4. Adquirimos el principio de la unión posible entre los pueblos rivales autóctonos, hasta formar uno solo, a despecho de la diversidad de la lengua, de las costumbres y de los intereses.

5. Adquirimos el concepto de que la nacionalidad no depende de la diferencia de razas o de idiomas, sino de intereses comunes de la mayoría de los habitantes de un país.

## NUESTRAS IDEAS EN LA INDEPENDENCIA

6. La independencia de México no fue idea nuestra. Se concibió a influjos de la emancipación de las colonias inglesas del Norte y de los principios proclamados por la Revolución francesa y propagados por las guerras napoleónicas, que llegaron a la parte instruida de nuestro pueblo.<sup>1</sup>

7. El Congreso de Chilpancingo, el primero de nuestra historia, declara en noviembre de 1813, que se fundará el Estado Mexicano bajo los auspicios de la doctrina del “contrato social” de Juan Jacobo Rousseau.<sup>2</sup>

8. Se suprime la esclavitud en México, durante la guerra de Independencia, de acuerdo con el principio tripartita de la libertad, la igualdad y la fraternidad, bandera de la Revolución operada en Europa.<sup>3</sup>

9. En el primer proyecto de Constitución para México, se consigna el respeto a los derechos del hombre, por influencia de la ley de *Habeas Corpus*, de Inglaterra.<sup>4</sup>

10. Las bases teórico-filosóficas de la Constitución de 1824, en general procedían del “contrato social” de Rousseau, de la Declaración de los Derechos del Hombre y de la Constitución de Cádiz de 1812.<sup>5</sup>

<sup>1</sup> He elegido exclusivamente autores que no son socialistas, para ofrecer su testimonio a los conservadores actuales de México, enemigos de las llamadas ideas exóticas. Véase “La Evolución Histórica de México”, por Emilio Rabasa. México. 1921. Pág. 37.

<sup>2</sup> “Primer Centenario de la Constitución de 1824.” Obra conmemorativa dirigida por el doctor Pedro de Alba y el profesor Nicolás Rangel. México. 1924. Pág. 23.

<sup>3</sup> *Ibidem*. Pág. 26.

<sup>4</sup> *Ibidem*.

<sup>5</sup> *Ibidem*. Pág. 82.

11. La Constitución del Reino de España y sus Colonias, dada por las Cortes de Cádiz, en lo que tenía de código avanzado, era fruto de los principios de la Revolución francesa.<sup>6</sup>

12. La igualdad civil del indio, dice Rabasa, la hizo el jacobinismo por ternura filosófica.<sup>7</sup>

13. La Independencia nos dio también la noción de la cultura independiente de la religión. La obra iniciada en 1822 por Lancaster, fue el origen remoto de la constante lucha librada en México entre conservadores y revolucionarios de todas las épocas, por poner al hombre en relación con la naturaleza.<sup>8</sup>

#### NUESTRAS IDEAS EN LA REFORMA

14. La Reforma se llama en México a la guerra civil entablada por separar a la Iglesia del Estado y proclamar la libertad de conciencia, como resultado de la Reforma realizada en Europa por algunos países en contra del Papado.

15. Los principios de la Revolución francesa siguen inspirando la obra de nuestros gobernantes. La Constitución de 1857 le debe más a Rousseau y a Montesquieu que a todos los pensadores juntos de México.

16. En cuanto al sistema de gobierno, la nueva Carta es una copia del régimen constitucional de los Estados Unidos de Norteamérica.

17. La reforma política se completa y se apoya en la reforma necesaria de las conciencias; por lo menos de la conciencia de clase dirigente y adoptamos la filosofía positivista de Augusto Comte para formar las nuevas generaciones.

#### NUESTRAS IDEAS EN EL PORFIRISMO

18. La doctrina de la no intervención del Estado en las relaciones económicas de los particulares, es la doctrina de la escuela liberal europea llegada a México junto con el ferrocarril.

19. La doctrina jurídica de la propiedad intocable, como resultado de la libre expresión de la voluntad de los individuos, es la tesis del Código de Napoleón, que refleja y apoya el desarrollo de la burguesía nacional e internacional.

20. La diferencia de fortuna entre los mexicanos, se explica a la luz del darwinismo social que los gobernantes y los intelectuales de la dictadura preconizan como la verdad científica llegada del Viejo Mundo.

<sup>6</sup> *Ibidem.* Pág. 34.

<sup>7</sup> *Opus cit.* Pág. 272.

<sup>8</sup> *Ibidem.* Pág. 102.



## NUESTRAS IDEAS EN LA REVOLUCIÓN DE 1910

21. Los precursores de la Revolución —Flores Magón, Praxedis Guerrero, etc.— proclamaron la guerra a Porfirio Díaz en nombre de las ideas anarquistas de Bakunin.

22. Los organizadores de los primeros sindicatos obreros en México, con sentido de clase, fueron españoles anarquistas expulsados de su país.

23. El contenido del Artículo 123 de la Constitución de 1917 —la aportación ideológica nueva a la Carta de 1857— es el resultado de un estudio que los comisionados por el Primer Jefe, don Venustiano Carranza, hacen de la legislación social belga, francesa y norteamericana.<sup>9</sup>

24. La primera ley orgánica del Artículo 123 que tiene importancia nacional, la Ley del Trabajo del Estado de Veracruz, está inspirada, por declaración de sus autores, en los principios y las disposiciones de la legislación francesa.

25. La orientación contemporánea de la educación pública en México, hasta antes de la reforma del Artículo 3º constitucional, se inspira en la pedagogía norteamericana de la “Escuela de la Acción”, substituyendo los antiguos métodos traídos de Alemania por el gran educador Enrique Rébsamen.

26. La idea actual de una economía planificada la tomamos de Europa; de la URSS el nombre de Plan Sexenal.

27. La incrustación de la doctrina socialista en la Constitución de 1917, como norma directriz de la enseñanza pública, es el resultado de la difusión del socialismo científico, del socialismo marxista, entre el proletariado de México y del mundo entero.

Dos revoluciones políticas, la francesa y la rusa, influyen en la vida independiente de México, como en todos los demás países de la tierra. Una revolución técnica, la revolución industrial, transforma a México como a todas las naciones del planeta. Dos etapas del régimen capitalista cambian radicalmente el porvenir del mundo: la etapa de su formación ascensional y la etapa de su declinación inevitable.

En cada pueblo, en cada país, las ideas universales y el régimen general de la producción, afectan modalidades propias, que crean modos especiales de aplicar los principios y los procedimientos técnicos. Pero las ideas como tales, como anhelos de las masas, como fuerzas históricas, son las mismas. Las ideas que corresponden a un período determinado de la civilización humana, carecen de nacionalidad y de ciudadanía: son la floración de la especie, que compensa en parte su eterno sacrificio para alcanzar la patria de la justicia.

<sup>9</sup> Véase la declaración del diputado don José Natividad Macías, al discutirse el artículo 5º de la Constitución de Querétaro.

## La conversión de los revolucionarios mexicanos

Resultaría muy interesante emprender un estudio sobre el proceso mental de los militantes de relieve en las luchas políticas de nuestro país, porque las conclusiones de esa investigación ayudarían a precisar el verdadero propósito de los diversos movimientos cívicos de nuestra historia contemporánea, y la genealogía revolucionaria de sus caudillos, de sus directores y de sus líderes.

La Revolución —como se sigue llamando por excelencia al estallido popular iniciado en 1910— se halla en los actuales momentos como un hijo cuya paternidad se disputa un conjunto de individuos que desean asumir la responsabilidad gloriosa de haberlo engendrado o de haberlo educado, y que en vista de su éxito biológico —juventud prometedor de grandes obras para el porvenir—, no permiten que se le pervierta o se le desligue de sus progenitores. Esta actitud de los que se autodenominan padres de la Revolución es por sí misma reveladora de un concepto anticientífico y egocéntrico del proceso histórico, y no valdría la pena comentarla, por su carácter deleznable; pero no es la teoría falsa de los padres o tutores de la Revolución la que importa analizar, sino a los mismos individuos que la profesan, a través de su evolución ideológica, como índices del alcance que cada etapa de la Revolución se propuso conseguir y como jueces de su propia conducta pasada y presente, medida por su pensamiento de ayer y de hoy.

Las bases para ese estudio pueden ser, entre otras, las que siguen:

1. Qué opinaban al iniciar su vida pública respecto de la supresión futura de la propiedad privada, y qué opinan hoy sobre el problema.
2. Qué pensaban sobre la nacionalización de las tierras, del subsuelo, de las aguas y de los instrumentos físicos o naturales de la producción económica, y qué piensan hoy.
3. Qué doctrina sustentaban acerca del desarrollo y de la penetración del imperialismo en los problemas económicos, políticos y sociales de México, y cuál es la que profesan ahora.

---

*El Universal*, 9 de diciembre de 1936.

4. Cuáles eran sus ideas sobre los límites y las condiciones para el capital invertido en la industria ubicada en México, en relación con la autonomía económica y política del país, y cuáles son las que sustentan ahora.

5. Qué juicio les merecían las gestiones diplomáticas —públicas o privadas— para exigir a nuestro gobierno protección para los intereses materiales de los extranjeros residentes en México, y qué juicio les merecen hoy esas mismas gestiones.

6. Qué opinaban sobre el pago de la deuda agraria y qué opinan hoy sobre ella.

7. Cómo calificaban las reclamaciones por los daños causados por la Revolución a los extranjeros y a los mexicanos, y cómo las califican ahora.

8. Qué juicio tenían sobre la deuda pública y sobre la deuda privada de México; qué medios propusieron o aceptaron para librar al país de esas cargas, y qué juicio tienen hoy sobre el asunto.

9. Qué criterio sustentaron respecto de la intervención, directa o indirecta, de los Estados Unidos en los problemas propios de México, y qué conducta asumen hoy a ese respecto.

10. Qué programa agrario aceptaban antes y cuál es el que hoy sugieren.

11. Cuál era su conducta ante las actividades políticas del clero —en sus diversas formas— y cuál es su actitud actual.

12. Qué opinaban sobre el movimiento obrero como fuerza fundamental para la transformación del régimen burgués, y qué opinan hoy.

13. Qué opinaban sobre las huelgas y qué opinan ahora.

14. Qué opinaban sobre la forma de realizar la democracia en México, y qué opinan hoy. Qué garantías creían que debían otorgarse a los sectores o partidos menos avanzados que el gobierno en las luchas cívicas, y cuáles derechos creen hoy que deben reconocérseles.

15. ¿Aceptaron públicamente o con su silencio, la imposición de alguno o de varios candidatos para los puestos de elección popular? ¿Qué opinan hoy sobre la postulación de candidatos oficiales del Partido del Estado?

16. Qué relaciones personales tenían con los representantes de la clase patronal, y cuáles tienen ahora.

17. Qué fortuna tenían al iniciar su carrera política y a cuánto asciende su actual patrimonio.

18. ¿Los que hoy tienen haciendas, ranchos o fábricas, las tenían antes de haber iniciado su carrera política?

19. Qué opinaban sobre la aplicación del criterio político para calificar los derechos de las personas y de las instituciones, como la libertad de prensa, la libertad de pensamiento y la libertad de la censura al gobierno.

20. Qué valor social y qué valor individual reconocían a las creencias religiosas, y cuál les reconocen hoy.

21. Qué opinaban sobre el derecho del Estado a orientar la conciencia pública, mediante la escuela y los demás servicios educativos, y qué opinan respecto de la reforma del Artículo 3º de la Constitución.

22. Qué opinaban sobre la necesidad de emplear la violencia para destruir las causas que produjeron el régimen porfirista y qué opinan hoy respecto de la táctica de la lucha que debe emplearse para cumplir los últimos designios de la Revolución.

23. Cuál era su juicio respecto del término de la Revolución Mexicana y cuál es la opinión que hoy sustentan sobre el desarrollo futuro del mismo movimiento.

¿A cuántos de los hombres prominentes de la Revolución, en el campo de la lucha armada o de la lucha ideológica, ha conservado la Revolución hasta hoy, con su actitud originaria? ¿A cuántos de ellos han conquistado la clase propietaria o la clase conservadora, haciéndolos entrar en sus filas o en sus creencias o elevándolos al rango de defensores de sus intereses? ¿Cuántos de los revolucionarios de ayer son dignos de llamarse revolucionarios de mañana?

En cuanto se haga el estudio que sugiero, la juventud de México aprenderá en él, sin duda alguna, más que en todos los libros que hasta hoy se han escrito sobre los hechos del último cuarto de siglo.

## El veinte de noviembre

Fuerzas encontradas; intereses opuestos; ideas que chocan, han caracterizado hasta hoy el proceso histórico de los pueblos. Y en determinadas épocas de crisis este fluir dialéctico reviste todas las formas: desde el discurso hasta la violencia.

Hoy vivimos en crisis. En algunas regiones del mundo impera la violencia. En México la lucha es política, de ideas, de principios; pero es una lucha ruda, que conmueve al país y obliga a los individuos a tomar partido entre las clases sociales que se disputan la dirección del presente y del futuro.

La clase privilegiada, que tiene en sus manos la riqueza económica y los vehículos de propaganda, clama a grandes voces: ¡El caos debe cesar! ¡Nos quieren llevar al comunismo, a la barbarie! ¡Los obreros cada día piden más, sin límite; se olvidan del resto del pueblo; de los campesinos, de los soldados, de los empleados, de la clase media. La voracidad del proletariado hace imposible la mejoría de los otros sectores sociales. Y no satisfechos con lo que ya tienen, pretenden aún los obreros establecer una dictadura —la de su clase— para destruir las instituciones que nos rigen, disolver el ejército, abolir la propiedad privada, cerrar las puertas del país al capital extranjero, acabar con la familia y con los principios morales y religiosos de cada quien, y transformar a los individuos en autómatas al servicio de un régimen cruel, sangriento y sin ideales! Evitemos la catástrofe, agrega. ¿Cómo? Presionando al gobierno para que abandone su programa agrario y su actitud de ayuda a los trabajadores, o echando del poder a Cárdenas y reemplazándolo por un hombre que esté dispuesto a imponer un orden inflexible, que impida las huelgas, el aumento de los salarios, el reparto de las haciendas más productivas, que otorgue garantías plenas al capital para que éste pueda desarrollarse en santa paz y obtener los beneficios que aspira, y que entregue la dirección de la conciencia de los niños y de la juventud a las personas y a las instituciones que libremente elijan los padres de familia sin la intervención del Estado...

¿Qué hay de cierto en los gritos de la burguesía y de la reacción mexicanas? ¿Se ha iniciado en nuestro país un régimen socialista? ¿Cuál es la significación exacta de la obra del gobierno y de la actitud del proletariado que lo apoya?

La clase explotadora del pueblo mexicano calumnia una vez más a la Revolución y a sus hombres. Usando su vieja táctica de adulterar los principios hasta dejarlos convertidos en un conjunto incongruente de propósitos fantásticos, absurdos y viles, los presenta después como el objetivo de quienes luchan sólo por obtener la autonomía plena de México y el progreso material y moral de sus grandes masas oprimidas, esperando que la ignorancia de muchos y la ambición bastarda de algunos, produzcan una verdadera sublevación contra la obra civilizadora que la Revolución representa.

A los veintisiete años de haberse iniciado la Revolución, podemos valorizar ya sus más importantes periodos y fijar los puntos principales de su trayectoria inmediata.

El problema campesino es el problema mexicano por excelencia. ¿Qué ha hecho la Revolución a este respecto? ¿En qué se distingue —en relación con el problema agrario— el actual gobierno de los anteriores? ¿Cuál es el objetivo inmediato de la reforma agraria a juicio del proletariado de México?

La reforma agraria sólo se propuso al principio restituir a los pueblos de campesinos las tierras comunales que les habían sido arrebatadas en diversas épocas, y dotar de pequeñas parcelas a los jornaleros de campo como un suplemento de sus salarios miserables. Con esta idea como móvil de la obra gubernativa, se crearon numerosos ejidos en diversos lugares del país, particularmente en las regiones más pobladas; pero con superficies breves, no medidas para lograr la emancipación económica de los individuos y de los grupos, sino para ayudar un poco a los peones jefes de familia, quitando al latifundio lo necesario para esta obra filantrópica y manteniendo el régimen de la hacienda como base de la producción agrícola del país. Después de algunos años, ante el abandono de algunos ejidos por su ineficacia como complemento de la economía doméstica del peón asalariado, que no podía desdoblarse su esfuerzo sirviendo al amo de la hacienda y a sus propios intereses a la vez, y también por su ineficacia como fuente de trabajo y de emancipación de la familia campesina, que carece de medios para labrar la tierra sin recurrir al usurero, la política agraria del Estado se orienta hacia la creación del crédito agrícola para ir en ayuda de los ejidos y de los pequeños agricultores y hacia la dotación de superficies mayores para constituir los ejidos futuros. La intervención del Estado es modesta y tímida: no quiere tocar el privilegio secular del hacendado ni entorpecer el sistema primitivo e injusto de la aparcería; desea únicamente auxiliar a los campesinos que carecen de herramientas, de animales de tiro y de semillas, y que no quieren vivir como peones, a pesar de todo; pero la aparición del crédito reanima la esperanza medio perdida del proletariado rural en la vida independiente: se multiplican las solicitudes de tierra, de todas partes se pide ayuda material al gobierno para cultivar los ejidos, y el Estado se ve en la necesidad de proseguir la reforma agraria, enfrentándose a problemas no previstos por las leyes de 1915 y de 1917. Entra así el problema campesino en su fase actual: ¿ha de darse la tierra sólo a los pueblos, a las comunidades agrarias, o a todos los campesinos que deseen emanciparse del régimen del salario? ¿Ha de ayudarse a los ejidos para que éstos puedan alimentar y vestir a sus miembros y a sus hijos, creando una

economía rural familiar, al lado de la hacienda que seguirá proveyendo al país de lo que éste necesite para la subsistencia de la población, o ha de ayudarse al ejido para crear una nueva economía agrícola? El actual gobierno comprendió, sin duda, que si no se organiza la economía ejidal, el ejido está destinado a morir, tarde o temprano, y la Revolución condenada a fracasar en su propósito más alto, cada vez más fuertemente percibido por el pueblo, de emancipar a la masa campesina, haciéndola intervenir en forma decisiva en la economía nacional. Por eso creó el general Cárdenas el crédito ejidal y reformó el Código Agrario y ha iniciado la industrialización del ejido, que implica la organización técnica y social de los campesinos y que lleva a la producción, en gran escala, para proveer al mercado del país.

A eso se deben los gritos de la reacción: a que, al fin, se inicia un camino que lleva a la reforma agraria a la satisfacción de las necesidades populares. Mientras los ejidos no privaron al hacendado de peones baratos, la burguesía no protestó seriamente contra "el agrarismo". Mientras se mantuvo el propósito de aparcerar los ejidos y de crear una nueva casta social: la de los pequeños propietarios rurales, aliada económica y moralmente a los hacendados, la burguesía no protestó contra el agrarismo y aun llegó a aplaudir ese propósito al que llamó sabio y patriótico. Pero al ver que la reforma agraria se purga de todo aspecto demagógico y contrarrevolucionario y se orienta rectamente hacia una verdadera economía popular, endereza sus diatribas contra el gobierno y multiplica su propaganda de calumnias, tratando de crear la zozobra en el ánimo público, mientras en la sombra empuña el arma que está dispuesta a clavar en el corazón del pueblo, al que ha explotado durante siglos; pero al que desprecia profundamente con el espíritu característico del conquistador de indios de todas las épocas.

El proletariado de México aplaude la obra agraria del gobierno, respalda a su Presidente, el general Lázaro Cárdenas, expresa su estrecha solidaridad con los campesinos, y promete seguir cooperando con entusiasmo en esta tarea central de la Revolución Mexicana. La trayectoria es clara: la futura economía nacional se apoyará en la producción de los ejidos, organizados en una gran asociación de trabajadores sin amos, superando a la tradicional hacienda mexicana con el empleo de la maquinaria moderna y de todos los recursos de la técnica, que borrarán para siempre la fisonomía semifeudal del país, y colocará a la masa del pueblo en condiciones de llamar "patria mía" al territorio de México.

¿Representa este programa el caos, la desolación, la injusticia? El gobierno de la República está cumpliendo simplemente con la ley, y el pueblo —en el cual reside la soberanía nacional como un derecho inmanente— respalda a su gobierno, gobierno del pueblo. Nadie ha pensado en expropiar la riqueza agrícola del país; pero todos pensamos democratizar la producción agrícola de México. Es el hombre el que nos importa, no la tierra; no nos interesa saber lo que el hombre pueda dar a la tierra, sino lo que la tierra puede dar al hombre. Y el hombre en México es su masa indígena, su pueblo mestizo de campesinos, obreros, soldados, empleados públicos,

trabajadores intelectuales, artesanos, pequeños comerciantes e industriales, todos los que no poseen otro patrimonio que el producto de su esfuerzo personal para vivir.

Si el campesino hasta hoy no disfruta de un mejor nivel de vida, no se debe sino a la burguesía nacional que querría verlo eternamente de peón en las haciendas. ¿Puede decirse seriamente que la mejoría del obrero es la que ocasiona la pobreza de los campesinos y de los otros sectores populares cuando lo que el obrero recibe de la mano derecha del patrón, la mano izquierda del patrón se lo arrebatara con la elevación artificial de los precios controlados por los propietarios de los bancos y de los grandes monopolios que asfixian al país?

El desarrollo industrial de México en estos años que la burguesía y la reacción llaman de caos, es mayor que en las últimas décadas; las ganancias de las grandes empresas extranjeras ubicadas en nuestro territorio son, comparadas con las que obtienen en otros países, las mejores del mundo; la libertad de que en México disfrutaban todos sus habitantes, en todos los aspectos de la actividad humana, no tiene paralelo en el cuarto de siglo que lleva la Revolución; ¿por qué, entonces, se combate hoy con más vehemencia que nunca, con verdadera saña, al Presidente más honesto y más sincero que la Revolución ha producido, y se ataca con furor al movimiento obrero, arrojándole la culpa de todos los males del país, que datan desde la conquista y de los cuales la única que debe responder ante la historia es la minoría privilegiada que se ha enriquecido a costa de la eterna miseria del pueblo?

La lucha es hoy más ruda que en otras épocas porque no sólo son factores nacionales los que libran la batalla entre el pasado feudal que muere y el porvenir democrático que nace apenas después de casi un siglo de libertades teóricas para los ciudadanos de México; no es tampoco el factor imperialista, casi congénito a nuestra independencia política, el que ahora interviene al lado de la burguesía nacional para oponerse al desarrollo del programa de un gobierno progresista: es una fuerza relativamente nueva en el mundo la que tuerce en el proceso de la Revolución Mexicana, el fascismo, la violencia armada del régimen burgués que trata de sobrevivir destruyendo las obras positivas de la civilización, arrojando al mundo en la hoguera de la guerra internacional y en la barbarie de la tiranía más cruel que registra la historia.

El fascismo sabe que, en esta época de interdependencia económica indestructible, sólo puede prevalecer en el seno de los países que tiene dominados por el terror, si el mundo entero se vuelve fascista. De otro modo el fascismo está condenado a perecer muy pronto, ante la oposición de todos los pueblos de la tierra que odian la guerra y aman la libertad relativa de que disfrutaban; pero que les permite continuar la lucha por su completa emancipación.

La lucha abarca a todos los países. El fascismo ataca de preferencia a todas las naciones débiles que mantienen el régimen democrático, porque es más fácil vencerlos que a las potencias de primer orden. Dominada la mayor parte de los pueblos, la guerra contra las potencias será menos difícil para el fascismo. Gracias a esta táctica nueva en la historia moderna, son hoy las naciones desarmadas las que primero sufren las consecuencias de la nueva gran guerra que se aproxima.



Primero Etiopía, después España, luego China y ahora Brasil. La América Latina se halla en un serio peligro que no exageramos al calificar como el más grave peligro de su historia.

Y México, que no sólo realiza un programa democrático interior, sino que ha levantado su voz austera y desinteresada por exigir el respeto a la democracia en el mundo, se halla en un peligro mayor que el resto de sus hermanos de América.

El fascismo internacional empuja a la burguesía y a la reacción mexicanas hacia la supresión del régimen democrático en nuestro país. Cayendo México, la resistencia en el resto de los pueblos latinoamericanos será menor. Por el contrario, mientras en México se mantengan las libertades individuales y sociales, la victoria del fascismo en el hemisferio occidental será muy difícil. El destino nos ha entregado una responsabilidad a la que tenemos que hacer honor en beneficio de la humanidad entera.

Luchar por la Revolución Mexicana, en consecuencia, es luchar por la democracia mundial; es luchar contra el fascismo; luchar contra el fascismo es luchar por la Revolución Mexicana y por las libertades del hombre, por la civilización y por la cultura.

Luchemos, pues; pero luchemos con éxito. Organicemos al pueblo contra la reacción y el fascismo; mientras la parte vital del pueblo de México esté unida, como hoy, y esté dispuesta a luchar por el mantenimiento de la Constitución que nos rige y por el cumplimiento de los postulados de la Revolución Mexicana, no sólo será posible su progreso material y moral, sino que contribuirá en forma importante a la salvación de otros pueblos.

Aquí están juntos los representantes del pueblo mexicano: obreros, campesinos, trabajadores intelectuales, jefes del Ejército, servidores del Estado, directores del Partido Nacional Revolucionario, delegados del Senado de la República, de la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, viejos revolucionarios y revolucionarios de la nueva generación, todos unidos en el empeño común de hacer de México una patria libre de explotadores y de elevar a México a la categoría de potencia moral de primer orden.

Combatamos la calumnia y la demagogia de los fascistas. El dilema no es comunismo o fascismo, sino democracia o fascismo. Nadie piensa en subvertir el orden constitucional sino los fascistas. Nadie piensa en establecer una tiranía sino los fascistas; nadie piensa en destruir al ejército como baluarte de las instituciones democráticas sino el fascismo; nadie piensa en convertir al hombre en parda unidad de una manada movida por impulsos primitivos sino el fascismo; nadie piensa en humillar a la mujer, haciéndola esclava del hombre, sino el fascismo; nadie piensa en pervertir a la juventud, educándola como animal de presa, sino el fascismo.

Rendimos, en este día, nuestro homenaje a los grandes muertos de la Revolución y a los proletarios cuya muerte ha hecho posible el progreso de nuestro país. Y rendimos también nuestro homenaje a los hombres y a las instituciones que garantizan la marcha de la Revolución indivisible y permanente de México: al Ejército Nacional, en primer término, cuya disciplina y alto concepto de responsabilidad histórica, han

destruido para siempre la posibilidad de los cuartelazos de otras épocas. El proletariado apoya y respalda las demandas económicas de los soldados, de los oficiales y de los jefes, que el Presidente Cárdenas ha acogido con interés y simpatía como gobernante y como soldado de la Revolución, y reitera al instituto armado del pueblo su propósito decidido de contrarrestar la propaganda fascista tendiente a oponer los intereses de los trabajadores a los del Ejército y los intereses del Ejército a los intereses de los trabajadores, cuando tales intereses son los mismos, cuando los enemigos del Ejército son los del proletariado, y cuando la finalidad que ambos persiguen es idéntica, al amparo y bajo la inspiración de la bandera de la Patria.

Nuestro homenaje al Presidente Cárdenas, gobernante y amigo del pueblo, ejemplo en el mundo sombrío de hoy y garantía de la marcha constante de la Revolución Mexicana.

El año próximo vendremos otra vez aquí, como el año anterior y como este año. Pasaremos lista a los héroes, a los militantes valerosos de la Revolución, y también a los traidores de la Patria y a la causa de la humanidad.

Mexicanos: ¡Viva el pueblo español! ¡Viva el pueblo chino! ¡Viva el pueblo brasileño! *¡Muera el fascismo!*

## Una aportación ideológica yanqui al programa de la Revolución

Ante el creciente desarrollo del movimiento obrero de México, con sus consecuencias lógicas inmediatas, como la organización de los sindicatos industriales nacionales, la lucha por los contratos colectivos de trabajo para toda una rama de la producción y el aumento del salario mínimo, ha aparecido en los centros financieros de los Estados Unidos que tienen negocios en nuestro país, una tesis de aspecto científico y de carácter aparentemente revolucionario, que circula en los actuales momentos en todas partes, tratando de incorporarse en la política mexicana, como una valiosa aportación de los elementos progresistas de los Estados Unidos, al desenvolvimiento de nuestra Revolución.

Consiste la tesis, esencialmente, en afirmar los siguientes hechos: a) México es un país eminentemente agrícola; b) el problema central de la Revolución, en consecuencia, es el problema agrario; c) a pesar del reparto de las tierras a las comunidades de campesinos, la situación de éstos, en términos generales, es la misma que antes de haberse iniciado la Revolución; d) en muchos casos puede afirmarse que los campesinos se encuentran en condiciones peores que cuando eran peones de los hacendados; e) en cambio, la situación de los obreros es mejor, en términos generales también, que antes de haberse iniciado la Revolución; f) ciertos sectores del proletariado han alcanzado ya una situación envidiable y, en cierto sentido, superior a la de los obreros de los países de gran desarrollo económico; g) de lo anterior se infiere que mientras los campesinos no progresan, los obreros siguen mejorando sin límite; h) esta situación crea un antagonismo entre los intereses del sector campesino y del sector obrero, que si no ha alcanzado todavía el aspecto de una pugna entre las dos fuerzas sociales más importantes del pueblo mexicano, por falta de conciencia de sus derechos entre la masa de los campesinos, cuando menos provoca un desequilibrio grave de carácter económico y social en la masa productora del país, haciendo de los obreros un grupo privilegiado que aprovecha todos los beneficios de la Revolución de un modo casi exclusivo y que hace imposible el progreso material y moral de los trabajadores del campo, que siguen siendo los eternos olvi-

dados de los movimientos progresistas de México. De estos hechos, los autores de la teoría que comentamos deducen las siguientes conclusiones, como táctica de acción revolucionaria: 1) el esfuerzo del gobierno mexicano debe dedicarse preferentemente a resolver el problema agrario; 2) no sólo basta con entregar las tierras a los campesinos; es necesario darles, al mismo tiempo, la maquinaria y el crédito indispensables para que la agricultura ejidal evolucione y constituya una verdadera fuente de riqueza para el país; 3) el gobierno no podrá, sin embargo, realizar este programa si disminuyen sus ingresos. Y sólo podrá garantizar el monto de su presupuesto si las contribuciones que pagan las industrias no disminuyen. Por tanto, es indispensable para el desarrollo del programa agrario, que México fomente las industrias establecidas en su territorio y dé garantías al capital extranjero que desee establecerse en el país, sin acosarlo con demasiadas obligaciones, si el gobierno desea atender y resolver bien el aspecto central de la Revolución Mexicana; 4) la garantía completa para que el gobierno de México pueda cumplir de un modo absoluto con su programa agrario, sería la de adoptar un programa que consistiera en hacer sentir a los obreros que ya han conquistado un nivel de vida respetable y que es preciso que durante un lapso más o menos largo, diez o veinte años, se abstengan de exigir a sus patrones nuevas obligaciones económicas, pues de otra suerte sería el sector proletario el responsable del incumplimiento del principal de los postulados de la Revolución.

Juzgada esta teoría de un modo ingenuo o malévolo, actitudes que en política valen lo mismo, habría razón para agradecer a los industriales y a los banqueros yanquis su generosa aportación al programa revolucionario de México. Pero analizada a la luz de los principios más simples de la historia y de la economía política, no se puede menos que rechazar con desdén la tesis, que tiene el mismo valor filosófico de los sermones dominicales acerca del bien y del mal que se publican en las revistas y en los diarios del país vecino y aun en el nuestro, en ese estilo lacrimoso de las prédicas protestantes de mal gusto, para engañar a los incautos, espantándolos con las sanciones del austero tribunal de la conciencia.

El principal error de la doctrina consiste en afirmar, implícitamente, que el mejoramiento de la clase trabajadora de México debe ser un movimiento uniforme que abarque por igual a todos sus sectores y que nivele las condiciones económicas de los mismos para evitar que las ventajas de los unos puedan producir los tropiezos de los otros. Esta afirmación es absurda y anticientífica, aun tratándose de países de gran desarrollo económico, como los Estados Unidos, pues aun admitiendo que la agricultura estuviera completamente mecanizada, dentro del régimen burgués las leyes de la concentración del capital colocan a los productores de la tierra en condiciones siempre inferiores a los propietarios de las industrias de transformación y en peores condiciones todavía respecto del que distribuye lo producido y otorga los créditos que hacen posible la vida económica nacional e internacional. Una simple ojeada a la estadística de las diversas ramas de la producción y de los servicios públicos del país vecino, basta para probar que el desarrollo de los diversos sectores de la producción

nunca es paralelo, dentro del régimen de la propiedad privada, a pesar del prodigioso desarrollo de la técnica moderna, y que sólo mediante el incumplimiento de las leyes económicas que rigen el mundo capitalista, cosa imposible mientras el propio régimen capitalista prevalezca, sería posible evitar la explotación de esos sectores por otros dentro de la propia clase propietaria, así como la explotación de los propietarios en general a costa de los intereses vitales del pueblo que trabaja.

Hay otro error grave como el anterior, sólo que no de carácter teórico, sino de perfiles exclusivamente mexicanos, y que consiste en suponer que la economía de un país semicolonial, como el nuestro, puede progresar a voluntad de los gobernantes, deteniendo la evolución de ciertos sectores de la producción material y acelerando el desarrollo de los otros. Sólo desentendiéndose de toda la historia de México y de su actual estructura político-económica, puede decirse que se debe exigir a los propietarios de México las mismas obligaciones en beneficio de la clase trabajadora. En nuestro país no sólo subsisten las formas primitivas de la producción, sino que coexisten en plena vitalidad con las formas más modernas: los talleres familiares; las industrias a domicilio; las pequeñas industrias con máquinas movidas a mano; las pequeñas industrias con máquinas automáticas; las grandes industrias con maquinaria del siglo XIX, y las industrias modernas con maquinaria de la más alta eficacia.

Por otra parte, no existe una burguesía nacional en el sentido exacto del término: las principales industrias del país pertenecen a compañías extranjeras, que manejan los negocios que tienen establecidos en México de acuerdo con un plan general que abarca a varias naciones y que para nada toma en cuenta los derechos fiscales y humanos de la nuestra. Esta burguesía, típicamente imperialista, no tiene ningún punto de contacto con la burguesía nacional propiamente dicha, dedicada a los negocios de segundo orden y a las actividades de ínfima categoría, ya que este sector de la clase propietaria se dedica, preferentemente, a atender las necesidades materiales de la población mexicana, mientras que la burguesía imperialista se dedica a obtener de nuestro territorio materias primas para los países de gran desarrollo industrial.

¿Pueden exigirse, en estas condiciones, las mismas prestaciones a las grandes empresas extranjeras que a los productores de mercancías destinadas para el consumo del pueblo de México, y a los productores de los talleres y de las industrias medievales que constituyen todavía el mayor número de los centros de trabajo de nuestro país? ¿Puede desequilibrarse el fisco mexicano porque se obligue a las grandes empresas imperialistas a dejar parte de sus fabulosas ganancias en beneficio de los obreros de sus industrias, si a pesar de todas las obligaciones que se les impongan obtienen en México mayores beneficios que en los Estados Unidos, o que en otro país de primer orden industrial?

La teoría, en el fondo, encubre solamente el propósito congénito al capital que se invierte en los países coloniales y semicoloniales: el de obtener los mayores rendimientos posibles, no sólo con la finalidad que todo negocio persigue, sino también con el objeto de compensar con las ganancias que las empresas imperialistas obtienen

en los países coloniales y semicoloniales, la disminución de las utilidades que cada día es mayor en los países de gran desarrollo económico, de los cuales el capital imperialista sale hacia los pueblos atrasados o indefensos. A las compañías mineras, a las compañías petroleras, a las compañías de la industria electrónica, a todas las grandes empresas imperialistas de los Estados Unidos, no sólo no les importa el cumplimiento del programa de la Revolución de México, por mucho que alquilen a intelectuales y a escritores de segundo y tercer orden para que propaguen sus deleznable teorías filantrópicas en los centros políticos de su país y del nuestro: lo único que les interesa es que México, por lo que ve a sus propios negocios, no pierda su carácter histórico de país de mano de obra barata y de gobiernos sobornables por la complicidad o por la amenaza. Creer que los grandes trusts yanquis están interesados en el desarrollo de la política agraria del gobierno y que ofrecen su cooperación para que los indios y los mestizos mexicanos puedan dejar de usar huaraches y calzones de manta y consigan las ventajas de la civilización, es creer en los milagros de las fábulas que refieren la transformación biológica de los animales de presa frente a sus víctimas, por la intervención de fuerzas sobrenaturales.

No sería nada extraño que, completando este programa imperialista de sello protestante, las grandes empresas mineras, petroleras y otras de igual índole, ofrecieran al pueblo de México preocuparse por la salud de nuestro proletariado, edificando a su costa escuelas politécnicas y hospitales, que tendrían por objeto, como ya lo han hecho en otros países, mantener en buenas condiciones de salud a los obreros que trabajan por bajos salarios, en la víspera de una nueva guerra mundial que obligará a los países productores de materias primas, a trabajar ininterrumpidamente en provecho de las grandes naciones que harán la guerra para liquidar sus rivalidades económicas y políticas.

La Revolución Mexicana debe continuar por su propio cauce, sin atender el consejo del enemigo: liquidando la organización semifeudal del país, acabando con los latifundistas y entregando la tierra no sólo a las comunidades agrarias, sino también a los contingentes de los peones acasillados, para hacer de la producción ejidal la base de la producción económica de todo el pueblo de México. Debe transformar las industrias primitivas y clandestinas en grandes industrias, y debe obligar a las empresas de importancia, lo mismo que a las otras, a que respeten y cumplan fielmente las leyes establecidas en nuestro territorio. Los recursos de nuestro país no se encierran en una bolsa que debe ser repartida de una manera equitativa, dando más a los menesterosos y menos a los que no son tan pobres, como si esa bolsa no pudiera nunca aumentar su contenido, mediante la acción revolucionaria del gobierno, la asociación de los campesinos, la maquinización de la tierra, la transformación de las pequeñas industrias y la evolución de la legislación del trabajo, que en nuestro país, a pesar de casi treinta años de revolución permanente, es de las más atrasadas del mundo por lo que toca al cuidado de la salud y a la compensación de los riesgos profesionales y sociales a los que la clase trabajadora está expuesta.

## El Partido de la Revolución Mexicana

Nace el nuevo Partido de la Revolución en circunstancias trascendentales para la vida futura de México, y en condiciones de importancia excepcional también para los destinos de todos los pueblos de la Tierra; pero este hecho no es casual ni fortuito; el nacimiento de un Partido que asocia en su seno a los más importantes sectores del pueblo de México es la consecuencia natural, la consecuencia histórica del proceso mismo de la Revolución Mexicana, y del proceso también de la Revolución Social que no termina.

No sería necesario, ante una asamblea integrada por los más altos representantes del pueblo de México recordar ahora las diversas etapas de la evolución histórica de nuestro país, ni siquiera tampoco los principales períodos de la etapa revolucionaria; menos aún, quizás, las características del régimen capitalista, las crisis provocadas por las contradicciones inherentes al propio régimen burgués, para concluir afirmando que tanto el hecho de nacer ahora en nuestro país un Partido auténtico de la Revolución, como los acontecimientos que estamos presenciando en otras partes del planeta, son este resultado natural del proceso histórico y de la lucha de clases. Pero sí es indispensable que analicemos la situación de hoy mismo, tanto en México como fuera de nuestras fronteras, para valorizar no sólo la importancia que va a tener a partir de mañana el nuevo Instituto Político de la Revolución sino sobre todo, para que nosotros digamos qué queremos que sea este nuevo Partido Político en México, qué esperamos de él, tanto en el orden interno como en el orden de las relaciones internacionales.

La Revolución Mexicana tiene, a nuestro juicio, dos aspectos principales, aspectos que corresponden de una manera natural a la estructura de un país semifeudal y semicolonial como México: en primer término, la Revolución es una lucha del pueblo para liquidar los aspectos del feudalismo, y en segundo lugar, la Revolución es un movimiento también del pueblo, particularmente del proletariado, por conquistar la autonomía económica de México, peleando contra las fuerzas imperialistas del exterior.

Estos dos signos, estos dos aspectos: el de la lucha nacionalista contra el enemigo interior, y el de la lucha nacionalista contra los enemigos de afuera, son el perfil más

---

Discurso de la fundación del PRM. 30 de marzo de 1938, CTM (1936-1941).

recio, la fisonomía más definida de la Revolución Mexicana en los tiempos que corren. Y por lo que toca a los acontecimientos de afuera, la pelea se caracteriza entre todos los sectores de los pueblos que viven aún bajo el régimen de la democracia burguesa, contra la asociación internacional de los partidos políticos fascistas creados por la gran burguesía de todos los países.

El régimen burgués, que llegó al poder político gracias a una serie de medidas particularmente de orden jurídico, que consagraron la libertad individual en todos los órdenes de la existencia, y las libertades de los pueblos entre sí mismos para hacer posible el desarrollo ininterrumpido de la clase poseedora de los instrumentos de la producción económica, no pensaba que al ascender ellos mismos en la historia, habrían de crear la fuerza que debe liquidarlos andando el tiempo. El proletariado, hijo natural del portentoso progreso de la técnica y de la fuerza política de la burguesía, ha planteado a la Humanidad entera la liquidación del régimen burgués, y de los grandes consorcios, los capitanes de la industria y de las finanzas, los detentadores y privilegiados poseedores del trabajo colectivo han considerado que la libertad que gracias a ellos existe, la libertad que hizo posible su propio triunfo, es ya un grave inconveniente, porque independientemente de sus aspectos negativos, por lo menos significa una garantía para el creciente desarrollo del proletariado que llegará al poder, y por este motivo se revuelven en contra de la propia base jurídica, y política, y moral que hicieron posible, e instauran en donde han podido hacerlo una tiranía al servicio de la propia clase privilegiada, que no sólo tiene esta característica, sino que en empuje combativo acaba con los aspectos más válidos de la cultura y de la civilización.

Por este motivo la lucha en los actuales momentos se caracteriza en casi todos los pueblos del mundo por ser una lucha entre los Partidos del pueblo, entre los sectores del pueblo que quieren seguir conservando las libertades tradicionales para llegar a cumplir su destino histórico final en contra del fascismo internacional y en contra de la reacción interior en las fronteras de cada Patria.

Y en México, independientemente de esta lucha histórica en contra de la reacción interior, en contra del latifundismo, en contra de las formas primitivas y coloniales de la producción, en contra del imperialismo, el fascismo internacional, se asocia, porque el avance constante de la Revolución hace imposible la instauración de una tiranía de tipo fascista en nuestro país.

Más aún: México, que desde 1910 se colocó a la cabeza de las naciones latinoamericanas, y que sacudió a todas ellas de un modo profundo aun cuando en ciertos momentos en el último cuarto de siglo, debido principalmente a la prevaricación de los caudillos de la Revolución y de sus jefes perdió ese sitio de honor, ha recobrado en los últimos años no sólo el puesto viejo de orgullo y de satisfacción legítima, sino que en los actuales instantes ya no es sólo un abanderado de las naciones latinoamericanas que pelea por todas ellas, sino que inclusive, por la primera vez en nuestra Historia, el pueblo débil económicamente juzgado, el pueblo atrasado desde el punto de vista



técnico, ocupa en estos momentos la vanguardia de todos los pueblos libres de la Tierra. (Aplausos.)

Desde que llegó el general Cárdenas a la Presidencia de la República, la Revolución Mexicana dio grandes pasos y conquistó situaciones definitivas, no sólo para las clases productoras sino para todo el pueblo; ya que no es la pelea por conquistar el derecho político, ya no es sólo la lucha por aumentar los salarios de los campesinos y de los obreros; ya no es sólo la lucha por renovar aquel viejo ejército porfirista que no estaba identificado con el pueblo, hasta haber levantado el ejército de hoy que es timbre de orgullo para la Revolución y para la Nación Mexicana. (Aplausos.)

Ya no es sólo esto; la Revolución entra en una fase de incalculable trascendencia; la Revolución considera que es menester entregar la tierra a los campesinos, pero no sólo para aumentar su miserable jornal de parias, no para que sigan siendo parias de las haciendas; la Revolución hoy piensa que es menester entregar la tierra a los campesinos para que sola la clase campesina de México produzca para todo el pueblo de México. (Aplausos.)

El ejido es la base de las instituciones revolucionarias de nuestro país; ha alcanzado una trascendencia y una significación que no tuvo al principio; ahora son todos los trabajadores del campo los que deben hacer que fructifique con su esfuerzo, no para bastarse a sí mismos, sino para bastar al país. Y sobre la base de la producción agrícola en manos de los campesinos se tendrá que levantar necesaria y fatalmente una nueva economía revolucionaria, una nueva economía nacional.

Se ha pensado también en que no basta que los servicios públicos, que las fuentes en general de producción sirvan a los intereses de sus propietarios o poseedores; ya inclusive los viejos partidos extinguidos de la postguerra que de hecho sostuvieron una plataforma radical, como el Partido Social-Demócrata de Alemania, afirmaban, sin embargo, la propiedad obligada: nosotros hemos dicho en México que la propiedad es un servicio social, no un privilegio del individuo, y la Revolución al estimar, al aplicar este principio, quiere que los poseedores de las fuentes de la economía del país, cumplan con su deber de individuos que tienen la obligación de satisfacer las necesidades del pueblo mexicano, y si no lo hacen así, entonces el gobierno revolucionario tiene que hacer que se cumplan las leyes, que se respeten nuestras instituciones, y ha puesto en manos de los trabajadores los servicios públicos, para que los trabajadores organizados sí hagan de las fuentes de producción un verdadero servicio para todo el pueblo de México. (Aplausos.)

Además, la Revolución adquiere en estos momentos, por la primera vez en la Historia, un sentido profundamente nacionalista, no un sentido nacionalista chauvinista, patriotero, sino un sentido nacionalista en el más alto sentido del término: lucha por la emancipación real de nuestro país, lucha por el respeto a nuestras instituciones, particularmente por el respeto a ellas de parte de las fuerzas del exterior. El conflicto petrolero, que entra en esta hora en una nueva fase, nos está indicando ya la incalculable trascendencia de este aspecto de la Revolución Mexicana; no se trata de expo-

piar el petróleo por expropiarlo, no se trata de un gesto aislado ni de una actitud demagógica; se trata de una actitud serena, ecuánime, justa, estrictamente legal, pero amparado en la tradición revolucionaria del país y en las necesidades ingentes del pueblo mexicano. (Aplausos.)

Cuando las empresas tuvieron la posibilidad de cumplir con las leyes de nuestro país, no quisieron hacerlo; cuando el señor Presidente de la República recibió a los gerentes de las compañías petroleras para escuchar sus puntos de vista, y éstos le declararon que no estarían en posibilidad de pagar los veintiséis millones de pesos, el señor Presidente les afirmó que no deberían pagar más de esa suma de dinero a la cual les condenaba el laudo de la Junta Federal de Conciliación y Arbitraje; sin embargo, los representantes de las empresas extranjeras no aceptaron cumplir con nuestras leyes, ni con la sentencia de nuestros tribunales establecidos, porque el problema en el fondo no era un problema económico, como posteriormente las propias empresas se encargaron de probarlo. La víspera misma, el día anterior todavía, cuando se les preguntó si estaban dispuestas a cumplir con la sentencia, afirmaron que no estaban en condiciones económicas de hacerlo, pero en cambio una hora antes, cuando ya el señor Presidente había tomado todas sus determinaciones, una hora antes de que fuera conocido por el país su enorme manifiesto anunciando la expropiación petrolera, las empresas declararon que estaban en condiciones de pagar los veintiséis millones de pesos. Esto quiere decir que la actitud de las empresas fue una actitud política premeditada en contra del gobierno constitucional de México, y en contra de los intereses de nuestro Poder Público; no fue una actitud de carácter económico, sino una actitud típicamente imperialista. El gobierno nacional no tenía, pues, otro camino que seguir que el camino de defender el decoro de la Patria y el valor legítimo e intocable de las instituciones de México, y por eso expropió la industria del petróleo. (Aplausos.)

Esto significa que la Revolución es ya el alma de la Patria Mexicana, que ha alcanzado a saturar de convicción todos los sectores de nuestro país, y que independientemente de la lucha de clases que no es un hecho creado por voluntad de nadie, sino por el propio proceso de la historia, hay acontecimientos que asocian a los mexicanos para defender el futuro de nuestro país, sin distinción de ideas políticas o religiosas.

La Revolución Mexicana, pues, ha llegado a una etapa en que era indispensable, en que era necesario la revisión de muchas de sus instituciones seculares, y de los modos de vivir, colectivo o de grupo de nuestro país. La Revolución Mexicana se encuentra ahora en una situación parecida a la en que se encontraba antes de la expedición de la Constitución de 1917; ya el pueblo mismo había creado instituciones más avanzadas que la Constitución de 57; desde que Emiliano Zapata se levantó en armas, desde que se suscribió el Plan de Ayala, de hecho había nacido el artículo 27 de la Constitución; desde las huelgas de Cananea y de Río Blanco, y otros acontecimientos análogos ya había nacido el artículo 123 que después el Congreso de Querétaro habría

de suscribir. (Aplausos.) Y es que la vida crea siempre y resuelve los problemas que más desconciertan a las inteligencias puras, según la vieja y conocida afirmación; es que una vez que se crea una forma de producción económica las superestructuras sociales, particularmente las normas jurídicas que esa nueva situación material ha conquistado, tienen que ponerse a tono con la base misma de la sociedad, si es que las normas jurídicas quieren servir al desarrollo de los pueblos, y por este motivo, después de 17, todo lo que se ha realizado en nuestro país, urgía una revisión de las principales instituciones de la vida cívica.

El Partido de la Revolución Mexicana que hoy nace tiene, pues, una incalculable trascendencia histórica, y esa explicación también de carácter científico, no nace al azar, es ésta consecuencia lógica. Nuestra Constitución sigue siendo una Constitución individualista, y las prácticas políticas de nuestro país, que no podían recoger la opinión aislada de las personas, por muchos motivos, en lugar de haber hecho realidad viva la democracia a base de los sufragios universales e individuales, tuvo que atropellar estos postulados porque eran impracticables, y por esa causa se ha llegado a veces a los excesos, a las farsas de carácter político electoral que todos hemos presenciado y condenado.

¿Cuál es el pueblo de México al que debe consultarse su opinión para que elija los mandatarios del propio pueblo? ¿Existe por acaso un pueblo en abstracto? ¡No existe! ¿Existe la sociedad también en abstracto? ¡No existe tampoco! Esta fue una creencia científica de los pensadores que opinaron hacia la mitad del siglo XIX; la sociedad no es un conjunto homogéneo, es un conjunto heterogéneo integrado por clases sociales antagónicas y por sectores que tienen intereses opuestos a veces. ¿Cuál es el pueblo al que hay que consultar su opinión para que designe a sus representantes? A los que hacen posible la vida, y después a los productores manuales e intelectuales, a los miembros del Ejército que hacen posible la existencia de las instituciones revolucionarias, y a todos los que en alguna forma cooperan al desarrollo revolucionario del país. ¡Ese es el pueblo, el único pueblo que en México existe y que debe ser consultado para elegir a los representantes del propio pueblo en el gobierno, no otro, no existe otro! (Aplausos.)

Por eso el general Cárdenas hablaba en Yucatán, en su última visita al Sureste, de la democracia; pero no de la democracia en abstracto, sino de la democracia de los trabajadores, de la democracia de los que trabajan prestando su esfuerzo ya a la producción material, ya al mantenimiento de las instituciones, ya al desarrollo de ese pueblo en actividades de carácter cultural o productivo. Ese es el pueblo de México, esa es la democracia que nuestro país quiere, esa es la democracia a que aspira el proletariado de México.

Por eso nosotros decimos que en esta ocasión, en que la Revolución produce un genuino partido del pueblo, no un partido que se crea burocráticamente desde arriba para servirle a un caudillo ocasional, sino un partido que nace de la tierra, desde

abajo para servirle al pueblo (aplausos), que este partido haga honor a lo que el país quiere que el partido sea.

Dos son las ideas fundamentales que la clase trabajadora desea ver presidiendo el estatuto del nuevo Partido de la Revolución: primero la alianza de los sectores revolucionarios de México de una manera permanente, alta y digna, primer postulado. No quiere el proletariado que el nuevo Partido de la Revolución sea un partido sectorio, un partido exclusivamente para beneficio de los obreros. Quiere el proletariado que el nuevo partido sea un partido para todo el pueblo de nuestro país, para los obreros, para los campesinos, para los trabajadores manuales, para los trabajadores intelectuales, para los miembros del Ejército, para las mujeres, para los jóvenes, para todo el pueblo de México. (Aplausos.)

Y por esta causa es menester que el estatuto del nuevo partido consagre y garantice este principio fundamental; la alianza de los principales sectores del pueblo mexicano. Y otro principio más: el respeto verdadero al sufragio de los sectores organizados. (Aplausos.) El respeto real al voto del pueblo mexicano. ¡Ya estamos hartos de mugre, de cieno y de farsas político-electorales! (Aplausos.)

¡Ya no queremos representantes teóricos del pueblo, que nunca están en contacto con el pueblo sino cuando van a pedirle su voto! (Aplausos.) Queremos representantes que vivan realmente la vida de cada sector, y que desde los ayuntamientos del país, hasta el Jefe del Poder Ejecutivo sean realmente mandatarios de la clase trabajadora y de todos los sectores del pueblo organizados en un anhelo común: el de salvar la Revolución Mexicana. (Aplausos.) Y éste anhelo se conquista estableciendo en el estatuto el principio de la democracia funcional permanente, garantía del voto del pueblo. (Aplausos.)

Si en un ayuntamiento no hay representantes de los sectores organizados del municipio, ese ayuntamiento es una ofensa al pueblo de la comarca. Queremos que permanentemente, de acuerdo con su representación funcional, con su valor cívico, haya siempre en todas partes del país campesinos, obreros, mujeres, jóvenes, todos los que trabajan en alguna actividad (aplausos): queremos que en las legislaturas de los estados también haya representantes reales de los sectores organizados del pueblo; que en el Congreso de la Unión, lo mismo; que al frente de los gobiernos locales también acontezca igual, y que el jefe del país, del gobierno, sea realmente, no un caudillo ocasional o discutible, sino un mandatario del pueblo y, además, un abandonado de la Revolución, como por fortuna hoy comienza con Cárdenas a sentarse el ejemplo para los futuros gobernantes de México. (Aplausos.)

Eso quiere el sector proletario en esta asamblea que sea el Partido de la Revolución.

Y ahora, en cuanto a su programa inmediato, en cuanto a las principales reivindicaciones que queremos proponer, debemos preocuparnos no sólo por lo que ya es instituto jurídico de la Revolución, sino por lo que debe ser también mañana norma de derecho público. En primer término la defensa verdadera, no demagógica, el apoyo real a la mujer mexicana. (Aplausos.) (Vivas al C. Lombardo Toledano.) El sector

proletario no viene a halagar a las mujeres de nuestro país, sino a defender sus derechos. No vamos a hacer propaganda como en los antiguos tiempos y por fortuna desaparecidos, de la lucha por el voto femenino a secas; vamos a proponer un plan completo de reivindicaciones. La mujer no tiene derecho al trabajo en nuestro país, y eso es la base de su emancipación completa; la libertad económica, el derecho a vivir como el hombre. (Aplausos.) Sólo medio millón de mujeres de nuestro país trabajan fuera de su hogar; cinco millones de mujeres trabajan en las llamadas "labores domésticas". Y, ¿cuál es la vida de la mujer en las labores domésticas? La vida de vejámenes constantes, la vida de humildades o de miserias que no les permite siquiera levantar con orgullo la frente de madres porque las echan. Esa es la situación de humillación en que viven cinco millones de mujeres en nuestro país. Del medio millón que trabaja fuera del hogar, la mayor parte de ellas son sirvientas que están en condiciones casi de esclavas de las amas de casa. Y luego en la industria, ya sabemos cuál es la situación de ellas. ¿Cuántas ramas de la industria están abiertas para las mujeres? Muy pocas, contadas son. Y cuando se prefiere a la mujer es porque su esfuerzo es barato, es porque el hombre no acepta un salario tan bajo. Y en cuanto a la mujer que vive en el campo, ¿cuál es su situación? El Código agrario mismo habla de jefes varones; no habla de mujeres sino cuando son viudas; es preciso dar a las mujeres que no se han casado, a las célibes, también derechos como a los hombres, para una parcela. (Aplausos.)

Después de conquistar el derecho al trabajo, hay que darles a las mujeres sus derechos cívicos; en primer lugar, el derecho al voto sin limitación (aplausos), y luego la igualdad jurídica con el hombre. Todavía hay supervivencias de la época casi prehistórica, apenas desaparecido el matriarcado, en que el padre de familia es el propietario, el que hereda a sus hijos varones, sin que la mujer comparta el derecho de manejar el hogar. ¡Cuántos códigos civiles de los estados no han sido reformados hace casi medio siglo! No hay todavía igualdad civil entre mujer y hombre, y hay que elevarlas entonces en todos los órdenes, y sólo así podremos pensar en una nueva generación de raza limpia y sana. ¡Miles y miles de prostitutas pueblan las ciudades y los pequeños villorrios de México! Mujeres lanzadas por el régimen en que vivimos y por su situación de inferioridad económica y legal a la prostitución, y nada importante se ha hecho en favor de ellas. Y el derecho a la cultura también es todavía un derecho que plantea desigualdad entre los sexos. Todos los aspectos, pues, de defensa de los intereses de la mujer quiere el proletariado que se establezcan como reivindicaciones en el nuevo Partido de la Revolución. (Aplausos.)

Y después, otro aspecto de igual significación: el mantenimiento de las instituciones revolucionarias, el mantenimiento de los aspectos colectivos de la democracia. Depurando el sistema electoral, garantizando realmente el voto del pueblo organizado, la defensa de la integridad nacional es fácil. Vivimos expuestos, en peligro serio; vivimos un instante de crisis profunda. Yo siempre he sido optimista porque no hago más que reflejar la juventud perpetua del proletariado de mi país, y por eso creo que

nuestro México va a vencer todos los obstáculos y a triunfar de todos sus enemigos; pero es menester trabajar seriamente, con ahínco, con entusiasmo patriótico en el más amplio sentido del término.

Las gentes enemigas de la Revolución, sobre todo en esta Ciudad de México, en donde se incuban todas las calumnias, todos los chismes, todas las ideas maltrechas, ahijadas para causar daño y zozobra, están produciendo en nuestro país una actitud de expectación, y en algunos sectores, en individuos pusilánimes, de miedo y de cobardía frente al futuro. Se cree por muchos todavía, dada nuestra situación tradicional de país semi-colonial que lo que los Estados Unidos quieren, eso es lo que a la postre se realiza en nuestro territorio, y tiemblan ante la labor antipatriótica de ciertos órganos de publicidad que parecen respaldar al gobierno de Cárdenas, pero que en realidad siguen sirviendo a los enemigos de la Revolución, y dicen que es preciso que el país no se hunda y que el gobierno ceda, y que el proletariado se calle para siempre y que todo el mundo se conmueva ante el peligro de perder nuestra independencia, con el objeto de que podamos hacer concesiones al extranjero y seguir adelante, en una forma más o menos digna, decorosa. Pero esas calumnias, esas ideas péfidas, no tienen eco por fortuna en este año de la Revolución. Ya el proletariado tiene conciencia clara de su clase y de su destino; el campesino también, ya unificado, tiene conciencia clara de su postura y de sus derechos en el futuro; el Ejército Nacional es una honra para la Revolución Mexicana (aplausos), y los demás sectores saben también que en este momento se está cuajando realmente la base del nuevo edificio de la patria, y que por esa causa no podremos ser derrotados por nada ni por nadie.

Estimando, sin embargo, en que nuestro trabajo debe ser serio, yo quiero traer esta nota de optimismo sincero y auténtico a la Asamblea del Congreso Constituyente del nuevo Partido de la Revolución, pero es menester que no dejemos la carga al gobierno; es menester que este partido que hoy nace, que no es un apéndice del gobierno, que no es un órgano burocrático del Estado, que es el genuino representante de todos los sectores del pueblo, convenza a sus socios, a todos los trabajadores de México, a todos los miembros del ejército, a todos los individuos que forman los sectores populares de otro carácter, de que llegó la hora de hacer aportaciones verdaderas para salvar al país. En primer término la convicción profunda en nuestra permanente victoria; en segundo lugar la certeza absoluta de que la Revolución es única e indestructible, y de que no podrá detenerse; en tercer lugar, la convicción de que es menester aportar parte del patrimonio personal para salvar a la Patria. En muchas cosas puede estarse educando a las masas. ¿Cuánto se despilfarra en cosas fútiles o perjudiciales? Vino, diversiones funestas, entretenimientos nocivos, desahogos contrarios al espíritu y a la carne, ¿no pueden ser suprimidos? No podemos vivir un instante de austeridad no hipócrita ni fingida, sino de cooperación real para la Patria.

Tengo la convicción de que todos los mexicanos han de vivir austeramente, como compete al decoro nacional, para cumplir nuestros compromisos y salvarnos de nuestros enemigos.

Si el Partido de la Revolución Mexicana nace, pues, bajo estos auspicios, con estas perspectivas, de limpiarnos de los vicios del pasado, de respetar el voto del pueblo, de asociar a todos los sectores de la Nación Mexicana, de proclamar la continuación de la Revolución y de fortalecer al gobierno de Lázaro Cárdenas, el primer gobernante limpio y revolucionario de nuestra historia reciente (aplausos), tengo la convicción de que este acto, como lo hemos anticipado, como lo hemos proclamado y lo seguimos diciendo, será el acto político más importante de la historia moderna de nuestro país. (Aplausos.)

Camaradas representantes del Ejército Nacional: El proletariado de México los saluda y los aplaude. (Aplausos.) Camaradas representantes de los campesinos de México: el proletariado los saluda y los aplaude. (Aplausos.) Mujeres y jóvenes de mi país: el proletariado los aplaude y los felicita. (Aplausos.) ¡Viva Lázaro Cárdenas! (Aplausos.) ¡Viva la Revolución Mexicana! (Aplausos.) ¡Viva la Independencia de México! (Aplausos.)

## La Revolución Mexicana cumple su destino de liberación nacional

La expropiación de la industria petrolera significa el verdadero comienzo de la independencia económica de nuestro país:

La Revolución Mexicana, que viene cumpliendo su plan matemáticamente, a través de aspectos y etapas vigorosamente definidos, trata, como objetivo fundamental, de alcanzar la independencia económica de la patria, sin lo cual sería imposible disfrutar de la independencia política que reconoce el derecho internacional.

El Artículo 27 de la Constitución sancionada en el año 1917 contiene, en esencia y en doctrina, el verdadero espíritu nacional de la revolución al declarar que corresponden a la Nación Mexicana las riquezas de su suelo y del subsuelo, con la especificación inequívoca de que únicamente pueden ser explotados por los mexicanos.

Cuando comenzó el conflicto que es de conocimiento universal, nadie pensó que podía llegarse hasta la expropiación de los yacimientos, pero las compañías, enfrentándose a los trabajadores y a las propias leyes de nuestro país, siguieron la vieja táctica internacionalmente conocida y que vienen practicando de antiguo con los países pequeños y débiles. Trataron de mover en toda forma las influencias diplomáticas para que ellas, desde el exterior, presionaran sobre las autoridades de México a fin de mantener intangible una situación de privilegios odiosos e injustificados.

La expropiación resuelta tiene un objetivo de incalculables beneficios, no sólo para México, sino también para todos los países semicoloniales de la América Latina.

Esa medida enérgica sienta el precedente de que la soberanía del pueblo y los intereses del trabajo no pueden subordinarse a los caprichos y a las audacias del capitalismo extranjero. Reivindica para México aquello que es la base fundamental de toda industria moderna y sin la cual es imposible pensar en un verdadero plan económico nacional que garantice su verdadera independencia.

Por otra parte, señala el camino a seguir por los pueblos latinoamericanos que se hallan en condiciones similares a las de México.

Fuera del aspecto substantivo, desde el punto de vista de los intereses del Estado y de la defensa esencial de su soberanía, me complazco en declarar que esta medida



ha congregado alrededor del gobierno no sólo al proletariado, sino también a todos los sectores del pueblo, inclusive a los núcleos burgueses nacionales, aliados tradicionales de los intereses imperialistas, que en esta emergencia, por impulso patriótico, se han apresurado a protestar contra la audacia de las empresas extranjeras.

Finalmente, esta medida ha logrado también que todo el pueblo de México adquiriera la conciencia de que es menester luchar intensamente por la independencia económica del país, a fin de que sea posible asegurar en un futuro próximo el bienestar definitivo de todo el pueblo.

## Nuestra Revolución cumple 28 años

Es tarea fecunda en resultados la de efectuar, año con año, un balance de la Revolución Mexicana. El análisis es doblemente valioso si se hace con espíritu de crítica constructiva, serena y elevada en sus propósitos. Y si bien es verdad que nadie puede negar la utilidad que tiene este modo de celebrar cada 20 de noviembre, no es menos cierto que este nuevo aniversario de nuestro movimiento popular tiene peculiar significación, pues nos encuentra en circunstancias especialísimas en lo que a la situación internacional se refiere; aparte de la dura pelea que México ha entablado con el imperialismo petrolero, se cierne sobre el mundo todo la terrible amenaza del fascismo ensoberbecido y envalentonado por sus recientes tropelías en las que ha gozado de absoluta impunidad. El momento actual ofrece, pues, excepcional interés para hacer un juicio sobre el pasado inmediato y sobre el porvenir de nuestra Revolución.

Hemos dicho y lo hemos repetido hasta el cansancio que son dos los postulados fundamentales de la gesta iniciada en 1910: la liquidación del feudalismo y la liberación del país del tutelaje del imperialismo extranjero. Obligadamente nuestras observaciones en torno a lo acontecido desde el pasado 20 de noviembre, tienen que tener como punto de referencia estos dos principios que constituyen la base programática de la Revolución Mexicana.

En lo que al cumplimiento de la Reforma Agraria concierne, conviene apuntar de un modo preferente, la entrega de la tierra a los campesinos de la región del Río Mayo, en el estado de Sonora. Después de La Laguna, de Yucatán y del Río Yaqui, ningún otro capítulo de la labor realizada en beneficio de los campesinos tiene tan gran importancia como el que aquí comentamos. Sobre todo si se toma en consideración la sistemática oposición de Yocupicio al programa de la Revolución en el estado que des gobierna. Al conceder tan gran trascendencia a la repartición de la tierra en el Río Mayo, no lo hacemos movidos por la ingenua creencia de que esta nueva conquista se ha logrado definitivamente y del mejor modo posible. Sabemos demasiado bien en las condiciones desventajosas en que los ejidatarios se encuentran

---

Revista *Futuro*, noviembre de 1938.

al tener que luchar tesoneramente contra los recursos combinados de los hacendados sonorenses y del gobernador de aquella entidad. Conocemos al detalle la oposición sistemática y ruin que Yocupicio ha ofrecido a los campesinos a fin de que no trabajen la tierra en forma colectiva. No ignoramos el régimen de terror que se ha inaugurado en aquella región de la patria con el propósito de nulificar el esfuerzo de los ejidatarios del Mayo, quienes por su eficaz preparación técnica, su alto sentido de responsabilidad y su desarrollada conciencia revolucionaria constituyen un serio peligro para los latifundistas sonorenses, para su aliado incondicional que es hoy gobernador, y para todos los enemigos de la Reforma Agraria en México. Pero a pesar de los obstáculos, a pesar de las deficiencias que esta labor de sabotaje ha traído consigo, la jornada del Río Mayo viene a sumarse a los más importantes actos que en materia agraria ha realizado el gobierno del general Cárdenas.

El año que acaba de pasar tendrá, nadie lo duda, gran significación histórica, en virtud de haberse dado durante él, uno de los más trascendentales pasos por el camino de la independencia económica nacional. La lucha contra los monopolios petroleros que iniciaron los trabajadores organizados bajo la bandera de la CTM, se transformó en una de las más espectaculares contiendas de los tiempos modernos. Con los obreros revolucionarios como núcleo, el pueblo todo de México se aprestó a la pelea contra la soberbia y la voracidad del imperialismo. La batalla se dio con éxito. El triunfo fue producto de la táctica inteligente seguida por la CTM en el conflicto y de la conducta rectilínea observada por el Presidente Cárdenas.

El entusiasmo desbordante con que el pueblo mexicano respaldó la expropiación de la industria petrolera constituyó la mejor prueba de que la Revolución ha sabido captar los legítimos anhelos de las mayorías, tendientes a hacer de México un país auténticamente independiente. Quedó demostrado también que toda lucha antimperialista, si ha de ser eficaz, necesita de organización adecuada, de coordinación absoluta de todos los sectores interesados en ella, y sobre todo, que es al proletariado revolucionario al que corresponde la vanguardia y la dirección de la pelea; su conciencia de clase, su disciplina y su experiencia son los factores que le señalan ese puesto de tan alto honor y de tan grande responsabilidad.

De especial significación fue también otro hecho realizado últimamente: la entrega de los ferrocarriles a los trabajadores. La serie de graves errores cometidos por la empresa ferroviaria, que tenía de nacional sólo el calificativo, fue la mejor justificación que encontró el general Cárdenas para buscar el mejoramiento efectivo de tan importante servicio público. Y a fin de remediar definitivamente tan crónico mal, se dejó a los propios trabajadores la responsabilidad del manejo de los ferrocarriles.

Acontecimiento de singular trascendencia fue la creación del Partido de la Revolución Mexicana. En lugar del organismo burocrático que fue el PNR, forjado por Calles para gobernar sin responsabilidad personal y directa, nació en abril de este año un partido político integrado por el ejército, por los campesinos organizados, por el proletariado y por los grupos avanzados de la clase media.

Todo progreso revolucionario trae aparejado un movimiento de reacción. Así ha ocurrido con los pasos firmes que México ha dado en el curso de este año. Dentro y fuera del país las fuerzas enemigas de nuestro progreso han desarrollado intensa actividad. En el extranjero, una canallesca labor de propaganda antimexicana. En la República, grandes esfuerzos por lograr la concentración de todas las fuerzas anti-populares. Para contrarrestar la campaña insidiosa que en contra del movimiento progresista se ha hecho, sirvieron admirablemente los importantísimos congresos internacionales que con mucha anterioridad habían sido convocados por la Confederación de Trabajadores de México. Destacadas personalidades del mundo entero pudieron constatar la falsedad de las calumnias que contra nuestro país se esgrimen por la prensa mercenaria del extranjero. La creación de la Confederación de Trabajadores de América Latina constituyó un positivo triunfo del movimiento progresista en nuestro continente, muy especialmente para los países semicoloniales indoamericanos. México debe sentirse orgulloso de haber sido la sede de esta trascendental reunión de los representativos del proletariado latinoamericano, pues difícilmente se hubiera encontrado en estos momentos otro país de América en donde los delegados hubieran disfrutado de mayor libertad para sus deliberaciones y desde luego ninguno en donde hubieran sido más estimados.

La clase conservadora de México no podía permitir que la burguesía internacional y el imperialismo extranjero le llevase la delantera en su oposición a las conquistas populares logradas en nuestro país. Fue por ello que redobló sus esfuerzos, aumentó sus efectivos de combate. La prensa mercenaria fue útil instrumento para la ofensiva. La risible "independencia" de nuestros periódicos "serios" se puso al servicio incondicional de los reaccionarios. Cedillo les falló en su papel de "salvador de la Patria". Pero no por ello abandonaron sus propósitos. Han ocurrido por ahora al grupo de los EXES —ex militares, ex funcionarios, ex revolucionarios de todos colores—, a fin de levantar la bandera de la contrarrevolución. Afortunadamente estas amargadas personas, enfermas de resentimiento y de impotencia, constituyen más bien un problema de laboratorio que un caso de peligro político. Hemos dicho en algún otro lugar que bien valdría la pena estudiarlas a la luz del psicoanálisis. Iturbe, Pablo Carreras González, Caraveo, Coss, Bolívar Sierra, Yocupicio, Cabrera, Vasconcelos y demás EXES constituyen, a no dudarlo, interesantísimas unidades de estudio para la psiquiatría. Nada más. El pueblo mexicano los conoce demasiado bien para dejarse engañar por sus gestos ridículos y por sus frases demagógicas.

Un año más de vida tiene ya la Revolución Mexicana. Vive hoy una etapa de plena madurez. La tierra está siendo entregada a los campesinos. La independencia económica nacional se ha iniciado con éxito. La clase obrera, consciente de su responsabilidad histórica, ha sabido sacrificar, en parte, sus legítimas aspiraciones inmediatas, tales como las de un justificado aumento de salarios en virtud del alza inmoderada del costo de la vida; lo ha hecho precisamente porque sabe que es ella, en gran parte, la que ha generado este gran movimiento de liberación nacional. El ejército, a pesar de las voces de los enemigos de la Revolución, está con el pueblo del que forma

parte. Las dificultades económicas por las que atravesamos han servido para fortalecer la solidaridad de los sectores populares de México y no para romperla como pensaron ingenuamente quienes se empeñaron en agudizar el desequilibrio de nuestra economía. Ante la brutal ofensiva que en el mundo ha desencadenado el fascismo y sus cómplices solapados, el pueblo de México, más consciente hoy que nunca de sus destinos, ha vuelto a pasar lista de presente ante la bandera de nuestra Revolución. ¡Que así nos encuentre el porvenir!

## El ejército nacional y la Revolución Mexicana

Como ocurre tratándose de todos los hechos de la Naturaleza, hay también dos maneras de interpretar la vida de la sociedad humana y de las instituciones sociales: de una manera estática y de una manera dinámica; de una manera inerte y de una manera viva. Juzgar a la sociedad y a sus instituciones de una manera inerte es apreciarlas de un modo anticientífico, contrario a la verdad y aún más, injusto; apreciarlas en cambio de una manera dinámica, activa, viva, es juzgarlas de una manera científica y, por consiguiente, de un modo real y justo. Por esa causa, cuando se trata de definir las características de una institución social, cualquiera que sea, y la trayectoria o el derrotero histórico de esa institución, es menester no olvidar que, independientemente de tratarse de un hecho vivo, de una institución activa, ha de tener también, la fuerza juzgada, ciertas características propias, determinados perfiles que son inherentes sólo a las condiciones en las cuales vive y por las cuales se explica la institución que trata de investigarse o de juzgarse.

Sólo se pueden hacer apreciaciones válidas acerca de la forma de cristalización de una institución social cuando se estudia en relación con las que existen en los diversos países del mundo; sólo así se puede llegar a un conocimiento más o menos exacto, no sólo del valor de las instituciones públicas, sino también de la certeza o de la falsedad de la trayectoria que una institución social sigue.

De acuerdo con la estadística, hay unos sesenta países soberanos e independientes en el mundo. De acuerdo con la realidad, empero, los países realmente soberanos e independientes del mundo son muy pocos. No se puede comparar a la República de Panamá, verbigracia, con el Imperio Británico, ni se puede comparar tampoco a la República de Nicaragua con los Estados Unidos de Norteamérica.

Desde el punto de vista de la teoría del Derecho, se trata de cuatro países idénticos, iguales como naciones organizadas desde el punto de vista jurídico, que merecen respeto igual y que tienen iguales derechos en el concierto de todos los pueblos del pla-

---

Conferencia sustentada en el Tercer Festival de Cultura organizado por el general Edmundo Sánchez Cano, Secretario de Acción Social Militar del Partido de la Revolución Mexicana en la Sala de Conferencias del Palacio de Bellas Artes, el 24 de noviembre de 1938. *El Popular*, 5 de diciembre de 1938.

neta; desde el punto de vista de la realidad, por desgracia, no se trata de cuatro naciones idénticas; se trata de dos naciones poderosas, independientes, soberanas, y dos pueblos débiles, con una soberanía disminuida y, por lo tanto, con una independencia también relativa.

Y si ésta es la realidad y no otra, ¿podríamos afirmar que las instituciones sociales pueden ser iguales en todos los países del mundo y tener dentro de ellos, no importa las características de cada país, la misma finalidad? La respuesta es obvia: las instituciones de un país con soberanía auténtica, no pueden tener las mismas características ni las mismas finalidades que las instituciones de países que no disfrutan de una autonomía plena y que se hallan, desde ciertos puntos de vista, en situaciones de inferioridad con respecto de las grandes potencias.

Lo mismo ocurre con el Derecho; lo mismo con el gobierno como expresión del Estado; lo mismo con la moral como expresión de la conciencia común, que con las instituciones objetivas y no puramente teóricas o estimadas como fuerzas de carácter ético. La propiedad, el ejército, las asociaciones de trabajadores dedicados a la producción, los grupos de trabajadores intelectuales, los órganos de la expresión del pensamiento, y todos los demás vehículos que en un momento dado expresan el sentir colectivo, variarán en su fisonomía y en su trayectoria, según se trate de un país que disfruta de una plena autonomía, de un país que no tenga la plena libertad de su querer, ni menos la posibilidad de alcanzar sus propósitos sin grandes obstáculos.

La realidad del mundo actual es esta división profunda entre países de una economía evolucionada que, naturalmente, disfrutan de una situación mejor que los países de una economía atrasada; países de gran desarrollo industrial que inventaron o aprovecharon la técnica moderna y países atrasados en su evolución económica, en su industria y en su técnica. Esta diferencia tiene tan grandes repercusiones en la vida de los pueblos y de sus instituciones públicas que los lleva no sólo a establecer divergencias entre sí, sino inclusive, en determinada etapa de la evolución humana, produce choques violentos entre estos dos tipos de países.

Dada la organización moderna de la sociedad, basada en la propiedad privada de los medios de la producción y en el disfrute individual de lo que se llama utilidades del capital en los países de gran desarrollo económico y técnico, no sólo se ha presentado una serie de contradicciones cada vez más agudas, que colocan a la gran masa del pueblo en constantes situaciones de carácter crítico, sino que para salvar inclusive, en lo posible, los sufrimientos que provocan las crisis periódicas, han tenido las fuerzas principales de estas naciones que salir de su territorio, ya para invertir el capital sobrante, ya para vender las manufacturas, o para adquirir por medios ilícitos las materias primas que ellos no poseen.

Los países de gran desarrollo económico son países que viven lo mismo dentro de su territorio que fuera de él; y esta actitud doble de resolver por sus propias insti-

tuciones domésticas la vida interior del pueblo, y de salir de su territorio para poder mantener el equilibrio interior crea no sólo la desigualdad y la agudiza, sino que provoca la guerra, si no la internacional, a veces la guerra civil en los países pequeños, débiles y no suficientemente dotados para poderse oponer al invasor.

Creo que resulta inútil afirmar que somos, por desventura todavía, un país débil, un país que no disfruta de plena independencia económica, y que, por lo tanto ni goza de independencia política completa; un país que en sus relaciones con las potencias de primer orden en el mundo tiene que mantener siempre una actitud de defensa para poder sobrevivir en el interior, y que tiene que estar usando de toda su capacidad moral, intelectual y física para evitarse graves trastornos que harían imposible el cumplimiento de los propios designios del pueblo.

Y así como México, todas las naciones latinoamericanas del Continente y los pueblos semicoloniales del resto de la Tierra, se hallan en situación inferior comparados con las grandes potencias que, por razón de su propio crecimiento y de su desarrollo capitalista, han tenido que salir de su territorio en busca de la propiedad ajena para poderse mantener en el interior de su propia casa.

Este dialogar entre el que pretende lo que no es propio y el que se defiende de la acometida sin razón y sin justicia del vecino próximo o lejano por el hecho de que es poderoso, es el diálogo natural que engendra el régimen capitalista produciendo como última etapa de su expresión la agresión imperialista.

¿Pueden ser las instituciones sociales dentro de un país imperialista las mismas por su perfil y por sus propósitos que las instituciones sociales de los países semi-independientes, semi-coloniales como el nuestro y como todos los países parecidos a México? Incuestionablemente no. Las instituciones públicas de un país no son más que la expresión cabal y certera de las necesidades colectivas, y todas ellas, sin excepción, se han creado para poder realizar en un menor tiempo posible la necesidad y el querer populares. Imaginar una institución contraria al interés del pueblo es imaginar algo que no existe; concebir siempre, por el contrario, las instituciones sociales en función de la necesidad popular y del querer popular, es imaginar la realidad verdadera, la vida misma, que está indicándonos cuál es la génesis, cuál es la fuerza, cuál la trayectoria de todo un país y de todo un pueblo.

¿Qué es si no otro el caso de la Historia de México? ¿Qué es si no el ánimo permanente y no satisfecho todavía de nuestro pueblo de alcanzar una independencia cabal? ¿Qué es la Historia Patria si no un grito de protesta permanente que dura, que habrá de perdurar mucho tiempo, quizás hasta que no sea satisfecho de un modo pleno y absoluto el interés vital del pueblo nuestro? Examínense, despojadas de sus aspectos de oropel, de sus aspectos románticos, de sus aspectos emotivos, de sus aspectos dramáticos, las principales etapas de la Historia Nacional, y habrá de convenirse en que todas ellas no obedecen sino a un solo móvil: la creación de una patria independiente, de una patria libre; de un pueblo satisfecho, de un pueblo que se alimente



bien, de un pueblo que se aloje bien, de un pueblo ilustrado capaz de entender los problemas propios y los problemas del mundo.

Esa es la fuerza motriz de la Historia Nacional: el deseo de ver a nuestro pueblo como pueblo de seres libres, satisfechos y alegres.

La proclama del cura Hidalgo, su actitud de agitador, las grandes afirmaciones de Morelos, las reconveniones de Guerrero, y todas las palabras y los grandes hechos de los principales caudillos militares y civiles a través de la historia patria, no son más que la eterna afirmación de la lucha que no ha logrado todavía una victoria decisiva por la independencia completa de México, por la elevación hasta la plenitud y la satisfacción verdadera de las necesidades populares.

A veces de un modo sordo, a veces de un modo claro, en ocasiones de un modo tranquilo, a veces violentamente, el discurrir de la historia nacional ha sido esta lucha por la independencia de México, por la libertad y la satisfacción de las necesidades de nuestro pueblo.

Y si ésta es la trayectoria seguida, desde la llegada del conquistador a las playas de México, hasta estos años, ¿podemos decir que las instituciones sociales de México pueden tener un propósito diverso a la doble finalidad central de las pugnas cívicas y militares de nuestra Historia? No, porque las instituciones sociales no son más que la concreción, la forma de cristalizar el querer popular y de poder definir con certeza el propio pensamiento del pueblo.

Las instituciones sociales de nuestro país tienen que ser los vehículos más eficaces de la pelea en favor de la independencia nacional, de la autonomía de México para terminar con la constante penuria material y moral de nuestro pueblo. Por eso en el lenguaje de estos días, de hoy, podemos afirmar, apoyados en la ciencia y en la experiencia, que la historia de México es una lucha anti-imperialista y una lucha contra el feudalismo. Lucha contra el de afuera que nos hace semi-independientes; lucha contra la fuerza de la cual dependemos por desventura en buena parte, y lucha contra las formas de la vida nacional que impiden que el pueblo se eleve en el sentido económico y en el sentido intelectual y moral. Lucha antimperialista y lucha también contra el feudalismo histórico de México. Eso ha sido la historia nacional, y tal ha sido el papel que ha correspondido a las instituciones nacionales también.

Cuando algunas de ellas se olvidan de su origen y de su función, mejor dicho, cuando los titulares de algunas instituciones mexicanas se olvidan de su papel, de su grave responsabilidad histórica, en el acto se provoca el choque entre el querer popular y la resistencia de la institución social a cumplir con el designio del pueblo, y se provoca el choque en todas las formas posibles, desde el choque puramente teórico hasta el choque violento que produce el derramamiento de sangre.

Piénsese en todas las instituciones sociales de nuestro país; cotéjense conforme a la doble pauta de la lucha por la independencia nacional y la lucha contra el feudalismo mexicano, y se verá que cuando las instituciones declinan o son objeto

de una acometida dura de parte del pueblo, es cuando las instituciones no han cumplido con la trayectoria histórica que el pueblo les ha marcado, con su responsabilidad ante los mexicanos del pasado y ante los del porvenir.

Por eso la etapa que México vive hoy, ésta que podríamos llamar de la administración del Presidente Lázaro Cárdenas, durante la cual la lucha contra el imperialismo y la lucha contra el feudalismo han sido más activas y más eficaces que nunca, las instituciones sociales han tenido también que seguir al unísono, la marcha que les ha indicado el Jefe de la Nación, y han tenido que ser una garantía, más que nunca, del querer de las masas populares.

La lucha contra el imperialismo significa el crecimiento de la propia riqueza nacional para el conjunto del pueblo. Es por eso que la nacionalización de los ferrocarriles, la expropiación del petróleo, la intervención del Estado en la producción azucarera, la intervención del Estado en la producción alcoholera, la intervención del Estado en la producción textil, la intervención del Estado en otras ramas de la producción económica, la intervención del Estado en los servicios de carácter social, significan que México ya empezó a vivir el comienzo de una futura economía nacional, puesto que mientras dependamos del extranjero en el sentido económico, en el sentido técnico, no podemos afirmar que somos un país realmente independiente. Todo paso, en consecuencia, que se dé para crear la riqueza propia de nosotros, la riqueza nacional, es un paso en favor de la liberación futura de México y es una victoria ganada a las fuerzas imperialistas.

La entrega de la tierra a los campesinos, la reivindicación para la masa del pueblo, para la masa que más expresa el sentir de la tierra mexicana; la reivindicación para ella del territorio nacional, es también la forma más rotunda de la lucha contra el feudalismo ancestral de México. Cada porción de tierra entregada a los campesinos es un paso dado en favor de la liberación económica y moral del pueblo de mañana y una victoria ganada contra el feudalismo histórico de nuestra nación.

¿Cuál es el papel de las instituciones sociales en esta etapa de la vida pública? No puede ser otro que el de coadyuvar del modo más entusiasta y viril al cumplimiento de la tarea histórica de hacer de nuestro país un México independiente y una nación poblada por hombres mejores que los de hoy. Esa es la finalidad, ¡no podía ser otra!, de todas las instituciones, sin excepción de una sola."

Y dentro de ellas, dentro del conjunto de las instituciones públicas que realizan esta gran tarea histórica, el ejército de nuestro país siempre ha tenido un sitio de honor, un puesto de vanguardia y una grave responsabilidad. ¿Por qué? Porque la eterna vena que alimenta al Ejército Nacional ha sido el pueblo, y porque el ejército ha sido en todas las épocas la mejor expresión del pueblo y del sentir colectivo.

Sólo a veces, cuando el ejército como institución se ha olvidado de su misión histórica, como ocurrió en la época de la dictadura de Porfirio Díaz, ha sido el vaivén, la ola de las muchedumbres del pueblo inconforme lo que le ha recordado al ejército que se ha convertido en fuerza de resistencia en contra del querer popular,

y ha disuelto a la institución para renovarla y hacerla más vigorosa que ayer, más vigorosa que nunca.

Por eso cuando hoy es, inclusive, un Jefe del Ejército el que gobierna el país; cuando es el ejército, por la primera vez en nuestra historia, parte activa e importante en las luchas cívicas, organizado dentro de un partido del pueblo, y cuando por la primera vez también se discute en perfecta armonía con los demás sectores populares los grandes problemas de México, la misión del ejército no puede ser más que la misma misión de los otros sectores populares, la propia misión del gobierno.

Cárdenas encarna, como Jefe del Gobierno que a su vez es expresión popular, el anhelo histórico del pueblo de México: la lucha contra el imperialismo, la lucha contra el feudalismo, la lucha por hacer de México un país independiente, la lucha por hacer de México un pueblo de hombres libres y un pueblo de hombres buenos en el alto sentido del término: un pueblo de hombres satisfechos de haber vivido o por lo menos satisfechos de poder vivir.

Y si éste es el impulso y la significación de la actitud del gobierno de Cárdenas, no puede haber otra finalidad para el ejército, ni otra finalidad para las llamadas clases medias, ni otra finalidad para el proletariado, ni otra finalidad para la clase campesina. Todas las instituciones: la Ley, el Derecho, la Moral, la Familia, todas las clases sociales que viven de su trabajo tienen que obedecer a un mismo ritmo y a una misma preocupación.

Pero a medida que se encarna el sentir popular, en la misma proporción en que se está siendo fiel al compromiso histórico de satisfacer el deseo de las masas, en la misma medida en que México va conquistando su independencia y va haciendo de nuestro pueblo un pueblo mejor, en esa misma proporción y medida se levantan para impedir el cumplimiento de estas desideratas históricas las fuerzas tradicionalmente enemigas del progreso.

La pelea en México entre las fuerzas renovadoras, las fuerzas revolucionarias, las fuerzas progresistas y las fuerzas de retroceso, también es una pelea congénita al nacimiento de nuestro país como pueblo independiente desde el punto de vista del derecho. La guerra de independencia es crisol para los dos bandos; los primeros treinta y cinco años de la vida independiente de México a partir de la consumación de nuestra separación de España, transcurren también en medio de constantes actos de violencia común y colectiva que dividen a los dos bandos; la guerra de Reforma ya no es crisol, porque las fuerzas son perfectamente claras: ya es la primera gran campaña en favor de la nacionalidad mexicana, de la independencia de México en contra de las fuerzas de la reacción.

Y así todas las etapas subsiguientes, hasta ésta de hoy en que la Revolución cristaliza de un modo definitivo sus principios y en que los hombres también se dividen de una manera clara, en el seno de la familia inclusive, en la calle, en el club, en la reunión, en cualquier parte en donde se hallen. Se está demostrando así, que continuamos con el viejo fervor de nuestros antepasados la lucha por el viejo ideal de hacer de México un país independiente.

Pero no importa la lucha; no importa inclusive que la lucha sea aparentemente desigual; nosotros, y digo nosotros, los que estamos asociados en esta tarea común de hacer de nuestro país un pueblo independiente de verdad y de la gran masa del pueblo un conjunto de hombres sanos y alegres, contamos con la justicia y con el tiempo. El porvenir trabaja en favor de nosotros; pero en el momento actual todavía las fuerzas de propaganda, las fuerzas de la propaganda y de la expresión de las ideas, acaso las monopoliza el enemigo; la mayor parte de las publicaciones aparentemente independientes del país son enemigas de la Revolución Mexicana, son enemigas de la independencia de México, son enemigas de la lucha contra el feudalismo. Son las mismas gentes y los mismos intereses que trajeron a Maximiliano de Habsburgo a pretender gobernar a nuestro país hace años; son las mismas fuerzas que trajeron al invasor hasta Chapultepec haciendo el papel indigno de traidores a su propia patria; son las mismas fuerzas que han tratado en diversas ocasiones de sacar ventajas para su grupo privilegiado a costa de la independencia nacional; son siempre las fuerzas enemigas de México, las fuerzas negativas de nuestra historia.

Tienen una aparente superioridad sobre nosotros: poseen los medios de propaganda y los recursos materiales, porque son la clase social minoritaria que posee la riqueza común, la riqueza pública; pero nosotros tenemos la fuerza de la mayoría, y más que esa fuerza, la fuerza de la razón, la fuerza de la convicción, la fuerza de la verdad, la fuerza de la justicia, la fuerza de la juventud verdadera y perpetua.

¡Qué importan las diatribas y las calumnias! Lo que interesa es no caer en las redes de los enemigos víctimas también de la propaganda de calumnias y de difamación constante; lo que importa es no creer que Cárdenas es un traidor a la Patria; lo que importa es creer, por el contrario, que Cárdenas es uno de los más grandes patriotas que ha habido en la historia de nuestro país; lo que importa es creer que esta etapa de la Revolución Mexicana es la etapa que más se acerca al pueblo y la que más expresa el querer de la tierra mexicana; lo que importa es vivir al unísono del pasado y del presente para poder garantizar a las generaciones que están levantándose que el esfuerzo de nosotros no será baldío, y que los surcos que hoy se siembran habrán de recoger mejores simientes para los mejores frutos de mañana.

Por eso ocupa México un sitio de honor en el mundo; pocos pueblos pueden, y eso es satisfactorio confesarlo a los mexicanos bien nacidos, pocos pueblos pueden ahora enorgullecerse de disfrutar del prestigio legítimo de la Patria nuestra. Por algo en la Sociedad de las Naciones, sin excepción de uno, los embajadores de los países del mundo han tenido que rendir homenaje a la actitud impecable de México en el caso de España; por eso cuando la conquista de Etiopía en la propia Asamblea representativa de las naciones del mundo, nuestro delegado, que se hacía eco del sentir del pueblo mexicano, fue también objeto de un homenaje sin precedente.

No somos un país de agresores, por ventura; somos un país semicolonial por supervivencias feudales; somos un país que no puede significar amenaza para nadie; somos un país cuyas fuerzas todas y cuyo espíritu se han asociado para conseguir

la independencia de que todavía no disfrutamos. Por ello somos amigos de la independencia de todos los demás, somos respetuosos del derecho ajeno, somos fervientes admiradores del derecho del conjunto, somos paladines de la libertad y de la democracia, porque todas estas fuerzas han de hacer posible que nosotros logremos nuestro ideal histórico.

¡No otro sitio! ¡No otra postura puede adoptar un país como el nuestro! ¡Laborar todos en bien de un solo principio, en bien de la independencia de la Patria Mexicana! El ser soldado, el ser maestro, el ser obrero, el ser campesino, el ser químico, el ser abogado, no es más que un hecho de la división del trabajo social; pero las instituciones a las cuales todos pertenecemos obedecen a un propósito idéntico y están guiadas por un mismo símbolo: el símbolo que la bandera nacional representa y que es a la vez anhelo insatisfecho y protesta por una injusticia que bien pronto ha de verse terminada.

En nombre de la Confederación de Trabajadores de México tiendo una vez más mi mano a los miembros del glorioso Ejército de la República, vanguardia de las luchas por la independencia nacional y por el bienestar de nuestro pueblo, así como por su emancipación espiritual completa. Toda la propaganda que pueda hacerse para desvincular, para desunir a los miembros del Ejército de los demás sectores del pueblo, es propaganda de traición, es propaganda de disminución de las posibilidades de triunfo del México independiente. Por eso nosotros somos sinceros hermanos y amigos verdaderos de los soldados, de los campesinos y de los demás sectores del pueblo. Seríamos inconscientes, seríamos torpes, seríamos egoístas, seríamos estúpidos, iríamos contra nuestro propio interés si no viésemos que el triunfo de nuestros ideales es el triunfo de los ideales del pueblo mexicano visto en su conjunto. Y si ésta es la condición de la Patria, no puede haber en México más que dos bandos: los hijos de la Patria que quieren su engrandecimiento constante y su verdadera libertad, y los enemigos de ella, por mucho que digan amarla y rendirle reverencia.

## El movimiento obrero y la juventud

La Confederación de Trabajadores de México llega a este recinto en el que se congregan los delegados de la Juventud de México, por nuestro conducto, con gran interés, con sincera emoción, porque el sector representativo del proletariado de nuestro país, que se esfuerza porque sea transformado el régimen de injusticia social en que vivimos, para que la humanidad futura, para que la patria de mañana sean mejores que las de hoy, cuando se encuentra frente a las generaciones que deben reemplazar de un modo inevitable a las generaciones que integran la propia falange de la clase obrera, tiene que pensar en la razón de ser de ella misma, tiene que volver a analizar públicamente las causas que han creado a la propia Confederación de Trabajadores de México.

Tenemos que decir ante los que han de reemplazarnos pronto en la responsabilidad de la lucha, en todos los aspectos que ésta presenta, por qué estamos esforzándonos, para qué estamos tratando de que se transforme del modo más rápido posible, de acuerdo con las características de cada instante de la evolución histórica de nuestro país, la fisonomía actual de México. Y esta ocasión, además, es magnífica, porque ha de permitir, aun cuando sea brevemente, señalar a la juventud muchos de los peligros que ella no ve en toda su magnitud, para ahorrarle, en la lucha que ella va a emprender bien pronto, esfuerzos inútiles, sacrificios que desde hoy pueden ser evitados.

Si el régimen social que caracteriza a la mayor parte de los pueblos del mundo es injusto, si la clase trabajadora, entendiéndolo por ella a la población que presta su concurso material o intelectual para hacer posible la existencia del conjunto, es la única clase social que no ha tenido en sus manos la responsabilidad de la cosa pública, que no ha dirigido los destinos de la sociedad, incuestionablemente que se llega a la afirmación de que el propósito principal de la lucha de clases es llegar a usar del Poder Público por la clase trabajadora, para la transformación completa del régimen de injusticia en que estamos viviendo. Pero esto, que es el ideal final del esfuerzo

---

Discurso pronunciado en la sesión inaugural del Congreso de la Unificación de las Juventudes de México, en el Palacio de las Bellas Artes, el 15 de abril de 1939. CTM, 1936-1941.

de la clase trabajadora, obliga a los propios elementos que viven de su esfuerzo, a meditar en la técnica más inteligente y en los ideales inmediatos, con el propósito de alcanzar la meta futura del modo más fácil, con el menor esfuerzo posible y de la manera más cabal.

De allí que precisamente toda la experiencia que ha ido acumulando el proletariado en el curso de los siglos, especialmente en el curso del último siglo, durante el cual el régimen capitalista llega a su clímax y empieza su ocaso histórico, desde cualquier sector de la clase obrera de cualquier parte del mundo, ante la generación del futuro, traspasar ese conjunto de hechos, analizarlos, para que la propia juventud no sólo se evite esfuerzos inútiles y sacrificios que pueden ser evitados, sino que la lucha misma sea más eficaz en el transcurso del tiempo, y se llegue a la meta final del mejor modo de todos los modos posibles.

Y cuando en nuestro país esa experiencia de la clase obrera, por mucho que el proletariado organizado sea joven como institución militante, deba ser transmitida a la juventud de la Patria de la manera más clara, del modo más sincero, sin eufemismos, sin exageraciones, sin poner en el informe nada que no sea estrictamente la verdad para evitar ilusiones funestas, para evitar engaños románticos, infecundos, o para evitar también actos de violencia igualmente estériles e infecundos en sus consecuencias. Queremos decir que ante todo lo que más interesa, quizá, al proletariado de México, es que las nuevas generaciones que han de continuar la lucha mañana, sean enseñadas dentro de la verdad más estricta, dentro de las instituciones de enseñanza; queremos que la juventud de hoy, la que puebla las aulas, conozca exactamente la verdad, lo mismo relativa a México, al pasado de nuestro país y a su presente, que la verdad concerniente al pasado histórico de la humanidad y a la situación que la humanidad guarda hoy. Queremos que cuando un joven salga de una escuela, cualquiera que ella sea, no resulte un simulador de la vida, un simulador de la lucha, un individuo con una gran capacidad de adaptación al medio, por mucho que éste sea cambiante a cada momento; no queremos que las escuelas sigan lanzando a la calle farsantes de la verdad política, o farsantes de la verdad científica, como por desgracia ha ocurrido en otras épocas, durante las cuales la escuela, lejos de ayudar a formar nuevas generaciones en el terreno de la verdad estricta, ha servido, por desgracia, para hacer de los jóvenes desorientados, profesionales al servicio de cualquier causa, no importa cuál, no importa los alcances morales o los propósitos políticos de esa causa, sembrando la desorientación, no en la generación en que milita, sino en la generación que inmediatamente después ha de sucederle.

Queremos que los jóvenes de hoy sean gentes que tengan un concepto de la vida claro y preciso, exacto, verdadero, no un concepto parcialmente verdadero de la existencia, porque la peor maldición que puede caer, que puede sufrir la Revolución Mexicana, como ha venido aconteciendo, es que los jóvenes, muchas veces los jóvenes nacidos de los revolucionarios que han combatido con el fusil o con el concepto, con la palabra o con los hechos, sean los negadores de la obra de sus padres, la negación más grande y vergonzante del sacrificio de sus antepasados. (Aplausos.) Y no que-

remos que esto siga aconteciendo en nuestro país; no queremos que la contrarrevolución siga presidiendo la conciencia de la juventud mexicana; deseamos, sí, y esto es verdad, arrebatarla a la reacción de México; por eso peleamos en favor de la juventud, para que no caiga en las garras de la reacción mexicana. (Aplausos.)

En México es indispensable que la juventud vaya a la lucha por la vida, bien armada de verdades incorruptibles, que tenga el poder de exaltación bastante para hacer de la juventud un factor de creación verdadero, porque todavía, además de los problemas inherentes a todos los países que viven bajo el régimen de injusticia social, en México tenemos, por añadidura, el peso enorme, el gravísimo lastre económico, político, moral, psicológico, de los países coloniales que no alcanzan aún a sentir de una manera cabal y completa el deseo de emanciparse de un modo absoluto de sus amos, a través de todas sus clases sociales y de los sectores diversos de su pueblo. Aquí los revolucionarios han de luchar contra el pasado feudal, contra el pasado feudal que acapara la tierra, y también contra el pasado feudal que, cuando ya formando gentes que saben leer y escribir, va formando en ellas lacayos, en la mayoría de los casos. (Aplausos.)

La gente letrada de México, por desventura, ha sido el sector social peor de nuestro país; el alfabeto ha transformado a los mexicanos ignorantes en militantes de la reacción en la mayoría de las veces. Mentira que la escuela haya formado generaciones que transformen el país en un sentido de beneficio para el pueblo; la mayoría de los profesionales de México, la mayoría de las gentes que leen, la mayoría de los grupos de la clase media han sido, hasta hoy, grupos negadores de un futuro mejor y a la vez los que desean que México nunca cambie su fisonomía de Colonia, ni en el sentido económico, ni en el sentido político, ni en el sentido psicológico, ni en el sentido de la cultura mexicana.

Hay un divorcio tan grande entre la ciudad y el campo, entre este grupo de gentes semiletradas y la masa ignorante, que es la mejor expresión de la tragedia de nuestro país, el mejor ejemplo, el más dramático al mismo tiempo, de la lucha de clases. En cualquier incidente, con cualquier motivo, no importa que el hecho sea importante o pequeño, en el acto las gentes de México toman una postura; instintivamente los llamados letrados, los llamados cultos, contra el pueblo; la gente ignorante contra los llamados cultos, estableciéndose así la lucha perenne entre la derecha y la izquierda, entre la reacción y el espíritu progresista de México. Y la juventud del país es la primera víctima en esta lucha trascendental; ella es, sin darse cuenta, la primera víctima de esta serie de prejuicios que aún se alientan por nuestra estructura colonial; de allí que nuestra primera preocupación sea ésta: que las nuevas generaciones no sean llamadas oprobio para la gran mayoría del pueblo; grupos de privilegiados que viven a expensas de la mayoría y, en el mejor de los casos, demagogos, gentes que medran con un conjunto de axiomas verbales deslustrados, con el fin de alcanzar un puesto que económicamente les beneficie para poder hacer fortuna rápida. (Aplausos.)



En la proporción, en la medida en que México es un país poco desarrollado económicamente, la profesión —sin nombre—, pero suficientemente connotada y que llamamos genéricamente “política”, es la profesión por excelencia de los individuos letrados de nuestro país y de los audaces mercenarios al servicio de causas que no se confiesan. (Aplausos.) La juventud no puede seguir viviendo así, la juventud no puede seguir tolerando que sea ese el rumbo, el derrotero de nuestro país.

¡Cuántos hemos sufrido, desde el punto de vista de las contradicciones constantes de nuestra propia existencia, de la vida del conjunto de México, los que no tuvimos la orientación precisa desde el principio, para evitar equivocaciones personales y colectivas! ¡Cuánto hubiera también adelantado la Revolución si no hubiera sido por esta serie de obstáculos creados por los propios sectores de retroceso de nuestro país! Es preciso, en consecuencia, que las nuevas generaciones de México, que esta juventud de la Patria de hoy, nazca a la lucha con el conocimiento cabal de la experiencia nuestra, y evitando los inconvenientes de la enseñanza que nosotros recibimos. Que, ante todo, se tenga el propósito de contribuir con sinceridad a la transformación profunda de lo que México significa, y después, que se tenga al mismo tiempo el conocimiento de lo que México representa y de la forma en que México ha de ser transformado.

De nada ha de servir que continúe la obra educativa si ésta no ha de ser la expresión de la verdad completa, de la verdad científica, de la verdad pura, sin demagogia, sin problemas, sin propaganda, pero sin temor tampoco, sin cobardía; de nada ha de servir tampoco una campaña en favor de la educación de las masas si no se dirige la acción hacia el problema más importante de México, que es el problema de transformar, desde sus cimientos, la propia estructura del país.

¿Cuántos jóvenes terminan su enseñanza en México? No me refiero a las profesiones ni a los oficios, hablo sólo de la escuela primaria. ¿Cuántos llegan al último año de la escuela popular? Un grupo tan reducido, que demuestra que el problema no ha de ser sólo un problema de aumentar el número de los establecimientos de enseñanza, ni tampoco el problema de aumentar el número de los maestros, sino que el problema ha de ser el de resolver la situación material de los jóvenes, para que éstos puedan ser factores de educación mañana, en cuanto ellos alcancen su preparación individual; pero si esto no es posible, si la vida ha de obligarlos a abandonar la escuela para ayudar al padre o al hermano que reciben salarios exiguos, seguiremos viviendo sin rumbo verdadero, dentro de un círculo vicioso; daremos la impresión que hasta hoy presentamos siempre que un extranjero inteligente nos observa, de ser el pueblo más desconcertante del mundo, que parece afirmar a veces una tesis, y al día siguiente contradecirla con tanto calor como se sostenía la víspera.

Es menester que tengamos el conocimiento exacto de nuestro país. ¿Cuáles son los verdaderos problemas de México? ¿Cuáles son los problemas que más urge resolver? Realizar este análisis, hacer una tarea de clasificación, jerarquizar los problemas de la nación mexicana y atenderlos en consecuencia de su gran significación histórica. Mientras no ocurra esto, nada ha de ser posible, porque uno de los errores, o de los

defectos, como quiera llamársele, que nos caracteriza, y quizás el más grave de todos, es el de tener la noción de la responsabilidad individual en función de la responsabilidad del conjunto. Todavía somos anarquistas en el mal sentido del término; individualidades que queremos resolver el problema de la creación, el problema de la existencia y el problema del porvenir por nosotros mismos; todavía somos factores de disolución más que factores de unidad disciplinada y creadora. Y por ello hemos sufrido tantos descalabros en el pasado, y por eso quizás, también, tenemos tantos problemas al parecer sin solución posible en estos días.

Educación, sí; pero sólo la educación a la que comúnmente llamamos así, no sólo saber leer y escribir, no sólo poder nos comunicar en el mismo idioma, sino educación en el sentido de saber exactamente qué queremos hacer con nosotros y qué queremos hacer con los demás; una idea común para una Patria común, una idea única para una única juventud de la Patria. La unificación, no formal, la unificación no sólo en una institución que agrupe a los jóvenes, la unificación de algo más importante, la unificación de actitud frente a la vida, la unificación del pensamiento frente a los deberes y responsabilidades de cada quien en la Nación Mexicana.

Disciplina, disciplina mental, disciplina de la conciencia, conciencia de la clase a la que se pertenece, tareas claras y precisas para la clase dentro de la cual se lucha. Estas son las tareas principales de la juventud de México. ¡Que no incurra la juventud de mi patria en los vicios de los grupos que no representan ni han podido representar jamás a los jóvenes de México! ¡Que no se incida ya en el error de creer que los jóvenes disfrutan de un fuero para estar perdiendo el tiempo del modo más lastimoso, insultando en las calles de la ciudad a los transeúntes, porque es actitud... (aplausos), porque es actitud de pequeños necios hijos de la burocracia o de la pequeña burguesía contrarrevolucionaria; que no se siga creyendo que la juventud goza de fuero para perder con la energía creadora de las cosas fútiles de una bohemia trasnochada, o que se puede expresar en una oratoria vacua e intrascendente, que no se siga alimentando otra serie de falsos juicios respecto del papel de la juventud.

La juventud tiene derecho —de otro modo no sería ella misma la juventud— a pensar más en el futuro que en el presente, porque en el presente no le compete la responsabilidad de las cosas del conjunto, pero tiene derecho a pensar en el mañana en función del ideal, no en función de la ilusión; tiene derecho a pensar en lo asequible, no tiene derecho a divagar en las cosas estériles, en una actitud ingenua que no conduce más que a fracasar. La juventud tiene que ver la vida de hoy y de mañana con los ojos abiertos, bien abiertos, con los oídos atentos al menor rumor de la calle, con el corazón presto a interpretar la actitud de los conjuntos de afuera y, sobre todo, con la voluntad muy firme para poder ocupar el sitio que cada una de sus unidades corresponda en el momento en que la juventud deje de serlo, reserva de las generaciones militantes, para convertirse ella misma en responsable de los destinos de México. (Aplausos.)

Así como pensamos de la juventud de nuestra patria los miembros de la Confederación de Trabajadores de México. No quiero decir, sin embargo, que exijamos o que pensemos en una juventud austera, con ceño tan adusto que no tenga la alegría de vivir, ni las manifestaciones de frescura que caracterizan a todos los seres humanos; no pensamos en una juventud triste ni en una juventud que trate de representar un papel que sólo corresponde a los adultos, no; pero sí queremos que se acaben las cosas que ayer a nosotros mismos... nos hicieron prender ilusiones, que resultaron imposibles, en nuestro corazón; queremos evitar las amarguras de la decepción que provoca el haber equivocado el camino de la lucha; que no haya más en México, en la juventud de nuestra Patria, aquellas cosas que recibimos en todos los momentos en que la juventud deseaba escuchar la palabra que iba a enseñar el camino exacto de la victoria auténtica, aquellas frases que nos enseñaron sólo a soñar, debajo de las estrellas, y arrojarlas a los pies de una mujer; que nos llevaron durante tanto tiempo sin motivo a concursos de poses sin inspiración, o de oratoria sin aplicación a la vida verdadera; queremos evitar a la juventud de hoy este despilfarro de la mejor de las energías y, al mismo tiempo, explicarle que su verdadero, que su principal papel es el de prepararse de un modo verdadero para la verdadera lucha. Y es profundamente satisfactorio haber escuchado ya que la juventud no se ha de asociar en México sólo para el fin de trabajar como un grupo político al servicio de una persona, sino que se ha de agrupar como lo está haciendo, para crear ante todo un organismo permanente de lucha, con el objeto de cooperar en la tarea que los jóvenes puedan realizar el mañana del mundo precisamente de un modo amplio en la transformación del régimen que nuestro país padece.

Esto quiere decir también que la juventud, si ha de intervenir en las disputas y en las luchas cívicas de México, ha de ser colocándose en un plano de verdadera responsabilidad; programa se ha dicho con verdad, antes que hombres; trayectoria antes que individuos; conciencia de la lucha y definición del camino, proyección del horizonte antes que el aplauso final para una actitud que se supone bien recompensada, pero que al fin y al cabo en un momento duda: la juventud de hoy también debe purgar de su seno a los políticos fracasados, prematuros, a los políticos que tanto han ensuciado la verdadera política nacional, a veces haciendo que se pierda el horizonte de las fuerzas progresistas de nuestro país.

En México muchas veces la política no es la actitud suprema del hombre superior, sino el refugio de los fracasados como hombres, que no han encontrado un oficio digno de qué vivir; y es preciso que la juventud de México acabe de una vez para siempre con esta clase de actitudes de algunos de sus miembros, y que no tolere que nadie hable en nombre de ella para favorecer intereses individuales; es menester que la política de la juventud sea política de su clase, no política de las personas que la integran; que si ha de haber, como tiene que ocurrir, una campaña política en que la juventud intervenga, ha de ser para que la juventud mejore, y para que el país se salve, pero no ha de ser para que medren cuatro o cinco individuos en nombre de la juventud de la Patria. (Aplausos.)

Otra advertencia más que tenemos la obligación de hacer es ésta: la juventud de México debe defenderse, es esa la palabra: defenderse de los elementos que quieran hacerla como una manada gratuita o barata para los problemas de la política de campanario en las provincias; poco a poco, lentamente, a medida que los campesinos de México se están organizando, en la proporción en que ya pueden hablar ahora de una Confederación Nacional Campesina, han ido ellos adquiriendo conciencia de su clase y han ido haciendo una política propia de sus mismos intereses; pero todavía en algunos lugares del país ciertos grupos de campesinos, hasta hace poco tiempo han sido víctimas de los políticos de provincia, de estos políticos que entienden la actividad más noble de la sociedad que es la actitud que transforma los destinos del conjunto humano mismo, en los peores términos, en los más deleznable. La unión de los grupos sociales que también han sido víctimas de esta tarea sucia, ha sido la CTM; de allí que haya jóvenes prematuramente corrompidos, políticos viejos y mañosos, defraudadores y audaces y cínicos, dentro de los grupos de la juventud (aplausos), y que cuando dejan las aulas, habiendo acabado los estudios, sin haberlos concluido, son veteranos de la porquería cívica y profesionales del chanchullo, al servicio de caciques innobles. (Aplausos.)

La juventud de México no debe permitir que nadie, que ninguno, especialmente de estos políticos que acabo de señalar, ni empañen su programa, ni interrumpen su camino, ni mucho menos traten de usar a sus contingentes para fines personales. Uno de los grandes beneficios que indudablemente ha de traer la unificación de la juventud mexicana ha de ser la de prestarle el concurso de los millones de jóvenes de México al grupo de jóvenes que se vea víctima de una acechanza de esta naturaleza, para librarlo de las garras de los malos políticos de nuestro país.

Pero también es preciso que los jóvenes se libren por sí mismos, sin la ayuda de su gremio, sin la ayuda de su clase de todos estos peligros. Y eso se puede hacer, se debe hacer: que cada uno de los jóvenes de México entienda que la principal tarea que a ellos corresponde es la de emplear su juventud en las tareas propias de su vida; es decir, que cada joven entienda, y especialmente los jóvenes revolucionarios, que el primer papel de un joven revolucionario es el de cumplir con la tarea que tenga encomendada. Si es estudiante, el primer deber del estudiante revolucionario es el de ser un excelente estudiante, muy buen estudiante. Mentira que sea un joven revolucionario un individuo, si pertenece a las aulas de cualquier plantel educativo y no estudia. Y un mal estudiante es un mal revolucionario. (Aplausos.) En muchos casos un mal estudiante es un contrarrevolucionario; un médico mediocre es un enemigo del pueblo; un químico mal preparado es una amenaza para la sociedad; un abogado —que casi siempre es una amenaza para el pueblo— mal preparado es un peligro inminente para el conjunto (aplausos); un economista que simule el conocimiento de la ciencia, puede ser más peligroso que una banda de salteadores que obstruye el paso de un convoy del ferrocarril, o que levanta obstáculos en un camino de automóvil. Un mal sastre es un enemigo del pueblo también; un mal carpintero es un enemigo de su clase; un mal jardinero defrauda a la sociedad; un mal chauffer

es un enemigo de su clase, un mal trabajador, cualquiera que sea su calidad, cualquiera que sea su oficio, cualquiera que sea su profesión, no puede ser un revolucionario.

Jóvenes de nuestra Patria: ante todo, buenos jóvenes, empeñosos trabajadores en el sitio en que cada uno se halle; cumplidores vehementes de la tarea personal, con qué derecho se puede exigir disciplina a nosotros, si el primero que habla de disciplina ha fracasado en su propósito de hacer las cosas que él ha querido. Sólo así: con un auténtico sentido de responsabilidad en todos los aspectos de la existencia y de la lucha, será posible que en México la juventud pueda levantar una Patria con la que todavía nosotros no hacemos sino soñar con envidia. (Aplausos.)

No deseo que mis palabras sean sólo amargas para quienes las escuchan; todo esto que se ha oído he tenido el deber ineludible de ofrecerlo al Congreso de la Unificación de la Juventud Mexicana, por la razón al principio expuesta: porque no hay peor estímulo que la verdad a medias, o que la mentira, y nuestro deber no sólo es el de ahorrar energías, el de evitar obstáculos, el de que no se vuelva a perder el tiempo para las generaciones venideras, sino también el propósito de que la juventud de nuestro país pueda ser un positivo factor de creación.

Todos los pueblos del mundo necesitan de su juventud antes que de otras fuerzas sociales, pero México más que otros muchos pueblos, porque aquí todo está por hacer, porque aquí nada está hecho, porque aquí nada se ha cumplido, porque aquí apenas se ha iniciado la transformación. Y como los medios para la lucha son pobres, y porque precisamente, por ser Colonia, apenas estamos tomando nuestra tarea, todavía no tenemos nuestra Escuela, y apenas vamos a tomar la conciencia de la generación del mañana. Todo, aparentemente, está contra nosotros; las principales fuerzas materiales, las fuerzas de difusión de las ideas, las tribunas en su mayoría, las que más escucha el pueblo, los medios de comunicación y el capital que significa a veces dinero también, está en el sector enemigo; la pelea es desigual; todo está por hacerse y los que tienen que hacerlo de nuevo pocos recursos tienen a su alcance. Por eso México necesita, más que ningún otro país quizás, de su juventud porque sobre ustedes, sobre los jóvenes de hoy pesa esa grande responsabilidad, porque sobre ustedes pesa la enorme responsabilidad, no de hacer fortuna propia, sino de hacer fortuna de todos, la fortuna del país y porque, además, la juventud de México, frente a los grandes problemas de la Patria, tiene que atender también los grandes problemas de la Humanidad.

Vivimos realmente en una hora final de uno de los principales períodos de la historia del Mundo; la crisis no es, en esta ocasión, una de las crisis; es la crisis final del régimen capitalista en sus formas más opresoras, en sus formas de mayor injusticia para los destinos y para los intereses inmediatos de los hombres; es la hora en la que van a decidirse los destinos del mundo por muchos años: o el fascismo se convierte en un régimen internacional de gobierno, o los países democráticos reaccionan al final, se asocian y aplastan al fascismo en aquellos países en donde el fascismo ha logrado triunfar. Si ocurre lo primero, piensen en mis palabras, jóvenes

compañeros nuestros de México, piensen en mis palabras: si el mundo se vuelve fascista, ni ustedes quizás van a poder actuar o vivir en un mundo, como no sea el mundo de la opresión, de la tiranía y de la barbarie; porque habrá que esperar largos años, habrá que esperar muchos años a que dentro del mundo fascista surjan las rivalidades entre los grupos fascistas por las contradicciones inherentes al régimen de la propiedad privada, para que vuelva el mundo a tener esperanzas en la transformación de la injusticia social. Acaso los hijos de ustedes, acaso sus nietos, serán los que alcancen a vivir de un modo libre. Pero si por el contrario, como nosotros queremos, el fascismo no se transforma en un régimen mundial de gobierno, entonces nosotros disfrutaremos poco, quizás nada, pero ustedes han de vivir ya, por ventura para ustedes y para la Humanidad, en un mundo libre de la barbarie y de la injusticia. (Aplausos.)

De ahí la gran responsabilidad de la juventud de México; enormes tareas adentro de la casa, grandes tareas, también, fuera de nuestro país; tarea digna del hombre. Debemos saludar como privilegio del destino histórico el haber vivido en esta época; sólo los cobardes, los pusilánimes, los egoístas, los torpes, los malos calculadores, los que quieren dispensa plétórica sin que sean capaces de engullirla, los que quieren palacios para ellos solos, sin que sean capaces de disfrutarlos, los eunuocos, los enanos, los contrahombres, son los que ambicionan un mundo con pan de sepulcro. (Aplausos.)

Es un privilegio vivir en esta época de condiciones tan graves para la Humanidad, porque ahora es cuando se definen los destinos para el mañana, y porque por encima de los oficios y de las profesiones que cada quien tenga, hay, juventud de México, un oficio único al que todos debemos ambicionar, una sola profesión que honra, que es la profesión de hombre. (Aplausos.) Y el hombre, para merecer esta denominación tiene que ser un creador; no un autómatas, no un factor negativo, no un ser sin conciencia, no un cumplidor mecánico de órdenes que no analiza, sino un factor disciplinado en una obra de conjunto, porque él mismo se siente un creador en todos los instantes de cada minuto, en todos los minutos de cada hora, en todas las horas de cada día, en todos los días de cada año; un creador que siente él solo, sobre su propia conciencia, la gran responsabilidad de hacer de la Humanidad un conjunto de seres felices. Esto sí es un ideal, no una ilusión; esto sí es generoso; no es ingenuo; esto sí es un orden, no un discurso sin contenido; esto es una postura, no una actitud falsa para engañar a los necios; esto es una profesión verdadera: crear un mundo mejor. (Aplausos.)

Todavía nosotros recibimos esta lección: primero el individuo, después la familia, después la sociedad, luego la Patria, luego la Humanidad. Esta era la tabla de valores morales, éste era el conjunto de principios que presidían nuestra generación. ¡Qué derrumbe tan estrepitoso de nuestra época! ¡Qué fracaso tan grande de esa visión tan injusta y tan torpe de la vida! Hoy hemos invertido el orden de los valores. ¡Mentira que alguien pueda vivir bien si los demás no viven bien! ¡Mentira que la familia pueda vivir bien —la propia— si los otros no pueden vivir! ¡Mentira que la propia patria pueda vivir bien si las otras patrias lloran! ¡Mentira que el bien

propio sea compatible con la desgracia ajena! ¡Mentira que el llanto de los otros sea compatible con la alegría propia! (Aplausos.) Nadie puede vivir bien, por lo menos sin aspirar a que los otros vivan bien; y sin embargo, se dirá que algunos viven bien, o que tienen riquezas acumuladas, mientras los otros viven en la miseria. ¡Esos no viven bien! ¡Son cerdos que creen vivir bien! Y no viven bien porque no son hombres, porque no crean. (Aplausos.)

Los más ricos somos nosotros; nosotros los que nada tenemos, a pesar de que sobre nosotros quieren voltear la cloaca de su derrota y de su cinismo los enemigos nuestros, que quieren forzosamente empañar la vida ajena porque ellos son representación de la podredumbre en vida. Nosotros somos los ricos, los que estamos pagados de antemano con nuestra propia obra, con nuestro propio ideal, con nuestra propia lucha. Somos los ricos de hoy. Los ricos de hoy, en otro sentido, son los pobres de hoy, los infelices de hoy, los atormentados de hoy. La alegría de los militantes al servicio de la lucha de clases, junto al proletariado, los militantes de la revolución mexicana, los sinceramente militantes, los sinceramente revolucionarios de todos los oficios y de todas las profesiones, los que no hablamos en nombre de nuestros negocios ni en nombre de una convicción que no sea producto de nuestra conducta de toda la vida; somos sinceramente los ricos de hoy, porque somos los constructores de México, quiéranlo o no lo quieran. (Aplausos.)

Que la juventud de México sea digna de su tarea, esa es nuestra ilusión más grande, ilusión asequible, porque es nuestro ideal objetivo. Que no cometa errores como nosotros los cometimos; que exija verdad completa en las aulas, verdad completa en otros aspectos de la lucha, y que se halle dispuesta a vivir la mejor de todas las existencias posibles, la vida de los grandes constructores de una nueva Humanidad. Esa es la tarea de los hombres de hoy. Y que cuando se cree la Central Unica de la Juventud, como cristalización de este primer gran esfuerzo de las nuevas generaciones de México, nazca el organismo con el propósito más noble de todos, que es el de servir a los demás sin que nadie pretenda, dentro de los jóvenes mismos, servirse de sus compañeros.

Nuestro país, al fin Colonia, no sólo ha sido un país de caudillos y de caciques, sino que ha sido país de gentes que en cuanto viven en el privilegio, cierran las puertas a otros por temor a compartir el pan con los demás; por eso los médicos de México gritan y chillan tanto cuando hay una posibilidad de que otras gentes curen; no porque estén defendiendo al pueblo de los charlatanes, sino porque tienen miedo de perder la clientela (aplausos); es la misma actitud de los abogados, de los ingenieros, de los arquitectos y de todos los que tienen alguna profesión o algún oficio; quieren ser castas privilegiadas, gremios cerrados protegidos por el Estado, y desearían las Ordenanzas de la época feudal. (Aplausos.)

Y en terreno político, grupos también muchas veces integrados por mentecatos que tuvieron la audacia o la fortuna de manejar la cosa pública sin merecerlo, y que consideran como enemigos a los jóvenes que están distinguiéndose. No, esto no puede ser ya más; México necesita hombres nuevos, y nuestra principal tragedia

es la falta de hombres verdaderos. Si una mujer se distingue, levantarla, jóvenes de México; si un joven de ustedes se distingue, elevarlo, jóvenes de México. Sin envidia, con alegría; México necesita miles y miles de mujeres y de hombres buenos, de primera calidad, de todas las actividades posibles, no importa cuáles sean, si éstas han de convertirse en factores para la edificación de la nueva Patria. Que nadie se encierre ya más en la actitud del comerciante que va a usufructuar el trabajo ajeno y que todo es posible con un grupo de hombres sobre los cuales van a amontonarse las responsabilidades; que la juventud nueva, ésta de hoy, la verdadera juventud, tenga sus puertas abiertas a todos los estímulos, a todos los ruidos, a todas las ideas; que se mantenga en actitud de vigía permanente, para que pueda mejorar sus propias ideas, para que pueda ser un factor de creación.

Militar, sí, militar con el conjunto, con los sectores responsables, pero ante todo prepararse bien, prepararse bien y estar dispuestos a luchar sin transacciones con los enemigos del mundo, con los propios enemigos de la Patria. Así podrá cumplirse en la juventud de hoy lo único que le es dable al hombre en el seno de la naturaleza: acelerar, acelerar, aproximar el cumplimiento del destino histórico. (Aplausos. Di-  
nas.)



## La Revolución Mexicana

¿Qué fue la Revolución Mexicana? ¿Qué será en el futuro? Una sola cosa, una sola fuerza, un solo principio, un solo ideal: hacer de México lo que hasta hoy nuestro país no ha sido; acabar con la miseria material del pueblo, acabar con su miseria moral, acabar con su ignorancia, acabar con el privilegio y hacer de este pueblo un pueblo robusto, rico, sano, alegre y respetable.

Esta tarea no sólo no se ha cumplido, sino que en muchos aspectos no se ha iniciado todavía; no ha habido un movimiento en la historia humana, cuando éste ha significado realmente el querer y las necesidades del pueblo, que no haya provocado un desajuste momentáneo, pasajero, como acontece con todo régimen de transición entre el pasado y el porvenir; pero si se compara el desajuste, la crisis de las adaptaciones indispensables que ha provocado la Revolución Mexicana, con las crisis parecidas que otros tantos movimientos históricos han producido en otros países y en otras épocas, tendremos que convenir en que la crisis que la Revolución Mexicana provocó en nuestro país, en la economía nacional particularmente, y en las instituciones de carácter educativo, de carácter político, es una pequeña crisis; y si se compara, sobre todo, la crisis con sus frutos, de un modo pragmático, el desajuste producido inevitablemente por el choque del pueblo armado en contra de sus antiguos opresores, el quebranto sufrido como consecuencia de la pugna, con las ventajas que la nación mexicana ha alcanzado después de treinta años de lucha, no sólo resulta pequeña esta crisis de adaptación, sino que aun los más obcecados, aun los más ciegos, aun los más ignorantes tendrán que convenir en que en México se han salvado por verdadera fortuna, períodos críticos, situaciones difíciles; porque en nuestro país la obra ya recogida de la Revolución ha sido suficientemente generosa y profunda en consecuencias históricas, para compensar con creces el desajuste momentáneo, entendiéndolo por desequilibrio transitorio el positivo interés colectivo de la nación, y nunca el grito, la protesta de los que han sido expropiados por el pueblo con sobra de justificación histórica.

La Revolución es un proceso que poco a poco ha ido adquiriendo perfiles más sobrios pero a la vez más profundos y más definidos. Nadie, ninguna época, ningún

---

Fragmento del discurso pronunciado en la apertura de la Convención Nacional del PRM. Revista *Futuro*, noviembre de 1939.

hombre, ningún grupo, ninguna institución puede todavía atribuirse el derecho o el privilegio de haber definido para siempre el propósito final de la Revolución Mexicana; han sido todos a la vez: los hombres de 1909, los que lucharon contra el dictador Porfirio Díaz; los hombres de 1913; los hombres de 1917; los hombres de otras épocas; de los años inmediatos al nuestro; los hombres de hoy, y las instituciones de ellos nacidas, son los que han ido poco a poco, de una manera sólida, victoriosa, sin retrocesos sensibles, definiendo las características de la Revolución. De ahí que todo concepto tendiente a tratar de hacer ver que las rectificaciones a Lázaro Cárdenas se imponen porque los ideales de la Revolución se han traicionado, descansa no sólo en una ignorancia enorme de lo que la Historia significa, sino que descansa también en una ceguera completa, porque no se advierte ya que las generaciones de ayer todavía viven, y las generaciones de hoy están palpitando; que entre los hombres que iniciaron este movimiento libertario y los que hoy lo representan, no sólo no hay discrepancias ideológicas profundas, no sólo no hay diferencias de actitud y de propósitos, sino que inclusive no hay diferencias desde el punto de vista práctico, porque todos concurren en el mismo ideal: los precursores, los que lucharon con las armas en la mano y los que apenas hoy levantan su pensamiento generoso. La Revolución es única; la Revolución es invencible como la propia existencia de nuestro país. A veces con tumbos, a veces viviendo de un modo intenso, a veces con precipitación, a veces inclusive dando el aspecto de una indiferencia parecida a un pantano en el que ya se ahogaron los mejores ideales, para ser después sobrepasados esos altos transitorios por una época de júbilo auténtico, la Revolución Mexicana siempre ha ido, paso a paso, de una manera insensible, al logro de sus propósitos que repercuten hasta el último confín de la tierra, ostentando sus características.

No hemos concluido todavía la tarea de la Revolución; no hemos terminado todavía con el aspecto semifeudal de nuestro país; no hemos acabado con los caciques. Es verdad; pero no es por culpa de los revolucionarios, sino por culpa de la contra-revolución.

No hemos acabado todavía con vicios del pasado; no hemos acabado con las fuerzas que tratan de tergiversar los ideales mejores del pueblo, no hemos acabado con los bajos salarios, con las rentas miserables; no hemos acabado con los millones de hombres, mujeres y niños descalzos; no hemos acabado con tantos millones que todavía viven en guaridas como fieras; no hemos acabado con la ignorancia de nuestras masas; no hemos acabado con nuestros prejuicios; no hemos acabado con otros tantos aspectos negativos de nuestra vida común, ni tampoco hemos acabado con tantas y tantas fuerzas de importancia, domésticas y extrañas a nuestro suelo, que todos los días impiden el progreso de México. La Revolución no habrá de concluir, pues, sino hasta que los principales ideales de nuestro pueblo se hayan cumplido cabalmente; no hemos adquirido todavía nuestra independencia, nuestra verdadera independencia, nuestro derecho de autodeterminación, nuestra facultad de gozar plenamente de una positiva economía. Por desventura, colonia española durante

algunos siglos, salimos de esa situación para entrar al poco tiempo en la penumbra, en calidad de satélite de un nuevo astro, que es el que determina en cierta forma los destinos de los pueblos que giran dentro de su órbita económica. Necesitamos acabar de labrar esta independencia, no en una forma figurada, no en una forma teórica, sino en una forma real; independencia política garantizada en una independencia material; independencia política como consecuencia de una independencia económica; una independencia de las conciencias de todos los mexicanos, con fuerza bastante para crear una nueva economía, para crear un nuevo patrimonio colectivo.

Mientras eso no acontezca, habrá choques, habrá lucha inevitablemente, habrá derechas e izquierdas, no como los actuales detractores del régimen lo afirman; no como los enemigos del proletariado lo aseguran, con el propósito firme de copiar en una actitud de imitación extralógica, instituciones ajenas a nuestra patria, como si el dolor mismo, por desgracia, de muchos siglos, como si estos aspectos negativos que acabo de recordar de nuestra patria y que son suficientemente nuestros y que no podemos compartir con otros, no fueran lo suficientemente elocuentes y además creadores para sacar de ellos, para inferir de estos hechos, toda una teoría, toda una aspiración de redención social. Claro está que nuestro país no cierra los ojos a lo que pasa fuera de sus límites geográficos; todo pueblo que aspira a vivir mejor, es un pueblo revolucionario; todo partido que trata de encauzar la opinión de un pueblo deseoso de transformarse, es un partido revolucionario. En todas partes del mundo hay partidos que sirven al pueblo, partidos que sirven a la Revolución; son partidos hermanos nuestros, pueblos hermanos del nuestro. México, la Revolución Mexicana, muy mexicana, nacida de la entraña de México, es, sin embargo, una aspiración universal, porque se toca con otros anhelos revolucionarios de hombres de otras partes del mundo, que tratan de hacer de la tierra la patria de los hombres libres.

## La juventud mexicana y la Revolución

Amigos míos. Si la Revolución Mexicana no hubiera florecido ya en obras recias, incommovibles y trascendentales, como en la Reforma Agraria, como en la intervención del proletariado en la economía del país, como en la organización de la conciencia cívica de nuestro pueblo, bastaría un solo hecho para justificar los sacrificios de los hombres que desde 1910 hasta hoy han hecho con su vida y su pensamiento, para alcanzar en el porvenir una situación mejor que la del pasado: ese hecho es el de la orientación de las nuevas generaciones mexicanas. Si la Revolución no hubiera creado a la vez en la juventud mexicana, además de inquietud, el deseo de penetrar en los problemas de nuestro país la Revolución estaría justificada y habría florecido en una forma generosa y brillante.

Hace unos minutos mi compañero de aulas, mi amigo Antonio Castro Leal recordaba la época en que fuimos estudiantes nosotros. Nuestra época sufrió, de rechazo, la inquietud de la calle, pero nuestra juventud, como nueva fuerza humana para México, no vibró con las nuevas ideas porque no tuvo tiempo de entender la tragedia del campo, la tragedia de afuera de las aulas. Nos inquietábamos de un modo inconsciente, casi biológico; no nos inquietábamos sentimentalmente; no nos inquietábamos desde el punto de vista de nuestro pensamiento, de nuestro rumbo, de nuestro camino futuro.

La juventud de hoy, por ventura si no toda ella, grandes sectores de la juventud de nuestra patria, sí es una fuerza; no sólo por el ánimo natural de vivir y de proyectar la propia herencia sobre el porvenir del país entero, sino porque, fruto de la Revolución, su inquietud ya no es, por fortuna, sólo sentimental, sino que empieza a ser una preocupación seria, cerebral, debida a ideas que mueven su conducta y su anhelo.

Nada podría fincar la Revolución Mexicana en forma definitiva, si a la par que las obras que va creando en beneficio de las generaciones presentes, no fuera levantan-

---

Discurso pronunciado por el Secretario General de la CTM, en el acto de adhesión y homenaje que le ofrecieron las juventudes revolucionarias. *El Popular*, 11 de noviembre de 1939.

tando a la juventud mexicana, desligándola de los aspectos muertos del pasado, para hacerla una fuerza invencible en el porvenir.

Todo régimen social necesita no sólo una teoría que lo presida, necesita al mismo tiempo, una reserva humana que lo haga sobrevivir y que lo transforme de acuerdo con las necesidades de la evolución histórica. Si la Revolución Mexicana no tuviera una teoría que moviera sus principales actos, que conformara sus principales obras, y no tuviese al mismo tiempo esta reserva humana, la juventud de nuestro país, para que la haga vivir mañana, para que la haga mejor que hoy, y para que la transforme siempre en un sentido ascensional, la Revolución Mexicana tendría profundas lagunas, tendría huecos peligrosos, portillos, entradas favorables y propicias para el enemigo deseoso siempre, siempre dispuesto para hacer de la Revolución un fracaso.

Por esta razón es profundamente agradable, profundamente satisfactorio para los hombres que vimos el comienzo de la Revolución en el sentimiento, en el pensamiento, ver cómo el sacrificio colectivo de nuestro pueblo ya ha podido crear multitud de jóvenes, en todas las actividades, en todas las profesiones y oficios, preparados para hacer del movimiento de nuestro pueblo mexicano un movimiento de progreso ininterrumpido.

Este acto de adhesión a mi persona, yo lo acepté sólo porque sé que el homenaje es en el fondo el homenaje a una de las fuerzas, a la fuerza de vanguardia de nuestro pueblo, a la fuerza que ha roto con mayor vigor y con mayor éxito los obstáculos para que nuestro país se desenvuelva y se convierta en poco tiempo en una nación poderosa y digna de envidia legítima. Yo sé bien que lo que la juventud aplaude en mi persona es lo que ella misma quiere, lo que ella misma es en esencia: la actitud constante de mirar hacia el porvenir el deseo perenne de transformar a México, el anhelo de pensar en una humanidad mejor que la de hoy. Eso es lo que la juventud recoge de la obra del proletariado mexicano que en estos momentos representa y simboliza la Confederación de Trabajadores de México.

Porque el proletariado es una fuerza positivamente joven; toda fuerza creadora es una fuerza juvenil; yo no puedo concebir una fuerza juvenil que no crea, ni tampoco entiendo un acto de creación, como no provenga de la juventud. La CTM es una fuerza creadora, creadora de nuevo orden social; creadora de una nueva Patria, creadora de un nuevo México: es la fuerza más joven de todas las fuerzas sociales de nuestro país. No porque las otras no valgan, sino porque las otras, asociadas a la fuerza del proletariado, se reflejan también un poco en el proletariado organizado, de acuerdo con sus principios creadores.

Hace unos días ofrecimos al mundo entero el espectáculo de una unión democrática de verdad entre el proletariado, los campesinos y el Ejército Mexicano, dispuestos a continuar la obra de la Revolución; esto no hubiera sido posible si la CTM no fuese una fuerza juvenil, una fuerza creadora; y si las otras fuerzas sociales de México no participaran también de esta ansia de transformar las cosas negativas de nuestra Patria para hacer con todas ellas principio, base, cimiento, tradición que tiene un

poder relativo de exaltación, pero que sirve en un momento dado de enseñanza para levantar una nueva fábrica.

Agradezco, en consecuencia, este acto de amistad, porque al otorgármelo y recibirlo en nombre de la Confederación de Trabajadores de México tengo la convicción de que cualesquiera que sean las circunstancias del porvenir inmediato, y las circunstancias del futuro lejano, la juventud de México no sólo habrá de recoger la obra fincada, la obra empezada, e inclusive la obra concluida, sino porque al recogerla, lo hace con una obra en la que la juventud ya ha participado.

Cuando una juventud comienza así, es la mejor garantía de que la obra común nunca ha de verse derrotada; pero es preciso, amigos míos, jóvenes estudiantes, jóvenes obreros y campesinos, jóvenes empleados, es preciso que yo, en unas cuantas palabras les ofrezca, no un consejo, sino una llamada de atención: cuando se es joven desde el punto de vista biológico, siempre se está en la actitud, ante sí mismo, de prometerse juventud perpetua, deseo de jamás prevaricar, propósito inquebrantable de no torcer el camino recto. Eso es lo que define el deseo natural de ver, de conocer, de hacer perdurar la existencia y luego sumarse a la corriente de la vida para superarla. Pero a medida que los años transcurren entra en crisis no el ideal; entra en crisis el hombre. Y es entonces cuando es menester mayor juventud con el objeto de salvar al ideal, salvando al hombre. Porque no importa sólo tener un principio; no importa sólo tener un ideal; lo que interesa es permanecer siempre fiel al principio, siempre fiel al ideal.

En nuestro país en época que por ventura ya ha pasado, no siempre la juventud tuvo un ideal; ya lo recordábamos hace un momento; no siempre, cuando hubo un ideal, la juventud fue fiel a su principio; no basta tener un ideal para conservarlo. Lo interesante es que la juventud posea su ideal y que la juventud lo mantenga. En esa forma, la juventud nunca dejará de ser una fuerza creadora.

Yo deseo que la juventud de mi Patria permanezca fiel a su ideal; no puede haber otro ideal para ella que el ideal de transformar a México de un modo definitivo; hacer de nuestro país una gran Nación, como la juventud la concibe; con gente sana, con gente alegre, con gente robusta, con gente capaz de crear para ella y para otros. El día que esto ocurra, México no sólo ha de ser un país amado por todos sus hijos; ha de ser también un país querido y respetado por otros que no sean hijos de México.

La mejor aportación que se puede hacer a una causa general de los hombres, es realizar el ideal en el sitio en que se vive; transformar, ayudar a que se transforme una situación de injusticia, si es que ésta existe, en cualquier territorio, en cualquier parte del planeta. Y eso es precisamente lo que nosotros deseamos: una Patria que sea ejemplar, que al mismo tiempo sea estimada y que a la vez sea orgullo de sus mismos constructores. Estamos, por fortuna, en la posibilidad de lograrlo, y los obstáculos han sido superados; otros van a venir pronto, sin embargo; yo veo venir ya nuevos obstáculos que se van a interponer en el camino de México, obstáculos

dentro del Continente Americano, obstáculos en el mundo entero. Dentro de poco quizás, México va a dar el aspecto de una isla, de un lugar en donde se mantiene por milagro, dirían los pocos observadores, el verdadero ideal de la democracia. Pero esa misma situación de poder mantener un ideal, la fuerza del pueblo creando su propio destino es una situación llena de peligros.

Siempre ha habido enemigos dentro de la casa; los habrá en el futuro y aumentará su poder en la proporción en la que el porvenir se oscurezca; no obstante es incuestionable que esta crisis que aflige a la Humanidad no es una crisis más de las tantas crisis que ha vivido el régimen capitalista; ésta es, a mi juicio, la crisis final, es el último quebranto, el final desequilibrio de un régimen histórico que ha cumplido su destino.

Dentro de la gran crisis que el régimen reviste, inmediatamente después de concluir las manifestaciones más ostensibles de la guerra, un mundo va a renovarse y vamos a empezar a vivir, si es que podemos observarlo, una nueva gran etapa histórica. Para ese momento es preciso redoblar las energías de los mexicanos a fin de mantener íntegra la Revolución de nuestro país; es menester también redoblar las energías de todos los jóvenes para salvar a la Humanidad; para ese momento decisivo de la historia de la Humanidad entera es preciso que nos preparemos.

Yo tengo una gran confianza en el porvenir cuando veo actos como el que aquí se realiza: ni un momento me he envanecido al escuchar las palabras de nuestros jóvenes amigos que han hablado en nombre de la juventud y de los hombres de las distintas agrupaciones juveniles de México, porque ya expliqué no sólo cómo entiendo este homenaje, sino porque yo sé que la juventud mexicana orientada, la juventud revolucionaria de nuestro país, está por encima de los hombres físicos, porque en realidad ella sirve al ideal inmarcesible de la justicia social.

Tengo confianza, pues, porque el porvenir les habrá de encontrar bien preparados; y por ello tengo la convicción de que no sólo yo, sino todos mis camaradas responsables en la dirección de la CTM se sienten también profundamente satisfechos. Yo ofrezco, en cambio, que el proletariado organizado que la CTM representa ha de esforzarse de un modo sincero y entusiasta por ayudar a la organización de la juventud y por mejorar las condiciones materiales del trabajo y de preparación de los jóvenes de nuestro país.

Debo confesar que la CTM se encuentra en falta en lo que concierne a la organización de la mujer y se halla en falta en relación con los jóvenes de nuestro país. No porque nosotros no hayamos querido contribuir poderosamente a mejorar las condiciones económicas, cívicas, culturales de la mujer y de los jóvenes de nuestra Patria, sino porque la CTM es apenas, desde el punto de vista de su génesis, un organismo que nació ayer; en cuatro años que va a cumplir la CTM de vida, ha tenido que enfrentarse a problemas muy graves, a problemas de carácter internacional inclusive; hemos dedicado preferentemente nuestro esfuerzo a esta obra, porque de ella dependía la estabilidad de las instituciones revolucionarias de México; pero ahora

que las hemos consolidado los mexicanos revolucionarios, el gobierno que preside el general Lázaro Cárdenas y el pueblo organizado de los sectores más representativos de nuestro país, la CTM recoge este llamamiento y ofrece del modo más fraternal y más solemne a la vez, que prestará su empeño mayor, todo su entusiasmo, a la obra de la organización de las mujeres, de los jóvenes de México, no sólo porque de una manera biológica los jóvenes de hoy han de reemplazar a los hombres de esta generación, sino por algo más importante: porque es preciso que la Revolución aumente sus reservas humanas. Es preciso aumentar esas fuerzas para que nunca, para que jamás se extinga la fuerza creadora de la Revolución. Lo que contemplamos, amigos míos, jóvenes del México de esta época, es una fuerza que no podrá acabarse: campesinos organizados, obreros organizados, profesionales, intelectuales, escritores, artistas, empleados, jefes del Ejército, soldados del Ejército Nacional, todos, conmovidos también ante el solo pensamiento de lo que surgirá mañana. Todo esto es energía, energía en la mejor forma posible, no sólo en el sentido de la fuerza que obliga a caminar, sino en el sentido de la luz que alumbra, de la luz que hace posible un retroceso. Y es menester que la luz no se apague; en las manos de esta generación que tiene la responsabilidad de las cosas de México, no se ha extinguido; es menester que en las manos que la van a recibir tampoco se pierda; porque independientemente de todo, la luz no sólo es un factor que adereza el camino de la vida, que limpia de obstáculos el camino de la Revolución, sino que es, ustedes lo saben bien, amigos míos, el diamante mayor de la corona de la belleza.



## La educación socialista, producto legítimo de la Revolución Mexicana

Señor Secretario de Educación Pública;  
compañeros delegados:

La reunión de esta Conferencia Nacional de Educación adquiere en los actuales momentos de la vida de nuestro país una incalculable importancia, no sólo por el valor trascendental que encierra todo juicio crítico realizado por quienes van a valorizar su propia obra, sino también por la circunstancia de que este grupo de técnicos de la enseñanza que se asocian para llevar a cabo el análisis de la obra educativa hecha en México en los últimos cinco años, coincide con un nuevo debate en relación con el problema histórico de decidir la orientación de la enseñanza nacional.

Con motivo del proyecto enviado por el Ejecutivo Federal al Congreso de la Unión reglamentando el artículo 3º de la Constitución Política de la República, se ha vuelto otra vez a la discusión para fijar cuáles deben ser las normas que rijan la enseñanza en la nación mexicana. Por lo tanto, esta Conferencia debe, no sólo aquilatar lo hecho hasta ahora, sino precisar, tomando en cuenta la experiencia, las normas que deben regir la orientación en nuestra Patria, contestando así a quienes se oponen, no a la reglamentación del artículo 3º constitucional, sino al artículo mismo en su esencia, en su contenido.

La oposición no es la repulsa al proyecto del Ejecutivo; la oposición es a la propia Carta Política de la República Mexicana; por esta causa es menester que, al inaugurarse esta asamblea, recordemos cuáles han sido, a través del tiempo, las características principales de la educación en México, a qué propósitos obedecieron en los diversos períodos de la evolución histórica de nuestro país las normas educativas, y cuál ha sido la función política de la escuela en estas etapas principales de la his-

---

Discurso pronunciado en la Conferencia Nacional de Educación, el 11 de diciembre de 1939.  
*El Popular*, 12 de diciembre de 1939.

toría nacional, porque el argumento principal de la oposición, consistente en afirmar que la educación no debe tener una orientación política, es un argumento falso. Nunca, ni en nuestro país ni en ningún otro, ha habido un sistema educativo que no obedezca a un propósito claro y definido del Estado respecto de la orientación de la conciencia nacional. ¿Escuela desligada del Estado? No se concibe; nunca ha existido. ¿Estado sin teoría educativa? Tampoco se concibe, porque nunca ha existido en la historia. Y en México basta recordar las principales etapas de nuestra historia, con la estructura económica de cada una de ellas, y con los principios filosóficos que normaron la obra educativa, para llegar a la conclusión de que aquí la escuela siempre ha sido un instrumento de orientación de la conciencia nacional manejado por el Estado como expresión de la nación organizada jurídicamente.

Durante la Colonia, que es la primera etapa de nuestra historia como una nación unificada desde el punto de vista político, la estructura económica de México se caracteriza por el siguiente hecho: la Iglesia Católica, principal propietario rural del país. A esta estructura económica correspondió de un modo lógico una estructura del Estado. Durante la época virreinal, el Estado mexicano fue un Estado-Iglesia, un estado militante al servicio de la Iglesia, un escudo para defender la catolicidad no sólo desde el punto de vista ético, sino fundamentalmente desde el punto de vista económico y jurídico. El Estado-Iglesia es el tipo de la organización del Estado militante en la historia, es el tipo de la organización jurídica al servicio de un programa político trascendental. No se puede hablar, en consecuencia, de que en nuestro país la enseñanza pública haya vivido desvinculada al nacer México, ni de la estructura económica de la patria, ni tampoco de la organización jurídica del Estado y, consecuentemente, el principio filosófico que presidió la educación durante la época virreinal fue un principio que sostenía la estructura del Estado-Iglesia, y de un modo directo también la organización económica del Estado terrateniente de la época.

Este principio filosófico que se constituyó en norma de los establecimientos de enseñanza para formar la conciencia nacional, fue la teología, apoyada a su vez en el principio, irrefutable entonces, de que la verdad no es un hecho objetivo ajeno al hombre, sino una revelación de Dios y, por lo tanto, todas las normas secundarias de la orientación de la enseñanza pública han de ser los dogmas religiosos.

Estos fueron los principios, no sólo filosóficos sino también objetivos que orientaron la obra educativa de la época de la Colonia, expresados de un modo categórico al inaugurarse, al darse a conocer la decisión del emperador Carlos v, de crear en nuestra patria una de las primeras universidades del Nuevo Mundo.

Esta es no sólo la primera época de la historia de México; no sólo es tampoco la primera etapa de la orientación de la conciencia nacional a través de los esta-

blecimientos de enseñanza, sino también la etapa más larga de toda nuestra historia. Desde 1551 hasta 1833, en que don Valentín Gómez Farías suprimió la Real y Pontificia Universidad de México, la enseñanza pública, la escuela en México, es un instrumento al servicio del Estado-Iglesia, con el propósito de mantener la estructura económica del país, ya definida, y la organización de un estado militante al servicio de una causa política.

La segunda gran etapa histórica de México se llama, con razón, la Reforma. La estructura económica de México entonces, es una reacción en contra del largo período anterior; desaparecen los bienes llamados “de manos muertas”, se disuelven las corporaciones, principiando por la corporación por excelencia, que es la corporación religiosa en su calidad de institución capaz de derechos y obligaciones, en su calidad de institución capaz de ser propietaria, y se enaltece la individualidad del hombre y la libertad de la acción humana como principios que garantizan la libre concurrencia económica para que los bienes de los cuales se desposee a la Iglesia entren en el mercado nacional. A esta estructura económica nueva, que creó la Reforma, debió corresponder y en efecto correspondió, una nueva estructura del Estado mexicano: el Estado liberal y laico.

La filosofía de la Revolución Francesa llega a nosotros íntegra en sus principios y en su anhelo, y por esta razón la Reforma de Juárez se apoya en la declaración principal de que los derechos del individuo son la base y el objeto de las instituciones sociales. Y a esta estructura política del Estado mexicano debió corresponder, y también correspondió, una nueva teoría educativa; ésta fue el positivismo, el positivismo que se apoya en la siguiente declaración filosófica expuesta por don Gabino Barreda el 8 de septiembre de 1877 al explicarle a la opinión pública de nuestro país en qué consiste esencialmente la reforma educativa que debe apuntalar la obra de Juárez: “Venimos —decía el gran educador— a poner el diamantino guión de la verdad y de la plena concordia de lo objetivo con lo subjetivo, en vez de la desoladora discordia que nos dejó el siglo XVIII por herencia”. Es decir, ya no la teología como principio filosófico de la educación, ya no la verdad como un hecho de la revelación divina, ya no los dogmas religiosos presidiendo la escuela, ya no el divorcio entre lo subjetivo y lo objetivo, entre el espíritu y el mundo, sino la asociación, “la concordia” como lo llama Barreda, entre lo objetivo y lo subjetivo, como reacción natural en contra de la discordia que nos dejó el siglo XVIII. De esta suerte se forma en nuestro país una nueva conciencia nacional que corre también largos años: de 1877 hasta la caída del porfirismo, en el Centenario de la Patria.

La tercera etapa histórica de México es la dictadura porfiriana. La estructura económica de nuestro país en tal período puede caracterizarse diciendo que es la época en que el latifundio se consolida y se desarrollan en nuestro país las fuerzas económicas del imperialismo extranjero. Y a esta estructura económica corresponde de un modo fatal una nueva manera de entender la organización del Estado. El Estado de hecho se convierte en un servidor de los detentadores de la riqueza nacional; el

Estado se convierte en un arma política al servicio de los señores feudales de México y al servicio de las grandes empresas extranjeras. Y a esta estructura jurídica, política, de México, corresponde también su teoría educativa que tiende, como en los anteriores períodos de nuestra evolución histórica, a consolidar el régimen del cual ha surgido. El principio filosófico que preside la educación en la época de la dictadura porfiriana es la teoría evolucionista, la creencia de que la evolución significa progreso, la afirmación de que todo cambio, por el solo hecho de existir —y la vida se define como un constante cambio— trae aparejado el progreso de las instituciones públicas; se cree que la afirmación spenceriana del paso de lo homogéneo a lo heterogéneo, de lo simple a lo compuesto, durante cuyo tránsito, según afirma el ilustre filósofo inglés, se realiza una integración de la materia y una disipación constante de movimiento, es un tránsito que conduce a nuestro país de la miseria a la riqueza, de la ignorancia a la ilustración y a la cultura; se cree que México progresa por el solo hecho de existir, y que la organización económica del país y la intervención del capital extranjero sin condiciones en nuestro medio, marcan una etapa progresista en la historia de la nación mexicana.

Esta etapa del porfirismo tiene una continuación en el régimen de Victoriano Huerta. El régimen económico de México con la rebelión encabezada por Madero, aun cuando no es al principio más que una gran manifestación de protesta cívica, es al fin y al cabo una estructura que se resquebraja y amenaza derrumbarse de un modo estrepitoso. El porfirismo se rehace, elige a un traidor, asesina al Presidente Constitucional de nuestro país, y todas las fuerzas de la derecha pretenden mantener la vieja estructura económica, forjada durante el porfirismo. Por eso el breve régimen de Victoriano Huerta hizo del Estado mexicano el mismo instrumento al servicio de los señores feudales y del capitalismo extranjero, que había hecho durante treinta años la dictadura porfiriana.

Pero hay, sin embargo, un hecho importante desde el punto de vista de la orientación de la enseñanza nacional: al concluir casi, políticamente, el régimen de Porfirio Díaz, del propio seno del régimen surge la confesión del fracaso absoluto de la doctrina positivista en su aspecto evolutivo de tránsito mecánico de una supuesta ignorancia a una supuesta cultura, de una supuesta miseria a una supuesta riqueza nacional. Justo Sierra, el secretario de educación, al crear la Universidad Nacional de México, confiesa que “hace largos años una figura implorante vaga alrededor —para emplear sus propias palabras— de los *templa serena* de nuestra enseñanza oficial, tratando de entrar en ellas”; que esta figura implorante es la Filosofía, proscrita durante largos años por la teoría evolucionista mecánica, y que es menester, en consecuencia, transformar la orientación de la conciencia nacional. Las palabras de don Justo Sierra fueron más bien un sermón dicho en el sepulcro del porfirismo, que una nueva norma para orientar la conciencia nacional, porque el régimen al cual sirvió el insigne historiador caía aniquilado por la protesta popular. Pero fue Victoriano Huerta el que de un modo oficial ya, por conducto de su secretario de Educación Pública, declaró que la reforma educativa de nuestro país debería llevarse a cabo como una repulsa

oficial también, por parte del Estado mexicano, de la teoría positivista; ese funcionario público el día siete de enero de 1914, al anunciar la reforma educativa en México, particularmente la reorganización del bachillerato con su proyección sobre la cultura nacional decía estas palabras: “Hoy queda arriada la bandera comtiana”. La bandera de Augusto Comte, el inspirador del positivismo, que llegó a nuestro país traída por don Gabino Barreda; y afirmaba también: “en lugar del lema de Barreda, saber para prever y prever para obrar, debemos levantar este otro lema: soñar para creer y creer para crear”.

De esta manera ante la confesión del fracaso de una teoría del progreso mecánico que era casi un sarcasmo para nuestro país lleno de analfabétos y de gentes que vivían la vida de esclavos en beneficio de los señores feudales de México; ante la confesión obligada de los más conscientes elementos del porfirismo, de que su escuela creyente en la marcha progresiva del país había fracasado, tuvieron que encontrar otro rumbo a la cultura, otro principio espiritualista, el principio que vuelve a divorciar lo objetivo de lo subjetivo, el principio que vuelve a separar al hombre de la naturaleza, el principio que vuelve a prohiar de un modo indirecto la afirmación de que el mundo debe dividirse en dos grandes estadios: el del espíritu y el de la materia; la teoría que vuelve a proclamar como verdad absoluta que el hombre es un ser de excepción en el seno de la naturaleza y que debe tener para su propia evolución explicaciones ajenas a la explicación de los demás hechos que ocurren en el universo.

La Revolución Mexicana deshizo el régimen de Porfirio Díaz; la Revolución Mexicana sigue luchando en contra del régimen económico, en contra del régimen político, en contra del régimen educativo del pasado de nuestro país. La primera etapa de la Revolución se caracteriza por este grito: “Tierra para los campesinos”; después por este principio: “La tierra debe ser entregada a los campesinos, liquidando el latifundio” —artículo 27 de la nueva Carta Política del país proclamada en 1917.

Pero la Revolución Mexicana, en el transcurso de los años, adquiere conciencia de sí propia, de sí misma, va perfilando cada vez con mayor certidumbre sus objetivos, y ya no sólo lucha en contra del latifundio, ya no sólo lucha en contra del feudalismo, sino que al mismo tiempo, con la reforma a la Ley Agraria, trata de transformar el ejido, no en la base o en el sustento de la familia campesina, sino en la fuente de producción para la economía nacional. Y al propio tiempo que esto establece, interviene en la economía patria, con el objeto de que la industria no sólo sirva a sus detentadores, sino sirva también los intereses de la nación mexicana.

A esta estructura económica que la Revolución viene formando en México desde mil novecientos diez, ha correspondido una nueva teoría del Estado mexicano: la intervención del Estado en la economía nacional; no la abstención de la época liberal, de la etapa de la Reforma, ni tampoco la abstención subrepticia de los intereses de un sector social de nuestro país, como en la época porfiriana: el Estado mexicano interviene porque considera que el gobierno no es más que la expresión de las necesidades colectivas, y que el Estado por función, por definición, por propósito,

debe ser un arma al servicio de la nación mexicana organizada en sus principales sectores sociales.

Faltaba, sin embargo, a la Revolución Mexicana, una teoría educativa que formara la conciencia nacional, como la teología formó la conciencia durante la época del virreinato, como el positivismo formó la conciencia nacional de la época de la Reforma, como la evolución mecánica formó la conciencia nacional en la época porfirista, como la doctrina espiritualista influyó en la conciencia nacional durante un período inicial de la Revolución porque ésta no tuvo tiempo de edificar una nueva escuela. Es en la segunda etapa de la Revolución Mexicana, cuando no sólo se lucha ya en contra del feudalismo, sino que se pretende crear una nueva economía popular; cuando no sólo se lucha en contra de los abusos de las fuerzas imperialistas, sino que se trata de lograr la emancipación económica, la cabal autonomía de México, cuando surge la teoría educativa que debe llevar a la conciencia nacional los principios mismos de la Revolución.

A estas razones históricas obedece la reforma al artículo 3º constitucional; esta reforma establece el principio de que la educación, de que la enseñanza, debe ser socialista. Los enemigos de la Revolución afirman que este precepto es un injerto fracasado, un pegote mal puesto a la estructura de la Constitución Mexicana. ¿Lo afirman por ignorancia o lo afirman por perversidad?

Cuando la Constitución de 1917, dijeron lo mismo de los artículos 27 y 123: “el almodrote de Querétaro —según la frase vulgar y que se hizo popular entre los elementos reaccionarios— contiene dos principios que son malos injertos, verdaderos pegotes a la tradición liberal de la Constitución del 57: el artículo 27 y el artículo 123”. Ya antes lo habían dicho los conservadores, cuando la Reforma y las leyes de Juárez y la nueva Constitución de la época, la de 57: “esta es una norma jurídica que no corresponde a la tradición de la conciencia nacional”. Hoy, después de hecha la reforma al artículo 3º, han vuelto a esgrimir razones semejantes.

Nada tiene que hacer el socialismo con la tradición mexicana; nada tiene que hacer el principio socialista con la actual estructura económica, social y política de México; sin embargo, nosotros afirmamos que a la reforma agraria que consiste en liquidar el latifundio y entregar la tierra a los campesinos mexicanos para basar sobre la producción ejidal la nueva economía popular de nuestro país, a la obra revolucionaria que consiste en obligar a todo propietario a que, sin mengua de sus intereses legítimos, de la ganancia lícita de su propio patrimonio, oriente sus actividades en beneficio de nuestro pueblo, no puede corresponder, en el orden jurídico, sino un Estado militante al servicio de una nueva causa económica, y una nueva teoría educativa, cuyo principio debe ser el principio socialista.

Pero no el socialismo como han tratado de presentarlo los enemigos de la Revolución, desfigurándolo previamente para poderle asestar golpes mortales; no el socialismo de que hablan los que ignoran qué es el socialismo, o los que de un modo deliberado tratan de exponer una teoría que nadie ha forjado jamás, con el solo

propósito de exhibir como ineficaz y como torpe al régimen revolucionario; no es ese el socialismo, que nunca ha existido en la cabeza de nadie, el socialismo que preconiza el artículo 3º

El socialismo es una teoría y es una práctica a la vez; naturalmente que la escuela mexicana, como la concreción de la teoría educativa nacional, no ha de ser la institución que realice el socialismo, porque sería en contra de la propia teoría revolucionaria que el socialismo implica o supone; no es el Estado el que va a realizar la Revolución social; la escuela mexicana es la que va a explicar, científicamente, el proceso de la historia, la que va a explicar científicamente la verdad, la que va a explicar científicamente la relación entre los hombres, la que va a explicar científicamente el proceso futuro de los hombres y de los países.

Es desde este punto de vista, desde el punto de vista del método científico, como el artículo 3º adquiere el valor de una norma intocable e indiscutible por su verdadera eficacia. La teología tuvo una razón histórica de ser, ya recordada; nadie se puede atrever hoy, seriamente, a afirmar que los principios de la teología son principios válidos, ni como normas que expliquen al universo y al hombre, ni como normas que traten de explicar las relaciones entre los hombres. El positivismo de Barrera tuvo una razón histórica de ser, recordada de igual modo, pero adolece de una falsedad esencial: adolece de la falsedad que se puso en claro cuando el positivismo trató de concretarse en una teoría explicativa del propio proceso de la sociedad humana; cuando afirmó que la sociedad humana pasa de lo homogéneo a lo heterogéneo, y que este paso significa progreso por sí mismo; cuando afirmó que los hombres seremos mejores, viviremos más felices y se establecerán mejores relaciones entre los pueblos por el simple correr del tiempo; cuando afirmó, en suma, que el proceso histórico es un proceso constante de superación, y que cada cambio significa un progreso de un modo necesario y fatal, porque éste es un principio falso desde el punto de vista científico. La evolución no significa progreso; el devenir de la naturaleza y de la vida del hombre no es un simple paso de la cantidad a la cantidad, no es un simple paso de lo superficial a lo superficial; la evolución no es una evolución continua, la evolución es una evolución discontinua; la evolución no sólo es un cambio de la cantidad a la cantidad; la evolución es un cambio de la cantidad a la calidad; la vida no es como el correr de las aguas de un río caudaloso pero tranquilo; la vida es el correr de un torrente que a veces se hace remanso, pero que después se convierte inclusive en catarata; la vida es afirmación y es negación, y es nueva afirmación nacida de la negación que actúa sobre la primera afirmación; es tesis, sí, pero es también antítesis, y es síntesis creadora y afirmativa nacida de la negación y de la afirmación, para poder engendrar después una nueva afirmación y una nueva negación en este proceso constante de la evolución discontinua. No es la vida una línea recta; el progreso es como una espiral. La evolución no engendra el progreso; es la eliminación de los contrarios, el choque de las fuerzas humanas, el contraste de las instituciones sociales, lo que engendra el

progreso. Esa es la falla filosófica, el error científico de la doctrina evolucionista del positivismo.

Cuando el socialismo preconiza un modo de entender la existencia, está invalidando los métodos anteriores del conocimiento de la verdad para entregarle a los hombres un nuevo camino de explicación de las relaciones entre el hombre y el mundo, y de las relaciones entre los hombres a través del tiempo. A eso se refiere el artículo 3º constitucional reformado, al socialismo como explicación científica del universo, al socialismo como método de interpretación de los fenómenos de la naturaleza; no se refiere el artículo 3º constitucional a la ignorancia; no se refiere el artículo 3º constitucional a un simple deseo de desorientar a la conciencia nacional para no darle ningún rumbo. Cuando el precepto de la Carta Suprema de México habla de que es menester dar una explicación racional y exacta del universo, de la vida y del mundo, está preconizando este nuevo método de la evolución discontinua, del materialismo llamado dialéctico, como norma, como principio filosófico de explicación de los hechos de la naturaleza. Y contra este método no caben argumentaciones políticas; contra este método no cabe la protesta de la ignorancia, ni tampoco cabe la queja mal intencionada del sectarismo tradicional de los sectores reaccionarios; contra este método construido por la ciencia, por la cultura de los hombres, por la cultura universal e impersonal, no cabe más que el reconocimiento de los hombres mismos a la eficacia de un sistema que, por la primera vez en el curso del tiempo, explica con verdad, de un modo científico de veras, las causas en virtud de las cuales se opera la transformación de las instituciones públicas.

Tal es el contenido del artículo 3º de la Constitución: un contenido filosófico, un contenido científico, sobre los cuales hay que edificar la escuela que corresponda a la etapa histórica que estamos viviendo.

Al anunciarse el envío del proyecto de Ley Orgánica del Artículo 3º Constitucional al Congreso, como cuando la reforma del mismo precepto constitucional se cumplió hace unos años, se ha levantado otra vez la protesta de los elementos reaccionarios de México; no como lo advertí al principio en contra de la reglamentación, sino en contra del propio artículo 3º. Y en un mitin llevado a cabo hace unos cuantos días, el tres del corriente mes en esta ciudad, por el partido político denominado "Acción Nacional", se hicieron unas afirmaciones que yo tengo el deber, en nombre de la Confederación de Trabajadores de México, por la importancia política y la responsabilidad de la reacción mexicana en esta cuestión, de recordar a esta asamblea de técnicos de la enseñanza. Se dijo: "Durante más de un siglo hemos desdeñado todo lo que es nuestro y desertado de nuestro propio destino". Lo cual quiere decir que toda la historia del México independiente es la negación del propio México en su entraña; se dijo también: "En nombre del pasado glorioso de México, ha llegado el momento de restaurar nuestra nacionalidad con lo que hay de hispano en ella". Lo cual quiere decir que es preciso volver a las normas espirituales del siglo XVIII, de la Colonia. Y se dijo por último, y esto es lo más interesante quizá, "que



la historia de los ciento veinte años de México, de la vida independiente, se divide en cuatro períodos: Primero, el de la Independencia, caracterizado por una penosa destrucción de la obra precedente”, lo cual quiere decir que la Independencia nacional fue una obra destructora de la nacionalidad mexicana. “Segundo: invasión de las logias, guerra al clero y destrucción de las obras piadosas, caracterizado este período por la persona de Benito Juárez”, lo cual quiere decir también que este período histórico fue en contra de la tradición nacional. El tercer período, se afirmó, lo constituye la etapa de la reconstrucción nacional, con la restricción de algunas libertades, pero con ciertos adelantos”, y la personificación de esta etapa es Porfirio Díaz. Y finalmente, “el último período, la Revolución: destrucción y ruina; algunas libertades, pero avance de la ola roja y período sin nombre”.

Desde luego revela una enorme ignorancia el afirmar que todo un pueblo, durante más de un siglo, ha estado forjando su destino en contra de su propio destino. Eso se llama contradicción, eso se llama petición de principio, eso se llama ignorancia. Nosotros no creemos que la Independencia nacional, ni los hombres que la hicieron posible, hayan engendrado un período de destrucción del pasado en el sentido de que el pasado haya sido un período válido para ser sostenido. La Independencia nacional fue el primer grito de la masa explotada y de la pequeña burguesía nacional en contra de los grandes señores de España, propietarios de la tierra y de la riqueza pública, y en contra de los primados de la Iglesia Católica, también propietaria de la riqueza nacional. En ese sentido la Guerra de Independencia es, colectivamente, en su fondo una lucha de clases; marca el principio de la lucha que hasta hoy se sostiene en nuestro país en contra de los enemigos del mejoramiento de las masas populares de nuestra patria y de la independencia de nuestro país.

La Reforma es otra de las grandes etapas históricas que tampoco destruyó nada de lo esencialmente mexicano, sino que por el contrario, estableció bases para construir un nuevo país que perteneciera más al pueblo de México y menos a la burguesía extranjera y menos a las instituciones desnaturalizantes de la idiosincrasia mexicana. Nosotros no podemos renegar de nuestros héroes, como no podemos creer que el único hombre que resulte limpio en este análisis de la historia de México sea Porfirio Díaz.

La Confederación de Trabajadores de México, después de haber hecho el análisis histórico de los sistemas educativos que en las principales etapas de nuestra evolución histórica han contribuido a la formación de la conciencia nacional, desea también por mi conducto, pasar lista a los nombres que no en balde la gratitud del pueblo mexicano ha hecho inscribir con letras de oro en el recinto de la representación nacional, para que estos nombres de los principales dirigentes de las épocas más interesantes de nuestra historia presidan los trabajos de esta asamblea de carácter técnico:

Miguel Hidalgo, Ignacio Allende, Juan Aldama, Mariano Abasolo, José María Morelos, Mariano Matamoros, Leonardo Bravo, Miguel Bravo, Hermenegildo Galeana,

José Mariano Jiménez, Francisco Javier Mina, Pedro Moreno, Víctor Rosales, Ignacio López Rayón, Guadalupe Victoria, Miguel Barragán, Ponciano Arriaga, Miguel Ramos Arizpe, Ignacio Zaragoza, Juan Alvarez, Valentín Gómez Farías, Ignacio de la Llave, Francisco Zarco, José María Arteaga, Andrés Quintana Roo, Benito Juárez, Santos Degollado, Mariano Escobedo, Francisco I. Madero, Aquiles Serdán, Belisario Domínguez, Emiliano Zapata, Felipe Carrillo Puerto, Venustiano Carranza, Alvaro Obregón.

La Revolución Mexicana no es obra de un hombre; es el fruto del sacrificio del pueblo mexicano; los exponentes de la Revolución son los afortunados medios creados por el propio proceso histórico para concretar las ansias populares y para llevarlas a la victoria. Nadie puede detener el proceso de la historia; nadie puede detener la creación de nuevos conceptos de la vida y del mundo; nadie puede detener la eficacia de las ideas-fuerza que están construyendo un mundo nuevo en medio de las ruinas de un mundo ya caduco.

Los nombres que acaban de ser escuchados son los nombres de los que nos han antecedido; otros nombres habrán de agregarse mañana a esta obra ininterrumpida del verdadero progreso. La Confederación de Trabajadores de México desea y espera, en consecuencia, que haciendo honor a la conciencia de responsabilidad que distingue por ventura a los maestros de México, a los maestros de la Revolución, esta Conferencia Nacional de Educación contribuya poderosamente a construir sobre las bases de la ciencia verdadera un nuevo país. De esta suerte, no sólo habrá de justificar el maestro mexicano su paso por las aulas, sino también su paso por la historia de la patria.

## Los enemigos de la Revolución

### *Maestros de la República Mexicana:*

Esta es una asamblea, un congreso de carácter sindical; no es la reunión de los maestros mexicanos en su calidad de asalariados del poder público o de las escuelas privadas; no es tampoco una asamblea reunida exclusivamente con propósitos de carácter técnico; se trata en esta ocasión de asociar, como lo están ya, en una asamblea, a los maestros para que discutan en su calidad de miembros de la clase trabajadora, lo mismo sus problemas específicos, que los problemas que interesan a la clase de la cual forman parte.

Por tal razón, es indispensable que en nombre del Comité Nacional de la Confederación de Trabajadores de México, a la cual pertenece el Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza de la República Mexicana, yo recuerde a los delegados aquí presentes qué cosa es la CTM, porque cada Sindicato de los que integran la Confederación es en pequeño la misma CTM. Las normas que rigen a la CTM en su conjunto son las normas que rigen en lo particular a cada una de sus unidades sindicales: si dentro de un sindicato de la CTM se olvida el programa general de la Confederación, ese sindicato no está cumpliendo sus deberes sindicales, porque está olvidando la única norma que debe regir los destinos de nuestra agrupación, la declaración de principios y la estructura misma de la Confederación de Trabajadores de México.

Por esta razón, también, es indispensable que un motivo de multitud de incidentes provocados antes de esta Asamblea yo analice, en nombre de la Confederación, los aspectos más importantes que tiene en estos momentos para el Magisterio Nacional su Congreso; y finalmente, unas cuantas palabras para vincular los deberes del magisterio como tal, a los deberes de la propia clase trabajadora de la cual forma una parte tan importante.

La Confederación de Trabajadores de México es un frente sindical: lo cual quiere decir que viven dentro de su unidad sindical todos los trabajadores, mujeres y hombres, que sustenten en lo personal cualesquiera creencias, que sustenten cualquier doctrina, con la condición de que tales doctrinas o tales creencias no sean, ni un factor de perturbación en la marcha revolucionaria del proletariado, ni tampoco factores de división en el seno de las propias asambleas sindicales. (Aplausos.)

---

Discurso pronunciado en la Asamblea inaugural del Congreso Nacional del Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza de la República Mexicana. *El Popular*, 21 de febrero de 1940.

Dentro de los sindicatos de la CTM hay católicos, hay ateos, hay comunistas, hay no comunistas; todos estos camaradas, sea cual fuere su opinión, tengan en lo personal el criterio que sea respecto de la forma de entender la vida y el mundo, son miembros activos de la CTM (aplausos). Pero es indispensable que todos entiendan también que, el hecho de pertenecer a una organización, significa una autolimitación, una limitación voluntaria del individuo, de la opinión privada, del interés especial, personalísimo, en favor del interés común y de la marcha histórica del proletariado (aplausos). Por esa causa la creencia religiosa es intocable dentro de nuestras organizaciones; la opinión política es intocable también, a condición de que la opinión política o la creencia religiosa no se eleven a la categoría de instrumento en contra de la marcha del proletariado mexicano (aplausos).

La CTM es un organismo que está al servicio de la lucha de clases; no es un organismo pasivo; es una fuerza, es un movimiento, es una corriente que lucha, que trata de desbaratar las formas injustas y anacrónicas de nuestra sociedad para, sobre sus escombros, cooperar a la construcción de una sociedad más justa que la presente. No es una sociedad mutualista, no es una sociedad para conseguir empleos (aplausos); no es, tampoco, un instrumento para que se beneficien unos cuantos privilegiados (aplausos); no es un organismo para que lo manejen los políticos; no es un organismo, tampoco, para que los maestros queden en determinado momento supe-ditados a autoridades sin conciencia o con finalidades personalísimas, con el objeto de que el magisterio jamás alcance independencia verdadera y justicia plena (aplausos).

El magisterio está colocado, es verdad, en una situación de excepción por la calidad y por la condición jurídica de quienes lo integran; no es, el Sindicato de Trabajadores de la Enseñanza, un sindicato como lo es, por ejemplo, el sindicato de trabajadores de una empresa privada, porque en el caso de los maestros, el patrón es el Estado; pero, además, hay una gran diferencia entre el sindicato de maestros y las demás agrupaciones de trabajadores porque, independientemente de la calidad de su patrón, los maestros tienen una función muy importante que cumplir, que no cumplen los demás trabajadores. La mayoría de los esfuerzos de los obreros y los campesinos se dirigen hacia la producción económica, hacia el mantenimiento de la producción, hacia su perfeccionamiento, otros trabajan en los servicios públicos; sólo los maestros trabajan, más que para el presente, para el porvenir; el resto del proletariado trabaja para sustentar, desde el punto de vista material, a la población actual; otros trabajan para llevar beneficios de orden no económico a las masas de la población, pero también para satisfacer necesidades presentes; los maestros son los únicos que trabajan para el porvenir, porque su esfuerzo está dedicado preferentemente a individuos que están siendo apenas factores de importancia en la vida económica, en la vida política y en la vida moral del país: a la niñez y a la juventud.

Por esa causa no es de hoy el problema del magisterio; no son por supuesto, nuevos los problemas que ahora se suscitan en esta asamblea, los que aquí se van a plantear, los que alrededor de los maestros surgen también, no son problemas nuevos;

no son tampoco problemas sólo de México. Antes, en otros países que en el nuestro, y en todas las épocas de la evolución histórica de las naciones, desde que el maestro ocupa un lugar de grave responsabilidad se han suscitado alrededor de los maestros los más apasionados problemas, los debates más acalorados, porque el maestro puede ser: o un buen instrumento, o un mal instrumento; porque el maestro puede ser el factor más importante de creación de una sociedad mejor siempre en el futuro que el pasado, o puede servir de instrumento a los intereses del pasado más que a los intereses del porvenir. Y si esto se toma en cuenta en los momentos de crisis verdadera, cuando un régimen social se encuentra resquebrajado, cuando el mundo entero es el que se conmueve desde sus bases, cuando chocan las ideas, los propósitos, las opiniones más diversas, cuando a fuerza si no por voluntad, todos los seres conscientes van tomando su sitio en los debates ideológicos y en las luchas políticas, se comprenderá por qué es el conjunto de maestros de un país el blanco de ataque y al mismo tiempo el objetivo de las solicitudes de las fuerzas sociales encontradas.

Nunca como hoy los maestros de México están siendo ese punto de convergencia entre las fuerzas conservadoras y las fuerzas revolucionarias de nuestro país; nunca como hoy se espera por los unos que los maestros frenen la Revolución Mexicana; y nunca como hoy también, las fuerzas revolucionarias esperan que los maestros cumplan con su deber histórico. Por esta causa adquiere positiva importancia el análisis de los deberes y de las obligaciones del magisterio nacional: como maestros, como miembros de la clase trabajadora, como ciudadanos de México, como hombres que piensan, como seres capaces de crear un mundo mejor.

Ha habido defectos, los hay muy grandes; tenemos todavía problemas, los más importantes sin duda, sin solución; culpa ha habido en muchos, pero lo importante, más que señalar los errores y las culpas es corregir los errores (aplausos), es enmendar el camino equivocado, es evitar que se cometan más injusticias en el porvenir (aplausos).

En el Comité Nacional de la Confederación hemos seguido paso a paso, todos los días desde que el STERM existe, las mil vicisitudes de los maestros en lo individual y en los conflictos de carácter intergremial que se han suscitado en el seno del sindicato; también conocemos de una manera detallada los problemas que el magisterio plantea en sus relaciones con las autoridades. El Comité Nacional ha intervenido en muchos de estos conflictos; desgraciadamente no ha podido intervenir en todos; en muchas ocasiones el Comité Nacional acepta que se han cometido injusticias; al Comité Nacional le consta que ha habido autoridades apasionadas que han procedido de un modo sectario, que han procedido de un modo injusto (aplausos); que han violado el escalafón de los maestros (aplausos), que los han postergado, que los movilizan de un modo inicuo, no teniendo en cuenta su situación; todo esto lo sabe el Comité Nacional. En muchas partes del país pasa eso; lo que importa es, sin embargo, que no vuelva a ocurrir más en ningún sitio (aplausos). Lo que interesa es que no se vuelvan a dar nunca casos de injusticia.

Nadie tiene derecho a postergar a ningún maestro; ninguno tiene derecho a preferir a un maestro por razones de ideas; de la misma suerte ninguna autoridad tiene el derecho de prostituir a los maestros pretendiendo usarlos, o como porras políticas o como respaldo circunstancial a la persona de los mismos funcionarios públicos (aplausos). Sindicatos blancos que son vergüenza para el magisterio nacional; en ocasiones, inclusive autoridades que cometen —diría yo para ser piadoso en el calificativo— el acto ingenuo de venirnos a decir al propio seno del Comité Nacional, quiénes quieren que dirijan los sindicatos de maestros (aplausos): autoridades que creen que, por el solo hecho de pagar los salarios de los que enseñan, tienen inclusive la facultad de manejar sus conciencias y de arrastrarlos para fines especiales, ajenos al magisterio y al proletariado del país (aplausos).

Estas cosas tienen que concluir para siempre; el Magisterio Nacional debe cumplir, ante todo, con sus deberes profesionales (aplausos), debe devengar el salario que recibe (aplausos), como los obreros al servicio de cualquier patrón; el primer deber, sobre todo en los maestros revolucionarios, es ser buenos maestros (aplausos); pero eso no quiere decir que los maestros sean simples máquinas de enseñar; no podrían enseñar si fuesen máquinas; son hombres ante todo, son hombres de su tiempo, son hombres de su patria (aplausos); son hombres de la Humanidad (aplausos); deben pues, además de ser buenos maestros, ser buenos luchadores, no demagogos (aplausos); luchadores, es decir, modeladores de la conciencia de las nuevas generaciones y modeladores de las conciencias de acuerdo con la verdad (aplausos); con la verdad que es siempre revolucionaria (aplausos) porque la verdad siempre es creadora.

Ningún país que quiera estar a la altura de los tiempos puede vivir sin una teoría política (aplausos), entendiendo por teoría política un juicio científico respecto de la vida del mundo, con el propósito de que, una vez revelada la verdad en el sentido de transmitida, puedan las nuevas generaciones construir una Patria mejor al servicio de la Humanidad entera (aplausos). ¡Cómo podría concebirse a los maestros sirviendo al pasado en un mundo tan injusto como el de hoy! La única forma de entender a un maestro, y sobre todo a un maestro de México, después de treinta años de sacrificios del pueblo, de constantes sacrificios, es entenderlo como a una mujer y como a un hombre que está al servicio del porvenir de la Revolución Mexicana (aplausos).

Deben ser, pues, buenos militantes de la causa de la Revolución los maestros de México; así como deben ser buenos cumplidores de su oficio. (Aplausos.) Deben ser también los maestros, como consecuencia natural de su misión histórica, buenos hermanos de los demás trabajadores. (Aplausos.)

Todavía hace algunos años, en algunos sectores del magisterio prevalecía el viejo prejuicio necio de que los obreros intelectuales nada tienen que hacer con los obreros manuales; todavía se levantaban argumentos demasiado bajos para poderse sostener con entusiasmo y con verdad: se decía, por ejemplo: ¿qué tienen de común los maestros con los campesinos? ¿Qué tienen de común los maestros con los obreros?

¿Qué tienen de común los maestros, que son gente ilustrada, gente decente, gente bien vestida, gente con aspiraciones provenientes de la cultura, con la baja masa, muchas veces inconsciente, que se revuelve en el lodo, que se revuelve en la concupiscencia, que no entiende ciertos aspectos maravillosos de la vida, como son los aspectos estéticos o morales, de calidad suprema? Y prendía la propaganda.

Por ventura los maestros han sobrepasado esa etapa; muchas veces lo hemos afirmado con orgullo y yo en lo personal con más orgullo porque mi profesión es la de maestro, como todo el mundo sabe (aplausos); hemos afirmado que fuera del sector estrictamente proletario dedicado a la producción económica, el primer sector que prestó positivos beneficios a la causa de la Revolución fue el sector del magisterio mexicano. Cuántos maestros —no hoy, estoy hablando de hace diez, quince, veinte años—, cuántos maestros no formaron los sindicatos obreros; cuántos maestros no condujeron huelgas obreras; cuántos maestros no formaron comunidades agrarias; cuántos maestros no han dirigido las centrales obreras inclusive; cuántos maestros no han convivido horas amargas con los obreros manuales de todos los oficios y profesiones. Todos los maestros han tenido, además, de su parte, el apoyo del proletariado. Las primeras huelgas fueron huelgas apoyadas por el proletariado en favor de los maestros, aquí en la capital, en Veracruz, en muchas partes de la República, en Puebla; en todas partes sin excepción. Nunca el proletariado manual ha negado su esfuerzo y su sacrificio al esfuerzo del magisterio nacional; por ese motivo los vínculos entre los maestros y el proletariado son profundos, definitivos. Después de este pasado maravilloso, sellado con sangre a veces, pretender hoy, en el año de 1910, que los maestros se independicen y se separen del proletariado es ser ciego y estúpido (aplausos).

Pero los maestros no sólo deben ser buenos maestros, buenos militantes del sindicalismo, buenos militantes de la Revolución Mexicana, sino que también deben ser buenos mexicanos (aplausos). Algunos entienden ser mexicanos por ser enemigos de la Revolución Mexicana (aplausos); algunos entienden ser mexicanos por ser mantenedores del pasado muerto de México (aplausos). Si el maestro ha de trabajar para el porvenir más que para el pasado, ¿cómo puede un maestro ser ciudadano de México mirando al pasado como ciudadano y al porvenir como maestro? Eso es inconcebible. (Aplausos.) La Patria misma nunca ve al pasado, y menos al pasado muerto; ve al pasado en cuanto el pasado vive, porque ve para el porvenir de ella misma; entonces, los mexicanos de hoy tenemos que vivir bien asentados los pies sobre la tierra, bien fijos nuestros pies sobre el suelo de México (aplausos); bien arraigados a nuestra tradición viva, a las mejores creaciones de la historia de México, pero al servicio del México del porvenir (aplausos); al servicio del México del porvenir que no puede ser, ni será, ni ha sido ajeno al resto de las naciones del mundo (aplausos).

Precisamente en estos días, precisamente en estas horas, argumentos de la reacción, los argumentos que hemos oído millones de veces, que han perdido su poder de exaltación a fuerza de gastarse, los argumentos eternos, argumentos chatos ya,

sin aristas, sin poder cortante, sin poder de exaltación —repito—, los eternos argumentos de siempre; “los maestros no deben prestarse para hacer labor comunizante”; “los maestros no deben prestarse para servir de instrumentos de Moscú”; “los maestros no deben servirle a la CTM ni a Lombardo Toledano, porque éste es un representante de Stalin en México” (aplausos).

Esa voz la oímos de Plutarco Elías Calles en 1935; esa voz la oímos después en muchas otras circunstancias; la volvemos a oír hoy (gritos de: “Con Portes Gil”, “Con Almazán”). Con muchos: unos tienen nombre conocido, demasiado conocido, y otros no tienen nombre y, por lo tanto, son igualmente conocidos que los otros (aplausos).

“Hay que salvar la paz de México, la pobre paz de México de la ola roja.” “Hay que salvarla del desastre al que está llevándola ese impío y traidor a la Patria que se llama Vicente Lombardo Toledano.” “Hay que salvarla de las garras del stalinismo.” “Hay que salvarla de la hecatombe que así aparece sobre la cabeza de los «mexicanos», de los «patriotas», de los que enarbolan la Enseña Nacional.” (Aplausos.)

Recién llegado el general Cárdenas a la Presidencia de la República, cuando empezaba a cumplir sus ofrecimientos hechos al pueblo, un Sindicato de Monterrey hizo una huelga por un contrato de trabajo. Entonces las argumentaciones de la clase patronal de la capital de Nuevo León fueron: “La Patria contra la Humanidad”. “La Enseñanza Nacional contra el trapo rojinegro —como le llaman los industriales—.” “Benito Juárez contra Cárdenas.” “Miguel Hidalgo y Costilla contra Cárdenas.” “Juárez, Hidalgo, Morelos, contra los bolcheviques.” “Contra Lombardo Toledano todos.” Y en las crónicas que imprimieron aquellos días maravillosos de Monterrey se decía inclusive, cuando se hizo el recuento de la huelga: por un lado se situaron los obreros mexicanos que no querían la huelga, y por el otro lado se situaron los rusos. A este grado ridículo, de ignominia, de cinismo, de procacidad y de delito se ha llegado a veces en nuestro país.

Nosotros no somos miembros del Partido Comunista; la Confederación de Trabajadores de México, vuelvo a declararlo en este momento solemne, no es miembro de la Internacional Comunista (aplausos); nunca lo ha sido, jamás ha sido la Confederación de Trabajadores de México miembro de una internacional de carácter político; pertenece la CTM a la Federación Sindical Internacional y a la Confederación de Trabajadores de la América Latina (aplausos); nuestros compromisos son claros; nuestros compromisos son limpios; tampoco tenemos ningún pacto con el Partido Comunista Mexicano (aplausos). Dentro de nuestra organización sindical no admitimos más responsabilidad que la de la dirección de nuestros organismos sindicales directivos; pero no somos una fuerza anticomunista (aplausos); no somos una fuerza que consciente o inconscientemente, se preste a romper el frente revolucionario de México y de cualquier parte de la tierra (aplausos).

Por esta causa nunca nos hemos avergonzado de presentarnos con comunistas, ¡nunca! (aplausos); como nunca nos hemos avergonzado de presentarnos en pú-



blico con anarquistas; como nunca nos hemos avergonzado de presentarnos en público con revolucionarios sin partido (aplausos). Pero con quienes nos avergonzamos de presentarnos, cuando ocasionalmente sin saberlo lo estamos, es con los traidores a la Revolución (aplausos).

Toda esta calumnia que se levanta otra vez, el viejo y desinflado fantasma del comunismo, es una treta que no puede tener éxito (aplausos). Lo que sucede es que nuestros enemigos, los que atacan a la Revolución y a Lombardo Toledano de comunista, son los que no tienen valor de apuntar un poco más alto para disparar sobre Lázaro Cárdenas (aplausos). Quizás lleguen pronto a disparar, cuando haya Cárdenas —ya lo hemos dicho— cumplido su período, cuando ya le queden muy pocos meses, o días; entonces el valor les va a aumentar a los enemigos de la Revolución, y ya Lombardo Toledano pasará a un sitio de tercera, de quinta, de décima o de vigésima categoría, para que ocupe el lugar de las diatribas el Presidente Lázaro Cárdenas. Esa es la realidad; ésa es la realidad de México.

Emboscados dentro y fuera, enemigos dentro y fuera; gentes que no tienen el valor de hacer profesión de fe reaccionaria y que quieren utilizar ideas vacuas, maniobras de toda índole para dividir al sector revolucionario y para medrar al servicio de los enemigos de México; esa es la positiva realidad de México. Saben bien que mienten cuando afirman que nosotros llevamos al comunismo a la República. Yo quiero preguntar un caso, uno; yo me pregunto por dos o tres: quiero que me den un solo ejemplo, un solo caso, y con eso me conformo, de actitud del proletariado que la CTM representa, y personalmente de los responsables del movimiento obrero, de aplicar la doctrina comunista en la actual etapa de la evolución histórica de nuestro país: uno, un caso nada más pido.

Los grandes problemas de la CTM, los grandes problemas del movimiento obrero mexicano, son problemas que han sido resueltos, sin excepción, por las autoridades legítimas de nuestro país. ¿La expropiación petrolera es comunista? Porque puede suceder que estemos hablando idiomas distintos y, olvidándose lo que es la doctrina comunista, se piense en que la expropiación del petróleo se debe a una teoría comunista. Sólo los ignorantes y los estúpidos pueden creer que la expropiación petrolera es consecuencia de una teoría comunista (aplausos). La administración nacional de los Ferrocarriles de México, ¿es consecuencia de una teoría comunista? ¡Oh santa simplicitas, como dirían los reaccionarios de México! ¿El trabajo colectivo de los ejidos, es también teoría comunista? ¡Oh idiotas de la reacción! Cuando saben que no se trata más que de mantener la vieja hacienda comunista, que siempre fue comunista en cuanto fue colectivizada. ¿Qué es acto comunista en México? ¿Cuáles son los actos comunistas? ¿Haberles dado a los indios de Yucatán las tierras? Ese no es un acto siquiera piadoso, no es un acto de caridad, es un acto de justicia; es un acto que no tiene más valor en sí, es una cosa elemental, objetiva; aquel pueblo tiene que comer, y hay que darle las tierras para que se sustente. ¿Es un acto comunista haberle quitado a Calles el ingenio de “El Mante”? ¿Es un acto comunista haber levantado en el ingenio que sirvió a Emiliano Zapata para colgar gachupines,

el ingenio de Zacatepec? ¿Cuáles son las pruebas del comunismo en México? Vuelvo a preguntar: quiero un ejemplo, un caso; que me lo den. Vamos a organizar una subasta: yo ofrezco diez pesos, no tengo más; pero es seguro que el proletariado de mi país ofrecerá millones al que ofrezca un ejemplo. ¡No hay ninguno! Lo que hay es mala fe, perfidia, espíritu reaccionario y traición a la Patria (aplausos).

Siempre que se lesionan los intereses, creados de un modo ilegítimo, en México y en cualquier país del mundo, se llama en una forma despectiva, que implica el concepto de trastorno del orden público, a los revolucionarios; siempre han sido eso los revolucionarios, a juzgar por los intereses creados que, naturalmente, resultan perjudicados con la producción; todavía hace muy poco tiempo un hombre “ilustre” de México trataba a los zapatistas de bandidos; ese que aspira a la presidencia de la República (aplausos). Sin embargo, Emiliano Zapata ya ha sido juzgado, su nombre está escrito en letras de oro en el recinto de la Representación Nacional; así como otros también considerados como bandidos, como traidores a la Patria, como destructores de la familia, como destructores de la sociedad, como enemigos del progreso, como enemigos de la cultura. Ahora nosotros somos los bandidos, somos los bandidos de hoy, de 1940, los “traidores a la Patria”, los que estamos llevando al país al caos, los que estamos tratando de hacer cisco a la República Mexicana, los que vamos a vender a México al extranjero; nosotros, los que hemos aplaudido la expropiación petrolera vamos a vender la patria al extranjero: nosotros, los que hemos pedido la tierra para el campesino, somos los enemigos de México; porque las nuevas generaciones no le quieren servir al imperialismo extranjero, somos los enemigos de México. ¡No! Traición; espíritu contrarrevolucionario; esa es la única cosa que explica la conducta de esas gentes (aplausos).

Maestros de la República Mexicana: Sean ustedes, en consecuencia, buenos maestros, buenos sindicalistas, buenos militantes de la Revolución Mexicana, buenos ciudadanos de México, buenos ciudadanos del mundo. Esa es la línea; la CTM no quiere en su seno enemigos de la CTM (aplausos). Bienvenidos los que tengan su opinión según lo expresé al principio, bienvenidos los que tengan su creencia; fuera de la CTM los traidores a la lucha de clases. Nosotros no queremos, sin embargo, perjudicar a nadie; esta es una Asamblea sindical; ustedes no vienen como asalariados para responder ante la autoridad de sus patrones sino que vienen como miembros del proletariado a discutir, con el resto de la clase de la cual forman parte, sus problemas. Les podemos hablar así; nos decimos: ¡fuera de los puestos públicos los que no estén de acuerdo con la CTM! Aun cuando tendríamos derecho por una razón elemental de propiedad social a pedir que los destituyeran (aplausos); pero como nosotros no somos el Poder Público sino el movimiento obrero, sólo nos concretamos a decir: ¡Fuera de la CTM los que no sean cetemistas! (aplausos). Y los cetemistas no se pueden confundir; un cetemista no puede ser enemigo de la obra concreta de Lázaro Cárdenas (aplausos); un cetemista no puede ser enemigo de ninguno de los actos ya enumerados y de los demás que no recordé por demasiado sabidos; un cetemista no puede ser partidario de León Trotsky (aplausos), porque Trotsky significa

la contrarrevolución; un cetemista no puede ser partidario de Almazán (aplausos); un cetemista no puede ser partidario de Joaquín Amaro (una voz: "ni de Portes Gil"); ni de otros muchos; no estamos haciendo llamamiento ni pasando lista a la reacción; estamos enumerando las cabezas visibles de la contrarrevolución mexicana, nada más; las demás cabezas ya aparecerán a su turno, por su propio impulso.

Ningún maestro cetemista, tampoco, puede ser enemigo de la unidad; cualesquiera que sean las diferencias, cualesquiera que sean las discrepancias, todos los maestros cetemistas son revolucionarios; unos podrán ser de una teoría o de otra, creerán en una forma o en otra, pero todos han de creer en la lucha de clases (aplausos); todos.

El Comité Nacional de la Confederación de Trabajadores de México tiene la convicción de que de esta asamblea, no sólo ha de salir la unidad, porque la unidad nunca ha sido destruida, sino que ha de salir un conjunto de afirmaciones categóricas para confirmar la unidad y para hacer del magisterio cada día un elemento más responsable, más eficaz, más revolucionario, más mexicano.

Esperamos de ustedes, camaradas maestros, que discutan y resuelvan sus problemas de acuerdo con un sentido de responsabilidad, con democracia, democracia como base; reconocimiento de las mayorías (aplausos); reconocimiento del derecho que también asiste a las minorías (aplausos); la democracia de la CTM no es la democracia aritmética, sino la democracia funcional política. Si en un momento dado en un sindicato se forma una mayoría, no tiene de ninguna manera derecho a excluir a la minoría, porque comparte con ella la dirección de la organización. En lo que no puede haber ni mayoría ni minoría es en la tarea revolucionaria que hay que cumplir, porque ahí debe haber unidad, unificación de criterio. Esperamos que esa sea su tarea, que esa sea su obra.

La Confederación de Trabajadores de México sabía bien que toda la larga preparación para hacer fracasar el Congreso iba a ser estéril; iba a ser estéril porque, claro, los maestros discuten mucho, hablan mucho. Es su profesión, es su tarea; se pelean, discuten, se dicen a veces cosas fuertes; pero son hermanos al fin y al cabo, todos son maestros. (Aplausos.) ¡Cómo puede un maestro mexicano enseñar a la juventud y a la niñez si su propia conducta es mal ejemplo! ¡Cómo podrían enseñar la unidad del pueblo mexicano si los maestros están divididos! Dejemos que los grupos brevísimos de reaccionarios se vayan; que se vayan, no los queremos para nada: pero que los maestros revolucionarios sigan unidos como han estado hasta hoy. El Comité Nacional de la CTM ofrece justicia plena, justicia, cooperación verdadera, para resolver todos los problemas del magisterio; pero espera de los maestros que estén a la altura de su deber como maestros, como militantes de la Revolución y como hombres del siglo XX (aplausos).

## La Bandera Nacional

“Se ha resuelto por los funcionarios de nuestro gobierno rendir el día de mañana un homenaje público a la Bandera Nacional (aplausos); como hoy es el último día de las labores de este Congreso, el Comité Nacional de la Confederación de Trabajadores de México ha estimado conveniente que los representantes del Magisterio de nuestro país tributen el homenaje de su protesta de lealtad a la enseña de la Patria, ahora mismo (aplausos). Y como este acto no debe ser una simple cosa protocolaria, sino que debe merecer el análisis de los trabajadores de la enseñanza, que tienen como profesión, como deber, no sólo transmitir conocimientos a quienes los necesitan, sino formar la conciencia de las nuevas generaciones, es indispensable que fijemos ciertas ideas, con el propósito de que ellas puedan ser más tarde transmitidas por todos los Maestros de la República a las grandes masas del pueblo con las cuales están en contacto. Es indispensable hacerlo así, especialmente por el hecho de que desde hace algún tiempo los elementos conservadores, los elementos reaccionarios, han tratado de levantar la enseña de la Patria, como si les perteneciera a ellos de un modo exclusivo, para enfrentarla a las mejores aspiraciones del pueblo mexicano (aplausos).

Y esta labor criminal no debe ser tolerada, no debe ser permitida. Cuando surgió esta actitud —es fácil recordarlo— fue en aquella jornada memorable de los obreros de la fábrica de vidrio de Monterrey, que plantearon una demanda a sus patrones, con el objeto de obligarlos a cumplir con el contrato de trabajo vigente; los elementos conservadores de Monterrey, y la clase patronal del país de acuerdo con ellos, consideraron que había llegado el momento de oponerse a esa justa demanda de los trabajadores exagerándola, tergiversándola, y haciéndola aparecer como una demanda al margen de nuestras leyes y de nuestras instituciones; y para cobijar su actitud positivamente antipatriótica —supuesto que estaban violando la ley ellos, los empresarios, y no los obreros—, levantaron la enseña de la Patria diciendo que ésta había sido mancillada por los trabajadores. A partir de ese momento, no sólo no han querido los elementos reaccionarios levantar la enseña de la Patria para cobijarse con ella, sino que han querido oponerla a la bandera del proletariado, haciendo ver que la bandera de los trabajadores es una bandera contraria a la bandera tricolor, que simboliza las luchas de nuestro pueblo a través de los tiempos.

---

Discurso pronunciado en la clausura del Congreso Nacional del STERM. *El Popular*, 24 de febrero de 1940.

Por esta causa es menester que nosotros volvamos a declarar una vez más, ante el Congreso de los Maestros de México, cuál es, a juicio de la Confederación de Trabajadores de México, el significado de nuestra bandera, lo que ella encierra, y cuáles son los propósitos del proletariado reiterados en todas las ocasiones solemnes.

Mentira que la bandera de México sea la bandera de minoría del pueblo mexicano; la bandera nacional es el símbolo del pueblo de México, no el símbolo de los patronos mexicanos (aplausos). Y como símbolo del pueblo de México tiene que ser, lógica, necesariamente, el símbolo de las aspiraciones del pueblo mexicano (aplausos). La bandera nacional no es un símbolo inerte: es un símbolo vivo, como el pueblo mexicano que lo ha forjado; la bandera quiere decir esperanza para un porvenir mejor, creencia firme en un México más rico, más próspero, más justo que el México de ahora; la bandera nacional quiere decir que todos los sacrificios humanos, que todos los sacrificios materiales, que todos los sacrificios morales del pueblo mexicano, desde 1810 hasta hoy, son sacrificios que tienen que ser coronados por victorias del pueblo, cuando éste vea satisfechas sus mejores aspiraciones (aplausos).

Crear que la bandera de México representa el pasado muerto de México es un acto positivo de traición a la Patria y de ignorancia plena (aplausos); la bandera nacional, como todos los lemas, como todas las frases que sirven de incentivo a las muchedumbres, como todas las instituciones que son pasado y presente, pero que también son porvenir, es una meta; no es el pasado superado ya por el pueblo mismo; es una finalidad que constantemente está solicitando nuestra atención, la atención de nuestros ojos, la atención de nuestro espíritu; es un objetivo que tenemos que ir alcanzando constantemente y a medida que el pueblo va salvando sus obstáculos, en la proporción en que el pueblo va resolviendo sus problemas y sus dificultades. La bandera de la Patria sigue flotando sobre la tierra mexicana, bajo nuestro cielo, como el símbolo de los anhelos del pueblo que todavía no han sido satisfechos (aplausos).

Nosotros no podemos considerar que la bandera nacional represente ningún aspecto de la injusticia social; por el contrario, si ella es la que encarna las mejores aspiraciones del pueblo, tiene que ser fundamentalmente el símbolo de la justicia social que el pueblo mexicano tiene derecho a reclamar (aplausos).

Se forjó cuando se hizo la primera gran Revolución en nuestro pueblo; la Revolución consistente en darle a nuestro país una independencia política; fueron los campesinos improvisados en soldados, fueron los que condujeron a las masas del pueblo, los que interpretaron mejor el sacrificio de nuestros hombres más humildes, los que, lograda la victoria militar, consideraron que era indispensable fijar en un símbolo, no sólo la obra cumplida, sino también los propósitos por realizar en el futuro; y a partir de ese momento la lucha ha quedado empeñada. Muchas veces hemos afirmado que no hay solución de continuidad entre el primer esfuerzo del pueblo en 1810 y los esfuerzos de nuestro pueblo en este mismo año. Y eso es cierto.

La idea de la independencia política no se ha olvidado, porque ella no es más que un aspecto de la independencia plena de la Nación Mexicana; por eso, aun

cuando nadie se ha atrevido a negar que nuestro país goza de independencia política en las relaciones en lo internacional; sin embargo, todo el mundo está conteste en afirmar que, además de la independencia política y para hacerla realmente integral, es indispensable que México logre su independencia económica y su plena independencia moral (aplausos).

La bandera, pues, que significaba victoria en contra de la corona de España, sigue siendo hoy un símbolo para las mejores aspiraciones del pueblo. Lograda la separación de México como colonia de España, ha quedado nuestro símbolo de la Patria como esa aspiración para conquistar una independencia en otros sentidos, independencia que muy difícilmente nuestro pueblo ha venido logrando.

Para nadie es un misterio que un país semicolonial como el nuestro, debe luchar ante todo por lograr su independencia económica; esto no quiere decir que nuestro país adopte una actitud chauvinista, cerrada, torpe, miope, volviendo la espalda a las demás naciones del mundo; no quiere decir que el propósito de lograr su plena independencia económica signifique aspirar a una vida de aislamiento en el sentido de las relaciones del mundo, no; pero significa que nuestro país tiene derecho a lograr una independencia que le permita voluntariamente establecer relaciones con las demás naciones del mundo, las grandes y las pequeñas, rompiendo para siempre su condición de país semisometido, por su propia estructura económica que nos legaron las gentes del pasado.

Necesitamos, pues, seguir luchando, de un modo denodado, constante, sistemático, por la independencia económica de México; de esta manera se ligan de un modo profundo el anhelo de nuestros héroes de la independencia política, con el anhelo de las generaciones presentes, forjadoras de la independencia económica de nuestro país (aplausos); porque todavía no somos en ese sentido, en el sentido económico, un país independiente, porque no sólo no hemos podido levantar una industria propia que nos permita satisfacer nuestras principales necesidades, sino por un problema todavía más importante que el problema técnico y el problema financiero; porque mientras no haya unificación verdadera entre los diversos núcleos que constituyen la población de nuestro país, no podremos hablar de una Patria positivamente unificada.

Hay muchos núcleos, como todo el mundo sabe, substraídos a la vida de México; cerca de cuarenta lenguas y dialectos aborígenes se hablan todavía en nuestro territorio. Antes de hoy y cuando empezó a interesarnos, con motivo de la conmoción creada por la Revolución de 1910, el problema de nuestros indígenas, se creía que la llamada "incorporación del indio a la civilización" era un problema simple de alfabeto, de cultura o de ilustración; pero a medida que las experiencias han sido importantes, hemos llegado a afirmar que el principal problema de los indígenas de México no es un problema de alfabeto, sino un problema de su incorporación en la economía de México, en la economía nacional (aplausos).

Por ese motivo el problema de la unidad interior del pueblo en México es el primer problema para conquistar nuestra independencia material; es también el principal problema para conquistar nuestra independencia moral, nuestra fisonomía de

nación positivamente única en el mundo, en medio del concierto de todos los pueblos. Incorporemos los núcleos de indígenas en la economía, en la producción, en los servicios públicos, y automáticamente se incorporarán todos en las preocupaciones y en los ideales del gran núcleo de mestizos y blancos que constituyen la parte más avanzada y más progresista del país.

Por esa razón la bandera nacional simboliza también esta suprema aspiración de los moradores de México que desean unirse al resto del pueblo de México; nuestra bandera es símbolo de unión; no puede ser símbolo de desunión, y la primera expresión de este anhelo supremo es la unificación de todos en un solo anhelo, en un solo esfuerzo; en el esfuerzo material de hacer de México una nación independiente que se basta a sí misma en lo fundamental, y que llegue a entrar en relaciones voluntarias, espontáneas, con los demás países del mundo (aplausos).

Mientras México sea un país semicolonial, no podrá ser un país independiente; pero mientras no sea un país unificado desde el punto de vista de los esfuerzos de sus hombres, no podrá dejar de ser un país semicolonial; por eso el primer esfuerzo de la Revolución Mexicana ha consistido en incorporar a las masas indígenas en la economía nacional, dándoles asiento, ante todo, en el territorio de México. Los hombres no somos seres que vivimos en las aguas, no somos seres, tampoco, que podemos vivir en el aire; los hombres vivimos sobre la tierra y en la tierra; el que posee la tierra posee los hombres, en cierto sentido. Antes de la Revolución de 1910, los grandes latifundistas, los señores feudales de México, poseían la tierra mejor de la Patria y, en consecuencia, también tenían un gran influjo sobre sus hombres. Pero como la Revolución de 1910 precisamente creó el problema de auscultar la verdadera entraña de México, vino la Reforma Agraria, y hoy ya sabemos que el primer paso positivo para lograr unidad en el pueblo mexicano consiste en dar a los mexicanos y a todos los campesinos de México la tierra sobre la cual han nacido, con el objeto de que la hagan próspera. Ese es el primer símbolo que encarna la bandera nacional (aplausos).

La Bandera Mexicana es, pues, bandera agrarista de México (aplausos); bandera de campesinos mexicanos (aplausos), bandera de la tierra mexicana (aplausos); bandera de la entraña de México (aplausos). Y es también otras muchas cosas que tienden todas, no sólo a lograr la unidad del pueblo sobre la base de una incorporación del pueblo en la vida material mexicana, sino también que tiende a buscar la unificación en el sentido de igual propósito (aplausos).

Al principio también, la lucha del pueblo contra la dictadura fue una lucha que tenía como aparente objetivo romper sólo con la prolongación, con la continuación de una dictadura de muchos años; al descubrir el verdadero motivo de la sublevación popular, se fueron oyendo cada vez con mayor precisión las ideas centrales de nuestra Patria; hoy, después de treinta años de lucha constante, los hombres de nuestra época podemos ya hablar de ideas claras; ya sabemos que la mejor aspiración del pueblo, independientemente de poseer la tierra sobre la cual habita, es la aspiración de luchar incansablemente también por obtener la independencia de nuestro país, y de obtenerla de acuerdo con un régimen de justicia social. Nada sería posible en

México, desde el punto de vista del supremo anhelo de que nuestra Patria tenga base material para vivir por sí misma, si no se implantara en nuestro país un régimen de positiva justicia; no es posible admitir la paz entre los hombres sino a condición de que los hombres vivan y se relacionen entre sí mismos de acuerdo con un régimen de justicia social (aplausos).

La injusticia y la guerra son como las caras de una moneda; la paz y la justicia son también como el anverso y el reverso de una moneda; están perfecta e indisolublemente unidas. ¡Cómo hablar de paz cuando los hombres viven explotados! (aplausos). Se tiene, entonces, que hablar de lucha. No es ésta una teoría proletaria; esto es el reconocimiento de un hecho histórico. El Tratado de Paz de Versalles, el convenio que puso fin a la guerra del catorce, así lo reconoce; este pacto fue redactado por los exponentes más altos de los gobiernos de los países capitalistas; y en él se dice que mientras no impere la justicia social en el mundo, no es posible evitar las guerras para el porvenir. Apliquemos ese mismo criterio capitalista y burgués a los problemas de México; no se diga que inventamos una teoría para satisfacer justas demandas. Yo recuerdo esta tesis burguesa y capitalista típica, en este día de la Patria, para decir que en México, mientras no haya justicia social, no podrá haber paz entre los hombres (aplausos). Mientras no venga la paz, la bandera tricolor significa el anhelo por la justicia, y el día que la justicia venga, la bandera nacional significará paz entre los hombres que viven un régimen de justicia (aplausos).

Mentira, en consecuencia, que nosotros desdeñemos la Enseña de la Patria; no podemos desdeñar lo que fundamentalmente nos redime; no podemos desdeñar nuestro propio ideal, nuestra propia esperanza. ¡Cómo negar nuestro propio anhelo! No sólo seríamos contradictorios, sino que seríamos absurdos. Lo que pasa es que se pretende levantar un sentimiento cerrado, limitado, de Patria, como una fuerza en contra de toda idea universal de concordia entre los hombres (aplausos); muchas veces se ha dicho que nosotros debemos cerrar los ojos hacia el resto del mundo y fijarnos exclusivamente en las cosas de nuestro país, creyendo que de esa manera vamos a resolver las cosas en un sentido contrario al anhelo del mundo. ¡Qué ignorancia! —si fuera de buena fe la afirmación—; pero es perversa (aplausos).

Recuérdense los móviles ideológicos de los Padres de la Patria; recuérdese lo que se decía en el Congreso de Chilpancingo; recuérdese lo que decía el gran José María Morelos; ¿no eran precisamente las ideas que produjeron la caída del régimen feudal en Europa, las ideas que galoparon sobre la Europa misma y después sobre el resto del mundo, las que llegaron a nosotros a través de la prensa, a través de los libros, a través de las traducciones, los mismos anhelos que hicieron decir al cura don José María Morelos y Pavón que había que levantar las ideas de los revolucionarios de Francia como símbolo de las aspiraciones del pueblo mexicano? (aplausos).

Sólo los ignorantes pueden afirmar que las ideas transformadoras de los pueblos se inventan de una manera exclusiva en las relaciones de los hombres para fines concretos de un solo país; en la proporción y medida en que las transformaciones hu-



manas son poderosas y trascendentales en un pueblo, tienen un alcance siempre universal (aplausos).

¿Y la lucha de Benito Juárez? ¿Y la lucha que se llamó La Reforma? La Reforma fue un movimiento europeo; después fue un movimiento mundial como lo había sido la Revolución Francesa. Fue un movimiento que conmovió a nuestro país en el momento en que las fuerzas internas de México hicieron propicia la conmoción; la idea de separar a la Iglesia del Estado surgió de la necesidad mexicana, naturalmente; las ideas de quitarle a la Iglesia los llamados bienes de manos muertas fue una idea surgida de la entraña de México; pero la idea de hacer del Estado una institución que rompiera con todos los obstáculos para la libertad individual y para la libre concurrencia económica, fue una idea que llegó a nuestro país después de haber conquistado casi el mundo entero; fue el anhelo del mundo, fue la floración del esfuerzo de todos los hombres lo que también empujó al pueblo mexicano para buscar su felicidad.

En estos días en que el mundo entero se conmueve, como en otras épocas decisivas que acabo de mencionar, se quiere aislar a nuestro pueblo del resto de las inquietudes de todos los hombres; por eso nos explicamos que, precisamente por querer una patria independiente y libre, contribuimos con nuestro propio anhelo a hacer de todas las patrias del mundo tierras en donde los hombres vivan libremente de verdad, bajo un régimen de justicia (aplausos). Porque el patriota, el verdadero patriota, el que quiere para su país independencia y justicia, quiere también este régimen para los demás hombres del mundo (aplausos).

Nosotros no podemos cerrar los ojos ni el corazón al anhelo de justicia de las demás naciones de la Tierra; como los Padres de la Independencia política de nuestro país no pudieron, tampoco, cerrar ni el corazón ni los ojos al anhelo de libertad de todas las naciones del Continente Americano; como Benito Juárez no fue considerado sólo como un caudillo del pueblo mexicano, sino como un Benemérito de las Américas (aplausos). Por esa misma razón en nuestros días Lázaro Cárdenas ha dejado de ser ya el Presidente de México solamente, para convertirse en símbolo de los pueblos latinoamericanos (aplausos).

Así como nuestros antepasados quisieron libertad política para todas las Colonias de España; así como nuestros antepasados quisieron libertad individual para todos los pueblos de América, así como nuestros antepasados quisieron libre concurrencia en todos los aspectos de la vida de los pueblos conquistando así una nueva corriente para el mundo que surgió en el Hemisferio Occidental, en estos días nosotros tratamos también de participar o de hacer partícipes de nuestro entusiasmo por la Revolución Mexicana a los demás pueblos y a los demás hombres del mundo (aplausos).

Ellos por su lado trabajan también con el mismo ideal; por esa causa no sólo la Enseña de la Patria Mexicana no se opone a las aspiraciones legítimas de los demás pueblos del mundo, sino que en estos días, por la obra cumplida en México, la Enseña Mexicana puede flotar orgullosa sobre otros muchos símbolos, como un símbolo de redención del pueblo (aplausos).

Queremos, pues, a nuestra Patria, desde lo más profundo de nuestro ser, porque interpreta el anhelo más profundo también del alma mexicana. Mienten los que tratan de explicar la Historia como un fenómeno reducido, como un choque mezquino entre el proletariado, que sólo ve para sí, en contra de la clase capitalista, que ve para la Patria. ¿Cuándo ha habido deseo de hacer justicia a su pueblo? ¿Cuándo han hablado los capitalistas y los elementos conservadores del bienestar común, del bienestar colectivo? Recuérdense los principales hechos: la Constitución de 1917, que conservó casi íntegro el espíritu de la Constitución Liberal del cincuenta y siete, aceptó dos principios nuevos: el de la intervención del Estado en las relaciones obrero-patronales, para hacerle un poco de justicia a los trabajadores, y el principio de que el Estado debería entregar otra vez al pueblo de México lo que había sido de él: la tierra y las aguas. Hecho legítimo, basado inclusive, por lo que toca a la reivindicación de las tierras, en las propias Leyes de Indias. Aspiración mexicana como ninguna; aspiración secular como ninguna otra; y sin embargo los capitalistas mexicanos, días después de que la Constitución de diecisiete entró en vigor, pidieron la reforma del artículo 123, declarando que era contrario a la Constitución misma; pidieron que se reformara el conjunto de bases de este precepto, porque de otro modo la ruina del país vendría inmediatamente, y particularmente dijeron que la jornada de ocho horas era una jornada bolchevique, una jornada revolucionaria que acabaría con la economía de México.

A partir de ese momento no ha habido acto del Gobierno Revolucionario de México, en sus diversos períodos, que la clase capitalista no haya denostado, no haya discutido, no haya reprobado; lo mismo en tratándose de los campesinos que de los obreros, que de los trabajadores intelectuales; ellos quieren que la Historia sea una cosa estática, algo que no se mueva nunca; mientras el pueblo precisamente, con su propia actitud, está enseñando que es movimiento todo el esfuerzo que él cumple. Nunca ha habido de parte de los patronos el menor asomo, el menor deseo de mejorar las condiciones morales o materiales de nuestro pueblo, y ellos son los que, sin embargo, quieren levantar la Enseña de la Patria, como si fueran los depositarios de las aspiraciones populares. ¿Cómo los hombres que niegan las mejores aspiraciones del pueblo pueden representar esas aspiraciones, si son precisamente la contrapartida del anhelo popular? (Aplausos.)

La bandera nacional debe estar en manos del pueblo, porque él la hizo y porque él no la puede perder jamás (aplausos). No queremos nosotros, sin embargo, decir que los que no forman la gran masa del pueblo trabajador, la gran masa del pueblo dedicada a diversas actividades de la producción económica, o de la cultura, o que vigilan por el mantenimiento de nuestras instituciones, queden fuera del concepto de Patria: no. Ellos forman parte de la Patria también; no pueden representarla, porque no han sido fieles a los anhelos del pueblo; pero el día que ellos cumplan con su deber, el día que positivamente se incorporen en el pueblo, ese día sí merecerán el honor de levantar la Enseña de la Patria de un modo limpio (aplausos).

En este día en que vamos nosotros a protestar lealtad una vez más a la Enseña Nacional, queríamos nosotros una prueba. Ellos hablan despectivamente de “incorporar a los indios en la civilización”; nosotros les pedimos hoy, ante todos los maestros de la República que van a reproducir estas palabras, que se incorporen ellos en la Patria Mexicana a la que nunca han pertenecido (aplausos).

(El C. Lombardo empuña la Bandera Nacional y la concurrencia se pone de pie.)

Maestros de la República: ¿Protestan ustedes defender la enseña de la Patria Mexicana con su vida, con su obra, con su aliento? (Un entusiasta “¡Sí!” apaga las últimas palabras del Lic. Lombardo Toledano.) ¡Viva México! ¡Viva la Patria Mexicana! (Aplausos. La concurrencia, de pie, entona el Himno Nacional.)

## La mujer mexicana y la Revolución

Después de treinta años de constantes luchas, de sacrificios cotidianos, la Revolución Mexicana empieza a luchar de una manera sistemática por proteger a un sector de su pueblo mismo, de su propia entraña, que había sido objeto nada más, antes de hoy, de juicios, de opiniones, pero de muy escasas obras; apenas ahora es cuando la Revolución de México estudia a fondo los problemas de la mujer mexicana y empieza a establecer las bases para igualarla en la lucha con el hombre, enriqueciendo de este modo, no sólo al país, sino fundamentalmente al pueblo del futuro de nuestra Patria.

No pudo haber sido de otro modo; toda Revolución es un acto político; fue preciso, primero, derrocar la dictadura; fue menester primero que el pueblo tomara el poder en las manos, y una vez que esto aconteció, por medio de un ejército surgido del propio pueblo, de la masa campesina y del sector obrero principalmente, el pueblo en el poder empezó a romper, mediante las instituciones jurídicas, mediante la ley nueva, surgida de la propia conmoción popular, los intereses creados por las castas, por los sectores breves en número de la sociedad mexicana que durante más de un cuarto de siglo habían tenido en sus manos la responsabilidad del país.

El primer acto del pueblo que tomó el poder en sus manos fue acabar con el principal poder económico, con el principal poder político contrarrevolucionario y antipopular de México: el de los señores feudales, de los señores de la tierra. No era posible ni siquiera hablar de entregarle el derecho del voto al hombre mientras la mayor parte de quienes se dedican en nuestro país a cultivar la tierra no pudieran moverse libremente sobre la propia tierra que trabajaban, y la única forma de dar libertad sobre la tierra a los campesinos de México, era entregarles la propia tierra que cultivaban y que hacían fructífera con su esfuerzo. (Aplausos.) Romper el latifundio, destruir el poder de la tierra era, además, acabar con el poder político de la casta porfirista, de la aristocracia pulquera que fue el alma del porfirismo. (Aplausos.) Esta casta tuvo que ser demolida como fuerza social y como fuerza política por los primeros actos del pueblo hecho gobierno, o mejor dicho, del Poder Público en manos del pueblo. Y después de las leyes agrarias, de otras muchas leyes también creadas para romper el poder económico y por lo tanto político de los señores que usufructuaban el régimen

---

*El Popular*, 9 de marzo de 1940.

de la dictadura, y el de las empresas extranjeras que habían tomado a nuestro país por una colonia de buenas y baratas materias primas y de más bueno y más barato trabajo humano; por eso no pudo la Revolución hablar de emancipar a la mujer en los albores de aquélla; primero fue necesario destruir. Una revolución que no acaba con el régimen que pretende subvertir, que pretende reemplazar, no es nunca ni ha sido en la Historia, una revolución. (Aplausos.) La revolución es un cambio esencial, un cambio de calidad, un cambio no sólo de la cantidad y de la forma, un cambio en el sentido de construir un nuevo orden social, un nuevo orden humano; y fue necesario que la Revolución Mexicana destruyera. Destruir el porfirismo era destruir el feudalismo, era destruir la importancia decisiva que en la vida económica y política de México tenía el capitalismo imperialista de Estados Unidos, de Inglaterra y de otros países de Europa; pero una vez lograda esta primera etapa, conseguida ya la base para una construcción sobre escombros de un régimen de injusticia, poco a poco, a veces de una manera acelerada como hoy bajo el régimen de Lázaro Cárdenas, a veces de un modo lento, e inclusive contra la voluntad de los propios gobernantes, como en otras etapas del propio proceso de la Revolución, el pueblo, cada vez con mayor conciencia, ha ido resolviendo los principales problemas que constituyen el programa mismo de la Revolución.

Ya se puede hablar hoy de que la Revolución Mexicana empieza a preocuparse del problema de la mujer, porque la mujer mexicana tiene ya bases de carácter económico y bases de carácter político y tendrá pronto bases de carácter jurídico, para incorporarse de lleno en la vida de nuestro país. Hemos traspuesto, por ventura, el período simplemente declamatorio de los derechos de la mujer; hemos ya sobrepasado la etapa de la simple demagogia en favor de la mujer mexicana; ya no hablamos sólo en tono de agitadores de darle el voto a la mujer; ahora hablamos de los aspectos esenciales que presenta el problema de la mujer mexicana.

Como todo problema fundamental para la vida de su pueblo, hablamos ante todo de derechos económicos de la mujer mexicana; si a las mujeres mexicanas no se les permite subsistir por sí mismas, desde el punto de vista económico, jamás tendrán libertad las mujeres mexicanas (aplausos); mientras las mujeres mexicanas no tengan igual derecho al trabajo que el hombre, las mujeres mexicanas nunca alcanzarán su plena autonomía; siempre dependerán de otros, de los hombres. Y quien depende de otro no es libre; quien depende de un tutor o quien depende de una fuerza social, no puede hablar de independencia. Es exactamente el caso de los indígenas de nuestro país: hubo una época en que hablábamos de un modo romántico nada más: de la incorporación del indio en la civilización, de darle el alfabeto al paria, especialmente al indígena; a los grupos de hombres que hicieron la vida en esta región del planeta antes que llegaran los europeos. Y el resultado de esta obra no pudo ser el resultado más negativo; ya no podemos hablar así; tenemos que hablar de que es indispensable, para que el indio mexicano se incorpore en lo que llamamos civilización, es decir, a ese conjunto de ideas y de instituciones de los blancos y mestizos de México, que el indio entre y se incorpore en la economía nacional, el día que el indio mexicano se constituya

en factor de la producción económica, ese día el indio se civilizará por sí propio; sin necesidad de predicar, sin necesidad de discurso, sin necesidad de ofrecimientos románticos y demagógicos. (Aplausos.)

Es el mismo caso el de la mujer, mentira que en los últimos tiempos se haya hecho un llamamiento a la mujer y que, como dicen los contrarrevolucionarios de nuestro país, de la propia clase patronal haya nacido de un modo espontáneo el ofrecimiento de dar trabajo a las mujeres de nuestra Patria: eso es una falsedad. Nunca el patrón, nunca el propietario, considerado como un sector social, nunca la clase capitalista ha tenido conmiseración ni para los hombres ni para las mujeres (aplausos). Cuando ha llamado a la mujer mexicana a la fábrica, llevándola a los centros de producción es porque la mujer mexicana da un trabajo más barato que el hombre, pero no por beneficiarla (aplausos); el proceso de la producción capitalista, el proceso mismo de la producción de la gran industria, particularmente de la industria contemporánea, de la producción en serie, es el que ha llevado a la mujer al trabajo. Como antes, en la época de los talleres medievales de los gremios, del artesano, de la producción a domicilio, el maestro del taller, pequeño patrón, primitivo capitalista, llamaba a los niños que fueran en su auxilio, no tanto para enseñarles un oficio, cuanto para tener obreros gratuitos por largo tiempo.

No es verdad que hubiera habido nunca un espíritu ni de educación ni mucho menos de filantropía en aquellas formas coloniales de la producción material en nuestro país. En nuestra época es el capitalismo el que incorpora también a la mujer, no llamada por los empresarios por el temor a las disposiciones de la Ley del Trabajo, sino empujada por la propia hambre de su casa. Como en todas partes del mundo capitalista en nuestro país la mujer también ha ido a la calle en busca de trabajo para completar el salario de miseria del padre, del hermano o del marido: no porque a la mujer se le haya reconocido espontáneamente el derecho a trabajar sino porque ella se ha abierto a fuerza de hambre, y en muchos casos a fuerza de pervertirse, las puertas del trabajo para no morir (aplausos). Y eso no es el reconocimiento de un derecho.

La mujer mexicana todavía no tiene iguales posibilidades de trabajo que el hombre; pero es menester decir también que ello se debe no sólo a la actitud de explotación que caracteriza a la clase patronal de nuestro país como a toda la burguesía del mundo, sino porque todavía dentro de los propios miembros varones de los sindicatos, porque todavía nuestros camaradas, que constituyen el proletariado de nuestro país y la clase campesina, al mismo tiempo que trabajan revolucionariamente por cumplir con los designios principales de la Revolución Mexicana —luchando en contra de las fuerzas imperialistas— son, sin saberlo, a veces, los depósitos vivientes de prejuicios de muchos siglos en contra de la emancipación de la propia mujer proletaria (aplausos).

Al hombre se debe, y es preciso que nosotros lo declaremos, no sólo al hombre en abstracto, que por lo demás nunca ha existido, sino a los hombres del propio sector revolucionario de nuestro país, se debe principalmente el hecho de que no haya habido todavía derechos verdaderos en el campo económico para la mujer que quiere trabajar; somos los hombres, en muchas ocasiones, los peores enemigos de los derechos de la

mujer; somos revolucionarios en parte, y en parte somos contrarrevolucionarios al negar el derecho a la mujer a incorporarse en la economía nacional (aplausos). Todavía muchos trabajadores sinceramente creen que el mundo está dividido en dos esferas, en dos campos: el campo de lo que compete al hombre, y el campo de lo que compete a la mujer. Mentalmente viven así también cuando afirman: estos asuntos me corresponden a mí; los demás asuntos corresponden a mi mujer, o a mis mujeres, o a las mujeres (aplausos).

Hay asuntos vedados para la mujer; en cambio no hay ningún asunto vedado para el hombre; las mujeres viven con una disminución de su capacidad mental, a juicio de muchos hombres, precisamente porque de un modo subconsciente se les sigue considerando como seres inferiores. Y es menester que, si nosotros queremos de verdad contribuir a que la mujer mexicana se incorpore en la economía de nuestro país para que conquiste su completa libertad seamos nosotros mismos, en el propio seno de nuestras agrupaciones sindicales, en el de nuestras comunidades agrarias, en el de nuestras asociaciones de cualquier naturaleza, los primeros propagandistas, con el ejemplo, de que la mujer mexicana necesita incorporarse en la actividad que ella elija, con el objeto de que pueda llamarse realmente libre (aplausos). Sobre esa base podremos, entonces, hacer una campaña seria y trascendental en favor de los derechos cívicos de la mujer.

¿De qué serviría el voto sin un derecho correlativo al trabajo? ¿Y de qué serviría también el voto sin un derecho correlativo a la cultura? Porque lo que he dicho y afirmado de la situación de la mujer mexicana por lo que ve a su derecho al trabajo, puedo también afirmarlo y decirlo por lo que toca al derecho de ella a las posibilidades humanas de cultura. No hay iguales posibilidades de cultura para la mujer que para el hombre; y no las hay ni las podrá haber porque no hay iguales derechos desde el punto de vista económico. El día en que la mujer sea un factor importante de la producción de la riqueza pública, ese día la mujer tendrá derecho en México a reclamar el derecho de administrar su propia conciencia y, sobre todo, para adquirir cultura. Mientras la mujer mexicana sea una cosa, un instrumento, un medio más que un fin, como lo es el varón, como lo es el hombre, jamás podrá alcanzar una cultura que le permita romper con sus propios prejuicios, con los prejuicios de un gran sector que, durante siglos, ha sido depositario de todas las mentiras convencionales de nuestra historia (aplausos).

Conquistemos para la mujer el derecho al voto, sí: porque no podría hablarse de libertad y de igualdad de derechos y situaciones, si la mujer conquistara sólo el derecho al trabajo y el derecho a la cultura pero careciera de igualdad de derechos cívicos: el movimiento tiene que ser coetáneo, complementario, completo y cabal; derecho al trabajo, derecho a la cultura, derecho cívico en iguales condiciones que el hombre. De esa suerte no habrá ningún peligro, no habrá peligro ya, como muchos lo dicen, de que la mujer de nuestro país sea un simple instrumento del sector reaccionario para ir a depositar, no el voto de una conciencia libre en las urnas, sino el mandato de los capitanes de la reacción mexicana.

No hay un argumento valioso en contra del voto o del sufragio universal para todas las mujeres; no hay ningún argumento que se pueda aceptar como completo. Los que dicen que sólo hay que darle el voto a las mujeres revolucionarias, dicen lo mismo que quienes en la época porfirista afirmaban que debía darse el derecho a votar sólo a los hombres que tuvieran una propiedad rústica o urbana, a los propietarios, porque los parias, particularmente los indios y los analfabetas no podían votar conscientemente.

No es así como se ha de resolver el problema de la ignorancia de las mujeres de México; este problema se resolverá el día que ellas ocupen una plaza en el terreno de la función económica, como lo he venido afirmando, y que al mismo tiempo abramos para ellas posibilidades iguales de cultura que para el hombre. El día que esto acontezca, la absoluta mayoría de las mujeres de México tendrá que votar por la continuación de la Revolución Mexicana y no por la contrarrevolución (aplausos).

De ahí que la Revolución nos dispute todos los días, palmo a palmo, centímetro a centímetro, el terreno en que las mujeres de nuestro país se asientan y se mueven; de ahí que la disputa sea tan intensa por mantener la conciencia de la mayor parte de las mujeres de México en la ignorancia, como es también apasionada y a veces violenta la lucha de los sectores contrarrevolucionarios por retener el control de la conciencia de la niñez y de las nuevas generaciones. Mientras la mujer mexicana, sin quererlo, sin saberlo en muchas ocasiones, sea un factor de desorientación de la conciencia del marido, o del hermano o del hijo, los reaccionarios tendrán en la mujer un baluarte inexpugnable casi; de la misma suerte que mientras el sector reaccionario de México tenga en las nuevas generaciones que se levantan paladines futuros de la causa de la reacción misma, de la contrarrevolución, no podremos afirmar los revolucionarios de México que nuestros hijos seguirán la conducta de sus padres, por esa causa tenemos que pelear intensamente, de un modo correlativo, el derecho a formar la conciencia de las nuevas generaciones y el derecho a contribuir a iluminar la conciencia de las mujeres de México (aplausos).

Se dice, para espantar a las mujeres nuestras, a las más ignorantes, que lo que la Revolución Mexicana pretende es destruir los lazos de afecto entre los miembros de la familia. ¡Qué sarcasmo! ¡Qué cinismo y qué audacia! ¿Quién ha roto los lazos amorosos de la familia: la Revolución o la burguesía, que separa al marido de la mujer, y a los hijos de la madre y del padre? ¿Quién ha roto estos afectos? ¿Quién arroja a la mujer joven a la calle en busca de trabajo, cualquiera que sea, y si no de trabajo, de dinero que ha de conseguir comoquiera que sea? El régimen de explotación en que vivimos, el régimen de injusticia en que nos hallamos; ése es el que ha roto los lazos de afecto en la mayor parte de las familias que son principalmente familias proletarias (aplausos).

¿Quién es el que ha convertido a la mujer, inclusive en una mercancía? ¿Es la Revolución? Ella, que está luchando por iguales derechos económicos, políticos y culturales para la mujer que para el hombre, ¿es la que trata de romper los afectos del marido, de las madres y de los hijos? Es que en muchos hogares esos lazos están rotos



porque es menester que todos los miembros individuales de la familia se dispersen para juntar los escasos centavos producto de su esfuerzo, como medio para poder vivir. ¡No es la Revolución la que desune; es el régimen de explotación en que vivimos el que separa a los miembros de la familia mexicana!

Dicen, también, que se pretende prostituir a la mujer por la Revolución Mexicana a través de la Escuela Socialista (Una voz: "*Eso lo dice Almazán*").

Eso dicen, sí, todos los reaccionarios, todos los que deliberadamente saben que mienten, con el objeto de seguir ofuscando la conciencia de nuestras mujeres más atrasadas; dicen que la Revolución Mexicana pretende prostituir a la mujer, y las estadísticas oficiales, el resultado de los números, los índices que indican las condiciones de la vida nacional, nos prueban que la prostitución en nuestro país, lo mismo que en todas partes de los países capitalistas, es el resultado de la miseria, de las privaciones económicas, de la falta de trabajo, y en una menor escala, de la falta de educación. ¿Y es la Revolución Mexicana, la que ha entregado la tierra a los indios y a los campesinos mestizos, la que protege a los obreros, la que ha multiplicado las escuelas rurales en todo el territorio de la Patria, la que trata de acabar, precisamente con la prostitución, la Revolución Mexicana que trata de llevar pan y cultura y abrigo y alojamiento a todos los hombres del pueblo, la culpable de la prostitución, como lo afirman sus enemigos, o lo es el régimen capitalista que necesita forzosamente obtener un lucro del capital invertido, a costa de la mujer y de los sacrificios del proletariado? ¿Quién prostituye a quién? No son seguramente los postulados de la Revolución los que prostituyen a las mujeres mexicanas: es la miseria, es el hambre. Y la miseria y el hambre no los ha engendrado la Revolución: la miseria y el hambre los engendró Porfirio Díaz, y contra esa miseria y esa hambre se levantaron Madero, Zapata, Carranza y Obregón, todos los luchadores revolucionarios, y contra esa miseria y esa hambre lucha hoy Lázaro Cárdenas.

Se dice que la Revolución Mexicana pretende modelar la conciencia de los niños y que carece de derecho para ello, porque el Gobierno no tiene facultad para formar el espíritu de las nuevas generaciones. ¿Cuándo ha habido una etapa en la historia de cualquier país del planeta sin que haya existido en ella una escuela formadora de la conciencia de las generaciones que se levantan? ¿Y en México, en qué época la escuela no ha sido una escuela al servicio de una teoría social? En la Colonia Española, cuando México estaba regido por un virrey, cuando el nuestro era un país libre aún ¿qué fue la escuela? Escuela confesional, escuela católica, escuela para mantener a la Iglesia como el principal terrateniente de México y como el propietario urbano más considerable del país (aplausos). Y en las otras etapas posteriores de la evolución histórica de nuestra patria también, siempre ha habido una escuela que forme la conciencia de las nuevas generaciones. Y en esta vez la Revolución Mexicana, que pelea en contra del latifundismo en México, en contra de los señores feudales, en contra de la actitud de las empresas extranjeras que no respetan nuestro país, la Revolución que trata de levantar el nivel material de vida de nuestro pueblo, que trata de educar a hombres y a mujeres, que trata de entregar derechos a todos, que trata de mejorar la

riqueza pública abriendo caminos, construyendo presas, aumentando los centros de producción de energía eléctrica, haciendo que el petróleo sirva a fines públicos y no a fines privados, que hace partícipe al proletariado en la administración de muchos centros de producción y servicios colectivos, la Revolución que se empeña en que el pueblo mexicano sea un pueblo fuerte, un pueblo bien comido, bien vestido y bien orientado, necesita crear su escuela. ¿Escuela para qué? Escuela para evitar que los niños de hoy sean mañana tan ignorantes como somos los hombres de esta época; escuela para evitar que las mujeres de mañana sean mujeres tan ignorantes como las mujeres de hoy; escuelas para evitar que sobre las mujeres y los hombres que están formándose fructifique la semilla de la ignorancia o el virus de los prejuicios tradicionales influyendo en su conducta para que, en lugar de que se transformen en seres creadores de una nueva Patria, encarnen la contrarrevolución en el momento en que ellos sean responsables de la vida colectiva de nuestro país; para eso queremos la Escuela Socialista (aplausos).

Se sabe que la Revolución Mexicana es enemiga, que está en contra del individuo como tal; que la Revolución Mexicana trata de hacer unidades idénticas de todo el pueblo mexicano mecanizando no sólo los cuerpos sino también los cerebros y los espíritus de los hombres. Una nueva calumnia; y cuando es de buena fe una nueva declaración de estupidez (aplausos).

La Revolución Mexicana no trata de escandalizar a los hombres; el régimen social que trata de transformar a los hombres en máquinas o en partes de una máquina es precisamente el régimen social de injusticia en que vivimos; la gran industria no sólo automatiza el ritmo de las máquinas; la gran industria incorpora a los hombres en la producción mecánica y los vuelve autómatas; el régimen capitalista es el que mecaniza y escandaliza, el que aniquila la individualidad de cada ser; la Revolución Mexicana mediante las garantías de las leyes y mediante la conciencia que ha de formar por conducto de la nueva escuela, trata de que los hombres tengan iguales posibilidades de trabajo, que todos los educandos puedan elegir libremente la profesión que quieran; educar la inclinación habiéndola previamente despertado, fomentar la vocación individual, hacer de cada mexicano el mejor mecánico, el mejor electricista, el mejor médico, el mejor músico, el mejor pintor, el mejor escultor, el mejor concertista del mundo. Los mejores soldados, los mejores cultivadores de la tierra, los mejores productores de la industria, los mejores fomentadores de la ciencia, los mejores maestros, los mejores poetas han de nacer de la tierra de México cuando la Revolución haya cumplido plenamente sus propósitos.

En este día, ocho de marzo, en que por la primera vez en nuestro país las asociaciones de trabajo, las asociaciones de carácter cultural, y un representante del Ejército del pueblo mexicano se asocian para rendir homenaje a la mujer de nuestra patria y a la mujer de todas las patrias de la Tierra, quiero concluir pidiendo a las mujeres mexicanas que me escuchen, su cooperación para las demás mujeres del mundo: ¡Cuántas madres, cuántas esposas, cuántas hermanas, cuántas mujeres se hallan ya llorando, y cuántas más habrán de llorar mañana mismo a consecuencia de una

nueva y brutal guerra entre fuerzas imperialistas que tratan de repartirse el mundo otra vez!

No es posible, no es posible que los seres conscientes del planeta veamos con tranquilidad un nuevo reparto en beneficio de una minoría social, a costa de la sangre y el luto de muchos millones de hombres y mujeres. El mejor homenaje que se puede rendir a las mujeres del mundo en este su día internacional, es protestar en contra de la guerra imperialista (aplausos).

¡Que cada mujer coopere llevando luz a la conciencia de las otras mujeres, haciéndoles ver qué es la guerra, para que las mujeres mexicanas, en una gran protesta colectiva, cuando llegue el momento, cooperen con su voz, con su actitud, con su súplica, con su demanda enérgica si es necesario, a que la guerra cese! (Aplausos.)

¡Viva la paz, contra la guerra imperialista! ¡Viva la Revolución Mexicana! ¡Emancipemos a las mujeres de México! ¡Trabajemos con ahínco porque mañana no haya ni ignorancia ni miseria en los hogares de la Patria Mexicana! ¡Viva México independiente! (Aplausos.)

## La Revolución Mexicana será invencible mientras sus fuerzas permanezcan unidas

Creo que en estos momentos es útil que en nombre de la Confederación de Trabajadores de México recuerde yo, en breves palabras, que la política es un medio y no un fin, que la posesión del poder público es un medio y no un fin en sí mismo, que los esfuerzos que realizan los sectores del pueblo, los representativos de una Nación para alcanzar el poder público, son esfuerzos tendientes a conseguir un instrumento para alcanzar con él una finalidad más alta que la posesión misma de una simple herramienta de trabajo.

Y si esto es verdad, si la política es medio y no meta, si el pueblo entiende que tener el poder es un medio importante para usar el poder dentro de esta aspiración del pueblo organizado, dentro de esta experiencia que el pueblo tiene en todas partes del mundo, también es verdad que hay un sector del propio pueblo, encargado, como ningún otro, de realizar los propósitos de las masas populares. Este sector del pueblo, breve por el número de sus integrantes, pero importante por la eficacia de quienes lo constituyen, es el sector de los hombres dedicados a la investigación científica, de los técnicos, de los consejeros, de los que hacen posible la producción con sus planes, de los que inventan nuevas maneras de arrancarle a la naturaleza sus secretos, de los que mejoran los procedimientos ya elaborados para hacer progresar la propia civilización, y de los que, en suma, garantizan la continuidad, en el porvenir, del bienestar de las masas logrado con tanto esfuerzo. Sólo que el proletariado tiene un concepto distinto de la función del técnico y de su capacidad, contrastándola con la opinión que muchos de los profesionales, de los técnicos y de los investigadores tienen de sí mismos.

Dos maneras diversas hay para juzgar de la importancia de los técnicos: el concepto intelectualista de que si la inteligencia humana es un producto de excepción dentro del proceso general de la naturaleza, el técnico aparece como un genio esporádico, como un milagro o como un hombre con algunos vínculos con su medio y con su época, pero al fin y al cabo superior a su época y a su medio. El técnico que posee

---

Discurso pronunciado en el banquete que le ofreció un grupo de intelectuales, funcionarios, militares y obreros. *El Popular*, 20 de julio de 1940.

este concepto de lo que es él mismo y de lo que es el proceso general de la vida, se vuelve un pedante, un vanidoso y, por lo tanto, un ineficaz, un necio.

La otra manera de entenderlo es la que posee el proletariado: la clase trabajadora sabe bien que la inteligencia humana no es más que un reflejo del proceso general que se opera fuera de la propia razón de los hombres; que la inteligencia es reflejo del mundo exterior, que es, sin embargo, motor ella misma de acciones colectivas, de tal manera que es siempre un discurrir, un profundo diálogo íntimo entre la actitud del hombre hacia el mundo y la actitud o la acción del mundo hacia el hombre.

Cuando se sustenta ese criterio no se empequeñece al hombre, sino que se agiganta la personalidad de los propios individuos; otorga al propio hombre un panorama mayor esta teoría de lo que el hombre significa. Los trabajadores saben muy bien que el técnico no es un milagro, que no es un genio, que no es un ser de excepción y, en consecuencia, que es un trabajador más al servicio de una causa siempre popular, de muchedumbres, de un conjunto humano indivisible de las partes físicas que lo componen.

Estos dos modos de entender la vida y de entender la función de los hombres, son dos modos diametralmente opuestos que dividen en nuestra época, más que en ninguna otra ocasión, a los investigadores profesionales intelectuales de los demás sectores del pueblo.

Los que creen que el intelectual es el que gobierna al mundo por el hecho de ser intelectual, también tienen que afirmar la consecuencia de esta teoría equivocada, tienen que afirmar que el profesional y el técnico nunca saben qué cosa es la verdad a priori; que el investigador debe echarse a escudriñar el misterio, debe dedicarse a descubrir las leyes que rigen los fenómenos diversos del Universo, con el propósito de descubrir las verdades, porque de antemano el técnico no sabe qué cosa es la verdad, no sabe quién tiene razón, y a eso se debe esa actitud de pedantes, de necios, de torpes y, en suma, de ignorantes, que asumen tantos intelectuales e investigadores en nuestro país y en otras partes del mundo.

Los que, en cambio, afirman que la función del investigador, del intelectual, no es más que la función del hombre que se debe a un proceso de la historia y a una causa que es la causa de su pueblo, saben a priori, de antemano, qué es la verdad, saben de antemano qué es la justicia, y saben, en consecuencia, de antemano, qué es lo que se proponen alcanzar.

Todavía en nuestro país pesan mucho los prejuicios sociales, prejuicios de ayer, ideas desorbitadas, sin rumbo, de maestros que hablan sin contenido, de falsa sabiduría, de falsa ciencia; tenemos que arrojar lastre a toneladas, si vale el término, para poder conservar o adquirir, mejor dicho, un sitio humilde, pero un sitio realmente creador si es que queremos el bien de nuestro país.

Por fortuna estas ideas ya no son patrimonio de unos cuantos; y por fortuna también el deseo de la clase trabajadora se ha visto colmado en los últimos años. Poco a poco, a pesar de los prejuicios del pasado, a pesar de la falta de rumbo de las

instituciones superiores de cultura, los intelectuales que se precian, que se estiman a sí mismos, los que aman una cultura de verdad, empiezan a rehacer lo aprendido en las aulas, y entienden ya que es preciso ser un humilde trabajador al servicio del pueblo.

Por esta razón esta asamblea tiene una importancia excepcional: porque se asocian en un momento de crisis y de combate, no sólo los obreros con los campesinos y con los representantes del ejército, con los maestros de escuelas, sino también con los investigadores, los técnicos, los intelectuales. Este acto de presencia de antropólogos, de economistas, de abogados, de médicos, de químicos, de ingenieros, de escritores, de literatos, de poetas, nos está indicando cómo la Revolución gana en la conciencia misma de quienes antes poseían un concepto tan extraño y tan falso de la realidad y de la vida.

Hoy podemos ya decir que la causa de la Revolución, que es la causa del pueblo, va ganando adeptos en quienes mayores posibilidades tienen de servir con su cultura y con su capacidad al propio pueblo. Por esto vale esta reunión: la solidaridad revolucionaria, el estrechamiento de relaciones entre los profesionales, los intelectuales, los investigadores, los obreros manuales, los maestros y los miembros del ejército, tienen un valor excepcional en estos días en nuestro país.

México espera de todos sus hombres una transformación definitiva de sus viejas normas de existencia, pero de quienes más espera es indudablemente de los más capaces. Siempre ha sido vieja aspiración de todos los pueblos, en todas las épocas, el gobierno de los mejores, no con un criterio de aristocracia, no con un propósito de otorgar más poder a quienes mejor dotados resultaron por accidentes de un régimen de injusticia social, sino con el deseo de entregar la dirección y el consejo de los negocios colectivos a quienes por sus méritos propios y por su vocación de servirle al pueblo, más cerca se hallan de la verdad y, en consecuencia, del pueblo.

Esta vieja aspiración de todas las épocas y de todas las etapas de la historia, de todos los ciclos de la cultura, de todos los regímenes, de todos los países, en nuestro país va encontrando cuerpo y va encontrando también formas claras y grandes de expresión. Nosotros queremos que los técnicos transformen nuestro país, que sean factores de importancia, no sólo para decir en dónde está la verdad, sino para aprovechar la verdad en beneficio de nuestras masas populares.

Necesitamos que por un criterio apriorístico, que por una actitud perfectamente clara de antemano, sin titubeos, sabiendo que la verdad consiste en mejorar ilimitadamente las condiciones materiales y morales de nuestro pueblo, se dediquen todos nuestros investigadores y todos nuestros técnicos a mejorar y alcanzar este propósito, misterio, que la verdad sea siempre una cosa sin descubrir. Hay pequeñas verdades parciales por investigar, pero la verdadera verdad, la felicidad humana, es un dato que se da por anticipado, y los hombres que tienen el deseo de servir realmente a su Patria y a la Humanidad, no vacilan jamás en poner su concurso individual en beneficio de este altísimo propósito histórico.

Por eso en México necesitamos que los técnicos sean cada vez más capaces, más sabios, más honestos, más jubilosamente entusiastas, más dispuestos a la investigación, más deseosos de transformar nuestro país.

La clase obrera, la gran masa de los trabajadores manuales, no podrá, indudablemente, alcanzar por sí propia sin ayuda de los mejores y de los más capacitados, de los más responsables, en consecuencia, las altas finalidades que se propone la masa de nuestro pueblo. Por eso el proletariado siempre ha llamado a los intelectuales, no en su auxilio, sino a colaborar con la propia clase trabajadora.

Diversos intentos en nuestro país se han hecho en el pasado para que los intelectuales, como grupos, participen dentro de los propósitos y tareas cotidianas del proletariado; a veces con éxito relativo y la mayor parte de las ocasiones con un fracaso completo, por las causas históricas que todos conocemos, por los motivos ya comentados hace un momento, por las razones que están a los ojos de todo el que observa, aun cuando sea superficialmente, el panorama de nuestro país. Este acercamiento de los intelectuales hacia el movimiento obrero, hacia el proceso general de la Revolución; esa incorporación real, militante, de tantos hombres y mujeres que están laborando en lo individual por un México mejor, es una demostración valiosa de lo que pueden las corrientes de las ideas de nuestro siglo y, sobre todo, de la obra creada por la Revolución Mexicana.

La clase trabajadora quisiera ver aumentar el número de los profesionales, de los intelectuales, de los investigadores al servicio de la causa popular, y esto se podrá hacer cuando surjan instituciones poderosas en nuestra Patria al servicio de la única finalidad posible de cualquier esfuerzo individual o colectivo en cualquier país del mundo: la causa del pueblo. Mientras no se subordinen los intereses individuales de los intelectuales a los intereses de la muchedumbre, a los intereses del pueblo, a los intereses humanos de una Nación, nada será posible conseguir definitivamente. Por esa razón necesitamos crear en nuestro país no sólo instituciones de técnicos bien orientados, sino realmente una matriz de donde surjan nuevas generaciones con un concepto claro, con un concepto exacto, con un concepto científico de la verdad, y con una trayectoria fácil, con una trayectoria eficaz.

Mucho hay que construir, en el terreno de la vida material, en el terreno de la vida moral, en el terreno del porvenir histórico; construir para el porvenir es más importante que servir circunstancialmente al presente que se vive. Por eso nosotros deseamos que siempre haya mujeres y hombres en todas las profesiones y oficios, en todas las actividades intelectuales, sirviéndole a la causa de nuestro pueblo.

La Revolución descubrió, entre otras cosas, algo muy valioso para los mexicanos: descubrió a México; hizo posible un interés profundo de los intelectuales hacia nuestro país. Todavía hace unos cuantos años el prejuicio de inferioridad respecto del blanco y respecto del europeo, respecto del yanqui y respecto del culto por excelencia, era el prejuicio que hacía cerrar los ojos de los intelectuales hacia el pueblo mexicano, hacia los indios, hacia los mestizos, hacia la pobreza, hacia la miseria, hacia las cosas desagradables. La Revolución conmovió al país desde sus cimientos y entregó una visión

muy poco agradable a los ojos, muy poco agradable a la tranquilidad burguesa de muchos individuos, pero profundamente interesante para los que realmente amaban a la humanidad y amaban a su Patria. Y desde entonces se ha empezado de un modo sistemático hasta hoy, a descubrir valores insospechados, y se ha llegado a la conclusión trascendental de que la única riqueza importante que por hoy posee nuestra Patria es la de sus hombres. Hemos ido arrojando prejuicios de toda índole, pero es preciso que nosotros, los nuevos convencidos, los trabajadores intelectuales, los que nunca fuimos obreros, ni somos obreros, ni podemos ser obreros, multipliquemos el número de nuestros colegios, trabajemos con mayor intensidad hasta formar verdaderas falanges de hombres que trabajen con el cerebro, con el propósito de servir la causa del pueblo. Es menester que comidas como la de hoy no sean simples ocasiones en que conviven los intelectuales con los trabajadores manuales; yo desearía, en nombre de la Confederación de Trabajadores de México, que esos lazos de fraternidad, de unión, de convivencia, fuesen permanentes. No es que la CTM desee aumentar el número de sus sindicatos, no es esa la actitud de la clase obrera organizada; no es tampoco, indudablemente, que la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado desee aumentar con nuevos socios las filas de su organización; no es seguramente, tampoco que el Partido de la Revolución Mexicana desee tener más miembros que coticen con una parte de su patrimonio a la lucha cívica; no son motivos mezquinos, son motivos profundos. Necesitamos crear, más que una Central Obrera, más que una Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado, más que un Partido que asocie a los sectores revolucionarios de México, un solo país, guiado por su gran masa popular, compuesta de todas las profesiones y oficios, impulsada por un solo anhelo: la independencia real de la República Mexicana.

Y para alcanzar este designio es menester que nuestra unidad sea unidad permanente, visible, cotidiana, verdadera, pública, sistemática, para que produzca los frutos que todos deseamos de ella. Dentro de la lucha por la autonomía de nuestra Patria, dentro de la lucha por el mejoramiento material y cultural de nuestro pueblo, dentro de la lucha por el mantenimiento de las instituciones que han de crear un mundo mejor en nuestro territorio o fuera de nuestro país, caben todos los hombres y las mujeres de buena voluntad; pero los que están llamados a ocupar el primer sitio son los mejores, en el sentido de los más preparados. No podemos aceptar el concepto aristocrático de la democracia, permítaseme la frase paradójica, y el concepto platónico que cuando habla del pueblo sólo entiende por tal a un sector privilegiado, no; ni siquiera el concepto de democracia que nos da la frase exacta, pero un poco romántica por vacua, que todavía animó el siglo pasado grandes peleas de carácter histórico en algunos países del mundo, no; nuestra democracia de hoy es un instrumento de trabajo al servicio del verdadero bienestar material palpable y de relaciones espirituales constantes para hacer de cada jirón de la tierra un mundo mejor. ¡Ese es el concepto de democracia que hemos contribuido a crear en México los hombres de este año, de este régimen, de este Partido, de esta organización, de este sector al que tanto combate, y con tanta razón, la reacción de nuestro país!



¡Cómo no habría de combatirlo! ¡Cómo no se habría de ensañar la reacción mexicana en diatribas, en calumnias e inclusive en el delito! Si estamos acabando con las bases en las que la reacción se sustenta; si estamos destruyendo los medios que antes empleaba la reacción para mantener en la ignorancia, en el fanatismo, en la vergüenza y en la miseria a las grandes masas de indios y mestizos de nuestro país. Si la Revolución Mexicana ante todo es eso: creación de una economía popular, pero creación antes de una nueva conciencia, de la idea de que es menester crear un México Nuevo. Y eso es lo que la reacción no quiere que ocurra en nuestro país.

Por eso la lucha hoy es a muerte; no es lucha circunstancial, es lucha profunda. Se acabó el latifundio en nuestro país como sustento fundamental, como espina dorsal, como eje de la composición de la propia Nación Mexicana; estamos pasando las últimas puertas de la ciudadela feudal en la que vivía nuestro país hasta hace unos cuantos años; se han roto las cadenas de opresión de las masas de peones y de indios enganchados a los viejos predios de los señores de horca y cuchillo de años pasados, y estamos también trabajando por establecer las bases de una independencia cabal de la Nación. Por este motivo la lucha es a muerte: todavía viven los hacendados que perdieron la tierra; todavía viven quienes detentaban la propiedad agrícola cuando la Iglesia mexicana era el terrateniente mayor del país; todavía viven los que sirvieron de hinojos a Maximiliano; todavía viven los que limpiaron las botas a Porfirio Díaz; todavía viven los miembros de una aristocracia ridícula que soñaba en Europa y despreciaba a nuestros indios; todavía viven los intelectuales, geniales generalistas en generalidades que ignoran al pueblo e ignoran la verdad científica; todavía viven los aspirantes a escritores, que no son más que simples servidores de las gentes más mendaces y más viles. Todavía viven los que sirvieron a Porfirio Díaz con la idea, y los que sirvieron a Victoriano Huerta con el fusil. Viven los hombres de ayer, la generación de la Dictadura, del Imperio fallido, del oprobio, del reproche al indio por tener la tez morena; viven los de ayer, viven los que odiaban a la Patria y los que querían salirse del territorio nacional para confundirse con las gentes del Continente Europeo. Por eso es hoy la guerra a muerte.

Pero también viven los hombres de hoy, y no sólo los hombres de hoy, sino el pueblo mexicano de 1940, con una gran conciencia de su derecho histórico. Y por eso la reacción será aplastada. Aplastada si intenta una sublevación militar, pero más que esto, que es un episodio sin importancia, aplastada para el porvenir fecundo de un México nuevo.

Más riquezas, más fuentes de trabajo, nuevas orientaciones, mayor número de gentes preparadas, para que las generaciones del porvenir no maldigan la honra de sus propios padres. ¡Cuántos de los hombres revolucionarios de hoy tienen a sus hijos en escuelas en donde la obra de padre se niega y se maldice! ¡Y cuántos que se llaman revolucionarios tienen a sus hijos en las escuelas privadas! Grave paradoja que los hijos de los revolucionarios de hoy maldigan la obra de sus padres. Mientras los hombres de mañana no justifiquen la obra de sus padres en la única forma posible, que es engrandeciendo esa obra, la Revolución Mexicana está amenazada de

muerte y la reacción tiene la posibilidad de vencer. Claro que todo esto nos duele, y protestamos con indignación, pero para poder conseguir nuestro deseo hay que trabajar, compañeros.

Trabajar y no avergonzarse del trabajo; trabajar a la luz pública, trabajar sistemáticamente, trabajar sobre todo nosotros los trabajadores intelectuales, en nuestra gran tarea de difundir la verdad y de poner nuestra especialidad al servicio de la Patria futura, rica, libre y próspera. Esa es nuestra tarea; nosotros tenemos que contribuir, más que otra cosa, a levantar un México mejor, pero para eso hay que hacer propaganda sistemática de la verdad.

¿Se quiere oír hablar mal del Gobierno? Váyase a las oficinas públicas. ¿Se quieren oír murmuraciones, chistes malos, injurias veladas o descaradas en contra de Lázaro Cárdenas? Váyase a los corrillos privados los domingos o los días de reunión de muchas gentes de nuestra alta burocracia y aun de nuestra baja burocracia. Esto hay que acabarlo con el trabajo, con el trabajo creador de los técnicos principalmente; proclamando la verdad y viviendo de un modo honesto, trabajando lealmente, de un modo honrado, para bien de nuestro país, en contra de la miseria y de la ignorancia.

Es preciso acabar también con la “institución de la mordida” en las oficinas públicas. Es menester que nuestro país se libre de la plaga de coyotes que se producen y que se cubren con la complicidad de muchos técnicos mexicanos. Hay que limpiar nuestra herramienta de trabajo; es menester depurarla, depurarla mediante el trabajo y el ejemplo, y los más obligados al ejemplo de la virtud son los que más directamente están obligados a ello por formar parte de la burocracia.

No hay que pedir demasiado. ¡Basta imitar la conducta de Lázaro Cárdenas! México espera mucho de sus hombres mejores, de los más preparados; por eso espera tanto de su juventud, porque esta generación de hoy, que tiene la responsabilidad de la Patria, es una generación que se ha ido formando entre contradicciones, entre choques de toda índole; la nuestra no nació así; lo digo por la mía —y no es censura gratuita—, que no surgió bien orientada desde su amanecer; pero los que se están levantando merecen, no sólo que ellos sean más felices, que tengan caminos aderezados, rutas limpias, nuevas sendas, sin tropiezos; merecen todo un panorama de verdad sabida, de verdad proclamada, de meta asequible o por lo menos de finalidad claramente determinada, para que nuestro país no pueda retroceder jamás. Y en esa tarea los horizontes de la Patria nadie podrá alcanzar a verlos porque son realmente ilimitados.

## La integración de la nacionalidad

Al arribo del conquistador había en nuestro país veinte grandes familias, y se hablaban en nuestro territorio más de cien lenguas diversas; no había unidad; nuestras pequeñas naciones aborígenes no tenían las mismas ideas, carecían de una esperanza común, y entre ellas no reinaba la paz. El conquistador estableció por la primera vez en nuestra historia un lazo común entre los pobladores del antiguo México: el lazo de la esclavitud. Todos los indios fueron explotados, y así, en una forma negativa y bárbara, cruel e injusta, empieza a nacer en nuestra historia la noción de la unidad nacional, unidad por la abnegación de un pueblo, unidad no para la justicia, unidad no para la dicha, unidad para el dolor. Pero esta misma situación de miseria, de explotación, produjo a poco andar el tiempo, fuerzas positivas para una verdadera unidad posterior.

Los mestizos, producto de indios y de blancos, son el germen de un pueblo nuevo; se unen, no sólo por razón de la sangre, sino también por razón de un anhelo, común a sus padres, a los indios. Y también se asocian con los criollos postergados por los españoles venidos de España hasta que al iniciarse el siglo XIX, después de largos años de vida colonial, en que los indios permanecen en estado de explotación, los criollos postergados y el núcleo de mestizos, postergados también, va creciendo. Esta asociación para un fin positivo estalla en la Revolución de Independencia. Ya no es sólo el dolor común el signo de la unidad nacional, es también un ideal verdadero que embarga a la mayoría de los mexicanos, es el deseo de lograr la libertad; pero no sólo la libertad desde el punto de vista declamatorio, sino la libertad en la vida misma, la libertad de vivir, el derecho a comer, el derecho a disfrutar de las ventajas mínimas de la existencia.

Este afán de romper los lazos de la esclavitud, del régimen de explotación, que es en muchos sentidos régimen de ignominia, este fervor con el que el pueblo quiere de una manera instintiva y también meditada a través de sus breves minorías cultivadas, abrir una nueva perspectiva para la Patria en formación, es lo que se afirmará en la vida política de México y lo que va construyendo las bases para una fábrica indestructible, que será el México independiente del porvenir.

Sin embargo, la guerra de Independencia que asocia a los mexicanos en once años de lucha constante, que hace la unidad nacional de una manera sangrienta y dramá-

---

Discurso pronunciado en el homenaje al general Lázaro Cárdenas. Revista *Futuro*, diciembre de 1940.

tica y al mismo tiempo conmovedora, no logra mantener esta unidad transitoria, porque en cuanto la República surge, y en cuanto el primer gobierno se establece, como no se va al fondo mismo de los grandes problemas nacionales, como no se atienden las necesidades más profundas de las masas, quedan los mismos grupos del pueblo en condiciones semejantes a las que vivieron durante los siglos de la Colonia. La masa indígena olvidada, aherrojada, explotada, vejada por los que se apoderan de la riqueza pública; los blancos no españoles, pero descendientes de ellos, transformados en gobernantes por el momento, reemplazan a los españoles de España en la tarea de mantener la misma estructura económica y social del país y en consecuencia, en la tarea de poder detentar la riqueza nacional que se produce gracias al esfuerzo de las masas indígenas ignorantes. Un grupo de mestizos es el que participa también de las ventajas de la libertad política, pero la mayoría del pueblo sigue en la misma condición, exactamente igual.

Entonces se produce una división, una división que enciende la guerra otra vez, que continúa la pelea de la independencia y otra vez en los grupos, en las ideas encontradas, en los anhelos antagónicos frente a frente, se van formando dos partidos que han de ser históricos, y que todavía hoy perduran con diversos nombres; por una parte el Partido del gobierno centralista, que es el representativo también de la tradición, y por la otra, el Partido del régimen federal, que es el Partido del progreso; centralistas, federalistas, tradicionalistas, progresistas, encienden la guerra, pero al mismo tiempo van formando conciencia en la masa para que ésta sepa en realidad cuál es la razón de ser de su lucha.

Esos treinta y cinco años transcurren, desde consumada la Independencia, hasta que llega un momento en que, a fuerza de producirse en la violencia, se engendra un nuevo espíritu del pueblo, y se levanta entonces una gran bandera de unidad. El pueblo vuelve a formar una gran masa compacta, disciplinada, esperanzada con el mismo sueño, la misma que había de pensar en una Carta Política para el país, que refleje su estado de ánimo, que recoja sus querellas, y que al mismo tiempo establezca en principios definitivos cuál va a ser el porvenir de la Patria.

Y así se produce la Constitución de 57; los pueblos como el nuestro, que nunca tuvieron la posibilidad, pueblo de esclavos, pueblo de siervos durante largos siglos, de meditar en una teoría política para lanzarse a la lucha, sin embargo, por instinto, por razón elemental de defensa y por anhelo de victoria, eleva la Constitución del país a la categoría de verdadero lábaro y panacea para la resolución de todos sus problemas.

Por eso desde un principio la Carta Política del país nace identificada por la esperanza del pueblo, aun cuando éste no lo entienda de un modo cabal y completo. Lo que fue signo de minoría se transforma, en los años subsiguientes a la promulgación de la nueva Carta de México, en principio de las masas mismas. Y en la Guerra de Reforma, sangrienta, desquiciadora, profunda, en tres años de drama forma una nueva conciencia real. Y así como en el período que sigue a la Independencia se forman nuevamente los bandos; en esa ocasión el bando del progreso, el bando de la libertad, el bando revolucionario de la época, es ya el bando mayoritario, porque

la Constitución, la causa de la Reforma, llega a identificarse con la defensa de la integridad y la libertad de la Patria.

Es entonces cuando de nuevo Benito Juárez levanta al pueblo para rechazar al invasor traído por el partido reaccionario de México. Esos tres años sacuden de tal manera a nuestro país, que la guerra misma fragua la nacionalidad.

Y así hemos vivido; en grandes jornadas de luchas y de afirmaciones posteriores; todo el tránsito ha sido un anhelo hacia la unidad, a la unidad nacional de que carecíamos en un principio. Sólo que esta fuerza por la unidad, por la creación de la Patria, no ha sido sólo un esfuerzo por un ideal inasequible y poco tangible para las masas del pueblo; la unidad nacional significa levantamiento de la masa a un nivel superior; mejores salarios, mejores posibilidades de cultura, justicia social, libertad individual a consecuencia de la libertad colectiva, derecho de las personas como consecuencia del derecho de la colectividad. Así va formándose poco a poco, no sólo un concepto de unidad, un concepto de Patria, sino al mismo tiempo un concepto de justicia que es congénito al criterio de la Patria independiente.

Por eso estas jornadas, llenas siempre de drama, llenas de pasión, llenas de sangre, llenas también de ilusiones, son las grandes jornadas que representan la síntesis de los esfuerzos encontrados, por hallar un denominador común en la producción económica, en la distribución de lo producido, en la forma de entender la vida, en la forma de proyectar el esfuerzo para el porvenir.

Y después de la Reforma, nuevamente la lucha; otra vez el partido de retroceso que no se deja vencer, que se yergue frente a los salvadores de la Patria, frente a los que arrojan al invasor al océano y que pretenden arrebatarle las conquistas de una manera definitiva. Pero no se cumple el designio de las fuerzas oscuras, y aun cuando la Patria se divide otra vez, la minoría va siendo cada vez más notoria. Los que quieren el retroceso son los menos; los que quieren el progreso son los más. No la unidad puramente retórica entre los hombres, no una libertad meramente declamatoria entre los hombres, no una fraternidad simplemente expuesta en una forma verbal entre los pobladores del país; se quieren posibilidades para una igualdad, posibilidades para una libertad, posibilidades para una fraternidad auténtica.

Y así, cuando se enciende la Revolución de Ayutla, con el propósito de restablecer los principios del Partido Liberal y hacer la unidad de la Patria, vuelve a levantarse el anhelo común para hacer de México en realidad, una Patria verdadera. Sin embargo, como no se transforman tampoco en esta etapa las bases de la fábrica social, los puntales de la Patria mexicana, los pilares sobre los que descansa el edificio de México, ocurre lo que ya en cierta forma había acontecido después de la victoria contra el imperio español; se proclama la libertad, se lucha por la independencia del país, pero la realidad es otra. Por eso fue fácil el mantenimiento de una dictadura de treinta y cinco años. El Plan de Tuxtepec se frustra; la Revolución de Ayutla no florece sino en la contrapartida del anhelo popular, que es la tiranía. Así se puede entender cómo un pueblo ansioso de la igualdad verdadera, de la libertad auténtica, de la fraternidad

sincera, perseguidor de la justicia durante siglos, padece una nueva tiranía, la más cruenta de todas las que hemos tenido en nuestro existir.

Pero nuevamente, dentro del propio régimen del dictador, se engendran las fuerzas que han de chocar contra la fuerza del tirano, y así es como en 1910 surge nuevamente la división, profunda división. Y en esta ocasión, como durante la Reforma, como durante las guerras del centralismo contra el federalismo, como durante la guerra de Independencia, los hombres de México, divididos, luchan con gran tenacidad, con enorme entusiasmo. Y a poco andar, en los primeros años de la misma lucha iniciada por Madero, salen a flote los verdaderos problemas de México, los profundos problemas, las razones hondas, verdaderas, que movieron a las masas para levantarse contra el dictador. Estas razones son las mismas, las mismas de todos los siglos: la unidad nacional, no la división del pueblo en dos grandes bandos: explotados y explotadores, ignorantes y letrados, humildes y tristes por una parte, y por la otra, despilfarradores del patrimonio común; los mismos ideales viejos, los mismos gritos que salieron de la garganta de Miguel Hidalgo y Costilla, las mismas exhortaciones que salieron del Cura José María Morelos, los mismos anatemas que brotaron de la enorme personalidad de roca de Benito Juárez, las mismas frases brillantes y luminosas de los hombres que rigieron durante la Guerra de Reforma, el hondo espíritu del país, los mismos conceptos de siempre: justicia social, no división entre los hombres, unidad de la familia de México, igualdad para todos, igualdad en la realidad, igualdad en los hechos; no igualdad en la ley, no igualdad en el discurso, no igualdad en la proclama; igualdad en la vida, igualdad en la existencia palpitante.

En esa forma la Revolución Mexicana, la *Revolución*, como llamamos por antonomasia al movimiento iniciado en 1910, que hoy alcanza uno de los períodos más luminosos, no sólo de su propio ciclo, sino de la historia entera de la Patria Mexicana, la Revolución va forjando la unidad nacional, a fuerza de actos trascendentales de justicia, y al mismo tiempo a fuerza de los grandes conceptos que unifican el pensamiento de las grandes mayorías del pueblo.

Por eso los revolucionarios valen en función de la obra cumplida en favor de la justicia social, de la libertad del pueblo y de la unidad y de la independencia de la Patria. Si hay que medir con alguna pauta, si hay que medir con algún metro, si hay que medir con alguna medida a los hombres —y los hombres nada valen por sí, sino por sus obras—, esa es la pauta, esa es la medida, ese es el metro. ¿Quién ha hecho más por la unidad del pueblo de México? La unidad en el sentido de levantar a todos a un nivel semejante, tender a un mínimo de confort en la existencia, a un mínimo de cultura. ¿Quién ha hecho más en favor de la justicia? ¿Quién ha hecho más en favor de la independencia de México?

Porque la unidad interior, el programa de adentro, la justicia en propia casa, la libertad del hogar propio, se refleja hacia afuera; el unificador, el justiciero, el que proporciona los elementos de la cultura para el pueblo, sin quererlo, rebasa los límites del territorio de la Patria; el que ha cosechado no puede ocultar la riqueza que lleva a cuestas; y el que ha hecho luz en el interior no puede impedir que la luz salga

fuera del recinto; el unificador de México, el que ha hecho la Patria más sólida, más justa, más alegre, más feliz, también ha hecho que los demás hombres del mundo lo sean con su propio ejemplo.

Hoy nos hemos reunido en nombre del Partido de la Revolución Mexicana para juzgar la obra de Lázaro Cárdenas, hombre de la Revolución Mexicana, todavía Presidente de México. Seis años de lucha, seis años de esfuerzos, seis años de constante creación.

El tiempo no es cantidad, el tiempo es calidad. Hay siglos que parecen un año; hay años que parecen un siglo; hay días que parecen un minuto, hay minutos que parecen un año, y hasta un siglo. Estos seis años de Cárdenas han sido, a mi juicio, el mejor siglo de la historia de México después de la Independencia.

Porque el ritmo impuesto en la obra multiforme de la unidad nacional y de independencia de la Patria en el concierto de las naciones del mundo, porque el esfuerzo, el impulso, el acento con el que se ha subrayado el trabajo en este sexenio, es realmente una afirmación de una calidad que sobrepasa la medida del tiempo cronométrico en que estamos obligados a considerar el correr mismo de los años. No nos mueve la actitud del que halaga porque ha recibido favores, ni tampoco la actitud del dependiente que alaba a su jefe, ni tampoco la actitud del que parece demasiado presuroso para aplaudir sin reservas lo que debe ser motivo del juicio de la historia. No. Las palabras que he pronunciado en nombre de la Confederación de Trabajadores de México no son palabras como las de la época de la dictadura y de las que en las épocas en que la Revolución se ha empantanado se pronuncian por los que sólo se acuerdan de proferir las alabanzas cuando esperan un favor del hombre a quien alaban; el movimiento obrero de México es un movimiento, no sólo independiente del poder público, sino un movimiento revolucionario. Y, en consecuencia, la alabanza del movimiento obrero de México es juicio sereno, es análisis objetivo. La CTM nunca ha sido, no es, no podrá ser jamás, una manada de lacayos. La CTM nunca ha estado al servicio de ninguna persona física, jamás al servicio de ningún bien menor, nunca tampoco al servicio de un ideal enano. Nuestra alabanza, nuestra loa, es la expresión pública emanada de nuestra gratitud, es una manifestación de nuestro concepto revolucionario. Cárdenas ha hecho lo más que un hombre puede hacer en la vida, a lo único a lo que un hombre puede aspirar; Cárdenas ha acelerado el destino histórico de México; por eso es grande, por eso será imperecedero.

En seis años se ha hecho más que en veinticuatro anteriores, no porque los hombres que iniciaron la Revolución no merezcan nuestra reverencia ni nuestra gratitud, que ello sería antihistórico, injusto y absurdo; si Cárdenas existe es porque antes que él murieron medio millón de campesinos y obreros en el campo de batalla; si Cárdenas ha sido posible, es porque se levantaron con Madero muchos ciudadanos que murieron y que trabajaron de consuno con él para abrir una nueva etapa en nuestra vida; si es posible que Cárdenas haya existido es porque el pueblo se levantó, destruyó el Ejército mercenario de Porfirio Díaz y levantó un Ejército propio con su cooperación y con su esfuerzo, que es el actual Ejército del pueblo mexicano.

La obra histórica es siempre obra de conjunto, obra del pueblo. Es él el único creador verdadero, el único que siente, el único que piensa, el único que actúa, el único que triunfa, el único que llora, el único que vence; pero los hombres de excepción son los que encauzan al pueblo, los que lo auscultan, los que lo escuchan, y al mismo tiempo los que lo abanderan. Cárdenas, sin que los demás, los verdaderos revolucionarios —los verdaderos—, quienes merecen nuestra gratitud, sean olvidados, ha hecho sin embargo, en sus seis años de Gobierno, más que sus antecesores. Ha incorporado —permítaseme la frase— a grandes núcleos del pueblo en el pueblo. Dividido estaba, siempre lo estuvo; así lo recordé al comenzar; se ha ido uniendo a través de los siglos. Dividida estaba aún, no estaba unificada la Patria. Todavía hoy somos naciones pequeñas, Patria de pequeñas Patrias; no somos todavía una Patria absoluta, una Patria verdadera, una Patria unificada, única, con pensamiento único, con acción única. Estamos forjando, apenas, la Patria.

Cárdenas es el que más ha construido, el que más elementos ha puesto con sus manos, con su cerebro y con su corazón en el edificio de la Patria unificada. El incorporó, desde luego, a los indios no en la civilización —frase demagógica— sino en la economía nacional. El entregó a los indios la tierra. El consideró que si los indios no forman parte activa y ventajosa, como vanguardia de la producción material, no habrán de incorporarse nunca en el pueblo; es decir, que si los indios no se incorporan en la producción económica, no serán parte del pueblo mexicano, ellos, los indios que, sin embargo, son parte del pueblo.

El incorporó a las grandes masas de peones en el pueblo. ¿Cómo hablar de incorporación política de esclavos? ¿Cómo hablar de derechos cívicos de peones? ¿Cómo hablar de libertad de siervos? Pueblo agrícola por excelencia, mientras la tierra no esté en manos de los campesinos, la masa campesina de México no será el pueblo de México; serán los esclavos de México.

Incorporó también a los sectores más preparados en los grandes intereses nacionales, ante todo en el interés de la misma economía nacional. Por eso, no por demagogia, no por ceguera, no por audacia, no por estupidez, no por inconsciencia, cuando algún patrón nacional o extranjero no ha querido cumplir con nuestras leyes, se ha rebelado en contra de los deseos de la soberanía nacional a través de los órganos del poder público. Cárdenas los ha invitado a que dejen las industrias, a que dejen las fuentes de producción en manos del Estado, en manos de la masa trabajadora.

Así se han ido incorporando en la producción los obreros que, por el solo hecho de serlo, claro, producen, pero en calidad de asalariados, y la incorporación a la que yo aludo es la repartición de la responsabilidad en la dirección de la producción económica; y se han ido incorporando otros sectores también, para hacer de la producción nacional, no el privilegio de una minoría para explotar a las grandes masas, sino el privilegio y el derecho inalienable del propio pueblo mexicano. Pero a la par que el esfuerzo fue para incorporar en la producción económica, en los servicios públicos a los más importantes sectores del pueblo, Cárdenas ha unificado a los mexicanos dándoles una noción de lo que es justo, una noción de lo que es equitativo, una noción



de lo que es, en consecuencia, el fin principal que la Revolución Mexicana persigue. Este esfuerzo por unificar las conciencias vale acaso más que el esfuerzo, con ser enorme, por incorporar al pueblo en el pueblo que produce, por incorporar a los desheredados, a los que viven al margen de la civilización verdadera, de la justicia, en los destinos y esperanzas de la Nación. La cruzada en favor de la emancipación del pueblo en su conjunto, y de su independencia, la necesidad de hacer del país un conjunto de unidades conscientes de sus derechos; la prédica de un concepto vivo, justo, hermoso, concepto auténtico de lo que es la democracia. Por eso aquella frase que el Partido de la Revolución Mexicana recogió como lema: Queremos —dijo Cárdenas en Yucatán, en una forma sencilla, como todo lo que él expresa—, queremos en nuestro país la democracia; nunca ha luchado el pueblo por otra cosa que no sea la democracia, sólo que queremos una democracia de trabajadores.

Esa afirmación que los intelectuales a sueldo de la reacción mexicana han tratado de vilipendiar, esta frase de la que se han reído los intelectuales a medias, los intelectuales sin espíritu creador, los intelectuales que no aman a su país sino para ver cuánto les da el país, los intelectuales que entienden que la cultura es tarea de los enemigos del pueblo, o que es, al mismo tiempo, instrumento para hacer fortuna, esos que se han querido mofar de la frase de Cárdenas, no saben qué profundamente ha llegado al corazón del pueblo. ¡Sí, Democracia de Trabajadores! Porque la democracia no se alcanza para el pueblo en abstracto; el pueblo en abstracto no ha existido ni en México ni en ninguna parte de la tierra, en ninguna época. El pueblo es un conjunto de individuos asociados por intereses fundamentales de la vida: explotado, pobre, ignorante, ambicioso de libertad; la pobreza por un lado, los privilegiados por el otro. Eso es el pueblo. Y si la mayoría es de explotados y de ignorantes y de ambiciosos y de sedientos de justicia; si son la mayoría los que nunca han logrado tener derecho a mandarse a sí propios, el único concepto de la democracia es el concepto de la democracia de los más, de los más necesitados, de los más en número, de los más en anhelos, de los más en derecho histórico. Esa es la frase de Cárdenas y su alcance trascendental.

Para hacer factible el ideal de la democracia entendida en esa forma, convocó Cárdenas a los principales sectores del pueblo, a crear un Partido político. Y se creó por la voluntad de las organizaciones sociales que en México existen y por la voluntad del Ejército, el Partido de la Revolución Mexicana.

Esto, además, tiene una enorme significación en la historia de México, y más que para el pasado, para el porvenir. México fue durante largos años, por inconsciencia de su pueblo, por ignorancia de sus gentes, por sufrimientos de su mayoría, por el estado de inferioridad en que el propio pueblo se consideraba, como ocurre a un estado de esclavitud de hecho, durante mucho tiempo fue masa para caudillos, tiranos y dictadores. Ya recordé a grandes rasgos este panorama dramático de nuestras quejas históricas. Y la Revolución misma tuvo necesariamente que crear los caudillos momentáneos, que expresaran, al calor mismo del pueblo, sus ansiedades. Pero a medida que la Revolución ha hecho justicia, ha creado patrimonio económico tangible, verdadero para las masas, y les ha dado cultura, las ha hecho pensar en el pasado, en

el presente y en el porvenir, los hombres de excepción, los caudillos, y los tiranos sobre todo, han ido declinando hasta desaparecer.

Lázaro Cárdenas, sabedor de esto, no sólo convocó a la unidad del pensamiento político a su pueblo, sino que quiso, con un partido que unificase la conciencia cívica del país, dar muerte para siempre a los caudillos del pasado histórico de la Patria.

Hoy, por la primera vez, insisto, no vivimos al ritmo de los hombres fuertes que deciden los movimientos del pueblo, el interés del pueblo; por la primera vez existe la representación proporcional y funcional de los principales sectores del pueblo mexicano en la dirección de la cosa pública, y con todos los defectos, con todos los errores que se le atribuyen y que tenga el partido, constituye éste el primer ensayo para unificar la conciencia del pueblo en contra de los tiranos de México.

Pero además, Cárdenas ha hecho un esfuerzo enorme por unificar al pueblo, por unificar a sus sectores, no sólo en el concepto político, sino también en el concepto de lo que ha de ser la sociedad de mañana. La Revolución carecía de escuela; la Revolución carecía de teoría pedagógica; la Revolución carecía de rumbo. Y no sólo carecía de una conducta asequible, clara, sino que la Revolución estaba siendo minada, está siendo minada, gravemente minada, por grandes sectores de la misma juventud, los retoños, el producto de los mismos hombres que fueron a la lucha y que combatieron en el periódico y en la tribuna de todos los partidos por la felicidad, por la justicia, por la unificación del pueblo.

Revolución sin escuela es Revolución condenada a morir; cambio histórico en lo político y en lo económico que no tiene un apoyo correlativo en la conciencia del pueblo, es cambio condenado a desaparecer. Ningún cambio histórico ha dejado de construir su escuela; ninguna etapa importante en la evolución de ningún país ha descuidado la creación de la conciencia, la formación de la conciencia de las nuevas generaciones, y por eso Cárdenas ha creado una escuela: la escuela socialista.

Muchos defectos tendrá, no la escuela socialista, sino el plan para cumplir con la escuela socialista; muchas fallas tienen los maestros de escuela; algunas de estas fallas, exigibles a los maestros, la mayoría no imputable al magisterio nacional. Ningún cambio, jamás, ningún gran cambio de orientación para un país en el mundo se ha hecho sin improvisar hombres que lleven a cabo el cambio; y los maestros de México, improvisados, sí, es verdad, con errores, con equivocaciones, con todos los errores que se les pueda suponer, con todas las equivocaciones que se quieran admitir, han servido y seguirán sirviendo a México como verdaderos apóstoles de la Patria del porvenir.

Nuestros soldados, cuando se levantó el pueblo contra el ejército de Porfirio Díaz, no se llamaban a sí mismos soldados; se llamaban ciudadanos armados, improvisados, soldados improvisados. Terminó la lucha armada y ahora que comienza la construcción de una nueva gran conciencia de nuestro pueblo, hay un nuevo ejército de soldados que fueron improvisados también, pero que ya no son hoy los soldados gloriosos de un nuevo México libre y soberano.

Así ha venido trabajando Lázaro Cárdenas, el unificador, el creador, el constructor, el que edifica, el que ayudó poderosamente a hacer que la vieja familia ato-

mizada, reñida entre sí, que se sintiera con un derecho y una situación comunes sólo cuando llegó el conquistador a castigarla y a humillarla, y que se ha movido por el impulso unificador que a través de los siglos ha sido pelea contra el poder y el privilegio. El logró reunir al pueblo en la unidad verdadera y permanente. Eso es Lázaro Cárdenas, a nuestro modo de pensar: un hombre que ha hecho bienes tangibles hoy, pero que, más que nada, ha hecho bienes que van a florecer y a fructificar mañana.

No es cierto que haya necesidad de esperar a que corran los años para juzgar la obra de un hombre: eso es falso, esos son prejuicios y falsas teorías científicas y románticas del siglo pasado; son simples prejuicios de los intelectuales del siglo pasado que poco tuvieron contacto con el pueblo verdadero. No, a los hombres se les puede juzgar en el acto, y lo verdadero y lo falso se distinguen siempre. Nadie toma, simplemente, una moneda falsa por una buena; ningún pueblo se equivoca al juzgar a los hombres que lo explotan. Y por eso ya estamos nosotros autorizados para juzgar, como lo hacemos, la obra de Lázaro Cárdenas, porque si no lo hiciéramos así, resultaría paradójico que mientras en México esperamos a que el juicio de la historia se produjera, todos los pueblos del mundo, y particularmente de la América Latina, ya tienen hecho su juicio final sobre Lázaro Cárdenas, no sólo como unificador de su pueblo, como constructor de una Patria mexicana nueva, sino también estandarte, adalid, abanderado, vanguardia de la felicidad de las naciones de América.

El ditirambo exagerado es injusto, es sospechoso y es de mal gusto, es cursi inclusive; pero todas las frases que he pronunciado, y los juicios con los calificativos más entusiastas que existen en nuestra maravillosa lengua, son apenas los indispensables instrumentos para levantar nuestra voz de gratitud. Nosotros en México, en donde todavía, sin darnos cuenta, nos movemos a veces por una serie de prejuicios y de sentimientos extraños, de complejo de inferioridad, en donde las gentes apenas dejan su cuna humilde, o por el salario o por la sangre, o por el color de la piel, o porque aprendieron a leer y escribir, quisieran definitivamente que los demás ignoraran cuál es su origen; en donde todavía nos avergonzamos de ser negros o morenos, en donde todavía queremos parecernos a los europeos, y en donde las personas cultas son las que más odian a los indios y los que más quisieran ser "gentes decentes", para presumir de aristócratas; en donde hay un odio sincero hacia el pueblo, en donde hay una aversión profunda por las manifestaciones de una auténtica superioridad; en donde existe una aristocracia improvisada que no revela más que complejo de inferioridad, en donde así se mueven muchas de las gentes de la clase media, hablar de que los primeros ciudadanos de México son los indios, no avergonzarse de la sangre indígena, y declarar, también, que mientras los indios no ocupen un lugar prominente en México la Revolución no habrá cumplido con su designio, es ser constructor de un México nuevo.

Podemos, sí, juzgar; ya podemos juzgar a Cárdenas; en realidad lo hemos estado juzgando. ¡Cuántas veces no hemos ido a la Plaza de la Constitución, aquí en México, corriendo animosos, desbordantes como hoy, a gritar: ¡Viva Cárdenas! A decir: ¡Viva México!; a decir: ¡Viva la Patria Independiente!; a decir: ¡Muera el imperialismo!

¡Muera la Reacción!; a decir: ¡Viva México soberano y libre! Y en todas partes del país, ¿no han ido las muchedumbres siguiéndolo? ¿Por qué? Porque no han necesitado del juicio de la historia: las obras, los hechos, las actitudes hablan. Hay hombres que pueden ser juzgados a primera vista, para el bien y para el mal, porque independientemente de la obra, de la propia expresión, está la calidad humana del sujeto que se contempla. Y Cárdenas ha tenido esa virtud: el pueblo lo ha juzgado, lo sigue juzgando, lo habrá de juzgar.

¡Qué felicidad debe sentir Lázaro Cárdenas cuando sale del gobierno con un aplauso que no acabará jamás! ¡Mucho, mucho más grande, mucho más grande que el aplauso que el pueblo le prodigó cuando lo hizo jefe de la Nación! ¡Qué orgullo no habrá de sentir Lázaro Cárdenas al saber que el pueblo de México ha de guardarle gratitud permanente, y qué satisfacción también, para los mexicanos en estos momentos en que el mundo arde, en que el mundo se desangra, en que la barbarie, en que la injusticia, en que los apetitos inconfesables e intolerables vuelven a llevar a la tumba a millones de seres que no han tenido más delito que el de ser pobres y explotados, en estos momentos en que la justicia zozobra, en que no hay libertad ni justicia, ni amor, un pueblo como el nuestro, pequeño, sí, pueblo joven, pueblo que apenas cuenta, puede decir: en México hay paz, hay justicia, hay libertad. Es un privilegio para los mexicanos, un privilegio enorme que nosotros debemos conservar, porque quizás, indudablemente, el orgullo más grande, la más grande satisfacción que puede recibir Lázaro Cárdenas, sea considerar, en los momentos de la meditación, allá en las montañas, allá en el desierto, en las noches en donde apenas hay ruido, junto a la choza de los campesinos más humildes, que la queja secular, que la queja que recogieran los españoles formando parte de un canto de una de las razas más tristes, más miserables de México, la raza otomí —un canto que era al mismo tiempo esperanza y queja profunda—, se ha cumplido. Dice el canto otomí que se llama “Canto a la Pobreza”: *Ojalá haya alguna vez paz en la tierra, pero querida por el pueblo.* Es decir, paz creada por el pueblo, para beneficio del pueblo; no paz porfiriana, no paz de persecución, no paz de injusticia, no paz de dolor; paz de alegría, paz de creación de nueva vida, de nuevo rumbo...

¡Larga vida a Lázaro Cárdenas!

## La Revolución es la única capaz de edificar un México independiente y próspero

Camaradas:

En la etapa actual de la evolución histórica de México, ¿qué intervención deben tener las agrupaciones de trabajadores en la economía nacional? Esta es la razón fundamental de esta asamblea de carácter técnico. ¿Cómo debe la clase trabajadora, a través de sus organismos, intervenir en la producción y en la distribución de la riqueza pública? Esta pregunta plantea, a su vez, una serie importante de interrogaciones: En la actual etapa de la evolución histórica de México, ¿cuál debe ser la participación del Estado en la economía nacional? ¿Cuál ha de ser la intervención de los diversos órganos del Poder Público en los problemas de la economía privada? ¿Cuáles las atribuciones del Estado y cuáles sus límites?; y ¿qué relaciones debe haber entre el Estado y el movimiento obrero, frente a los problemas de la economía nacional?

Para poder contestar estas interrogaciones es preciso saber, ante todo, cuáles son las características de la vida actual de nuestro país, cuáles son los perfiles de la República Mexicana en este período de su transformación iniciada con la Revolución Popular de 1910.

El Comité Nacional de la Confederación de Trabajadores de México estima que ha llegado el momento ya, para valorizar los grandes hechos de la Revolución en materia económica y también para valorizar la intervención que hasta estos momentos ha tenido la clase trabajadora a través de las diversas agrupaciones que la representan, dentro del proceso económico. Ha llegado el momento de hacer esta valoración, porque ya hay datos suficientes, experiencias valiosas que nos garantizan conclusiones de importancia para ajustar a ellas la marcha futura de la clase trabajadora de nuestra Patria.

La Revolución Mexicana no se propuso, en su inicio, un cambio fundamental en el régimen económico de México; fue un gran movimiento político, de las masas

---

Discurso pronunciado en la reunión inaugural del Congreso Económico de la CTM el 29 de enero de 1941. *El Popular*, 24 de febrero de 1941.

del pueblo, para derrocar la dictadura de Porfirio Díaz, con el propósito de lograr libertad para los ciudadanos de México, que les permitiera elegir de un modo libre a sus mandatarios. Pero, como acontece siempre en estos movimientos de importancia histórica, detrás de la protesta de carácter cívico se expresó la exigencia de carácter material, y al poco andar la Revolución, los que la guiaban conscientemente, o los que participaban en ella de una manera consciente, advirtieron que sin romper, sin destruir las bases sobre las cuales se asentaba el porfirismo, era inútil tratar de vencer al porfirismo como régimen de gobierno en el terreno exclusivamente cívico. Por esta razón la lucha revolucionaria empezó a ser una lucha valiosa en el momento mismo en que se dirigió a la destrucción de la estructura misma del régimen porfirista. Y lo que definía al régimen porfirista, esencialmente, era la organización semifeudal de nuestro país.

Fue siempre México, durante los siglos del virreinato, esencialmente un país dedicado a la agricultura. Durante el siglo primero de su vida independiente, siguió siendo también, de una manera principal, un país dedicado a labores agrícolas. El censo de 1930 señala estos números importantes: la población total de la República: 16.600,000 habitantes, población rural: 11.000,000; población económicamente activa, 5.200,000 habitantes; población dedicada a la agricultura, ganadería, caza y pesca: 3.600,000 habitantes. En otros términos, la población rural arrojaba el 66.53% de la población total del país, y el 70.20% de la población económicamente activa de toda la República.

Fue, era, sigue siendo México, en consecuencia, un país eminentemente agrícola; sin embargo, fue un país dentro del cual la mayoría de sus hombres dedicados a trabajar la tierra no eran propietarios de la tierra. Fue México un país que dedicaba el esfuerzo de la mayoría de sus hombres útiles a producir bienes que pertenecían a un grupo minoritario de la sociedad. Todavía en el año de 1923 más del cincuenta por ciento de las tierras de propiedad privada pertenecían a 2,700 individuos, con un valor, estas tierras, de la tercera parte del total de la propiedad rústica de la República; 114 propietarios eran dueños del veinticinco por ciento de todas las tierras laborables del país.

Así se explica cómo México tuvo durante largos años, por no decir durante largos siglos, el índice de concentración agraria más alto del mundo: 95.3 es el índice de concentración agraria para nuestro país, en tanto que otros países como Brasil, por ejemplo, con más de ocho millones de kilómetros cuadrados, dentro de cuyo territorio cabe cuatro veces la República Mexicana, tenía sólo un índice de concentración agraria equivalente a 83.6.

Estos números demuestran por qué causa la Revolución Mexicana fue, ante todo, una revolución agraria, una revolución antifeudal, una revolución en contra de los dueños de la tierra, una revolución en contra de los acaparadores de la tierra, una revolución en contra de la concentración de la tierra, una revolución en favor de la democratización de la tierra, una revolución en favor de la popularización de la tierra mexicana.

Todos los esfuerzos de la Revolución, comparados con éste, dirigido hacia la destrucción de la estructura del México porfiriano, han sido acciones, hechos, aspectos secundarios frente a esta fuerza dirigida a la destrucción del carácter semifeudal de nuestro país. Así se explica que de 1915, en cuyo mes de enero se expidió la primera ley agraria importante en la historia contemporánea, hasta el mes de agosto del año próximo pasado, de 1940, se hayan dictado 18,624 resoluciones presidenciales, para destruir el carácter semifeudal de México, beneficiando con ellas a 2.145,449 jefes de familia, resoluciones que comprenden una superficie total de 30.413,967 hectáreas de tierra.

Si la lucha en México ha sido, pues, fundamentalmente, una lucha en favor de la tierra para el pueblo, debería tener en cierto sentido las características de todos los movimientos antifeudales de la historia universal. La Revolución llamada francesa por motivos de su origen geográfico, pero que fue en poco tiempo una revolución universal, es la Revolución antifeudal de la historia humana; una revolución que en la Europa Occidental, primero, destruyó el feudalismo, la posesión de la tierra laborable en manos de los señores; que destruyó, en consecuencia, el régimen servil, el régimen de los siervos, agregados a la tierra de los señores, y que abrió las puertas para el comercio nacional, para el comercio internacional y para la libertad desde el punto de vista económico.

En algunos países la lucha antifeudal se hizo con fuerzas sociales propias, como en Francia. En otros países la Revolución antifeudal fue hecha por el ejército francés capitaneado por Napoleón Bonaparte. La burguesía europea, dueña de la naciente industria y del comercio, necesitaba destruir el feudalismo en todas partes, para poder llegar al poder político. Napoleón fue el instrumento al servicio de la gran burguesía europea para acabar con todos los restos del feudalismo en los pueblos de la Europa Occidental, y desde este punto de vista la obra de Napoleón fue, en su tiempo, una obra revolucionaria.

De Europa pasó a América el conjunto de principios liberales antifeudales, democráticos, de la burguesía naciente. En los Estados Unidos de Norte América no se operó una revolución antifeudal porque el país no tenía antecedentes de feudalismo. Las condiciones en que se desenvolvió la nueva nación fueron otras; pero en cambio, en donde sí hubo las características del feudalismo, como en la Nueva España, como en las demás colonias de España y de Portugal, dentro del Nuevo Mundo, la revolución antifeudal no alcanzó la fisonomía de la revolución antifeudal europea.

En México, como en otros países que lograron su independencia política al comenzar el siglo XIX, no fue aparejada la libertad política con la Revolución democrático-burguesa; fue menester esperar casi un siglo de consumada la libertad o la independencia política, para iniciar la revolución antifeudal. Para nosotros 1910 es el año en que comienza la revolución antifeudal. Justamente al celebrarse el primer centenario de la Patria comienza el cambio, la lucha en contra de los señores de la tierra, para entregar el principal instrumento de la riqueza pública al pueblo.

Seguramente por nuestra propia situación de país semicolonial, aparte de nuestro perfil de país semifeudal, la burguesía criolla, la burguesía mexicana, la burguesía nativa, no aprovechó ni ha aprovechado todavía la Revolución Popular antifeudal iniciada en 1910.

Esto no es un signo de contradicción; el hecho de que la burguesía mexicana no haya coadyuvado a la lucha antifeudal, inclusive para aprovecharla, como ocurrió en Europa, toda vez que, según he recordado antes la burguesía europea fue no sólo la que aprovechó, sino la que incitó, encabezó y dirigió la revolución democrático-antifeudal, no es contradictorio porque en México, independientemente de nuestra fisonomía feudal, fuimos durante siglos Colonia de España, y después, al conquistar nuestra independencia política, pasamos a ser una semicolonía de las grandes naciones del mundo, particularmente de los Estados Unidos de Norteamérica y de Inglaterra. ¡De colonia pasamos a semicolonía!; y en los países coloniales y semicoloniales, la burguesía nativa, la burguesía nacional, casi siempre juega un papel de aliado del imperialismo, a pesar de que los intereses de la burguesía nacional, en muchas ocasiones, están en contradicción con los grandes intereses del imperialismo.

A eso se debe que nuestra burguesía miope, ignorante, mal conducida, peor preparada para los cambios históricos, en lugar de haber ayudado al pueblo, a partir de Francisco I. Madero, a liquidar el feudalismo en nuestro país, haya luchado en contra de la Revolución, tratando de apuntalar el régimen feudal carcomido, porque es indudable que la Revolución Mexicana, esencialmente revolución agraria, revolución antimperialista, sin cambiar el régimen de la propiedad privada, habría de servirle al pueblo, pero habría de levantar grandes fortunas y fuerzas materiales para privilegio de la burguesía mexicana. Sin embargo, ésta no lo entendió y no acaba de entenderlo aún por torpeza, por ignorancia, por ineficacia.

Liquidar el feudalismo en México significa elevar el nivel de vida de las grandes masas campesinas, y elevar el standard de vida del principal sector del pueblo mexicano, es abrir la posibilidad para un desarrollo industrial importante en nuestro país. La burguesía mexicana, sin embargo —insisto en ello—, la burguesía propietaria de la industria, la burguesía propietaria del comercio, la burguesía propietaria de la banca y del crédito, no acaba de entenderlo todavía. No acaba de comprender que la única forma de que la industria nacional prospere, de que aumente el volumen de los negocios, de que aumente el intercambio comercial de México con otros pueblos de América y con otros pueblos del mundo, es aumentar el número de los consumidores de la industria nacional, desde luego en el territorio de nuestro país. No puede haber industria, no puede haber, en consecuencia tampoco comercio importante, no puede haber transacciones financieras importantes en un país desnutrido, con un nivel de vida abajo del punto normal de la subsistencia biológica.

Si la burguesía nacional quiere aumentar su campo de acción, tiene que identificar sus intereses forzosamente con los intereses de la Revolución, para acabar de liquidar el feudalismo en México. Si la burguesía nacional quiere aumentar su campo de acción en nuestro país, necesita, asimismo, luchar porque México sea un país más



independiente de lo que es hasta hoy, en el porvenir. Porque si la burguesía nacional desempeña el papel de simple apéndice del imperialismo y de la clase terrateniente, la burguesía nacional no podrá ser nunca una fuerza progresista ni en los destinos económicos, ni en los destinos políticos del país.

Ya se explicará entonces por qué el único esfuerzo importante que ha habido en México en favor del crecimiento de los negocios, en favor del desarrollo de la industria, en favor de la apertura de nuevas tierras al cultivo, en favor de nuevos transportes, en favor de la Escuela Nueva, en favor de todas las nuevas manifestaciones de la vida nacional, han sido esfuerzos exclusivos del gobierno, del gobierno revolucionario apoyado por los sectores más conscientes y más capaces del pueblo. Particularmente el período que acaba de concluir, del régimen de Lázaro Cárdenas, indica este afán, este esfuerzo trascendental de aumentar el volumen, las posibilidades de actividades productivas.

El presupuesto de gastos de la Nación en 1929, fue, en números redondos, de 276.000,000 de pesos; el de 1930, de 280.000,000; el de 1931, de 227.000,000; el de 1932, de 212.000,000; el de 1933, de 246.000,000; el de 1934, de 264.000,000 de pesos. En cambio, en el período de Cárdenas fue en 1935, de 331.000,000; en 1936, de 407.000,000; en 1937, de 479.000,000; en 1938, de 504.000,000; en 1939, de 570.000,000 de pesos. Deducidos de este presupuesto los gastos que no producen, ya se comprenderá cómo ha habido un positivo esfuerzo valioso del régimen revolucionario de nuestro país, por dedicar las sumas más grandes de dinero al desarrollo de la economía nacional.

Por contraste, las instituciones bancarias, las instituciones de crédito, han controlado sus fondos para mantener la misma política tradicional de no invertirlos nunca en la creación de nuevas fuentes de trabajo, y mucho menos en invertirlos en la producción de la agricultura, en el progreso del campo. El propio crecimiento del presupuesto federal, las grandes inversiones de dinero en nuevas fuentes de producción, permitieron a las instituciones de crédito, aumentar considerablemente sus propios recursos. En 1933 las instituciones de crédito mexicanas tenían controlados 626.000,000.00 de pesos; en 1939, a consecuencia del progreso general de la economía bajo el régimen del general Cárdenas, tenían controlados 1,329.000,000.00 de pesos; sin embargo, tradicionalmente los bancos de México, han invertido sus dineros en préstamos hipotecarios e inmobiliarios, y cuando se trata de préstamos de habilitación de avío y refaccionarios, sólo los han destinado a las prendas sobre artículos de consumo necesario.

Esta política de la burguesía nacional corresponde a una mentalidad típicamente feudal, a una mentalidad de la época de la colonia: empeños, pulquerías, tiendas de abarrotes. Cuando los préstamos de avío y refaccionarios comienzan a subir, no es, por cierto, porque las instituciones de crédito cambien de actitud, sino porque el Gobierno Nacional crea instituciones de crédito especiales para ir en ayuda de la producción del campo. En 1936, cuando se crea el Banco Nacional de Crédito Ejidal, los préstamos de habilitación de avío y refaccionarios de las instituciones de crédito

ascendían sólo a treinta y cinco millones de pesos; en 1939, por este concepto, las inversiones llegan a ciento cincuenta y un millones; pero son los bancos oficiales los que invierten su dinero en la creación de riqueza verdadera.

Pero para acabar de comprender la actitud de la burguesía nacional frente a la lucha en favor de la democratización de la tierra y en favor de la independencia nacional, es preciso todavía agregar algunos datos y conceptos. No se ha limitado nuestra burguesía nacional a no cooperar y a estorbar la lucha en favor de la tierra, sino que ha contribuido, como apéndice del imperialismo, a producir crisis económicas serias que tuvieron como finalidad el derrumbamiento del gobierno del general Lázaro Cárdenas.

Con motivo de la expropiación petrolera, la labor de boicot de las empresas expropiadas tuvo sus colaboradores, sus socios, sus fuerzas, que trataron de hacer más y más eficaz este boicot. En 1935 exportábamos 3.260,589 metros cúbicos de petróleo, con un valor de 154.000,000.00 de pesos; realizada la expropiación en 1938, nuestras exportaciones bajaron hasta 2.195,000 de metros cúbicos, con un valor sólo de setenta y nueve millones de pesos. Simultáneamente al sabotaje, si se quiere lógico de las empresas petroleras imperialistas, nuestra burguesía financiera respondiendo automáticamente a la misma consigna disminuye los recursos destinados al avío y refaccionamiento que de 95 millones de pesos que fue en el año 1937, bajan a 67 millones en el año 1938, año de la expropiación petrolera.

Por dondequiera, pues, la lucha en favor de una democracia económica y en favor de una independencia económica del país ha encontrado obstáculos. Los enemigos del programa agrario, los enemigos del progreso de la industria en México, los enemigos del alto standard de vida de la masa, son los culpables, únicos responsables de las crisis económicas y de la situación material en que todavía vivimos. No es la Revolución la culpable de las crisis, porque una Revolución que destruye el privilegio, el monopolio del instrumento por excelencia de la vida que es la tierra, para levantar la condición de vida de la gran masa de consumidores y de productores, no es una Revolución que pueda asfixiar a un país; es una Revolución que trata de destruir a un breve grupo, como detentadores indebidos de la riqueza nacional, para mejorar las condiciones de la gran mayoría. Y la prueba de que no ha sido la Revolución la que ha provocado la situación presente, es que, justamente en el período más álgido de la aplicación de la ley agraria, en el último quinquenio, el comprendido entre 1935 y 1939, cuando se dieron el mayor número de ejidos en la historia de México, y cuando lógicamente había de esperar un desequilibrio mayor de la producción agraria con el cambio de régimen, es cuando se ha producido como nunca y se ha sembrado como nunca también en la historia de México.

La estadística prueba y revela a la consideración del pueblo mexicano, estos hechos importantísimos: en el quinquenio comprendido entre 1930 y 1934, se dejaron de cultivar anualmente 70,090 hectáreas por diversos motivos; en el quinquenio de 1935 a 1939 no sólo se liquidó el déficit medio anual del quinquenio anterior, sino que se pusieron al cultivo nuevas superficies, 123,750 hectáreas. En el quinquenio

1930-1934, cuando hubo el déficit de 70,090 hectáreas no cultivadas, se entregaron un millón ochocientos treinta y cuatro mil ochocientos treinta y ocho hectáreas a los campesinos, que beneficiaron a 135,000 jefes de familia; en cambio, en el quinquenio de 1935 a 1939, cuando se entregaron nuevas superficies para el cultivo, y se cosecharon 123,000 hectáreas más, se entregaron 16.702,888 hectáreas, que beneficiaron a 884,347 jefes de familias campesinas.

Contra estos hechos no hay argumentos que valgan. En el período más álgido de la aplicación de la reforma agraria, es cuando más producción ha habido en el país, porque paralelamente, concomitantemente a la aplicación de la reforma agraria, el crédito empezó a dirigirse hacia la tierra trabajada por los campesinos colectivamente y a transformar nuestra técnica agrícola primitiva en una industria agrícola moderna.

Las obras de irrigación, verbigracia, el día último de diciembre de 1933, cuando se inició el régimen de Cárdenas, regaban apenas ochenta mil hectáreas; en julio del año de 1939 se regaban ya 782,274 hectáreas, 977 por ciento más respecto de 1933; y cuando se concluyan las obras ya emprendidas, se van a regar 996,337 hectáreas, o sea 1,423 por ciento más respecto de 1933. Irrigación, crédito, dirección técnica, están transformando la agricultura nacional y están, en consecuencia, apuntalando de un modo permanente la lucha antifeudal comenzada en 1910.

Pero sólo el gobierno, sólo él, con el apoyo de los campesinos más conscientes y de los obreros más capaces. Por eso la lucha, la oposición de la burguesía miope —como yo la he llamado—, torpe, y la oposición de los viejos hacendados contra los aspectos nuevos de la Revolución Mexicana, es una lucha, es una oposición cerrada, a muerte, porque saben bien que, dadas las nuevas orientaciones no es posible regresar al porfirismo, no es posible regresar a la época feudal.

De ahí la oposición a que los campesinos y los obreros intervengan en la economía del país. ¿Qué sería de un gobierno, por muy revolucionario que fuese, si no tuviera la correspondencia de los sectores del pueblo a los cuales va dirigida la acción bienhechora del propio Estado? Pero como ha respondido la masa campesina, y como ha respondido la clase obrera, el esfuerzo del Estado, del gobierno surgido de la Revolución, es un esfuerzo que va levantando una nueva economía nacional.

La reforma agraria tiene cuatro etapas distintas: la primera fue la etapa de la descentralización de la propiedad rural, ya analizada; la segunda etapa es la de la orientación del crédito ejidal, apenas iniciada a partir de 1936; la tercera etapa es la de la organización técnica de la producción, apenas comenzada también, y la última etapa es la de la planificación del desarrollo futuro de la agricultura, no comenzada todavía.

Las experiencias que hasta hoy hemos tenido han sido múltiples, y todas ellas muy valiosas, lo mismo las experiencias positivas que las negativas, y el objeto de este Congreso es saber por qué hemos tenido éxito en algunos lugares, y también saber por qué hemos fracasado en otros, con una finalidad positiva para el porvenir; no incurrir en errores, llenar lagunas y acelerar el proceso de la reforma agraria de acuer-

do con las cuatro etapas que acabo de señalar, porque del mismo modo que no es posible pensar siquiera en el regreso al pasado, no es posible tampoco pensar en permanecer como hoy. ¡No! La democratización de la tierra, la liquidación del feudalismo, que tuvo una finalidad política en 1910, tiene ahora una finalidad económica y social de consecuencias incalculables. El campesino mexicano del mañana no ha de trabajar sólo para poder vivir él; ha de trabajar para poder alimentar al pueblo mexicano entero, y para establecer las bases de una industria nacional próspera, que nos ha de garantizar en el porvenir la independencia económica y política cabal de la Patria Mexicana en sus relaciones internacionales. Esta es la gran tarea revolucionaria que deben cumplir los campesinos de México, y para ello es menester que el sector campesino cuente con el apoyo decidido del proletariado nacional.

A medida que la agricultura mexicana pasa de la etapa de la agricultura prehistórica casi, de la coa, para depositar en el agujero que ella hace unos granos de maíz, a la agricultura de las máquinas, de la dirección técnica, de los abonos y del crédito, los campesinos salvan la etapa feudal en que han vivido durante siglos y se incorporan en el proletariado, sólo que no en el proletariado clásico, sino en el núcleo de un proletariado que tiene a su vez la responsabilidad de una transformación económica completa de México.

Nosotros sabemos bien que la intervención de las comunidades agrarias, de los sindicatos obreros, la intervención de trabajadores en la economía nacional, no es una intervención revolucionaria en el justo sentido del término, porque con esa intervención no vamos a pasar del régimen capitalista al régimen socialista. ¡No! El cambio histórico ha de ser un cambio revolucionario, no un cambio jurídico; pero del mismo modo que se cumple en nuestro país la Revolución democrático-burguesa, se realiza una Revolución popular que va independizando a México como nación autónoma, y que va preparando a los obreros, dándoles experiencia para pasos más decisivos en el futuro.

Por eso hay que insistir en la participación de los trabajadores en la economía nacional. ¿En qué forma? Valorizada la experiencia, en esta asamblea lo habremos de declarar. Tratándose de los campesinos, ¿cuándo hay que trabajar colectivamente la tierra? ¿Cuándo de un modo individual, si en alguna forma o alguna vez la forma individual es aconsejable?

Los enemigos de la Revolución Mexicana han afirmado que el trabajo colectivo de los ejidos es una copia vil de lo que en Rusia se ha hecho, ¡y hay estúpidos que lo creen! ¡No hemos copiado a nadie! El trabajo colectivo en los ejidos es la vieja hacienda mexicana, nada más que sin hacendado; son los peones de ayer con un mayordomo propio y sin amo; eso es el ejido colectivizado.

La hacienda mexicana no era un conjunto de parcelas de peones; era una unidad productiva manejada desde arriba, con un plan, dentro del cual, cada peón tenía su función que cumplir. ¡Eso es el ejido colectivo en la actualidad!, la vieja hacienda. Sólo que para espantar aún, y para justificar el ataque a la Revolución, se habla de

que hemos copiado a la URSS. Entre la granja del Estado, la granja colectivizada en la URSS y el ejido trabajado colectivamente en México, hay una pequeña diferencia: la Revolución Rusa. ¡Nada menos que eso!

En México estamos apenas en una etapa ya calificada de Revolución antifeudal democrático-burguesa, y tratamos de hacer que nuestras viejas haciendas, las de los gachupines, las de los criollos, las de los pulqueros, las de los tenderos y empeñeros de ayer, sirvan al pueblo mexicano de hoy y de mañana.

Pero queremos precisar cuáles son las formas que en el porvenir debe adoptar el trabajo de las comunidades agrarias. Tratándose de los sindicatos obreros, queremos saber si conviene la administración obrera en las fuentes de producción y de los servicios públicos o en esta etapa de la evolución de México, en este punto en que se encuentra la lucha por la libertad del país, es preferible fortalecer la autoridad del Estado, fortalecer la intervención del Estado en la Economía Nacional, conservando los sindicatos su independencia como ligas de defensa económica de los trabajadores, y sólo cooperando con el Estado en la fiscalización eficaz de las fuentes de producción nacionalizadas, y en aquellas en las que el propio Estado intervenga.

Queremos saber también si debemos insistir en las cooperativas de producción y de trabajo, junto con el esfuerzo de los sindicatos, o si debemos sólo insistir en las cooperativas de consumo y no en las de producción, como norma general. Nuestra experiencia demuestra que en materia de salarios, de recursos económicos, si los sindicatos tienen cien, las cooperativas sólo tienen 45; en otros términos, que los cooperativistas sólo han logrado mantener el 45% de los salarios de la época en que eran asalariados, y que por lo que se refiere a estas prestaciones: jornada de ocho horas, pago del séptimo día, pago por diez días de vacaciones anuales, pago doble por tiempo extraordinario, pago doble por jornada nocturna, pago triple por trabajo en días de fiesta, pago por enfermedad del ochenta por ciento, pago por accidentes de acuerdo con la Ley Federal del Trabajo, pago por incapacidad, pago por despido y pago por defunción, los sindicatos logran noventa por ciento, mientras que las cooperativas logran catorce por ciento. ¿Qué clase de cooperativas debemos impulsar y cuáles no? ¿Qué forma de legislación hay que preferir también y sugerir al Gobierno, para que haya por lo menos una clasificación científica en la forma de intervención del Estado en la economía, y para la intervención de los trabajadores en la economía nacional también? Si algo hay que rectificar, ¡rectificarlo! Si algo hay que confirmar, ¡confirmarlo también!

El movimiento obrero con conciencia revolucionaria, que la CTM representa, cambia de conducta cada vez que su experiencia le aconseja cambiar de conducta, y cada vez que los hechos del exterior se transforman y están indicando una nueva táctica que es preciso emplear frente a ellos. Las formas rígidas, las formas permanentes, las formas a priori, son contra la naturaleza de las cosas, contra la verdad científica y, en consecuencia, contra el interés revolucionario.

Enmendar errores, llenar lagunas, trazar un camino claro y concreto para el porvenir, con el propósito de hacer que la Revolución Mexicana en sus dos aspectos prin-

cipales continúe, acelere su paso en beneficio de la riqueza nacional, del progreso de México, de la independencia de la Patria, es nuestro propósito. Desde que la CTM nació ha sido un factor de cooperación en favor de la Patria Mexicana; no de la Patria de Porfirio Díaz, sino de la Patria de los mexicanos, y seguirá siéndolo. Esta asamblea se ha convocado con ese alto propósito patriótico; el pueblo de México pronto conocerá sus conclusiones y confirmará el calificativo que nosotros nos damos a nosotros mismos, de ser los mexicanos más batalladores en favor de la riqueza, de la prosperidad y de la independencia de la Patria.

## Lo que vive y lo que ha muerto del pasado

—Sí, pero es un indio...

—Pues porque es un indio —contestó el porvenir.  
(Justo Sierra: "Juárez, su obra y su tiempo".)

Toda época de crisis, de quebranto económico o de lucha política, es un período de revisión del pasado y de planes para el porvenir.

Vivimos actualmente en una etapa de crisis en el mundo entero y, por tanto, en México también. Se halla en bancarrota en casi todas las naciones del mundo el régimen social que durante más de un siglo ha presidido la evolución histórica de la humanidad. Y esta crisis ha adquirido las características de hecatombe a consecuencia de la agresión brutal y salvaje de la última de las formas adoptadas por el régimen capitalista, el fascismo, en contra de los aspectos válidos de la civilización.

En México nos encontramos en crisis desde 1910. El pueblo se levantó al consumarse el centenario de la Patria y permanece erguido en contra de un largo pasado oprobioso, de un pasado feudal y de semi-independencia económica y política.

En la incertidumbre o ante el miedo de lo que ha de ser el futuro, algunos proclaman el mantenimiento del presente y otros llaman con vehemencia a los hombres y a las instituciones del pasado, en un afán póstumo de supervivencia para evitar el advenimiento del mañana; muchas veces los estertores de la muerte son movimientos más vigorosos que el empuje de la juventud.

Los que llaman al pasado no es que quieran, en realidad, revivir lo que ha desaparecido, porque saben bien que con los muertos no se ha hecho nunca la historia. Su empeño consiste en mantener lo que del pasado conserva algún aliento. Son revisionistas del presente, examinadores del momento que vivimos, para poder decir que nos basta para hoy y para mañana con las instituciones y con las ideas de ayer que siguen dirigiendo la vida de la sociedad.

Hay quienes desean la vuelta al pasado de un modo absoluto; los que quieren borrar la historia de México desde 1810 hasta hoy; los que estiman que lo único auténticamente mexicano fue el sometimiento de nuestros indios al conquistador español. Hay quienes desean la vuelta al pasado hasta 1910; los que creen que lo

---

*El Popular*, 6 de agosto de 1941.

mexicano consiste en el régimen de las haciendas, de las industrias en manos de extranjeros y de la ausencia de libertades individuales y colectivas. Hay quienes desean la vuelta al pasado hasta el día y la hora en que Lázaro Cárdenas se hizo cargo de la Presidencia de la República; los que quieren que la Revolución mantenga en su esencia el porfirismo y engañe al pueblo con el bálsamo de la demagogía.

Pero el pasado ha muerto. Ha muerto justamente lo que los revisionistas de hoy creen que vive y, en cambio, vive lo que ellos creen que ha muerto.

El virreinato ha muerto. La Iglesia terrateniente ha muerto. La Iglesia como factor político decisivo en el país, ha muerto. La escuela confesional ha muerto. La economía basada en las haciendas ha muerto. La industria considerada como privilegio de extranjeros ha muerto. La ausencia de derechos políticos ha muerto. El régimen de prohibición para el desenvolvimiento histórico del proletariado ha muerto. El complejo de inferioridad de los mexicanos expresado en la sumisión de los campesinos y en la pedantería ridícula de nuestra cursi y grotesca aristocracia, ha muerto.

La sangre de más de medio millón de campesinos, de obreros y de gentes de la clase media, muertos desde 1910 por defender la justicia y la libertad, despertó al pueblo entero y lo ha hecho, andando los años, más dueño de sí mismo y más resuelto que en los siglos de nuestra infancia.

Lo que no ha muerto del pasado es la miseria, la ignorancia y la injusticia en muchos sectores del pueblo. Este pasado vivo es precisamente lo que debe morir en el futuro. Los hombres de hoy, los que amamos a nuestro tiempo porque queremos un México mejor para mañana, luchamos por matar lo que del pasado vive, en tanto que los hombres de hoy que niegan el progreso y que carecen de verdaderos ideales, tratan de mantener lo que vive del pasado y de resucitar lo que ya ha desaparecido de modo irremediable.

Es inútil levantar la bandera de la hispanidad a esta altura en que se halla la vida de México. La hispanidad como la entendió el imperio español del siglo xvi y como la entiende actualmente el fascista Francisco Franco, está bien muerta en la conciencia de los mexicanos. Los mexicanos de hoy somos hombres de América, no de España, y porque somos de América somos del mundo que va a venir y no del mundo enterrado venturosamente para siempre.

Es inútil denigrar la obra de Benito Juárez, pretendiendo la resurrección de la enseñanza religiosa. El Estado mexicano de hoy ya traspuso hace tiempo la superstición religiosa y el laicismo, y es fuerza militante al servicio de la justicia social.

Es inútil insistir en la explotación imperialista de nuestros principales recursos materiales, coexistiendo con una pobre e ignorante burguesía criolla dueña de las hipotecas, de los alquileres y de la usura. México empieza a desarrollar su propia economía y, con ella, a fortalecer su independencia cabal para el porvenir.

Es inútil pensar en la simultaneidad del latifundio, de las viejas haciendas con su sedicente aristocracia imitadora ridícula de las rancias aristocracias extranjeras, feroz, con los indios y servil con los poderosos, y de los ejidos creados por la Refor-



ma Agraria. La economía mexicana del porvenir ha de apoyarse en la agricultura científica de nuestros indios y de nuestros mestizos.

Es inútil implorar con lágrimas fingidas protección para el capital privado, dueño de las industrias, en detrimento de la vida física y moral de la clase obrera. La lucha de clases es el motor de la democracia auténtica, y el proletariado es el río que limpia al pueblo de sus dudas, de sus temores y de sus desesperanzas.

Es inútil pensar en el progreso de México sin los indios. O México se salva con sus indios o perece con ellos. Cuando los indios mexicanos sean factores principales en la producción económica nacional, habremos recorrido más de la mitad del camino de la independencia completa de la Patria.

Hernán Cortés, Agustín de Iturbide, Antonio López de Santa Anna, Maximiliano de Habsburgo, Porfirio Díaz, Victoriano Huerta, están bien muertos porque son símbolos del pasado que no puede volver. En cambio, Cuauhtémoc, Miguel Hidalgo y Costilla, José María Morelos, Benito Juárez, Ricardo Flores Magón, Francisco I. Madero, Emiliano Zapata, Francisco Villa, Venustiano Carranza, Alvaro Obregón, alienan en la conciencia del pueblo porque son símbolos de un México entusiasta y fuerte.

El mundo futuro que la guerra está engendrando, ha de ser un mundo fresco, juvenil, alentado por una democracia verdadera basada en la justicia social, que ha de tomar del pasado lo que del pasado vive, para transformarlo en presente, y que ha de abrir horizontes ilimitados para los hombres que crean en el progreso dramático de la historia.

Los sinarquistas, los falangistas, los nazis, los fascistas, son los enemigos del pueblo. Frente a ellos los hombres bien nacidos de México honramos la memoria de Benito Juárez, el demoledor del régimen virreinal, el antiimperialista que hizo y vio fraguar la Patria en medio de una de las más grandes tempestades de la historia de América.

## En qué consiste la democracia mexicana y quiénes son sus enemigos

Este es un banquete de solidaridad revolucionaria, es decir, es una reunión de unidad, un motivo para juntar lo disperso, independientemente de la tarea particular y concreta que las instituciones y los hombres realizan de acuerdo con su estatuto, con su programa específico. Y es importante que se lleve a cabo este acto, porque si la unidad es aconsejable en todos los tiempos, en las circunstancias en que México se halla, la unidad es imprescindible y urgente. No es que el sector revolucionario de México esté desunido; es que a veces acontece que, tras de una gran victoria, los triunfadores o se dividen u olvidan las tareas que es necesario cumplir para el futuro. Al sector revolucionario de México le pasa hoy una cosa importante de analizar: creyó que después de los últimos años de lucha, habría de continuar con el mismo ritmo que la Revolución Mexicana, de una manera simplemente mecánica, independientemente de las circunstancias interiores y del panorama internacional. Y ésa ha sido una falsa cuenta, porque coincidió el cambio de gobierno en nuestro país, con un cambio profundo en las relaciones internacionales, no sólo entre México y el resto de la tierra, sino principalmente entre las grandes potencias del planeta.

La guerra, en la que casi todos los pueblos se hallan enfrascados, no es un acontecimiento de segunda importancia: es el acontecimiento más grande de todos los siglos, de tal manera que, independientemente de causas domésticas, el solo hecho de su existencia bastaría, como ha acontecido, para transformar el ambiente propio de las luchas cívicas, sociales, económicas e ideológicas de nuestro país. Lo que importa, en consecuencia, no es sólo realizar la unidad sino, como se ha dicho muy bien aquí mismo, unificarnos, juntarnos, reunirnos para definir, por qué motivo, por qué causa debemos estar unidos, y cuáles deben ser los propósitos de nuestra unidad. Y sólo un ideal, un ideal superior, es decir, un ideal histórico, hace posible la unión, no sólo entre los hombres —si éstos quieren proponerse tareas trascendentales—, sino principalmente entre las agrupaciones formadas por los hombres. ¿Cuál puede ser ese

---

Discurso pronunciado ante los intelectuales revolucionarios en un acto de solidaridad. *El Popular*, 13 de noviembre de 1941.

ideal en esta hora, en este año, frente a los acontecimientos que todos estamos siguiendo con tanta pasión, con tanto interés?

Para nosotros, los miembros de la Confederación de Trabajadores de México, el ideal es único; un solo ideal deben perseguir en las actuales circunstancias todas las instituciones, todos los hombres del sector revolucionario de nuestro país: el mantenimiento de la democracia, tanto dentro de México como en el orden internacional. Es precisamente éste el motivo, a nuestro juicio, la razón principal de este banquete, de esta reunión.

¿Qué es la democracia? ¿Por qué vamos a defenderla aquí y fuera de México? Tanto se ha hablado de ella, tanto se dice de la democracia todos los días, en labios nuestros, en labios de los enemigos, que a veces los conceptos pierden su verdadera característica a fuerza de usarse y, diría yo, de mal usarse. Si nuestro ideal es el ideal de la defensa de la democracia, en el orden interno de la vida de México y en el orden internacional, es menester que precisemos qué debemos entender por democracia.

Ante todo, la democracia debe ser entendida, como ocurre con todos los regímenes políticos, con todas las formas de gobierno, como un artificio, como un instrumento, como un medio, no como un fin. La democracia es una forma especial de gobierno para proponerse algo, para conseguir objetivos precisos, concretos. En el orden nacional, la democracia ha perseguido siempre, particularmente en los últimos años, hacer partícipe al mayor número de hombres de cada país, de los derechos fundamentales que garantizan y hacen aceptable la vida: derechos económicos, derechos políticos y derechos culturales. En el orden internacional, la democracia se propone alcanzar para cada país del mundo en sus relaciones internacionales, un sitio que corresponda a una entidad que tenga el derecho de darse a sí misma la orientación que considere conveniente a sus intereses y a sus ideales. Es la democracia, en consecuencia, en el régimen interior de cada país, particularmente en el nuestro por los perfiles de la Patria mexicana, un régimen de gobierno construido por el pueblo para conseguir para la gran masa de los mexicanos el derecho a la tierra, el derecho al trabajo y el derecho a la cultura. Y en el orden internacional, para México la democracia significa lograr para nuestra Patria, libertad verdadera, independencia cabal en el orden político y en el orden económico.

Así entendemos el propósito de la democracia: como un instrumento de gobierno, y lo entendemos así, porque si bien es verdad que la democracia es aspiración suprema de toda la historia de México, cuando alcanza sus perfiles mejores, cuando viene a precisarse de una manera auténtica, es al iniciarse el movimiento social que llamamos nosotros mismos la Revolución por excelencia, la Revolución Mexicana.

El porfirismo no fue un régimen democrático, no porque Porfirio Díaz haya proscrito del Estatuto de la nación mexicana el régimen republicano y democrático, sino porque la realidad mexicana era muy diversa a la declaración de principios de la organización del Estado; porque, además, la situación especial de las masas populares distaba mucho de ser, durante el régimen de la dictadura, un régimen de libertad. En el porfirismo la democracia económica se hallaba en una situación de positivo

fracaso: la tierra en 1910 no era de las grandes masas del pueblo; 834 señores feudales tenían derecho de vida y muerte sobre 3 millones de campesinos, de jefes de familia; es decir, un grupo brevísimo de señores feudales gobernaba a la nación mexicana: de un modo directo mandaba sobre 10 millones de seres humanos. Por lo que toca a la democracia como derecho al trabajo, los salarios de los peones rara vez subían de 4 pesos al mes; durante la dictadura oscilaban entre 10 y 20 centavos diarios; los artesanos y los obreros poseían salarios de 50 centavos y de un peso, como máximo. Mientras en otros países del mundo, durante un lapso de tiempo parecido al de la "democracia porfiriana", los salarios subían de un 28 hasta un 133 por ciento, en ese mismo período en México los salarios permanecen los mismos, y mientras afuera de nuestro país los precios bajan en proporción al alza de los salarios, y a veces en proporción mayor todavía, en México, en cambio, los precios suben, mientras los salarios permanecen iguales. Esta situación de desequilibrio gravísimo para la vida mexicana tenía que producir como resultado final la lucha iniciada en 1910.

Por lo que hace al derecho a la cultura, todos sabemos que al concluir el régimen de la dictadura, el 70% de la población de México era analfabeta, y en cuanto a derechos políticos, no es el juicio de los revolucionarios sino las propias declaraciones del general Porfirio Díaz, las que definen la situación que vivía nuestra patria. En aquellas famosas declaraciones, producto de la entrevista concedida a un periodista norteamericano llamado Creelman y publicada en el mes de marzo de 1908 en el "Pearson Magazine", el general Díaz declaró textualmente: "Hemos observado la forma republicana y democrática de gobierno. Hemos preservado la teoría, conservándola intacta. Sin embargo, hemos adoptado una *política patriarcal* en la actual administración de los negocios de la nación, guiando y *restringiendo las tendencias populares*, con una fe completa en que una *paz forzada* permitiría la educación y a la industria y al comercio desarrollar elementos de estabilidad y unidad en un pueblo que es, por su naturaleza, inteligente y sensible". En resumen, sobre la democracia durante el régimen porfirista podemos decir que no existían derechos económicos ni sociales. Fue aquél un régimen típicamente feudal. Etapa de servilismo, de salarios de hambre para los obreros, de ausencia completa de derechos políticos. Democracia teórica, dictadura práctica.

Por eso es menester que hoy precisemos qué debe entenderse por democracia. El régimen de Porfirio Díaz, de acuerdo con la ley, fue un gobierno democrático; de acuerdo con la realidad, fue un gobierno tiránico, dictatorial, opresor, conculcador de los derechos fundamentales de los hombres, de los derechos fundamentales del pueblo.

La Revolución Mexicana, como reacción popular en contra de la dictadura de Porfirio Díaz, ha sido siempre, lo seguirá siendo por muchos años todavía, esencialmente un gran movimiento democrático. Democracia y Revolución Mexicana son lo mismo. Ha querido la Revolución darle al pueblo lo que el pueblo jamás tuvo en sus manos; darle al pueblo los derechos de que jamás hizo uso, comenzando por los

derechos fundamentales, los derechos económicos, muy principalmente, como tenía que ocurrir en un país como el nuestro, el derecho a la tierra. Del 6 de enero de 1915 en que se expidió la Ley que lleva como nombre esa misma fecha, al 31 de agosto de este año de 1941, se han dado 16,623 posesiones ejidales definitivas, que amparan a 30.088,843 hectáreas de tierra, que benefician a 1.678,473 jefes de familia campesina, lo cual significa que ha amparado la Reforma Agraria, hasta hoy, a 8.392,365 hombres, mujeres y niños campesinos de México; es decir, el 63% de la población campesina ha sido dotada de tierras por la Revolución, democratizando lo que era privilegio de una minoría.

En cuanto al trabajo, al derecho al trabajo, y esencialmente a lo que caracteriza las relaciones entre obrero y patrón, no es el salario ya el resultado del convenio libre entre patrón y obrero: el salario mínimo se impone por la ley; los salarios progresivos para obreros y trabajadores calificados, también tienen normas, y la generalización de los salarios para cada rama de la industria o de los servicios públicos, en virtud de los contratos colectivos obligatorios que a veces llamamos contratos-ley, determinan y sintetizan la democratización del derecho al trabajo realizado después de la dictadura de Porfirio Díaz.

En cuanto toca a la cultura, del porcentaje de analfabetas en la población de México al concluir el porfirismo, hemos llegado al año de 1930 con 59% de analfabetismo en la población del país. Durante el porfirismo sólo había posibilidades de educación para 3,080 habitantes cada año; la Revolución, en cambio, ha aumentado las posibilidades de cultura para 72,334 personas cada año. Mientras la dictadura fundaba poco más de una escuela cada 3 días, la Revolución ha establecido casi dos escuelas diariamente. Y en cuanto a las libertades cívicas, baste decir que la democracia en México es tan real, que hemos llegado a reconocer como un derecho el de negar y combatir a la propia democracia. No se puede pedir mayor prueba de la existencia de un régimen de libertades ciudadanas.

Por lo que toca al ideal democrático de México en la vida internacional, es menester también recordar las condiciones de nuestro país durante la dictadura: concesiones al capital extranjero; ferrocarriles, minas, petróleo, tierras, en manos de extranjeros; una deuda internacional inacabable y cada vez mayor, con la presión diplomática constante, sistemática, a veces agresiva, para obligar al gobierno de México a ceder ante las pretensiones, no de las naciones extranjeras, ni particularmente de la gran nación americana, sino de los intereses privados imperialistas del país vecino.

La sublevación encabezada por Francisco I. Madero, la Revolución Mexicana, es también en este sentido un proceso de democratización de las relaciones internacionales de nuestro país. Yo quiero recordar en esta reunión un manifiesto de don Francisco I. Madero expedido en Ciudad Juárez, el 26 de mayo de 1911, a propósito de una visita de capitalistas de Wall Street que le ofrecieron pagarle su campaña presidencial. Declaró Madero entonces: "Represento al partido que lucha en México contra los *trusts* y los monopolios. ¿Cómo pueden ustedes suponer un solo instante

que yo accedería a sus demandas e imponer nuevos yugos de esas instituciones a mi país? En cuanto al dinero que me ofrecen, no lo puedo aceptar, ni lo necesito”.

La Revolución, más tarde, oyendo las peticiones, las necesidades más apremiantes de las masas de nuestro país, en la nueva Carta Política de México, la de 1917, estableció principios que significan pasos de importancia para lograr la independencia cabal de México. El Artículo 27 no sólo —es preciso volverlo a recordar aquí también—, no sólo habla de las dotaciones de tierra, ni de las reivindicaciones de la tierra de los pueblos; habla también de algo acaso más importante todavía: la reivindicación del subsuelo, de las tierras todas, de todas las aguas, para la nación mexicana como patrimonio indivisible, fuera del comercio, y también el principio, el derecho de la nación de imponerle a la propiedad privada las modalidades que indique el interés público.

Este principio es, indudablemente, un principio que va en apoyo de la independencia de nuestro país como tal, en sus relaciones internacionales; sólo así se concibe que la Reforma Agraria haya podido, de acuerdo con nuestra soberanía, no sólo aplicarse a las tierras de los mexicanos para dotar a los campesinos del instrumento fundamental para su vida, sino que se haya aplicado también a los extranjeros, y particularmente en la última etapa en que la agricultura próspera de nuestro país, casi toda ella en manos de extranjeros, pasó a poder de los campesinos. Sólo así se explica también que dentro del proceso de emancipación de México creado por la Revolución, se hayan podido realizar actos como la nacionalización de los Ferrocarriles de México, la expropiación del petróleo, y que se haya conseguido para siempre el respeto del capital extranjero a la legislación del trabajo.

Por último, dentro de este proceso de conseguir una mayor democratización en la vida internacional de nuestra Patria, México ha logrado en el concierto internacional un respeto de que jamás había gozado. Desde la agresión a Etiopía, desde la agresión a España, hasta hoy, la voz de México ha sido escuchada y respetada mundialmente; esto se debe al esfuerzo, a la obra de la Revolución Mexicana, al grado de personalidad y, consecuentemente, de independencia de que nuestro país disfruta.

El pueblo de los Estados Unidos ha empezado a entender ya que una es la relación de pueblo a pueblo, que una es la relación de gobierno a gobierno, y que otra muy distinta es la relación del pueblo de México, de la nación mexicana, con el imperialismo yanqui. ¡Qué distancia tan grande nos separa de la actitud misma del gobierno de los Estados Unidos en aquellos días negros de la muerte del Presidente Madero a los días de hoy! ¡Quiero recordar una frase, muy interesante también, del embajador Henry Lane Wilson en aquella reunión que la historia ha llamado “El Pacto de la Embajada de los Estados Unidos”, cuando el chacal Victoriano Huerta había aprehendido al Presidente Madero. Huerta comunicó el 18 de febrero de 1913 al embajador Wilson, que había detenido al Presidente y al Vice-Presidente de la República, y le pidió su colaboración para acabar de cumplir su obra. Algunos de los diplomáticos de otros países, reunidos en la embajada de los Estados Unidos, protestaron, y otros comentaron de un modo acre la situación, cuando el embajador

Henry Lane Wilson tuvo esta frase: “Esta es la salvación de México. En lo adelante habrá paz, progreso y riqueza”.

He recordado estas palabras, porque quiero recordar también las palabras pronunciadas por el embajador Josephus Daniels, hace unos cuantos días apenas, en el banquete que le ofreció la Secretaría de Relaciones Exteriores el viernes 7 de este mes de noviembre, para despedirlo de su cargo de representante de los Estados Unidos en nuestro país. El embajador Daniels dijo: “En esta época en que la humanidad se desplaza, en todas partes, hacia un sistema social mejor, es muy satisfactorio, que, como nunca antes en el pasado, los Estados Unidos de América y los Estados Unidos Mexicanos hagan frente a los cambios necesarios sin adhesiones serviles ni a los precedentes, ni a la tradición”. . . . “Juntos, hoy en día —agregó el señor Daniels— contemplamos el camino real que conduce a condiciones mejores de vida, oportunidades más amplias, salarios más justos, alojamientos más decentes, la posesión de la tierra por mayor número de hombres que la cultivan ellos mismos, la educación generalizada, expresada materialmente por la construcción de miles de escuelas rurales, en donde se prepara a los jóvenes para una vida útil y el desempeño de sus obligaciones cívicas, la construcción de buenas carreteras y el ensanche de los proyectos de irrigación, todo ello robustecido por la libertad sagrada de pensar, de hablar, de escribir, de imprenta y de conciencia.” Y por último, esta frase muy interesante en labios del embajador de los Estados Unidos: “Hay en cada generación hombres a quienes se tilda de extremistas y radicales porque no están dispuestos a vivir en un mundo estático” . . .

La democracia mexicana ha caminado, pues, victoriosa durante treinta años. A veces dando pasos gigantescos; a veces pasos breves; a veces se ha detenido; a veces, inclusive, ha dado la impresión de que retrocede; pero el saldo es un saldo positivo, valiosísimo, trascendental. Sin embargo, la Revolución Mexicana no ha concluido todavía con su programa ni con su propósito histórico; muy lejos se halla aún la Revolución de haber satisfecho sus mejores propósitos y los mayores anhelos de nuestro pueblo. Tenemos todavía dos millones de indígenas que no hablan español, cuya economía consuntiva para consumo propio, los aparta de un modo real de la convivencia del pueblo mexicano. Todavía tenemos muchos pueblos sin tierras; hay aún grandes latifundios en pie; pululan por doquier los caciques, los que siempre han martirizado y coaccionado al pueblo en sus bienes materiales, en su conciencia y en sus derechos políticos. Tenemos también siete millones de analfabetas que no reciben ningún servicio escolar. La situación biológica de nuestra raza no es de privilegio: mientras en el Canadá mueren por cada 1,000 que nacen 8 nada más; mientras en el Uruguay mueren 10 por cada 1,000 nacidos, en México mueren 23. Y respecto de la mortalidad infantil, en tanto que en el Canadá solamente mueren 69 niños de cada 1,000 que nacen, en México mueren 129. Sólo hay 24 museos públicos y 197 bibliotecas en toda la nación mexicana; en cambio hay todavía 33,000 expendios de bebidas embriagantes.

Hemos progresado en salarios. He dicho antes que no es ya el salario el fruto del libre mercado del trabajo humano; sin embargo, tomando como base, como punto de comparación igual a 100 el año de 1934, en agosto de este año de 1941 el costo de la vida era de 161; tenemos un desequilibrio de más del 50% de los salarios reales del país. Y por lo que toca a la conquista, al mantenimiento y al porvenir de la democracia en México, apreciada en su conjunto, tenemos que declarar, sin alzar la voz, sin grandes ademanes, sin subrayar de un modo patético la vida que estamos llevando, que toda ella, que toda la obra de la Revolución, que todo este esfuerzo por democratizar, por llevarle al pueblo de México los beneficios de la cultura, de la libertad, de la justicia, del progreso económico, se halla en peligro. La Revolución Mexicana, la democracia mexicana, se halla en peligro.

Esta no es una afirmación gratuita. Es el reconocimiento de hechos incontrovertibles que personalmente he analizado yo en los últimos meses, en las últimas semanas, de un modo amplísimo, en diversos actos de carácter público. Se halla amenazada la democracia mexicana por dentro y por fuera, como se halla amenazada la democracia en todos los países en donde existe con mayor o menor vigor, con mayor o menor realidad, también por dentro y por fuera. Está amenazada la democracia mexicana por dentro, porque aquí tenemos partidos enemigos de la democracia, de la democracia como teoría universal de gobierno y de la democracia como realidad propia de nosotros. Todo el mundo sabe que los grupos fascistas de nuestro país, los partidos que podemos llamar anti-democráticos, contra-democráticos, son el partido llamado "Nacional-Sinarquista", y el partido de los intelectuales que elaboran la teoría fascista y que han titulado "Acción Nacional", más los grupos de terroristas de diversos nombres, desde los "Camisas Doradas" hasta otros menos conocidos. Y está amenazada esta democracia mexicana desde afuera por los mismos países que luchan en estos momentos con las armas en la mano, en contra, no sólo de la democracia europea, sino de la democracia mundial.

Estamos amenazados, desde afuera, por los nazis, por los fascistas y por los falangistas españoles. Estos partidos tienen en México grupos, sucursales o agencias, con el mismo nombre, que actúan de un modo tenaz, inteligente, con grandes recursos materiales, con enormes recursos de publicidad y bien unificados con los elementos típicamente clericales y conservadores, con los enemigos históricos del progreso de México. Todas estas fuerzas de adentro y de afuera se han conjugado para atacar a la democracia.

¿Qué es lo que persiguen? ¿Por qué niegan la democracia? Porque ellos reconocen un "nuevo orden" para México y un "nuevo orden" para el mundo. ¿Y en qué consiste este nuevo orden? Por lo que toca a la democracia política, ellos se declaran sus enemigos: ellos no quieren un orden, un gobierno basado en la voluntad de las mayorías, en las masas; no quieren un gobierno de abajo para arriba; quieren la contrapartida: un gobierno de arriba para abajo; un gobierno que comienza con el Jefe y termina con el último de los siervos; un gobierno que impone la voluntad del superior, del Jefe; un gobierno sin límites en su poder y sin posibilidad de



recibir censuras. Por lo que toca a la democracia de la tierra, el espíritu de la Revolución Mexicana, el partido de la antidemocracia en nuestro país quiere borrar la democracia de la tierra; considera que la mejor época de nuestra historia, por lo que ve a la situación social de la masa campesina, es la época del Virreinato, cuando los encomenderos, que recibieron la encomienda de hacer ingresar en la fe católica las almas de los indios mexicanos, olvidaron esta tarea y se dedicaron sólo a los indios mexicanos, con alma o sin ella. No hay el deseo de que la democracia mexicana, por lo que toca a la popularización, a la socialización, a la nacionalización de la tierra, se mantenga.

Por lo que ve a la democracia del trabajo, al derecho de asociación, al derecho de huelga, al derecho de fijar salario remunerativo del esfuerzo humano, también es el partido de la anti-democracia en México enemigo de la situación creada; quiere que volvamos a la época de los gremios, de las cofradías, a una nueva época de paternalismo, para emplear las palabras de don Porfirio Díaz: paternalismo, gobierno paternalista, con el fin de que no se imponga el trabajador ni exija derechos, sino que obedezca sin discutir.

Por lo que se refiere a la democracia cultural, borrar asimismo la obra de la Revolución; hacer de la escuela no un instrumento al servicio del pueblo, no una escuela al servicio de la ciencia para orientar con ella la conciencia popular, sino al servicio de la clase dominante; volver al sectarismo religioso, a la confusión. Y finalmente, por lo que toca a la democracia internacional, al respeto de México, a la soberanía nacional intangible, el partido de la antidemocracia en nuestro país quiere que nosotros nos sometamos. "Hay que reconstruir el Imperio español del siglo xvi"; "hay que volver a la cuna de la hispanidad", no a la cultura imperecedera e inmarcesible de la España inmortal, no; no a la España Republicana tampoco; quieren que vayamos a la España del traidor Francisco Franco, es decir, quieren que vayamos por el conducto de una falsa hispanidad risible y grotesca, al seno de Hitler. Eso es lo que persiguen los partidos de la antidemocracia en nuestro país.

Por eso, camaradas y amigos, hemos llegado a una situación grave, y claro que ello debe ser el motivo fundamental de la unión del sector revolucionario. Sin olvidar los fines trascendentales, históricos, para el futuro mediato de la Revolución Mexicana, en estos momentos hay sólo una tarea principal, que dividirá a los mexicanos en dos frentes: los partidarios de la democracia y los enemigos de la democracia. ¿Quiénes integran estos dos bandos, estos dos frentes, estos dos grupos? El sector revolucionario de México es el que defiende a la democracia mexicana, a la democracia surgida de la Revolución, como lo he recordado hoy: democracia antifeudal, democracia anti-esclavista, democracia antiporfirista, democracia antimperialista, democracia de unidad internacional de todos los pueblos del mundo con México; democracia de respeto a la soberanía de todas las naciones, pero democracia que quiere llevar una vida mejor para las grandes masas de nuestro país, y lograr un gran respeto, intocable, para la nación mexicana vista en su conjunto.

Los del otro lado integran el frente antidemocrático: los enemigos tradicionales de nuestro país, los sectores más atrasados del clero, los eternos enemigos de las libertades. Estos que durante varios siglos —los del virreinato, y de breves períodos de la vida del México independiente— gobernaron de un modo directo o indirecto, de una manera sectaria, imponiendo dogmas y principios políticos, ideas filosóficas, contra la conciencia de las gentes, ahora claman por la libertad. Los latifundistas afectados por la Reforma Agraria, los hacendados, los agentes del imperialismo extranjero, los afectados por las múltiples leyes surgidas de la Revolución, y los políticos puestos al margen de la lucha por el pueblo, y finalmente los que han claudicado, aunque hayan servido de un modo transitorio a la Revolución con las armas o con las ideas, éstos son los que en nuestro país forman el frente antidemocrático, con la ayuda del exterior. Es un hecho que la Falange Española tiene ligas públicas, visibles, innegables, con el Partido Nacional-Sinarquista y con “Acción Nacional”. Basta hojear el órgano del Partido Nacional-Sinarquista; basta ver quiénes escriben ahí, y luego ver quiénes defienden a la Falange Española, para tener una prueba plena de estos vínculos, si no fuera porque todo el mundo lo sabe, y ellos mismos lo gritan a voz en cuello.

Los dos frentes: el que defiende la democracia mexicana, y el que defiende la antidemocracia mexicana son incompatibles. Nosotros los revolucionarios no queremos que la República democrática de México, con treinta años de esfuerzo del pueblo, sea reemplazada ahora por la República Sinarquista.

No somos demagogos, somos servidores de nuestro país en esta etapa de su evolución histórica, con la experiencia propia y colectiva de nuestro pueblo, con la experiencia ajena de otros pueblos y de otros hombres, y con la experiencia internacional.

Sin embargo, nos han llamado en los últimos días “demagogos”. ¿Por qué? ¿Qué es, en primer lugar, la demagogia? Hay palabras, como la otra ya analizada, la palabra democracia, que a fuerza de gastarse llegan a carecer de uso, llegan a carecer de poder de exaltación. ¿Qué quieren dar a entender nuestros enemigos con la palabra “demagogia” cuando nos la atribuyen como propósito de nuestra conducta? ¿Una forma de gobernar al margen de las leyes? Nadie ha pensado eso en México; los revolucionarios no hemos pensado en un gobierno al margen de las leyes, porque precisamente es la Revolución Mexicana la que ha hecho las leyes que hoy están en vigor, y ellos son, los enemigos de la Revolución, los que no quieren que las leyes se cumplan. ¿Cómo vamos nosotros a hacer demagogia, cuando defendemos el Artículo 3º de la Constitución?

La Constitución, como dicen los tradicionalistas ingleses —los publicistas ingleses, para emplear un término estrictamente castizo—, la Constitución es la ley suprema de la tierra en cada país, y en México también lo es. La Constitución vigente en México, expedida por el Congreso Constituyente, y que entró en vigor a partir del primero de mayo de 1917, es la suprema ley para todos los mexicanos y para todos los extranjeros que quieran tener relaciones con los mexicanos y con la Patria mexicana. La Constitución se impone, pues, a todos, a los revolucionarios y a los no revo-

lucionarios, a los demócratas y a los antidemócratas. Es por ello que cuando el sector revolucionario defiende la Constitución vigente no hace demagogia; quienes quieren vivir al margen de la ley, de la Constitución, son los enemigos de la Constitución, los fascistas, los enemigos de la Revolución Mexicana.

¿Qué quieren entender, o dar a entender, o decir que entienden por demagogia nuestros enemigos? ¿“Dominación tiránica de la plebe”, como decían los patricios hace algunos años, para emplear el término despectivo que se usó en el Imperio Romano para hablar del pueblo? No. Nosotros no deseamos el gobierno tiránico de la plebe; lo que deseamos es lo que ya tenemos: el gobierno de las mayorías del pueblo mexicano, con el derecho bastante para hacer respetar sus propios ideales. No queremos, pues, un gobierno tiránico “del populacho, de los desarrapados, de la plebe”. ¿Qué querrán, entonces, dar a entender? ¿Qué entenderán por demagogia nuestros enemigos, cuando nos atribuyen esta finalidad? “¿Una forma impura del gobierno democrático?” Quiero recordar ahora mismo la definición o el concepto clásico de demagogia, el de Aristóteles: “una forma impura del gobierno democrático, es decir, cuando este gobierno se ejerce en provecho de una muchedumbre indisciplinada”. Tampoco cabe esta acepción clásica de la demagogia, porque la Revolución Mexicana y los revolucionarios mexicanos no queremos un gobierno en beneficio de las masas indisciplinadas; lo que queremos es el mantenimiento de las ideas y de los ideales vivos de ayer, y la garantía de que hemos de seguir luchando por ampliar estos mismos ideales de nuestros antepasados.

Si, pues, defender la democracia creada por la Revolución Mexicana es hacer demagogia, nosotros, los miembros de la Confederación de Trabajadores de México nos declaramos demagogos desde este momento. Pero no hacemos demagogia; hacemos obra de verdad, obra de realidad, obra de justicia, y principalmente, obra de lealtad. Hemos llamado a la unificación. Volvemos hoy a llamar a la unidad nacional. La unidad nacional se impone en esta hora crítica para México. Unidad no sectaria, unidad amplia, unidad amplísima. Llamamos a la unidad a todos, sin excepciones, sin importar qué teoría política sustenten; no importa su credo religioso, no interesa saber cuál es el estado de su fortuna; tampoco si son comerciantes, industriales, banqueros o agricultores. Llamamos a la unidad a todos los hombres y a todas las mujeres mexicanos que piensen en que es preciso robustecer el frente de la democracia y liquidar el frente enemigo de la democracia, tanto en México como fuera de nuestro país. Esa es la condición, porque sería absurdo tratar de unir a los fascistas con los antifascistas; a los demócratas y a los enemigos de la democracia. La tarea principal en México es ésa: deslindar los campos, robustecer el frente que garantiza el mantenimiento de la Revolución. Y para ello, nosotros queremos tender la mano lealmente a todos, no sólo, claro está, a los del sector revolucionario. Sino a todos los demás; a todas las mujeres y a todos los hombres de México, siempre que —repito—, siempre que, con la condición de que participen de nuestra preocupación fundamental. No puede ser abolida la democracia en México, no podemos perder nuestros derechos, no podemos perder nuestras libertades.

Mientras en México haya individuos, grupos, instituciones y partidos que luchen por acabar con la democracia mexicana, la Revolución Mexicana estará en peligro.

Los campos son bien claros; puede haber, inclusive, gentes humildes, equivocadas, enemigos de la democracia: no podrán ser nuestros aliados; puede haber banqueros, comerciantes, industriales, amigos de la democracia: esos serán nuestros aliados, los aliados de la masa trabajadora revolucionaria. La tarea principal consiste en aplastar a Hitler, en borrar de la tierra el fascismo, en darles libertad a los pueblos sojuzgados, en establecer las bases para que todos los pueblos del mundo se den, en uso del derecho democrático esencial, el sistema de gobierno que mejor les plazca. Esa es la esencia principal de la democracia: el derecho de cada pueblo a darse el gobierno que quiera.

Y eso es lo que nosotros queremos defender para nosotros los mexicanos y para los demás pueblos del mundo.

Todos los grandes problemas de cada país, no importa la trascendencia que tengan, en esta hora ocupan un lugar secundario junto al primer problema del mundo, que es, consiguientemente, el primer problema de cada nación, de cada país, de cada patria: acabar con el fascismo de adentro y contribuir a aplastar el fascismo en el orden internacional. Mientras estén en pie los ejércitos fascistas, la Patria mexicana está amenazada; mientras se robustezca el frente de lucha militar en contra del fascismo, mayor probabilidad habrá de mantener la democracia en México.

Estas no son frases; los peligros son evidentes, los hemos estado señalando. Hace tres años, en la ciudad de Washington, regresando de Europa, en nombre de la Confederación de Trabajadores de México, sustenté una conferencia ante una asamblea semejante a ésta de hoy, integrada por representantes de muchos sectores progresistas de la gran nación del norte. Los organizadores de la conferencia me propusieron el tema, que era éste: “¿Tienen alguna tarea en común que realizar el pueblo de los Estados Unidos, el pueblo de México y los demás pueblos de la América Latina?” Mi respuesta, desarrollando el tema, fue la siguiente: “Sí: combatir al fascismo: prevenirnos en contra del progreso constante y amenazador de las fuerzas fascistas”.

Me escucharon, me aplaudieron los amigos míos; funcionarios del gobierno de Washington me dijeron que yo tenía razón; pero en aquella época las teorías políticas que se sustentaban en Europa, particularmente por el gobierno inglés y por el francés, eran las ya sabidas y tantas veces analizadas teorías del apaciguamiento del fascismo. Creció el fascismo, arrasó a muchos pueblos. Ahora es una amenaza directa sobre América.

Cuando denuncié, hace breves días, en un gran mitin de masas de esta misma ciudad, la existencia de la “Quinta Columna” en México y dije cómo está organizado el Partido Nazi, y di nombres y señalé sus formas de acción, al día siguiente me injuriaron la mayor parte de los diarios y de las publicaciones periódicas: “¡El demagogo!” “¡El sembrador de zozobra!” “¡El que siempre está perturbando la conciencia pública!” Unos cuantos días después, el Presidente Roosevelt no sólo declaró lo mismo, sino que dijo poseer, tener en sus manos, documentos, mapas hechos en Alemania, que prueban que ya está planificada la división territorial de las naciones

latinoamericanas para el porvenir, en el caso de que Hitler logre dominar en Europa. Los mismos periódicos que me injuriaron hicieron un silencio muy respetuoso a las palabras del Presidente Roosevelt, por miedo a las "listas negras". No se atrevieron a llamarlo "demagogo", ni "sembrador de zozobra". Pero cuando se trata de un mexicano, de un hombre con alguna responsabilidad, cuando se trata del líder de la Confederación de Trabajadores de México, compañero Fidel Velázquez, cuando se trata del director de un sindicato, cuando se trata de los directores de la organización campesina, cuando se trata de un intelectual revolucionario, entonces sí brinca la diatriba, el sarcasmo, la injuria, el insulto soez: "¡demagogo!"...

¡Demagogos ellos! Demócratas en apariencia, de mentirijillas; hipócritas y falsos, por temor a perder los anuncios de las casas extranjeras, y sobre todo por miedo a las "listas negras", pero con el deseo contrario, fervientísimo, de que triunfe Hitler. Esa es la verdad. Ya lo vimos en el caso de España: "partidarios del derecho internacional", "respetuosísimos del derecho de gentes", "partidarios de la libertad, de la constitución, del orden legal, del orden constitucional, de los regímenes jurídicos intangibles", pero: "¡Viva Francisco Franco!" Esta es la actitud de estas gentes.

Empeño vano el de que las fuerzas revolucionarias de México se distancien del gobierno que preside el general Manuel Avila Camacho. ¡Torpeza, estupidez! La Revolución Mexicana, cuya obra he analizado brevemente hoy, llegó hace tiempo a la mayoría de edad. La Revolución es recia, no está en la primera infancia; sabe lo que hace, y los revolucionarios conscientes sabemos muy bien lo que hacemos, y sabemos pensar bien lo que decimos. Porque no somos demagogos, porque no queremos cosas imposibles, porque tenemos los pies muy fijos sobre la tierra, a fuerza de ser revolucionarios, a fuerza de tener una verdadera cultura política, capacidad política. Nosotros no nos hemos distanciado ni nos distanciamos del Presidente que contribuimos a elegir, a pesar de lo que la reacción pretenda en ese terreno. Una cosa es que nosotros expresemos de un modo leal, revolucionario, democrático, sincero, amistoso, nuestra inconformidad con actos concretos de algunos funcionarios, porque el Presidente Avila Camacho inclusive nos lo ha pedido así en numerosas ocasiones, y otra muy distinta es que nosotros caigamos en la trampa estúpida, primeriza, infantil, de la reacción y de los elementos antidemocráticos de nuestro país. ¡Qué más querrían que un divorcio entre el gobierno, principalmente entre su jefe y las masas más combativas, más conscientes y más valiosas del pueblo mexicano, que integran el proletariado, el sector campesino y los intelectuales revolucionarios! ¡Qué más querrían!

Por fortuna somos más inteligentes que la reacción, y eso no es presunción de nuestra parte. La historia mexicana lo prueba. Llevamos muchos años de triunfar. Somos más inteligentes, más capaces, más dispuestos a la lucha y más probados por nuestra eficacia que ellos. Y no nos han de desviar de nuestra línea de conducta. Seguiremos apoyando al Presidente Avila Camacho, para tenerlo a él como un eje alrededor del cual va a girar la gran unidad nacional antifascista en favor de la

democracia de México, en favor de la democracia internacional. No hemos de aceptar provocaciones; no importa que inventen las cosas más fantásticas del mundo.

Un periódico de hoy, un diario dice —hasta hace unos minutos que llegamos aquí lo leí— algo graciosísimo: que yo voy a encabezar, en unión de la Internacional Comunista y de muchas gentes mexicanas y extranjeras que aquí viven, una revolución social en toda la América para establecer la dictadura del proletariado dentro de muy poco tiempo. Ellos creen que nosotros vamos a entrar en temor por estas declaraciones que tienen el valor de una denuncia que aspira a despertar una gran inquietud nacional. Pero eso no lo cree nadie, ni el policía más ignorante de la ciudad de México. Nadie puede creer eso porque tal “información” es idiota. Mientras sigan luchando así contra nosotros, la verdad es que debemos sentirnos muy satisfechos de contar con una reacción como la que tenemos en México.

Sabemos bien lo que queremos para México, y para la América Latina, y para la América toda, y para el mundo entero. Somos las fuerzas revolucionarias de México parte del proletariado del mundo entero, parte de las demás fuerzas democráticas de la tierra, parte de la mejor humanidad, parte de los mejores hombres, parte de los mejores ejércitos: los depositarios de la cultura, los depositarios de los aspectos válidos de la civilización. En México los revolucionarios tenemos dos cosas importantes en contra: carecemos de dinero y de los medios materiales de propaganda que posee el enemigo; pero tenemos la razón histórica mexicana y, al mismo tiempo, el porvenir de la humanidad en favor nuestro. No puede haber pierde. Están en un error si creen que vamos a ser abatidos; no interesa las armas que empleen; la Revolución Mexicana sabe lo que quiere. Nosotros nos consideramos ligados al pasado mejor de México. Creen nuestros enemigos los revisionistas, los que tratan de revivir la colonia española, el coloniaje, el virreinato, que es fácil borrar los esfuerzos de más de un siglo de un pueblo vigoroso como el de México. ¡Qué error tan profundo! ¿Será simplemente demagogia? ¡Eso sí es demagogia! La demagogia acusa irresponsabilidad, desde luego; pero también acusa ignorancia, también acusa mala fe y también acusa estupidez. Ellos son ignorantes, de mala fe, estúpidos; por eso son demagogos.

Nosotros nos enorgullecemos de sentirnos ligados al pasado vivo de nuestro país. Un camarada me hizo leer un artículo de un individuo que se titula a sí propio el Enemigo N<sup>o</sup> 1 de la democracia en México, y que iba a ir al Congreso de Hispanidad convocado por Franco hace unas semanas. No digo su nombre por no hacerle publicidad. Este individuo declaró textualmente esto: “A Hidalgo, a Juárez, a Cárdenas, los comprendieron muy bien los anglosajones. A una España Roja, dirigida por los Negrín, por los Vayo o por los Indalecios, no le hubieran impedido el acceso a los García Téllez, por ejemplo, o a los Lombardo, que son los de la tradición de Hidalgo”. Yo nunca llegué en mi vida a pensar que se me pudiese tributar un elogio mayor; nunca llegué a pensar que se me llegara a otorgar un homenaje tan innerecido, que me llena positivamente de orgullo, y que me halaga. ¿Lombardo de la tradición de Miguel Hidalgo y Costilla? ¡Gracias, reaccionarios mexicanos! ¡Gracias, fascistas de México!

¡Qué orgullo tan grande para mí! Los enemigos me atribuyen esta filiación, esta paternidad política, esta herencia social. No. Desgraciadamente mi orgullo y mi vanidad también me impiden aceptar este honor, porque sé el sitio que ocupo. No es Lombardo Toledano; es la CTM, es el proletariado de mi país, es la Revolución Mexicana la que encarna la tradición de Miguel Hidalgo y Costilla, la que está ligada a Miguel Hidalgo, sí, a José María Morelos, a Benito Juárez, a Francisco I. Madero, a Emiliano Zapata, a Venustiano Carranza, a Alvaro Obregón, Lázaro Cárdenas y a Manuel Avila Camacho. Esa es la verdad.

¡“El gran demagogo Hidalgo”! ¡“El gran demagogo José María Morelos”! ¡“El gran demagogo Benito Juárez”! ¡“El gran demagogo Lázaro Cárdenas”! ¡“El gran demagogo Emiliano Zapata”! ¡“El gran demagogo Venustiano Carranza”! Todos los grandes “demagogos” de la historia... ¡Bien! ¡Magnífico! El triunfo es nuestro. Somos el partido de la victoria, somos el partido de la libertad, somos el partido de la lealtad, somos el partido de la justicia. Ellos son el partido del pasado muerto; ellos son el partido, sí, de Hernán Cortés, de Agustín de Iturbide, de Antonio López de Santa Anna, de Victoriano Huerta. Esa es la luz que los alumbró; la nuestra es otra. No somos demagogos, somos simplemente revolucionarios, nada más que eso, pero nada menos que eso: revolucionarios.

Muchos de nosotros no tomamos el fusil, es verdad. Unos, porque nuestros padres no nos hubieran permitido tomarlo; otros porque no teníamos la edad ni la conciencia para ir a la Revolución. Pero la Revolución no se hizo sólo ni se hace en el campo de batalla. ¡Cuántos de los que fueron a la lucha armada no sabían por qué iban! Otros hay, muchos civiles, que jamás tomaron las armas y que estuvieron en las filas revolucionarias, medrando nada más. Claro está que sin los hombres que tomaron el fusil la Revolución no habría triunfado; por eso el proletariado de México rinde sistemáticamente honor al glorioso ejército del pueblo constituido por los campesinos, los trabajadores, y los individuos de la clase media, que derrocó la dictadura de Porfirio Díaz. Y hay hombres también que han seguido una trayectoria limpia, íntegra a través de su vida, como soldados iniciales de la Revolución. Pero la Revolución también se hizo con las ideas: los maestros frente a los niños, frente a los adultos; los obreros en el taller, los campesinos en el surco, todos: obreros manuales, campesinos, intelectuales, soldados, civiles, hombres, mujeres, todos. Lo único que debe distinguir a los revolucionarios entre sí mismos es saber quién es mejor que los demás, y para poder medir, no hay más posibilidad de medida que la propia vida de cada quien.

Nosotros, a quienes además de “demagogos”, a veces nos llaman “traficantes” de la Revolución y del proletariado, siempre lo hemos dicho, y creo que es la ocasión para volverlo a afirmar, que estamos dispuestos, todos los líderes del movimiento revolucionario de México, a sentarnos como acusados ante un tribunal de honor que examine nuestro pasado, que examine nuestra fortuna, que examine nuestra conducta, para que pueda juzgarnos, al igual que a otros muchos que reclaman la primacía de ser revolucionarios. Es menester que la Revolución se depure; nosotros nos colocamos

siempre en el papel de acusados. ¿Por qué? Por una sencilla razón: porque nosotros queremos gozar siempre de autoridad moral para juzgar a la Revolución y a sus hombres, no con un fin iconoclasta, destructor, derrumbador de las instituciones, sino con el fin creador, generoso, de hacer de la Revolución Mexicana un movimiento cada vez más profundo en el pueblo y más limpio en sus líderes y conductores. Queremos ser los primeros en ser juzgados; no hay un acto de nuestra vida del que tengamos que arrepentirnos. Ojalá que el Presidente de la República instaurara un tribunal de honor que él presidiera y que nosotros aprobaríamos por la probidad que le caracteriza, para juzgar a los revolucionarios. ¿Quiénes están pobres? ¿Quiénes están ricos? ¿Quiénes son ahora los nuevos hacendados, los nuevos industriales, los nuevos banqueros, los nuevos burgueses del nuevo porfirismo, y quiénes se mantienen limpios, quiénes tienen en su corazón y en la mano todavía la antorcha de los ideales del pueblo? Sería una cosa saludable.

Queremos conservar nuestra autoridad moral. Por eso formulo hoy esta proposición en nombre de la Confederación de Trabajadores de México, a ruego y encargo del camarada Fidel Velázquez y de los demás miembros del Comité Nacional de la Confederación de Trabajadores de México.

Somos revolucionarios de 1941, realistas, con la cabeza bien fría, pero con el corazón bien encendido: optimistas como nunca, creyentes en nuestro pueblo como jamás lo hemos sido; con reverencia cada vez más interesada y más entusiasta hacia los próceres de nuestra historia, y también con una gran esperanza en que a pesar de todos los obstáculos e incidentes militares, habrá de hundirse el régimen fascista en el mundo, para que entonces surja otra vez la libertad, la democracia avanzada, transformadora en cada país del mundo, para hacer de la tierra entera un lugar en donde realmente los hombres puedan amar a su patria. Ese, es nuestro ideal.

En breves días ha de reunirse en esta ciudad de México el Congreso de la Confederación de Trabajadores de América Latina. Ya han llegado los primeros delegados. Algunos de ellos, los camaradas de Colombia y del Ecuador, se hallan en esta mesa como invitados nuestros. Otros vendrán después del Uruguay, de Argentina, de Venezuela, de Costa Rica, de Cuba, de todos los países de la América en donde el movimiento obrero existe. Se oirá en México la palabra de los líderes de los veinte pueblos que van a estar representados, y entonces tendrá ocasión la reacción de México y también el sector revolucionario de nuestro país de confirmar que los alientos, los ideales, los impulsos de los revolucionarios de México son los mismos alientos, los mismos ideales, los mismos impulsos, las mismas esperanzas de todos los pueblos situados al sur de nuestro país. Y lo mismo en las Antillas que en la América Central, que en la América del Sur, en todas partes se piensa lo mismo; los hombres generosos siempre son movidos por los mismos propósitos históricos. Y entonces se verá cómo nuestro país ha podido construir no sólo para nosotros una democracia como la Revolución Mexicana, sino que, una vez más, los líderes de los pueblos de la América Latina tenderán sus manos hacia los mexicanos para decirles: "Camaradas, la democracia mexicana es también parte de nosotros, porque nosotros, recogiendo los ideales



de todos nuestros hermanos, de todos nuestros pueblos, hemos hecho de la democracia mexicana un baluarte". Y así piensan porque, de verdad, el día que la democracia mexicana cayera en manos del fascismo internacional, se habrían de derrumbar también muchas ilusiones, instituciones progresistas y libertades vivientes al Sur del Subchiate. Por eso somos nosotros tan apasionados, tan entusiastas de las ideas por las cuales nuestros pueblos han derramado su sangre; y en esta hora en que los caminos se han bifurcado para siempre, en que los hombres se han dividido en sólo dos bandos, nosotros tenemos fe inquebrantable en que el bando nuestro ha de triunfar.

Gracias en nombre de la CTM a los intelectuales revolucionarios que hicieron posible esta reunión. Nuestra felicitación sincera a las agrupaciones que vinieron aquí a expresar su pensamiento idéntico al nuestro. Todos debemos darnos las gracias recíprocamente porque esta reunión, breve en número —cuatro o quinientas gentes— representa, sin embargo, algo más trascendental: la unidad, la unidad de la Revolución en el pueblo; la unidad del pueblo alrededor del Presidente de la República; la unidad del Presidente de la República con el pueblo; la unidad de la Patria Mexicana, la unidad de la América Latina, de la América entera; la unidad en favor de los pueblos libres del mundo.

¡Viva México! ¡Viva la libertad de todos los pueblos del mundo!

## La Bandera Nacional no debe ser bandera de partido porque está por encima de facciones

El 20 de noviembre es un gran día para la Patria Mexicana. Significa el comienzo del derrumbe de la tiranía más prolongada y más odiosa en la historia de nuestro país. En el terreno de los propósitos representa esta fecha la repulsa, la negación de todo lo que caracterizó la larga tiranía porfirista, y como afirmación creadora, esta fecha representa la esperanza en la realización de todos los ideales del pasado de nuestro pueblo. Vivimos, durante casi medio siglo, una situación de miseria material, y también una situación de miseria moral: ni derecho al trabajo, ni tierra para los peones, ni cultura para el pueblo, ni libertades cívicas, ni derecho de expresión del pensamiento, ni derecho de movilización de los hombres en nuestro propio territorio, ni derecho de asociación, ni derecho de coaccionar moralmente a los enemigos de las grandes masas productoras.

La Revolución Mexicana tiene ya 31 años de existir; poco a poco ha ido cumpliendo esos anhelos del pasado. Ha tropezado en su camino con grandes obstáculos, tiene también poderosos enemigos que la deturpan y la denigran y la odian; pero la Revolución sigue su marcha a pesar de todo, no sólo porque ella misma tiene ideales que brotaron hace 31 años de una manera jubilosa del corazón mismo del pueblo, sino porque no es la Revolución Mexicana un hecho aislado en la historia de nuestro país; no es el 20 de noviembre la única fecha que representa dolor y esperanza, que simboliza el sacrificio y la confianza de nuestro pueblo en un porvenir mejor; el 20 de noviembre es una de las grandes fechas de la Patria.

El inicio de otras fechas igualmente gloriosas, como el 5 de mayo, como el 7 de enero, como el 21 de febrero de 1821, como otras jornadas de igual significación para nuestro pueblo, lo representa el 16 de septiembre de 1810. Esa es la primera gran jornada del pueblo mexicano. A partir de entonces, desde el 16 de septiembre hasta hoy, no ha habido jamás solución de continuidades, no ha habido ruptura en los anhelos de nuestro pueblo.

---

Discurso pronunciado en el xxxi aniversario de la Revolución en la ciudad de Morelia, Mich. *El Popular*, 22 de noviembre de 1941.

Si ustedes preguntan a sus padres por qué lucharon ellos en su época, si ustedes preguntan a sus abuelos por qué lucharon en su tiempo, si pudiésemos preguntar a nuestros bisabuelos por qué ellos pelearon en su turno, y si pudiésemos también preguntar a nuestros tatarabuelos por qué lucharon ellos cuando fueron jóvenes, todos nos dirían lo que ustedes dicen hoy exactamente, lo que ustedes, campesinos y obreros de Michoacán, campesinos y obreros de México, están afirmando en este año de 1941.

El ideal ha sido el mismo, porque las necesidades han sido idénticas en el siglo y medio que tiene nuestra Patria de luchar de un modo vigoroso por alcanzar su independencia respecto de otros pueblos, de otros países y por mejorar la situación económica y moral de sus grandes masas populares. El mismo ideal, el mismo propósito, el mismo deseo: tierra para los campesinos, trabajo bien retribuido para los obreros, escuelas para todos. Iguales posibilidades de cultura para el rico y para el pobre, democracia real en el campo político, es decir: respeto verdadero a la voluntad de las mayorías, para que ellas se den los gobernantes que quieran: constante progreso en el conjunto de nuestro pueblo, como una Nación que pasa de una agricultura primitiva y raquítica, a una situación de desenvolvimiento industrial y de transformación de sus campos a base de una industria mecanizada. Es el mismo propósito, de los mismos ideales.

Por eso es importante que nosotros hayamos venido aquí, no para orientar al pueblo de Michoacán, sino para participar en su júbilo, para participar de la sombra que siempre ha cobijado a este conjunto de hombres y de mujeres generosos en este rincón de la República Mexicana.

Nosotros, los que vivimos en la ciudad de México, aceptamos jubilosos la invitación para venir aquí, porque éste ha sido escenario de grandes luchas, de jornadas heroicas en más de un siglo: de aquí surgió el Padre de la Patria, don Miguel Hidalgo y Costilla; él fue rector de la primera Universidad en México, fue él el que reco-giendo en esta región de la Patria en ciernes las quejas, las angustias, los dolores y las ideas de su siglo y las preocupaciones de todos los mexicanos de entonces, inició la independencia de México: de aquí fue también el genial Guerrero de todas las épocas, guía de nuestra patria, el hombre genial que trazó el camino a seguir hasta hoy, el más grande quizá de los hombres de nuestra Historia; José María Morelos y Pavón fue un michoacano ilustre quien conmovió a México y a la América entera cuando rivalizó, en una justa heroica y trascendental con Bolívar, con el objeto de hacer de la América entera una serie de países libres y dignos de ser respetados y queridos.

Y además de estos gigantes de la historia, Michoacán también fue escenario de la acción de otros hombres nacidos del pueblo, unidos al pueblo para libertarlo; nombres conocidos y nombres ya olvidados, nombres quizás nunca recogidos por la Historia. No sólo don Nicolás Régules, aquel gran español-mexicano que cubrió de gloria a nuestra raza y a la causa de la inmortalidad de nuestro país y de la Humanidad en el escenario maravilloso de la Sierra de Tacámbaro, sino aquel humilde obrero textil, aquel campeón de los ejércitos minúsculos del pueblo, aquel guerrillero genial que se llamó Nicolás Romero, que desde la Tierra Caliente hasta Zitácuaro llenó de

asombro a la reacción y a los realistas y tremoló la bandera de la Patria con gallardía y con honor. Este ha sido escenario de grandes hombres, de grandes mujeres, de héroes anónimos, de héroes con una calidad que rebasó su Patria y su siglo. Desde entonces hasta hoy ha sido Michoacán grande, más que para Michoacán, para la Patria entera.

Pero no es sólo interesante recordar estos hechos; nada tendría de importancia que Michoacán fuera un escenario de grandes hombres; lo importante es que los ideales que alentaron a estos hombres, son los ideales de hoy mismo. Nada nuevo, nada nuevo se ha escrito como substancial doctrina en los móviles del pueblo michoacano después de los decretos múltiples de José María Morelos y Pavón; nada nuevo se ha hecho en materia agraria, nada nuevo se ha hecho en materia de libertades ciudadanas, nada nuevo se ha hecho en materia de fraternidad nacional después de los discursos de Morelos, después de los decretos de Morelos.

Y por lo que va a las Ideas concretas, a los propósitos determinados de nuestra época, de la Revolución Mexicana, quiero recordar que el documento más importante de toda nuestra historia, de aquí de Apatzingán surgió en 1824 la primera Constitución Política de México hecha por Morelos, por sus colaboradores, pero inspirada fundamentalmente en su genio, marca el principio de las grandes reivindicaciones del pueblo y de los grandes ideales de México. Está en pie la Constitución de 1824 todavía. La Constitución de Juárez, la de 1857, fue inicialmente la Carta Política o el Código Político de Apatzingán, y la Constitución que rige hoy la de 1917, es, en su esencia, el Código de Apatzingán de hace más de un siglo. Alienta, pues, las mismas ideas; supresión de la tiranía, supresión del monopolio de la cultura, supresión del monopolio de la verdad, supresión del monopolio de las posibilidades de progreso individual y colectivo.

Por esa razón nosotros, al hablar del 20 de noviembre en el año de 1941, en Michoacán, tenemos que recordar forzosa, inevitablemente, no sólo a los hombres, sino más que a ellos, a las ideas que encarnaron, para decir que la Revolución Mexicana no se inició el 20 de noviembre de 1910, sino el 16 de septiembre de 1810. Hace más de un siglo que nuestros antepasados siguieron a sus caudillos de entonces, como nuestro país sigue a sus conductores de hoy; son los mismos: la misma sangre, los mismos indios, los mismos obreros, los mismos campesinos, las mismas mujeres, los mismos niños, mejorados por ventura, con mejor situación hoy que en el pasado; pero los mismos al fin y al cabo. La misma raza prodigiosa, la misma raza fina, aguda, la misma raza ilimitada en su pensamiento, la misma raza robusta en su corazón y en su voluntad, porque nuestra raza indígena, pese a los fascistas que creen en la clasificación de las razas y la superioridad de la raza aria, de la raza blanca, la nuestra es de primera categoría, es raza creadora de genios, de hombres de excepción.

No hay diferencia en nuestros hombres, porque no hay diferencia entre sus ideales. La juventud de hoy recoge el pasado, sólo que afortunadamente el pasado de México no es un pasado muerto sino un pasado que vive. Queremos en esta ocasión, en consecuencia, decir que si el ideal se ha mantenido durante más de una centuria animoso

y luminoso en la conciencia de nuestro pueblo, no podemos renegar de ese ideal. Negar el ideal de Hidalgo, negar el ideal de Morelos, negar el ideal de Juárez, negar el ideal de los hombres brillantes de la Reforma, negar el ideal de aquellos antepasados nuestros, es negar el ideal de Francisco I. Madero, negar el ideal de Emiliano Zapata, negar el ideal de Venustiano Carranza, de Alvaro Obregón, de Lázaro Cárdenas, de Manuel Avila Camacho.

Hay sin embargo quienes niegan estos viejos ideales; hay quienes afirman que la Revolución Mexicana debe ser barrida, suprimida, triturada, escupida, maldecida. Nosotros decimos que no; que la Revolución Mexicana, que comenzó con el cura Hidalgo y que todavía está en pie, es la única antorcha que debe conducir a la masa de hoy, porque fue la luz que iluminó al Padre de la Patria, y que sigue iluminando nuestro camino.

Michoacanos: ¿ustedes ya renegaron de Miguel Hidalgo y Costilla? (Un grito unánime de “¡No!”). ¿Ustedes, hombres de Morelia, ya renegaron de Morelos? (La misma respuesta: ¡No!). ¿Ya renegaron de Lázaro Cárdenas? (Grito unánime: ¡No!). ¿Ah, ya lo sabía yo: pero hay quienes reniegan de todos ellos; esos son los sinarquistas (gritos de “abajo los sinarquistas”, “viva Cárdenas”, “viva Avila Camacho”, “viva Lombardo Toledano”). Esos son los fascistas mexicanos, los que quieren que volvamos a la situación anterior a la Revolución de Independencia... ¿De qué servirían entonces los millones de hombres muertos en la guerra de más de un siglo? ¿De qué servirían los lamentos de las viudas, de las madres, de las hermanas, de las mujeres, de las novias de cinco generaciones de mexicanos? ¿De qué servirían privaciones materiales y morales de todo nuestro pueblo, si vamos a negar lo único que define a un pueblo que es su voluntad de vivir y su ideal de triunfar en favor de la justicia?

No, ellos, sin embargo, los sinarquistas —me refiero a los humildes, a los campesinos humildes que han abrazado sin saber por qué esa causa, esta bandera—, no tienen la culpa; son pobres campesinos, los más ignorantes, quizá los más necesitados y creen que porque no han recibido tierra todavía, o porque hay un cacique bandido que los explota (aplausos), o porque hubo un politiquillo que los persiguió, o porque hubo un policía que les hizo un agravio, la Revolución Mexicana ha fracasado. Esa es la tarea malévola y pérfida de los jefes sinarquistas que sí saben qué quieren; ellos, demagogos, mentirosos, embaucadores, negadores de la libertad, de la verdad, de la ciencia, ellos sí son responsables de lo que ocurre, ellos quieren que nosotros digamos que el mexicano más grande de la historia no es Miguel Hidalgo y Costilla, ni tampoco José María Morelos y Pavón, ni Benito Juárez, sino Hernán Cortés. El jefe de los sinarquistas declaró apenas antier en la Ciudad de México, declaración publicada por una de las revistas semanarias de la capital, que Adolfo Hitler, el tirano de Alemania, el que encabeza el régimen más asesino, más brutal y más inhumano de todos los siglos, es un elegido de Dios para venir a sembrar la justicia y a dar la libertad a todos los hombres.

Este mismo señor, jefe aparente del Partido Sinarquista, declara que Hernán Cortés antes, y Francisco Franco, el dictador de España hoy, son los héroes más grandes para todos los pueblos de la América Latina. Y otros sinarquistas, menos cautos que su jefe aparente, han tenido la osadía, michoacanos, michoacanos, oigan: Han tenido la osadía de decir que el cura Hidalgo era un borrachín; que José María Morelos era un hombre equivocado, que Juárez fue un traidor a la Patria, que Lázaro Cárdenas es un comunizante infeliz, y que todos los demás hombres distinguidos de México han sido traidores a nuestros ideales y vendedores de la integridad de la Patria Mexicana.

Escuchen sinarquistas, si los hay aquí; transmitan nuestro mensaje, camaradas revolucionarios, a los trabajadores sinarquistas, transmitan nuestra palabra; no somos enemigos de los pobres campesinos engañados. Los revolucionarios daremos tierra a los campesinos sinarquistas; haremos todo lo indispensable por dar la felicidad a los hombres de México. No es la Revolución la culpable de la miseria actual, de muchos sectores del pueblo; lo es la contrarrevolución. El día que no haya más latifundistas, más hacendados de tipo feudal, más gachupines de los que todavía sobreviven; el día en que se respeten nuestras leyes, el día en que se abran nuevas fuentes de trabajo, el día en que se den nuevas tierras, el día en que haya mejores salarios, el día en que haya más escuelas, el día, en suma, en que la Revolución Mexicana cumpla y realice totalmente su programa, ese día habrá menos dolor, menos hambre, menos injusticia, menos incultura en nuestra Patria.

La miseria, la injusticia, el dolor, provienen de que la Revolución no ha cumplido íntegramente su programa, no provienen de la Revolución. Ahora es muy fácil negar la Revolución, pero también es muy tarde para ahogarla; venir a querer enterrar el nombre del cura Hidalgo después de un siglo; querer mancillar la honra de Morelos después de más de una centuria; querer pisotear el honor de un símbolo de la América como Benito Juárez, negar a Madero, negar a Zapata, negar la obra misma de la Revolución. ¡Denunciado tarde! Lo que ocurre es que, además de ser enemigos de la Revolución los sinarquistas, los sinarquistas son un simple batallón del gran Ejército fascista que combate en contra de la libertad humana.

¡Qué paradoja, michoacanos! ¡Qué risible es, michoacanos! ¡Qué estúpido es, michoacanos! Oigan los católicos que estén aquí: católicos, protestantes, si los hay, gentes de cualquiera otra creencia religiosa, si existen, escuchen: Hitler, jefe de los nazis, caudillo del fascismo en el mundo, jefe de Francisco Franco, jefe de los sinarquistas mexicanos, es enemigo de las religiones; si triunfara Hitler en Europa, triunfaría más tarde en América, y si triunfara en Europa y en América se acabaría la religión, perseguiría la creencia personal de cada quien. La Revolución Mexicana no persigue las creencias religiosas; la Revolución Mexicana persigue la injusticia económica, social y cultural; los sinarquistas, en cambio, —la masa sinarquista, a ella me refiero otra vez, a los humildes, a las masas integradas por los engañados—, no saben, pobrecitos, no saben que ellos, católicos fervientes, están al servicio del mayor engañador de la religión católica. Esa es la paradoja.

Hitler es enemigo de la democracia, de la representación de las mayorías del pueblo, y si triunfa allá, triunfará aquí, y si triunfa aquí, no habrá más elecciones. Si hoy hay democracia, aunque impura, el día que Hitler triunfara no habría democracia, ni pura ni impura; habría sólo la voluntad de un jefe que se impondría a los pueblos, para violentarlos. Eso es el fascismo; negación de toda libertad, libertad de conciencia, en materia política y en materia económica. Si triunfa allá y por lo tanto triunfa aquí, nada de huelgas, nada de ejidos, nada de comunidades agrarias; vuelta a la hacienda; veríamos entonces a ustedes, campesinos de Michoacán, volver a cantar el Alabado en las calpanerías, acosados por los gachupines; no labrarían más sus propias tierras, no tendrían bueyes propios, no cuidarían sus sementeras, ni se desvelarían por comprar la reja del arado; no se preocuparían más por la semilla, no se preocuparían más por la escuela en el ejido, no se preocuparían por los caminos vecinales, no les preocuparía más la troje, porque para nada tendrían que preocuparse. Serían esclavos; dos reales diarios de salario, si les iba bien; un real y un almud de maíz; eso sería el triunfo de Hitler, el triunfo del fascismo en México; vuelta a Hernán Cortés. Los volverían a encomendar a ustedes, como a sus antepasados, dizque para entrar en la fe, pero en realidad para entrar en la hacienda para servir de bueyes, de animales de labranza y de fuerza gratuita al servicio del amo.

Esa es la perspectiva si triunfa el fascismo en Europa; esa es la perspectiva si triunfa el fascismo en América. Por esa razón la Revolución Mexicana es antifascista; por esa razón la Revolución Mexicana es democracia; democracia real, viviente, activa, productora, creadora. La única forma de librar a México de un modo definitivo es proseguir la Revolución, mantener a la Patria erguida, incólume, digna, independiente, pródiga como hasta hoy para nosotros y para todos nuestros hermanos. De esta manera no importa el enemigo, mientras se mantenga la unidad del sector revolucionario: campesinos, obreros, soldados, jefes del Ejército, maestros, intelectuales, gente preparada y generosa, no debemos temer nada; no importa la fuerza transitoria del enemigo, no interesan los recursos económicos de la contrarrevolución. Venceremos, venceremos otra vez.

El pueblo de México nunca ha sido derrotado; nuestro pueblo es invencible, porque jamás se ha propuesto tareas injustas o tareas que no se puedan cumplir. Y en todas las épocas ha sido lo mismo; en su turno, en su momento, el cura Hidalgo fue un "bandido"; en su momento el cura Morelos fue otro "bandido"; Vicente Guerrero lo fue, los demás fueron así calificados; los de hoy son tildados también de bandidos, con palabras nuevas, pero con la misma intención: "demagogos", etc., etc. Hoy dicen: "Comunistas, vendidos al oro de Moscú, vendidos al imperialismo yanqui". ¡Justamente lo dicen los que atacaron ayer al cura Hidalgo, los que atacaron a Morelos, a Juárez, a Madero, a Cárdenas, a Avila Camacho, a todos los que creen que nuestro país para ser feliz debe realizar nada más la felicidad de un grupo de gentes; las personas "decentes", las personas "cultas", las personas de "buenas maneras"; creen que la felicidad de la Patria se consigue cuando ellos viven bien.

¿Qué les importa la plebe, los “campesinos huarachudos, los obreros apestosos y borrachos?”

Así se expresa esta minoría sinarquista, esta minoría enemiga de la Revolución, esta minoría enemiga de la Reforma, esta minoría enemiga de la Independencia.

Nosotros en cambio, los de la Revolución Mexicana, creemos que la felicidad del pueblo se logrará cuando ya no haya huaraches, cuando ya no haya calzón de manta, cuando ya no haya ignorancia, cuando ya no haya ninguna traba ni sacrificio ni privación para las grandes masas. México es, ante todo, indio; es indio de los indios, no de los gachupines. Es de los mestizos, es de gente de color, es de gente pobre, la mayoría del pueblo, los campesinos, los obreros, no vistan mejor, no tengan mejores hogares, no tengan mayores posibilidades de progreso, mientras no reciban justicia plena sus propósitos, la Revolución Mexicana no habrá terminado.

Luchemos, pues, honremos la Revolución Mexicana prometiendo continuar luchando por los ideales que la hicieron posible, luchando por ello, por Hidalgo, por Morelos, por Juárez, por Zapata, por Madero, por Cárdenas, por Avila Camacho, por todos los hombres libres de México.

Así, con los ideales de ayer, que son los de hoy; con los ideales de hoy, que son los mismos de ayer, seremos invencibles. ¡Viva la memoria de Hidalgo! ¡Viva la memoria de Morelos! ¡Viva la memoria de Juárez! ¡Viva la memoria de Madero! ¡Viva la memoria de Zapata! ¡Viva Lázaro Cárdenas! ¡Viva Manuel Avila Camacho! ¡Viva la Revolución Mexicana! ¡Muera el fascismo! ¡Viva la libertad de los pueblos del mundo!



## Definición de la nación mexicana

Hace un año nos reunimos en este mismo sitio para recordar a Lenin. Gentes de todas las ideas políticas democráticas, hombres de las más diversas nacionalidades, nos asociamos entonces para hacer memoria de uno de los más grandes valores de la historia. En esa vez yo hablé del hombre de genio, del filósofo, del continuador de la obra de Marx en el pensamiento, del líder de una gran Revolución, del formador del Partido Comunista Bolchevique en la URSS y de la Internacional Comunista, del creador del régimen soviético. Hablé del sabio, del apóstol y del gran conductor.

En esta ocasión quiero referirme a la obra de Lenin, a los ideales de Lenin frente a la prueba más grande para las ideas, para las instituciones, para los sistemas sociales. ¿De qué manera han resistido los ideales de Lenin hechos obra la tremenda prueba de esta guerra? ¿Cuáles de esos principios la han resistido victoriosamente y cuáles no? ¿Se han resquebrajado algunos de ellos o permanecen todos vigorosos, juveniles e incólumes? Así este nuevo homenaje a su memoria será también, para los mexicanos que amen a su Patria, que amen la democracia y que amen la justicia, una oportunidad más no sólo para rendir homenaje a ese hombre de genio, sino para reforzar sus propias convicciones, independientemente de las ideas políticas que sustenten, y para contribuir a que nuestra nación salga de este conflicto más vigorosa que nunca, y también más libre y más feliz.

Porque en esta guerra se discuten esencialmente tres grandes cosas, tres grandes instituciones, tres grandes principios: la independencia de cada nación, la democracia en el régimen interno de cada país y la justicia social como expresión objetiva y tangible de la democracia, entendida como gobierno del pueblo, por el pueblo y para el pueblo. Es la nación, en cada país, la nación lo que está amenazado, la nación lo que se defiende, y el desarrollo de la nación lo que se persigue por parte de quienes luchamos contra el fascismo. Es alrededor de esta institución histórica, la nación, en torno a la cual contienden los dos bandos que se hallan encontrados en el terreno militar, económico, político e ideológico en todos los Continentes.

Por ello, porque es la nación la que está en guerra para destruirla o vigorizarla, la táctica preconizada por todos los que combatimos a Hitler y a sus secuaces es la

---

Discurso pronunciado en el XIV aniversario de la muerte de Lenin, en el Sindicato Mexicano de Electricistas. *El Popular*, 22 de enero de 1943.

táctica de la unidad nacional. La unidad nacional definida como la suma, como la asociación de todos los patriotas que en cada país integran, aman, interpretan fielmente y tratan de hacer progresar a su nación; la unidad nacional, como un instrumento, como un medio para lograr un propósito. Por eso los miembros del proletariado, los individuos que integran los sectores revolucionarios, coincidiendo con los individuos de pensamiento democrático pertenecientes a otros sectores sociales, proclaman en esta hora la táctica de la unidad nacional como la única posible para hacer frente al gran peligro, a la enorme amenaza. Por eso hemos dicho que la unidad nacional está por encima, en estos momentos, de los intereses de clase. Por eso hemos afirmado que la unidad nacional está por encima de los intereses de partido o de secta. Porque es la nación, como tal, lo que se halla amenazado desde adentro y desde afuera.

La prueba mejor de que la táctica elegida por nosotros es certera y eficaz está en el hecho de que los enemigos de la independencia, de la democracia y de la justicia social tratan de impedir, como su colaboración más importante a la causa del fascismo, la unidad nacional en cada país de la Tierra. Contra la táctica de los demócratas de hacer la unidad en cada nación, la táctica de los fascistas sinceros o de los simples agentes mecánicos de sus amos del exterior, consiste en hacer imposible esa unidad nacional. De muchas maneras tratan de impedirla pero a ninguna recurren, como es lógico, con mayor frecuencia que a abanderarse con la propia unidad nacional, dando una interpretación teóricamente falsa y prácticamente contraria a lo que debe ser realmente la unidad militante de todos los demócratas en cada país.

Los que sabemos bien que sólo la unión de los hombres de un pueblo alrededor de sus instituciones representativas y de sus mejores ideales es lo que puede salvar a cada nación y lo que puede salvar la causa de las naciones todas, debemos tratar de exhibir sistemáticamente, sin descanso, sin fatiga, a los agentes descarados o encubiertos de la quinta columna, y no sólo en el terreno de la teoría sino en el campo de la experiencia, mostrando cómo la unidad nacional no sólo es la mejor táctica posible, sino cómo en los países en donde la unidad nacional existe de veras, se ha salvado la independencia, se ha salvado la democracia y se ha salvado la justicia social como espíritu que ha de presidir no sólo el porvenir inmediato sino todos los siglos venideros.

Quienes preconizamos la unidad nacional como la asociación de los individuos resueltos a defender a la nación, defendiendo la independencia, la democracia y la justicia social en su Patria, aparte de las razones que nos asisten desde el punto de vista teórico, conceptuamos como prueba de la justificación cabal de nuestro pensamiento, el ejemplo maravilloso de la Unión Soviética, que es el país en donde la unidad nacional se ha realizado plenamente. La unidad nacional en la URSS es perfecta, no sólo porque la unidad nacional está por encima de los intereses de las clases sociales, sino porque la Unión Soviética es el único país en donde no existen las clases sociales. Por ello, porque no existen las clases sociales, la quinta columna ha fracasado de un modo absoluto, porque es un país unido de verdad, no sólo

unido en la teoría ni en la promesa jurídica, sino en la realidad viva, creadora de sus nuevas instituciones.

Pero, además de ese ejemplo, debemos los mexicanos analizar cuál es la interpretación reaccionaria de la unidad nacional. Tenemos el deber no sólo de difundir nuestra doctrina, de exponerla en todas partes, de multiplicar nuestra palabra, para que vaya a todos los sitios, llegue a todos los oídos y penetre a todas las conciencias. Necesitamos también examinar la contrainterpretación de la unidad nacional, demostrar cuán deleznable es, y sobre todo, mostrar hasta la evidencia las lógicas consecuencias a que conduce en el campo político e histórico de la interpretación reaccionaria de lo que debe ser la unidad nacional en México o en cualquier parte del mundo.

De esta suerte servimos por partida doble a nuestra causa y a nuestra Patria, reafirmando nuestra opinión y exhibiendo una vez más la opinión de los enemigos. Porque no hay otro problema principal en los actuales momentos en México, que el problema de saber qué es la nación mexicana, quiénes la forman, cuándo nació, quiénes la representan, quiénes la sirven de un modo leal y quiénes tratan de destruirla, de hacerla imposible para el porvenir y de entregar los intereses que ella representa a las fuerzas espurias, contrarias a nuestra tradición verdadera y a nuestros más grandes ideales.

Es muy importante que sea conocida del pueblo mexicano la interpretación reaccionaria de la unidad nacional. ¿En qué consiste esta interpretación? Sus mejores teóricos afirman que la unidad nacional en México ha sido destruida sistemáticamente, a través de la evolución histórica de nuestro país. Sostienen, en primer término, que la Nueva España era una gran nación, porque estaba unida. Luego dicen que las tres revoluciones históricas de nuestro país la desintegraron, porque dividieron a la nación: la Revolución de Independencia, primero; la Revolución de Reforma, después y, por último, la Revolución Mexicana.

Fundándose en esta interpretación histórica, la reacción afirma, en segundo lugar, que el estado de guerra en que México se encuentra impone la unión de todos los mexicanos y hace posible conservar esta unidad nacional en forma definitiva y permanente. Pero que, para que esto ocurra, para que la unidad nacional pueda establecerse para siempre en nuestro país, es indispensable barrer con los obstáculos que lo han venido impidiendo, es decir, precisa deshacer la obra de nuestras tres grandes revoluciones. En conclusión, es necesario volver hacia atrás, retornar a la época de la Nueva España, para que México sea otra vez la nación más importante de América, como parte del gran imperio español frustrado hace más de un siglo.

Esta tesis es falsa, es anticientífica, es injusta, es torpe y es, sobre todo, antipatriótica. Es la tesis de la traición histórica de la minoría de México. Es falso, en primer término, que la Nueva España haya sido una nación. La Nueva España nunca fue una nación, porque las naciones son, históricamente hablando, el producto de la etapa ascensional del capitalismo. Las naciones aparecieron en Europa como

resultado natural del derrumbe del feudalismo y del nacimiento de un nuevo régimen social en la historia, que es el régimen burgués. Como todo el mundo sabe, durante la Edad Media no había naciones sino Estados regionales. Fue la decadencia del sistema feudal de producción y el desarrollo de la producción mercantil que hizo posible el surgimiento de las naciones, de la nación como institución histórica moderna.

¿Cómo, pues, si la Nueva España nunca fue un país en cuyo seno se hubiera desarrollado el sistema capitalista de producción, pudo haber sido alguna vez una nación? Para que una nación exista necesita reunir cuatro condiciones esenciales: una comunidad geográfica, una comunidad económica, una comunidad lingüística y una comunidad cultural. Pero, fundamentalmente, una nación necesita ser una comunidad económica, y la Nueva España no lo fue, porque no era siquiera un país típicamente feudal, sino un país con régimen esclavista. El Imperio Español no transportó a la Nueva España sus propias instituciones, no hizo de esta tierra de América una réplica, una repetición de lo que ella misma era. Al contrario, inventó una forma sui generis de la explotación del hombre por el hombre. Esta institución se llamó “el peonaje”, que era una de las formas disfrazadas del sistema esclavista. La prueba es que tanto Hidalgo como Morelos lucharon por abolir la esclavitud en nuestro territorio.

¿Cómo pudo entonces, la Nueva España, ser una nación? Económicamente, no era un país que pudiera romper el feudalismo, porque no estaba organizada feudalmente y, además, porque se desarrollaba el régimen capitalista en su seno. ¡Qué distancia tan grande hubo entre el sistema de producción en la Nueva España y la fase inicial del capitalismo en Europa! La producción de mercancías, de artículos destinados al cambio, estaba muy lejos de ser fisonomía de la Nueva España. Eramos un país productor de metales preciosos, gracias a la mano de obra de los esclavos, y productor de cereales alrededor de las minas, nada más. Una colonia con prohibición de comerciar con las demás colonias, un país aislado en el mundo, mantenido de un modo enérgico y cruel en una etapa muy anterior al feudalismo y más anterior todavía a la revolución burguesa.

Es verdad que durante los primeros años del régimen colonial, hubo hombres que quisieron hacer de la Nueva España un país próspero. Algunos virreyes se preocuparon por hacer de esta tierra un país rico: trataron de establecer obrajes, de implantar cultivos intensivos, trayendo de la cuenca del Mediterráneo las plantas características, para trasplantarlas a los climas apropiados del territorio mexicano.

Y algo hicieron. Pero en cuanto los monopolizadores de la explotación del trabajo de los esclavos mexicanos se dieron cuenta de que se estaba abriendo un camino peligroso para sus intereses privados, influyeron para que fuera abandonado este programa de desenvolvimiento económico de México y se vieron actos, como es bien sabido, de destrucción de las moreras, de destrucción de los olivos, de destrucción de fábricas, y también se multiplicaron las prohibiciones hasta para adquirir profesiones que podían servir al progreso material de la Nueva España.

Desde el punto de vista lingüístico, es inútil hablar de la falta de comunidad de idioma. Si todavía hoy hablamos cuarenta y dos lenguas y dialectos aborígenes diversos, además del español, es absurdo pensar en una Nueva España unificada. Por último, desde el punto de vista cultural, casi resulta un sarcasmo hablar de la comunidad de cultura en la Nueva España.

Por ninguna razón, en ningún aspecto puede estimarse que existía una nación en la Nueva España. En consecuencia, es falso que las revoluciones históricas de nuestra Patria hayan destruido la unidad nacional que existía en la Nueva España, por la sencilla razón de que no se puede destruir lo que no existió nunca. ¿Cómo se pudo haber destruido la nación mexicana si no existió, si no existía? ¿Cómo pudo haberse realizado este acto tremendo, que esgrimen hoy como argumento central los teóricos falsos de la historia de México?

Para integrar a México como nación era preciso, ante todo, liquidar la esclavitud como régimen y desenvolver materialmente al país para que se incorporara en el desarrollo del régimen capitalista, que entonces empezaba a vivir la etapa brillante de su ascenso. Dicho de otro modo, era indispensable que México viviese el mismo ritmo en que vivían otras naciones del mundo, que abandonaban la Edad Media y entraban en la época moderna.

Miguel Hidalgo y Costilla, José María Morelos y Pavón no fueron simples líderes de la independencia política de México. Fueron algo más que eso, particularmente el gran Morelos, el visionario genial. La Revolución de Independencia era algo más que la libertad para México como nación; era el establecimiento, en la vida interior de nuestra Patria, de un régimen democrático, de un régimen de libertad interior y también de un régimen de justicia social, para que México pudiese progresar desde el punto de vista económico. Los ideales de Morelos fueron eso, esencialmente. Y esos han sido los ideales de las tres revoluciones históricas de nuestro país.

La Independencia cumplió parte de esos ideales, la Reforma realizó otros y la Revolución Mexicana ha intentado cumplir otros más. Por eso cuando los reaccionarios afirman que la Revolución de hoy es una parte de la histórica revolución de ayer, tienen razón. Nosotros lo hemos afirmado antes que ellos: la Revolución Mexicana es una: comenzó en 1810 y no termina todavía. Es un solo esfuerzo del pueblo, es un solo anhelo, un mismo propósito, un mismo impulso para cumplir con ideales que aún no se realizan de una manera cabal. Y mientras estos ideales no se realicen, es incuestionable que la unidad nacional no se habrá realizado de una manera perfecta.

Se acusa a nuestras tres revoluciones de haber hecho imposible la unidad nacional. Se dice que la unidad de la Nueva España fue rota y, por tanto, quedó trunco el destino de México. Esto no sólo es falso por lo que ya he afirmado, por cuanto a que la nación no existía, sino porque precisamente gracias a esas revoluciones se ha realizado la unidad nacional que existe en nuestro país.

¿Qué es una nación sin independencia? ¿Se puede hablar siquiera de una nación que no tiene autonomía jurídica, que no tiene personalidad propia en la vida inter-

nacional? Es absurdo. ¿Se puede hablar de la unidad de una nación mientras ésta es colonia de una potencia extranjera? ¿Se puede decir que la unidad de la nación está por encima de la propia existencia de la nación? Es absurdo.

La Revolución de Independencia dividió a los mexicanos en realistas e insurgentes y, por tanto, rompió la unidad de la Nueva España. La Revolución de Independencia sí dividió a los mexicanos, precisamente para hacer la unidad de la nación, porque sin independencia nacional es imposible hablar de una nación unida. Sí dividió a los mexicanos, sí; la mayoría del pueblo quería la independencia de su Patria contra la minoría que no quería la independencia de la nación mexicana.

Si eso es dividir a la nación, es cierto, es un hecho: Miguel Hidalgo y Costilla dividió a la Patria, pero la dividió para hacer una Patria que no existía, dividió a la nación para hacer una nación que tampoco existía. Dividió a los mexicanos para darles la noción de Patria y trazarles el camino para el porvenir. Esa fue su gran obra de caudillo, de líder y de agitador de la conciencia mexicana.

Benito Juárez también dividió a la nación, pero la dividió para darle democracia interior. Si los caudillos de la Revolución de Independencia lograron para México su independencia internacional, su autonomía desde el punto de vista del derecho de gentes, el gran Juárez logró para México una norma democrática. ¿Qué es una nación sin libertad interior, sin libertad para sus habitantes, sin derechos para sus ciudadanos? ¿Qué es una nación sin derecho de libre expresión del pensamiento? ¿Qué es una nación sin derecho de voto, sin sufragio? ¿Qué es una nación sin derecho de investigar y de demostrar lo aprendido? ¿Qué es una nación sin derecho de abrazar cualquier creencia? ¿Qué es una nación sin el derecho de no tener ninguna creencia? ¿Qué es un pueblo sin estos derechos colectivos, sin estos derechos individuales? No existe. Es absurdo hablar de unidad nacional mientras en una nación no existan libertades interiores.

Juárez dividió a los mexicanos. Sí, eso es un hecho. Pero llamó al pueblo para acabar de liquidar lo que la Revolución de Independencia no había destruido, para darle a México no sólo una vida internacional legítima, sino un régimen democrático que suprimiera definitivamente el régimen esclavista en que había vivido nuestra Patria durante los tres siglos de la colonia.

Juárez dio fisonomía de pueblo al nuestro, dio derechos internos a la nación mexicana y dio obligaciones y derechos a los hombres de nuestro país. Por eso, porque sin la democracia México no habría aparecido como nación, precisamente por eso la Revolución de Reforma, así como la Revolución de Independencia, en lugar de destruir la unidad nacional, la hizo posible.

¿Y la Revolución de 1910? ¿Qué persiguió? Lo que tantas y tantas veces hemos discutido y hemos tratado de realizar en nuestro territorio: justicia social, un mínimo de derechos colectivos para las grandes masas del pueblo, para la gran masa rural, para el sector del proletariado, para los hombres de la clase media.

¿Cómo se puede hablar de unidad nacional si no hay un mínimo de justicia? Si lo que nos importa a los hombres es justicia con un mínimo de garantía. ¿Cómo

se puede hablar de la unidad nacional en un país esencialmente agrícola, en el que su gran población rural esté sometida al régimen tradicional del peonaje? ¿Cómo hablar de la unidad de la nación si los hombres en su gran mayoría, los que la forman o se sienten partícipes de esa nación, son sus esclavos, sus explotados, sus víctimas?

Por eso la Revolución de 1910, persiguiendo la justicia social, vino a completar la obra de las otras dos revoluciones: de la Revolución de Juárez, que estableció el régimen democrático, y de la Revolución de Hidalgo y Morelos, que conquistó la independencia internacional de nuestro país.

No es verdad que estos tres grandes movimientos hayan hecho imposible la unidad nacional. Por el contrario, gracias a estas tres revoluciones existe la unidad nacional en México en el grado que existe, porque gracias a estas tres revoluciones existe la nación mexicana.

Una nación sin independencia política, una nación sin régimen democrático interior y una nación sin justicia social no es una nación. Es una colonia del imperalismo extranjero, es una parte del mundo convertida en esclava, pero no es una tierra de hombres libres, ni una entidad soberana e independiente.

Y si eso no es una nación, entonces tenemos que concluir afirmando que la unidad nacional en México no puede estar por encima de la existencia misma de la nación mexicana. En otras palabras: que la unidad nacional en México no puede estar por encima de la independencia de la Patria mexicana; que la unidad nacional en México no puede estar por encima de la democracia mexicana, y que la unidad nacional en México no puede estar por encima de la justicia social mexicana.

Ahora bien, si hemos, pues, de reclamar responsabilidad histórica, en cuanto esto es posible, ¿a quién corresponde la responsabilidad de que todavía no existe una unidad nacional vigorosa en nuestro país? ¿A quiénes compete esta responsabilidad? ¿A los revolucionarios de hoy? ¿A los de ayer? ¿A los de anteayer? ¿O a los reaccionarios de hoy, de ayer y de anteayer? ¿A quién compete esta responsabilidad?

Veamos brevemente a quién compete esa responsabilidad en los grandes períodos de nuestra historia. ¿Por qué México no pudo, al igual que otras naciones, liquidar el feudalismo en su seno e incorporarse en el desarrollo capitalista? Porque llegamos tarde; porque llegamos tarde para incorporarnos en el ascenso del capitalismo. ¿Y por qué llegamos tarde para incorporarnos en el ascenso de un nuevo régimen histórico? ¿Por culpa de quién? ¿De los indios? ¿De los indios explotados en las minas, en las haciendas, en las casas del grupo breve de los gobernantes? ¿En las casas y para el servicio de las minorías de privilegiados que venían a explotar nuestro territorio? ¿Por culpa de los mestizos que carecían del derecho de gobernar al país, sin la posibilidad de adquirir cultura plena? ¡No, seguramente!

Si llegamos tarde para incorporarnos en una nueva corriente histórica, fue por los esclavistas, por los que arrancaron las vides y los olivos y las móreras, por los que seguían insistiendo en que los indios eran gente sin razón, para poderlos explotar como esclavos; por los que hicieron de Nueva España una colonia de gente

mal pagada, o simbólicamente pagada, con el objeto de aumentar la fortuna de un pequeño grupo de individuos que monopolizaban el comercio con España.

No fueron seguramente los mexicanos de origen, ni los mexicanos formados en el curso de la Colonia, los responsables de que su país hubiera llegado tarde para incorporarse al régimen capitalista que se iniciaba. Fueron los reaccionarios, ellos fueron los que impidieron que nuestro país alcanzara su independencia legítima. No fueron los partidarios de la República en la Nueva España, fueron los representantes y partidarios del Rey en la Colonia, en la Nueva España, los que impidieron nuestro desenvolvimiento y nuestro progreso.

¿Y después, ya realizada la independencia política quiénes fueron los responsables de que nuestro pueblo no se hubiera unificado para hacer de la nación mexicana recién nacida una nación poderosa? ¿Quiénes? ¿Los insurgentes? ¿Los que representaban las tradiciones de Hidalgo y de Morelos? ¿Acaso Vicente Guerrero, asesinado precisamente por la reacción? ¡No! Los responsables de que nuestro país no hubiera logrado con su independencia política las bases para hacer su prosperidad nacional, fueron los que escamotearon a los revolucionarios del pueblo la independencia política de la nación mexicana, los que apenas consumada formalmente la independencia de nuestro país, trataron de realizar los viejos ideales, las aspiraciones más reaccionarias del pasado, pretendiendo establecer un imperio en México.

Ellos, que han tratado siempre de que nuestro pueblo erija un monumento de gratitud a Agustín de Iturbide, saben bien que el pueblo, con su instinto maravilloso, no lo ha tolerado ni podrá permitirlo jamás, porque Iturbide representa precisamente al régimen esclavista que escamoteó la libertad de nuestra Patria a los grandes hombres de México. Ellos son, los realistas, los que trataron de que la Independencia no tuviera trascendencia real en nuestro país, manteniendo el mismo régimen económico y social, los responsables de que nuestro pueblo no se hubiera unificado.

Y luego, durante la Reforma ¿quiénes fueron los responsables de que, triunfante el Ejército Liberal, vencedor el pueblo capitaneado por Juárez, no se hubiera consumado la obra del Benemérito de la Patria y de las Américas? ¡A poco el grupo brillante de los colaboradores de Juárez! ¡A poco los chinacos! ¡A poco las gentes del pueblo que lo siguieron a pie y a caballo! ¡A poco los hombres que participaban de las ideas universales del momento, que hablaban de libertad, de igualdad y de fraternidad entre los hombres! No. ¿Quiénes son los responsables de que la Reforma hecha por Juárez no se hubiera cumplido en todas sus consecuencias y que el pueblo mexicano no hubiera tenido como bandera única para nuestro país las Leyes de Reforma? Fueron los conservadores los que, vencidos en territorio mexicano, fueron al exterior a buscar el apoyo militar y político del extranjero, para derrocar a las instituciones liberales y republicanas de la Patria Mexicana. Ellos fueron los traidores, los responsables de la falta de unidad nacional en aquella época. No fue Juárez. Juárez hizo la unidad del pueblo; los reaccionarios trataron de impedirlo.

¿A quiénes impidieron que, derrotado Porfirio Díaz, caído por su propia inercia, derrumbado el régimen ante el solo levantamiento del pueblo, no se hubieran asociado



los mexicanos para obtener el fruto de la gran victoria cívica en contra del dictador? ¿Fueron responsables de que no hubiera habido unidad nacional inmediatamente después del triunfo de Madero, los campesinos, los obreros, los estudiantes, los intelectuales que jubilosamente recorrían los campos, las poblaciones y las grandes ciudades de nuestro país? No, tampoco. Los responsables de que no hubiera habido unidad nacional después del triunfo de Madero fueron los reaccionarios, los que mandaron asesinar a Francisco I. Madero por conducto de un representante del ejército mercenario de la tiranía.

Del mismo modo que fueron responsables los miembros de la Junta de Notables, reaccionarios, que estuvieron en Miramar a solicitar la gracia de un archiduque extranjero para que viniese a coronarse emperador de México. Como fueron responsables los que asesinaron a Guerrero y los que cantaron loas a la ridícula monarquía de veinticuatro horas de Iturbide. Ellos son los responsables de la falta de unidad nacional en nuestro país.

No es la Revolución de Independencia, no es la Revolución de Reforma, no es la Revolución de 1910 la que ha roto la unidad nacional. Y es que ocurre en la historia precisamente lo contrario de lo que los reaccionarios de hoy afirman: una revolución, mientras más profunda es, más logra la unidad de la nación en donde se produce.

Si recordaba yo antes que la nación, como institución, adviene en la historia justamente a consecuencia del derrumbamiento del feudalismo, entonces estoy afirmando que la nación aparece en la historia a consecuencia de ese gran movimiento social que llamamos nosotros la Revolución Francesa, la revolución democrático-burguesa que estalló en un país y que se extendió después al mundo entero.

Las naciones existen, en consecuencia, como producto directo de una revolución. Así han nacido las naciones todas: primero en Francia y después en toda Europa, mediante el ejército napoleónico, que destruyó los restos del feudalismo para que pudieran surgir nuevas entidades políticas, económicas, sociales y culturales: las naciones modernas. Es una nación, en cualquier parte del mundo en donde existe, una comunidad geográfica, una comunidad económica, una comunidad lingüística, una comunidad cultural, gracias a una revolución.

¿Cómo afirman, entonces, los doctos teóricos, los sabios, por los filósofos de "Acción Nacional" o de la Unión Nacional Sinarquista, que las tres revoluciones históricas de México son las responsables de que no exista la unidad nacional en nuestro país, si acabo de recordar y de probar una vez más que si no hubiera habido tres revoluciones, seguiríamos siendo lo que fuimos: un simple país de esclavos, de explotación de metales preciosos para un imperio vasto pero con una metrópoli caduca y podrida?

Los que preconizamos la unidad nacional somos precisamente los revolucionarios, los revolucionarios de hoy, como ayer los liberales fueron los partidarios de la unidad nacional, y como antes de ellos fueron los insurgentes abanderados de la unidad nacional.

Por otra parte, es utópico el regreso a la Nueva España. Es utópico por mil razones que no voy a repetir, porque sería inútil cansar la atención de ustedes con argumentos que cada uno de los que me escuchan podría expresar de un modo brillante. No. Es imposible retroceder hacia allá. Pero juzguemos, no la posibilidad del retorno, sino el valor político de su intención. Los que quieren hacer retroceder a México a la etapa de la Colonia son justamente los que quieren que regresemos a un período histórico en que no había nación mexicana. Los que hablan de integrar a la nación, de defender a la nación y que tienen como órgano periodístico a una revista que se llama así precisamente: *La Nación*, son los que quieren que volvamos a la etapa en que no había nación en México.

¿Quiénes, pues, desintegran a la nación (un grito: "Véjar Vázquez"), o tratan de desintegrarla? Los que quieren que volvamos al período histórico en que México no existía, los que quieren que volvamos al período en que la nación mexicana no existía aún. Esos son (gritos de: "Brito", "Brito"), los que hablan de la nación mexicana y de la unidad nacional.

Es imposible deshacer la obra de nuestras revoluciones. Es imposible deshacer la obra de Hidalgo y de Morelos. Es imposible deshacer la obra de Benito Juárez. Es imposible deshacer la obra de Francisco I. Madero, de Pancho Villa, de Emiliano Zapata, de Carranza, de Obregón, de Cárdenas, de Avila Camacho. Es imposible. Es imposible, no sólo por razones obvias para el hombre medianamente ilustrado, conocedor superficial de lo que significa la evolución histórica de un país y la evolución histórica de las naciones todas. Es imposible. Es imposible, porque aparte de estas razones, los mexicanos de hoy tomaríamos el fusil para hacer por fin la Revolución Mexicana.

No queremos una Patria sin independencia internacional; no queremos una nación sin régimen democrático interior, no queremos un país sin justicia social como norma de su conducta propia e internacional. Queremos a la nación con independencia, con democracia y con justicia social. Esa es la obra y esos son los ideales de las tres revoluciones históricas: de la de 1810, de la de la mitad del siglo pasado, de la de los inicios de esta centuria. Así la queremos, porque así la hemos recibido y porque esta guerra no es sólo una guerra para defender la integridad de cada nación, ni es sólo una guerra para mantener la democracia, por incipiente que sea, en cada país, ni es sólo esta guerra un esfuerzo por mejorar la situación de las masas hambrientas, desheredadas, ignorantes del pueblo, sino porque esta guerra aspira a hacer de cada régimen democrático incipiente un régimen democrático pleno en la vida internacional.

Allí está el ejemplo de la Unión Soviética: la nación en donde la independencia internacional es más completa; la nación en donde el régimen democrático es más completo también; la nación en donde la justicia social es también más completa, es la nación más unida, más vigorosa, más poderosa, gracias a la cual la humanidad se ha salvado frente a este gran peligro del fascismo.

Para tranquilidad de los idiotas, para confianza de los eternos detractores de la obra que realizamos los revolucionarios, para consuelo de los que tratan de calumniarnos de un modo constante, quiero decir que al afirmar yo que la Unión Soviética es ejemplo supremo de lo que significa la unidad nacional en un país, no preconizo para todos los pueblos del mundo la revolución social ahora mismo, con el objeto de que se establezca en su seno una unidad nacional semejante a la de la Unión Soviética. No: los revolucionarios, los marxistas, los que pensamos, estudiamos, investigamos y no nos damos golpes contra la realidad ni contra la teoría científica; los que no hacemos demagogia con los sentimientos ni tampoco tratamos de ahogar la verdad, precisamente porque somos revolucionarios, hemos dicho, en más de una ocasión, que a resultas de esta guerra, lo que hoy es incompleto habrá de completarse en mayor o menor proporción, según las posibilidades internas de cada país y según la situación en que se encuentre dentro del conjunto de la vida internacional.

Hemos dicho que, así como ha sido disparejo el crecimiento del régimen capitalista en el mundo, de la misma suerte no será parejo el progreso del socialismo en la tierra. Pero también hemos dicho que de esta guerra las democracias saldrán tonificadas, la justicia social saldrá robustecida, y la independencia de cada país saldrá también más fuerte que nunca, porque nosotros queremos que no sólo la alianza de las naciones de régimen democrático haga posible la victoria contra el fascismo, sino que esta asociación perdure en la postguerra, con el objeto de realizar hasta en sus últimas consecuencias el compromiso internacional que representa la Carta del Atlántico.

Queremos que cada nación no sólo goce en la teoría sino disfrute en los hechos de los derechos inmarcesibles e irrenunciables de autodeterminación; queremos que los pueblos todos se den el gobierno que les plazca y que les sea posible elevar a la categoría de institución obligatoria.

Queremos que la justicia social no sea solamente una afirmación diplomática en las asambleas anuales de la Organización Internacional del Trabajo en Ginebra, sino carne viva, realidad, institución militante en favor del proletariado, de las grandes masas rurales de nuestros pueblos y de los demás pueblos semicoloniales del mundo.

Queremos que la cultura sea un servicio público al alcance de las masas y que no se mistifique, sino que sea una cultura verdadera, basada en la ciencia.

Queremos que los hombres sean más libres de verdad y que las mujeres dejen de ser esclavas en la mayor parte de la tierra y se incorporen en la vida económica, cívica y cultural de los pueblos todos.

Queremos que los ideales de ayer, los de hoy, se junten, se asocien, se confundan y se cumplan fielmente.

Por eso anhelamos ganar la guerra, para ganar la paz, y por eso, por eso nos levantamos con autoridad frente a los que querían ganar la guerra y la van a perder y ahora quieren, después de perder la guerra, ganar la paz. ¡No! ¡No! La paz la va a disfrutar el que gane la guerra, no el que la pierda. La paz la van a ganar quienes

mantienen, como consigna, la democracia como régimen interior en cada país; los que mantienen, como consigna, la justicia social como norma de la vida doméstica de cada país. Esos ganarán la paz. No la ganarán los que quieren que regresemos a la época de la Colonia. No. No. Es tarde para eso, muy tarde. Entre el cura Hidalgo y nosotros han corrido muchos años. Los ideales son los mismos, pero también recordamos a los reaccionarios de hoy que la derrota que sufrieron sus antepasados es la misma derrota que el pueblo mexicano de hoy va a infligirles.

¡Ganaremos, sí! ¡Ganaremos la paz, porque vamos a ganar la guerra y la vamos a ganar, porque vamos a cooperar más de lo que hoy hemos cooperado! En el terreno económico, claro está, que es en el campo en que nuestros deberes son mayores y más posibles; también en el terreno político, para hacer de América una unidad militante antifascista; pero en el terreno militar también. Respetando los planes de cada gobierno, independientemente de las razones que asistan en cada país a los jefes de las naciones para determinar la forma en que se puede cooperar a la defensa de nuestras instituciones y a la victoria contra el fascismo, yo he recogido durante mi reciente viaje por la América Latina el anhelo fervoroso de las vanguardias del proletariado y del pueblo, para que hagamos un gran ejército homogéneo de las veinte naciones del Nuevo Mundo.

Y lo vamos a hacer, lo vamos a hacer. Y verán, no la eficiencia que no está a nuestro alcance lograr, ni la importancia numérica tampoco, ni tampoco la capacidad técnica, pero sí verán la eficacia ideológica y moral de miles y miles de latinoamericanos que, portando las banderas gloriosas de las más brillantes jornadas de nuestra historia, irán a los frentes de lucha a proclamar la libertad de nuestras patrias y del mundo entero. Bien acaudillados, presididos por los símbolos de nuestras patrias y comandados por los mejores soldados de la América Latina, irán allí, donde sea menester.

Ganaremos, contribuiremos con cuanto sea posible, porque no nos dejaremos arrebatar la paz. No. Muy lejos de la realidad andan, muy equivocados están los reaccionarios de hoy, que creen que van a ganar la paz. ¡Y lo creen! ¡Lo creen! Lo creen, porque al fin y al cabo creyeron que iban a derrotar a Juárez; porque creyeron que iban a derrotar a Hidalgo y a Morelos; porque creyeron que iban a derrotar a Madero. ¡Lo creyeron! De otro modo no hubieran ido a luchar exponiendo su vida.

Pero ahora estos señores van a perder, porque creen además en esto que es todavía más curioso: no sólo creen que el nazifascismo está a punto de morir. En eso estamos de acuerdo. No sólo creen que está a punto de morir el imperio británico. En esto también estamos de acuerdo. Es que creen que el régimen democrático en la URSS y en los países capitalistas va a morir. En eso no estamos de acuerdo, porque es una creencia estúpida, basada en la ignorancia de la teoría, en el desconocimiento de la evolución histórica y sobre todo, en la miopía o en la ceguera frente a los hechos.

¿Está derrotado el régimen democrático en la URSS, después de lo que está ocurriendo en la Unión Soviética? ¿Está derrotado el régimen democrático en los países que están produciendo, como Estados Unidos, millones y millones de elementos de lucha, apoyados en un plan histórico como la Carta del Atlántico? ¡No! Que haya quienes pretenden escamotear, dentro de los propios países capitalistas, la Carta del Atlántico, eso ya lo sabemos, pero que lo logren, eso ya es otra cosa. No lo lograrán.

¿Que el régimen democrático actual, como existe en la mayor parte de los países capitalistas, va a morir? De acuerdo, también de acuerdo; pero no estamos de acuerdo en que vaya a morir para siempre. Estamos de acuerdo en que va a morir en esta forma imperfecta y en que va a revivir en una forma plena y perfecta.

Si la democracia incipiente va a ganar la guerra, ¡cómo no va a ganar la paz venidera una democracia fresca, revivida con la sangre de millones y millones de hombres! Va a triunfar la democracia en el porvenir y va a prodigar a los pueblos que ya la tienen incontables bienes materiales y bienes espirituales. Va a surgir una cultura, una verdadera cultura para el mundo entero, no una cultura chica, no una cultura pequeña, no una cultura enana, con prejuicios, con complejos de inferioridad. Una cultura amplia, universal, del hombre, de la humanidad, dentro de un mundo libre, feliz, económicamente próspero.

Por eso recordamos a Lenin en esta ocasión, porque aparte del genio del continuador de Marx, de su talento inconmensurable, del planificador hacia el porvenir de lo propio y de lo universal, ha sido posible lo que hoy contempla la tierra, gracias a la calidad suprema de Lenin como hombre. Susténtese la teoría política que se quiera, susténtese la creencia religiosa que se quiera, pertenezcense al país que se pertenezca, si se trata de hombres honrados, todos deben reconocer que Lenin fue un hombre superior, lo que los creyentes llaman un santo, lo que nosotros llamamos un revolucionario.

Fue un santo o un revolucionario; fue un hombre superior. El, con su ejemplo, hizo posible las grandes jornadas históricas que produjeron después la Unión Soviética. Era un hombre de verdad: modesto, humilde, estudioso, amigo del pueblo. No codiciaba los bienes materiales, no los quería, le resultaban inútiles. Estaba dedicado a construir un mundo para todos los hombres. Era un obrero de una gran tarea histórica. Cuando leemos una vez más la vida de Lenin, como hemos leído y releído en nuestra vida algunas de las biografías de los grandes hombres, su ejemplo nos alienta, porque no hay dos, a mi modo de ver, que reúnan, como Lenin, todas las características para servir de ejemplo a sus contemporáneos y a los hombres de la posteridad.

Los mexicanos necesitamos ejemplos de éstos. Nosotros, que hemos tenido todavía la posibilidad de hacer que el movimiento revolucionario del pueblo se purifique, cuánta necesidad tenemos de recordar, ya no las teorías de Lenin, ni la obra de Lenin, sino Lenin como hombre. En donde tantos han prevaricado, en donde algunos

llegan hasta el cinismo como prevaricadores, se necesita recordar la existencia de hombres geniales y puros.

Lenin ha de ser un inspirador para mañana también, inspirador para los mexicanos patriotas, inspirador para los gobernantes patriotas de nuestro país. Por eso lo recordamos también en esta noche. El ha contribuido a ganar la paz en el mundo, pero él seguirá contribuyendo a que se formen hombres nuevos en el mundo. Y nosotros tenemos necesidad de hombres nuevos en México. Esta ola de cieno y de corrupción que a veces nos llena y golpea desde la raíz de la fábrica social hasta la cumbre, es lo más antileninista, lo más antihumano, lo más antipatriótico que yo concibo.

¿Por qué no siguen el ejemplo de Manuel Avila Camacho todos los funcionarios y los políticos de México? ¿Por qué en algunos este afán de exhibir su riqueza y de hacer mofa del pueblo? ¿Por qué no siguen el ejemplo de Manuel Avila Camacho, sencillo, honesto y austero, sinceramente opuesto —yo lo conozco de la vida entera— a lo que significa exhibicionismo, ludibrio, mofa del pueblo? Nadie tiene derecho a ser rico en un país de miserables, y esto lo enseña Lenin con su obra, con su ejemplo, con su presencia constante. Por eso también lo recordamos hoy.

Lo recordaremos mañana, mañana cuando, después de la victoria, cuando hayamos ganado la guerra y ganado la paz, nos reunamos aquí o en cualquier parte del mundo, para comprobar que teníamos razón cuando afirmábamos que la nación sólo puede existir en cualquier país del planeta cuando la nación sea la expresión de la independencia, de la democracia y de la justicia social. Habremos de congregarnos en todas partes para festejar el triunfo de la nación, que será el triunfo de los mejores ideales históricos. De esta manera honraremos las ideas permanentes, eternas, del progreso. Honraremos una vez más a Lenin, amigos, hermanos de México.

## Presente y porvenir. Lo que los trabajadores y el pueblo de México deben saber

Camaradas:

He de examinar en esta ocasión, por encargo del Comité Nacional de nuestra Confederación de Trabajadores de México, los principales problemas de carácter internacional y nacional que interesan de una manera viva y profunda no sólo a los cetemistas, no sólo a los trabajadores todos del país, sino a todos los mexicanos y a todos los pueblos hermanos del nuestro en este hemisferio.

Se realiza este Tercer Congreso Nacional de la CTM en condiciones de gravedad suma para México, para América y para el mundo. Si no tuviese esta asamblea un juicio claro, una opinión certera respecto de las cuestiones esenciales de la CTM, respecto de los problemas fundamentales de México, respecto de los problemas principales de América y respecto, también, de los principales problemas del mundo, indudablemente que esta reunión ni habría cumplido con su deber ni tendría ninguna significación, porque los congresos nacionales de la CTM son y deben ser siempre una oportunidad para orientar a los delegados todos de la República, con el fin de que, a su turno, ellos informen y orienten a quienes los enviaron al Congreso, y de esta manera la clase trabajadora mejore sus ideas, precise sus juicios y haga de su táctica de lucha un arma realmente eficaz en beneficio propio y en provecho de los ideales comunes a los mexicanos y a todos los antifascistas del mundo.

Por esta razón deberán ser dos las partes de mi peroración: la primera se referirá al examen de los principales problemas de carácter internacional, y la segunda, al examen de los problemas nacionales, de los problemas de México, dentro de los cuales se hallan involucrados, de una manera orgánica, los intereses concretos del proletariado y los intereses, más específicos aún, de la CTM.

---

Discurso en el III Consejo de la CTM. *El Popular*, 31 de marzo de 1943.

¿Cuáles son, en este momento, los principales problemas de carácter internacional? ¿Cuáles son los problemas que más afectan a cada uno de los países del mundo y a todos ellos en su conjunto —hoy que como en ninguna otra ocasión, los intereses de los países todos se han convertido en un solo interés, en ganar la guerra? Es indudable que es éste el interés supremo de los pueblos de las Naciones Unidas, lo mismo que el de los regímenes totalitarios asociados en la alianza tripartita de carácter fascista. Por lo que toca a las Naciones Unidas, dentro de las cuales se halla México, los dos problemas fundamentales en esta hora son: la ofensiva final contra el fascismo, con el propósito de ganar la guerra y, en segundo lugar, la organización del mundo para la postguerra.

Nos hallamos, en efecto, en el período de la ofensiva final contra el fascismo. El resultado de la guerra, hasta hace unos meses, dudoso para el grueso de los observadores de todos los pueblos, visiblemente se ha inclinado ya en favor de la causa de las Naciones Unidas, particularmente por el hecho de que en tierras de la Unión Soviética el fascismo se ha estrellado como fuerza de choque y de dominio y porque la resistencia maravillosa del Ejército Rojo y del pueblo de la URSS han demostrado lo que significa un pueblo unido de acuerdo con principios permanentes y superiores.

Pero esta ofensiva final tiene obstáculos. Se levantan por doquier, en el seno mismo de las Naciones Unidas, argumentos falsos, razones que encubren intereses o propósitos inconfesables, para retardar, para detener la ofensiva final en contra de las potencias del Eje. Son, principalmente, los “apaciguadores” de los Estados Unidos, los apaciguadores de Inglaterra, quienes con diversos motivos y con cualesquiera pretextos, y empleando todos los medios posibles, han impedido hasta hoy que la ofensiva final en contra del fascismo se realice de una manera completa. También han aparecido maniobras del Vaticano en contra de la pronta realización de una ofensiva final, general y victoriosa.

El objetivo de estas maniobras es muy claro: aislar a la Unión Soviética, romper la unidad del bloque aliado, facilitar el trabajo de la “quinta columna”, prolongar la guerra en el frente germano-soviético, esperar y propiciar el aniquilamiento recíproco de la URSS y de Alemania y conseguir, finalmente, una paz imperialista, por encima de los pueblos, para substituir a la postre a un fascismo que será derrotado, por un fascismo de tipo nuevo.

Estas maniobras tendientes a destruir la unidad de las naciones aliadas, tendientes a aniquilar a la Unión Soviética, tendientes a perder la guerra en sus consecuencias históricas y, por último, encaminadas a establecer en el mundo del mañana un régimen fascista universal aunque con envoltura diferente a la que hoy caracteriza al fascismo de Hitler y de Mussolini, nos deben obligar a todos los hombres y a todos los pueblos antifascistas a decir con claridad absoluta nuestra opinión, con el propósito, por lo menos, de descubrir, de denunciar una vez más no sólo estas tendencias y maniobras, sino los resultados que tratan de lograr quienes con su conducta las auspician.



Por esta razón en muchas partes se preguntan los trabajadores y los otros sectores antifascistas del pueblo: ¿es ésta una guerra para aniquilar a Alemania, o es ésta una guerra para liquidar a la Unión Soviética? ¿Hay que ayudar a la Unión Soviética para derrotar a Alemania, o hay que cooperar con Alemania para derrotar a la Unión Soviética? De otro modo también se plantea este dilema: ¿es ésta una guerra de las democracias contra el fascismo, o es una guerra entre el capitalismo y el socialismo?

Muchas veces la Confederación de Trabajadores de México, al igual que las demás centrales sindicales obreras de la América Latina, ha expresado su pensamiento en relación con las características de la guerra y en relación, en consecuencia, con nuestros deberes y con nuestros derechos de combatientes en contra del fascismo. Ya no es, pues, menester repetir estos argumentos, ni volver a hablar de las características de este conflicto, de nuestras obligaciones y de nuestros derechos dentro de él; pero sí ha llegado el momento de que esta asamblea representativa del proletariado mexicano exprese nuevamente lo que ya ha dicho la CTM en otras ocasiones, o sea, que la guerra hay que ganarla, ganarla, cuanto antes mejor, con una derrota absoluta de las potencias del Eje.

Esta guerra no debe prolongarse más. Ya ha costado muchos millones de vidas, ya ha causado pérdidas irreparables de carácter humano; ha costado, también, el sacrificio de enormes recursos materiales en el mundo. Los pueblos sojuzgados por el fascismo viven en una verdadera agonía. ¡No hay palabras para narrar lo que están sufriendo los países ocupados por los ejércitos fascistas! Y si a esto se agrega que la prolongación de la guerra puede traer —como de una manera inevitable ocurrirá— dificultades, complicaciones de carácter económico para la paz, necesitamos nosotros unir nuestra voz a la palabra y al clamor de los demás trabajadores de América y del mundo, exigiendo que esta guerra concluya rápidamente y con una victoria aplastante en contra de las potencias del Eje.

Por fortuna los “apaciguadores” no han logrado tener hoy la dirección de los gobiernos de las Naciones Unidas. Contra la actitud de los “apaciguadores” de los Estados Unidos se levanta, cada vez más robusta, la opinión de los líderes de las corrientes democráticas genuinas. Los últimos discursos del Presidente Franklin Delano Roosevelt y, sobre todo, el último gran discurso del Vicepresidente Henry A. Wallace, son de una claridad meridiana al denunciar las maniobras de los quintacolumnistas y de los apaciguadores. Sus palabras constituyen una prueba inequívoca de que debe ser combatida la tesis de la prolongación de la guerra, la tesis de la división entre las Naciones Unidas y la tesis, principalmente, de la paz por encima de los pueblos, violando los derechos fundamentales de las naciones.

Hay una gran angustia en todas partes del mundo. Por eso también en Inglaterra Winston Churchill, en contra de los “apaciguadores” de su país, levanta cada vez con mayor energía, la idea de la unidad de Rusia, de Inglaterra y de los Estados Unidos. Y fuera de estos dos grandes países, también la voz de José Stalin insiste sistemáticamente en la unidad de las tres grandes potencias para hoy y para mañana.

Nuestro país, país pobre, país pequeño, poco desenvuelto desde el punto de vista económico es, sin embargo, venturosamente, un país rico por sus tradiciones democráticas, por la reciedumbre de su pueblo y por la fortaleza y la actitud sistemática en la realización de sus ideales históricos. Por eso en contra de los “apaciguadores” de México, en contra de los “apaciguadores” de los Estados Unidos, en contra de los “apaciguadores” de Inglaterra y en contra de los “apaciguadores” de la América Latina, reanuda relaciones con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, para fortalecer la unidad del bloque aliado. Otros gobiernos de los países de la América Latina han establecido o han reanudado también, por fortuna, sus relaciones con la Unión Soviética con el mismo propósito. Y los que faltan por hacerlo, indudablemente que pronto lo harán.

Todo el plan de los “apaciguadores” estriba en lograr que la Unión Soviética —que es la fuerza militar más grande que en estos momentos existe en el bloque de las Naciones Unidas— sea anulada; todo su deseo es conseguir que se disgregue la poderosa unidad militar de las Naciones Unidas, con el objeto de que no estén listas para poder establecer las normas fundamentales de la paz. Por eso pedimos una vez más que la ofensiva final en contra del fascismo se realice sin límites, sin consideraciones ambiguas, sin regateos. ¡De otro modo habrá que pagar más en hombres, más en sangre, más en dinero, más en tiempo, más en dolor!

El otro problema es el de la postguerra. Se habla ya en todas partes de la paz venidera; se discute con interés tan apasionado lo que ha de ser el mundo del futuro, que muchas veces la opinión vulgar, la opinión de la gente que no medita, considera a la guerra terminada y cree que no hay que pelear ya, dedicando nuestras energías todas a discutir los problemas del mañana.

Es cierto que hay que organizarse y pensar ya en las cuestiones del futuro; pero es indudable que el problema de la post-guerra está íntimamente ligado a algunos problemas que yo he llamado de la ofensiva final en contra del fascismo. Nadie niega hoy que debe ser resuelto el problema de la post-guerra previamente a la terminación del conflicto armado, porque si no se sabe qué se quiere para mañana, es posible que este mañana se presente de pronto y no se tengan nociones claras de cómo defender y establecer las normas para la vida internacional futura de todos los pueblos.

Pero no debe anteponerse el problema de la post-guerra al problema de la victoria militar, anteponerlo es hacerle el juego al fascismo, es romper el frente internacional antifascista; es destruir el frente antifascista en cada nación, es fortalecer el trabajo de la “quinta columna”, es debilitar a los gobiernos, es desorientar a los pueblos, es desmoralizar a los combatientes y, en suma, es poner en peligro el triunfo de nuestra causa.

Nosotros queremos la paz. Es menester decir hoy unas palabras acerca de la clase de paz que anhelamos, a reserva de que cuando llegue el momento oportuno la CTM, junto con las demás organizaciones obreras de la América Latina, de Estados Unidos y del Canadá, de Europa, de la Unión Soviética, de los países de Oriente y de los

otros continentes, digan qué quiere la clase proletaria respecto al mundo que va a venir. Es indispensable, sin embargo, que digamos en esta asamblea representativa de la Confederación de Trabajadores de México cómo concebimos la paz, cómo entendemos el futuro que vamos a vivir nosotros y que, sobre todo, van a vivir nuestros hijos. Dos maneras hay de concebirla: como paz de los pueblos, o como paz imperialista. No hay otros términos, no hay otra manera de entender el futuro.

¿Cómo conciben el mundo de mañana las fuerzas antidemocráticas? ¿Cómo han planeado éstas que sea la vida internacional del porvenir? ¿Para qué están trabajando desde hoy, abiertamente ya, estas fuerzas antidemocráticas que tienen muchos nombres, muchos matices y muchos lemas, según y conforme los países en donde actúan? Ya es visible que estas fuerzas antidemocráticas pretenden forjar el mundo del futuro estableciendo tres cordones sanitarios integrados por Estados corporativos eclesiásticos: un cordón sanitario en torno a Inglaterra, el cual quedaría constituido por los Estados corporativos de España, de Francia y de Italia, para bloquear a la Gran Bretaña, y aniquilar al protestantismo; otro cordón sanitario se tendería en torno a la URSS, creándose una Entente Católica de la Europa Central, para preparar lo que ha dado en llamarse “la guerra santa contra el comunismo”, y el otro cordón sanitario lo conciben en torno a los Estados Unidos de Norte América mediante la integración de lo que los fascistas y los reaccionarios llaman la “Magna Hispanoamérica”, encabezada por México y destinada a aniquilar al protestantismo yanqui y a la judería internacional que —según las propias fuerzas anti-democráticas— tiene su asiento en el país del Norte.

Estos tres cordones sanitarios tienen por objeto no sólo dividir a la URSS de Inglaterra, a ésta y a la URSS de los Estados Unidos, a la América Hispana de la América del Norte, a la Europa del Norte de la Europa Central, y a la Europa de tradición católica de la Europa de tradición reformista; tiene también esta gran maniobra el fin de hacer que los pueblos pierdan la paz, que la guerra se transforme para que en lugar de engendrar libertad y justicia, produzca dolor y dictadura, tiranía y opresión, miseria y falta de libertad.

Esta maniobra debe ser denunciada, analizada, divulgada por cada uno de los militantes del proletariado internacional, por cada uno de los antifascistas de todos los países de la tierra. Debe ser denunciada esta maniobra, porque si nuestros pueblos no tienen conciencia del peligro que sobre ellos se cierne, porque si los militantes de nuestros sindicatos y de nuestras centrales obreras, porque si los miembros de nuestras agrupaciones campesinas, porque si nuestros compañeros de las agrupaciones sindicales de burócratas, porque si nuestros rancheros y pequeños agricultores, si nuestros artesanos y pequeños comerciantes e industriales no entendieran, porque si nuestros soldados, clases y jefes del Ejército no comprendieran, porque si nuestras mujeres no supieran cuál es el peligro en que estamos viviendo, es indudable que la ignorancia, la indiferencia, o la actitud francamente hostil a los ideales democráticos, no sólo retardarían la victoria, sino que la harían imposible. ¡Y si se retarda la victoria, se retardan la justicia social, la libertad y el progreso!

Ha llegado el momento de que los militantes de la CTM se den cuenta de que cuando sus directores plantean problemas internacionales, no están dando conferencias para gentes ociosas, ni están perdiendo el tiempo que deberían dedicar a cuestiones de carácter inmediato, "práctico", como muchas veces lo afirman quienes se creen pasar de listos. Es necesario recordar que un movimiento obrero sin teoría revolucionaria es una masa de hombres que no puede prestar ningún servicio histórico; que un conglomerado proletario que no tiene la visión bastante para realizar su función histórica y resolver los problemas de su país y de los países del mundo entero, es sólo una masa atrasada que no pertenece a nuestra época.

Por esta causa, entre más se conozca la situación, entre mejor se entienda, entre más militantes haya con una idea clara de lo que acontece en el mundo y de lo que acontece en su Patria, mayores ventajas prácticas obtendrán los obreros, mayores ventajas prácticas obtendrán los campesinos, los burócratas y todos los demás mexicanos: los industriales, los comerciantes, los banqueros. ¡Todos sin excepción!

Esta es una guerra de cuya solución depende el porvenir de todos los países, o lo que es igual, de ella depende el porvenir de cada país, lo cual significa que de ella depende el porvenir de México. Y del porvenir de México depende el porvenir de la CTM, y por lo tanto, el porvenir de cada sindicato, y de cada socio de la CTM.

La situación de nuestro país tiene características propias, como acontece de un modo inevitable en cada nación del mundo, pero está ligada también a la situación internacional. Así como en el campo internacional hay dos problemas fundamentales ya explicados: el de la ofensiva final contra el fascismo y el de la post-guerra, por lo que toca al panorama nacional mexicano hay dos problemas también importantes en este momento, no los únicos, pero sí los más trascendentales: el primero lo constituye la miseria creciente del pueblo mexicano, y el segundo, la ofensiva de la reacción conservadora.

Respecto al problema de la miseria creciente del pueblo, hay que volver a decir por qué ocurre y cómo puede remediarse. La CTM advirtió a tiempo el peligro, dijo con claridad lo que iba a ocurrir en nuestro país si no se tomaban las medidas necesarias para evitar la crisis económica que era fácilmente previsible; presentó estudios completos, de carácter científico, analizó las fuerzas nacionales e internacionales que iban a determinar la crisis en un país satélite semicolonial como el nuestro, en cuanto la guerra estalló y se rompieron las comunicaciones con Europa y con Asia, manteniéndose éstas con un solo país: los Estados Unidos. Lo advirtió claramente y propuso medidas y soluciones.

Pasaron los meses y hemos llegado a esta etapa grave de la crisis. Los medios empleados hasta hoy no han tenido ningún resultado práctico; han sido ineficaces las exhortaciones del gobierno, han sido inútiles las amenazas contra los acaparadores y responsables de la crisis; han sido ineficaces también las sanciones de la ley, han sido deficientes los métodos de colaboración con los propios acaparadores que se han empleado; ha resultado igualmente inadecuada la coordinación de los organismos estatales; ha resultado ineficaz la distribución y la regulación de algunos artículos de

consumo necesario. Y el resultado a que hemos llegado es éste que estamos viendo: los acaparadores se burlan del gobierno y del pueblo.

Frente a estos hechos no basta una protesta de la clase trabajadora ni del pueblo; necesitamos decir qué hay que hacer, y para esto es indispensable examinar las soluciones que presentan sectores, o personas, o instituciones que no son la Confederación de Trabajadores de México. No voy a referirme a todas, pero voy a ocuparme, desde luego, de la doctrina de la reacción, de lo que ella dice que debe hacerse para evitar la crisis económica y para mejorar las condiciones del pueblo. He aquí los argumentos de la reacción, sus teorías económicas y sus soluciones: “Los precios suben —afirman sus voceros— porque escasean las mercancías. Ya no hay mercancías porque todas se van para los Estados Unidos; el gobierno mata de hambre al pueblo para cumplir sus compromisos antipatrióticos con el gobierno yanqui. Hoy entrega nuestro pan y mañana entregará a nuestros hijos. El pueblo no debe ya tolerar esta situación”. Y, lógicamente, concluyen los reaccionarios: “Hay que luchar contra el gobierno”.

Muchos de estos argumentos ustedes los habrán oído, camaradas, en sus pueblos, en muchos sitios; los habrán oído aquí mismo, en la ciudad de México sobre todo, que es el semillero de todos los chismes, de toda la propaganda de la “quinta columna” y de la reacción.

No vale la pena que yo me detenga a examinar estos argumentos deleznales.

Quiero ahora referirme a otra doctrina económica, que tiene muchos partidarios en algunas esferas del gobierno y fuera de ellas. Para no emplear un término técnico quiero darle, para el fin de explicarla ante el Congreso de la Confederación de Trabajadores de México, el nombre de: “la doctrina del caballo del español”, que es un cuento que todo el mundo conoce. Esta doctrina consiste en lo siguiente: los precios suben porque escasean las mercancías; no hay muchas mercancías por falta de producción; hay que aumentar la producción, para que bajen los precios; para aumentar la producción, hay que incrementar las obras públicas; para incrementar las obras públicas hay que invertir mucho dinero; invirtiendo mucho dinero aumenta mucho la circulación monetaria; el aumento de la moneda circulante causa su desvalorización; la desvalorización de la moneda provoca el aumento de los precios. Mientras esto dure, aumenta la miseria de casi todos y la riqueza de unos cuantos; pero esto, por una parte, es inevitable y, por la otra, es transitorio. Así ha pasado —dice esta tesis— en todos los países cuando aceleran su progreso, y esta situación dura tanto como el esfuerzo por acelerarlo. Pero al final de cuentas aumenta la producción; entonces aumentan las mercancías. Y entonces, también, bajan los precios.

Esta teoría, que no quiero analizar desde el punto de vista doctrinario de la economía política, tiene un solo defecto: que aun suponiéndola perfecta desde el punto de vista técnico, corremos el riesgo, si la aceptamos, de que cuando venga el auge, nos hayamos muerto de hambre, como ocurrió con el caballo del español que estaba siendo educado para no comer y que cuando ya había aprendido a no comer

se murió. Eso de sacrificar la vida de varias generaciones con la esperanza de que los tataranietos de nuestros tataranietos puedan vivir mejor, es una tesis económica, pero muy poco patriótica y muy poco justa.

La doctrina de la CTM no es ni la doctrina que nos pide morirnos de hambre para que otros vivan mañana, ni tampoco la teoría de que hay que luchar contra el gobierno para acabar con la crisis. Nuestra tesis consiste, esencialmente, en los siguientes principios, razonamientos y proposiciones: los precios no han subido por causa de la guerra, eso es falso. Antes de la guerra ya habían aumentado mucho los precios, y ustedes y todos los mexicanos lo recuerdan, y las estadísticas oficiales lo prueban; tampoco es verdad que los precios hayan subido por falta de producción. La estadística demuestra que la producción ha aumentado en México —la producción agrícola y la producción industrial—. Se ha incrementado la producción, especialmente de los artículos fundamentales para el consumo.

¿Por qué han subido, entonces, los precios, si ha crecido la producción, y las exportaciones, por otra parte, no han aumentado en relación con la producción? Los precios han subido, sostenemos nosotros, *por el acaparamiento*; ése es un hecho probado. En nuestro país, como en todos los países de libre concurrencia y de propiedad privada, a pesar de nuestra pobreza se ha operado el proceso de la concentración del capital y, consiguientemente, se ha realizado el fenómeno de los monopolios. En México hay monopolios tan poderosos como los de los Estados Unidos; no me refiero —claro está— a su capital y a su repercusión internacional, porque como dice el viejo adagio español, “arreglado al bodegón son las moscas”; pero en nuestro ambiente, y para lo que nosotros somos, existen aquí monopolios de todo: monopolio de la sal, monopolio del nixtamal, monopolio de la harina, monopolio del pan, monopolio de la carne, monopolio de todo lo que el pueblo come y de lo que el pueblo viste y de lo que el pueblo emplea para transitar; ésa es la realidad de la Nación Mexicana.

Es natural que al venir la guerra, estando como estamos, junto a un país poderoso como lo es nuestro vecino del Norte, el cual en el acto estableció rígidamente un control de los precios, de la producción material, de la circulación de la riqueza y el consumo de las mercancías, el nuestro, un país de libre concurrencia y de monopolios, tenía que sufrir el acaparamiento. Estamos produciendo bastante; estamos vendiendo una parte de nuestra producción al extranjero. Del extranjero, en cambio, viene muy poco; nos están pagando con divisas, con dólares que no tienen mucho valor. Hay aquí, en nuestro medio, un volumen de moneda circulante extranjera y nacional que se invierte rápidamente en cualquier cosa, en lo que sea, porque de mantenerse en manos de sus poseedores, se transformaría en humo, como va a ocurrir al concluir la guerra. De ahí que todo el mundo compra lo que puede comprar, y el que tiene dinero, si compra y acapara lo que el pueblo debe forzosamente consumir, hace un negocio maravilloso.

Se están haciendo fortunas increíbles en México, fortunas insultantes para el pueblo, en muchas ramas de la economía nacional, fortunas rápidas producto de

operaciones relacionadas con la agricultura, con la industria, con el comercio de un modo principal, y además, relacionadas con el sistema del crédito.

Estamos viviendo en un período tal, que sólo la intervención enérgica del Estado podrá salvar a nuestro país. El remedio que la CTM ha propuesto contra el acaparamiento de los particulares es el acaparamiento por parte del gobierno como órgano del Estado. No hay otro camino. Si el gobierno controla de un modo material la producción agrícola-industrial, si el gobierno controla la circulación y distribución de la producción agrícola-industrial, y si el gobierno controla el consumo, se acaban los monopolios, porque el gobierno será el único que monopolice en nuestro país. La diferencia estriba en que los monopolios de los particulares son para enriquecer a sus dueños, en tanto que el monopolio transitorio en manos del Estado es, no para enriquecer al pueblo, pero cuando menos para que éste no se muera de hambre.

Vendiendo el Estado podrá cobrar precios justos, podrá pagar precios justos a los campesinos también con el objeto de que los precios rurales no bajen; podrá compensar la producción industrial con la producción agrícola y con el consumo nacional. Cualesquiera otras medidas que se empleen, que no sean éstas, serán frustráneas, serán inútiles como hasta hoy lo han sido. (Una voz: “Maestro Lombardo: que no sea la Secretaría de la Economía Nacional la que controle, porque nos mata de hambre Gaxiola”.) Ese es un problema que nosotros no vamos a resolver. Dejemos que el señor Presidente de la República elija a sus colaboradores; nosotros exijamos y pidamos al gobierno que defienda al pueblo, que garantice al pueblo su vida, y de esa manera no nos importa saber cómo se llaman los colaboradores del señor Presidente. Lo que nos interesa es la eficacia del gobierno mexicano ante los derechos y deberes o ante las reclamaciones justas del pueblo mexicano.

Todas las demás medidas que se tomen serán frustráneas, decía yo, fracasarían como hasta hoy han fracasado. Se seguirán burlando del gobierno los acaparadores, lo pondrán en evidencia y el descontento del pueblo aumentará.

Es cierto que el plan de la CTM consistente en la intervención enérgica del Estado para hacerle frente a la crisis no estriba sólo en eso. Hemos propuesto también, hace mucho tiempo, un plan más amplio: que *nuestra economía se organice de acuerdo con las circunstancias de la guerra*. No tenemos todavía un plan económico de guerra; no hemos clasificado las necesidades de nuestro pueblo; no hemos establecido, tampoco, diferencias ni preferencias en la producción agrícola-industrial. Se están produciendo cosas superfluas todavía, de las cuales bien puede prescindir nuestro pueblo, y que representan energías, materias primas, tiempo y dinero que pueden emplearse en cooperar a ganar la guerra o en mejorar la situación del pueblo mexicano.

Hemos propuesto la ampliación de los cultivos, su clasificación; un plan completo de la producción agrícola y también de la producción industrial; hemos propuesto que se aproveche este instante para establecer las bases, si no de una industria que bastara de un modo absoluto para la vida de México, sí por lo menos que sirva de pie, de base, para una industria nacional futura, de la que hasta hoy carecemos.

Hemos hecho otras proposiciones también, para ayudar a la guerra misma: nuestra cooperación con la mano de obra de nuestros miles de artesanos, mujeres y hombres, para que envíen el producto de su esfuerzo a los Estados Unidos, tal como puede serlo la confección de ropa y de artículos de vestido para los ejércitos; hemos propuesto muchas otras medidas también, complementarias de la economía de la guerra y preparatorias de la economía de la paz.

Hemos querido insistir, sin embargo, sólo en esta ocasión en el punto relativo a la crisis provocada por el alza de los precios, con el objeto de que el Congreso se dé cuenta de la significación que este asunto tiene, a reserva de que las otras ponencias dictaminadas por las comisiones presenten soluciones concretas para resolver esta clase de asuntos.

El otro problema fundamental en la vida de México en estos momentos, es el que se refiere a la ofensiva de la reacción conservadora, la que ha aprovechado la unidad nacional para provocar una crisis de carácter político. ¿Cómo entendimos la unidad nacional nosotros? ¿Cuándo la pedimos? Desde que elegimos a Manuel Avila Camacho como candidato a la Presidencia de la República en aquel memorable Consejo Nacional de la CTM, dijimos que queríamos un gobierno para el pueblo y un Presidente que gobernara para todos los sectores del pueblo. No pedimos un gobierno del proletariado, entre otras razones, porque ya veíamos venir la guerra y sabíamos que frente a la contienda sólo la unidad nacional podía salvar a nuestro país.

Y cuando la guerra vino, insistimos en la unidad nacional. Y dijimos que ésta consistiría en la unidad de todos los mexicanos sin excepción: obreros, campesinos, trabajadores intelectuales, burócratas, soldados, gente de la clase media, comerciantes, industriales, banqueros; la unión de todos los individuos de todos los credos religiosos: católicos, protestantes, mahometanos, budistas, ateos; de los individuos de todas las tendencias políticas: socialistas, comunistas, sindicalistas, liberales, sin partido; en la unidad de las mujeres y de los hombres todos. Unidad nacional, concebida, no como un fin en sí, sino como un medio; la unidad nacional no es una meta, es un instrumento. ¿Para qué? Para defender la Patria y derrotar al fascismo, adentro y fuera de México. ¡Así concebimos la unidad nacional!

Y para que esta unidad nacional fuera realmente posible dijimos: "Mientras dure la emergencia de la guerra, mientras dure la crisis, mexicanos, paz para todos y entre todos; suspendamos las hostilidades". La CTM y las otras centrales obreras, en un acto que demuestra una gran conciencia patriótica dijeron: no haremos uso del derecho de huelga, no agudizaremos la lucha de clases, seremos tolerantes, aguantaremos, nos sacrificaremos. Nosotros esperábamos que los otros sectores hicieran lo mismo. Y dijimos más: no es ése el momento de acelerar el ritmo de la Revolución Mexicana, no es la hora de una nueva etapa ascensional de la Revolución: esperamos para cuando la guerra concluya. Entre tanto, paz, cordialidad, respeto entre todos los partidos y sectores de México.

Y el sector revolucionario ha cumplido; no hay ya huelgas, no porque se haya acabado el espíritu varonil y revolucionario del proletariado de México, que no se



acabará nunca, no porque se haya extinguido la convicción revolucionaria de las masas del pueblo, no; el pueblo, por fortuna, no abandonará su lucha jamás, y el de México es revolucionario y será revolucionario por los siglos de los siglos —como dicen los creyentes—, hasta que la Revolución se haya realizado.

Nuestra conducta ha sido tolerante, porque hay en el proletariado una conciencia revolucionaria verdadera; pero los otros sectores no han respondido así. Han hecho lo contrario. La reacción ¿qué ha hecho? ¿Cómo ha contestado a la actitud del proletariado y del sector revolucionario de México? Ha tratado, pérfidamente, de aprovechar el momento. Desacredita a la Revolución, virulenta, sistemáticamente. Nunca ha habido un ataque más constante, más lleno de veneno, más injusto, más audaz y más cínico que el ataque que está sufriendo la Revolución Mexicana en esta época, proveniente del sector reaccionario.

La reacción está tomando posiciones de carácter político. Ha organizado al sinarquismo, al cual yo he calificado como la fuerza de choque de la Internacional Reaccionaria; ha preparado al Partido “Acción Nacional”, que es el laboratorio de las ideas directrices de la derecha en México; está preparando sus cuadros medios y superiores para lanzarlos a la lucha en el momento oportuno, cuando trate la reacción de dar la gran pelea histórica, y no sólo ha faltado al cumplimiento de su deber el sector reaccionario preparándose y denigrando a la Revolución, sino que también se propone el regreso al pasado. Se burla de la Constitución de la República; pide la derogación del artículo tercero constitucional; pide la derogación del artículo 130 de la Constitución, que establece la separación de la Iglesia y del Estado; pide la reforma del artículo 27 constitucional, con objeto de que la Iglesia pueda tener otra vez propiedades rústicas y urbanas y capitales, pide la reforma de cuanta norma representa el fruto de luchas, seculares casi, de nuestro pueblo en favor de su libertad y de su progreso.

Volver al pasado, instaurar otra vez el régimen de la Colonia en México y en la América Latina, crear la “Magna Hispanoamérica”, enfrentarla a los Estados Unidos, según expliqué, en calidad de cordón sanitario contra ciertas ideas; luchar en contra de lo que significa el pasado vivo de México, de las normas obligatorias de nuestra vida institucional y, sobre todo, prepararse activamente para tomar el poder en México en el porvenir. Esa es, camaradas de la CTM, la meta final de la reacción: controlar el próximo gobierno de la República Mexicana. ¡Hacia allá van sus pasos dirigidos!

Por esta causa, mientras el sector revolucionario ha sido consecuente, ha habido —provocado por la conducta de la reacción— un desequilibrio político; no hay unidad nacional; se han reforzado las filas de la reacción y se han debilitado las filas de la Revolución. Los revolucionarios mexicanos no podemos tolerar ya más esta situación y esta conducta de la reacción. Hasta ahora hemos sido prudentes; pero se ha creído que somos débiles y ya llegó el momento de poner punto final a esta situación: “o todos coludos o todos rabones...”.

Hemos dicho y vuelto a decir, y lo repetiremos mañana, que no es el instante de hacer que la Revolución marche de una manera acelerada; pero sí exigimos, y lo vamos a lograr, que la reacción se contenga. Por eso desde esta tribuna del Congreso Nacional de la CTM hacemos un llamamiento a todos los revolucionarios mexicanos para que se unan otra vez, con el objeto de defender a nuestra Patria de la reacción.

Es preciso que se asocien de un modo íntimo los hombres de la Revolución, los grupos de la Revolución, los partidos de la Revolución, todos, sin faltar uno solo. Todas las centrales obreras, los obreros con los campesinos, los campesinos con los burócratas, con el sector revolucionario de la clase media; los hombres del gobierno, del ejército, los revolucionarios todos. Pero no basta, es preciso que esta unidad sea más amplia todavía, porque la reacción no sólo ataca a la Revolución Mexicana, ataca a todo el pasado liberal de México, ataca la obra enorme de Benito Juárez, ataca las Leyes de Reforma, ataca los ideales de la Independencia, ataca a José María Morelos, este pasmo de la historia de México, ataca la obra de Miguel Hidalgo y Costilla, ataca a todo un siglo de esfuerzos, de sangre, de torturas y de ilusiones de nuestra masa popular.

Es preciso por eso unirnos en un gran frente liberal nacional. Sus principios, los de este frente, serían: defensa del régimen republicano; separación de la Iglesia y del Estado; mantenimiento de los derechos del hombre; contra la vuelta al pasado; contra el régimen corporativo colonial y ahora fascista y contra la subordinación del Estado mexicano a la Iglesia católica.

Por eso también desde esta tribuna del proletariado llamo no sólo a los revolucionarios sino a los viejos juaristas que sobreviven, a los hombres de la época de Porfirio Díaz, a los liberales porfiristas en cuanto sean liberales aún, a los precursores de la Revolución, a los del viejo Partido Liberal Mexicano de 1905, de 1906. Llamamos a todos los liberales que estén en los llanos, en los desiertos y en las arrugas de las montañas mexicanas viviendo humildemente.

Llamamos a todos esos hombres del Norte y del Centro y del Sur que se lanzaron los primeros, con el fusil, con la palabra o con la voluntad, contra la dictadura de Porfirio Díaz; llamamos a los revolucionarios de todas las épocas, a los liberales de todos los partidos del período de Madero, llamamos a todos los masones de México a que colaboren también. A todas las Logias Masónicas de la Nación Mexicana que desde la génesis de nuestra Patria han mantenido el principio del libre examen y de la libertad de pensamiento como normas de la Nación.

Llamamos a todos los hombres, independientemente de que respecto de puntos concretos contemporáneos no estemos de acuerdo, con tal que sean liberales, con tal que crean que los derechos del hombre, la libertad de pensamiento, la libertad religiosa, la libertad de expresión de las ideas, la libertad de imprenta, la libertad de reunión, de asociación, etcétera, son las libertades fundamentales de la vida moderna en todas partes del mundo y en México; con tal de que crean que el problema religioso no es un problema político sino un problema de la conciencia personal, con

tal de que crean que el Gobierno es el único que puede manejar los negocios temporales y darle rumbo a la Patria. Con este mínimo de creencias estamos con todos ellos.

Un gran frente nacional liberal, vasto, amplio, profundo, militante. Ha llegado el momento de defender lo positivo del pasado, y lo de hoy, para poder defender lo de mañana.

Y viene entonces a pelo que yo explique también cuál es nuestra posición frente al problema religioso y frente a la Iglesia católica. ¡Cuántas calumnias no se han dicho! ¡Cuántas mentiras no se han propalado! Que si la CTM es anticatólica, que si es enemiga de la Iglesia, que si es enemiga de la religión, que si persigue a los curas, que si Lombardo Toledano, por ser ateo y marxista, es un come-curas, un intolerante, un perseguidor de la conciencia religiosa, un enemigo de la Iglesia. Tantas y tantas calumnias se han propalado.

Lo hemos dicho; pero hay que volverlo a decir: la clase obrera, constituida en la Confederación de Trabajadores de México, tiene una doctrina. No es una organización que resuelve los problemas de un modo oportunista, no es tampoco una organización anarquista, no es una organización simplemente sindicalista que arrastre las tradiciones de los grandes medievales; es una organización moderna y como tal tiene una forma, una manera de entender la historia y de analizar los problemas del pasado y del presente y una manera también científica de entender el porvenir. Nuestra tesis no es subjetiva, nuestra doctrina no es emocional; nuestro programa no es sentimental, nuestras normas no son románticas, nuestra teoría y nuestra táctica son científicas y, por lo tanto, son revolucionarias.

La CTM no ataca a la religión, ni a la católica ni a ninguna otra; no combate el fenómeno religioso, no pretende destruir la religión combatiendo directamente a la religión como tal. Los marxistas, y la CTM lo es, explican la religión, saben que es efecto y no causa. No combate la CTM la miseria insultando a los pobres; no combate la CTM la ignorancia insultando a los ignorantes; no combate la CTM al capitalismo insultando a los propietarios de las fábricas; por la misma razón no combate la religión combatiendo a los que la sostienen ni al fenómeno religioso como tal. Cuando la sociedad, andando los años, realice un cambio fundamental en su estructura, el fenómeno religioso no subsistirá; pero combatir hoy en esta etapa de la evolución histórica, la religión por el hecho de que exista, sería una postura anacrónica, anticientífica, antirrevolucionaria.

No combate la CTM tampoco a la Iglesia; la Iglesia es el conjunto de los creyentes, y si no combate a los creyentes, cómo va a combatir a la asociación de los creyentes. No combate, por la misma causa, al clero, la casta sacerdotal encargada de la liturgia y de las prácticas religiosas de los creyentes. Menos aún combate el credo religioso individual. Lo que la CTM combate es la intervención indebida de la Iglesia en la vida política de la Nación Mexicana. Eso es lo que combate.

Hace mucho tiempo que el proletariado no es jacobino; entre nuestros abuelos y nosotros han pasado muchos años. La historia ha crecido; la experiencia y la ciencia y la táctica de lucha del proletariado internacional han mejorado. No somos come-

curas, no; no somos perseguidores de la Iglesia ni de la religión ni de los creyentes; menos todavía de los católicos mexicanos. Los católicos mexicanos son demócratas; hay algunos que no lo son, pero la gran masa sí lo es. Y quiero recordar que quienes hicieron la Independencia de México fueron los católicos; no hubo otros. ¿Quiénes hicieron la Revolución de Reforma? ¿Ejércitos de ateos? No, ejércitos de católicos; sólo que esos católicos condenaron la intervención de la Iglesia en la política nacional y en lugar de haberle servido al ejército extranjero que mandó el Imperio Francés, le sirvieron a su conciencia de mexicanos católicos y al Ejército de la Patria que encarnaba y presidía Benito Juárez. Pero fueron católicos los que hicieron la Reforma, la separación de la Iglesia y del Estado.

¿Y quiénes han hecho la Revolución Mexicana? ¿Ateos? ¿Budistas? ¿Protestantes? No: católicos también. Todavía lo recordamos. Muchos de ustedes fueron actores; quién sabe si no alguno de ustedes andarían con el fusil, con un sombrero de petate y una Virgen de Guadalupe prendida en él, luchando contra la intervención de la Iglesia en la política nacional.

Fueron los católicos los que hicieron la Revolución y serán los católicos mexicanos de hoy los que combatan también las desviaciones que alguna gente quiere provocar en su iglesia, en su clero o en su confesión.

Yo, camaradas, lo digo con sinceridad plena, no por un desplante oratorio, porque nunca he sido un demagogo a pesar de lo que dicen los contrarios, que sé medir mis palabras...

No se dejen provocar, compañeros. Si es sinarquista yo les ruego que lo inviten a pasar al presidium, con el objeto de escucharlo. No se debe provocar la asamblea del Congreso por un individuo de buena fe e ignorante, o por un perverso que haya sido enviado con el objeto de lograr que se desvirtúen las ideas. Déjenlo. Déjenlo. Déjenlo. Siéntense y escuchen. Déjenlo.

Yo, camaradas, decía sin jactancia, sin desplantes demagógicos de que carezco, pesando lo que digo, asumiendo la responsabilidad de estas palabras que van a escuchar, declaro con toda claridad, con todo énfasis, que si en nuestro país algún día un régimen cualquiera pretendiera, movido por un espíritu de intolerancia, prohibir la religión, prohibir la Iglesia y perseguir a los creyentes, yo daría, yo, yo que no tengo religión, daría mi vida porque se restableciera la libertad religiosa en mi Patria. Porque en un régimen en donde existe la libertad religiosa existe la libertad de pensamiento, la libertad de asociación y de reunión y las libertades todas de carácter individual y de carácter social, sin las cuales no se puede concebir el régimen democrático.

Por eso los que nos atacan, diciendo que somos enemigos de los católicos o de la Iglesia o de la religión, o se equivocan o mienten. Lo que queremos es que los católicos como ciudadanos ejerciten sus derechos cívicos; para eso son ciudadanos mexicanos. La ciudadanía no se otorga sólo a los ateos; la mayoría de los ciudadanos es de católicos. Hay otros que se decían no católicos antes y que ahora que el Pre-

sidente de la República declaró, en un acto de sinceridad que le honra, que él es creyente, se han vuelto católicos militantes también.

Lo que no queremos nosotros es que se desvíen las instituciones sociales con menzura de la Constitución de la República. Que los católicos como ciudadanos defiendan sus derechos, pero que la Iglesia católica como tal no intervenga en los problemas de la vida temporal, como la misma Iglesia los llama. Que intervenga en buena hora en los problemas espirituales de quienes han constituido la Iglesia; que no intervenga en la vida política del país. Desde Benito Juárez el problema de la religión pertenece al Derecho Civil, a la conciencia; antes era una materia del Derecho Público, de la Constitución, de la vida misma de México; el gobierno y la nación estaban atados a un credo religioso único.

Por eso seguramente el señor arzobispo de México sufrió un error, o se lo atribuyeron, en el mes de agosto del año pasado, cuando dijo que terminada esta guerra la Iglesia católica iba a presidir el movimiento social mexicano. Yo creo que fue un error del periódico. No pudo decir eso el señor arzobispo porque estaría violando la Constitución de la República y las normas de la Iglesia católica además. Y por eso también el señor arzobispo de Quito, del Ecuador, se equivocó cuando dijo que él va a organizar a los trabajadores todos del Ecuador, bajo su égida, en una Confederación de Obreros Católicos. Se equivocó también, porque no es la finalidad de la Iglesia, no puede ser esa, ni lo vamos a permitir ni a tolerar, ni hoy ni mañana. ¡Nunca, esa es la verdad!

Ahora, examinemos cuál es la situación del sector revolucionario de México. Camaradas, que mis palabras no vayan a ser entendidas por ninguno como una censura personal para nadie y menos todavía como un ataque mal intencionado a ningún hombre, a ninguna mujer, a ninguna institución, a ningún funcionario, a ningún líder, a ningún jefe, a ningún caudillo, si algún nombre hemos de dar a los hombres que han dirigido la Nación. Pero, si la autocrítica del sector revolucionario no la hacemos nosotros, ¿vamos a dejar que la crítica de la Revolución la hagan los enemigos? No, ni es justo ni es honrado ni es útil.

Nosotros tenemos que hacer la crítica de nuestro propio proceder y de nuestra conducta. No con fines aviesos, no con fines torcidos, no con propósitos de destrucción sino con propósitos de construcción. Por eso una asamblea del proletariado, del sector más consciente de la clase trabajadora, del pueblo oprimido, si quiere estar a la altura de su deber, tiene que hacer esa labor de autocrítica. Con esos propósitos constructivos yo quiero hacer, no una autocrítica completa, pero sí el examen de algunos problemas del sector revolucionario de México.

¿Qué ha sido la Revolución Mexicana? Un subir y un bajar; un ascender y un descender en cuanto al cumplimiento de los ideales del pueblo según las diversas etapas históricas, condicionadas éstas a la correlación de las fuerzas políticas nacionales e internacionales. Por eso a veces parece que la Revolución nace de nuevo y a veces parece que la Revolución se hunde, porque la correlación de las fuerzas progresistas de México en el interior de nuestro país, y la correlación de las fuerzas progresistas fuera

de México permiten el ascenso o el descenso. Esta es la explicación revolucionaria del proceso de la Revolución Mexicana.

Lo grave es que este subir y bajar, que esta alza y esta baja de la Revolución Mexicana se realizan en el período histórico de la crisis general del capitalismo en el mundo. Desde fines del siglo pasado comienza el régimen capitalista a tener períodos de crisis cada vez más próximos, crisis cada vez más amplias y más profundas. Pero a partir de la última guerra de 1918, el régimen capitalista entró en crisis general. Ya no hay una ni dos, sino una sola crisis, y todavía estamos en ella. Esta guerra es, en su inicio, en su origen primero, un resultado de esta crisis general del capitalismo.

Así se explica, pues, que este ascenso y descenso de la Revolución Mexicana haya producido en un país semicolonial, semiindependiente, como México, no sólo problemas graves de carácter material, sino problemas de carácter político y también de carácter moral. Todo mundo sabe que en las épocas de crisis, la gente que no está bien orientada, que no tiene carácter ni voluntad, que no tiene una teoría o no pertenece a un partido bien dirigido, se desorienta; y es casi obligado el fenómeno de que en las épocas de crisis la gente trata de salvarse a sí misma. Unos se quieren salvar económicamente, otros se quieren salvar desde el punto de vista moral; por eso en toda etapa de crisis el sentimiento religioso se agudiza. Hay personas que se desesperan, que no saben qué hacer, que hallan refugio en una creencia ultraterrena. Hay quienes se cobijan, no en una creencia religiosa, sino en un conjunto de maniobras tendientes a labrar fortuna, con el objeto de quedarse a cubierto de los vaivenes de la vida.

Se ha acentuado esta crisis, sobre todo en los últimos tiempos. Por eso vemos que aparecen de un modo desmedido el afán de hacer fortuna, el afán de medrar, el afán de enriquecerse olvidando principios, riéndose de los principios, haciendo mofa de las teorías. Por eso vemos todo este proceso de descomposición en muchas personas, algunas de las cuales están colocadas en sitios bien visibles de la vida nacional.

Si se pudiera, camaradas del Congreso de la CTM, tener la nómina de las propiedades de algunos de los que se llaman revolucionarios, qué espanto le daría al pueblo de México.

Crisis general del capitalismo, crisis de las ideas, crisis de los ideales, ascenso y descenso de la Revolución; frenamiento de la lucha revolucionaria, encarecimiento de la vida; son todos hechos y factores que se unen y que dan por resultado este ambiente que respiramos en nuestro país.

Sería estúpido, por supuesto, porque sería falso, suponer que la corrupción de México comenzó ayer. No; es vieja por desgracia, es vieja y tan vieja como la historia de México. Hay que leer lo que eran la concupiscencia, el prevaricato y la corrupción de la burocracia en la época de la Colonia Española y también en otras etapas de la vida de México. Pero este descenso en la conciencia revolucionaria, y más que nada en la confianza en la Revolución, claro que es un fenómeno de hoy.

Gente que ya no tiene fe; no tiene fe ni en la Revolución ni en los ideales de ayer, casi ni en la Patria. Un síntoma de esta corrupción, muy vivo y muy popular, es el conjunto de palabras nuevas que el pueblo ha creado para designar a los que viven de un modo ilícito, y que yo llamaría neologismos de la corrupción. Ya es común, ya es admitido, ya es legal, diríamos, que las personas digan de buena fe: ¿Cuánto gana fulano? Pues gana poco; pero tiene un buen lugar porque tiene sus "bustacas". Eso forma parte ya de lo consentido, de lo aceptable, y aquí en la ciudad de México simplemente, la cantidad de estos neologismos de la corrupción, repito, nos demuestra todo lo que hay: "extras". Tiene sus "extras", tiene sus "bustacas", tiene sus "iguales", tiene sus "embutes", tiene su "chupito", tiene su "regadío", su "sobregadío", esto es para los padres conscriptos de la Patria.

Y también el "coyotaje", palabra y símbolo genuinamente mexicanos, como nuestro animal el coyote: vivo y taimado, ladrón y artero. Y el "trinquete" también. Y finalmente la popular "mordida" que existe en todas partes.

Esta crisis moral por desgracia abarca a todos los sectores sociales. No es de hoy, vuelvo a decirlo; pero está presente, con una presencia que el pueblo ya no tolera, que no quiere tolerar. Y para que se vea a qué grado llega esta corrupción, voy a denunciar lo que acaba de ocurrir entre los santos sinarquistas de la Baja California; entre esos líderes que se llaman a sí mismos los nuevos discípulos de Jesús, los nuevos mártires del cristianismo, los hombres que luchan nada más por los ideales supremos de la vida, a quienes no llama nunca el vicio ni llaman las tentaciones de la carne ni del alma, que viven como espíritus puros, gobernando a sus ovejas pacientes, que tienen fe en ellos y que de ellos todo lo esperan.

Pues un día, y no es cuento sino es verdad, se fueron los pobres sinarquistas del centro del país, capitaneados por el líder de los líderes, para la Baja California, con el objeto de demostrarles a los católicos, a los mexicanos, a los latinoamericanos y a los hombres del orbe entero, cómo puede la voluntad, cómo puede el fervor de un ideal supremo, cómo es capaz de construir un vergel el sinarquismo en tierras yermas, sin agua, en lugares inclementes, sin recursos naturales; cómo todo lo puede la fe en un ideal superior. Y allá van los pobres campesinos ignorantes, gente de buena fe, como toda la nuestra, porque la desgracia de nuestro país y también su virtud, consiste en que los directores del pueblo mexicano, excepto algunos casos, figuras relevantes y por eso más queridas de nosotros; los directores generales de nuestro pueblo no hemos estado nunca a la altura del pueblo. Y también le pasa a nuestro pueblo lo que a esos terrenos que no tienen en la superficie síntomas de riquezas, pero que entre más se profundiza más riquezas hay en su subsuelo. Pero algún día tendrá nuestro país grandes hombres, sistemáticamente. Los últimos dos grandes hombres que ha habido en México, dirigiéndolo, han sido Lázaro Cárdenas y Manuel Avila Camacho.

Se fueron las ovejas sencillas al paraíso prometedor, a la tierra ofrecida... y allá va el pequeño Moisés, cruzando no el Mar Rojo, sino el mar de Hernán Cortés, el Golfo de California. Y después de largos días y noches llegaron a la tierra prome-

tida. Y los condujo, inspirado por su fe, a través de la llanura tremenda, por aquel páramo en donde no hay más que briznas de yerba y calaveras de ganado. Y se situaron frente a la Bahía Magdalena. Y entonces iba a comenzar el milagro. Se dijeron discursos maravillosos. El ánimo quedó suspendido, como en esos actos de los circos en que toca el tambor cuando el trapecista va a dar el salto mortal, y de pronto se para el tambor y la gente se queda esperando el milagro; así también tocó el tambor y el nuevo pequeño Moisés y los sinarquistas esperaron que brotara agua del suelo. Al fin y al cabo llevaban herramientas y trescientos mil pesos que se habían recogido. Y ya no supimos más. Yo creía que el milagro se estaba realizando, se estaba haciendo. Pero un buen día empezamos a tener noticias de que no hubo milagro, de que el nuevo Moisés fracasó. Y quien nos informó de esto, hace unos pocos días, la historia completa, fue una de las ovejas del rebaño que fue a la Baja California. El señor J. Jesús Cortés, vecino de la ciudad de León, Guanajuato, escribió esta carta dirigida al director de *El Popular*, haciendo historia de la ida, del milagro fracasado y de la huida para acá, del regreso a México. No voy a leer toda la carta, sólo unas líneas: “Se han gastado más de trescientos mil pesos arrancados con engaños y abusando de la mística de los pobres sinarquistas. Es un fracaso, es un timo en el cual debería intervenir para aclararlo el gobierno. Pero la farsa sigue y seguirá: es muy grato estar sacando dos mil pesos semanales más las colectas extraordinarias, más los bonos, más los donativos en especie que suman mucho dinero. Además, entró una cantidad muy grande de oro y plata. ¿Qué se hicieron esos metales? Hasta hoy los señores jefes sinarquistas, que se creen jefes por derecho divino, no han creído prudente informar a sus súbditos del fin de ese tesoro. Al fin que el pueblo se hizo para obedecer y callar. ¿Verdad, jefes sinarquistas?”

Esta es la historia del pequeño Moisés llamado Salvador Abascal. Esta es la historia de un acto más de prevaricación. Y esta carta no es apócrifa; el periódico *El Sinarquista*, que tengo aquí en mi mano, del día primero de abril (salió adelantado, porque creo que todavía no estamos en abril) dice refiriéndose a esta carta que *El Popular* publicó, refiriéndose al señor Cortés: que en efecto, es un artesano zapatero de León; pero que se trata de un pobre hombre que en realidad no entendió nunca la naturaleza ni los fines del movimiento sinarquista. Claro, qué iba a entender, si el sinarquismo no es milagro, sino robarse trescientos mil pesos. Claro es que el pobre resultó defraudado, y otros más también.

Esta corrupción alcanza a todos los sectores sociales. ¿Quién va a corregir esto en México? ¿Quién? ¿Qué fuerza? ¿Qué sector del pueblo? Ah, claro está, los revolucionarios, son ellos, el sector revolucionario, los hombres de la Revolución, son los que deben depurar los métodos; y dentro del sector revolucionario, el proletariado. No hay otro sector que lo pueda hacer. Para esto es preciso ante todo fijar nuevamente los principios de la Revolución Mexicana. Fue ésta en su origen un movimiento anti-feudal, antiesclavista y antiimperialista. A medida que se rompe el latifundio y se entrega la tierra al pueblo, y a medida que nuestro país crece económicamente, la Revolución, sin olvidar sus ideales iniciales, va hablando de una vida democrática



interior e internacional en provecho de la Nación Mexicana ya cuajada. Hoy la Revolución necesita incorporarse plenamente a la revolución continental democrática y a la revolución mundial democrática que viene mañana. Y una vez que hayamos vuelto a fijar los ideales de la Revolución de una manera analítica, completa, necesitamos nosotros también estudiar cómo mejorar nuestras relaciones entre el sector revolucionario.

No basta que seamos amigos de la Confederación Nacional Campesina, como lo somos; de la Federación de Sindicatos de Trabajadores al Servicio del Estado, de las demás centrales obreras, de los maestros. No basta esto. Lo que importa es que tengamos una política común, los campesinos con el proletariado; conservando cada sector, cada institución, su independencia, su autonomía, pero hay que tener una política común proletarios y campesinos y burócratas. Un programa común, una visión común de México, para hoy y para mañana. Sólo así se fortalecerán los campesinos, sólo así se fortalecerá al proletariado, sólo así se fortalecerá a la burocracia, sólo así se fortalecerá a la clase media.

Nueva visión de México, nuevo examen de México, nuevo programa para el sector revolucionario y también nuevos instrumentos para la lucha. El Partido de la Revolución Mexicana debe ser reorganizado totalmente y con urgencia. Hicimos el PRM hace algunos años para dos objetos concretos históricos: primero, para respaldar a Lázaro Cárdenas en su programa revolucionario; segundo, para enfrentarnos a la reacción en la campaña presidencial venidera y elegir a un continuador de Cárdenas e impedir el entronizamiento de un candidato reaccionario.

En las circunstancias nacionales e internacionales que posteriormente se han presentado, el PRM no ha actuado como debía haber actuado. Necesitamos reorganizar este instrumento de la Revolución, hacerlo más democrático, que les sirva a los sectores del pueblo y no a los gobernadores de los estados.

En la actualidad, excepto en algunos casos en que no hay ningún conflicto, ya hay casi la costumbre de que cuando se aproximan las elecciones el presidente local del Partido de la Revolución Mexicana ha de ser un hombre puesto por el gobernador del estado; y aun cuando el gobernador sea amigo de los trabajadores, el simple hecho de que el PRM no tenga autonomía frustra el propósito del PRM. (Una voz: ¡Guanajuato!) ¡Guanajuato y tantos otros estados, compañeros! El problema no es de un estado, el problema es de todos los estados; el problema es del Partido, por sus defectos de organización; y no vamos a resolver el problema del PRM calificando lo que pasa en Sonora, o en Guanajuato, o en Nayarit y en tantas y tantas partes, porque sería simplemente repetir la lista de las entidades de la República. El PRM debe ser independizado, con sus vínculos naturales, del poder público; porque el poder público proviene de la Revolución; pero una cosa es la colaboración del PRM con el gobierno de la República y de los estados y otra cosa es que sea un instrumento al servicio de los gobernadores de los estados y del gobierno nacional.

El PRM debe, además, ser gobernado más democráticamente que hoy. Debe ser la alianza de todos los partidos y de las agrupaciones que lo integran, en lugar de

tener sólo uno, dos o tres sectores; y naturalmente tendrá, como sucede hoy, un Comité Ejecutivo; pero debe tener, además, un consejo más amplio en donde todo mundo exprese su palabra. No sólo las agrupaciones obreras y campesinas, no sólo los hombres organizados y las mujeres organizadas; todos sin excepción: una gran alianza democrática del país.

Es indispensable que se acostumbre el sector revolucionario a hacer su autocrítica, y cada grupo del sector revolucionario a hacer su autocrítica también. Para que el proletariado pueda realizar su gran obra en beneficio de la Revolución y del país, es preciso que el proletariado también se mejore a sí mismo. ¿Cómo va a emprender el proletariado la tarea de mejorar la orientación de la Revolución Mexicana y de pedir la unificación con los otros sectores, si no está unificado, ni fuerte, ni dispuesto a pelear?

Por fortuna la CTM y las otras centrales obreras del país han iniciado su acercamiento. El Consejo Nacional Obrero hasta hoy no ha tenido más importancia que el hecho de estar físicamente juntos los representantes de las centrales; pero es un principio. Si esto se fortalece y mañana hay un programa que en los aspectos fundamentales de la lucha sirva por igual a la CTM y a las demás organizaciones obreras, se habrá dado un gran paso unitario.

Por lo que a nosotros toca, cetemistas, es preciso también contemplar hacia adentro nuestra situación, con espíritu de autocrítica constructiva; y si alguna culpa hay en las cosas malas que existen, yo quiero adelantarme a los mal pensados, a los compañeros que no discurren y reflexionan con espíritu de fraternidad, y que creen ver siempre en las palabras de las personas algunas indirectas para el compañero fulano o mengano; colocándome anticipadamente en el banquillo de los acusados y reclamo para mí parte de las responsabilidades en los fracasos o errores u omisiones que la CTM haya tenido en el pasado.

Necesitamos la unidad interior de la CTM; pero unidad no sólo formal, unidad real; no unidad mecánica, unidad de principios y unidad de procedimientos; y de esta manera tendremos la unidad de los hombres.

Si no hay unidad de principios y unidad de procedimientos, no habrá unidad real en la CTM; habrá apariencia de unidad nada más, pero para que esta unidad orgánica aparezca es preciso la democracia sindical como norma de la vida de todas las agrupaciones de la CTM.

La democracia sindical en cada sindicato, por humilde que sea; la democracia sindical desde allá hasta el congreso nacional de la CTM, como esta magna asamblea. Respeto a la voluntad de los trabajadores, celebración obligada y forzosa de sesiones periódicas en los sindicatos, elecciones democráticas de los dirigentes de las agrupaciones; desaparición de facciones o de camarillas dentro de los sindicatos, para crear un frente sindical en cada agrupación y en el conjunto de la CTM.

Un frente sindical es la asociación de todos los sindicatos, de todos los hombres, de todas las ideas políticas y religiosas, con tal de que estén de acuerdo en la lucha de clases. Todos caben en la CTM; y precisamente porque es un frente sindical, tiene

que haber divergencias en el seno de la CTM; de otro modo, si todos pensaran lo mismo, sus socios individuales y sus agrupaciones, estaría muerta la CTM.

Frente sindical implica disparidad de opiniones, discusiones, debates, acuerdos, marcha constante común, como producto de la colaboración de todos. Eso es democracia sindical y eso es frente sindical. Por esa causa nosotros debemos insistir, una vez más, en que ese es el ideal, por lo que toca a nuestro régimen interno y a nuestra visión de la unidad sindical. Todavía, y lo digo con la franqueza con que siempre hablo, y creo que otros compañeros míos, empezando por el compañero Fidel Velázquez, con quien yo he hablado largamente de este problema, y mi compañero Celestino Gasca, y todos los demás compañeros que han figurado para la dirección de la CTM, que la dirigen, que la hemos dirigido, todos estaremos de acuerdo en que hasta hoy no estamos satisfechos del todo en cuanto a la unidad sindical dentro de la CTM; y yo personalmente, por lo menos, no puedo estar satisfecho, porque con motivo de la campaña para renovar al Comité Nacional de la CTM la vida sindical sufrió muchos errores y desviaciones.

“¡El lombardismo contra el fidelismo!” Estas constantes elucubraciones, estas constantes maniobras, o estas constantes actitudes de buena fe de algunos compañeros. Durante mi largo viaje a la América del Sur se realizaron aquí actos de elección o de pugna electoral y después, cuando yo regresé; también; y he intervenido constantemente, como les consta principalmente a los dirigentes de todas las organizaciones, con el fin de cooperar para que no se rompiera la unidad de la CTM. Se han hecho muchas cosas; ha habido compañeros desesperados que no han querido entender que la dirección de la CTM tiene que ser forzosamente la dirección de todas las corrientes de opinión que hay en el seno de la CTM, para que ésta subsista.

El día que la CTM esté dirigida por un grupo, fracasará. No decir que el grupo del “lombardismo” va a gobernar la CTM, porque fracasará; no decir que el grupo del “fidelismo” va a gobernarla, porque fracasará también, y, todos los ismos fracasarán.

La única línea de conducta, la única aspiración posible es que no haya lombardismo ni fidelismo, sino cetemistas en la CTM. Si por fidelismo o lombardismo hemos de entender que los compañeros acepten puntos de vista especiales, bien intencionados y no otras cosas inconfesables, en buena hora, aunque todavía, mientras se haya de hablar de personas, de individuos, no habremos destruido en el movimiento obrero la tradición del caciquismo que tiene. Manejados por caciques hemos vivido desde antes de la llegada de Hernán Cortés, caciques después, caciques durante la vida independiente y todavía no nos libramos de los caciques locales.

Ha habido grandes hombres en México que han combatido el caciquismo. Los dos últimos presidentes, por ejemplo, han dado golpes mortales al cacicazgo nacional. Y ya no hablemos solamente de jefes, ni de superjefes, ni de primeros jefes de la Revolución, hablemos de Presidentes. Pero todavía la savia del caudillismo en México tiene mucho poder y aunque el pueblo “chapea”, sale sin embargo la yerba con más fuerza a veces. No se arranca de raíz todavía, y todavía el movimiento obrero

se resiente de eso. Por eso debemos hacer un esfuerzo enorme por acabar con tales banderías.

Tenemos que hacer de la CTM una institución unificada. Hay algunos compañeros, yo lo he sabido, que dicen: ahora nos toca a nosotros, como si estuvieran apoderándose del Ayuntamiento de Parangaricutiro, o estuvieran asaltando una curul de una cámara local, o aspirando al “regadío”: ahora nos toca a nosotros; ya les tocó a los demás. Eso no hay que tolerarlo, sino que hay que liquidarlo. Los que crean que la dirección sindical es un negocio, ¡que busquen ocupación fuera de la CTM! Los que crean que siendo amigos de Fidel Velázquez van a encontrar curules u otras cosas, ¡que cambien de rumbo! ¡En qué aprietos se pondrá el compañero Velázquez para satisfacer las ambiciones políticas de tantos compañeros! A mí me tocó, yo también tuve dos períodos, dos legislaturas, en que fui acosado, y todavía tengo algunos enemigos cetemistas que me odian, porque no “les di” una curul, y habrá otros que odiarán al compañero Velázquez, porque “no se las hizo buena”, porque sus representantes les ofrecieron: “anda, vamos; tú serás diputado”, y no les cumplieron. ¡Ah, no! Mientras el movimiento obrero sea escalera para ambiciones políticas o de dinero, está perdida la CTM.

¡No! Por eso, cuando hablamos de depuración de los malos líderes, hablamos de una lacra real; existen entre nosotros y tenemos la obligación de reconocerlo con valor, con sinceridad. Pero los malos líderes no comenzaron ahora, no; comenzaron ayer, y antier, y antes de antier. Se acaba de recordar el proceso de corrupción de la Nación Mexicana, que ha llegado hasta la masa del sinarquismo. La corrupción es de muchas partes, pero llega un momento en que la CTM hace esa autocrítica, y el sector revolucionario hace autocrítica y además toma acuerdos: los líderes sinvergüenzas ¡fuera de la CTM! Lo importante es que las otras centrales obreras que no son la CTM, no vayan a acoger en su seno a los sinvergüenzas que la CTM expulsa y que lleguen a arrastrar a algún sindicato.

Pero ha llegado el momento. No importa que la CTM pierda algunas agrupaciones; ya no es posible esperar más; que se vayan algunas agrupaciones, que después volverán al seno del proletariado saneado. Es preferible que la CTM tenga menos sindicatos y menos miembros individuales, que sean pocos y revolucionarios, limpios y ejemplares, a que aumente sus contingentes con elementos que sean la contradicción de sus propios ideales.

Ya el compañero Fidel Velázquez, en reciente discurso importante ha dicho: no habíamos pensado que fuera el momento de la depuración éste; pero vamos a iniciar la depuración; y ahora el compañero Velázquez ha reiterado aquí que va a seguir la depuración de la CTM; ese es el ideal que perseguía también Gasca al presentarse candidato a Secretario General de la CTM, el mismo ideal. Hubo defectos en la forma de enfocar el problema de la renovación del Comité Nacional, es cierto, hubo errores. Muchos que se decían lombardistas, insultaban a Fidel Velázquez sin razón y lo llenaron de improperios; otros que se decían fidelistas, dijeron, ¡para qué digo!, ustedes saben más, horrores de mí, repitiendo los dicitos de la reacción y otras

cosas. Y también de tantos compañeros más. Pero si la experiencia no ha de servirnos, ¿para qué va a servir entonces la CTM?

¿Que van a seguir siendo enemigos Velázquez y Gasca, Lombardo y Velázquez, Amilpa y otro? No. A pesar de los errores, contra ellos y por encima de ellos, los ideales generosos de los hombres y de los grupos que se reúnen alrededor de un ideal, son comunes para todos. Lo importante es coordinar nuestras fuerzas, unificar nuestros principios y nuestros procedimientos. Entonces habrá una CTM fuerte, robusta y poderosa.

Otro problema es la independencia de la CTM respecto del poder político. La CTM nació independiente del gobierno, ha vivido hasta hoy independiente del gobierno, por fortuna, pero hay compañeros que lo olvidan. Es muy difícil, cuando no se es recio por dentro, cuando no se tiene un ideal muy firme por dentro, saber hasta dónde llega la colaboración con el gobierno, y desde dónde comienza la entrega al gobierno del movimiento obrero. Pero en eso estriba precisamente la habilidad y la responsabilidad de los líderes.

Hay compañeros que en un momento dado, le dan el respaldo de la masa a los gobernadores por dinero o por cualquier otra cosa y sacrifican la independencia del movimiento obrero, lo hunden, lo prostituyen y lo dividen. Eso no debe ser, no debe tolerarse.

El día que el movimiento obrero pierda su independencia está liquidado; será pandilla electoral de los gobernadores y no movimiento obrero. Por eso, es llegado el momento también de que el Congreso considere otro aspecto importante de la vida futura de la CTM: hasta hoy la unidad nacional nos ha obligado a muchas cosas; hemos sido fieles, hemos callado y hemos aceptado, pero ¿hasta cuándo vamos a seguir aceptando todo lo que venga? Unidad nacional sin corromperla, claro. Ya hemos dicho que hay que comenzar a defender los intereses de la Revolución y de la CTM. ¿Por el hecho, verbi gracia, de que en un estado aparece un candidato que cuenta con el apoyo del gobierno local o de alguna autoridad federal, la CTM tiene que seguir la farsa por el hecho de que va a pagar? ¿No puede la CTM presentar un candidato propio, o no presentarlo y entonces asumir una actitud conveniente, de acuerdo con nuestros principios, aun cuando sea derrotada la CTM?

No me refiero a ningún caso especial; me refiero a todos los casos ocurridos y sobre todo a los problemas del porvenir. ¿Vamos a seguir así? ¿La clase obrera va a seguir apoyando a cuanto candidato se presente?

Yo he hablado largamente con el camarada Fidel Velázquez de estos asuntos, de todas esas cosas, todos sabemos muy bien que los compañeros, a veces, movidos por sus deseos legítimos de defensa de la integridad de sus sindicatos, de su vida, cometen errores, y son arrastrados a peleas infructuosas. Por eso también a veces es indispensable protegerlos, orientarlos, para que no sean arrastrados por el camino malo. Es indispensable que, con serenidad, el Congreso discuta este problema.

También es preciso que el tema apuntado por el camarada Velázquez, en cuanto a la renovación de la próxima legislatura del Congreso de la Unión, sea precisado

aquí en conceptos y en principios por esta asamblea. Hay una verdadera vorágine de candidatos a diputados. Quiero, a este respecto, hacer una declaración: soy candidato a diputado. Se me han hecho muchas insinuaciones para que vaya a la Cámara; he recibido proposiciones también, fundadas en diversos argumentos; pero quiero informar a la asamblea representativa de la CTM, esperé este momento para hacerlo ¡que no iré a la Cámara de Diputados! He decidido no ser diputado. Mi condición de Presidente de la Confederación de Trabajadores de la América Latina —ésta es la razón principal—, me colocaría siendo yo diputado del gobierno mexicano, en una situación difícil. Los diputados son altos funcionarios de la Federación, de acuerdo con la Constitución. Al ir al extranjero, no podría olvidar que soy un alto funcionario del gobierno de México, y lo que hasta hoy no han podido hacer contra nuestra Patria, contra nuestro gobierno, porque soy un simple ciudadano mexicano y no le pueden reclamar al Presidente Avila Camacho, ni al gobierno de México mi conducta, si soy diputado serviría de pretexto mi investidura para decir que el gobierno de México se metía en la vida política de otras naciones, y ¡quién sabe cuántas otras cosas! No quiero ser pretexto, con ningún acto de mi vida, de que el movimiento obrero de nuestro país, o el movimiento obrero internacional pierda su independencia. No, de ninguna manera.

Nunca he tenido tal cantidad de propagandistas como ahora, gratuitos por supuesto, de periódicos y revistas: “Ya se van a enfrentar Lombardo Toledano y Gómez Morín”. Y a propósito de esta afirmación: el otro día, el director de una revista me invitó a una comida para rendir homenaje al gran pintor José Clemente Orozco; me advirtieron que iba a ir el licenciado Manuel Gómez Morín, Presidente de Acción Nacional, y me preguntaron si tenía inconveniente en aceptar la invitación. Gómez Morín y yo fuimos compañeros de escuela. Hace tiempo que él y yo no nos veíamos. Conversamos, hablamos, y nada más. Pero como en México la política se entiende siempre en una forma salvaje: tribus políticas que vienen del Norte contra tribus políticas que llegan del Sur, cuando se encuentran dos adversarios políticos se miran feo y cuando se juntan, echan bala, ha extrañado mucho que dos personas civilizadas se encontraran y no se dijieran groserías. Pero también las gentes que se quieren pasar de listas dicen: “No, eso de la comida es mentira; ya están de acuerdo, ya hicieron un plan la extrema izquierda y la extrema derecha, y quién sabe qué va a pasar”. No va a pasar nada. No hay planes, ni seré diputado, ni me importa si Gómez Morín lo será. Lo que me interesa, como al camarada Velázquez, como al compañero Gasca, como al compañero Amilpa, como a ustedes, como a todos, es que los diputados de la CTM, entre los cuales yo no me contaré, sean los mejores posibles, los mejores militantes, los que sean elegidos por las agrupaciones por sus antecedentes, por su capacidad, por su manera de pensar.

Y no es crítica malévola, ya lo advertí desde un principio. ¿Cuántos compañeros han cumplido con un deber de los que han sido diputados y senadores? ¡Han cumplido algunos, por fortuna! Yo no quiero decir nombres porque no quiero lastimar a nadie. No es mi tarea. No hablo de gentes, yo hablo de hechos: una minoría cumplió, en la anterior legislatura, en ésta, en el Senado y en la Cámara, pero no todos han cumplido, esa es la verdad. Amilpa y otros han cumplido. La verdad es que no todos han cumplido.

Y es que llegan los camaradas de la provincia y no sé qué ocurre, se inhiben; tal vez los candiles de la Cámara les parecen demasiado grandes, muy luminosos, muy importantes y callan. Son magníficos líderes sindicales, hablan bien, son oradores del pueblo, claro, no son oradores académicos, porque ningún proletario puede ser orador académico, y cada quien habla el lenguaje que aprendió en la vida y en el sufrimiento, pero son muy buenos oradores nuestros camaradas. Los he oído en todas partes, pero llegan ahí y enmudecen, no hablan. Y otros se corrompen, que es lo más grave. El “regadío” y los “embutes”, los corrompe. Los pierde la organización obrera, los pierde para siempre, no los vuelve a ver, y al rato ya se vuelven críticos de todo, de la CTM, de Lombardo Toledano, y de cuanto existe.

¡Ah, camaradas! ¿Qué amarga es la experiencia! Cuántos líderes se han corrompido en los puestos públicos y cuántos más se van a corromper si no tomamos acuerdos para evitarlo! Qué difícil es ver a un hombre que ocupa un puesto público volver a su tarea. Muy raro. Yo no quiero que los que hayan salido del surco, después de ser diputados vuelvan a él, porque en eso no consiste la lucha del proletariado. Se cree que mientras más sufrido y más “fregado”, se es más proletario; pero no es así; no basta sólo con ser sufrido; se necesita tener conciencia de clase para poder ser miembro del proletariado como fuerza política. Nosotros no queremos que los compañeros vivan de una manera miserable, porque la lucha es para que no vivan así.

Cuántos compañeros dicen: no es obrero Lombardo; yo no quiero ser obrero manual, en primer lugar porque ya estoy viejo para aprender y en segundo, porque soy trabajador intelectual. Lo que quiero es, lo saben todos, que un compañero que es diputado o senador, que regrese, no a su oficio si fue humilde, sino que se dedique a alguna actividad que sirva a la organización obrera; que no se vaya, que no se pierda y que no se corrompa.

Y luego, es indispensable que se formen nuevos cuadros en la CTM. ¡Qué tragedia la del proletariado mexicano! Con qué dificultad se van formando los líderes, con qué dificultad se auto-educan los dirigentes, hombres y mujeres. No hemos podido, y esa es otra falla nuestra, muy grande, formar cuadros porque cometimos, no el error, sino el acto de imprevisión —error al fin y al cabo—, de nombrar como Secretarios de Educación y Problemas Culturales a los miembros, de las organizaciones de maestros y no porque los maestros no lo puedan hacer, sino porque los maestros se dedicaron a discutir los problemas del magisterio y no a orientar ni a educar a las masas obreras de la CTM.

No hemos tenido un Secretario de Educación nunca, ni desde que se fundó la CTM, ni hoy. Hay que formar cuadros de nuevos dirigentes. Cuando escucho ataques motivados por afán de control sindical, me digo: ¡qué pobres somos los de la CTM, qué pobres de hombres andamos, y todavía queremos excluirmos los unos a los otros! ¡Qué pobres somos! Muy pocas gentes tenemos. ¡No digo los pocos capaces que hay en la CTM; diez veces más que hubiera como los mejores, serían pocos todavía para el movimiento obrero! No tenemos cuadros; hay que hacerlos. Hay que educar a la masa dándole teoría revolucionaria, divulgando entre ella los principios de la CTM,

hablándoles a los trabajadores de sus deberes sindicales; el pago de cuotas entre otros. Desde que nació la CTM, es vergonzoso lo que ocurre: la CTM no tiene para sus gastos más elementales, nunca ha tenido; pero sí exigen todos los sindicatos que los auxilien delegados de la CTM, que vayan a su región. Vamos a los sindicatos, hablamos, recordamos deberes; los compañeros aplauden; nada más: por un oído les entra y por el otro les sale. Les decimos: compañeros, no se emborrachen, por lo menos dejen de tomarse una copa de aguardiente, para que puedan pagar su cuota de cinco centavos a la CTM. Aplauden y no lo hacen. ¡Dejen de tomar pulque, dejen de apostarle a la baraja! Supriman el rentoy, no vayan a los gallos, no vayan a los toros; pero para hacerlo empeñan la máquina de coser de la esposa. La CTM no tiene cuotas, ésa es la realidad. Los trabajadores tienen derechos, pero tienen también deberes, obligaciones que no cumplen en un gran porcentaje.

Hay deberes también ante los patronos. Los compañeros que creen que la lucha de clases consiste en robarse unas “canillas” de una fábrica o en “hacer la perra” en otro lado, o en cualquier otra cosa indebida, están equivocados. No solamente hay deberes ante la clase patronal y ante los sindicatos; hay deberes ante la Patria también. Ante la Patria Mexicana hay deberes mayores, y ante el proletariado internacional, hay también deberes muy grandes.

Combatir la ignorancia, el analfabetismo. Todavía el porcentaje de analfabetas en nuestros sindicatos es grande en algunas regiones. Gentes que no leen, no pueden cultivarse, no pueden juzgar, no pueden entender, no son útiles. Combatir los vicios. Yo no soy un puritano ni un loco de las virtudes formales, ni un hombre que ve un vaso de cerveza o de vino y lo repudia; ésas son mojigaterías tontas, pero hay que combatir los vicios, que no se han desterrado, es triste decirlo. Hay regiones como en Atlixco, Puebla, en donde se siguen matando nuestros camaradas como consecuencia de la borrachera. No es posible ya eso. Y en otras regiones del país, en las costas de la tierra caliente, por una cosa fútil, por una mala mirada, provocada por el alcohol, se machetean y se matan nuestros compañeros. La vida en México vale muy poco todavía, y para contrarrestar ese desprecio a la vida, ahí están ¡oh ironía! las corridas de toros. Yo sé que muchos de ustedes, acaso la mayor parte, son taurófilos, a pesar de eso, a pesar de que la fiesta brava es una fiesta brillante, llena de colorido, de sangre, de sol, para un pueblo que desprecia la vida, las corridas de toros no son un espectáculo que eleve la moral del pueblo. Esa es la verdad.

Y lo mismo el juego, el juego de apuesta. Entre más pobre es nuestro pueblo, más quiere confiar en el azar y no en el trabajo. Lotería, caballos, frontones, todo eso debe ser objeto de un estudio muy profundo de nuestra parte y sobre todo para acabar con la actitud, la teoría que yo llamaría del paternalismo de los líderes: todo quieren que hagan los líderes. Todo han de hacerlo; ellos son los responsables de la organización, ellos tienen que hacer esto o aquello o lo de más allá. ¡Pues para eso son los líderes! Son cúralo todo, arréglalo todo, resuélvelo todo. Esto tiene que ser también motivo de educación, debe corregirse.



Para concluir, camaradas, quiero fijar puntos relativos a las tareas inmediatas de la CTM:

Lucha contra la carestía de la vida; lucha por una organización de la economía nacional; lucha en favor del servicio militar obligatorio; lucha contra el sinarquismo con un programa adecuado, revolucionario de verdad; reorganización del PRM; selección de los mejores diputados cetemistas; formación de un gran Frente Nacional Liberal; reorganización interna, funcional, verdadera de la CTM; reorganización de las Federaciones y Sindicatos de Industria olvidados. Y en cuanto a las obligaciones fundamentales de la CTM: contribuir a ganar esta guerra de verdad.

No hemos hecho bastante todavía en materia económica; no hemos hecho bastante en materia política, y nada en materia militar. Debe haber voluntarios mexicanos en los frentes de lucha de Europa o en el Oriente. El día que corra sangre mexicana, de voluntarios mexicanos, en el campo de lucha contra el fascismo, ese día, óigase bien, México se podrá sentar a la mesa de la paz en igualdad de condiciones que las otras potencias que han dado su sangre. Y si no lo hacemos, aunque nadie lo diga, nos van a atender diplomáticamente en la mesa de la paz, pero al fin y al cabo dirán: "Esos señores son los de la «guerra verbal» contra el fascismo. Muy buenos amigos, muy buenos aliados, pero nada más". Y los que sí levantarán la voz, los que sí defenderán sus propios intereses y los intereses ajenos con autoridad, serán los que hayan dado la sangre de sus hijos en el campo de batalla. Eso es cierto.

Cincuenta mil hombres de México, otros miles del resto de la América Latina; cien mil, doscientos mil latinoamericanos bajo las banderas de nuestras Patrias, en el frente europeo. Eso sería sellar la unidad de la América Latina para la eternidad, sellar la unidad del Continente para siempre y sellar la unidad de los pueblos semi-coloniales del mundo con las grandes potencias de la Tierra. Debemos hacerlo. Los únicos que no lo querrán son los que no saben lo que es la guerra, o los que saben lo que es y sirven a la "quinta columna". Una cosa es que el Ejército Mexicano no salga del país por diversas razones, y otra cosa es que los voluntarios del pueblo no deban ir. Yo tengo la seguridad de que si formáramos un ejército de voluntarios, sería bien visto por Manuel Avila Camacho, Presidente de México, y sería aplaudido por muchos presidentes de las naciones latinoamericanas.

Es preciso formar la conciencia de guerra; no la tenemos. Al contrario, hay muchos que dicen: vivimos en un paraíso; tenemos todo. Leen los periódicos y dicen: en los Estados Unidos ya no hay llantas; la gente ya no puede usar sus automóviles particulares. Pues México es un paraíso. En los Estados Unidos ya se racionó la carne. México es un paraíso. Eso es cierto, pero no va a durar. Dentro de poco va a pasar igual.

No debemos seguir "en el aire", sin conciencia de guerra, en espera de que el gobierno resuelva todos los casos.

Hay que ganar la victoria, pero hay que ganar también la paz. Necesitamos un plan de coordinación económica del Continente; un plan de desarrollo económico de México; cooperación del proletariado, de los campesinos y de la burguesía li-

beral progresista de nuestro país para la post-guerra. ¡Oigase bien lo que digo: el proletariado como un sector del pueblo debe cooperar con la burguesía progresista para hacer que nuestro país rompa su carácter de país primitivo. Necesitamos un plan industrial para desenvolvemos económicamente.

Eso está dentro del programa revolucionario del proletariado: facilitar el incremento económico del país y auspiciar la creación de nuevas industrias; cooperar a que se levanten nuevos centros de producción, de industria pesada, de industria manufacturera.

La agricultura debe desarrollarse de acuerdo con un plan. Y por último, mejoramiento, elevación del standard de vida de nuestro pueblo.

¿Qué queremos, en suma? Victoria para México. Nadie por encima de México, nadie en ninguna parte del mundo. Nadie por debajo de México, en ninguna parte del mundo. Nadie por debajo de la libertad y de la justicia en ninguna parte de la Tierra. Este es nuestro gran deseo, nuestro gran deseo de ayer, de hoy, de mañana. . .

Camaradas congresistas: regresen todos en el momento oportuno a la provincia con el ánimo de seguir luchando, con la fe de los que saben que su causa es la causa del porvenir. Yo tengo la seguridad de que el nuevo Comité Nacional de la CTM, integrado por compañeros representativos de las diversas corrientes y sectores de la CTM, trabajará con eficacia y lealtad, trabajará al servicio de nuestras instituciones. Yo sé muy bien que esta pugna que ha habido, es pugna que va a acabar, que está liquidada, que debe ser liquidada. No sólo liquidada en la forma, con palabras y de manera hipócrita, sino liquidada profundamente, para siempre, identificando nuestros principios y nuestros procedimientos.

Hay compañeros todavía empeñados en que la CTM se haga pedazos, en que nos peleemos los líderes, en que hagamos añicos la obra común de todos. No, no será posible y en cuanto de mí dependa, aunque todos bien saben que no tengo ninguna responsabilidad en la dirección de la CTM desde que dejé de ser Secretario General de ella, colaboraré, y yo sé bien que no habrá ningún compañero que no colabore en ese empeño. Que la experiencia nos sirva a todos, que nos sirva y nos una a todos, que nos veamos como hermanos, que trabajemos de común acuerdo. Que se reparen las injusticias o los errores cometidos en dondequiera que se hayan realizado; que las gentes no pierdan la esperanza en su causa ni la fe en su ideal. Yo sé que el compañero Fidel Velázquez así lo hará; yo sé que los demás camaradas así lo esperan. Esta es la única preocupación que todos tenemos. Olvidemos las cosas del pasado. Como dije al principio, yo soy uno de los que aceptan la responsabilidad que tenga en los errores u omisiones de la CTM, pero creo que nadie ha obrado de mala fe. No creo que el compañero Velázquez haya obrado de mala fe nunca; no creo que los demás compañeros hayan obrado de mala fe jamás; no creo que ningún compañero haya obrado inspirado por el deseo insano de causar el mal, de dividir. Nadie ha hecho eso entre los responsables del movimiento obrero. Pasiones desbordadas, palabras que no debieran haberse dicho nunca, pasiones desorbitadas que llevan a los hombres a lanzar juicios falsos, injustos.

¡Perdonémonos todos, perdonémonos! Es el momento de la conciliación profunda, permanente. Conciliación con el ánimo de marchar como hermanos y camaradas, realizando este programa que es el programa de nuestra gloriosa institución. Perdonémonos y estimémonos. No perdamos hombres que valen, no perdamos hombres que pueden valer. Despojémonos de los que no valen, mejoremos nuestros ideales, levántemos más y más alta la bandera de la CTM. Hagamos de nuestra Patria más y más una gran nación, no que mira al pasado sino que ve hacia el porvenir. Hagamos de México, más y más, el guión de América Latina por su posición geográfica, su reciedumbre de ideales y por sus sacrificios cumplidos. Así nosotros habremos también cumplido con nuestro deber de cetemistas.

Celestino Gasca, camarada y amigo mío: es la hora de la conciliación y del trabajo común e histórico entre usted y Fidel Velázquez, entre usted y los demás dirigentes.

Camarada Fidel Velázquez, amigo y compañero mío: es la hora de la conciliación entre usted y Celestino Gasca, no porque hayan peleado en lo personal, sino porque es preciso que ante esta Asamblea que está llena de inquietud, todos demos- tremos que somos un solo hombre, un solo pensamiento y una sola acción.

¡Camaradas de las huestes fidelistas, disuélvanse, sean cetemistas nada más y no vuelvan a hablar mal de Lombardo ni de nadie; compañeros llamados lombardistas: disuélvanse por favor, no ataquen al compañero Velázquez ni a nadie; sean cetemistas nada más! ¡Unidad! ¡Unidad! ¡Unidad! ¡Viva la CTM!

## La Revolución Rusa y la Revolución Mexicana

Camaradas:

Nos hemos reunido esta noche con el propósito de conmemorar la Revolución de Octubre. Pero no bastaría recordar cómo se inició la Revolución Socialista. En las condiciones en que vive el mundo, el único juicio que cabe, el único examen posible de la Revolución de Octubre es el de considerarla en sus resultados inmediatos, en sus resultados mediatos, y en relación con el ambiente actual del mundo.

¿Qué representó la Revolución de Octubre para Rusia? ¿Cuál ha sido su obra mayor? A la distancia en que nos hallamos del comienzo de la Revolución ¿en qué forma se mantiene ésta en sus más importantes propósitos? ¿De qué modo la Revolución de Octubre ha participado en esta gran lucha de los pueblos contra el fascismo y cuáles son las posibilidades de la obra de la Revolución de Octubre para cuando la contienda armada haya concluido? Finalmente: ¿Qué podemos nosotros los mexicanos estimar particularmente, de la Revolución Socialista? ¿Qué semejanza hay entre el gran movimiento de nuestro pueblo iniciado en 1910 y el gran movimiento del pueblo soviético iniciado en 1917? ¿En qué difieren la Revolución Rusa y la Revolución Mexicana y en qué se asemejan? ¿En qué han coincidido y cuál puede ser dentro del escenario actual del mundo, el porvenir de la Revolución Mexicana? ¿De qué manera habremos los mexicanos de luchar en cuanto la guerra en su aspecto militar haya concluido?

Estas preguntas encierran, seguramente, un examen cabal y completo de la Revolución de Octubre, del esfuerzo del pueblo ruso de ayer y del esfuerzo del pueblo ruso de hoy. También las respuestas a esta interrogación explicarán el esfuerzo inicial del pueblo de México y el esfuerzo actual de nuestro país. De esta manera, los mexicanos, los miembros de la clase trabajadora de México, conmemoramos la Revolución de Octubre; explicando, como siempre, las cosas como son, hablando la verdad sin ambages, pero hablando sólo la verdad. En estos instantes de grave responsabilidad histórica, otra cosa que no sea sólo la verdad no es una ayuda, ni a la causa de las Naciones Unidas ni a la causa de la paz venidera, ni a la causa de México ni a la

---

Discurso pronunciado con motivo del xxvi aniversario de la Revolución Socialista. Ed. UOM, 7 de noviembre de 1943.

causa del pueblo nuestro para el porvenir. Pero nada menos que la verdad. De este modo caminaremos decididos, firmes, como nunca, con mayor vigor que ayer, con mayor convicción que en el pasado, para contribuir al progreso de nuestra Patria, y al progreso del mundo.

La obra de la Revolución de Octubre es la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. La Revolución ha creado una de las potencias económicas, militares y políticas más grandes de la Tierra. Para poder confirmar esta aseveración sólo es preciso recordar lo que era Rusia antes de la Revolución de Octubre, la vieja Rusia zarista. Era el país tradicionalmente derrotado: derrotado antes de que la Revolución se iniciara, derrotado en 1905, derrotado en múltiples conflictos de carácter internacional. Era, además, Rusia, el país más atrasado de Europa; el menos desenvuelto desde el punto de vista económico; el menos progresista desde el punto de vista técnico y científico; era, por lo mismo, el país más inculto de Europa, en donde el analfabetismo había llegado a grados realmente espantables; era la vieja Rusia zarista un país basado en una agricultura extensiva solamente, una agricultura primitiva y casi arcaica, sujeta a sequías crónicas, a malas cosechas y que empleaba un arado primitivo. Era un país de gran insalubridad, con epidemias constantes de tifo y aun del cólera. Un país, además, con una gran masa campesina y obrera anquilosada, con algunos sectores del pueblo cercanos a la degeneración; un país con una enorme mortalidad infantil y con una gran mortalidad de los individuos adultos. Y como si no fuese bastante este recuerdo de los aspectos negativos y dramáticos de la vieja Rusia zarista, habría que agregar que era uno de los países cuyo pueblo podía señalarse como ejemplo de superstición y de un obscurantismo clerical realmente primitivo y grotesco.

Esto fue la Rusia antes de la Revolución de Octubre.

Ahora recordemos, en breves palabras, qué era Rusia antes de la agresión de Hitler. Tres rasgos bastan para fijar las características de la Rusia nueva: cuando Hitler atacó a Rusia, ésta era la primera potencia militar del mundo; era la segunda potencia industrial de la Tierra, después de los Estados Unidos; y era, además, una de las fuerzas políticas internacionales más poderosas. En unos cuantos años no sólo había caído el imperio de los zares, sino que el país se había transformado a un ritmo que no guarda paralelo en la historia de ningún otro país del mundo.

Esta revolución que destruyó un viejo imperio, un antiguo país semifeudal, atrasado, primitivo, ignorante, fanático, ha logrado crear en reemplazo un régimen distinto a todos los que han existido en la historia humana. Un régimen económico, social y político, cuyos principios de carácter general han sido postulados por los hombres más grandes a través de la historia. La primera característica del nuevo régimen levantado en la vieja Rusia es la propiedad colectiva, la propiedad colectiva de los instrumentos de la producción material y del cambio, que ha permitido que, en lugar de realizarse, como en otras partes de la Tierra, la acumulación capitalista, se realice la acumulación socialista, porque la plusvalía —la parte que produce el trabajo y que no va al trabajo— en lugar de emplearse en otras inversiones, en la Unión

Soviética se usa precisamente para desarrollar al máximo posible la propia riqueza que pertenece a la comunidad humana.

El segundo rasgo que caracteriza al nuevo régimen de Rusia es la economía planeada, la posibilidad de organizar, de acuerdo con un plan científico, la economía del país; y no sólo la posibilidad de planear, de formular programas, sino la posibilidad de realizar los programas formulados. A la planeación de la economía primero, han sucedido los planes quinquenales, que no son proyectos, sino planes que se han cumplido, no sólo en los plazos fijados, sino, muchas veces, en períodos mucho más breves. Planes de cinco años que significan tareas para la nación o para el conjunto de naciones de la URSS por cinco años, para todos sus habitantes; planes de cinco años que significan tareas concretas, realizables y realizadas cada año, cada mes de cada año, cada día de cada mes, cada hora de cada día, cada minuto de cada jornada útil. Planes que significan la realización de un concepto de la organización social y, al mismo tiempo, el cumplimiento de un objetivo concreto, de una meta política asequible.

El tercer rasgo característico del nuevo régimen de Rusia es la fusión, la liga estrecha entre el aparato económico y el sistema educativo. Sólo ahí ha podido realizarse una concatenación estrecha entre la función de la escuela y el régimen social establecido. No hay producción de técnicos sin sujeción al plan premeditado del desarrollo económico del país; no hay escuelas sin propósitos que no sean los del desarrollo del país en el orden económico, en el orden social, en el orden cultural, en el orden científico, en el orden artístico, de acuerdo con el programa formulado previamente.

Y por último, el otro rasgo principal del nuevo régimen soviético es la fusión, la liga entre el trabajo económico y la preparación militar. Allá también la preparación militar es un aspecto del desarrollo general del país, como el sistema productivo, como la investigación científica, como todos los aspectos de la tarea individual, de la tarea colectiva, de la tarea nacional.

La Revolución de Octubre ha creado un nuevo régimen social no sólo en el viejo Imperio de los zares, sino nuevo en la historia de la humanidad. Pero ha hecho algo más, la Revolución de Octubre ha creado, a mi juicio, una nueva época en la historia del mundo. Hace ya muchos años Bacon declaraba que el hombre, al descubrir las leyes de la Naturaleza, podía gobernar a la Naturaleza. El ascenso del régimen capitalista en el mundo, que impulsó el desarrollo de las investigaciones científicas, que permitió el progreso enorme de la técnica, hizo posible, en el campo de las ciencias naturales, el descubrimiento de muchas de las normas que rigen los fenómenos del mundo biológico.

El siguiente paso en la investigación científica universal consistió en averiguar también las leyes de acuerdo con las cuales se rige el proceso de la comunidad humana, el progreso de los pueblos y de las naciones. A partir de ese instante, el hombre estaba ya en la posibilidad de dirigir la actividad de la sociedad humana sabiendo cuáles son los principios que la gobiernan. Ha correspondido a la Unión Soviética, fruto de la Revolución de Octubre, no el descubrimiento de las leyes de la evolución

histórica; pero sí el honor y el privilegio, para su pueblo y para todos los pueblos del mundo, de aplicar, por la primera vez en la historia, las leyes que rigen la evolución social, lo cual le ha permitido al régimen soviético el control de la historia, dando así el primer gran ejemplo de que el hombre es el gobernador real de la naturaleza a condición de que siga las leyes que rigen la vida.

Pero la Revolución de Octubre no sólo ha levantado un nuevo país en el viejo Imperio de los zares; no sólo ha construido un régimen social nuevo en la historia; no sólo ha podido aprovechar los descubrimientos científicos de los últimos años para gobernar la conducta de su pueblo de acuerdo con las normas que rigen la historia y acelerar el advenimiento de los designios supremos de la propia especie humana.

Nacido el régimen soviético en una época crítica para la humanidad toda, se vio envuelto en la guerra en la que el mundo se encuentra sumergido todavía. Y si no fuera suficiente lo dicho para que despertara la Revolución de Octubre la admiración y simpatía, el profundo interés, de todos los hombres de la Tierra, bastaría lo que ha hecho la Revolución de Octubre en esta guerra, lo que está haciendo en beneficio del pueblo soviético y de los demás pueblos del mundo. Sin hipérbole podemos afirmar que la Revolución de Octubre ha salvado a la humanidad del fascismo; porque el Ejército Rojo es fruto directo de la Revolución de Octubre.

El Ejército Rojo fue forjado en la lucha contra la intervención imperialista hace veinte años. Después de haber vencido la intervención extranjera, sus mejores hombres, sus mejores cuadros, bajo la dirección y el amparo del nuevo régimen, crearon las academias y las escuelas militares para formar un ejército moderno basado en las lecciones de la historia, en la experiencia viva del combate reciente y la ciencia de la guerra. Pero su inicio fue el pueblo mismo, el pueblo con sus propios comandantes capacitados después en la ciencia de la guerra; pero, sobre todo, ese ejército es el ejército del pueblo al servicio de los ideales históricos de la propia Revolución de Octubre. El Ejército Rojo es el pueblo mismo de la Unión Soviética, el pueblo actual de la Unión Soviética, tan lejos ya, tan distante, del antiguo pueblo ruso; y este pueblo nuevo es el producto del socialismo.

Pero no es eso todo lo que la Revolución de Octubre ha hecho. Es la garantía de la paz futura, la garantía de que esta guerra no ha de concluir de ningún modo como la guerra pasada, como la Primera Guerra Mundial. Nicolás Lenin escribió en 1916 un artículo muy poco conocido, titulado: "El porqué de las Guerras", redactado en el período de apogeo de la guerra imperialista, cuando no se sabía aún cuando iba a concluir la contienda; cuando nadie sabía tampoco, de qué lado iba a inclinarse la victoria militar. En ese artículo Lenin plantea una serie de cuestiones que son nada menos que la interpretación correcta de la Primera Guerra Mundial y de las perspectivas de la contienda armada futura.

"¿Cuáles son las tendencias de las grandes potencias?", se preguntaba Lenin. Luego describe, para darse respuesta a sí mismo, los propósitos imperialistas de Alemania, de Francia, de Inglaterra, de "la Santa Rusia", de Austria, de Italia, de Bél-

gica; señala el grave peligro que corrían entonces Turquía, las naciones balcánicas y China. En seguida Lenin vuelve a interrogar: “¿Quién nos dirá las condiciones de la paz futura?” Y contesta: “Las nuevas guerras Imperialistas son inevitables. Como resultado de la guerra también puede ser que haya un reagrupamiento de potencias, pero cualquiera que sea ese nuevo reagrupamiento, tendrá que actuar bajo el signo del imperialismo. La guerra imperialista entre las grandes naciones, mientras no haya la intervención de una nueva fuerza, de una «tercera» fuerza que actuará como fuerza antiimperialista, no podrá acabar más que con una paz también imperialista”.

“Soñar —agrega Lenin— en una paz democrática sin la intervención de esa «tercera» fuerza es un sueño a la Manilov” (un personaje de la literatura rusa que equivale a decir “ideal irrealizable”). “El contenido de la paz futura —se refería, naturalmente, Lenin, a la terminación de aquella guerra— revelará el verdadero carácter de la guerra imperialista, contrariamente a las declaraciones de una paz «para el pueblo»” —según la propaganda que entonces se realizaba en todas partes—. Y concluye diciendo: “Quien no aprendió en la guerra, aprenderá en la paz”. . . “Esa paz en todo caso será sólo un breve armisticio, una pausa entre las nuevas venideras catástrofes. Pero esa «tercera» fuerza podrá ser algo que no espera el mundo imperialista”.

Lenin fue un genio. No es menester recordar sus atributos personales, sus condiciones de hombre excepcional, la obra realizada como teórico, como continuador de Marx, como filósofo, como creador de un nuevo partido en el mundo, como guiador de la clase trabajadora, como conductor de su pueblo, como líder de la Revolución de Octubre. Bastaría este documento breve, bastaría esta predicción, para considerarlo en la categoría de los primeros hombres de la historia. En 1916, repito, cuando aún la guerra era una lucha incierta, cuando era imposible saber quién iba a triunfar, cuando menos aún se podía decir cuáles habían de ser las características de la paz, no sólo confirmaba una vez más su visión certera de que esa primera guerra mundial era una guerra interimperialista por el reparto del mundo; no sólo volvía a afirmar que la paz que habría de seguir a la guerra forzosamente tendría que ser una paz imperialista también, sino que afirmaba —y ésta es la importancia de esta consideración del breve artículo— que a esa guerra, la que juzgaba en 1916, habría de suceder otra guerra; pero que esta segunda guerra mundial sólo habría de ser guerra distinta, a condición de que surgiera en la historia una nueva fuerza, una fuerza antiimperialista que no sólo diera un nuevo carácter a la contienda armada entre las grandes potencias, sino que interviniera para impedir que se dictara una paz imperialista.

La “tercera” fuerza histórica es obra de la Revolución de Octubre. Por esa razón, a partir del instante en que Adolfo Hitler, empujado por sus consejeros políticos y militares, después de su viaje triunfal a través de países previamente minados por la “quinta columna”, creyó en la posibilidad del dominio de Europa toda, y arremetió contra la Unión Soviética, estaba planteando el cumplimiento de su viejo propósito imperialista: el dominio del mundo, provocando, así, una nueva guerra mundial de



proporciones gigantescas, que sólo fuerzas superiores a la que él encabezaba, por su número y por su calidad política, podrían vencerlo.

En efecto, sólo una gran fuerza antiimperialista por su origen, por su esencia, por su estructura, por sus propósitos inmediatos y futuros podía contribuir a que las fuerzas democráticas de otras naciones formaran una unidad inquebrantable en contra de la mayor fuerza imperialista de la historia, el fascismo agresivo y salvaje. Por esa razón la colaboración de la Unión Soviética en esta lucha ha sido tan importante, decisiva. Por esa causa sólo los agentes de Hitler, los enemigos de la democracia, los traidores a su Patria en cada país, los individuos que han trabajado en esta lucha por el pasado y no por el presente, y mucho menos por el porvenir, han sido capaces de negar la buena fe de la colaboración de la Unión Soviética al lado de las otras naciones del mundo. Sólo ellos han sido capaces de prestarse a la campaña de los nazis y de sus aliados, con el objeto de hacer imposible la victoria en contra del imperialismo fascista y también para hacer posible condiciones realmente democráticas y justas en la paz venidera.

A partir del instante en que la guerra abarcó al mundo entero, a partir del momento en que la guerra perdió su carácter originario, a partir del instante en que se trataba de una agresión a la integridad territorial y a la soberanía de todos los pueblos del mundo, grandes y pequeños, el trabajo de la "quinta columna", el trabajo de los agentes de Hitler, el trabajo de los instrumentos humanos de las potencias del Eje, ha tendido fundamentalmente a desunir a los aliados naturales. Por eso tienen tanta importancia no sólo las victorias militares sino también las victorias políticas, que son, al fin y al cabo, derrotas y victorias de los mismos soldados, de los pueblos armados.

Esta guerra comenzó en su aspecto mundial, descubrió sus fines, por parte de los nazis, de dominio de la Tierra, después del ominoso pacto de Munich. A partir de ese día la amenaza sobre el mundo era clara: su conquista por la fuerza política más agresiva de la historia. A partir de ese momento nadie dudó ya de que la guerra llegaría a todos los rincones del planeta. Pero no sólo señala Munich ese pacto vergonzoso, el principio de la agresión al mundo entero por parte de los nazis y sus aliados, sino también marca un acto de cobardía y de complicidad tendiente a hacer que sólo una parte del mundo se salvara de la catástrofe y que sucumbieran otros muchos pueblos de la Tierra, entre ellos, de un modo principal, el pueblo soviético. Munich fue la entrega, el pacto de la entrega, no de Checoslovaquia solamente y de los demás países de la Europa Oriental, sino de la Unión Soviética a la voracidad del pulpo nazi. A partir de ese instante todo tendía hacia allá. Pero más tarde, como quiera que Inglaterra, con nuevo gobierno, se aliara de un modo vigoroso a la Unión Soviética y no permitiera, desde la primera hora, la agresión del 22 de junio, ningún titubeo respecto de su obligación y su compromiso, y como quiera que después otros países se aliaran también, y finalmente los Estados Unidos, México y otros pueblos de la América Latina entraron a la guerra, y los bandos del mundo quedaron bien marcados, la labor de la "quinta columna" ha consistido en desunir, en hacer imposible la

unión total en el terreno militar, económico, político y en el campo de las ideas sobre el futuro.

Munich fue eso: el principio de la Segunda Guerra Mundial en su aspecto verdadero, la revelación de lo que había detrás de la amenaza de Adolfo Hitler. Por eso la victoria última, la victoria política enorme que se acaba de obtener hace unos días en Moscú, marca el derrumbe definitivo de aquellas maniobras. El Pacto de Moscú de hace días es el "Anti-Munich", es la confirmación de la imposibilidad de la victoria de Hitler en contra de las naciones aliadas.

Es indispensable que los mexicanos mediten en la trascendencia de este pacto Anti-Munich que marca el principio de una nueva etapa, no sólo de la guerra, sino de un nuevo período histórico en medio de esta época convulsa en que vivimos. Obligar a las Naciones Unidas a pactar por separado la paz, maniobrar para que aunque las Naciones Unidas logren la victoria militar, se mantenga o se permita el mantenimiento del régimen fascista; trabajar con el propósito de que las Naciones Unidas hagan transacciones con gobiernos espurios o no representativos de los pueblos sojuzgados, para que estos pueblos pierdan la guerra aun cuando hayan hecho sacrificios enormes; impedir el derecho de autodeterminación a medida que los pueblos vayan siendo liberados de las fuerzas que los tienen sojuzgados momentáneamente; mantener ejércitos de ocupación por parte de las Naciones Unidas en el territorio de los países liberados para que no se establezcan gobiernos democráticos que realmente respondan a las necesidades de los pueblos; impedir la independencia verdadera de las naciones que han sufrido en esta contienda, mantenerlas en el vasallaje, en la humillación; hacer que el pueblo de Italia pierda no sólo más hombres o más recursos materiales, sino que pierda su libertad para siempre; tratar como enemigos a los que han sufrido en la lucha clandestina contra el régimen fascista de Mussolini; en suma impedir el aplastamiento total del fascismo, impedir la victoria de los pueblos, impedir el cumplimiento de la Carta del Atlántico, impedir el cumplimiento de los mejores ideales, de los mejores derechos de todos los pueblos del mundo, ha sido la tarea de Adolfo Hitler, de sus aliados, de sus secuaces, de sus instrumentos de cualquier categoría en todas partes del mundo. Por eso el Pacto de Moscú tiene tanta importancia.

Los principales puntos de ese Pacto dicen así: "Los gobiernos de los Estados Unidos de Norteamérica, del Reino Unido, de la Unión Soviética y de China, declaran mancomunadamente: 1. Que su acción conjunta para continuar la guerra contra sus respectivos enemigos seguirá en vigor, a fin de lograr la organización mundial y conservar la paz y la seguridad. 2. Que los países que estén en guerra contra un enemigo común obrarán al unísono en todos los asuntos que se relacionen con la rendición y el desarme de aquel enemigo. 3. Que tomarán todas las medidas que juzguen necesarias para impedir cualquier violación de los términos impuestos al enemigo. 4. Que reconocen la necesidad de establecer, en el momento más conveniente, una agrupación general internacional fundada en el principio de igualdad de soberanía para todos los Estados amantes de la paz, organización en la cual podrán ingresar

todos los Estados, grandes y pequeños, a fin de conservar la paz y la seguridad internacionales. 5. Que, con el propósito de mantener la paz internacional, restablecer la justicia y el orden e implantar un sistema de seguridad general, esos países se consultarán mutuamente y, cuando la ocasión lo requiera, tendrán consultas con los demás miembros de las Naciones Unidas con objeto de obrar colectivamente en bien de la comunidad de naciones. 6. Que después de la terminación de las hostilidades no emplearán sus fuerzas militares dentro de los territorios de los demás Estados, excepto en los casos previstos en esta declaración y después de consultas colectivas. 7. Que conferenciarán y cooperarán los unos con los otros y con los otros miembros de las Naciones Unidas para llegar a un acuerdo, amplio y práctico, con respecto a la regulación de los armamentos en el período de la postguerra.

Y respecto a Italia: 1. El gobierno italiano —el actual de facto— debe dar cabida en su seno a los representantes de aquellos sectores del pueblo italiano que siempre se han opuesto al fascismo. 2. Que las libertades deben ser restituidas al pueblo italiano, todas las libertades de prensa, de opinión, de asociación pública, etcétera, y que debe el pueblo italiano ejercitar sus derechos para formar grupos políticos antifascistas militantes en su propio país. 3. Que todas las instituciones o agrupaciones creadas por el régimen fascista deben ser suprimidas. 4. Los fascistas y las personas partidarias de los fascistas deben ser eliminados de todas las instituciones de índole pública. 5. Todos los prisioneros políticos del régimen fascista serán puestos en libertad. 6. Se crearán órganos democráticos de carácter local. 7. Los jefes fascistas y jefes del ejército de los cuales se tengan pruebas o se sospeche que delinquieron durante la guerra, serán arrestados y entregados a la justicia para que los castigue.

Estas disposiciones del Pacto de Moscú relativas a Italia son evidentemente un ejemplo de lo que se va a hacer a medida que se vayan liberando de su yugo actual los países europeos. Gobierno provisional del pueblo; partidos del pueblo organizados para combatir a sus verdugos; incorporación a los gobiernos de facto de los representantes del pueblo que han luchado en la clandestinidad; respeto absoluto a las organizaciones democráticas; justicia a los que han luchado dando su sangre, y, finalmente, castigo para los traidores que sirvieron a Adolfo Hitler.

Por lo que toca a Austria, como fue el primer pueblo a quien sin consultarle su opinión se le privó de autonomía, las Naciones Unidas se comprometen a darle la libertad; pero es preciso que el pueblo austriaco no olvide que, como luchó al lado de Hitler, tiene que probar su antifascismo y dar su contribución a la lucha para poder alcanzar la libertad. La libertad se pierde, y también la libertad se recobra, pero pagándola.

Y por último, un convenio en virtud del cual los jefes militares y los soldados, así como los miembros del Partido Nazi y sus aliados, testaferreros y secuaces que en territorio de otras naciones hayan cometido esos crímenes brutales que han espantado con razón a los hombres todos civilizados, que han incendiado pueblos, que han asesinado a mujeres y niños, que han quemado a la gente viva, que la han vejado, torturado,

que han hecho causa de fusilamiento por protestar con la palabra hablada o escrita, esos canallas que han denigrado a la especie humana, no serán castigados, como ellos suponen, solamente por las autoridades de su país, sino que serán tomados en donde quiera que se escondan, no importa dónde y en cuál parte del mundo, y serán llevados al territorio del país en donde hayan delinquido, con el objeto, de que allá se les apliquen las leyes de ese país y, ahí mismo paguen sus crímenes.

De este modo el pacto anti-Munich ya abre las perspectivas no sólo de la victoria final, sino de la paz venidera. Debemos los mexicanos saludar el convenio de Moscú con júbilo, con entusiasmo, porque no sólo representa la liberación de los pueblos europeos, el restablecimiento de la democracia perdida, la posibilidad de iniciar la reconstrucción de los pueblos de las naciones sojuzgadas, sino que para nosotros, los pueblos pobres, alejados del escenario de la lucha armada, que no hemos podido contribuir más que con lo poco que tenemos: trabajo, materias primas, transportes y privaciones, el pacto anti-Munich de Moscú representa la garantía de que en breve tiempo —relativamente hablando— el pueblo mexicano y los demás pueblos de la América Latina dejarán de sufrir miserias, carestías y crisis de carácter material.

Eso ha sido la Revolución de Octubre: una nueva fuerza en la historia, que levantó un nuevo país en el viejo imperio zarista. Una fuerza que construyó un nuevo régimen en la historia; una fuerza que ha salvado, en parte principal, al mundo del fascismo. Una garantía de que la victoria será una victoria plena, una garantía de que es posible asociar a los pueblos, a los gobiernos y a los hombres de pensamiento democrático en el mundo. Y, también, la mejor fianza de que el porvenir está asegurado.

Ahora, breves palabras sobre nuestro esfuerzo, el del pueblo de México; sobre nuestra Revolución que también conmemoraremos en este mes de noviembre de nuestro calendario. ¿Qué fue la Revolución Mexicana? ¿Qué ha sido? ¿Qué es? ¿En qué se asemeja a la rusa? ¿En qué difiere? ¿En qué coinciden?

¿Es verdad lo que se ha dicho en los últimos tiempos, a veces por partidarios encendidos de la Revolución Mexicana y de la Revolución Rusa, haciendo aparecer a la Revolución Rusa como producto de la mexicana, sólo por el hecho de que es anterior la nuestra a aquélla?

¿O es cierto lo que la propaganda imperialista y mal intencionada dijo durante tantos años de nuestro país, que es lo que más se ha oído fuera de nuestras fronteras?" ¿México? "¡Ah, sí, el país de las revoluciones!" Durante mucho tiempo México tuvo este calificativo: el país de las revoluciones. Pareciera como si en la división del trabajo del mundo que alguien hubiera podido imaginar y ejecutar, nos hubiera tocado a los mexicanos la tarea de hacer escándalos, motines, cuartelazos, revoluciones.

Ese era el criterio, esa era la opinión más esparcida fuera de México. Ah, sí, "el país de las revoluciones". Y alguna gente ingenua, de buena fe, pero ignorante, cuando uno pasaba por cualquier parte del mundo, le preguntaban: ¿Y ustedes, los mexicanos, no se han cansado de hacer revoluciones? ¿Por qué ustedes los mexicanos son tan revoltosos? ¿Es que la sangre mexicana tiene alguna calidad desconocida en

relación con las otras sangres que circulan en los demás hombres del mundo? ¿Quisiera usted decirme por qué México es tan inquieto? Y como nuestra Revolución se había iniciado justamente en una etapa en que el mundo parecía vivir en paz, el escándalo producido por el México revolucionario o por la Revolución Mexicana fue el mayor. Por eso desorientó a la opinión internacional, influida por las fuerzas imperialistas que, naturalmente, tenían empeño en que la opinión internacional tuviera un juicio equivocado respecto de nuestro país.

Es cierto: México es un país revoltoso, el más revoltoso de toda la América. Eso es verdad. México es el país más inquieto del Hemisferio Occidental. Eso es cierto. México es el país que ha tenido y sufrido más convulsiones en su historia, más profundas, más agudas, más violentas, más sangrientas, más apasionadas. Eso es cierto. Pero no porque nuestra sangre sea de calidad diversa a la sangre de los demás hombres del mundo, no; ni porque la latitud, o la altitud, o razones geológicas o históricas, o raciales, nos hayan hecho así a los mexicanos: inquietos, rebeldes y dispuestos a la pelea. No. Esas son afirmaciones estúpidas, anticientíficas, ridículas. México es el país más lleno de convulsiones en América, porque, ya lo dijeron hombres que nada tenían que ver con nuestra vida constante y con nuestros problemas, porque no era gente que viviese con nosotros, como aquel explorador alemán, el barón Alejandro de Humboldt, y otros extranjeros investigadores que con nosotros convivían y que en sus momentos de sinceridad expresaron lo que realmente era el pueblo mexicano —entre estos últimos el obispo Abad y Quiapo—, dijeron que México es el país de las revoluciones, porque en México la diferencia entre las clases sociales, la distancia que las separa, era tan grande que no guardaba paralelo ni comparación con la diferencia de los sectores sociales o clases sociales en los demás países de América. En México la gente era o rica o miserable, o privilegiada o esclava, o poderosa o humilde hasta la ignominia, o rica y aparentemente ilustrada y culta, o mendicante, ignorante, suplicante y puesta al margen de la propia comunidad nacional. Jamás se dieron en otro país de este Nuevo Mundo, como le llamaron a América, diferencias tan dramáticas como en nuestro pueblo, como en nuestro territorio.

Por eso, por esta desigualdad material, social, cultural, humana al fin, México ha sido el país de las revoluciones y nuestra Revolución por excelencia, la que llamamos Revolución Mexicana, la iniciada en 1910, en la que aún nos hallamos, es una revolución con caracteres peculiares. Es, genéricamente una revolución democrático-burguesa; pero no, siquiera, como la cumplida en otras partes del mundo. Es una revolución que se hace o se inicia en un país que vive en la etapa precapitalista. No es una revolución que hace el pueblo de un país capitalista, sino que el levantamiento se cumple en un país anterior al capitalismo.

La Revolución Mexicana es también un movimiento del pueblo en un país semi-colonial. Es una revolución que tiende a acabar con la estructura feudal del pasado y que pretende alcanzar o lograr para la Nación una autonomía en sus relaciones internacionales. Pero es una revolución particularmente convulsa y difícil porque

no sólo se cumple en un país semicolonial y semifeudal, en un país que no ha llegado al capitalismo, sino que se desarrolla en la etapa culminante del imperialismo. No es siquiera, nuestra Revolución, la primera revolución democrático-burguesa, como algunos han afirmado, no. La primera revolución democrático-burguesa la realizó Inglaterra en el siglo xvii. La nuestra es una de las últimas revoluciones democrático-burguesas, pero no típicamente burguesa. Es el levantamiento, en la etapa del desarrollo máximo del capitalismo, en la etapa del imperialismo, de un pueblo que trata de romper su estructura feudal y alcanzar la independencia para su Patria. Por eso es que la revolución iniciada en 1910 ha sido fundamentalmente un gran movimiento del pueblo contra el feudalismo, contra los terratenientes, contra la fracción semifeudal de la burguesía y contra el imperialismo extranjero.

Esos son sus perfiles. Por eso difiere tanto de la Revolución de Octubre. Esta se realizó, es verdad, en un país atrasado; pero la Rusia de los zares era un país independiente. Aquí se hace la revolución en un país semilibre, en un país sometido al imperialismo; allá se hace en un país imperialista. La Rusia zarista era un país imperialista. Allá se hace la revolución en un país atrasado, el más atrasado de Europa; pero aquél era un país capitalista además de ser un país con una fisonomía semifeudal. Allá se realiza una revolución contra el feudalismo y contra el capitalismo, y aquí se realiza una revolución contra el feudalismo y contra el imperialismo. Por eso la clase obrera mexicana ha tenido un papel tan destacado en la Revolución, porque ella ha tenido que luchar, en primer lugar, por la independencia y la transformación de la nación de la cual forma parte. En otras partes del mundo el proletariado se ha impuesto tareas distintas a las que se ha impuesto en México. Aquí nosotros hemos tenido que luchar, no sólo por derechos específicos de la clase obrera, no sólo por una legislación del trabajo, no sólo por una legislación relativa a la previsión social, no sólo por el derecho de asociación, por el derecho de huelga, por el contrato colectivo de trabajo. Aquí hemos tenido que luchar fundamentalmente por el cambio de la estructura semifeudal y semicolonial del país.

Por eso la clase obrera está tan unida al sector campesino en México; por eso nos interesan tan apasionadamente los problemas del campo, como a los campesinos capaces y a sus líderes les interesa la suerte del proletariado y de toda la nación. La Revolución Mexicana ha sido esencialmente una revolución agraria, una revolución del campo, una revolución para mejorar las condiciones de la gran mayoría del pueblo y, subsidiariamente, una revolución para mejorar la situación de la clase trabajadora, que se halla en pequeña minoría.

La situación creada por la guerra ha detenido el desarrollo normal de la Revolución Mexicana. Es preciso que nos demos cuenta también de estas verdades, con el objeto de no incurrir en el error gravísimo de hacer apreciaciones, juicios subjetivos respecto de la lucha política en nuestro país y de sus perspectivas. La guerra ha detenido el desarrollo revolucionario del país, y estorbado su desarrollo económico. La guerra es lo contrario de la paz en muchos sentidos. La guerra es una cri-

sis profunda, desde la raíz, desde el cimiento del edificio social hasta la cumbre. No podríamos ser ajenos a la guerra, no podríamos ser ajenos al quebranto producido por la lucha armada en casi todas partes del mundo. Por esta razón, desequilibrada nuestra economía, rotas las normas de paz de nuestro progreso, hemos tenido que establecer un ritmo más lento en el desarrollo de los principios de las normas y de los propósitos de la Revolución iniciada en 1910. Pero en cuanto la guerra termine, así como en Europa van a volver a la libertad los pueblos transitoriamente sojuzgados, así como en otras partes del mundo las naciones que nunca lograron su autonomía la van a conseguir, en México, concluida la guerra en el mundo, la Revolución Mexicana continuará su marcha ascendente.

En esto diferimos del pueblo soviético; éstas son las diferencias entre la Revolución Mexicana y la Revolución de Octubre. Pero también hemos coincidido. Hemos coincidido, primero, en la defensa de los pueblos débiles. México, como país débil no sólo ha luchado por sí mismo, sino que también ha luchado, ayer y hoy, siempre, por los demás pueblos débiles del mundo. Siempre que ha habido una lucha de un pueblo débil, inerme, en contra de su opresor interior o exterior, la voz de México se ha hecho oír en defensa de ese pueblo débil. Y la Unión Soviética, con su ejemplo, con su conducta, con su tradición, con sus principios, ha demostrado que es también una defensora de todos los pueblos débiles de la Tierra.

Defensora de los pueblos débiles en contra de sus enemigos internos y en contra de sus enemigos externos. La propaganda mal intencionada de las fuerzas reaccionarias del capitalismo internacional, los fascistas, la "quinta columna", sus secuaces, todo este aparato complejo y múltiple que ha actuado tanto y de una manera tan tremenda en esta contienda, ha fabricado todo un conjunto de teorías respecto de la actitud "imperialista" de la Unión Soviética. Recuerdo el caso de Finlandia. Aquí en unas cuantas horas, como en otros países del mundo, la propaganda de la "quinta columna" llenó las tribunas, las radio, los órganos de la prensa, todos los instrumentos de difusión de las ideas con la consigna: "Ayudemos a la pobre Finlandia. Ayudémosla contra el imperialismo soviético, contra el imperialismo ruso que trata de acabar con los pueblos débiles". En realidad lo que estaba haciendo la Unión Soviética era indicarle al pueblo de Finlandia que iba en su ayuda, a condición de que él se levantara en contra de sus opresores internos, agentes de ínfima categoría de Adolfo Hitler. Y así ha ocurrido en Polonia, en los Estados bálticos, y así ocurrirá en todas partes del mundo en donde la voz de la Unión Soviética debe ser escuchada al lado de las demás opiniones de las Naciones Unidas, con el objeto de que se ayude siempre a los pueblos débiles.

Han coincidido también México y la URSS en la lucha contra el fascismo. México es un país antifascista por abolengo, por tradición histórica, porque es un país que ha luchado por la democracia sin alcanzarla plenamente. Sólo los países que han luchado y han nacido bajo el signo de la democracia son capaces de sentir realmente una conducta antifascista y de realizar con el ejemplo una constante campaña antifascista. El régimen soviético, el régimen nacido de la Revolución de Oc-

tubre, es la antítesis del régimen fascista. Los enemigos de la Unión Soviética han querido siempre presentar al régimen soviético como igual al régimen fascista. Hablan del totalitarismo, de la supresión de las libertades individuales, del sometimiento de la persona física, del sacrificio, del sometimiento de las instituciones públicas al Estado, de la ausencia de libertad de iniciativa, de la ausencia de posibilidades para el progreso de los individuos, etcétera. Sólo los ignorantes pueden sostener que estas afirmaciones no son calumniosas, sino exactas. Si hay algún país que haya luchado contra el fascismo desde su origen, desde el primer instante, bien desde el punto de vista filosófico, bien desde el punto de vista de la teoría política, bien desde el punto de vista de la acción concreta, decisiva, ese país se llama la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Coincidimos también en que México es, a pesar de su debilidad, a pesar de su atraso, a pesar de su escaso desenvolvimiento, vanguardia de los pueblos débiles del Hemisferio Occidental y la URSS es garantía de desenvolvimiento de todos los pueblos débiles de la Tierra. Por eso los próceres de la Revolución, los iniciadores de ella, como Emiliano Zapata, cuya opinión en favor de la Revolución Rusa recordaba hoy en la mañana, en sesión solemne del Congreso de la Unión, el embajador Oumansky, y otros que como Emiliano Zapata sintieron que la Revolución Rusa tenía aspectos semejantes a la revolución nuestra, desde el principio expresaron su opinión en el sentido de que los pueblos de Rusia y de México luchaban en contra de sus enemigos internos y en contra de sus enemigos exteriores, con métodos propios en cada país, por razones históricas propias, por ideas propias, pero con un mismo ideal: liberarse de la miseria, de la opresión, de la injusticia, alcanzar la independencia: allá destruir la tiranía zarista y levantar un nuevo régimen histórico; acá destruir el pasado colonial esclavista del feudalismo y luchar por conseguir nuestra independencia nacional.

De este modo la Revolución Mexicana, cada vez que se conmemora la Revolución de Octubre, tiende la mano a través de las montañas y del mar a sus hermanos y compañeros, los habitantes de la Unión Soviética. La Revolución Mexicana tiende su mano hoy, una vez más, a la Revolución de Octubre.

Pero es menester, no sólo, en esta ocasión, hablar de las diferencias y semejanzas de la Revolución Mexicana y de la Revolución de Octubre. Es preciso, ya que hemos recordado que son distintas, diversas, aunque animadas por el mismo interés profundo del pueblo, que nosotros veamos cuáles son sus perspectivas. Qué perspectivas hay para que la Revolución de Octubre continúe siendo en el porvenir lo que ha sido en el presente, y qué perspectivas hay de que la Revolución Mexicana siga desenvolviéndose en cuanto la guerra concluya y pueda nuestro pueblo, así, recibir los beneficios del cumplimiento de los ideales que movieron al pueblo en 1910 en contra de la dictadura de treinta años.

Los enemigos del progreso mundial, los que trataron de desviar la guerra, al principio, en contra de la Unión Soviética, los "apaciguadores", los autores de Munich; los que después han perseverado con el objeto de destruir la unión antifascista,



los que hoy luchan con el objeto de impedir que esta unión se fortalezca y dé como resultado una paz democrática, no han desaparecido, simplemente han cambiado de táctica, han variado de conducta. Al principio eran la "quinta columna" típica los propaladores de la consigna hitleriana inicial: "el mundo debe asociarse en contra del comunismo". Eran los autores de la tesis que sacrificó a España, eran los sostenedores de la táctica consistente en ponerse al margen de un conflicto que afirmaban, no era propio. Una vez declarada la guerra en su amplitud toda, tan pronto como los países más importantes del mundo entraron en la contienda y de este modo se hizo realmente una guerra del mundo entero, los enemigos del progreso lucharon para evitar la unidad militar en contra de las potencias del Eje, particularmente lucharon en contra de la unidad militar de la URSS, Inglaterra y los Estados Unidos.

Y al mismo tiempo que sabotaban de mil maneras la posibilidad de un plan único en el terreno de la lucha armada, trabajaban para sembrar la desconfianza entre las grandes potencias aliadas, a fin de hacer imposible el convenio en cuanto a las condiciones esenciales de la paz verdadera. Estos enemigos del progreso del mundo han quedado liquidados, por ventura, han quedado destruidos en su obra, aun cuando lo que ellos representan prevalece. La guerra habrá de terminar; pero las fuerzas que la han prolongado, las fuerzas que han detenido desde el principio la acción eficaz, certera, rápida, de las Naciones Unidas, tratarán de impedir que la paz redunde en bienes materiales, políticos y culturales para los pueblos del mundo.

Dos son, principalmente, las fuerzas que sabotean la paz futura; dos fuerzas serán las que tratarán de impedir la victoria del pueblo sobre sus enemigos domésticos e internacionales: la primera de estas fuerzas está representada por los monopolios internacionales que luchan ya desde hoy por el control de la economía mundial. La segunda de estas fuerzas es la representada por la reacción internacional, por los individuos vinculados a la Iglesia Católica, que ha tratado de establecer lo que ha dado en llamarse el "Nuevo Orden Cristiano", un totalitarismo cristianizado, en contra de la democracia capitalista y también en contra del socialismo. Estas dos fuerzas serán las que se opongan al cumplimiento de los designios, de los propósitos, de los ideales del convenio de Moscú. Son las fuerzas que tendrán que chocar en contra de los principios de la Carta del Atlántico; son las fuerzas que tratarán de sabotear la obra de Roosevelt, que tratarán de sabotear la obra de Churchill, la obra de José Stalin y la obra de los demás jefes de las Naciones Unidas.

Por eso desde hoy los pueblos de esta región del mundo, México y sus hermanos los demás países de la América Latina, tenemos no sólo que precisar con una gran claridad nuestros principios, por los cuales hemos luchado hasta hoy, sino definir con una gran claridad, desde ahora mismo, qué queremos para el porvenir inmediato. Estas fuerzas, el sector reaccionario del imperialismo y las fuerzas de la reacción internacional, van a tratar de sabotear el progreso futuro del pueblo mexicano con calumnias, con nuevas intrigas, con su renovada y nefasta propaganda,

con procedimientos renovados de perfidia y de mala fe, con impudicia más grande todavía, si es posible que puedan rebasar más los límites de la impudicia humana, y siempre con el cinismo que les caracteriza.

Todavía hace apenas dos años, cuando la agresión de Hitler a la Unión Soviética, estos representantes de la reacción, estos instrumentos del imperialismo, nos hablaban en el tono que yo deseo recordar hoy, para que se vea que mis calificativos candentes son frases dulces y amables en comparación con lo que estos canallas merecen.

Para que se vea hasta qué punto esta gente va a continuar en su empresa, yo quiero recordar sólo dos o tres opiniones, dos o tres "predicciones" de estos representantes de la reacción mexicana, a raíz del ataque de Hitler a la URSS. Así por ejemplo, el señor don René Capistrán Garza, con el seudónimo de "Mingo Revulgo", el día veinticuatro de junio de mil novecientos cuarenta y uno, dos días después, al día siguiente casi, del ataque a la URSS, predecía lo que iba a ocurrir en la Unión Soviética, y vaticinaba lo que iba a acontecer allá, para orientar al pueblo de México, para poderlo conducir, evitándole a nuestro pobre pueblo tantos tropiezos y dificultades...

Escuchen, camaradas, los que nunca leyeron esas predicciones, en qué consistieron esos juicios anticipados de lo que iba a ocurrir, y vuelvan a escuchar los que las leyeron, aquellas profecías maravillosas que, aparte de la mala fe y del papel miserable de simples esbirros de Hitler que prueban, que demuestran, también revelan, por fortuna para nosotros, la gran capacidad política de los líderes de la reacción mexicana. Decía René Capistrán Garza lo siguiente: "Nuestra personal opinión es, por supuesto, que cuando el señor Molotov asegura que el ejército ruso, como llamaremos eufemísticamente a la horda, triturará a los alemanes, el buen señor está delirando en forma que hace temer seriamente por su preciosa salud. Claro que Alemania se debilitará, porque hasta matar rusos cuesta trabajo; pero antes de sucumbir, la Alemania nazi rendirá a la civilización el homenaje de sepultar para siempre al comunismo no en la ignominia, porque la ignominia es demasiado honor para ese Partido; sino en el ridículo, en el más vertiginoso, centelleante, incontenible de los ridículos"... "Las aventuras funambulescas de los italianos en Africa y en Grecia, van a ser epopeyas grandiosas al lado de las carreras en pelo que emprenderán los rusos ante sus fraternales amigos de ayer, los alemanes, que tratarán a todos sus favorecedores y amigos, llegado el tiempo, con la misma deslealtad con que tratan ahora a sus lacayos de la víspera, los rojos arrepentidos".

Como ustedes ven, Capistrán Garza acertó, sí, acertó: "Los soldados del Ejército Rojo huyeron como liebres" detrás de los alemanes.

Como ustedes ven, este augur mexicano, tan certero, tan capaz, tan culto, con tanta sensibilidad política, hizo al pueblo nuestro un gran servicio. Si no hubiera sido por René Capistrán Garza y por sus colegas, el pueblo mexicano se habría deso-

rientado de un modo tremendo y estaríamos seguramente al lado de Hitler en esta contienda.

Luego otro sector, el de *Excelsior*, del día primero de julio de 1941, refiriéndose a noticias dizque recibidas de Nueva York: "Sin dar crédito a los despachos de Berlín, Roma o Moscú, los técnicos militares en Nueva York, juzgando la situación por lo que los partes rusos dejan de informar (buena manera no por lo que dicen, sino por lo que no dicen), creen que el decantado Ejército Rojo ha cesado de funcionar como unidad de resistencia a los siete días de guerra relámpago alemana y que el resto de la campaña en Rusia será una marcha triunfal para los soldados uniformados de verde de Adolfo Hitler."

*Excelsior* acertó: Leningrado, Moscú, Stalingrado, cayeron en poder de Adolfo Hitler y la Unión Soviética tuvo que declararse vencida ante las potencias del Eje y ante los uniformes verdes de Hitler. *Excelsior* también, como Capistrán Garza, acertó en las predicciones en favor de las potencias del Eje e hizo un gran servicio al pueblo mexicano...

Por último, quiero que escuchen, por la primera vez, otra predicción de un individuo llamado Santiago Reachí, que escribió en *El Universal* el 17 de julio de 1941. Este era uno de los jefes de la propaganda de la "quinta columna" en nuestro país. El nombre de Reachí no debe prestarse a confusiones; es un individuo bastante conocido en los medios de la publicidad pagada de México. Dice así el eminente sociólogo: "Las fuerzas rusas y las germanas, avocadas a un encuentro decisivo (muy difícil de prever, claro), del que se supone saldrá victorioso Hitler, quien con este ataque sobre la Rusia Soviética busca, más que ninguna otra cosa, de aprovechar los resultados del efecto psicológico que con maña ha logrado (es decir, Hitler ha logrado, empleando métodos psicológicos, lo siguiente): ciertos rusos desafectos a su régimen, como los nacionalistas ucranianos y caucásicos, miembros del ejército que odian a Stalin, aclamarán a los alemanes como libertadores y Hitler podrá posar una vez más, como el defensor de Europa contra el bolchevismo asiático. Y esto tendrá, además, ciertamente, gran efecto sobre los pueblos católicos de Portugal y España"... "Desde el punto de vista puramente democrático, la esperanza que se abriga es la de que nazis y bolcheviques combatan hasta el mutuo exterminio. Entonces el mundo podrá respirar mejor..."

Reachí también acertó: el Ejército Rojo se levantó contra Stalin, lo fusiló por traidor y al mismo tiempo depuso las armas ante Adolfo Hitler. Y finalmente, un editorial del diario *Novedades* del veinticinco de agosto de 1941, la etapa de las predicciones. Dice así el editorial: "Con fundamento en circunstancias que a nuestro humilde entender son más que valederas..." Voy a leer otra vez este párrafo porque está muy bonito: "Con fundamento en circunstancias que a nuestro humilde entender son más que valederas, los gobiernos inglés y norteamericano empiezan a temer justificadamente que la inmarcesible carrera en pelo que con tan inimitable espíritu deportivo están realizando las espartanas huestes del proletariado en armas. (Cómo les gusta hacer figuras elegantes. ¡Vaya figura!) se traduzca en breve en

una paz por separado con Alemania (¡acertó!) que, como nos permitimos indicar (modestia aparte) cuando se iniciaron las hostilidades entre la civilización bárbara de los alemanes y la barbarie civilizada de los rusos (¡otra buena frase!), pondrá al servicio de la fiera nazi todos los inmensos recursos de Rusia, inútiles e ineficaces en manos de políticos tan imbéciles como Stalin (acertó *Novedades*: Stalin es de los hombres más imbéciles del mundo, a juicio de *Novedades*, por supuesto, y a juicio de los alcahuetes del fascismo también porque si no hubiera sido por Stalin, los René Capistrán Garza, y los Reachi, y *Novedades*, hubieran acertado) y de generales tan estúpidos como Budienny y Voroshilov, que si han sobrevivido hasta ahora es únicamente por el peso del número, de la cantidad, de la masa, de la horda..." "Nada remoto —continúa el editorial de *Novedades*— sino al contrario, mucho de probable tiene que en esa forma se desenlace el decantado heroísmo del Ejército Rojo".

También acertó. No hay ejército más cobarde que el Ejército Rojo en el mundo ni en la historia, pero para esos señores: "Las hazañas del Ejército Rojo, pese a los millones de hombres de que dispone, y pese a los fantásticos recursos mecánicos que acumuló, se han reducido a una constante, ininterrumpida, sistemática, magnífica, esplendorosa, anticapitalista y redentora retirada..." Y aquí un texto filosófico digno de estos canallas. (Un grito: "Son pachucos"). No, son canallas, no son "pachucos". Son los reaccionarios clericales de la historia eterna de México, o los eternos clericales reaccionarios de la historia de México, eso son. Un ataque al Artículo Tercero de la Constitución de México, ligándolo al Ejército Rojo: "que sólo el concepto exacto y racional del Universo puede saber en donde irá a terminar".

Así comenzaron la campaña las fuerzas reaccionarias en contra de nuestra alianza con las Naciones Unidas. Así comenzaron, para desorientar a nuestro pueblo, para impedir que encontrara su ruta firme, para servirle a Adolfo Hitler, porque eso han sido servidores de ese amo. Y así, tan pronto como fracasaron las predicciones luminosas y geniales como las que se han escuchado, al servicio cotidiano en favor de Hitler, la campaña en contra de la Unión Soviética arreció. Un día explicaban en sus editoriales: "El Ejército Rojo es una piltrafa; no le tenga miedo nadie. Los nazis deben seguir la lucha porque ese ejército en pocas semanas queda liquidado. En consecuencia, ¿por qué se mete ahora México con las Naciones Unidas, si el Ejército Rojo va a quedar destruido y no hay ninguna posibilidad de salvación para las Naciones Unidas?" Otro día era opuesta la propaganda: "El Ejército Rojo es el más fuerte del mundo. Ese Stalin y los jefes del Ejército Rojo son hipócritas y traicioneros, porque mientras tienen muchas armas y una gran retaguardia, se están diciendo débiles nada más con el objeto de desgastar a los Estados Unidos e Inglaterra y tener después la posibilidad de una revolución socialista en Europa y en el mundo entero a costa de los ingenuos yanquis e ingleses que se las han entregado al Ejército Rojo, cuando que a éste lo que le sobra precisamente son armas y parque". Otro día no era la propaganda en contra o en pro del Ejército

Rojo; era en contra de la “perfidia” y de lo “tenebroso” de la política internacional de la URSS y decían, o dicen: “Esa política internacional de la URSS es muy peligrosa, más peligrosa que el Ejército Rojo”. Esas retiradas que el Ejército Rojo tuvo que realizar ante el ataque inesperado de los nazis, esos repliegues de carácter estratégico, dijeron que eran repliegues dictados exclusivamente por una maniobra de carácter político. “No hay que confiar, no hay que confiar en la palabra empeñada por el gobierno soviético. El gobierno soviético es tenebroso, es oscuro, trata de tomarle el pelo a la gente y a los gobiernos para después, en el momento oportuno, darle una sorpresa a los aliados y declarar que la revolución social comienza en el mundo entero”...

Otras veces no era la propaganda respecto a las malas intenciones revolucionarias para incendiar al mundo entero e instaurar el comunismo desde Moscú. Era la propaganda de que la URSS era un país imperialista. Citaba el caso de la pobre Finlandia, de los pobrecitos finlandeses, de los pobrecitos países que iba a devorar el oso ruso.

Y por lo que toca a los partidarios del Ejército Rojo en nuestro país, la propaganda ya la conocen: la Confederación de Trabajadores de América Latina, la CTAL, primero era una sombra, una invención de la mente calenturienta de Lombardo, era una entelequia que carecía de entidad real, era una cosa inventada en un rato de buen humor. Nunca iba a hacer nada, jamás habría de representar la opinión de los trabajadores organizados de nuestros países. Pero a veces esta propaganda cesaba y empezaba la opuesta: “La CTAL ¡mucho ojo, mucho cuidado! es un organismo peligroso que abraza a millones de obreros de América Latina dirigidos por un comunista como Lombardo Toledano, que trata de organizar la revolución social y que pretende establecer la dictadura del proletariado. Hay que tener cuidado. La CTAL es una fuerza peligrosa. La CTM, la filial de la CTAL en México, es también una fuerza disfrazada de democrática, pero en el fondo una fuerza al servicio de la revolución, de la dictadura del proletariado y que trabaja a las órdenes de Moscú...”

O bien esto: la CTAL se mueve, ¿con qué dinero? ¡Que diga Lombardo, de dónde recibe dinero! ¿Cómo ha podido hacer dos viajes a la América Latina en un año y celebrar tres congresos revolucionarios, uno en Santiago de Chile, uno en La Habana y otro en México. A ver, que diga, que explique. Está desfalcada la Universidad Obrera de México y está desfalcada la CTM; pero eso no basta, porque a Lombardo le han costado muchos miles de pesos los congresos y los viajes. Es cierto que también Avila Camacho da, porque es un tonto; pero ya verán lo que le va a pasar, y así le va a pasar a Batista en Cuba y a Ríos en Chile; están criando cuervos que les van a sacar los ojos. Pero no basta con ese dinero, ni con el dinero de la Universidad Obrera, ni con el de la CTM. Esos viajes cuestan mucho dinero, mucho dinero, y más dinero cuestan todavía los congresos. ¿De dónde viene? Pues de Moscú, de Rusia.

Y aún se han atrevido en los últimos días a dar nombres y señas: que diga Lombardo quién es el personaje de barba larga que vive por un parque de la Colonia Roma y con quien se entrevista a las doce de la noche los sábados, y que después de regatear acaba por darle siempre unos chequecitos. Que diga quién es ese barbón, ese judío miserable que se mete en la política de México y de la América Latina. Pero ya los van a acusar. Va a acabar Lombardo Toledano y los otros de la CTM, y sus colegas de la América Latina, como van a acabar Adolfo Hitler y Benito Mussolini y los otros, porque en el fondo, a pesar de que recibe dinero de Moscú, Lombardo está al servicio de Hitler y está al servicio de Hitler porque Lombardo preconiza una teoría totalitaria de la economía nacional. ¿No está diciendo a gritos este señor que el gobierno debe intervenir en la economía del país, que debe controlar la producción, la distribución y el consumo de las mercancías, que debe reemplazar a los comerciantes ladrones con gente honesta para que realicen la labor que los especuladores vienen haciendo en contra del pueblo? Pues eso es puro totalitarismo y, en consecuencia, comunista de pega. Lombardo Toledano en realidad lo que es es un fascista.

Esta propaganda va a continuar, como va a continuar también la propaganda en contra de la Unión Soviética en el Continente Americano. Al principio, a la par que se afirmaba que la guerra era una guerra ajena a México, porque el Ejército Rojo iba a ser destruido, porque Hitler iba a realizar una marcha triunfal por el mundo entero, se llevaba a cabo la campaña en contra de los Estados Unidos de Norte América. Y decía la propaganda de estos elementos: los yanquis tienen que perder, y sobre todo, deben perder, porque son nuestros enemigos. En cambio los alemanes y los japoneses deben ganar, porque, ¿qué nos han hecho los japoneses y los alemanes? Nada. Entonces, ¿por qué vamos a pelear contra ellos? ¡Pobrecitos! Lo que debemos hacer nosotros es aprovechar el momento de la confusión que la guerra produce, para recobrar los derechos perdidos en el pasado. Es la hora de recobrar el territorio de Texas, de Nuevo México, de Arizona, de California. Es el momento de saldarle cuentas al vecino del Norte y, sobre todo, es el momento de dividir a América en dos secciones: la sección correspondiente a la América anglosajona y la sección correspondiente a la América Latina. Volvamos a nuestra tradición de pueblo español y católico. Volvamos a nuestra tradición de pueblos hermanos dependientes de una misma madre que nunca nos ha abandonado; transformemos la situación actual de México; tengamos el valor de enfrentarnos a estas normas impuestas a la Nación Mexicana por un grupo de jacobinos organizados en el pasado y por un grupo de comunistas organizados en el presente. Derogemos el artículo 130 de la Constitución, instauremos la religión católica como la religión oficial del Estado, subordinando al gobierno, como órgano de expresión del Estado, a los designios de la Iglesia católica, que es la única institución que en esta hora dramática para el mundo, cuando se hundan el capitalismo, el nazismo y el fascismo, puede dar rumbo material y espiritual a todos los hombres en la tierra. Luchemos en contra del pasado inmediato y del pasado lejano que nos impusieron hombres que

se inspiraron en ideas venidas del exterior, tratemos de restaurar a México en el sitio de honor que ocupaba cuando, en mala hora, a aquel cura loco y borrachín de Miguel Hidalgo se le ocurrió levantar a las chusmas en contra del Rey de España.

Continuará esta propaganda. Nadie ignora que ésta es, en los actuales momentos en México, la propaganda más importante por la tenebrosidad con que se lleva a cabo, por la multiplicidad de órganos de que dispone, por el dinero que se emplea para ella: revisar el pasado de México, revisar hasta el pasado lejano, revisar, por supuesto, el presente, volver atrás.

Sin embargo, México es un producto de la corriente democrática mundial y esta corriente progresista del mundo ha de continuar su marcha histórica.

Lucharemos por la emancipación económica de México, sí, dentro de un plan de coordinación económica continental y mundial.

Lucharemos aliados firmemente a los demás pueblos de la América Latina por la realización de nuestros comunes ideales históricos.

Lucharemos junto a los países coloniales, a los países semicoloniales y a los países atrasados del mundo; al lado de China; al lado de la India, al lado de los pueblos de Oceanía.

Lucharemos al lado de las fuerzas democráticas de los Estados Unidos de Norte América con las cuales hemos librado en el pasado grandes jornadas históricas: ayer Benito Juárez y Abraham Lincoln, hoy Franklin Delano Roosevelt y Manuel Avila Camacho, designados por el destino histórico para defender la República, acá y allá; allá y acá, en esta región de América.

Lucharemos al lado del proletariado y de las fuerzas progresistas y democráticas de la Gran Bretaña que quieran la liberación de los hombres y de los pueblos y que los ayuden a liberarse de la miseria, de la ignorancia y de la sumisión del imperia- lismo.

Lucharemos al lado de los pueblos sojuzgados transitoriamente por el fascismo, que van a recobrar su libertad pronto y su poder creador de bienes materiales, de bienes de toda índole, para provecho propio y para ventaja del mundo. Lucharemos al lado de Francia, al lado de España, de Checoeslovaquia, de Yugoslavia, de Grecia, de Noruega.

Y lucharemos al lado de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Hace ciento treinta años, camaradas, el 14 de septiembre de 1813, el capitán general don José María Morelos y Pavón explicaba, desde el pueblo de Chilpancingo, a la Nación Mexicana, las ventajas enormes que tendría la elección por el pueblo de representantes suyos que, congregados en un Congreso, pudieran votar la Carta Política de la República, cristalización de las luchas del pueblo y, al mismo tiempo, bandera de los ideales históricos de la propia Nación Mexicana. Y para precisar sus conceptos, redactó un breve documento que él mismo tituló: "Sentimientos de la Nación Mexicana". Una frase encierra, a mi juicio, todo el contenido histórico de los Sentimientos de la Nación; esta frase es la siguiente: "Que todos los hombres sean iguales; que no haya privilegios para unos y para otros miseria e igno-

rancia; que sólo distinga a un americano de otro el vicio y la virtud". Este sentimiento de la Nación Mexicana no es el sentimiento de la Nación Mexicana en 1813: es todavía el sentimiento de la Nación Mexicana en 1943.

Que los hombres de la Revolución; que los proletarios, que los campesinos, que los maestros, que los empleados del gobierno y de los particulares, que los profesionistas, que los técnicos, que los escritores, que los artistas, no olviden que si hasta hoy hemos librado en nuestra Patria una gran batalla en contra de los que tienen como tarea y como oficio vergonzante o vergonzoso llevar la confusión a la conciencia del pueblo, a partir de hoy después del Pacto Anti-Munich de Moscú, y en lo sucesivo, hasta que la guerra militar concluya, la lucha que habremos de librar será mucho más grande de lo que hasta hoy ha sido.

Nos van a tratar de confundir otra vez, va a arreciar la campaña en contra de la Revolución Mexicana y en contra de las perspectivas mundiales de progreso y esta campaña adoptará muchas formas: desde el ataque reaccionario revisionista de la historia, que insiste en que volvamos a la etapa anterior a la Revolución de Reforma; desde el ataque en contra de la Constitución de 1857, y de 1917; desde el ataque violento en contra de lo que la Revolución Mexicana ha construido en los últimos veinticinco o treinta años, hasta la provocación de tipo aparentemente revolucionario, demagógico, de falsos socialistas.

No sólo el ala reaccionaria del imperialismo, el sector conservador del capital financiero, no sólo, tampoco, los reaccionarios clericales, sino también los agentes de Adolfo Hitler llamados trotskystas, han de intervenir en esta etapa final de la guerra, como hasta hoy han servido a sus amos los reaccionarios y aliados del partido nazi, y tratarán de llevar sus consignas al oído de los compañeros que por falta de preparación y de conciencia política sean susceptibles de tomarlas en cuenta. Llevarán esto a sus oídos: la consideración de que ese momento de la postguerra será la oportunidad de realizar simultáneamente la revolución social en todas partes del mundo. Y de eso, pueden ser víctimas los miembros de nuestros sindicatos y el pueblo de México en general; de dos corrientes al parecer antitéticas, pero que tienen el mismo origen y sirven al mismo propósito.

Ha llegado el momento de que nosotros desde hoy fijemos, aunque sea en términos muy generales, las perspectivas de la Revolución Mexicana en la postguerra. No hagamos sólo el recuerdo de los perfiles de nuestro movimiento popular de 1910. Nos encontramos en la etapa del capitalismo mercantil en México; no hemos pasado a la etapa del capitalismo industrial. Todavía tiene el sector mercantil de nuestro país el mayor peso desde el punto de vista de su influencia en la economía nacional y desde el punto de vista de su poder en cuanto al control de los instrumentos de la producción económica y del cambio. Por esta causa, la liberación económica de México sin la industrialización del país es inconcebible. No se puede entender la liberación de la Nación Mexicana desde el punto de vista económico sin pasar, salvando la etapa del capitalismo mercantil en que nos encontramos, a la etapa del capitalismo industrial. Pero no se puede hablar de la industrialización de México



sin planear y realizar, ante todo, la industrialización de la agricultura, la transformación de la agricultura nacional.

Se dice hoy, a veces, que la agricultura mexicana se halla frente a un dilema: ejidatarios o pequeños agricultores. Este dilema es falso, no es tal dilema, es una engañifa. Preguntar si ejidatarios o pequeños agricultores, equivale en el fondo a preguntar si ejidatarios o peones, y esta etapa de la reforma agraria ha quedado cumplida hace tiempo. La agricultura mexicana necesita ser transformada de un modo radical. Es preciso concluir la etapa de la entrega de la tierra a los campesinos, claro está. Es menester terminar con el latifundio en donde éste exista, por supuesto. Pero ya una vez terminada la distribución de la tierra, el paso siguiente de la reforma agraria es la industrialización de la agricultura en manos de los campesinos organizados.

Necesitamos un plan científico para la agricultura: diversificar la agricultura, mantener los cultivos extensivos sólo en donde esto sea económicamente factible y aconsejable; sustituir los cultivos extensivos por los cultivos intensivos en donde esto también sea recomendable; emplear la maquinaria al máximo posible, estableciendo centros de servicio de maquinaria, dirigidos por técnicos, usar los abonos, aprovechar las riquezas naturales de México, los abonos minerales, los abonos vegetales, los abonos animales; proseguir la campaña y el plan de irrigación y, sobre todo, canalizar el crédito del Estado e inclinar u orientar el crédito privado hacia el campo, hacia la agricultura. Defender los precios rurales; salvar a los campesinos de la usura y permitir que, a cambio de sus cosechas, puedan ellos recibir los productos de la industria. Industrializar los productos de la tierra, hacer que los campesinos, que son las masas mayoritarias, puedan ser consumidores de la industria manufacturera. En un país en donde la industria manufacturera no pueda vender sus mercancías a los propios habitantes de ese país, la industria jamás progresará, porque no podemos aspirar a ser exportadores de manufacturas compitiendo en los mercados extranjeros con las grandes potencias industriales de la Tierra. Los primeros clientes de las industrias mexicanas han de ser los campesinos de México y mientras éstos no tengan capacidad de comprar los productos de la industria no se habrá realizado la Revolución Mexicana en su fase siguiente.

Por eso es indispensable que se entienda bien por los miembros del proletariado, por los miembros del sector campesino, por los maestros, por los técnicos, por todos los hombres de buena fe, de espíritu progresista de México, que la unidad nacional que la clase obrera ha preconizado es válida todavía y será también válida para mañana. La unidad nacional ha sido hasta hoy unidad contra el fascismo, unidad contra los enemigos de las libertades humanas, unidad en contra de los amenazadores de la integridad territorial de nuestros pueblos, unidad en contra de los enemigos de las posibilidades del progreso en el mundo; pero en cuanto la guerra termine, en cuanto el fascismo sea aplastado de un modo total, la unidad nacional no se podrá mantener con la consigna de luchar contra un muerto; la unidad nacional, desde hoy, ha de ser, sin olvidar nuestra tarea de cooperar en la victoria contra el fascismo, unidad nacional contra los especuladores, contra el agio, contra el crédito usurario; una unidad

nacional por la industrialización de nuestro país; una unidad contra la reacción que quiere que México no pierda su fisonomía y su estructura de país precapitalista. Unidad nacional contra las fuerzas imperialistas que también luchan porque México jamás pierda su estructura de país semicolonial.

Obreros, campesinos, pequeños agricultores de verdad, industriales, banqueros progresistas, bajo la dirección del Estado, de acuerdo con un programa en cuya redacción ellos mismos participen, deberán asociarse para mantener la unidad nacional. La unidad nacional debe, pues, subsistir después de la guerra, aunque con otro contenido. Ya no la unidad antifascista de hoy, sino la unidad para el progreso económico y social de nuestro país, contra el imperialismo y la reacción asociada al imperialismo.

Si la Revolución Mexicana se halla hoy, camaradas, como paralizada, como detenida en su rumbo, en su ruta, en su curso, si la Revolución Mexicana no halla hoy salida, es entre otros motivos, porque mientras no se supere esta situación económica que México vive, la Revolución Mexicana no sólo se va a mantener como hasta hoy, detenida en su ruta, sino que la Revolución Mexicana va a fracasar rotundamente en el terreno político. Sólo progresará políticamente la Revolución Mexicana cuando el país progrese económicamente. Esto, camaradas, hay que entenderlo bien. Es inútil dar consignas aparentemente revolucionarias de marcha hacia adelante, a etapas superiores del proceso histórico, mientras no superemos esta etapa primitiva económica en que nos hallamos.

Pero es que México no puede continuar tampoco en esta situación en que nos encontramos hoy. No puede continuar México, porque si así fuese entraría a vivir una etapa violenta, una etapa de guerra civil entre los sectores progresistas y regresivos. México debe entender que tiene que aprovechar la postguerra para dar el paso siguiente: la transformación de su actual estructura anticuada. Por eso es fácil deducir de estas observaciones que la Revolución Mexicana no luchará en la postguerra inmediata por la dictadura del proletariado, ni luchará por el socialismo. No luchará, la Revolución Mexicana, camaradas, por el socialismo, ni luchará por la dictadura del proletariado. Por lo que va a luchar la Revolución Mexicana terminada la guerra, camaradas, es por la liberación económica de la Nación Mexicana.

Una liberación económica sin autarquía, una liberación económica que no es incompatible con la coordinación económica del Continente Americano y del mundo, porque si la Revolución Mexicana puede realizar, puede dar el paso siguiente, prosiguiendo su esfuerzo histórico por la emancipación económica de México, será sólo a condición de que el mundo mismo tenga la garantía bastante para poder progresar. Pensar en una Revolución Mexicana ascendente en un mundo fascista, en un país semicolonial y semifeudal como el nuestro, es ridículo. Por eso nos interesa tanto el progreso de los pueblos que muchos llaman ajenos a nosotros.

Las perspectivas del mundo son positivas también, por ventura. Ya hemos visto cómo, a pesar de la campaña que desde un principio se levantó en contra de la unidad de las naciones que luchan contra Hitler, éstas han llegado al Pacto de Moscú. Esto quiere decir que lo que ha sido posible en la guerra puede ser posible en la paz;

esto quiere decir que sí será posible el mantenimiento de la unidad de las grandes potencias que han salvado al mundo del fascismo. Pero esta unidad de las grandes potencias, y consiguientemente de las naciones pequeñas, sólo será posible a condición de que las grandes potencias, los gobiernos de ellas, entiendan bien quiénes son los enemigos de sus respectivos países y los enemigos de la paz, del progreso del mundo.

La primera condición para la paz futura del mundo es el entendimiento permanente entre el País del Socialismo y las más grandes potencias capitalistas, los Estados Unidos e Inglaterra. Si no hay entendimiento permanente entre la URSS, los Estados Unidos e Inglaterra, puede provocarse una nueva guerra en el mundo. Este entendimiento que ha sido posible hasta hoy, puede ser posible mañana también.

Pero no basta que haya la posibilidad de un entendimiento y la garantía de un entendimiento entre los dos grandes países democráticos capitalistas y el País del Socialismo. La segunda condición es la del entendimiento entre Inglaterra y los Estados Unidos. Si no hay entendimiento permanente entre los Estados Unidos e Inglaterra, se sentarán las bases para una guerra mundial futura. Pero para que sea posible el entendimiento entre los Estados Unidos, Inglaterra y la URSS, para que sea posible el entendimiento entre Inglaterra y los Estados Unidos, es menester que los gobiernos de Inglaterra y de los Estados Unidos sujeten los intereses de los monopolios internacionales a los intereses de sus pueblos y de los demás pueblos del mundo.

Mientras los gobiernos de los grandes países desarrollados sirvan los intereses de las fuerzas imperialistas monopolistas y no sirvan los intereses de las grandes masas de sus pueblos, ni los principios de justicia y de autonomía de las demás naciones de la Tierra, será imposible garantizar la paz venidera. Habrá que someter los monopolios al interés superior de los pueblos y de los principios democráticos y de justicia.

Pero no bastará eso. Sólo será posible el entendimiento entre los grandes países y los pequeños, a condición de que se liberen los países coloniales de la Tierra que todavía existen. Si los países coloniales del mundo se mantienen en estado de sumisión política, que equivale a "standard" de vida bajo, si los países coloniales siguen viviendo al margen y al extremo de las grandes industrias de la tierra; si los países coloniales siguen manteniéndose substraídos al intercambio económico mundial y sólo son mano de obra barata, esclavos disfrazados para el mantenimiento de un "standard" de vida superior de un grupo de hombres privilegiados en la metrópoli, no habrá posibilidad de desarrollo normal de la vida en el futuro.

Pero no bastarán la sujeción de los monopolios y la liberación de los países coloniales, para que se mantenga entre las grandes naciones el entendimiento. Es preciso también el progreso económico de los países no industrializados como México y la América Latina y para ello es preciso que el contenido de la Carta del Atlántico se mantenga y se realice de un modo pleno. Es preciso el acceso a las materias primas para todas las naciones de la Tierra, como la Carta del Atlántico lo preconiza. Esto significa que desde hoy hay que luchar contra el monopolio de las materias primas, contra el monopolio de los grandes trusts internacionales. Los países todos tienen dere-

cho a las materias primas, en un momento en que es menester coordinar los intereses de todos y garantizar el progreso de todos.

Es menester mantener y garantizar en el porvenir la libertad de los mares, que fue ya viejo postulado en el programa de los Catorce Puntos de Wilson. Pero no bastará con la libertad de los mares. En nuestra época de progreso técnico es preciso garantizar la libertad del aire. Ya hoy se habla de que algunos monopolios de las empresas de aviación está tratando de conseguir la concesión del gobierno de los Estados Unidos para adueñarse de las rutas del aire en el porvenir. Contra eso, todos los pueblos del mundo deben levantarse. ¡Los mares y el aire y la tierra deben ser de todos los hombres y de todas las naciones del mundo!

Pero no bastará tampoco con la libertad del aire y de los mares, y con el acceso a las materias primas, y con la garantía del progreso económico de los países no industrializados, y con la liberación de los países coloniales, y con el sometimiento de los monopolios al interés popular y nacional. Mientras en el régimen interior de cada país no haya libertad individual y colectiva que se practique todos los días; mientras el régimen democrático no deje de ser una frase, una utopía, para convertirse en una realidad; mientras otros pueblos del mundo, y todos los pueblos del mundo disfruten, tengan sólo unos cuantos derechos, o ninguno, no habrá posibilidad de paz permanente. ¡Es menester que en donde sólo hay democracia declarada en las leyes, haya democracia real en la vida cotidiana!

Pero tampoco bastará con ello. Mientras la justicia social no impere en el mundo entero, no habrá paz garantizada mañana. Si los grandes monopolios internacionales, si el capital financiero se opusiera al Plan Berridge de Inglaterra, si el capital financiero internacional se opusiera al plan de seguros sociales de Roosevelt en los Estados Unidos, si impidiera un conjunto de derechos y garantías, de prestaciones materiales, sociales, morales para las masas obreras, para las masas trabajadoras en todos los pueblos, no será posible hablar de paz permanente en el futuro.

De esta guerra, sí, va a nacer un nuevo mundo, un nuevo orden; no el nuevo orden de Hitler; tampoco el llamado "nuevo orden cristiano" de los representantes de la Edad Media en nuestro siglo. No ese "nuevo orden cristiano" que, como he dicho y probado, no es ni nuevo, ni orden, ni cristiano. No eso. De esta guerra saldrá un nuevo orden, el orden democrático verdadero, el orden de la justicia, el orden del triunfo del Hombre en contra de sus opresores en escala nacional y mundial.

Pronto ya, los ejércitos de las Naciones Unidas, muy pronto ya, como ha sido anunciado ayer nada más por el Mariscal José Stalin refiriéndose al Ejército Rojo, continuarán la guerra hasta acabar con el enemigo, avanzarán hacia el Oeste. Pronto también habrá la invasión del Continente Europeo por el lado occidental y las fuerzas angloamericanas de Italia, y otras que ingresen al Continente Europeo por los Balcanes y por otras regiones, se juntarán para librar al mundo del enemigo en sus principales aspectos y en sus principales fuerzas.

¡Ojalá!... Expreso este deseo como un simple deseo. No vale una predicción, porque después de las predicciones de los "aliados" del pueblo mexicano, de los

“defensores de la Patria”, de los “amigos de los Estados Unidos y de Inglaterra”, predicciones que acabo de leer, hablar de predicciones es muy difícil. Expreso mi deseo: muy pronto avanzarán los ejércitos. Ojalá que en Munich se firme la rendición incondicional del ejército nazi.

En una cervecería de Munich nació hace años el Partido Nacional Socialista, la fuerza que ha amenazado más seriamente a la civilización y a la cultura. Ojalá que en Munich se firme la derrota del Partido Nacional Socialista, símbolo de las fuerzas más violentas y bárbaras del imperialismo internacional.

Y después de esta derrota, después de esa rendición incondicional, camaradas de México, mi deseo sólo es éste: que la paz sea celebrada por los pueblos todos del mundo no volviendo a erigir tumbas al soldado desconocido, sino monumentos en todas las partes de la Tierra al hombre victorioso, al pueblo liberado de la miseria, de la injusticia y de la falta de libertad.

El día que esto ocurra, cuando los hombres se sientan animosos, satisfechos de haber venido al mundo, cuando haya un nuevo ideal altísimo por el cual pelear, cuando todos podamos vivir encendidos en nuestra inteligencia y en nuestro espíritu —como ha vivido encendido el pueblo soviético—, cada quien por su ideal propio, nacional y luchando por la rehabilitación de la cultura en el mundo; cuando esto acontezca, entonces sí los sacrificios de esta gran crisis resultarán pequeños.

¡Trabajemos por ese mundo del futuro! Sacudamos nuestra inercia, nuestra abulia, nuestra indecisión, nuestra inconformidad que no crea. Sacudamos los pensamientos que nos hacen estériles, olvidemos nuestro pesimismo, empleemos nuestra energía en preparar las fuerzas necesarias para poder aprovechar el término de la guerra y hacer de México lo que siempre han querido los luchadores de la Patria que sea y para que podamos contribuir también a que el mundo sea lo que los grandes hombres de la Humanidad han querido que la Humanidad misma sea: asiento firme y amoroso para hombres dignos de la Especie Humana.

¡Trabajemos con empeño, con pasión, con interés constante, constante, constante! Sólo conquistando con el sacrificio la obra verdadera, la paz y la justicia, los pueblos tienen derecho a reclamar la justicia y la paz; pero sólo los hombres y las mujeres que han luchado honrando a la vida con su conducta, tienen derecho a reclamar un sitio de felicidad en la Tierra.

Luchemos por esos principios, por ese ideal, y hagamos de México lo que México debe ser: un país libre y próspero. ¡Viva México! ¡Viva la Unión Soviética! ¡Viva el mundo libre, feliz y justo de mañana!

## El Estado y la Iglesia. La Revolución y la religión. Progreso y retroceso

Camaradas y compatriotas:

Nos hemos congregado con el objeto de conmemorar la Revolución Mexicana. En esta plaza llena de historia, desde la fundación de Tenochtitlán hasta hoy, los siglos han visto pasar al pueblo de México y lo han oído expresar sus quejas, sus dolores, sus esperanzas y sus ideales. Hoy nosotros, ayer nuestros padres, nuestros abuelos, nuestros antepasados remotos.

Nos reunimos aquí para celebrar uno de los hechos más importantes de nuestra historia, en el momento en que la Revolución Mexicana, parte de la revolución histórica de nuestro país, es objeto de un nuevo ataque. La Confederación de Trabajadores de México, sintiéndose responsable, como siempre, de su papel de vanguardia del pueblo mexicano, no podía reunir a sus huestes, a sus contingentes sindicales, a sus hermanos de clase, no habría podido tampoco invitar al pueblo a venir hasta aquí para hablar de la Revolución en cuanto a su génesis, respecto de su origen, y no referirse a lo que la Revolución significa hoy, a los peligros que sobre ella se ciernen y a las soluciones que la Revolución misma ha de dar a sus más importantes problemas, que son, al cabo y al fin, los propios problemas del pueblo mexicano.

Por esta causa ha de plantear, por mi conducto, claramente, con honradez, con sinceridad, con justicia, el problema que más inquieta en estos instantes al pueblo de México; un problema cuyo análisis no podemos nosotros eludir; un problema que está siendo debatido todos los días en el seno de cada hogar, en el seno de la fábrica, del taller, de la escuela, de la oficina, del establecimiento comercial, en cualquier sitio, en todos los lugares en donde la gente se reúne, trabaja o cambia impresiones. Este problema es el de saber si hay un conflicto entre el Estado y la Iglesia; si hay un conflicto entre la Revolución y la religión. Ha llegado el momento de que el proletariado organizado de México defina, una vez más, la ruta a seguir para la clase

---

Discurso pronunciado a nombre de la CTM en un mitin de masas en la Plaza de la Constitución. Ed. VOM, 21 de noviembre de 1943.

trabajadora, y haga un llamamiento al resto del pueblo, con el objeto de que no se deje engañar y con el propósito de que continúe su obra para beneficio del mismo pueblo y para la defensa y la grandeza de la Patria Mexicana.

Ya hace cerca de dos años que venimos examinando los problemas de nuestro país en relación con los problemas del mundo, con el propósito de prevenir, de advertir lo que iba a acontecer en los meses venideros. Dijimos que la Iglesia católica había dado una interpretación especial de esta guerra. Dijimos que la Iglesia católica, en esta guerra, no habría de combatir, a la postre, al lado de ninguno de los dos bandos en que el mundo está dividido, con la esperanza de que, resquebrajado el régimen fascista al que ayudó en un principio, perdido el partido nazi, disueltos los partidos fascistas en otros países del mundo, herido el capitalismo, maltrechos los pueblos que han soportado el peso de la guerra, pudiera aparecer una oportunidad para que ella, la Iglesia católica, recuperara su poder perdido. Dijimos que la Iglesia católica levantaría la teoría de un nuevo régimen que se habría de implantar en la postguerra. Dijimos que el fascismo, derrotado, habría de tratar de servirse de los países de tradición católica, con el propósito de que a la conclusión del conflicto armado, prevaleciera el régimen corporativo, antidemocrático. Dijimos que en España se habría de hacer un viraje con el objeto de salvar el régimen fascista, desvinculándolo de la Alemania nazi. Dijimos que en Portugal también habría de ocurrir algo semejante. Dijimos que en Francia también habría de acontecer lo propio, y que el régimen de la Argentina representaría, en poco tiempo, el primer caso de régimen corporativo-eclesiástico en tierras de América. Dijimos que esto sería posible gracias a que la Iglesia católica, sus ideólogos, sus representantes más autorizados en el terreno del pensamiento filosófico, preconizaban una lucha en contra de todos los partidos políticos del mundo, porque para esos ideólogos del nuevo orden cristiano los partidos políticos se dividen, en el fondo, en sólo dos grandes ramas: los partidos que sirven al proletariado, al pueblo, y los partidos que sirven al régimen capitalista, y que para que la teoría del “nuevo orden cristiano” pudiera triunfar en el mundo, los ideólogos partidarios de ese orden, de ese régimen, estaban ya preconizando la formación de lo que ellos llaman el “tercer partido”, la tercera fuerza política, que habría de luchar contra los partidos capitalistas o contra los partidos socialistas, del proletariado y del pueblo. Dijimos que en nuestro país, en México, el “tercer partido” ya existía; que estaba representado por la Unión Nacional Sinarquista y por el Partido Acción Nacional. Que no había que confundir a estos grupos —dos aspectos del mismo cuerpo, dos brazos de la misma entidad, con un solo pensamiento, con un mismo origen, con una misma trayectoria y con una misma finalidad—, con los grupos exclusivos de la “quinta columna” dirigida por los nazis. Afirmamos que Acción Nacional y el Sinarquismo eran el tercer partido, el partido que en México habría de luchar contra el partido del pueblo, contra las agrupaciones de trabajadores y contra cualquier grupo de la clase capitalista que preconizara un programa de progreso para la Nación Mexicana. Dijimos que había que estar vigilantes, en suma, respecto

de la conducta de los que estaban preparando, según sus propias palabras, una "revolución cristiana" aprovechando la crisis.

Estas predicciones nuestras, compatriotas, camaradas, hermanos de México, por desventura se han cumplido, se han realizado. Se han confirmado plenamente. Los hechos nos han dado, una vez más, la razón: la Iglesia católica se ha desvinculado ya del fascismo oficial en todas partes del mundo; ha roto con las formas conocidas del fascismo, ha roto con los regímenes fascistas principales, con el régimen fascista de Alemania y con el régimen fascista de Italia. Se han confirmado nuestras predicciones, porque la Unión Nacional Sinarquista ha declarado, ha confesado su contextura, su naturaleza eclesiástica. Se han confirmado nuestras predicciones, porque el Partido Acción Nacional ha confesado también su naturaleza eclesiástica. Se han confirmado nuestras predicciones, porque la Iglesia católica en nuestro país ha declarado, por conducto de uno de sus más altos representantes, que tan pronto como termine la guerra la Iglesia se propone presidir, dirigir, el movimiento social de nuestro país. Se han confirmado nuestras predicciones porque se ha iniciado una lucha intensa en contra de los preceptos de la Constitución de la República que establecen la separación de la Iglesia y del Estado y que limitan la acción política de la propia Iglesia católica. Se ha iniciado prácticamente, una nueva lucha en contra del Artículo 130 Constitucional. Se han confirmado nuestras predicciones, porque esta campaña que hoy presenciamos tiene el valor de una provocación en contra del gobierno de la República y en contra del régimen revolucionario.

Se está violando la Constitución de una manera deliberada, no por error, no por omisión, no de buena fe. Se está violando, en virtud de una consigna de carácter internacional. Lo que los elementos del clero católico están realizando en México, violando las leyes fundamentales de la Nación Mexicana, es lo que los elementos del clero católico están haciendo también en esta hora en otros países de la América Latina, en casi todos ellos. No es un hecho aislado lo que ocurre en nuestro país, no se trata de una serie de violaciones a las leyes por motivos sólo mexicanos; se trata de una provocación de carácter internacional. En México esta provocación ya hace tiempo que se inició, sólo que en las últimas semanas ha llegado a su clímax, a su punto álgido.

Nadie ignora que el país está lleno de conventos. Nadie ignora que muchas escuelas, la inmensa mayoría de las escuelas particulares, son centros de propaganda religiosa. Nadie ignora que se han abierto escuelas superiores, dirigidas por sacerdotes, con el propósito de formar los cuadros de dirigentes que se lanzarán después a capitanear la lucha de los fanáticos, de los reaccionarios, contra el gobierno del país. Nadie ignora que las procesiones religiosas se realizan públicamente en todas partes de la República, retando al gobierno. Nadie ignora que en muchas formas se está violando la Constitución, y que hace apenas unos días, cuando fue interpelado uno de los líderes del "Tercer Partido", del partido reaccionario, acerca de las acusaciones lanzadas respecto de las violaciones a la Constitución, declaró de una manera expresa: sí, estamos violando la Constitución de la República, porque la Constitución de la



República, particularmente su Artículo 130, es un precepto antipopular, contrario al sentimiento del país y, por lo tanto, el gobierno tiene que optar por alguno de los términos de este dilema: o hace cumplir la ley constitucional impopular, y entonces se echa encima del pueblo, o atiende al pueblo y entonces el gobierno pisotea la Constitución de la República.

La provocación es bien clara: se trata de preparar el ambiente propicio para un levantamiento armado en contra del gobierno; se trata de preparar el clima adecuado para que esta provocación se traduzca después en un movimiento de violencia que tenga por objeto poner en un grave predicamento al gobierno de la Nación, en el período más difícil de México, cuando la guerra mundial va a concluir y cuando van a plantearse los problemas de la paz futura, cuando van a darse los lineamientos de la paz venidera, que habrán de ser la garantía del progreso de México o la negación del progreso de la Patria.

Por eso es menester que los mexicanos nos demos cuenta de la magnitud del problema que estamos tratando de resolver, y que ninguna propaganda falsa nos desorienta y nos conduzca a actos indebidos, como desean hacerlo los enemigos del progreso nacional. Es preciso cuidarnos, sobre todo, de la propaganda sinarquista; pero también es menester cuidarnos de la propaganda de algunos elementos exaltados que, sintiéndose o creyéndose revolucionarios, son también, a su turno, o sin saberlo, verdaderos provocadores y enemigos de la Revolución.

Los sinarquistas han planteado un dilema: afirman que para ser católico es preciso ser enemigo de la Revolución Mexicana; han afirmado que para ser católico es preciso ser enemigo de la Revolución de Reforma; han afirmado también que para ser católico es preciso ser enemigo de la Revolución de Independencia. Y los elementos jacobinos exaltados, a su vez, han formulado otro dilema: para ser revolucionarios —dicen— es necesario combatir la religión. Para ser revolucionario —agregan— es necesario combatir a la Iglesia. Para ser revolucionario —dicen también— es preciso combatir a los católicos.

Estos dos dilemas, sin embargo, el dilema de los sinarquistas y el dilema de los jacobinos equivocados, son dilemas falsos, son dilemas que no plantean soluciones justas, verdaderas. La realidad no es ésa. No es ni la afirmación sinarquista, ni tampoco la afirmación de los jacobinos equivocados. Hay que distinguir, hay que aclarar, entre el problema de las relaciones entre el Estado y la Iglesia, y el problema o las relaciones entre la religión y la Revolución.

En México, la Iglesia y el Estado han sido siempre dos instituciones de carácter político; siempre han luchado el Estado y la Iglesia, disputándose la dirección de los intereses del pueblo y del porvenir de la Nación Mexicana. Esta pugna por el dominio de México, por la orientación de la política nacional, por la conducción de la conciencia de los mexicanos, ha sido pugna que no comenzó ayer. No es una pugna de hoy; aun antes de haberse realizado la Independencia de México existía ya una disputa entre la Iglesia y el Estado. En esa "edad de oro" de la historia de México, como la llaman los sinarquistas, durante el período de la colonia española, en el seno de la

Nueva España, había pugnas entre la Iglesia y el Estado. A pesar de que la Iglesia y el Estado en España vivían perfectamente unidos, en la colonia española llamada la Nueva España, el poder civil, el Estado, a veces luchaba en contra del poder absorbente y torturante de la Iglesia. Fue precisamente durante la Colonia cuando fueron expulsados del territorio de México los jesuitas. Ya realizada la Independencia, la pugna creció más, y a través de las revoluciones, el Estado siguió luchando con el objeto de ser la única autoridad, la única expresión de la Nación Mexicana y la única fuerza capaz de dirigir los intereses del pueblo.

No es otra cosa la historia de México: una pugna constante entre la Iglesia y el Estado, con el objeto de que éste pudiera liberarse de la Iglesia y ésta quedase reducida a su papel de simple congregación de creyentes. Por esta causa, la Iglesia siempre ha combatido a las grandes revoluciones de México; combatió a la Revolución de Independencia. El Vaticano condenó, por conducto del Papa, la Revolución de Independencia de México y de las demás colonias de España en América; la Iglesia combatió, también, la Revolución de Reforma; la Iglesia combatió la Revolución iniciada en 1910. La Iglesia ha sido siempre la enemiga de estas revoluciones, porque ha sido siempre enemiga del progreso de México y porque el Estado, el gobierno, como expresión de la Nación Mexicana, como único órgano, como única voz del pensamiento y del derecho del pueblo de México, ha sido casi siempre el fruto del proceso de las grandes revoluciones de nuestra historia.

En cambio, de la misma manera que la Iglesia ha combatido siempre las revoluciones que han dado como fruto el progreso de México, los católicos siempre han sido revolucionarios, siempre han sido defensores de sus intereses, de sus intereses como miembros del pueblo, de sus intereses como núcleo y como fuerza representativa de la Nación. Nunca ha habido discrepancias, nunca ha habido pugna inconciliable, jamás ha habido riña, combate o lucha entre la Revolución y la religión en nuestro país. De la misma manera que ha habido perpetua lucha entre la Iglesia y el Estado, nunca ha habido lucha entre la Revolución y la religión.

¿Quiénes hicieron la Revolución de Independencia? Los mexicanos, los católicos mexicanos. En aquella época no había más que mexicanos católicos. ¿Quiénes presidieron la Revolución de Independencia? ¿No fue un cura, Miguel Hidalgo y Costilla el que la capitaneó? ¿Quién fue el que dio la voz definitiva, programa, rumbo, trascendencia histórica a la Revolución de Independencia? ¿No fue otro cura, José María Morelos y Pavón?

¿Y quiénes dirigieron e hicieron la Revolución de Reforma, la que separó al Estado y la Iglesia, la que determinó que la Iglesia fuese una institución permitida por la Ley, libertad plena para actuar en cuanto la Iglesia es una asociación de fieles, de creyentes? ¿Quiénes garantizaron la libertad de conciencia? ¿Quiénes, si no los autores de la Constitución de 1857? Benito Juárez era un creyente, era un católico, y la masa que lo siguió, los chinacos, los hombres del pueblo, los campesinos, los artesanos, los que se improvisaron soldados y lucharon con el indio de Oaxaca para arrojar al invasor francés, eran católicos también, creyentes defensores de la Patria.

No, los dos dilemas son falsos. Mentira es que para ser católico haya que combatir a la Revolución Mexicana; que para ser católico haya que combatir la guerra de Reforma; que para ser católico sea menester combatir la Revolución de Independencia. Del mismo modo es falso que para ser revolucionario haya que combatir la religión, que para ser revolucionario haya que combatir a la Iglesia, que para ser revolucionario haya que combatir a los católicos. Este juicio es falso también.

La posición revolucionaria, la postura justa, la postura verdadera, la que interpreta la realidad de nuestro país, el pasado histórico de México, los ideales de nuestro pueblo, la única interpretación que puede hacernos marchar unidos a la inmensa mayoría de los mexicanos, es ésta que la Confederación de Trabajadores de México desea plantear, una vez más, a la masa laboriosa y al pueblo todo de nuestro país.

En primer lugar, respeto a la religión como garantía individual de cada ser humano; que cada quien crea como guste, que cada quien tenga el derecho de adorar al dios que quiera, sea católico, protestante o de otras religiones; y también libertad para que los que no quieran creer en nada puedan hacerlo. La libertad de conciencia debe ser la base del régimen democrático que sustenta nuestro país.

Segundo: respeto a la Iglesia católica como asociación de fieles en México. Las leyes de Reforma, la Constitución actual, declaran que el Estado no puede otorgar a la Iglesia ninguna personalidad jurídica. Esto quiere decir que el Estado no puede admitir que haya otro poder, que haya otra institución que pretenda realizar las funciones que el propio Estado tiene que cumplir; pero como una asociación de creyentes, como una agrupación de fieles, la Iglesia existe y ha sido y será siempre respetada por la Revolución Mexicana.

Tercero: respeto a los creyentes.

Cuarto: la Revolución Mexicana debe defender hoy, mañana y siempre, la libertad de las conciencias. Si algún día se organizara en México un gobierno sectario, que atentara en contra de la libertad de conciencia, el proletariado organizado de México lucharía y daría su sangre por reconquistar la libertad de conciencia en nuestro país.

Por esa razón, porque el Estado no puede admitir que haya otro poder que pretenda realizar las funciones que a él le competen, existe la Ley de Cultos, existe el artículo 130 de la Constitución de la República. La mejor justificación de que el artículo 130 debe ser mantenido, es lo que están haciendo los elementos sectarios, reaccionarios equivocados, en contra de la Carta Magna de nuestro país. Si existiendo un artículo que prohíbe actividades políticas a la Iglesia ocurre hoy lo que todos sabemos, no habiéndolo, ¿qué ocurriría? Mentira que el artículo 130 prohíba a la Iglesia tener bienes por un espíritu de persecución, de partido. Eso es falso. Se le prohíbe a la Iglesia católica tener bienes, porque la experiencia histórica, porque el pasado de México demuestra que cuando la Iglesia tuvo en sus manos las tres cuartas partes de la riqueza nacional, de la tierra laborable, de las fincas urbanas y del dinero que prestaba para todos los usos; cuando la Iglesia católica era la primera propietaria del país, sus bienes eran bienes de “manos muertas”, bienes congelados, como hoy

decimos, bienes fuera del comercio y la vida económica del país era raquítica, pequeña, asfixiante.

Demuestra también la historia que si el artículo 130 de la Constitución prohíbe a la Iglesia que se realicen manifestaciones religiosas, procesiones, es porque en México, aquí, en nuestro país, las procesiones religiosas no son procesiones de creyentes católicos, sino manifestaciones políticas del partido reaccionario en contra del gobierno y del progreso nacional.

La experiencia histórica demuestra también que si el artículo 130 de la Constitución prohíbe a la Iglesia que dirija escuelas primarias o secundarias, que presida la enseñanza, no es tampoco por espíritu de persecución sectaria, sino porque cuando el clero ha dirigido las escuelas, ha usado la enseñanza como un instrumento político para orientar la conciencia de la niñez, de la juventud y de los adultos en contra del gobierno laico y en contra de la Revolución y del progreso de la Patria.

No se trata, en consecuencia, de prohibiciones, fruto de un espíritu sectario, falso, demagógico; es la historia, la experiencia de cuatro siglos, la que ha formulado el artículo 130, la que ha formulado la Constitución de la República. Este precepto no es fruto del capricho de grupos pequeños. Es la sangre de muchos millones de indios y de mestizos muertos durante la época de la Colonia en las minas, en los campos de cultivo; en la Revolución de Independencia; en la Revolución de Reforma; en la Revolución iniciada en 1910. Es la Nación misma la que se ha dado normas para ella, para sus hombres, para sus instituciones, la que ha establecido derechos, prohibiciones, negaciones, afirmaciones, con el propósito de que no se interrumpa jamás la marcha progresista de nuestro país.

Quiero dirigirme, en consecuencia, a los católicos; a los católicos miembros de los sindicatos de la Confederación de Trabajadores de México; a los católicos miembros de las otras organizaciones de trabajadores que se han congregado en esta plaza de nuestra querida y magnífica ciudad. Quiero dirigirme, por su conducto y por conducto de la radio, a todos los católicos mexicanos, con un espíritu de responsabilidad, de responsabilidad de mexicanos ante todo, con un espíritu de responsabilidad de revolucionarios también, con un espíritu de hombres de nuestra época, pendientes de lo que acontece aquí y en el mundo y conscientes de lo que va a venir después de esta guerra:

¡Católicos! ¡Camaradas católicos! ¡Compatriotas católicos! ¡Hermanos católicos! ¡No se dejen engañar! Se trata de llevarlos a un levantamiento; se trata de hacerles creer que la Revolución Mexicana es enemiga de la religión, y esto es falso. La Revolución Mexicana no sólo no es enemiga de la religión, sino que es ella, la Revolución Mexicana, la que nos ha dado como postulado fundamental, al lado de otros derechos, la libertad de conciencia, de creencia, a todos los mexicanos.

Se trata, compañeros, hermanos católicos, de engañarlos; se trata de empujar a la masa del pueblo a que cometa actos ilegales, para que después la Iglesia diga que en nuestro país hay persecución religiosa. Se trata de engañarlos haciéndoles creer que el gobierno no garantiza la libertad de creencias ni el libre ejercicio del

culto religioso, y esto es una mentira. Se trata de volver a lanzar a los católicos a un levantamiento armado que no será el primero en nuestra historia.

Yo quiero sólo recordar lo que ha pasado en los últimos años. En nuestro país hubo una rebelión armada, la llamada rebelión de los "cristeros". ¿Qué fue la rebelión de los "cristeros"? ¿Hubo acaso persecución contra los creyentes por ser creyentes? ¿Hubo acaso persecución religiosa combatiendo a la religión por el hecho de que la religión existía? No. El gobierno de aquella época, del Presidente Plutarco Elías Calles, se defendió de una agresión del Episcopado Mexicano, que declaró que la Constitución de la República no debería ser obedecida por los católicos del país, y el gobierno, guardián de la Nación, depositario de las tradiciones liberales de México, fuerza creada para defender las instituciones que nos rigen, las defendió. El clero fue el que provocó el levantamiento armado que tenía por objeto la conquista del poder.

Pasaron los años y otra vez se intentó ensangrentar a México. Otra vez se pretendió llevar a católicos desorientados, engañados, a un nuevo movimiento armado. Rodearon a un hombre de origen humilde, campesino, buen soldado de la Revolución en una época, al general Saturnino Cedillo. Le hicieron creer que él podía ser el caudillo de las grandes masas católicas del país, y convirtió al Estado de San Luis Potosí, que gobernaba, en un feudo dentro del cual hallaron acogida, estímulo y ayuda todos los violadores de la Constitución de la República. Después Cedillo, además de este compromiso de levantarse en armas para derogar el artículo 130 de la Constitución, recibió dinero de las compañías petroleras, con el objeto de rebelarse contra el gobierno para restituirles lo que la Nación Mexicana había tomado por legítimo derecho. Este hombre fue un traidor, como antes otros habían sido traidores. Así se trató de impedir que el gobierno de Lázaro Cárdenas cumpliera su programa revolucionario. Se pretendió estorbar la marcha de ese gobierno ejemplar, el cumplimiento de la obra gubernativa de ese hombre ilustre que ha pasado ya a la historia de México y a la historia de América.

Y después, pasados los años se intentó otra vez la toma del poder por los elementos reaccionarios. Cuando iba a terminar Cárdenas su período gubernamental, los elementos revolucionarios dijimos que había una alternativa para todo México: o continuar la obra de Cárdenas, o rectificarla. El pueblo, en su mayoría, declaró que había que proseguir la obra de Lázaro Cárdenas y eligió a Manuel Avila Camacho para continuarla.

Por la otra parte, los elementos reaccionarios estimaron que era aquel momento propicio para tomar el poder. Engañaron a algunos millares de católicos, prepararon la rebelión armada y trataron de alcanzar la Presidencia de la República, encomendándosela a un traidor al Ejército y a la Revolución llamado Juan Andrew Almazán.

Ahora se pretende efectuar otro movimiento armado, para hacer imposible la continuación del gobierno de Manuel Avila Camacho, para impedir que México se halle en aptitud de asistir a la Conferencia de la Paz en plenitud de vigor con unidad nacional probada, eficaz y activa. Y esto, católicos, hermanos católicos, camaradas católicos de México, debe ser impedido por ustedes.

No habremos de combatir al clero porque existe, ni a la Iglesia porque existe, ni a los católicos porque los hay, ni a los demás creyentes por el hecho de que viven y forman parte de nuestro pueblo. ¡Ah, qué diferencia entre la actitud del clero de México y la de otros países! ¡Qué diferencia, por ejemplo, entre el clero de la República de Costa Rica y el de nuestro país! Allá, en esa pequeña y gran República de la América Central, que es un orgullo para los latinoamericanos por su tradición de democracia eficaz, el Presidente reformó la Constitución con el propósito de incorporar en ella un nuevo precepto que, a semejanza del 123 de la nuestra, reconozca los derechos fundamentales de los obreros y de los campesinos, y les otorgue, además de un derecho de clase, la seguridad de que habrán de gozar de compensaciones para todos los riesgos de la vida. Los elementos capitalistas retrógrados de Costa Rica, los que creen que la historia se puede detener a voluntad suya, protestaron por esta reforma de la Constitución; el Arzobispo de San José, capital de la República de Costa Rica, declaró en cambio: yo, como hijo de mi pueblo, tengo que estar con la reforma de la Constitución, porque yo no puedo ayudar a salvar el alma de mis fieles mientras no contribuya a que su cuerpo se salve también en esta hora y a que se establezca, la justicia social. ¡Qué diferencia entre estas dos actitudes! Aquí el clero, como recordaba, combatió la libertad de México, la independencia de la Nación; combatió la separación de la Iglesia y el Estado, estuvo al lado de los soldados de Napoleón Tercero en la invasión, combatió a Juárez, combatió al pueblo de México, hasta fue por un archiduque extranjero; siempre ha estado con los intereses anti-mexicanos. Por ello es indispensable que los católicos, los creyentes no se dejen engañar, no sirvan intereses antagónicos a su propio bienestar.

La hora que vivimos es peligrosa, porque no se trata ya sólo de la actitud de algunos elementos del clero mexicano, sino de la intromisión de elementos del clero católico de otros países en el nuestro, interviniendo sin derecho, sin motivo y aun preconizando, azuzando, una nueva rebelión. Hace unos días un prelado católico americano, apellidado Sheen, vino a México a un Congreso Eucarístico celebrado en el Estado de Hidalgo. Regresó a su país y, al llegar a Washington, declaró que era el momento de que el pueblo mexicano hiciera una revolución, con el objeto de darle el gobierno del país a los elementos católicos, que son los únicos que pueden gobernar dignamente a México. Y, claro está, apoyó a los sinarquistas y al Partido Acción Nacional. ¿Con qué derecho un prelado, un eclesiástico extranjero, se mezcla en los problemas de México? ¿Y con qué derecho, sobre todo, tiene el cinismo, la desvergüenza, de preconizar desde un país extraño la necesidad de que se levanten los católicos de México para derrocar al gobierno y para instaurar un gobierno semejante al de Pedro Ramírez en la Argentina? Nosotros, los no católicos, y ustedes, los católicos, debemos protestar contra la intromisión de elementos extranjeros en asuntos que sólo a los mexicanos competen.

Por otra parte, todos debemos estar dispuestos a hacer una unidad nacional vigorosa, fuerte, sincera, limpia, levantada, digna de nuestra historia. Hace unas semanas el señor arzobispo Martínez, entrevistado por una revista de la ciudad de México e

interrogado acerca de la posibilidad de que los elementos revolucionarios y los católicos pudiesen marchar juntos, trabajar juntos por el progreso de México, declaró que sí creía posible que revolucionarios de todos los matices, desde los comunistas hasta los que no lo son, y los católicos se asociaran para trabajar en bien de México. En nombre de la Confederación de Trabajadores de México yo contesto estas palabras del señor arzobispo Martínez y le digo: estamos de acuerdo, señor arzobispo, en marchar juntos creyentes y no creyentes, católicos y no católicos, por el hecho de que todos somos mexicanos; estamos dispuestos a marchar juntos para bien del país obrando de consuno, juntos, en obras concretas para beneficio de México, a condición de que no se piense que el porvenir de México, la felicidad de la Patria, está en la vuelta a la etapa de la Colonia Española, sino creyendo, y obrando en consecuencia, que la felicidad, la ventura de nuestro pueblo, depende del progreso de México, de la elevación material de los campesinos, de la industrialización de la agricultura, del mejoramiento de los proletarios, de la industrialización del país, y sobre todo y por encima de todo, de la independencia real, completa, cabal de la Nación Mexicana.

Por ventura, la Revolución está en pie, firme en el sitio del cual surgió y vinculada al pueblo al cual representa y al cual sirve. Por ello es que el proletariado, en esta hora, eleva su voz para felicitar a los miembros de las Cámaras que integran el Congreso de la Unión. Ayer nomás empezaron la Cámara de Diputados y el Senado de la República a hablar con franqueza, con sinceridad y con patriotismo de los problemas que nos están creando los elementos reaccionarios y clericales. Por esa razón merecen el aplauso de la clase obrera.

También queremos felicitar al señor Presidente de la República, Manuel Avila Camacho, por su actitud. Ayer apenas, el Primer Mandatario dijo: cuando conmemoramos la Revolución Mexicana no estamos recordando algo que ya pasó, algo muerto, no; la Revolución es un proceso que está desenvolviéndose. La Revolución es una cosa viva, y mientras no cumpla totalmente los ideales del pueblo, la Revolución Mexicana estará en pie, porque la Revolución no es más que la expresión de los ideales históricos del pueblo de México desde 1810 hasta hoy y, en consecuencia, la Revolución y la Patria son la misma cosa. Los que atacan a la Patria, atacan a la Revolución y los que atacan a la Revolución, atacan a la Patria.

Felicitemos también al Ejército Nacional. Sólo hace unas horas que los jefes del Ejército, los generales del Ejército, terminaron un ciclo de conferencias para intercambiar opiniones para adquirir mayores conocimientos, para precisar conceptos. Se reunieron todos los jefes militares, y aun cuando el proletariado de México, concretamente la Confederación de Trabajadores de México, haya tenido discrepancias en el pasado con algunos de estos jefes del Ejército durante el tiempo que ocuparan la Primera Magistratura del país, nos da regocijo, nos llena de alegría ver en los momentos de peligro como éste, juntos a todos los jefes del Ejército, como soldados de la República, defendiendo las tradiciones históricas de México, la Constitución del país y los ideales del pueblo mexicano.

Presidente, soldados, legisladores, representantes de la Nación, proletariado, campesinos, burócratas, trabajadores intelectuales, maestros; todos asociados en un frente liberal nacional al que hace tiempo estamos llamando y que por ventura se ha realizado hoy. Ahora lo que interesa no es sólo caminar por la senda firme, continuar en la ruta justa; lo que importa es contribuir a educar o a reeducar a algunos malos mexicanos. Particularmente, quiero referirme a muchos politicastros de oficio en nuestro país, a muchos políticos profesionales. Estos, debido a que el actual Presidente Manuel Avila Camacho declaró que era creyente, han estimado que Manuel Avila Camacho es “mocho”, suposición falsa, absolutamente falsa. Manuel Avila Camacho es creyente; pero lo fueron también los hombres de la Reforma, los más radicales, los defensores del Estado laico, los reivindicadores de las instituciones fundamentales del país. Pero estos políticos de oficio —no menciono nombres porque ustedes los conocen y los ven casi todos los días—, estos políticos, en la época del general Plutarco Elías Calles, eran antirreligiosos, anticatólicos, y entonces, para agradar a su amo, a su jefe, a su amigo, si les hubieran dicho que incendiaran la catedral, ya no la conservaríamos, la hubieran quemado con mucho gusto. En la época de Cárdenas, estos politicastros sin escrúpulos, verdaderos logreros, simuladores, oportunistas, se consideraban revolucionarios al rojo vivo, más que Cárdenas; todo mundo simulaba ser más revolucionario que Cárdenas, nadie quería aparecer como tibio. Y desde que llegó Avila Camacho, creyendo que es “mocho”, van a misa y hasta dejan que de la bolsa les salgan los escapularios, para que se vea que son creyentes fervorosos.

No, éstos que tienen vergüenza de decir que son ateos y que antes eran enemigos de Dios, por oportunismo político también, no por convicción, por ser “lambiscones”, como dice nuestro pueblo; éstos que ahora andan con el “Deténte” en el pecho, que andan con rosarios en las bolsas, con relicarios, escapularios y libros de misa; éstos que inclusive se retratan con la mejor ropa en la Villa de Guadalupe y que pagan en las revistas las fotografías para que el señor Presidente se entere de que son devotos de la Virgen; estos infelices que llevan el palio y cargan las andas en que van las imágenes, y que antes las quemaron en la Revolución cuando formaron como simples huestes de los caudillos populares, merecen sólo el desprecio del pueblo, merecen que el pueblo, que los católicos sobre todo, los escupan y no les hagan caso. Quieren ser diputados, quieren ser senadores, quieren ser gobernadores, miembros del gabinete, y según creen que sopla el viento, se “orientan” convenientemente y tratan de distinguirse por el fervor que ponen en la opinión que creen que es la del superior. Ayer ateos; ayer comunistas; ayer anticlericales, irreligiosos. Hoy beatos, “mochos”. Estos infelices no son revolucionarios; son traidores a la Revolución.

El proletariado está satisfecho de su labor en esta materia. Hemos hablado dos años seguidos desde aquí, desde esta tribuna, en todas las tribunas del país, en el corazón de los ejidos, en las fábricas, en las regiones mineras por abolengo, en los sitios poblados de sinarquistas, en las escuelas, en las minas; en todas partes se ha escuchado nuestra voz. Habíamos previsto los peligros, habíamos llamado a la unidad, habíamos llamado al frente liberal nacional. Ahora, por ventura, ya está en marcha.



La Revolución, señores enemigos de nuestra Patria, proseguirá su camino. La Revolución está viva, representa ideales no satisfechos, representa viejas esperanzas de largos siglos. Mientras la Patria Mexicana exista, se mantendrá la Revolución Mexicana. Hagamos los mexicanos un haz, una unión fuerte, vigorosa. Hasta hoy hemos luchado contra el fascismo; hoy habremos de empezar a luchar unidos, contra la regresión clerical, medieval, fanática. Habremos de unirnos también para lograr la industrialización de México, la independencia económica de México en el concierto internacional. Así serán buenos creyentes los católicos, buenos mexicanos los católicos y los no creyentes serán también buenos mexicanos. Por encima de la Patria nada: ella abraza los ideales de todos. Por encima de la reconstrucción democrática del mundo de mañana, nada, porque ella representará el régimen democrático renovado del porvenir y la felicidad de todas las patrias libres y progresistas de la Tierra.

¡Fe, confianza, mexicanos, en las tradiciones gloriosas de nuestra historia! ¡Confianza en nuestros símbolos, en los ideales de progreso! ¡Así venceremos a la reacción interior, a la reacción internacional, a la reacción que representa el imperialismo! ¡Viva México! ¡Viva la Revolución Mexicana!

## Nuevo programa del sector revolucionario de México

Esta gran Asamblea Nacional del Sector Revolucionario de México, ha sido convocada por las tres organizaciones sociales más representativas del país: la Confederación Nacional Campesina, la Confederación de Trabajadores de México y la Confederación Nacional de Organizaciones Populares, con el propósito de hacer un análisis de los problemas fundamentales de la vida nacional y ofrecer, no sólo a los trabajadores, no sólo a los campesinos, no sólo a las personas que integran las agrupaciones de la clase media, sino a toda la opinión pública de la Nación, un conjunto de bases de carácter general para el programa que deba presidir la vida de México desde el mañana inmediato, durante los años venideros, que hemos llamado todos la etapa o el período de la postguerra.

En los últimos tiempos, de todas partes, pero especialmente dentro del sector revolucionario, han surgido numerosas preguntas tendientes a saber cuáles deben ser las tareas del sector revolucionario de México, de los otros sectores sociales, en los años futuros. Han surgido interrogaciones sinceras, vehementes, enfáticas, en busca de respuesta, tratando de averiguar qué cambios deben operarse en el aspecto substancial del desarrollo de nuestro país, para que la Patria pueda enfrentarse a los problemas tan importantes que la afectan y resolverlos de una manera victoriosa.

¿La Revolución Mexicana ha de seguir en el futuro, tan pronto como termine esta contienda, sustentando el mismo programa que hasta hoy ha venido manteniendo? ¿Han de ser los objetivos concretos de hoy y de ayer los mismos que la Revolución Mexicana ha de tratar de alcanzar en el mañana? ¿Debe introducir la corriente revolucionaria de México, como afán y meta del pueblo todo, nuevos objetivos y nuevos propósitos? ¿Y si esto acontece, cuáles serán y cómo lograrlos?

Para este objeto tan importante se ha convocado a esta gran Asamblea Nacional. No es una reunión del Partido de la Revolución Mexicana; ni es sólo, tampoco una reunión de la CTM, de la CNC y de la Confederación de Organizaciones Populares. Estas tres grandes centrales han convocado pero han invitado a otras agrupaciones del sector revolucionario, con el objeto de que no falte ninguna de ellas y, consiguien-

---

Programa presentado en la Asamblea de Fuerzas Revolucionarias. *El Popular*, septiembre de 1944.

temente, se pueda decir con justificación que esta asamblea representa en verdad a todo este sector que ha hecho posible el progreso de la Nación Mexicana desde 1910, y que no es sino el heredero de las fuerzas renovadoras que a través de la historia ha presidido la marcha progresista de la Patria Mexicana.

La Confederación Nacional Campesina, la Confederación de Trabajadores de México, la Confederación de Organizaciones Populares de la República, como entidades que convocan a esta reunión, no han querido, sin embargo, venir a ella para improvisar soluciones. Se han reunido con antelación, durante largas semanas con el objeto de considerar un conjunto de hechos y de elaborar algunas observaciones y proposiciones que permitan a la propia Asamblea del Sector Revolucionario de México, tomar acuerdos decisivos que se ofrecerán a la opinión de la Nación Mexicana como el programa o como el conjunto de bases para un programa definitivo que aspirará a ser, no sólo del Partido de la Revolución Mexicana, no sólo del gobierno de la República, sino el programa de la Nación Mexicana en marcha.

Pero no se podría, seguramente, ofrecer el trabajo de las tres centrales que asisten a esta reunión, sin realizar previamente una exposición muy breve, pero clara, de la realidad que vive México y de los antecedentes de la situación actual. No podríamos ofrecer el camino para el futuro, sin hacer una estimación de la parte del camino que nuestro país ya ha recorrido. No podríamos señalar válidamente objetivos para mañana, sin decir cuáles de los objetivos de ayer se han cumplido y en qué proporción y cuáles se mantienen pendientes, porque no han podido ser realizados ni en mínima parte.

Sería arbitrario hablar del porvenir sin hablar del presente, como es arbitrario hablar del presente sin hablar del pasado. En esta virtud, es preciso que en esta hora en la que el sector revolucionario de México va a trazarse normas para su conducta venidera —con toda la responsabilidad que tiene, porque es el que gobierna al país y el que ha presidido la conciencia de la mayoría de los mexicanos—, recuerde de una manera muy esquemática, muy sintética, pero muy clara, cuál ha sido, a grandes rasgos, el progreso de nuestro país; por qué unos objetivos se han cumplido y por qué otros no; y también por qué las tareas de hoy, de un modo inevitable, se unen a las del pasado y tienen que unirse a las de mañana.

Tres son los grandes problemas que México ha tratado de resolver en el curso de su evolución histórica. Tres obstáculos son los que se han levantado al paso del pueblo mexicano en el curso de los siglos. Sin saber, sin recordar, sin valorizar esos problemas, no podría, de una manera responsable, analizarse el presente, ni trazarse rutas para el porvenir.

Estos tres problemas han sido: Primero, la desigualdad de los recursos naturales de nuestro país, comparados con los de otros países del mundo. Segundo, las supervivencias del régimen esclavista y feudal de la época de la Colonia Española. Tercero, la intervención del imperialismo extranjero en la vida de la Nación Mexicana. Estos tres problemas han influido de muy diversas maneras en la vida de México y siguen todavía hoy pesando sobre la vida de nuestro país. Estos tres problemas, su persistencia,

su continuidad, su influencia en la vida doméstica e internacional de México, son los que explican, antes que otra cosa, la continuidad también de los anhelos del pueblo a través de su historia y la indudable concatenación de las luchas populares en las tres grandes revoluciones históricas: la Revolución de Independencia, la Revolución de Reforma y la Revolución iniciada en 1910.

Por lo que toca a la desigualdad de los recursos naturales de México, comparado en este aspecto nuestro país con otros, podemos afirmar que, contrariamente a lo que se cree, a lo que muchos aprendimos en la escuela primaria —cuando recibimos el impacto de aquella mentira piadosa de que nuestro país es semejante al Cuerno de la Abundancia, a una cornucopia llena de dones de la naturaleza—, México no es, desventuradamente, un país rico en recursos naturales, para sustentar a su población y para hacer de esta parte de América una gran nación agrícola, una gran nación moderna basada en la grande agricultura.

A principios del siglo xvi, cuando se produjo la conquista española, todo el Continente Americano, comparado con el gran Continente que forman Europa y Asia, era, desde el punto de vista de los recursos naturales, un Continente pobre, y dentro del Continente Americano, México era una parte pobre del Planeta. Todos los animales domésticos, menos la llama, pertenecían al gran Continente de Europa y Asia; todos los cereales que el hombre utilizaba para vivir pertenecían al Continente de Europa y Asia, excepto el maíz, que se originó, con toda probabilidad, en el Sureste de México y en el Norte de la América Central.

Y en cuanto a nuestra propia tierra, no era ni es México un país rico, desde el punto de vista de la agricultura, que ha sido y sigue siendo la actividad económica decisiva y fundamental de la Nación. El sesenta y cuatro por ciento del área nacional, o sea 1.257,000 kilómetros cuadrados, tiene un declive superior a diez grados, impropio para el cultivo agrícola; del resto no es aprovechable un sesenta y siete por ciento. La superficie de la tierra laborable en nuestro país sólo es de veintitrés millones de hectáreas. De toda la superficie de México, el ochenta y nueve por ciento está situado en la zona que los geógrafos llaman de clima seco. De toda la superficie nacional, sólo el once por ciento es tierra de labor y de esta tierra de labor, el setenta y nueve por ciento es de temporal, doce por ciento de riego y el nueve por ciento de humedad.

Esto es lo que explica que México sea un país tan pobre desde el punto de vista agrícola. Y si tomamos en consideración que el sesenta y seis por ciento de la población económicamente activa trabaja la tierra, llegamos a la fácil conclusión de que a cada campesino económicamente activo corresponden sólo 3.7 hectáreas, de las cuales las ocho décimas partes son de tierra de temporal. Y si se tiene en cuenta, por añadidura, que a pesar de esta pobreza de superficie laborable, todavía hay tierras que no han sido repartidas, se puede llegar entonces a comprender el porqué del sitio de inferioridad que México ocupa, en lo que respecta a producción agrícola, en las estadísticas internacionales.

En efecto, entre sesenta y cinco países, México ocupa el quincuagésimo octavo lugar en el rendimiento de maíz por hectárea. Y es el maíz la planta original de México, el símbolo de nuestra Nación. Ocupa el quincuagésimo octavo en el rendimiento de trigo por hectárea; y el cuadragésimo quinto lugar en el rendimiento de avena por hectárea. Y es que México no resulta el cuerno de la abundancia, ni es comparable, ni con mucho a la gran extensión plana, propicia para la agricultura, con humedad propia o con un ciclo de lluvias regulares que existe, por ejemplo, en los Estados Unidos o al sur del Hemisferio, en la República Argentina.

Nuestro país es, visto de un modo plástico, desentendiéndose de detalles, un sistema de dos grandes montañas elevadas y largas que sostienen arriba mesetas regadas de un modo irregular por el cielo, y hacia el norte una gran llanura, la mexicana-texana, desierta en gran parte; con dos caídas casi verticales perpendiculares, al Océano Pacífico y al Golfo de México. En el trópico hay zonas de vegetación exuberante, pero también pobladas de insectos y azotadas por enfermedades endémicas y epidémicas que hacen muy difícil la vida del hombre.

País sin ríos el nuestro; dividido de esta manera, en montañas que no se pueden trabajar para una producción extensiva, en selvas tropicales que hacen muy difícil la vida del hombre, y en llanuras y desiertos.

Este ha sido el primer obstáculo histórico en el desenvolvimiento económico, social y político de la Nación Mexicana: la escasez de recursos naturales de nuestro país, la pobreza de la agricultura, que es el sustento del pueblo, la base del crecimiento demográfico de la Nación.

El otro problema lo representa la supervivencia del régimen esclavista y feudal de la Colonia Española.

¿Cuáles fueron los aspectos fundamentales del régimen colonial en México? ¿Cuáles fueron los rasgos verdaderamente válidos, determinantes de la vida de nuestra Nación antes de que surgiera como tal? Los siguientes.

El régimen colonial no desarrolló la agricultura mexicana. Todo el esfuerzo de la Colonia consistió en explotar los fundos mineros, para exportar el oro y la plata. Por esta causa, la población importante de la Nueva España fue la congregada alrededor de las minas y, en consecuencia, la agricultura concebida como un simple instrumento para sustentar a la población, sólo surgió alrededor de las minas, en zonas no siempre propicias a la producción.

Otro de los rasgos característicos del régimen colonial, fue el monopolio del comercio. Monopolio de los dos puertos únicos con los que contábamos: Veracruz y Acapulco; el acaparamiento de las exportaciones y de las importaciones, y la función del préstamo de dinero de una manera usuraria, para las escasas actividades productivas de la Colonia.

Pero el régimen colonial no sólo no desarrolló la agricultura, sino que se opuso terminantemente a desenvolver ciertos aspectos de la misma que, dadas las peculiaridades del suelo mexicano, habrían sido, realmente, fuente de riquezas importantes. Recuérdense cómo fueron destruidos los olivos, verbigracia, plantados por muchos

de los misioneros durante el siglo XVI. Como el cura Hidalgo mismo, promotor de la riqueza pública de México, fue una víctima de las prohibiciones que en materia agrícola estableció el régimen colonial con el propósito de que la llamada Nueva España se viera obligada a consumir productos agrícolas provenientes de España.

Y a estas trabas para la agricultura nativa, hay que agregar otra característica del régimen colonial: los estancos, los impedimentos para el desarrollo de la industria, por la misma causa. La única actividad industrial existente estaba confiada a los artesanos; pero éstos estaban organizados obligatoriamente dentro de un régimen corporativo, que no hizo más que revivir, en nuestro medio, las viejas corporaciones de la Edad Media.

Llegó un momento en que las Ordenanzas, que significaban monopolio de la producción y de la distribución, ahogaron la iniciativa y la producción de tal suerte que uno de los virreyes más honrados, al confiarle por escrito a su sucesor en el mando, las condiciones en que iba a encontrar la Nueva España, lo apremiaba para que acabara con las ordenanzas de los gremios, porque estaban estancando la industria, al punto de que realmente podía decirse que había desaparecido.

Pero seguramente el rasgo fundamental del régimen de la Colonia fue el latifundio. El latifundio tenía dos aspectos, según sus detentadores, sus poseedores: el latifundio eclesiástico y el latifundio que podemos llamar laico. Pero los propietarios de las haciendas estaban endeudados con la Iglesia terrateniente, de tal manera que así pudo llegar la Iglesia católica a las postrimerías del régimen poseyendo las tres cuartas partes de la tierra laborable del país.

Tales fueron las características del régimen colonial mexicano. Estas han influido en la vida de México, siguen influyendo en nuestra vida actual, e influirán todavía, por desgracia, en la vida de mañana. Olvidar esto es tratar de caminar sin saber a dónde conducen nuestros pasos, e ignorando, también, cuál es el camino seguro para alcanzar nuestros objetivos nacionales.

Ni la Revolución de Independencia, ni la Revolución de Reforma, lograron transformar esta estructura económica del régimen colonial de nuestro país.

La Revolución de Independencia dio libertad política a México: conquistó para la Nación Mexicana su soberanía política en el seno de la vida internacional; pero no cambió la estructura económica del país. A la postre, la clase privilegiada, la Iglesia católica, los terratenientes laicos, el ejército integrado por hacendados, apresuraron la Independencia, porque ya las ideas políticas que por entonces dominaron en la metrópoli, en España, eran ideas políticas que amenazaban con destruir los privilegios de esos grupos, si continuaba la Nueva España unida al Imperio.

Por esa causa, consumada la Independencia con la intervención de los elementos privilegiados, no variaron substancialmente la vida, el desarrollo, el aspecto central de la vida de México. Naturalmente, sin la Revolución de Independencia nada podría haberse planeado para el porvenir. Se conquistó la soberanía política y, ya en ese tiempo, el gran Morelos formuló y levantó otras reivindicaciones de carácter social, con vigor y con genio que nunca los mexicanos agradeceremos bastante.

La Revolución de Reforma hizo nacer la República en nuestra tierra; fraguó la unidad nacional ante la intervención extranjera; hizo de las ideas libertarias del mundo entero normas constitucionales para nuestro pueblo; separó la Iglesia del Estado; consolidó el gobierno como órgano de expresión del Estado y como fuerza directriz de la conciencia nacional.

Pero en materia económica, precisamente para acabar con los privilegios de la Iglesia católica y de las corporaciones ligadas a la Iglesia, y hacer viable el establecimiento de la libertad individual preconizada por la Revolución democrático-burguesa originada en Francia, la Reforma privó a todas las corporaciones, aun a las civiles, del derecho a poseer bienes. El gran latifundio, el gran monopolio territorial de la Iglesia, al entrar en el mercado, al dejar de ser de "manos muertas", pasó a otras manos, de civiles, y entonces en lugar de un latifundio eclesiástico, tuvimos un latifundio laico.

Pero esto, que se inicia en la Reforma, se perfecciona durante la dictadura porfiriana. Las verdaderas características del régimen de Porfirio Díaz son éstas: el uno por ciento de la población rural era dueña del 97% de la superficie censada del país. El 3% poseía el 2% de la tierra censada. Había cuatro categorías de gentes vinculadas a la tierra: los hacendados, los rancheros, los pequeños propietarios y los pueblos. Entre los hacendados y los rancheros poseían el 97% de la tierra censada; los pequeños propietarios el 2%; los pueblos y comunidades que todavía tenían algo, el 1%; en tanto que los peones, los esclavos disfrazados de asalariados, constituían el 96% de la población rural. De estos peones, un millón y medio eran acasillados y dos millones no eran acasillados, en su mayor parte aparceros. De setenta mil comunidades rurales que existían en el país, cincuenta y cinco mil vivían dentro de terrenos pertenecientes a los hacendados.

Y por lo que toca a la característica de nuestro país en su intercambio internacional, el régimen porfiriano era esencialmente éste: exportación de minerales, importación de artículos de lujo. Durante la dictadura porfiriana se constituyó un mecanismo idéntico al que operaba en la época de la Colonia Española. Allá hemos visto que había prohibición para el desarrollo de la industria, porque era menester depender de España. Durante la época porfirista había también influencia de afuera para impedir el desarrollo de la industria nacional. Una lucha tremenda por abatir los aranceles, por impedir que naciera una industria nuestra, propia, con capital mexicano. Sólo la industria textil existía en nuestro país, con fisonomía propia; pero bien visto, la industria textil mexicana no fue, durante casi toda su vida, más que un apéndice del régimen de la hacienda, del régimen latifundista. Los hacendados vendían la manta. Malas cosechas, malas ventas de manta. Buenas cosechas de maíz, buen mercado para la manta.

En 1880 comienza una etapa decisiva para el porvenir de nuestra Nación. Es la lucha del imperialismo, que aparece en nuestro territorio, y que exige, no ya aranceles bajos, sino concesiones para explotar los recursos y establecer industrias.

La manifestación inicial más notable de esta fuerza nueva injertada en la vida mexicana, la primera obra del imperialismo, es la construcción de los ferrocarriles de México, como un simple apéndice de la gran red ferroviaria de los Estados Unidos, y como un camino que condujera al Puerto de Veracruz para comerciar con Europa.

Estas fueron las características fundamentales de la dictadura porfiriana.

En cuanto al tercer problema en la vida del pueblo mexicano: la intervención del imperialismo, que ha obstruccionado el desarrollo económico del país, que ha sembrado el camino del pueblo de obstáculos constantes, sólo quiero mencionar dos cifras, para que se vea el volumen, la importancia de esta fuerza decisiva.

De 1897 a 1929, las inversiones del capital americano en México ascendieron, de doscientos millones a novecientos sesenta y cinco millones de dólares. Las inversiones británicas, de 1913 a 1929, ascendieron, de ochocientos ocho millones a mil treinta y cinco millones de dólares.

Pero no basta con saber cómo ascendió el volumen de las inversiones de los principales países imperialistas de la época. Es preciso recordar cuál fue el destino de esas inversiones, para ver de qué modo influyeron en el desarrollo económico del país. El capital americano, en 1929, estaba invertido, en sus renglones principales, del siguiente modo: doscientos cuarenta y nueve millones de dólares en minas e industrias mineras; doscientos seis millones en petróleo; noventa millones en servicios públicos, y ochenta y dos millones en ferrocarriles.

El capital británico, en el mismo año de 1929, estaba invertido, principalmente, así: diversos servicios, trescientos veinte millones de dólares; ferrocarriles, cuatrocientos noventa millones; títulos del Estado, ciento noventa y cinco millones de dólares.

Estos tres problemas característicos de la historia de México: la desigualdad de los recursos naturales de nuestro país, comparados con los recursos naturales de otras naciones, las supervivencias del régimen esclavista y feudal de la época de la Colonia, y la intervención del imperialismo extranjero en la vida económica y, por lo tanto, en la política de la Nación, se conservaron hasta 1915, en que se inicia un gran cambio histórico, gracias a la Revolución de la que fue primer abanderado el Apóstol Francisco I. Madero.

¿Cuál ha sido la obra de la Revolución Mexicana para resolver esos tres grandes problemas? ¿En qué proporción ha tenido éxito? ¿En qué medida no ha tenido éxito y, por consiguiente, subsisten las dificultades, los obstáculos, las supervivencias del régimen colonial, la miseria, la pobreza de la tierra no explotada o explotada de un modo deficiente, o por la intervención del capital extranjero?

Por lo que toca al rasgo esencial del régimen de la Colonia, el del latifundismo, la distribución de la tierra en México, en el año de 1942 era ésta: el cuarenta y ocho por ciento de la población rural, integrada por ejidatarios, tiene ya el 25% de la superficie total del país; el 21% integrada por pequeños propietarios, el 1% de la superficie total; en consecuencia, el sesenta y nueve por ciento de la población



tiene ya tierra, aun cuando todavía hay muchos campesinos que no la tienen y muchas haciendas y tierras nacionales no incorporadas en la economía del país.

En cuanto a la productividad de la tierra, la Revolución ha logrado esto: en 1908, al terminar la dictadura, ascendía la producción agrícola de México a seis millones de toneladas; en 1942, la producción agrícola ascendió a trece millones de toneladas. El valor promedio de la producción agrícola en 1903 fue de doscientos veintitrés millones de pesos; en 1942 el valor promedio de la producción agrícola fue de novecientos cuatro millones de pesos.

Pero para juzgar el alcance de este progreso es menester saber cuál fue el volumen producido por campesinos: en 1908, cada campesino llegó a producir casi dos toneladas; en 1942, cada campesino producía casi tres y media toneladas. El valor de esta producción, por campesino, era así: en 1908, sesenta y ocho pesos al año; en 1942, doscientos treinta y cuatro pesos al año.

La riqueza ganadera ha progresado del siguiente modo, en sus renglones más importantes, porque no deseo ofrecer estadísticas prolijas a la Asamblea. Ganado vacuno, en 1902, cinco millones de cabezas; en 1940, once millones quinientas mil. Ganado caballar: en 1902, novecientas mil cabezas; en 1940, dos millones y medio. Ganado lanar: en 1902, tres millones y medio de cabezas; en 1940, cuatro millones y medio.

Desde el punto de vista de la producción de veintidós artículos fundamentales para la alimentación del pueblo mexicano, de acuerdo con las clasificaciones internacionales de 1907 a 1942 la producción ha aumentado cuarenta y cuatro por ciento. La población de México ha aumentado también en esa misma proporción de cuarenta y cuatro por ciento. Ha disminuido, sin embargo, la producción de siete artículos alimenticios, entre ellos el maíz y el frijol. Los elementos reaccionarios dicen: el fracaso de la Revolución, desde el punto de vista de la Reforma Agraria, consiste en que el pueblo de México no puede producir siquiera maíz para alimentarse. Este es un argumento falso, sofisticado, mentiroso.

Ningún país que progresa trata de bastarse a sí mismo en todos los aspectos de la producción. A medida que el intercambio internacional reduce distancias y amplía el radio de acción de los mercados, la vieja tesis económica de la auto-suficiencia va fracasando. Inglaterra, por ejemplo, importa más del 60% de todos sus alimentos, y no es un país atrasado. Lo que ocurre es que en México ha disminuido la producción de siete artículos necesarios para la alimentación del pueblo, en virtud de la diversificación de la agricultura, de la multiplicación de los cultivos, y de que han sido reemplazados cultivos de un alto costo, hechos en tierras no apropiadas o por procedimientos primitivos, como ocurre con el maíz, por cultivos más costeables o productivos. Esto sin desechar, por supuesto, en un análisis honrado y objetivo, la responsabilidad de aquellos funcionarios públicos no sólo del régimen de hoy, sino de todos los regímenes contemporáneos que no han sabido organizar de una manera adecuada los planes de la agricultura.

Por otra parte, los dos bancos oficiales han desarrollado el crédito para los campesinos; pero desgraciadamente apenas cubren sólo el diez por ciento de las necesidades crediticias de los ejidatarios y de los pequeños propietarios rurales. El noventa por ciento del crédito con el cual se mueve la agricultura nacional, todavía está en manos de los comerciantes, agiotistas y prestamistas. Así se explica que sólo el doce por ciento del capital de los bancos privados vaya a la agricultura.

Como se ve, la Revolución ha dado pasos gigantescos en materia agraria y agrícola; rompió el latifundio, democratizó así la base de la vida nacional y del progreso del pueblo. Ha iniciado la política del crédito; ha iniciado el empleo de métodos científicos; está en vía de dar un desarrollo amplio y completo a la irrigación. Gracias a ella, en ciertos sitios en donde son propicias las condiciones naturales, nuestra agricultura ha triunfado y se ha incorporado en la economía moderna internacional por el empleo de la maquinaria, por la utilización de los abonos, por la dirección científica del trabajo.

Pero en otros aspectos, todavía pesa gravemente sobre México el régimen colonial; todavía subsiste aquella fisonomía de prohibiciones, de obstáculos, de miseria, de atraso técnico. Todavía pesa sobre México la pobreza original de nuestro país, su falta de recursos naturales para la agricultura.

En cuanto a la industria, se han hecho progresos importantes. Sin embargo, el noventa y ocho por ciento de nuestras exportaciones lo forman materias primas brutas y semielaboradas, y el dos por ciento artículos manufacturados y semielaborados que vendemos al extranjero. Nuestras compras al extranjero, nuestras importaciones, consisten en un ochenta y seis por ciento de artículos manufacturados o semielaborados, y en un catorce por ciento de materias primas brutas o semielaboradas.

Del valor total de la producción industrial, comprendiendo las industrias extractivas y las manufactureras, sólo el diez por ciento representan productos de las industrias básicas: un cuatro por ciento la industria eléctrica, tres por ciento la industria siderúrgica y tres por ciento también, nada más, la industria química.

Somos aún muy pobres. Todavía dependemos en gran proporción del extranjero. País sin acero, sin electricidad, sin industria química, en la época que vivimos, es un país obligadamente dependiente del exterior. Pero no es posible siquiera comparar, a pesar de esto, la situación industrial de México, hoy, con la situación industrial de la época porfiriana.

Se han desarrollado las viejas industrias nacionales, así como las industrias que se iniciaron durante la primera etapa del período revolucionario, y se han creado en los últimos años nuevas y numerosas industrias de gran importancia. Esto ha sido sólo posible por el aumento del nivel de vida de las grandes masas del pueblo. Una industria sólo puede vivir en un país, y desarrollarse en él, a condición de que aumenten constantemente el número de los compradores de sus productos. La multiplicación de las industrias en México, en todas las regiones del país, demuestra que hay compradores para sus productos, y esto ha sido un efecto de la Revolución. Esta es la razón de que existan en México muchos centros industriales totalmente desco-

nocidos en la época porfiriana, y que son producto, no sólo de la ciencia y de la técnica, sino del empuje dado por la Revolución Mexicana a la capacidad de compra del pueblo.

Desenvolver las industrias, a diferencia de lo ocurrido en la etapa porfiriana y en la época de la Colonia Española; no cerrar las puertas al capital extranjero, pero obligarlo a invertir aquí sus recursos con condiciones; tal ha sido la política del régimen revolucionario, pero sobre todo la política reciente, de Cárdenas y de Avila Camacho.

Varios de los últimos decretos del señor Presidente de la República no son más que un estímulo vigoroso para el desarrollo industrial del país. Que el capital extranjero se invierta, sí; pero con algunas condiciones. Que el capital mexicano se sienta estimulado y no subordinado al capital de afuera. Estos son los dos principios que han inspirado, sin duda, la legislación última al respecto.

Por lo que toca al proceso de la emancipación de la Nación Mexicana, hemos dado también indudablemente, pasos de consideración, aun cuando todavía somos un país semi-independiente. En 1905, el treinta por ciento de la riqueza nacional estaba en manos de extranjeros; en 1930, debido a cierta situación interior, a una cierta política de la época que no tengo tiempo de analizar en estos momentos, el cuarenta por ciento de la riqueza nacional estaba en manos de extranjeros, diez por ciento más que en la época de Porfirio Díaz; pero en 1940 ya sólo el veinte por ciento de la riqueza nacional estaba en manos de extranjeros, la quinta parte. Los extranjeros que tenían el nueve por ciento de la tierra, la perdieron, pues pasó a manos de los campesinos.

El petróleo, que estaba, en un noventa y ocho por ciento, en manos de extranjeros, es propiedad de la Nación Mexicana. Los ferrocarriles, en gran parte, fueron también incorporados al patrimonio público de México.

Se han establecido centros de trabajo dependientes del Estado en forma de corporaciones autónomas, que han aumentado nuestra riqueza tanto agrícola como industrial y de transportes. Nuevos centros de la industria eléctrica, sin haber nacionalizado los de industria privada, están abriendo perspectivas para el desarrollo de México. Todo hace afirmar que ha comenzado en los últimos años una etapa distinta en la historia de nuestro país. Pero todavía no somos una nación emancipada; aún no, por desgracia.

A estas tres fuerzas, a estos tres grandes problemas: pobreza de la tierra, régimen esclavista, colonial, durante siglos e intervención del imperialismo contemporáneo en la vida doméstica de nuestro país, se debe el atraso, el gran atraso de nuestro proceso histórico.

Tres cifras nada más para definir, para caracterizar el atraso, la penuria, la miseria, la desesperación, el desaliento en que aún vivimos: de cada cinco niños que nacen en México, se muere uno antes del año. La mortalidad general en nuestro país es dos veces mayor que en los Estados Unidos y la mortalidad infantil es tres veces mayor que en los Estados Unidos.

En cuanto a educación, el sesenta por ciento de la población mayor de nueve años no sabe leer; sólo hay escuelas primarias para el cuarenta y ocho por ciento de los habitantes del país; de cada cien niños que ingresan a la escuela primaria, la mitad, el cincuenta por ciento, no concluye el primer ciclo, los dos primeros años; el setenta y cinco por ciento no concluye el segundo ciclo, hasta el cuarto año de primaria, y el noventa y cinco por ciento de los que se inscriben no terminan la enseñanza primaria.

Por último, la inmensa mayoría de la población en México está enferma: tuberculosis, sífilis, anemia, parasitosis. Este es el saldo negativo de nuestra historia; este es el cuadro vivo de una nación que no está integrada por perezosos o por mala raza, sino por viejos esclavos, hay hombres libres desde el punto de vista de su conciencia, pero todavía aprisionados por un régimen de semi-independencia del extranjero y de supervivencias del pasado feudal.

Esta es la historia verdadera de la Nación Mexicana. Sólo habiéndola recordado, podemos hablar del presente. Sólo así, también, podemos hablar de tareas para el porvenir. Es muy fácil perder los bártulos, muy sencillo equivocarse, casi inevitable perder la ruta, cuando no se tienen ni una teoría ni un ideal claro ni una experiencia también robusta en cuanto a lo que significa el andar de un pueblo y el desarrollo de la vanguardia popular que integran en todas partes los sectores más avanzados por su pensamiento político. Por eso hoy, en estas circunstancias en que vivimos, cuando el mundo va a torcer su ruta, cuando es fácil tomar el camino nuevo; pero también fácil tomar el equivocado; cuando todo el mundo, con ansiedad legítima, se pregunta: ¿Qué vamos a tener mañana, después de esta gran conflagración?, el sector revolucionario de México ha querido, como dije al principio, convocar a esta Asamblea para ofrecer un conjunto de bases generales con las cuales pretende orientar el futuro de la Nación Mexicana.

¿Cuáles deben ser, pues, las tareas que el sector revolucionario debe proponerse? ¿Cuáles son las metas a alcanzar, si éste es el panorama del país, si ésta es la historia de México, si éstos son los objetivos realizados y los no logrados todavía?

Muchos creen, ingenuamente, otros, no por ignorancia, sino por perversidad, asumiendo el papel de simples provocadores, que esta guerra es la oportunidad histórica para que se instaure de hecho y de inmediato el régimen socialista en todas las partes del mundo. Esto es falso para México. Los socialistas mexicanos, los marxistas mexicanos, entre los cuales yo me encuentro, así como los no socialistas pero revolucionarios, los que han luchado por destruir las supervivencias del régimen feudal, por anular la pobreza de nuestros recursos naturales y por defender a la Patria del imperialismo, los liberales que no participan de algunas ideas concretas de los miembros de la corriente revolucionaria de hoy; todos, todos en lo absoluto, convenimos ya hace tiempo en que, en México, para la post-guerra no tratamos de conseguir la abolición del régimen de la propiedad privada; que no pretendemos instaurar el socialismo en esta tierra, porque ni las condiciones históricas domésticas, ni las circunstancias internacionales, hacen propicia tarea tan trascendental. Hemos convenido

en que no es la hora del socialismo la hora de la post-guerra, y que nuestras miras, nuestros objetivos, nuestros propósitos, son propósitos que se ligan de una manera lógica, natural, inevitable, a los viejos objetivos históricos de la Revolución iniciada en 1910; de la Revolución de Reforma y de la Revolución de Independencia. No queremos sino el cumplimiento y el desenvolvimiento, el desarrollo, el progreso de las ideas de ayer, enriquecidas con nuevas modalidades y formas de aplicación. Queremos ser un pueblo que tenga posibilidades de cultura, posibilidades de trabajo, posibilidades de vivir de un modo civilizado; y queremos que México sea no un país semi-colonial, sino una nación soberana, emancipada de veras, tanto desde el punto de vista político como desde el punto de vista material.

Este es nuestro ideal de ayer y ese sigue siendo nuestro ideal hoy.

Habrá gentes que piensen que nuestro ideal de hoy, y para la post-guerra, es un ideal pequeño y enano. ¡Qué equivocados están! ¡Qué torpeza! ¡Qué ignorancia! ¡Qué incapacidad revolucionaria de esas personas! ¿A qué más puede aspirar, de inmediato, un país semilibre, semicolonial, que a ser una nación soberana? ¿A qué más puede aspirar desde luego un pueblo de enfermos, de desnutridos, de ignorantes, de desamparados, que a ser un pueblo robusto, vigoroso, bien nutrido, bien logrado, bien asegurado en su derecho a la cultura? ¿A qué más puede aspirar un pueblo que vive en una tierra en su mayor parte difícil de trabajar y pobre en sus rendimientos, que a transformar ese territorio en un suelo que rinda bastante y a convertir la agricultura antigua, arcaica, primitiva, en una agricultura moderna, que con su florecimiento permita hacer de este país un país industrializado?

¿Y a qué más puede aspirar un pueblo débil, como México, en el orden internacional, sino a que el régimen democrático no sea sólo un régimen para el uso nacional de los diversos países sino también una norma para el trato entre las naciones? ¿De qué serviría la democracia sólo para consumo doméstico de las naciones, si no hubiera democracia en el trato internacional? ¿De qué serviría el esfuerzo tremendo, heroico, de un pueblo por salir de la ignorancia y de la miseria, si jamás podría aspirar a que se le respetara su soberanía en el terreno internacional?

La democracia tal como la entiende y la anhela nuestro pueblo no debe ser sólo una meta de nuestra vida nacional interior sino un ideal consumado en el orden internacional. Democracia adentro, democracia afuera. Democracia afuera, garantía de la democracia de adentro; democracia en cada país, garantía de una democracia internacional. Sustentamos, pues, los mismos ideales de siempre, pero hay otros objetivos, otros propósitos, otras metas, otros puntos a alcanzar, otras ascensiones que debe lograr el pueblo en este proceso de la Nación Mexicana. ¿Cuáles son? ¿Han de ser sólo objetivos para un sector del pueblo? ¿Han de ser sólo garantías y derechos para los campesinos y los obreros? ¿O han de ser también metas, propósitos y objetivos para otros sectores de la sociedad mexicana?

Transformar la tierra pobre en rica, levantar fábricas en donde no las hay, mejorar los transportes y multiplicarlos, aumentar el volumen de la riqueza nacional; todo esto no es sólo tarea, evidentemente, de los campesinos y los obreros; es también

tarea de los demás sectores del país, es obra de todo el pueblo, es, debe ser, propósito y objetivo de todos los sectores de México, de todas las personas, con la condición de que acepten que las únicas soluciones valederas para nuestro país son las soluciones que aspiran hacia el progreso y no las que miran hacia atrás, hacia el retroceso.

Rebasa el propósito de un solo sector, de una sola clase social, esta gran tarea histórica inmediata. Es obra de todos: campesinos, obreros, artesanos, pequeños industriales, rancheros, pequeños propietarios rurales, comerciantes en pequeño, grandes comerciantes no agiotistas, no especuladores, grandes industriales y banqueros; todos, todos sin excepción, los hombres que concurren directa o indirectamente a la producción, al desarrollo económico del país, con tal, vuelvo a afirmarlo, de que tanto los industriales grandes como los pequeños industriales, como los grandes banqueros y los comerciantes honestos, como los campesinos, y los obreros, y los artesanos y los profesionistas, y las gentes de la clase media y el ejército nacional piensen que la solución de México está en su emancipación y en la abolición de las condiciones miserables en las que vive el pueblo mexicano.

El sector revolucionario de México piensa, en consecuencia, que el nuevo programa del sector revolucionario, será un programa en el que estén considerados los intereses legítimos de todos los sectores sociales del país. Mayor prosperidad para el porvenir. Sin ella, nada es posible pensar del progreso colectivo de la nación. No hay industria que pueda no sólo prosperar, sino mantenerse, en un país en donde la gran mayoría de los consumidores en perspectiva no puede comprar. Pero para esto, es preciso una reforma radical, profunda, a la agricultura mexicana. Hacerla que pase de agricultura tradicional arcaica, a la categoría de industria moderna.

Beneficiará este gran plan, ante todo, pues, a la inmensa mayoría del pueblo, integrada por las masas rurales. El proletariado mexicano no podrá prosperar, por tanto, sino a condición de que progrese la masa campesina. No puede haber crecimiento del proletariado en número, ni progreso suyo en cuanto a prestaciones y salarios, en un país en donde las fábricas están detenidas en su desarrollo natural por ausencia de un mercado interior; y no hemos de aspirar todavía, por desgracia, a ser un país que exporte, en grande, manufacturas para consumo de otras naciones.

Y lo que se afirma en relación al proletariado, es mucho más cierto respecto de la clase capitalista. No hay progreso para la burguesía nacional, para los industriales mexicanos, para los banqueros mexicanos, para los técnicos mexicanos, para los comerciantes honestos de México; no hay posibilidades de progreso, de desarrollo en su fortuna lícita, sino a condición de que el campesino mexicano eleve su nivel de vida y de que se multiplique, como factor de consumo, el proletariado incipiente de nuestro país.

No afirmamos, sin embargo, que el paso trascendental que México debe dar, iniciándolo en la post-guerra, ha de ser el de mejorar nuestra agricultura para seguir siendo un país agrícola, aunque de agricultura moderna. Es evidente que el porvenir agrícola de México está en los cultivos de productos de alto precio, de gran rendimiento, tratándose de la agricultura del altiplano y en el desarrollo de la agricultura

tropical. Pero el porvenir económico de México depende, principalmente, de su desarrollo industrial.

Industrializar a México, revolucionar a nuestro país mediante las industrias, hacer de la producción una unidad indivisible, de acuerdo con un plan previsor, lleno de estímulo, es la única solución que puede ofrecerse a un país que no sólo quiere vivir mejor —vieja aspiración secular—, sino que va a ser objeto o puede serlo en la post-guerra, de la intromisión de poderosas fuerzas económicas del extranjero.

Hay quienes afirman que esta guerra ha liquidado al imperialismo. ¡Ingenuidad! El imperialismo en el seno de los países capitalistas de importancia surge de esta contienda más agigantado que nunca. La concentración del capital en los Estados Unidos, en Inglaterra, por no hablar sino de los dos más grandes países capitalistas de nuestra época, ha ido adelante de un modo vertiginoso. Ha aumentado la capacidad de producción, ha aumentado las inversiones en la producción; pero han disminuido los propietarios de la producción, han aumentado su fortuna individual y se han asociado con mayor energía que nunca para mantener sus privilegios en el porvenir.

No cabe duda que deben emplearse y se pueden emplear, medidas múltiples para amortiguar las consecuencias desastrosas del imperialismo; pero lo que no se podrá evitar, durante una larga etapa, es la subsistencia del imperialismo, que no es más que la última etapa del régimen capitalista. Mientras éste subsista, subsistirá el imperialismo; y mientras el imperialismo se mantenga, existirá una amenaza grave sobre los países que, como México, han contado en el imperialismo con uno de los grandes obstáculos para su desarrollo histórico natural.

En cuanto nuestros recursos físicos, nuestro capital nacional, y nuestra riqueza principal, que es la humana, se organicen para que México se industrialice y se desenvuelva; en la medida y proporción en que esto acontezca, el imperialismo extranjero tendrá menos intervención en la vida de nuestro país. Igual sucederá en los demás países que se impongan un programa de este carácter. Pero en la proporción y medida en que en México no existan este fervor, este deseo, este afán y este programa para desenvolver los recursos naturales y humanos, orientándolos hacia la emancipación de la nación, en esa medida y proporción, también, el imperialismo intervendrá nuevamente, y con mayor vigor, en toda la vida de México, estorbando su progreso, desnaturalizando su evolución, torciendo el rumbo del país, amenazando seriamente su porvenir.

Enorme tarea es, pues, la que el sector revolucionario, por conducto de la Confederación Nacional Campesina, de la Confederación de Trabajadores de México, de la Confederación de Organizaciones Populares de la República, ofrece a todo el pueblo de México. Tarea común de mexicanos. Tarea nacional, tarea de todas las clases sociales. Nosotros nos proponemos una de las mejores, de las más grandes, de las más altas tareas históricas que un pueblo consciente de su destino puede proponerse: nuestra emancipación total, nuestro progreso incesante, inmediato.

Este es, en resumen, el programa que las centrales revolucionarias sugieren. Esta es la esencia de las bases generales para un nuevo programa del Sector Revolucionario, que ha de ser, visto su contenido, programa del pueblo entero, programa que garantice el progreso de la nación.

No se puede construir mirando al pasado solamente. Se tiene que construir, mirando siempre al pasado, en cuanto hay que tomar en consideración las tareas que el pasado no ha podido cumplir; pero sólo se puede construir de un modo valeadero, firme y constante, con fuertes bases que no se derrumben, viendo hacia el futuro.

Los que ven hacia atrás, con el deseo de que México vuelva hacia atrás, son los que quisieran hoy, en esta época de la vida de México y del mundo, y después de esta guerra, que volviésemos a la etapa anterior a la Revolución de Reforma. Estos elementos son bien conocidos: la Unión Nacional Sinarquista y el Partido Acción Nacional. No las fallas de la Revolución Mexicana, sino la parte que falta por alcanzar de los ideales históricos formulados por la primera vez en 1900, en 1905 y en 1910, en 1912, es lo que constituye el sustento de los cargos más graves contra el régimen de hoy, de 1944. Es el régimen de la Revolución Mexicana —afirman estos reaccionarios— el que tiene la culpa de la ignorancia del pueblo, de la miseria del pueblo, de nuestra agricultura pobre, de nuestra escasez de industrias. Ellos, con una audacia sin límites, hacen responsable al gobierno de hoy, como hicieron responsable al gobierno de Cárdenas ayer, como hicieron responsables a otros regímenes en sus períodos afirmativos, combativos, revolucionarios, de lo que el pueblo no ha podido alcanzar en un siglo de esfuerzos, debido a la pobreza del territorio, al régimen de la Colonia y al imperialismo extranjero.

Este es el cargo contra la Revolución. Este es el cargo contra el propio pueblo mexicano, al que tratan de engañar diciéndole: si volviésemos al porfirismo, estaríamos mejor. Ya he recordado qué fue el porfirismo. Si volviéramos a la época en que no había separación entre la Iglesia y el Estado, también afirman, viviríamos mejor. Ya he recordado cuál era la vida del pueblo en esa etapa. Y dicen también: si volviéramos a la etapa en que México todavía era una nación dependiente de España, viviríamos mejor. Ya he recordado cuál era la característica del régimen colonial.

Pero como las generaciones que han nacido después de la lucha armada de la Revolución no conocieron el porfirismo, no supieron qué fue ese régimen de monopolio de la tierra, de señores feudales, de peones esclavos, de exportación de materias primas y compra de artículos de lujo; como no supieron, en su carne, los jóvenes de hoy, qué fue aquel régimen, a veces caen víctimas de la propaganda demagógica, antipatriótica y cínica de estos traidores.

Nosotros no podemos emplear armas semejantes. No podemos hacer demagogia. Nos llaman demagogos los reaccionarios. Ellos son, sin embargo, los que engañan al pueblo y hacen misas por el eterno descanso del alma de Hernán Cortés. Y lo hacen, no por una cuestión de credo religioso, legítimo, respetable para nosotros los revolucionarios, sino como una simple maniobra, tardía por cierto, de carácter político



vulgar. Y tratan de erigir una estatua a Agustín de Iturbide, y sueñan con que se reforme la Constitución de México para que haya enseñanza religiosa en las escuelas, para que la Iglesia sea otra vez terrateniente, para que se rehaga el latifundio, no sólo el eclesiástico sino el laico, para que se acabe el régimen ejidal, para que vuelva la masa campesina al peonaje, para que volvamos a ver las “tiendas de raya”, para que se vuelva a cantar el Alabado, para que retornen las cárceles privadas de los señores de horca y cuchillo, para que los sindicatos se disuelvan, para que no exista el derecho de huelga, para que sólo se toleren asociaciones de carácter mutualista; para que, en suma, el país dé saltos atrás de siglos. Esto es demagogia pura.

Nosotros queremos pasos firmes en el sentido del progreso, no sólo para el sector revolucionario, sino para provecho también de la clase media y también para provecho de la burguesía de México. Es la nación la que ha de progresar y también la nación, asociada toda ella, la que se ha de defender de los peligros de mañana. Nunca, jamás en la historia de México, ha habido otra técnica, otra forma de la estrategia, otra línea de conducta, otra táctica como no sea la de la unidad nacional para enfrentarse a los problemas más graves del país. Pero esta forma de unidad nacional ha de ser, sin embargo, no la forma de agrupación del momento, sino forma de agrupación meditada y prevista para proponerse una jornada larga, de muchos años.

Así la Revolución continúa; así continuará la obra de Hidalgo, la obra de Morelos, la obra de Juárez, la obra de Madero y de Zapata y de Carranza y de Obregón. Así continuará la obra de hoy, cambiando sólo objetivos, metas, no ideales. Cambiando propósitos concretos, decisiones, no principios, no cambiando los mejores pensamientos y las soluciones asequibles del pueblo.

Ahora, ya conocido el fondo, el contenido esencial del conjunto de normas que se ofrecen a la consideración de esta Asamblea, voy a darles lectura, para que de esta manera pueda la Asamblea posteriormente iniciar el cambio de impresiones respecto de este programa en el que hemos puesto todo nuestro amor de mexicanos, todo nuestro fervor de revolucionarios, todo nuestro empeño de hombres de nuestra época.

El programa tiene dos partes: lo que el Sector Revolucionario de México desea como normas para la política internacional de nuestro país, y lo que el Sector Revolucionario de México quiere que constituya la base para el programa nacional del progreso del pueblo y de la República. Dice así: “En la esfera de la política internacional, el Sector Revolucionario de México luchará porque las relaciones de México con los demás países del mundo continúen rigiéndose por los siguientes principios:

“1. La amistad y la solidaridad con todos los pueblos de la Tierra.” Esto quiere decir que para México no hay pueblos que valgan más que otros, todos los pueblos valen lo mismo.

“2. La defensa del régimen democrático, como sistema universal de gobierno y la lucha contra toda tentativa de entronizamiento, de subsistencia o de restauración del régimen fascista en cualesquiera de sus formas o modalidades.” Esto quiere decir que no sólo hay que defender el régimen democrático como norma universal, sino hay que luchar contra todo intento de que se mantenga el fascismo, o de que llegue

adonde nunca ha existido. Este peligro es real para la post-guerra: España, Portugal, Argentina, como núcleos visibles.

“3.—La condenación de toda política de agresión y de participación de nuestro país en un sistema internacional de seguridad colectiva, que garantice el respeto a la soberanía de las naciones.”

Evidentemente, no se puede hablar de una paz futura, larga y firme, sino a condición de que la paz sea indivisible, como ha sido la lucha militar, política y económica contra el fascismo.

“4. El apoyo a la lucha por la independencia política y económica de todos los países coloniales, semi-coloniales y dependientes.” Lo que queremos para nosotros los mexicanos, como país semi-dependiente que somos, lo queremos para la América Latina, para todos los países más dependientes aún que los nuestros, lo queremos para todos los países que gravitan en la órbita de las grandes potencias.

“5. La cooperación más estrecha y fraternal con todos los pueblos de América Latina, para el cumplimiento de nuestro común ideal histórico de liberación nacional.” Quiere decir esto que así como la independencia política de las viejas colonias de España se pudo hacer, en parte debido a que fue un movimiento simultáneo o coetáneo entre las mismas colonias españolas de América, de la misma suerte sólo unidos los países semi-coloniales de la América Latina podrán lograr su emancipación completa y definitiva mañana.

“6. El respaldo más decidido a la política del Buen Vecino, que hace posibles la creciente amistad y la cooperación económica entre el pueblo de México y el pueblo de los Estados Unidos, en beneficio de ambos, y el rechazo de la política imperialista en cualquiera de sus manifestaciones.” Esto quiere decir que es un error afirmar, como algunos demagogos lo hacen, o como algunos patrioterros lo proclaman que debemos luchar o vivir luchando siempre en contra de los Estados Unidos, como si fuésemos enemigos de su pueblo. No hay más que dos maneras de vivir cerca de los Estados Unidos de Norte América: o como enemigos o como amigos de ellos. Es estúpido pretender vivir como enemigos de ellos. No hay ningún pueblo imperialista; hay regímenes imperialistas; pero no hay pueblos dedicados al aplastamiento de otros, sino a condición de que sean educados, organizados y lanzados a la agresión y a la conculcación de los derechos ajenos.

La corriente liberal de los Estados Unidos, sobre todo, que ha hecho la grandeza de ese país, tiene muchos puntos de contacto con la corriente liberal de México, así como la reacción mexicana tiene ligas estrechas con el imperialismo yanqui. Somos amigos del pueblo de los Estados Unidos, amigos de la buena vecindad y enemigos del imperialismo yanqui en cualquiera de sus manifestaciones.

“7. El cumplimiento fiel de los principios y de los objetivos contenidos en la Carta del Atlántico y en los acuerdos de la Conferencia de Teherán.” Esta no es sólo una guerra para aplastar al fascismo. Esta es una guerra para desenvolver la democracia, para garantizar la soberanía nacional y para garantizar el derecho al progreso de cada hombre, de cada mujer, de cada ser humano. Esto se contiene en la

Carta del Atlántico, compromiso histórico que preside esta lucha, y también en el Convenio de Teherán, que garantiza la paz, con este contenido progresista, por largos años.

“Segunda. En el campo de la política nacional, el sector revolucionario de México luchará por la prosecución del esfuerzo secular de nuestro pueblo para el cumplimiento de los ideales históricos que informan el programa de las tres grandes revoluciones nacionales:

“1. La plena autonomía económica y política de la Nación. 2. El desarrollo económico del país. 3. La elevación de las condiciones materiales y culturales en que viven las grandes masas del pueblo. 4. El respeto fiel a la voluntad popular para el eficaz funcionamiento de las instituciones democráticas.”

“Tercera. Para lograr la plena autonomía económica y política de la nación, es preciso transformar la naturaleza de las relaciones económicas que mantiene a México como un país dependiente de los grandes monopolios internacionales, en la situación de una zona de inversión del capital extranjero, de una región productora de materias primas para el abastecimiento de las grandes instalaciones fabriles de las potencias industriales y de mercado para los artículos manufacturados en el exterior. Esta transformación se consigue:

“1. Condicionando las inversiones extranjeras, mediante la fijación:

“a. De la clase de actividades a que puedan dedicarse sin peligro de que se apoderen del control de las ramas fundamentales de la economía nacional.” Es decir, no se puede invertir capital extranjero en México con la mira de controlar las industrias o las ramas fundamentales de la economía nacional.

“b. De la proporción en que deben entrar respecto al capital nativo, para impedir el desplazamiento de éste hacia actividades no reproductivas.” Esto quiere decir que el capital extranjero tiene las puertas abiertas para cualquier actividad de beneficio legítimo, a condición de que se invierta en unión del capital mexicano, en actividades reproductivas, no en actividades parasitarias que exploten la miseria del pueblo mexicano.

“c. De su encauzamiento, precisamente, hacia la satisfacción de las necesidades económicas más urgentes del país.” Esto quiere decir que el capital extranjero se ha de invertir en México para, con el capital nacional, resolver las necesidades económicas más apremiantes del país, y no se podrá dedicar a actividades no urgentes, no necesarias, y menos a actividades superfluas.

“d. De la reinversión de sus utilidades en la conservación, ampliación y perfeccionamiento de las empresas.” Muchos inversionistas extranjeros, en cuanto montan su fábrica, no se ocupan de hacerla crecer ni de transformar su maquinaria, su equipo mecánico, sus instrumentos de producción. Utilizan las ganancias, o bien para negocios de especulación en nuestro país o, como ocurre en la mayor parte de los casos, para enviarlas al extranjero y vivir como ausentistas millonarios. Quiere decir esta proposición nuestra que ha de fijarse, en una ley, la reinversión de las utilidades

del capital extranjero, descontando la parte legítima que puede ser separada para otros propósitos, en la conservación, ampliación y perfeccionamiento de las empresas.

“e. De los contratos colectivos de trabajo que garanticen el pago equitativo de salarios y prestaciones a los obreros.” ¡Cuántos años el capital extranjero quiso invertirse en México con derecho de extra-territorialidad, sin que las leyes mexicanas lo tocaran! ¡Cuántas luchas no hemos tenido que librar para que entiendan los extranjeros que cuando invierten dinero en México han de cumplir las leyes del país, que no se hicieron sólo para los mexicanos sino para todos los habitantes de esta tierra!

Conflictos tremendos. El más sonado, el más ruidoso, fue el conflicto con las empresas petroleras. No hubiéramos llegado a la expropiación si las empresas extranjeras del petróleo hubieran cumplido las leyes del trabajo en México; pero como no sólo no las cumplieron sino que retaron al gobierno diciendo que no las cumplirían, fue preciso que la soberanía nacional se salvara expropiando el capital extranjero.

“f. De los fletes que deben pagar por el transporte de sus productos, principalmente a través del sistema ferroviario.” Todavía hasta hace poco tiempo las cuotas que pagaban las compañías mineras extranjeras a los Ferrocarriles Nacionales para transportar el mineral, desde las minas hasta la frontera con los Estados Unidos, eran las cuotas de la época de Porfirio Díaz.

“g. De los impuestos y aranceles que deben cubrir al Estado como contribución al sostenimiento de los servicios públicos.” Todo capital que se invierta en México debe estar a las resultas de la vida del país, y cuando tiene utilidades o las tenga, debe contribuir al sostenimiento de los servicios públicos. Es penoso ver cómo hasta en las poblaciones que rodean un centro industrial de propietarios extranjeros, se da el espectáculo miserable de las buhardillas, de los cubiles para los obreros y para la población en general; de la falta de agua potable, de pavimentos, de hospitales, de servicios públicos. Esto no se puede tolerar, no se debe tolerar.

“h. Del límite de recursos naturales que pueden explotar para no lesionar las reservas nacionales.” Si México no cuida sus reservas naturales, muchas de las cuales están a punto de agotarse, en pocos años seremos un país que vivirá como náufrago sobre una roca desnuda. En unos años más, por ejemplo, la deforestación de México amenazaré de un modo catastrófico la vida del pueblo entero. Sin embargo, se explotan los recursos naturales sin límite, no sólo los vegetales, sino también los de otra clase. Toda inversión, pues, lo mismo, por supuesto, de capital nacional que de extranjero, ha de estar condicionada a un límite que conserve las reservas del país de una manera científica.

“i. De la caducidad de las concesiones otorgadas al capital extranjero para la explotación de recursos naturales del país, por la falta de cualquiera de las condiciones establecidas en la concesión, que deberán contener invariablemente los permisos de esta índole.” Esto quiere decir que no se podrá dar ninguna concesión al capital extranjero sin condiciones, y quiere decir también que una de estas condiciones ha

de ser el derecho de la autoridad a declarar la caducidad de la concesión por la falta de cualquiera de las condiciones impuestas a los inversionistas extranjeros.

“j. De la cantidad de sus productos y servicios que deben destinar obligatoriamente al consumo del país y de los precios a que deben venderlos.” Hay empresas extranjeras que producen mercancías importantes, valiosas, que nuestro país necesita y que, sin embargo, venden totalmente al extranjero. Esto no se puede permitir.

“2. Condicionando las transacciones mercantiles mediante la fijación:

“a. De la naturaleza, cantidad y precios de los artículos de importación que requiere el programa de desarrollo económico del país. b. De la naturaleza, cantidad y precios de los artículos de exportación que resulten realmente excedentes después de satisfacer el consumo nacional.” Uno de los aspectos más vigorosos, más salientes, más visibles y más peligrosos del imperialismo, es justamente el manejo de la balanza internacional en perjuicio de los países semi-coloniales. Vender caro al país pobre, y comprarle muy barato; comprarle lo que el país rico necesita, sin tener en cuenta que el país pobre también lo necesita, y venderle lo más posible al país pobre no sólo para deshacerse de lo que sobra, sino también para impedir que el país pobre haga lo suyo y fomente su producción nativa; en este juego doble de la balanza comercial, está la maniobra más inicua del imperialismo.

Por último: “3. Fijando los tipos de cambio de la moneda mexicana con las divisas extranjeras en forma que resulte un beneficio bilateral equivalente en la balanza mercantil y en la balanza de capitales.” El tipo de cambio de la moneda nacional respecto de las divisas extranjeras, considerado en sí mismo, no tiene ninguna importancia. Lo mismo es que esté a la par con el dólar que a cinco pesos el dólar americano. Y cuando hablo del dólar hablo de la libra esterlina y de las monedas de los demás países industriales. Lo que nos importa es que nos vendan sus manufacturas a un precio justo, y que nos compren nuestras mercancías a un precio justo. Así la divisa extranjera tendrá la relación lógica y natural, justa, con el peso mexicano.

¿De qué nos sirve que el peso esté a la par con el dólar, o el peso barato en relación con el dólar, si el sistema ya descrito de vender caro y de comprar barato mantiene siempre conectados a los pueblos semi-coloniales? Queremos una rectificación de la política mercantil entre nosotros y los Estados Unidos, Inglaterra y los demás países industriales del mundo con los que México comercia. Esto no significa, empero, que pretendamos establecer una política económica de aislamiento o de privilegio. Por el contrario, preconizamos una política de coordinación económica continental y mundial, basada en el intercambio comercial que beneficie a todos los pueblos y que no es incompatible, sino, al contrario, que completa, nuestro programa del desarrollo industrial de nuestro país.

Pero de nada servirá que lográsemos una rectificación de nuestras relaciones internacionales desde el punto de vista económico y consiguientemente político, si sólo confiásemos a esta transformación el porvenir de México. No, no sólo deben ser transformadas las relaciones económicas internacionales de México. La emancipación

de la Nación Mexicana, el progreso de nuestro pueblo dependen en gran parte no sólo del trato que tengamos con el exterior, que al fin y al cabo no lo hemos de controlar, sino fundamentalmente del propio desarrollo económico de México por nuestra iniciativa, con nuestros recursos y por nuestra decisión de pueblo soberano.

Esta transformación es un paso más de la revolución histórica de nuestro país, y consiste en la revolución técnica de la agricultura, en la revolución técnica de la industria, en la transformación del sistema de transporte y comunicaciones, y en una nueva política del Estado, no sólo por lo que toca a sus funciones en el campo económico, sino también por lo que ve a su intervención en el campo social y moral de la vida nacional.

“1. La revolución técnica de la agricultura consiste en el fraccionamiento de las haciendas y latifundios que aún existen; en la dirección científica de la agricultura y la ganadería nacional, para dedicar las tierras a los cultivos y a la producción más adecuada, y para evitar nuestra dependencia del extranjero en lo que se refiere a los productos fundamentales de la alimentación y el vestido del pueblo; en la prosecución de las obras de riego; en la fertilización química de las tierras; en la introducción de recursos mecánicos; en la apertura de nuevas zonas de cultivo; en la sustitución de cultivos de escaso valor de uso y de cambio; en la enseñanza de la técnica agrícola moderna; en la organización de los productores rurales y del mercado de los productos agrícolas, para impedir los monopolios y todas las formas de explotación derivadas de la existencia de intermediarios innecesarios o costosos; y en el establecimiento de un sistema de impuestos, subsidios y estímulos que beneficien a los agricultores y hagan posible el desarrollo de la economía nacional.”

“2. La revolución técnica de la industria, consiste: a) En la ampliación de la industria eléctrica. b) En la ampliación de la industria siderúrgica. c) En la ampliación de la industria química. d) En la ampliación de la industria productora de bienes de inversión. e) En la ampliación de la industria productora de bienes de consumo. f) En la modernización de los centros industriales ya establecidos.”

“3. La transformación del sistema de transportes y comunicaciones, consiste: a) En la rehabilitación del sistema ferroviario. b) En la extensión de la red de carreteras y en su utilización adecuada para el desarrollo de la economía nacional. c) En la formación de una marina mercante. d) En la formación de una aviación mercante.”

“4. La reforma del sistema de crédito consiste: a) En la restricción de actividades usurarias. b) En la canalización del crédito hacia la realización del programa de desarrollo económico del país. c) En la creación del crédito popular barato, de preferencia con garantía colectiva, para la protección de las actividades productivas de los sectores más pobres del país.”

Quinta. “Pero a su vez, el desarrollo económico del país, que es el medio esencial para conseguir la plena autonomía económica y política de la nación, no debe realizarse a costa del empobrecimiento de la gran mayoría de los habitantes y en beneficio de unos cuantos individuos. Al contrario, debe tener como objetivo la

elevación de las condiciones materiales y culturales de las grandes masas del pueblo. No basta, en efecto, con que el programa económico general traiga consigo una abundancia cada vez mayor de los artículos de consumo y de los servicios educativos, sino que es indispensable que pueda adquirirlos toda la población y que se completen con otras medidas importantes, y esto se logra:

“1. Controlando el nivel de los precios mediante: a) La eliminación de los especuladores.” Es inútil pretender que la solución del desnivel constante entre precios y salarios se logre mediante la libertad para los especuladores. “b) La intervención del Estado en la distribución.” Sólo la intervención del Estado, no a título de policía que impone sanciones, sino a título de fuerza que controla y que elimina la especulación, puede hacer bajar el nivel de los precios.

“2. Aumentando el poder adquisitivo individual mediante: a) Pago de precios justos a los campesinos. b) Pago de salarios mejores a los obreros, a los empleados y a los miembros del ejército.” ¿De qué serviría dar tierras, riego, abonos, maquinaria, dirección científica, de ser posible, si a la hora de la cosecha los acaparadores se llevan el producto de la técnica, de la ciencia y del sudor y del sacrificio del hombre? Y en cuanto a los salarios, éstos son justos sólo cuando se hallan al nivel del costo de la vida.

Pero también otras medidas simultáneas:

“3. Ampliación del Seguro Social, mediante: a) El mejoramiento y la defensa eficaz del Seguro Social. b) La extensión del Seguro Social a los sectores que carecen de él.” Tantos enemigos tiene hoy el Seguro, no porque esté mal planeado o por los aspectos de imprevisión que tenga, admitiendo que los tenga, o por las omisiones en que hayan incurrido quienes lo aplican, sino porque el Seguro Social tiende a beneficiar al pueblo y a influir en él; por eso es la campaña en contra de esa institución.

“4. Consolidando y perfeccionando la legislación protectora de los trabajadores mediante: a) La revisión de la Ley Federal del Trabajo. b) La revisión del Estatuto Jurídico de los Trabajadores del Estado.”

Otra de las medidas fundamentales, urgentes, son el mejoramiento de los servicios sanitarios y de asistencia social mediante: “a) La campaña sistemática contra las epidemias y las enfermedades endémicas. b) La campaña intensiva contra las enfermedades tropicales. c) El saneamiento de las costas, simultáneo a la apertura de nuevas zonas de cultivo. d) La ampliación en todo el país del servicio público gratuito de desayunos escolares. e) El establecimiento de restaurantes populares en todas las ciudades de la República. f) La creación de casas de descanso para niños y para trabajadores, en las que puedan pasar vacaciones. g) La formulación y la ejecución de un vasto plan para la construcción de habitaciones populares higiénicas. h) La formulación de un programa que reúna los recursos del gobierno federal, de los gobiernos de los estados y de los ayuntamientos, para la realización, en el menor plazo posible, y bajo una sola dirección técnica, de las obras públicas esenciales de las poblaciones de segunda o de menor importancia, como la introducción de agua potable, el drenaje y la construcción de hospitales, mercados y rastros”. Es preciso

abandonar la vieja rutina administrativa de hermostrar las capitales y las ciudades de primer rango, abandonando a los pueblos en donde habitan la mayor parte de los mexicanos. "i) La expedición de una ley federal de protección a la infancia." No sólo es preciso dar de comer a los niños y ofrecerles escuelas; es necesario proteger al niño desde antes de nacer hasta que entra en la adolescencia. Si no cuidamos la riqueza más grande del país, que es la riqueza humana, nada será posible para el porvenir en forma halagüeña. Y México es el único país de la Tierra, según creo, que no tiene una ley de protección a la infancia.

Es menester también incorporar a los núcleos indígenas en la vida económica del país, mediante: "a) La dotación de tierra suficiente para cada comunidad indígena. b) La refacción y la dirección técnica de los cultivos, en relación con el plan nacional de desarrollo agrícola. c) La organización de la producción y de la venta de los objetos de arte popular, para su mejor rendimiento económico. d) La creación de industrias nuevas, pequeñas o grandes, de acuerdo con las características materiales y sociales del medio y la ubicación geográfica de la comunidad indígena".

¿Por qué la solución material de la vida futura, o de la vida actual de las comunidades indígenas ha de ser, *a fortiori*, la de que trabajen la tierra, cuando ésta es estéril y no les ha permitido ni les podrá permitir sino una vida inferior? ¿Por qué la solución del problema de la incorporación de los indígenas en la vida mexicana no ha de consistir en levantar grandes industrias, para que salten de la etapa de aislamiento primitivo en que viven a la etapa por lo menos, del proletariado? Nuestros indios, con una habilidad maravillosa en sus manos, en su cerebro, y en su espíritu, pueden manejar máquinas, y ya lo han hecho. ¿Qué, acaso la industria textil nacional se hizo con blancos? ¿Qué, acaso se empezaron a levantar las fábricas de México con mestizos nada más? ¿Qué no son todavía indios los que trabajan en Metepec y en Atlixco, y en la cuenca del Atoyac, y no son indios también los que trabajan en la cuenca del Río Blanco en la zona de Orizaba, y los que trabajan en las más viejas fábricas textiles de México? ¿Por qué los núcleos indígenas han de ser parias, viviendo en tierras estériles, cuando pueden ser hombres que produzcan bienes para el consumo y el mercado nacional? Es menester incorporar a los indios, no en la cultura, frase vaga y presuntuosa, sino en la vida material de la Nación Mexicana. Lo demás vendrá por añadidura.

Esto se logrará, asimismo, mediante "el empleo de la lengua nativa hasta el tercer año de la enseñanza primaria, sin perjuicio del aprendizaje del español". ¿Por qué ha de obligarse a los indios que no hablan español a aprender las materias elementales en un idioma extranjero para ellos, como es el español? Es exactamente como si a los niños de la Ciudad de México, o de toda la República, que hablan español desde que nacen, los obligaran a cursar la primaria en inglés, idioma extraño para ellos. Este es el caso de los indios de México. La ciencia indica, aparte de toda consideración de justicia, que la única forma de hacer que la cultura se extienda entre los núcleos indígenas monolingües, los que hablan sólo idioma nativo, es que se les enseñe la primaria, hasta el tercer año, en su idioma nativo, y que, entretanto,



se les enseñe el español. Imponer el español desde el primer año de escuela primaria a niños que no hablan más que su idioma vernáculo, es un atentado a la ciencia y es una forma brutal de opresión del espíritu de los primeros moradores de nuestro país.

Pero también se debe hacer “el estudio científico de los problemas fundamentales de los diversos núcleos indígenas del país, con el propósito de incorporar a todos ellos en la vida material, política y cultural de la Nación Mexicana”. El problema de la solución adecuada de los principales problemas de una comunidad humana no es sólo una cuestión de orden ético; es también, y fundamentalmente, una cuestión de orden científico. No podemos resolver el problema de la incorporación de los núcleos indígenas en la vida de la Nación Mexicana tratándolos como menesterosos, como individuos que extienden la mano para recibir una limosna, ni como fraccionales, ni como retrasados mentales; tenemos que tratarlos como hombres, como seres humanos, y la única forma de hacerlo es saber qué quieren, qué piensan y qué se proponen, cuál es su tradición, cuál es su esperanza, y esto sólo los métodos científicos lo dan. Hay que estudiar y resolver científicamente, antropológicamente, los problemas de los indios de México. De otro modo, seguirán siendo las víctimas de los mestizos y de los blancos, de los pueblos y de las ciudades. La Revolución y la Nación Mexicana no pueden admitir ya al pueblo dividido en dos sectores: hombres sin categoría humana, con derechos sólo teóricos, junto a hombres colmados de satisfacción.

Es preciso, asimismo, aumentar las “oportunidades educativas mediante: a. La alfabetización de las masas iletradas”. El último decreto relativo del Presidente Avila Camacho ya ha recibido el aplauso de toda la Nación. Es menester que no quede en aplauso la actitud del pueblo, sobre todo del sector revolucionario. Es necesario que el apoyo a ese decreto continúe en actos vivos, diarios. Esta es la primera tarea: “hacer aumentar las posibilidades educativas del pueblo, pero también hay que multiplicar las escuelas primarias, hay que multiplicar las escuelas secundarias, hay que multiplicar las escuelas técnicas, de acuerdo con el programa del desarrollo económico del país”. Hay que revisar el sistema educativo, todo para el objeto de que la preparación técnica corra parejas con el desarrollo industrial, económico, y con las perspectivas de él, y no divorciado, como hoy, del desarrollo material del progreso de la Nación.

Pero nada valdría quizá, de un modo definitivo, si no nos preocupásemos por la juventud. México es un país en donde la juventud no cuenta hasta hoy. No cuenta en las preocupaciones de los adultos, no cuenta en las preocupaciones de la Nación Mexicana. Hay que preparar a la juventud y organizarla, garantizándole el trabajo por lo menos. ¡Cuántos jóvenes obreros viven junto con sus padres en constante zozobra porque no tienen derecho siquiera a reemplazar al padre, en la fábrica, cuando éste desaparece! ¡Cuántos niños campesinos crecen y no tienen acomodo en el ejido! ¡Cuántos jóvenes crecen en los pueblos sin ninguna perspectiva de trabajo, porque las pocas actividades burocráticas están atestadas, y porque otras actividades no existen!

¡Pobre juventud la nuestra, sin orientación clara, sin ayuda de parte de la Nación en su conjunto! Ante todo, es preciso que el Artículo 123 Constitucional, por lo que toca al trabajo de los jóvenes se respete, se cumpla. ¿No es penoso, no es doloroso y denigrante, que en la propia capital de la República, miles y miles de niños se dediquen al oficio de vender periódicos? Es penoso, no porque sea denigrante el trabajo, no por hacer caso a ese complejo de inferioridad común dentro de la llamada aristocracia en México; no por eso, sino por otra razón, porque esos niños deben ir a la escuela y hay que protegerlos.

Se logrará, también, la preparación y la garantía del trabajo para los jóvenes, “reformando la escuela secundaria, con el fin de que los jóvenes reciban en ella la preparación adecuada para ingresar en los establecimientos de educación técnica, lo mismo que en los universitarios”. En la actualidad la escuela secundaria en México sólo desemboca en la Universidad, y, por lo tanto, un sector muy pequeño de la población mexicana puede hacer que sus hijos vayan a la primaria, a la secundaria, de la secundaria a la preparatoria, y después, a la profesional universitaria. Es menester que la secundaria se reforme, para que también pueda desembocar en las escuelas de artes y oficios y en los institutos politécnicos, con el objeto de superar, por este camino, la capacidad de producción del pueblo de México.

Pero es necesario crear actividades, si no exclusivas, por lo menos preferentes para la juventud. No sólo para los jóvenes campesinos, no sólo tampoco para los jóvenes obreros, sino también para jóvenes de la clase media y para jóvenes de la burguesía, para todos los jóvenes, sin distinción de clases sociales, según su preparación, según su vocación personal y su espíritu de trabajo, y también, su deseo de colaborar en bien del país.

Hay problemas, tareas, actividades, no tocadas todavía siquiera, que están esperando manos, voluntad e inteligencia, deseo de resolverlos. Pueden ser tareas de los jóvenes de México, “la conservación del suelo, la reforestación, la ejecución de las obras materiales pequeñas de los pueblos, las labores de saneamiento, la construcción y la organización de centros deportivos, de parques de descanso y recreo, la edificación de habitaciones populares, la reorganización del catastro, tan antiguo en México, todavía estructurado de acuerdo con el régimen colonial; el arreglo de los archivos históricos, muchos de los cuales se están perdiendo; la organización de museos populares de historia y de asuntos económicos”. Es menester poblar al país, por lo menos, de museos populares de la Revolución Mexicana, para que los niños y los jóvenes que no vivieron la época de Porfirio Díaz sepan, incluso vean, qué era el régimen porfirista y cuál es el régimen de hoy. “Multiplicación de bibliotecas circulantes, formación de grupos de teatro que recorran las aldeas y las rancherías, organización de brigadas que luchen contra los vicios y que enseñen a los sectores más atrasados del pueblo la forma de vivir mejor”. Todo esto puede ser parte de la gran tarea que corresponde a nuestra juventud.

También la clase media necesita ayuda y protección. La clase media se proletariza; pero en nuestro país el proceso de proletarización no ha llegado a tal grado que digamos que la clase media ya no existe.

Es menester “la expedición de una ley federal que proteja el trabajo de los artesanos, el trabajo a domicilio y el trabajo familiar, y evite su explotación por prestamistas o acaparadores”. Somos un país perteneciente al pasado colonial todavía, como lo hemos visto; somos un país perteneciente a la época moderna, también, como lo hemos observado. Somos, pues, un país de artesanos aún y de obreros ya. Hay que proteger a los artesanos, no con el afán de que subsista el artesanado, sino con el afán de que mientras el artesanado subsista, los artesanos no sean los parias de hoy, miserables, más explotados por supuesto, que los obreros, más explotados que los campesinos.

Ahí es donde hinca también el diente venenoso la propaganda demagógica de la reacción.

No es un hecho arbitrario el que el sinarquismo haya prendido en las zonas del artesanado mexicano, y no haya prendido de la misma manera en las zonas del proletariado fabril de la industria moderna.

Hay que expedir “una ley que proteja y estimule el desarrollo de la pequeña industria, sin que esto se constituya en obstáculo para la gran industria o para el mejoramiento del nivel de vida de la clase obrera”.

También hay que expedir “reglamentos que protejan y organicen a los pequeños comerciantes, para que éstos puedan cumplir una verdadera función social en beneficio del pueblo”.

Y hay que expedir, asimismo, “una ley reglamentaria del Artículo 4o. de la Constitución, para proteger el ejercicio de las profesiones liberales, estimulando su desarrollo; pero no sólo para hacer del ejercicio profesional un patrimonio justamente retribuido en favor de sus titulares —médicos, abogados, ingenieros, químicos, etcétera—, sino también para que el ejercicio profesional sea un servicio social, un servicio público en beneficio del pueblo, y no el monopolio de un sector privilegiado que amasa fortunas, a pesar de que le ha sido posible formarse científica y técnicamente, gracias al sudor y al sacrificio del pueblo mexicano”.

Tales son las bases, representantes de los campesinos de México, representantes del proletariado de México, representantes de la pequeña burguesía rural y urbana de México, de la clase media nacional. Tales son las bases para un programa que desenvuelva a nuestro país, que lo haga progresar, que eleve las condiciones en que el pueblo vive, y que haga de la Nación Mexicana, una nación independiente de veras, y del pueblo, un pueblo nuevo y menos infeliz de lo que es hoy.

La Revolución Mexicana se identifica, así, con la causa toda de la Nación Mexicana en la prosecución de estos altos ideales históricos. De este modo, Revolución y Patria, como dijera el general Manuel Avila Camacho en este sitio, en fecha memorable, son la misma cosa. Así han sido: Revolución de Independencia, equivalente a la Patria Mexicana. Revolución de Reforma, equivalente a la Patria Mexi-

cana. Revolución de 1910, equivalente a la Patria Mexicana, Revolución industrial, mañana, equivaldrá también a la Patria Mexicana. Revolución y Patria: Patria y Revolución.

A la consideración de ustedes, a partir de hoy. Mañana, a la consideración de todo el pueblo este programa mínimo, estas bases generales que ofrecen la Confederación de Trabajadores de México, la Confederación Nacional Campesina, y la Confederación de Organizaciones Populares de la República. De esta manera no sólo se ahuyentarán sombras; se disolverán también las nuevas calumnias que ha forjado la reacción de nuestra Patria; nos identificaremos los mexicanos más y más entre nosotros mismos; iremos de una unidad nacional incipiente a una unidad nacional robusta para el porvenir. Se entenderá, por fin, qué queremos, y todos los patriotas cooperarán. Sólo los reaccionarios intransigentes e incorregibles insistirán en que volvamos a la época de la Colonia, en que volvamos a la etapa histórica anterior a la Reforma, en que retrocedamos a la etapa de Porfirio Díaz. Pero ningún pueblo se suicida. El pueblo mexicano, viril entre los viriles, desinteresado hasta el sacrificio, generoso como pocos, sobrio, inteligente, sutil, enfermo y pobre, inculto, pero decidido a enfrentarse a los obstáculos del futuro con la misma fuerza victoriosa con que se enfrentó a los obstáculos del pasado, seguirá adelante, llevando en alto la bandera tricolor, la verde, blanca y roja, enseña de la Patria, que fue levantada primero por las manos de los insurgentes y que ha sido mantenida después en alto por todos los hombres ilustres del país.

Seguiremos luchando por estos ideales del ayer. Nunca ha habido tanta identificación, como en los últimos años, entre el pueblo y el régimen. Ayer con Lázaro Cárdenas, hoy con Manuel Avila Camacho. Mañana con quien sea el conductor democrata de la Nación. No hemos venido a esta Asamblea para hablar de la transformación del PRM, que se hará a su hora, ni menos para hablar de la sucesión presidencial, como muchos supusieron. Hemos venido a hablar del pasado ominoso de México, que es preciso destruir en lo que sobrevive; para hablar del pasado luminoso de México que hay que mantener y acrecentar, para que siga alumbrando el paso triunfal de nuestro pueblo.

Hemos venido a decir que hoy, como ayer, mañana como hoy, hasta que México no sea una nación libre y soberana, y el pueblo mexicano un pueblo de hombres libres, sanos, alegres y partícipes de la cultura universal, no cejaremos, no cejarán nuestros hijos, no cejarán nuestros descendientes por lograrlo.

Ayer no más, el Presidente Manuel Avila Camacho, al leer su informe ante el Congreso de la Unión, preguntó: "¿Por qué razones hemos pugnado? Por consumir nuestra Independencia, y por establecer un régimen colectivo capaz de proporcionar oportunidades iguales de instrucción, de trabajo y de bienestar económico a todas las clases de la comunidad".

Este es nuestro ideal para hoy. Este es nuestro ideal para mañana. Este fue el ideal de Madero, éste fue el ideal de Juárez, éste fue el ideal de Morelos, éste fue el ideal de Hidalgo. Este ha sido el ideal de los mexicanos dignos de este nombre.

Camaradas del sector revolucionario de México. ¡A construir con nuevo vigor, en la etapa de la revolución industrial de México, una gran nación digna de nuestra raza, de nuestro pasado y de nuestro porvenir! (*Aplausos, vivas a Lombardo Toledano. Vivas al Presidente de la República. Vivas al General Cárdenas.*)

## Movilización total del pueblo para aplastar la ofensiva reaccionaria

Comaradas y amigos:

Sólo la organización de los maestros tiene como función la de orientar la conciencia de los mexicanos; ninguna otra agrupación, ningún otro sindicato, tiene la característica de orientar, de transmitir el conocimiento, de ofrecer la verdad a los niños, a los adolescentes, a los jóvenes y a los adultos de nuestro pueblo, como el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación. Por esta causa considero que ninguna asamblea mejor que ésta, ninguna tribuna más alta que la del Congreso Nacional del Magisterio de México, podía permitirme la oportunidad para hacer un juicio acerca de la situación política que vive nuestro país.

Vivimos horas difíciles; se presentan ante nosotros, atropelladamente, hechos diversos; se realizan acciones contradictorias; como nunca las pasiones se hallan desbordadas; existe, indudablemente, confusión en muchos sectores de la opinión pública respecto de lo que realmente está ocurriendo en la República. Los maestros han de contestar desde la cátedra, desde las aulas, y en su carácter de mexicanos, muchas de las interrogaciones que todos los días se formulan en nuestro país acerca de los grandes problemas de México y de los grandes problemas internacionales. Por esto considero que ninguna colaboración mejor de mi parte para los maestros organizados de México, que ofrecerles un juicio objetivo, impersonal, desinteresado en cierto sentido, acerca de lo que realmente acontece en nuestro país, con el propósito de que al terminar esta Asamblea, los delegados que la integran puedan a su turno, llegando al lugar en donde viven y trabajan, informar, a sus colegas, a los maestros en cuyo nombre han venido a Cuernavaca, para que a su vez éstos puedan estar en aptitud de orientar la conciencia de los niños, de los adolescentes, de los jóvenes y de los adultos de las ciudades y de las pequeñas poblaciones del campo.

---

Discurso pronunciado en la sesión de clausura del Primer Congreso Nacional Ordinario del Sindicato Nacional de Trabajadores de la Educación en la ciudad de Cuernavaca, Morelos, el día 14 de enero de 1946. *El Popular*, 18 de enero de 1946.

El panorama de México revela que nos hallamos en medio de una grave crisis política. Una simple enumeración de los acontecimientos de los últimos días, nos prueba que esta crisis tiene mucha más intensidad que las crisis anteriores. Observamos una serie de protestas por las elecciones municipales realizadas hace poco tiempo en diversos lugares del país. En Ciudad Victoria, en Monterrey, en Tulancingo, en León, en otros sitios de la República. Vinculada a esta protesta de grandes masas de la población, encontramos una protesta más eficaz, por consciente y más definida, de los obreros petroleros de uno de los centros más importantes de la industria de nuestro país, de Ciudad Madero, que amenazaron con un paro general en el caso de que sus derechos cívicos fueran defraudados por el gobernador del estado. Hace apenas unos días ocurrieron muy graves hechos sangrientos en la ciudad de León, con motivo de las elecciones municipales. Hemos visto, además, apenas ayer, su paro, un cierre de tres horas en la Ciudad de México y en otras poblaciones de la República acordado por los comerciantes y los banqueros, para solidarizarse con el movimiento político de León, Guanajuato, y en relación con los acontecimientos sangrientos que han conmovido al país. Los industriales de la República han denunciado ese paro como un acto de carácter puramente político y han informado que los industriales de México no suspendieron sus tareas porque están en contra de paros de esa índole.

Hemos observado también, por primera vez en la historia de la institución, la intervención de la Suprema Corte de Justicia de la Nación, para averiguar el conflicto electoral de la ciudad de León, Guanajuato. Hemos observado, asimismo, siempre en relación con estos hechos, que el Partido Acción Nacional, partido de oposición al régimen revolucionario, por primera vez en su historia ha desfilado por las principales calles de la capital de la República protestando por la conducta de las autoridades de Guanajuato y al mismo tiempo reiterando su viejo programa.

En algunos elementos del sector revolucionario hemos podido apreciar una profunda inquietud y una gran indignación, que estimamos sincera, de buena fe, exigiéndole al Presidente de la República que defienda a la Revolución que se halla amenazada.

En otros de los sectores de la gran corriente revolucionaria, hemos podido apreciar una desorientación profunda. Y por último, ante esta serie de acontecimientos, hemos podido apreciar, como jamás quizás, desde que la Revolución estalló en noviembre de 1910, una acometida feroz, cerrada, violenta, de parte de la prensa reaccionaria de la Ciudad de México y de la prensa de las provincias, en contra del sector revolucionario y de sus líderes.

La actividad de los sinarquistas, desplegada hasta la audacia y la violencia, y una gran actividad extraordinaria de parte de los elementos del clero católico, son factores salientes en esta situación. Y como si no fuera bastante toda esta serie de sucesos, la campaña electoral por la renovación del Jefe del Ejecutivo de la Unión, empieza, por el lado de los adversarios al candidato popular, a tomar características de violencia.

¿Qué reacciones han producido en los diversos sectores de la opinión pública estos hechos? ¿Qué actitud han asumido los diferentes grupos que componen la

opinión de nuestro país? Quiero sólo mencionar la opinión que han vertido grupos representativos de las dos grandes corrientes de la política mexicana: la opinión de los sectarios del sector revolucionario, y la de los sectarios del grupo conservador. Los sectarios, dentro del gran sector de la Revolución Mexicana, afirman que todo esto que ocurre en México actualmente no es más que obra exclusiva del clero, de los sinarquistas y de Acción Nacional. Dicen, en consecuencia, que la única táctica posible es la de aplastar mediante la fuerza a todos los elementos que protesten contra el régimen revolucionario establecido y, finalmente, declaran que la Revolución se halla amenazada de muerte y que es preciso exigirle al Presidente de la República, general Manuel Avila Camacho, que se defina y defienda de una manera vigorosa y sincera y leal a la Revolución en peligro.

Por su lado, los sectarios del sector conservador dicen que el pueblo mexicano carece de libertades cívicas, y que esto no es más que el resultado de que la Revolución Mexicana se halla en el poder. Afirman que el pueblo padece hambre y que esto no es más que el resultado de que la Revolución Mexicana continúa dirigiendo los destinos de México. Y concluyen afirmando que en virtud de que el mal radica en la Revolución y en la preeminencia de la Revolución en la orientación de la vida pública, la Revolución Mexicana debe ser reemplazada por un nuevo sistema social, por un nuevo régimen, que es el nuevo orden social cristiano.

De esta manera se plantea el problema en nuestros días ante la opinión del pueblo mexicano. Es preciso, por lo mismo, que analicemos los hechos y digamos de una manera clara, nítida, justa, cuál es la verdad, en dónde se halla la verdad, qué parte de la verdad tienen los sectarios de la Revolución, y qué parte de la verdad pueden tener los sectarios del elemento conservador.

¿Es cierto que todos los males de la Revolución se deben a la Revolución, como afirman los elementos mencionados? ¿Es verdad que todo lo que acontece en México y perturba la vida de nuestro país se debe sólo a la actividad del clero católico y a la conducta de los sinarquistas y de Acción Nacional, como afirman los elementos sectarios dentro del Sector de la Revolución? A mi juicio no es verdad ni la una ni la otra cosa. Hay una afirmación que es preciso hacer de una manera categórica: la Revolución Mexicana no se halla en crisis. Pero del mismo modo, hay que hacer otra afirmación igualmente importante: la Revolución Mexicana no está en crisis, pero en cambio los revolucionarios mexicanos sí se hallan en crisis. (Aplausos.)

Muchos de los revolucionarios de nuestro país han perdido hace tiempo su contacto con el pueblo, y se dedican a actividades diversas para provecho personal exclusivamente (aplausos). En el campo político, en varias regiones del país, no se respeta la voluntad popular ni la voluntad de los revolucionarios (aplausos) ni la voluntad de los reaccionarios (aplausos). Existen en nuestro país cacicazgos regionales, algunos de ellos viejos cacicazgos, y otros nuevos cacicazgos. El cacicazgo no sólo es un régimen de tiranía desde el punto de vista político, sino que es también una fuente permanente de corrupción, porque casi siempre los caciques, además de ser tiranos de su pueblo, son los jefes de los negocios ilícitos de la región que gobiernan.



De tal manera que el cacicazgo es un régimen de corrupción múltiple; de corrupción cívica, de corrupción económica, de corrupción moral, de corrupción en todos los aspectos de la vida pública.

La profesión de político para fines personales, por esta causa, en los últimos años ha madurado y ha aumentado sus contingentes. Son muchos ya los que de una manera habitual, profesional, se dedican sólo a la política para medrar en ella. Se está formando una casta de políticos que se distribuye los puestos públicos en forma de oligarquía. Nadie ignora, y todo el mundo, en cuanto escuche mis palabras, puede pensar en nombres de personas conocidas, que esta casta de políticos se turna los puestos de elección popular, y no permite, sino por excepción, que a los grupos cerrados lleguen elementos nuevos (aplausos). De regidores pasan a presidentes municipales, de miembros de los ayuntamientos a diputados locales, de diputados locales a diputados federales, de diputados federales a senadores, de senadores a gobernadores, de gobernadores vuelven al Senado, del Senado vuelven a la Cámara de Diputados del Congreso de la Unión, de la Cámara Federal otra vez a la legislatura local, y hasta vuelven a ser regidores, para volver a subir a la diputación local, a la diputación federal, al Senado (aplausos).

Al lado de esta casta, por supuesto, hay miembros de los ayuntamientos que cumplen con su deber de representar y defender al pueblo. Hay muchos diputados locales que hacen honor a quienes los eligieron. Hay gobernadores dignos de este nombre. Hay diputados y senadores al Congreso de la Unión, que son genuinos revolucionarios y dignos representantes de su pueblo o de su provincia. Pero ellos no forman la casta, ellos son los que todavía, para decoro de la Revolución y para bien del pueblo, no se han prostituido.

Pero los de la casta, los de la rotación de los puestos de elección popular, no se limitan al monopolio de los cargos públicos, sino que son los que han constituido el grupo de los nuevos ricos de México. Ahí están muchos diputados locales, y regidores, y alcaldes, y diputados al Congreso de la Unión, o ex diputados, senadores o ex senadores, gobernadores, o ex gobernadores, que son ahora los nuevos ricos de México (aplausos), los nuevos rancheros, los nuevos hacendados, los nuevos casatenientes, los nuevos banqueros, los nuevos comerciantes, los nuevos explotadores del pueblo (aplausos).

Y completa esta descripción de la crisis de los revolucionarios mexicanos, el hecho de que los corrompidos no sólo mantienen su corrupción y disfrutan de ella, sino que corrompen a los otros. La corrupción administrativa en el gobierno de la República es muy grave (aplausos). Corrupción que no es de hoy y que sube desde los ayuntamientos hasta el gabinete presidencial (aplausos) y que baja desde el gabinete presidencial hasta los ayuntamientos del país. No quiero afirmar que todos los funcionarios y los empleados públicos sean ladrones; sólo afirmo que hay muchos ladrones dentro de la administración pública del país (aplausos).

Alguna vez dije, analizando los problemas de nuestra Patria, que México es un país de ladrones, y se indignaron aparentemente los reaccionarios que manejan la

prensa, y pretendieron salir en defensa de la Revolución, ellos con el fin de que los revolucionarios de México se me echaran encima. Yo dije que México es un país de ladrones, como puedo decir que Italia es un país de artistas. Y cuando digo que Italia es un país de artistas, no quiero decir que todos los italianos tengan el violín debajo del brazo (aplausos). De la misma manera, cuando yo digo que México es un país de ladrones, simplemente digo que por desgracia hay muchos ladrones en nuestro país.

Frente a esta crisis de los revolucionarios mexicanos, la reacción se levanta con mayor vigor que nunca. La reacción trabaja con una actividad febril y una audacia sin límites por dos razones: primeramente, en virtud de un programa, de una línea política en contra de la Revolución y del régimen democrático. Esta es una línea internacional, como todos saben. Pero también si la reacción se halla en actividad de importancia, se debe al hecho de que entre los revolucionarios hay la crisis que he mencionado. Si los revolucionarios no dieran pábulo al ataque de la reacción, la reacción no tendría quizás la virulencia que hoy tiene. Esto es lo que acontece. Por esta razón es preciso analizar qué valor tiene para nuestro país el ideal democrático, por qué en México no existe una democracia más efectiva, cuáles son sus obstáculos, y cómo podemos hacer para que la democracia realmente presida la vida nacional.

La democracia es un producto histórico. No existe la democracia sólo por el querer de los hombres. Si en México no ha habido democracia completa antes, y apenas empezamos a vivir dentro de un régimen democrático en los últimos tiempos, se debe al hecho de que nuestro país no había evolucionado bastante para poder producir un régimen democrático. Los Estados Unidos de Norteamérica, la Gran Bretaña, Francia, por no citar sino a tres países en donde existe un régimen democrático, no lo tuvieron antes. El régimen democrático francés, como el británico o el yanqui, son el fruto de una larga evolución, de un progreso económico. Porque la democracia es el producto, el fruto natural de la evolución de un país, de su unidad económica y de su desarrollo industrial. En los países precapitalistas, la democracia casi es imposible. Se debe a la Revolución, al derrumbamiento de la dictadura porfirista, la iniciación de la democracia en nuestro país, la aparición de los primeros partidos políticos, defectuosos, imprecisos a veces, incoherentes en ocasiones. Pero es sólo cuando la corriente democrática destruye el porfirismo cuando surgen los partidos políticos, y a medida que la Revolución cumple con su programa y que México desenvuelve su economía, que se democratiza el trabajo de la tierra y que se multiplican las industrias, México puede afirmar que empieza, que comienza apenas a vivir un régimen democrático.

No es preciso recordar todas las características del régimen porfirista para confirmar la exactitud de lo que afirmo. Porfirio Díaz, junto con la oligarquía que lo rodeaba, consideraba al pueblo mexicano como un menor de edad. Por esa razón el pueblo jamás participó en la dirección de la vida económica, en la vida social, en la vida política y en la vida cultural de la Nación Mexicana. Y por eso mismo, ausente el pueblo del gobierno, la oligarquía de treinta y cinco años se hizo la tiranía más odiosa en todo el hemisferio occidental. Por esta razón perfectamente explicable,

el primer lema, el primer objetivo, la primera meta a alcanzar de la Revolución Mexicana, fue el Sufragio Efectivo y No Reelección que levantó Francisco I. Madero. Era menester, primero tirar la dictadura, dar libertad política al pueblo, para que el pueblo participara en la dirección de la vida económica, social y política, y después empezar a cambiar el régimen económico y social de la dictadura.

La tiranía cayó a virtud de las armas. Es cierto que el dictador se fue ante una sublevación, pacífica casi, del pueblo mexicano. Pero cuando el ejército corrompido de la dictadura, ausente ya su jefe, quiso defender el régimen de la dictadura, fue menester que el pueblo se transformara en Ejército y destruyera mediante la fuerza la base de la dictadura porfiriana. Esto costó a nuestro pueblo, por lo menos, medio millón de hombres y de mujeres muertos y desaparecidos en la lucha intestina.

Es la Revolución, en consecuencia, la que inicia en nuestro país el régimen democrático. La que hace posible la aparición de los primeros instrumentos de la democracia. En cambio la democracia mexicana no le debe nada, absolutamente nada, al partido reaccionario, a la fuerza reccionaria, al sector reaccionario de México. Basta recordar cuál ha sido la actitud de la reacción en las grandes crisis históricas de México. Fue la reacción la que levantó el programa de centralismo, para oponerlo al programa de federalismo; fue la reacción la que pretendió consolidar en México el imperio de Maximiliano; fue la reacción la que mantuvo la dictadura porfirista, y fue la reacción la que armó la mano de Victoriano Huerta y la que pretendió acabar con la obra inicial de la Revolución Mexicana.

Democracia y Revolución, en consecuencia, son dos cosas inseparables, como las caras de una misma moneda. No se puede hablar de la Revolución de México sin hablar de democracia. No se puede hablar de democracia en nuestro país sin hablar a la vez de la Revolución Mexicana. Es a ella, la Revolución, a la que el pueblo todo, integrado por revolucionarios y por no revolucionarios le debe las libertades individuales y colectivas de que hoy disfrutamos; la libertad de voto, que en la época de la dictadura no existía; la libertad de prensa, que en la época de la dictadura no existía; la libertad de reunión, que en la época de la dictadura no existía; la libertad de asociación, que en la época de la dictadura no existía; el derecho a la tierra, que en la época de la dictadura no existía, y el derecho de huelga, que en la época de la dictadura no existía tampoco.

A la Revolución se debe también que, como consecuencia de estas libertades, hayan surgido partidos, deficientes aún, incoherentes, como los he calificado; pero al fin y al cabo primeras manifestaciones del deseo de intervenir organizadamente en la vida política de México. En la época de Madero el Partido Liberal, el Partido Demócrata, el Partido Católico Nacional. En la época de Carranza y de Obregón, el Partido Comunista, el Partido Liberal Constitucionalista, el Partido Cooperativista, el Partido Laborista Mexicano. En la época de Calles, el Partido Nacional Revolucionario. En la época de Cárdenas y de Avila Camacho, el Partido de la Revolución Mexicana, la Unión Nacional Sinarquista y el Partido Acción Nacional.

¿Cuál debe ser, en consecuencia, la postura, la actitud, la conducta de la Revolución frente a las actividades políticas de los enemigos de los ideales revolucionarios? Si la Revolución es democracia, y democracia es Revolución, ha de permitir la Revolución —muchos se preguntan— la existencia de partidos políticos que no sean los partidos surgidos del seno de la Revolución para defender los intereses y los ideales revolucionarios. La respuesta desde el punto de vista democrático, es decir, desde el punto de vista revolucionario, a mi juicio, no puede ser sino una: deben permitirse en nuestro país todos los partidos políticos; debe tolerarse la existencia en México de todos los partidos políticos, excepto de aquellos organizados con el fin de destruir al propio régimen democrático. (Aplausos.)

Sería un grave error, un gravísimo error de los revolucionarios mexicanos, el de impedir la formación de partidos conservadores. Sería una falta, una traición a sus propios principios, al principio de la democracia y al programa de la Revolución. En buena hora que se organicen todos los partidos conservadores que quieran, uno, dos, tres o más. En buena hora que los conservadores de nuestro país participen en las luchas cívicas y pretendan disputarle al sector revolucionario la dirección del gobierno de la Nación, de los gobiernos de los estados; pero ha de ser a condición de que los partidos conservadores, por su estatuto, y sobre todo por sus actos, su conducta, demuestren que van a luchar por mantener y fortalecer el régimen democrático existente en nuestro país. (Aplausos.)

Es decir, los partidarios de la pluralidad de partidos, los que están de acuerdo en la existencia de diversos partidos, de todos los partidos: liberal, conservador, socialista, comunista, los partidarios de que sean suprimidos los partidos políticos contrarios a la democracia, y los partidarios del régimen representativo presidencial o parlamentario; esos son partidarios de la democracia, y los partidos que ellos formen deben ser partidos respetables y respetados por los revolucionarios mexicanos (aplausos).

Pero, en cambio, los partidos enemigos de la democracia no se deben permitir. Después de la experiencia internacional, tolerar la existencia de partidos organizados con el propósito de acabar con la democracia como régimen político, social y económico, sería no sólo un acto de torpeza, no sólo miopía, sino suicidio. Después de la experiencia internacional, tolerar la existencia legal o de hecho de los partidos que se han organizado sólo para instaurar en lugar del régimen democrático un régimen antidemocrático, sería suicida, no sólo de parte de los revolucionarios mexicanos, sino de parte de los mexicanos no revolucionarios pero partidarios de la democracia.

¿Qué pasó en Italia? Existía en Italia un régimen democrático; existían en consecuencia, el Partido Socialista, el Partido Comunista, el Partido Católico, el Partido Agrario, el Partido Liberal, etcétera. Todos los partidos gozaban de personalidad legal, todos iban a las urnas a disputarse unos a otros los votos del pueblo para enviar sus representantes a los diversos cargos de elección popular. Y un día apareció un partido más: el Partido Fascista. Los demócratas de Italia no sabían lo que significaba el fascismo, lo que el fascismo entrañaba para el porvenir, y lo dejaron. Y creció, y en el momento oportuno, cuando las condiciones internas e internacionales lo hicieron

posible, el Partido Fascista lanzó sus contingentes, tomó el poder, destruyó el régimen democrático y todas las instituciones democráticas, e instauró en Italia una dictadura, una tiranía que duró más de un cuarto de siglo, con las complicaciones internacionales que todos conocemos.

En Alemania había también un régimen democrático, funcionaban el Partido Social-Demócrata, el Partido Comunista, diversos partidos de la burguesía. Un día apareció un partido más, el Partido Nazi, al que se le permitió su existencia, porque se estimó por los demócratas alemanes que era un partido que tenía derecho a disputarle a los otros el voto de los ciudadanos. Cuando el momento político interior e internacional fue propicio, el Partido Nazi llegó al poder, destruyó el régimen democrático, amenazó a los estados vecinos, planeó la organización militar de Alemania, y por último se lanzó a la conquista del mundo entero.

En Francia también había un régimen democrático, funcionaban todos los partidos políticos; pero un día apareció un partido más, que los demócratas franceses consideraron que no tenía gran importancia. Este partido, como el fascista italiano, como el nazi alemán, se proponía también acabar con el régimen democrático francés, y en el momento oportuno, aliado a los enemigos de su patria, a los nazis de Alemania, abrió las puertas de su país y entregó a Francia, atada de manos, al invasor.

Por último, el caso de España: había un régimen democrático en España, la República era un régimen nuevo recién nacido, que vivía en un ambiente de alegría liberal. Existían todos los partidos; partidos regionales, partidos nacionales de todas las tendencias, republicanos de centro, de izquierda, de derecha, Partido Socialista, Partido Comunista. Pero un día apareció un partido que pareció a los demócratas españoles un partido más, y este partido, como el fascista italiano, como el partido nazi alemán, como el partido fascista francés, aprovechó el momento oportuno, armó la mano de los jefes del ejército corrompido, dio un golpe de Estado, atrapó el poder, destruyó el régimen democrático y produjo todo lo que hemos observado en los últimos años, llegando hasta América su influencia, y haciendo brotar al Sur de este hemisferio un hijo suyo desde el punto de vista político.

Yo pregunto a los revolucionarios de mi país si esta experiencia internacional no será bastante para abrir los ojos, para destapar los oídos de quienes no quieren oír ni ver. ¿No basta lo acontecido en todo el mundo, ya que la existencia de estos partidos provocó la guerra en la que nosotros también participamos? ¿No habrá bastado esta serie de ejemplos tan dramáticos, para que nosotros veamos que no es posible, sino a título de suicidas, permitir en México la existencia de partidos organizados para acabar con la democracia como teoría y como sistema de gobierno?

La Unión Nacional Sinarquista es en México lo que fue el Partido Fascista en Italia, lo que fue el Partido Nazi en Alemania, lo que fue el Partido "Cruces de Fuego" en Francia, lo que es la Falange en España. La Unión Nacional Sinarquista no nació como un partido político más para ampliar, para perfeccionar el régimen democrático incipiente en nuestro país. Por definición, por programa, por su línea política, por sus metas históricas, la Unión Nacional Sinarquista fue organizada con el objeto

de destruir el régimen democrático en nuestro país y reemplazarlo con un régimen de tiranía. Todos recordamos cuál fue el origen de la Unión Nacional Sinarquista. La crearon dos espías alemanes nazis, dos miembros prominentes de la Falange Española en México y elementos mexicanos al servicio del clero católico. El programa de la Unión Nacional Sinarquista es un programa contra la Revolución, contra las tradiciones liberales de México, contra la democracia como doctrina y como realización política; una fuerza en contra de las libertades individuales y colectivas; para destruir toda esta tradición que comenzó a nacer con Hidalgo, y reemplazarla con un régimen distinto que ellos titulan el Nuevo Orden Cristiano.

¿Qué es el Nuevo Orden Social Cristiano? Muchas veces lo hemos analizado desde el punto de vista de su basamento filosófico, desde el punto de vista de su concepción política, desde el punto de vista de su estrategia, desde el punto de vista de su táctica y desde el punto de vista de sus objetivos inmediatos y futuros. Es un régimen dictatorial, clerical, un régimen fascista clerical, encargado no sólo de destruir el régimen democrático establecido en la Constitución de la República, sino de borrar de la vida de México las conquistas de la Revolución histórica comenzada en 1810 y que no ha concluido todavía. Tiene como objeto volver a nuestro país a la etapa del virreinato español. Sería otra vez un gobierno eclesiástico el de México, y la vida de nuestro país una vida de intolerancia: sin libertades individuales, sin libertades colectivas.

Por esta causa es muy fácil explicarse que la Unión Nacional Sinarquista haya apoyado en México, y fuera de nuestro país, a las fuerzas contrarias a la democracia. Mientras parecía que Adolfo Hitler, con sus huestes y sus aliados, iban a ganar la guerra, la Unión Nacional Sinarquista estuvo prestándole apoyo, en México, a la causa de los nazis de Alemania, a la causa de las potencias del Eje. El jefe supremo de la Unión Nacional Sinarquista, declaró un día a un periodista de la Revista "Hoy", en una entrevista que nunca fue desmentida por el propio entrevistado, que Adolfo Hitler, a su juicio, era un instrumento de Dios para acabar con los males que padecía la Humanidad.

Durante toda la actuación primera de la Unión Nacional Sinarquista, la ayuda prestada por ella a la causa de Francisco Franco fue abierta, vehemente, constante, sistemática e impúdica. Nuestro país nunca ha tenido relaciones diplomáticas ni comerciales con el Régimen de Francisco Franco. A pesar de ello, la Unión Nacional Sinarquista se dedicó, como se dedica todavía, a hacer la apología del régimen de Francisco Franco, y a considerar que esa política de nuestro gobierno, que nuestro pueblo ha respaldado, es contraria a los intereses nacionales. La Unión Nacional Sinarquista, a través de sus voceros y de sus órganos de opinión, presta también toda la ayuda que puede a la causa de la dictadura fascista de Perón en Argentina.

Pero no es mi opinión la que juzga así a la Unión Nacional Sinarquista. No es la opinión sólo del sector revolucionario de México la que enjuicia de este modo a la Unión Nacional Sinarquista. Esta es también la opinión del Gobierno de la República, del Gobierno Federal. Hasta hoy el único juicio oficial del Gobierno Federal

respecto de la Unión Nacional Sinarquista es el que emitió el Procurador General de la República con motivo de las actividades de la Unión Nacional Sinarquista que, no satisfecha con hacer propaganda en favor de la teoría del Nuevo Orden Social Cristiano, no contenta con prestar apoyo a Adolfo Hitler, a Francisco Franco y a José Domingo Perón, hizo un llamamiento al Ejército de la República para que se subleva en contra del régimen existente.

Todos recordamos el documento en el que consta la opinión oficial del Procurador de la República, que es el Consejero Jurídico del Gobierno. Yo quiero en esta ocasión recordar sólo el resumen, unas cuantas palabras con las cuales concluye la requisitoria del Procurador, firmada el día cinco de julio de 1944 por el licenciado José Aguilar y Maya. Dice así este juicio sintético del gobierno de la República: "El Sinarquismo ha venido realizando durante siete años una intensa propaganda política entre nuestras masas campesinas, utilizando la forma escrita y oral; ha difundido ideas, programas y normas de acción de un gobierno extranjero —el español— que las ha calcado, a su vez, del fascismo italiano, del falangismo, del «jonsismo» y del llamado «tradicionalismo» de Vázquez de Mella; ha obstaculizado el funcionamiento de nuestras instituciones y propagado el desacato de los nacionales mexicanos al cumplimiento de sus deberes cívicos; y, finalmente, ha perturbado el orden público, al invitar solapadamente al ejército y al pueblo de México a que se rebelen en contra del gobierno de la República".

El no haber sido consecuentes con esta opinión oficial del gobierno de la República, no permitiendo las actividades legales de la Unión Nacional Sinarquista, y castigando sus actividades ilegales, ha dado como resultado, en parte principal, todas las actividades que hemos visto en los últimos días.

Por eso, mañosamente, después de la derrota de Adolfo Hitler, cuando las Naciones Unidas tenían la victoria asegurada, la Unión Nacional Sinarquista y Acción Nacional, que es el partido reaccionario de los intelectuales, de la misma suerte que la Unión Nacional Sinarquista es el partido de masas de los reaccionarios, hicieron un viraje. Ya no siguieron sosteniendo su actitud primera, de los primeros años, de defensa del régimen fascista clerical, de ataque al régimen democrático, de lucha contra la tradición liberal del país, de sabotaje a la unidad de los pueblos del Continente. Cambiaron de conducta, se enmascararon y pretenden hacerle creer al pueblo que se han constituido en una fuerza democrática. Ahora ellos, los que llamaron al cura Hidalgo "un cura borrachín", los que elogiaron a Iturbide y denostaron a Vicente Guerrero, los que injuriaron a Benito Juárez, los que insultaron a Madero y a todos los demás revolucionarios, pretenden ser nada menos que los abanderados de la Revolución Mexicana, es decir, de la democracia en México. La reacción de hoy, en estos días, con nueva máscara, pretende tomar la bandera de Francisco I. Madero. Ahora es ella, la reacción, la que aparece defendiendo el derecho al sufragio, Sufragio Efectivo y la No Reelección. La reacción, que no sólo luchó contra Francisco I. Madero, sino que lo asesinó por conducto de Victoriano Huerta, ahora pretende recordar

la memoria de Madero y su obra, capitalizarlas en su favor, y levantar nuevamente la bandera del Sufragio Efectivo. ¡Qué sarcasmo más grande!

La táctica de la reacción es muy clara. Sabe de sobra que es inútil disputarle al gran sector revolucionario, y a la gran masa del pueblo de sentimiento democrático, la Presidencia de la República. Por eso no han presentado un candidato propio para oponerlo al candidato popular Miguel Alemán. Parte de la reacción apoya a Padilla, eso es cierto; Padilla no sólo es un candidato de un sector de la reacción, sino que es también un candidato de algunas empresas yanquis. Pero la reacción sabe bien que de no obtener la Presidencia, no puede alcanzar ciertos puestos, ocupar ciertas posiciones, por intermedio de sus representantes. Por eso ahora tiene puesta su mira en tener regidores, presidentes municipales, en llevar algunos diputados y senadores al Congreso de la Unión; y quizás, exigir posteriormente alguna participación, aun cuando sea mínima, dentro del gobierno nacional, para compartir el poder, con el objeto de que, desde el poder, por poca que sea su intervención en él, prepararse, durante los seis años del gobierno de Miguel Alemán, para dar una batalla más importante que la de hoy. Y si puede antes, si las circunstancias fueren propicias antes, abandonaría su máscara de demócrata, pisotearía sus declaraciones anteriores y se iría al golpe de Estado, a la lucha armada. Están preparados para ese evento.

Yo he denunciado hace unos días, públicamente, que preparan los sinarquistas un movimiento armado (aplausos, vivas al C. Lombardo Toledano). En ese mismo discurso dije que Ezequiel Padilla está recibiendo ayuda de algunas empresas yanquis; y por estas declaraciones que yo hice, la jauría reaccionaria se desató una vez más en contra de mi persona, con violencia que no tiene precedentes en la historia social de nuestro país (vivas al C. Lombardo Toledano). Ni siquiera en la época de la Alemania nazi los periódicos nazis, los únicos en su país, por cierto, actuaron con una furia semejante en contra de los enemigos de la Alemania nazi en el exterior del país.

Calumnias, injurias, amenazas, denuestos, los calificativos más procaces, las afirmaciones más cínicas; todo lo que es posible en la gama del delito, del chantaje, de la podredumbre, se ha lanzado en contra de mi persona, porque me atreví a decir la verdad.

Alguna vez dije en un mitin de masas que los reaccionarios mexicanos escribían su prensa con mierda, pero fue débil la afirmación (aplausos). Escriben con la escoria de ellos mismos. Me han dicho que yo pretendo ser agorero, adivino, y que a pesar de mis fracasos en cuanto a lo que suponen mi actitud de adivinador, persisto en el empeño de afirmar lo que va a pasar. Nunca he querido ser adivino. Jamás se me ha ocurrido tener siquiera la profesión o la actitud del profeta como ocurre con Ezequiel Padilla (aplausos).

Pero debo recordar que cuantas veces yo he presentado denuncias respecto de las intenciones de la reacción, los hechos me han dado la razón plena y concretamente (aplausos). Cuando Saturnino Cedillo estaba tramando una conspiración contra el Gobierno Nacional, en mi carácter de Secretario General de la CTM yo denuncié esas



actividades y predije que si no se atacaba a Cedillo, éste se levantaría en armas en contra del gobierno. Me llamaron agorero, sembrador de zozobra, destructor de la armonía de la familia mexicana, enemigo de la paz nacional, y como afirmé que Cedillo contaba con el apoyo de algunas empresas yanquis, se me dijo enemigo de la amistad entre el pueblo y los Estados Unidos y México. Los hechos probaron que yo tenía razón, Saturnino Cedillo se levantó en armas, las compañías petroleras le dieron armas y dinero para que consumara su traición a México, y fue muerto por traidor (aplausos).

Cuando Almazán, siendo candidato a la Presidencia de la República se empezó a armar para preparar una revuelta, yo lo denuncié, y me dijeron lo mismo: sembrador de zozobra, mal mexicano, enemigo de la paz, y como yo afirmé que a Almazán lo estaban ayudando algunas empresas yanquis, me dijeron enemigo de la política de la buena vecindad, enemigo de la amistad entre Estados Unidos y México, etc. Los hechos me dieron la razón. Almazán pretendió sublevarse; agarraron a uno de los generales que lo seguían y que ya estaba a punto de sublevarse contra el gobierno y lo ejecutaron; y yo no, ni el gobierno, sino los propios partidarios de Almazán, después de que a éste le faltaron pantalones para ser fiel a sus compañeros a quienes había ofrecido sublevarse, ellos, los almazanistas autorizados e importantes, declararon en la prensa que Almazán había recibido dinero de las compañías petroleras de los Estados Unidos.

Después, cuando los nazis, los alemanes nazis radicados en México —todavía nuestro país no entraba a la guerra— se dedicaban a actividades subversivas, delictuosas; un día, en un gran mitin realizado en la Arena México de la capital de la República, yo denuncié a los nazis nombre por nombre, exhibí la forma en que estaban organizados, la forma en que trabajaban, señalé sus domicilios, y ese acto mío provocó una tempestad brutal. Yo había denunciado sólo a los alemanes nazis que vivían en México dedicados a actividades contra la paz de México. Pero hubo gentes, hasta del sector revolucionario, que me llamaron mal mexicano y traidor a México. Y dijeron que yo iba a precipitar la entrada de México en la guerra, que yo era un sembrador de odios, que yo quería dividir a la familia mexicana y que yo estaba haciendo un ambiente dentro del cual, por la angustia que las declaraciones iban a provocar, no podría trabajar el gobierno del Presidente Manuel Avila Camacho. Los hechos me dieron la razón. De aquella lista de alemanes nazis, el gobierno mexicano entregó a los Estados Unidos, en virtud de nuestra actitud de miembros de las Naciones Unidas, a la mayor parte, que fue a parar a un campo de concentración de los Estados Unidos, y el resto se fue a Perote, al campo de concentración de nuestro país.

Por último, para no citar más casos: cuando yo denuncié que la Unión Nacional Sinarquista estaba preparando una sublevación e incitando al ejército para rebelarse contra el gobierno, también me volvieron a llamar agitador peligroso, mal mexicano, sembrador de zozobra, factor de perturbación en la vida nacional, etc. Entonces, pocos días después, fue cuando el Procurador de la República hizo las declaraciones que ya leí, condenando al sinarquismo como un movimiento fascista enemigo de la de-

mocracia, que estaba incitando al ejército y al pueblo para rebelarse en contra del gobierno de la República.

La denuncia que acabo de hacer la van a comprobar los hechos. El tiempo la va a comprobar. Algunos periodistas graciosos que se pasan de inteligentes, tanto nacionales cuanto de la prensa extranjera, en el acto en que yo terminé de pronunciar mi discurso me dijeron: dé usted nombres, señale usted quiénes son los que están dedicados al tráfico ilícito de armas entre los sinarquistas, y diga usted qué empresas yanquis apoyan a Padilla. Yo les contesté que no era ningún ingenuo, y que era a las autoridades competentes, a juicio mío, de mi país, a las que yo debía dar los datos y las pruebas que poseía; los informes y las pruebas ya los he entregado (aplausos). El tiempo probará la autenticidad y validez de mi denuncia.

Desde luego, ésta ha producido bienes muy importantes, beneficios incalculables. El primero de ellos es la purga, hecha hace unos días apenas, en el seno de la Unión Nacional Sinarquista. Como los jefes sinarquistas saben que yo he dicho la verdad, se atemorizaron y empezaron a averiguar quién de ellos me había proporcionado los informes que yo poseo, y no sabiendo quién, destituyeron del mando y de comisiones de importancia a muchos de sus antiguos militantes, a los mejores sinarquistas desde el punto de vista de ellos.

El tráfico de armas continúa. No sólo a través de la frontera, sino en el interior de la República, con armas y parque producidos en México (aplausos). Los mismos reaccionarios lo han publicado. Por ejemplo, los delegados de Jalisco saben muy bien que hace apenas unos cuantos días los diarios de la ciudad de Guadalajara han publicado a ocho columnas la noticia del tráfico de armas y la última información es que ya han consignado a los que han traficado con armas.

Yo pregunto: ¿quién puede comprar armas y parque en México clandestinamente? Los revolucionarios, ¿para qué? ¿Para utilizarlos contra la Revolución? ¿Los sostenedores del régimen de Manuel Avila Camacho, para derrocar a Avila Camacho; es decir, para derrocarlos a nosotros mismos? Sería idiota. Los únicos que tienen interés en comprar armas y parque clandestinamente, son los que quieren utilizarlos de un modo indebido, y los únicos que tienen interés en eso, bajo el régimen que existe en nuestro país, son los que han declarado públicamente que quieren acabar con éste, y ellos son los sinarquistas de México (aplausos).

Yo nunca afirmé en mi discurso pronunciado en el Monumento a la Revolución, que empresas yanquis estaban pasando armas de contrabando, para armar a la Unión Nacional Sinarquista. Miles y miles de gentes me oyeron; otros miles y miles más me escucharon por radio. Fue publicada la versión taquigráfica de mi discurso en todos los diarios de la ciudad de México. Sin embargo, se ha querido insistir aquí, por los enemigos de la Revolución, y en los Estados Unidos por los órganos que apoyan a Padilla, que yo afirmé que algunas empresas americanas habían pasado armas de contrabando para pertrechar a los sinarquistas. Esto es mentira. Dije sólo lo que acabo de repetir ahora, o sea que los sinarquistas están dedicados a pasar armas de contrabando, no sólo ahora sino desde hace mucho tiempo. Se dedican también a comprar

armas en México. Y por lo que a Padilla se refiere, que cuenta con el apoyo de algunas empresas yanquis, y tanto esto como lo otro es cierto, y el tiempo probará mi denuncia.

Ahora, si ésta es la ofensiva reaccionaria, si tales son sus propósitos, si éste es el panorama del país ¿cómo enfocar los acontecimientos de mayor importancia en los últimos días? ¿Cómo, por ejemplo, juzgar de un modo sereno, objetivo, leal, justo, el caso de León?

Yo afirmo que el movimiento de León fue un auténtico movimiento de origen popular en contra de la tiranía de las autoridades del Estado. Es un hecho que se coligaron las fuerzas del pueblo de León para protestar en contra de la imposición que trataba de consumir al gobernador del Estado. En este movimiento en contra de la imposición participaron gentes de todas las clases sociales, los sindicatos obreros, los artesanos, gentes de la clase media, individuos de la burguesía. La imposición fue tan burda, que el candidato que el gobernador se empeñó en poner sólo contó con los votos de una parte de la policía municipal. El pueblo entero, o casi entero, votó por un candidato diferente.

Acusar a este movimiento popular de protesta contra la imposición, de ser un movimiento reaccionario o fascista, sinarquista, o clerical, es un error. Pero de la misma manera que es verdad que el movimiento fue de raíz popular, de la misma manera tenemos que aceptar los revolucionarios que a ese movimiento popular le faltó dirección revolucionaria, y que ante la ausencia de una dirección revolucionaria, ante la falta de jefatura revolucionaria para el descontento popular, la reacción le dio a este movimiento una dirección reaccionaria. Es decir, la reacción trabajó con eficacia; el sector revolucionario no trabajó con eficacia. Por esta razón un movimiento de protesta legítima del pueblo, se transformó en un movimiento de provocación contra el ejército de la República. Se sitió el palacio municipal, no se permitió que las mujeres llevaran la comida a los soldados de guardia, se estuvo haciendo befa de los soldados, insultos constantes, hasta que, después de muchas horas, ciertos elementos provocadores mezclados con el pueblo cometieron la agresión.

No quiero juzgar el grado de responsabilidad que haya tenido el jefe de la escolta o de la guarnición; lo que es un hecho es que el Ejército fue agredido, y que fue planeado por los elementos reaccionarios de León y de Guanajuato el acto de provocación contra el ejército nacional.

El señor Presidente de la República hizo bien en pedir la desaparición de poderes de Guanajuato; porque la imposición local y sus resultados trágicos fueron en gran parte de la responsabilidad del gobierno del Estado, que no atendió insinuaciones y sugerencias para que no fuera a cometer este atentado político. A pesar de esas sugerencias, el gobernador se empeñó en imponer a un hombre que repudiaba la opinión popular.

Pero este acto legítimo del señor Presidente de la República, no fue el resultado de una demanda reaccionaria, sino el resultado lógico de una estupidez de un falso

revolucionario, como era el gobernador, que se tradujo, por la dirección hábil de la reacción capitaneando al pueblo de León, aparentemente en una victoria de la reacción.

Las fuerzas reaccionarias de todo el país han vivido en los últimos días en un ambiente de euforia realmente impresionante.

Algunos revolucionarios, inquietos, apesadumbrados, de buena fe, pero equivocados, me dijeron: hay que impedir esta manifestación; hay que evitar que esto se desborde. Mi opinión fue contraria: No. La reacción habla de triunfo, porque cree que fue una victoria suya la actitud del señor Presidente de la República; se ha desbordado, ha saltado los límites de la prudencia, ha usado su táctica toda, ha lanzado sus reservas estratégicas contra la Revolución y contra el régimen establecido. Es decir, la reacción se ha exhibido antes de tiempo. Ahora ya sabemos con qué fuerzas cuenta de verdad la reacción en México, hasta qué punto puede influir, en quiénes puede influir y quiénes se dejan influir por la reacción.

La prensa, con excepción de dos diarios de la ciudad de México, ha estado al servicio de la Unión Nacional Sinarquista. No es preciso que yo haga comentarios para poder llevar al ánimo de ustedes la veracidad de mi afirmación. Se ha hecho una campaña contra el Ejército Nacional como Institución. Se ha acusado al general Bonifacio Salinas Leal, que es uno de los jóvenes jefes revolucionarios (aplausos), que ni siquiera estuvo en León ni en Guanajuato cuando ocurrieron los hechos, de haber sido el responsable de la "masacre". Se ha pedido inclusive su cabeza; que sea enjuiciado sumariamente y fusilado.

Cuando hubo un fanático católico, ligado a una institución tenebrosa llamada "Sociedad Amigos del Soldado", que atentó en contra de la vida del Presidente Avila Camacho —al grado de que sólo salvó su existencia el Primer Mandatario por su agilidad y su serenidad y su valentía— la prensa dijo: No tiene importancia. Fue un borracho, un pobre demente, un irresponsable que atentó contra el Presidente. ¿Qué importancia puede tener? ¡Ninguna! ¡Absolutamente ninguna!

Cuando hace unos días, o semanas, una ranchería completa del Estado de México fue exterminada con dinamita, volando con las casas de los campesinos, hombres, mujeres y niños, porque había entre ellos algunos protestantes, atentado incalificable cometido por fanáticos católicos, esa prensa no publicó una línea. Cuando hace unos meses, cerca de Perote, en un pueblo a donde había llegado alguna propaganda protestante, haciendo algunos prosélitos amparados en el derecho de libertad de creencia y de asociación, los no católicos fueron también agredidos, y un cura encabezó la "masacre" del pueblo y murieron muchas gentes inocentes, indefensas, nada dijo la prensa. No tenía importancia... Eran protestantes, y los protestantes no tienen ninguna importancia (aplausos).

Ha habido asesinatos en masa de obreros, sólo porque ejercitaban el derecho de sindicalización; como en la "masacre" brutal de Ciudad Hidalgo, de hace unos años, en que cerca de treinta obreros fueron agarrados por los guardias blancas en combinación con los sinarquistas y un cura al servicio de la empresa maderera de la ciudad; en el momento en que se disponían a comenzar su jornada, fueron llaman-

dolos por lista presentada por los empresarios, y cuando los tuvieron formados les preguntaron: ¿Ustedes son miembros de la CTM? ¿Están sindicalizados? Dijeron: Sí, señor. Entonces los empezaron a ahorcar en los árboles. Yo personalmente fui horas después de la “masacre” y vi a los colgados por el delito de haberse organizado en un sindicato. ¿Protestó la prensa? ¿Hubo conmiseración? Ninguna. Al fin eran cetemistas, eran “pelados”, eran gente que profesaba ideas disolventes.

Aparte de esta campaña brutal de la prensa reaccionaria contra el régimen revolucionario, contra el ejército en la persona del general Bonifacio Salinas Leal, hemos podido ver cómo la Suprema Corte de Justicia de la Nación, por la primera vez en su historia, nombra una comisión para investigar hechos electorales. Pero no ha nombrado esta Comisión movida por el gobierno, sino por el Partido Acción Nacional, que es el partido de la oposición. Ya sabemos hasta qué punto influye la reacción en la Suprema Corte. Ya sabemos que la Suprema Corte forma parte de un bando político de nuestro país, en la actualidad (aplausos).

Otra de las manifestaciones de esta actividad subversiva de la reacción, ha sido el paro de los comerciantes y de los banqueros. Se conduelen por la muerte de los vecinos de León. No hay mexicano que no se haya condolido, revolucionarios y no revolucionarios, porque murieron revolucionarios de León también, y no solamente reaccionarios. Murieron mexicanos, y eso basta. Pero esos banqueros y comerciantes lloraron lágrimas de cocodrilo en esta vez, y “en señal de luto”, cerraron por tres horas. Ellos, enemigos de los paros (aplausos), que cuando el movimiento obrero hace un paro o anuncia un paro de quince minutos, y no de los servicios públicos, para protestar en contra de algún atentado brutal a la democracia mexicana o internacional, chillan diciendo que allí están estas fuerzas locas, manejadas por criminales que quieren suspender la producción, ahora han cerrado tres horas. ¿Qué este movimiento fue político? Sólo los estúpidos no lo pueden creer. Pero no hemos sido nosotros los que hemos calificado esa actitud. Ha sido la Cámara Nacional de la Industria de Transformación, es decir, todos los industriales de México, que no pararon, los que por conducto del Presidente de la Cámara Nacional de la Industria de Transformación, el ingeniero José Domingo Lavín, declaran que el paro de los comerciantes y banqueros era un punto político contra el régimen establecido (aplausos).

Otro hecho más dentro de esta euforia de la reacción, fue la manifestación de Acción Nacional. Por la primera vez se resolvieron a salir a la calle ellos, que han sido tan cuidadosos, y que juegan siempre en la penumbra; consideraron que no había ningún peligro y salieron a la calle muy enlutados, con zapatos de charol, como en la época porfirista, a llorar por los acontecimientos de León, por la sangre vertida en León; los porfiristas, los antiguos miembros de la aristocracia pulquera (aplausos), los pocos que quedan de aquella época tan humanitaria y cristiana de “mátalos en caliente” de Porfirio Díaz, salieron a llorar por las víctimas de León. Y hasta un huertista, un prominente funcionario del gobierno de Victoriano Huerta—aquél régimen que fusiló y asesinó a Belisario Domínguez y que le cortó la lengua, que mató a Madero, ese régimen de caverna de Victoriano Huerta—llorando por las víc-

timas de León. No le lloró a Madero, al Presidente mártir, no le lloró este canalla; pero les llora ahora a las víctimas de León. También los pocos hacendados pulqueros que quedan todavía les lloraron; pero cuando metían a sus cárceles privadas a los campesinos no lloraban.

Y junto a estos señoritos y señorotes, junto a estos “polkos” viejos y nuevos, hasta algunos revolucionarios se presentaron también, llorando a las víctimas de León.

Y por último, dentro de esta euforia, el discurso del cura de León, en el panteón, cuando el entierro de las víctimas. Ahora él quiere negar que haya pronunciado ese discurso subversivo contra el gobierno; pero lo escucharon los corresponsales de la prensa de la ciudad de México, entre otras personas (aplausos).

¿Qué es, pues, lo que representa el caso de León? Una protesta legítima del pueblo contra la imposición, la ausencia de una dirección revolucionaria conduciendo al pueblo por el camino justo y la presencia de una dirección audaz de los reaccionarios provocando al ejército; y la euforia de la reacción con motivo de este acto que ellos estiman una victoria.

El Presidente de la República ha castigado a falsos revolucionarios. El Presidente de la República no le ha hecho el juego a la reacción. En este caso de León ha procedido como debía haberlo hecho. Pero nosotros no podemos permitir que los elementos reaccionarios pretendan, con este motivo, echarle una mancha al ejército nacional. El ejército nacional es el ejército de la Revolución, es el ejército del pueblo, es la entraña de la Nación Mexicana misma. Muchos de sus jefes, y aun de sus “juanes”, tomaron las armas y tienen todavía heridas logradas en batallas por defender al pueblo y derrocar la dictadura porfiriana. Ellos son antiguos obreros y campesinos, maestros y gentes de la clase media, que se levantaron con el fusil y se improvisaron soldados. A este cuerpo glorioso que se llama el ejército nacional no se le puede injuriar... (Los aplausos no dejan oír.)

Pero tampoco podemos permitir que la bandera de Francisco I. Madero sea la bandera de la reacción. La Revolución Mexicana no puede, ni quiere, ni debe mantenerse en el poder sin el apoyo del pueblo mexicano. Queremos una democracia en la que puedan participar, con todos los derechos, con derechos iguales, todos los partidos según he afirmado: liberales y conservadores, socialistas y comunistas; pero el régimen democrático no puede permitir que existan partidos políticos u organizaciones antidemocráticas. La Unión Nacional Sinarquista es un partido político antidemocrático, por confesión, por su estructura, por sus finalidades, por su táctica, por sus objetivos inmediatos y futuros. Yo declaro que los maestros de México deben esforzarse, al igual que los demás miembros del sector revolucionario, porque la Unión Nacional Sinarquista no tenga existencia legal, porque se disuelva, ya que no tiene derecho a existir como partido en nuestro país (aplausos).

La reacción se equivoca si cree que nosotros tenemos miedo a elecciones libres (aplausos). Por el contrario, los verdaderos revolucionarios reclamamos elecciones presidenciales libres. De la misma manera que creemos que somos nosotros, los re-

volucionarios, todos, los civiles y los militares, los campesinos y los obreros, los maestros, los artesanos, los ingenieros, los químicos, los médicos, todos los hombres y mujeres de todas las actividades que creen en la Revolución, los que debemos defenderla.

Bonita actitud la de decir, por supuesto en privado, porque en público no se atreven: ¿Qué le pasa al Presidente Manuel Ávila Camacho? ¿Ya dio la media vuelta? ¿Ya claudicó? ¿Por qué no defenderá a la Revolución? ¿Le hace el juego a los sinarquistas? ¿En dónde está el Gobierno Revolucionario? Y yo les contesto: la Revolución debe ser defendida por los revolucionarios, y no exigirle al Presidente que haga el papel de las fuerzas revolucionarias (aplausos).

Si el Presidente llegara a transgredir las normas de la Constitución y de la Revolución, los principios de la Revolución, habría que reclamárselos; pero el Presidente es el Jefe del Gobierno Nacional y la Revolución está fundamentalmente constituida por la gran fuerza del pueblo que quiere el progreso de México y quiere luchar por la realización de sus objetivos; y si los revolucionarios quieren ganar las elecciones para regidores, para alcaldes, para diputados locales, para gobernadores, para senadores, para diputados federales, tienen que ganar el voto del pueblo; y si no lo tienen, que pierdan los puestos de elección popular (aplausos).

Así lo ha declarado el Presidente Manuel Ávila Camacho muchas ocasiones. Así lo ha declarado también nuestro candidato, Miguel Alemán. Este siempre ha dicho: "Si yo llego a ser presidente por el voto del pueblo", cuando el pueblo mexicano me elija, etcétera. Los revolucionarios no queremos una imposición, porque sería contraria una imposición a nuestra doctrina y porque, además, no necesitamos la imposición del gobierno; basta con el respeto al voto de las grandes mayorías liberales, democráticas y revolucionarias de nuestro país, para aplastar la figura deleznable del candidato de oposición de cuyo nombre no quiero acordarme en este instante (aplausos).

Nadie puede detener ni debe detener el anhelo democrático del pueblo. En todas partes del mundo hay un gran despertar en la conciencia cívica. La Carta del Atlántico hizo la promesa solemne a todos los pueblos del mundo, sin distinción de ninguno de ellos, que a la victoria de las Naciones Unidas en contra de las potencias del Eje, habría de respetarse el derecho de autodeterminación de los pueblos, y habría de lucharse por el desarrollo de las instituciones democráticas. Después de la Carta del Atlántico, en otros documentos de igual importancia, en reuniones de los representantes de las grandes potencias, en las asambleas de las Naciones Unidas, se ha vuelto a insistir en que es indispensable darle a los pueblos el derecho a gobernarse y favorecer el desarrollo democrático en el mundo entero. A eso se debe, entre otras razones, que los pueblos sobre todo los que carecen de democracia, de libertades, pero que contribuyeron a la victoria en contra del Eje, exijan, concluida la guerra, un régimen auténticamente suyo; es decir, el disfrute de un régimen democrático.

Los países árabes, Egipto, Irak, Siria, Líbano, luchan en este momento, decididamente, por conquistar su independencia del Imperio Británico. El pueblo de la pequeña isla de Chipre lucha por reintegrarse a la Madre Patria, a Grecia. En la India el pueblo entero está exigiendo independencia liberal. China, derrotado su enemigo

después de enormes ríos de sangre vertidos, está exigiendo también respeto a su independencia, instituciones democráticas. Indochina libra una guerra que no acaba todavía, de liberación, por la independencia de su pueblo estupendo. En Indonesia, en ese conjunto de países sujetos a diversas fuerzas del imperialismo internacional, el pueblo también se rebela, con el objeto de alcanzar su libertad, de conseguir su independencia. En todos los países coloniales del mundo se registran estos hechos, como consecuencia de la victoria de las Naciones Unidas en contra de las potencias del Eje. Y en América Latina los pueblos se levantan en contra de sus tiranos, con el objeto de tener un régimen democrático, del que nunca han disfrutado, o que ya lo habían perdido. Y aquí, a nuestra puerta, en el Sur, ha acontecido un hecho realmente ejemplar, en el que los mexicanos no han meditado todavía bastante, a mi modo de ver: un dictador viejo, un viejo dictador de muchos y muchos años, Jorge Ubico, amparado en una casta feudal, con apoyo en fuerzas del imperialismo y rodeado de una oligarquía de malos soldados, parecía inmovible, parecía perpetuo en el poder. El pueblo en su gran mayoría de indios inermes, mal comidos e ignorantes, parecía no tener fe para levantarse, y la parte consciente de la ciudad o de las ciudades, con muchos exiliados en el extranjero, parecía no tener jefes ni fuerzas para intentar un cambio de situación. Y un día, ante el asombro de toda la América, como en aquella lucha bíblica entre David y Goliat, al parecer, un puñado de muchachos, de estudiantes de secundaria, de preparatoria, unidos también a gente joven del ejército, derribaron al coloso y cayó estrepitosamente el régimen de tiranía quizás más ofensivo en América, aquel que yo llamé alguna vez la noche de nuestra historia en la América Latina (aplausos).

¿Es que un puñado de muchachos tiró a Ubico? No es verdad. Es que detrás de los muchachos había una conciencia en evolución, una fuerza popular levantada, el sentimiento de la victoria de la causa de la libertad en el mundo en contra de la tiranía, y a eso se debió que hayan substituido a un general, que hacía poco honor al ejército de Guatemala y de cualquier parte del mundo, con un maestro de escuela, que es el Presidente Arévalo, que rige los destinos de ese país (aplausos).

No. Nosotros no sólo no somos enemigos de la democracia, no somos enemigos de las elecciones libres, sino que somos los abanderados de la libertad del sufragio, porque somos los herederos legítimos de Francisco I. Madero (aplausos). Ganaremos las elecciones, las ganaremos. Miguel Alemán es el continuador de la obra de la Revolución Mexicana (aplausos). Padilla es el continuador de la obra de la contrarrevolución mexicana, y por eso perderá. Pero es indispensable que los revolucionarios nos demos cuenta de las fuerzas de que disponemos, de los instrumentos de lucha a nuestra mano y también de la calidad de las armas de nuestros enemigos.

Si por ser partidarios de la libertad, como somos, y de la democracia, como somos, mantenemos una actitud de ingenuos o de románticos frente a la realidad amarga que vivimos, por nuestra actitud torpe pagaremos las consecuencias, pagaremos el precio de nuestra ineptitud y de nuestra actitud sentimental. Tenemos que revisar nuestras armas de lucha. Cada vez que se va a emplear un instrumento de trabajo, se ajusta,



se limpia, se afila; cuando uno usa su navaja de rasurar, no la puede volver a emplear si no la vuelve a asentar. Cuando uno usa los zapatos y se mete al lodo, no los vuelve a usar si no los limpia antes. Cuando uno usa una máquina después de un esfuerzo importante, hay que revisarla, ajustarla, aceitarla.

Así es un partido político. Así es un Sindicato. Así es una institución, cualquiera que sea. Frente a los peligros que amenazan a la democracia mexicana, tenemos que ajustar nuestros instrumentos de lucha, nuestros sindicatos, nuestros partidos, nuestras instituciones; pero al mismo tiempo, no debemos permitir que el enemigo use armas delictuosas, no para atacarnos a nosotros, sino para atacar lo que es inatacable: la Constitución de la República y el régimen democrático establecido en nuestro país.

La prensa no puede seguir como hasta hoy, so pena de que contribuirá a un levantamiento armado en México. Porque la prensa no obra usando el derecho de libertad de que disfruta, no vive en el ambiente de libertad, sino en el libertinaje. Se llama independiente y no lo es. La prensa —la mayor parte de la prensa de México—, es instrumento de una corriente política que es la de la reacción antidemocrática. Sin embargo, hay revolucionarios que creen que no debe tocarse esa llamada libertad. Yo sería el último en proponer que fuera suprimida la libertad de prensa en México, y alguna vez he dicho que en favor de cualquier libertad de las que existen en la Constitución, y que son el fruto de la Revolución, yo daría todo mi esfuerzo y mi vida misma; pero de la misma manera que yo seré campeón siempre de la libertad de prensa, siempre también seré campeón de la intolerancia contra una prensa que no está usando de la libertad sino del delito para acabar con la libertad (aplausos).

Que la prensa se coloque en el plano público en que realmente está viviendo. Que no se disfrace de independiente, que sea órgano público, como es, de la reacción, y que cuando cometa delitos, que son a montones los que diariamente comete, que se le apliquen las sanciones que merece. No hay ningún mexicano, sobre todo si es un limpio y honrado revolucionario, que no esté a merced de esa prensa reaccionaria. La honra personal no vale para ellos. El hogar de las gentes nada significa. La vida privada de las personas nada importa. Calumnias, injurias, dicterios, ofensas, lo peor que se puede hacer se hace, y se publican en letras de molde cosas que no son para tolerarse ni siquiera de oídas.

Eso no puede continuar; eso no es libertad. Eso es delito y si los revolucionarios creen que es intocable, los revolucionarios son muy miopes y van a pagar muy cara su miopía, su ceguera.

Tampoco podemos permitir las actividades ilegales del clero católico en nuestro país. Mil y mil veces hemos declarado que somos respetuosos de las creencias religiosas. En las filas del movimiento revolucionario hay millones de católicos. No es incompatible ser católico con ser revolucionario. Entre una creencia religiosa individual y el anhelo de progreso personal o del progreso del pueblo, no hay incompatibilidad. Muchos de los grandes caudillos del pueblo mexicano fueron sacer-

dotes, y otros fueron católicos sinceros. Hidalgo fue un sacerdote. Morelos fue también un sacerdote importante de la Iglesia, igual que otros héroes de la guerra de Independencia. Benito Juárez fue un católico y él hizo la Reforma. Y así otros grandes hombres de nuestra historia, no fueron enemigos de una creencia religiosa. Somos, pues, respetuosos de las creencias. En nuestros sindicatos hay miles y miles de católicos, mujeres y hombres. En el propio Sindicato de Maestros ustedes tienen miles y miles de católicos. A nadie se le ha ocurrido, por parte de los revolucionarios del Sindicato de Maestros, luchar en contra de los maestros católicos por ser católicos. Estarían locos los que eso hicieran. Creer o no creer es un derecho en México, y nadie puede atentar contra ese derecho. No somos enemigos de los sacerdotes por el hecho de que éstos cumplan su misión como conductores de creyentes. Malamente podríamos ser enemigos de los sacerdotes, que son los que realizan las prácticas religiosas, si somos partidarios de la libertad de creencias. No somos enemigos tampoco de la Iglesia como institución, porque ésta es la asociación de los sacerdotes y de los creyentes, y si somos partidarios de la libertad de creencias, no podemos ser enemigos de quienes hacen posible las prácticas de los creyentes. Pero somos y seremos enemigos implacables de que el clero católico quiera dirigir la política nacional. No lo habremos de permitir (aplausos).

Los revolucionarios tampoco habrán de permitir, como lo he comentado ampliamente ya, la existencia de partidos ilegales, porque atentan, por sus principios y sus métodos en contra del régimen democrático.

Esta es nuestra actitud. Esta es mi postura personal. Por defenderla, por continuar en esta lucha, he recibido toda esta avalancha de injurias, todos estos denuestos que ustedes han observado en los últimos tiempos. Se ha dicho que Lombardo Toledano es enemigo de los Estados Unidos. Otra vez, que Lombardo es perturbador de la unidad entre México y Estados Unidos. Que Lombardo es enemigo de la unidad continental. Que Lombardo es un agente de la Unión Soviética. Así como ellos han insistido otra vez en estos cargos, yo quiero insistir una vez más en mi opinión, subrayando mi profesión de fe.

Maestros de México: yo he sido, soy y seré antiimperialista mientras yo viva (aplausos). He sido, soy y seré enemigo del imperialismo yanqui, del imperialismo británico y de las otras fuerzas del imperialismo internacional; pero para que no haya ninguna duda, por si alguien ya lo olvidó, quiere declarar, otra vez también, gobierno es también imperialista.

Yo no entiendo por imperialismo a un pueblo de un país. Yo no entiendo por imperialismo a una nación. Yo no entiendo por imperialismo a un gobierno respetuoso de la soberanía de otros países o de su derecho de autodeterminación. El imperialismo es la acción de las fuerzas monopolistas del extranjero, tratando de impedir el desarrollo, el progreso o la independencia de uno o varios países. Y es también imperialismo la intromisión de esas fuerzas, directas o indirectas, en los asuntos privados de un país extranjero.

Pero no sólo las fuerzas monopolistas son imperialistas. También uno o varios gobiernos de uno o varios países pueden transformarse en fuerzas imperialistas. ¿Cuándo yo declaro que un gobierno es imperialista? Cuando apoya la acción internacional de las fuerzas monopolistas de su país, o cuando el gobierno mismo trata de impedir el desarrollo, el progreso o la independencia de un país extranjero. Entonces ese gobierno es también imperialista.

Las relaciones entre los Estados Unidos y México en los últimos tiempos son ejemplo de buenas relaciones internacionales. En la época de Roosevelt se inauguró la política que él mismo denominó de la buena vecindad. Esta política vista con cierta desconfianza al principio, fue probada en los hechos en que México tuvo gran interés. La actitud del Presidente Roosevelt y de su gobierno en el caso de la expropiación de las compañías petroleras por el gobierno mexicano, fue una actitud de respeto a la soberanía de México. La actitud del gobierno de los Estados Unidos en el caso de la sublevación de Cedillo, fue también una actitud de respeto a la soberanía de México. La actitud del gobierno de los Estados Unidos en la elección presidencial pasada (Almazán contra Avila Camacho), fue una actitud de respeto a la soberanía de México. Una prueba importante de esta unidad entre los pueblos y los gobiernos, fue la entrevista de Roosevelt y Avila Camacho en Monterrey (aplausos). El discurso que pronunciara nuestro Presidente, y el discurso que pronunciara el Presidente Roosevelt quien precisamente habló de que el imperialismo no debía ser tolerado como norma de la política internacional de ningún país, son índices vigorosos de esa política de buena vecindad.

Otro hecho más que prueba la existencia real de la política de la buena vecindad fue la actitud del Gobierno de los Estados Unidos en el caso del arreglo de la deuda con las compañías petroleras norteamericanas. Y por último, el discurso, si no el final, el más importante, pronunciado días antes de que saliera de nuestro país, por el Embajador Josephus Daniels en la ciudad de México. Contrastando con la actitud del otro embajador americano en el pasado, aquel nunca olvidado Henry Lane Wilson que ayudó a Huerta en el asesinato de Madero, el embajador Daniels pronunció un discurso haciendo un elogio cumplido de la Revolución Mexicana. Estos hechos y otros muchos de igual valor, probaron la existencia real de la política de la buena vecindad. El Presidente Truman ha sido un continuador de la obra de Roosevelt. Desde el primer discurso que pronunció el día que tomó posesión, que yo escuché en la ciudad de Washington, el Presidente Truman reiteró la política de la buena vecindad como la política del gobierno de los Estados Unidos en relación con los demás gobiernos y pueblos del Continente Americano. Y cuando un Secretario de Estado, como el señor Stettinius, trató de imponer una política contraria a la política de la buena vecindad —como quiso hacerlo aquí en la Conferencia de Cancilleres de Chapultepec, patrocinando el Plan Clayton que significa nada menos que entregarnos a las compañías de los Estados Unidos, a las empresas yanquis— poco tiempo después como reitera sus errores en la Conferencia de San Francisco, el Presidente Truman despidió a Stettinius; y nosotros nada tenemos en contra del actual

Secretario del Departamento de Estado, sino por el contrario, por que precisamente una prueba de la continuación de la política de la buena vecindad la acaba de dar el Jefe del Departamento de Estado con motivo de mi discurso, cuando declaró que el gobierno de los Estados Unidos no podrá intervenir nunca en la política de México ni de ningún país de la América Latina (aplausos).

Esto no quiere decir que yo nunca atacaría al gobierno de los Estados Unidos. Yo no lo he atacado porque el gobierno de los Estados Unidos ha procedido bien. Yo no ataco al gobierno de mi país cuando el gobierno de mi país procede bien. Ataco al gobierno de mi país cuando el gobierno de mi país procede mal. Yo atacaría al gobierno de los Estados Unidos si el Gobierno de los Estados Unidos pretendiera, por ejemplo, que México le sirviera para atacar a la Gran Bretaña, a la Unión Soviética, a Francia o a cualquier otro país; si pretendiera que México no tuviera relaciones comerciales más que con los mismos Estados Unidos; si pretendiera que a sus nacionales les otorgará el gobierno mexicano concesiones por noventa y nueve años, como en la época porfiriana. Lo atacaría si pretendiera que México se obligara a permitir la inversión de capitales yanquis sin ninguna condición en nuestro país. Lo atacaría si pretendiera que México se obliga a comprar las mercancías manufacturadas que producen los Estados Unidos, y a venderles a los Estados Unidos las materias primas que nosotros producimos, al precio y en las condiciones que nos impusiera el Gobierno norteamericano. Lo atacaría, finalmente, si el gobierno de los Estados Unidos impidiera la industrialización de nuestro país y luchara porque México continuara indefinidamente como un país simple productor de materias primas. En esos casos, si esos casos ocurrieran, yo atacaría de frente al gobierno de los Estados Unidos, como enemigo de mi Patria (aplausos).

Pero en esta actitud nunca he estado solo, ni podría estar solo. Muchos creen que yo estoy solo, aislado, defendiendo a mi pueblo y a mi Patria. Pero no soy el único antiimperialista en México; el pueblo mexicano entero es antiimperialista, como lo ha probado mil veces a través de su historia (aplausos). Están conmigo, de acuerdo con mi actitud también, los demás pueblos de la América Latina. Están conmigo, solidarizados con nuestra lucha, los pueblos coloniales y semicoloniales del mundo, fuera de nuestro Continente. Por lo menos las tres cuartas partes de los pueblos del mundo están a nuestro lado, en el frente en que yo combato, porque yo no hago sino servir de intérprete, dentro de mi modesta capacidad, a los anhelos de emancipación de las tres cuartas partes de la Humanidad que sufre el yugo del imperialismo extranjero (aplausos).

Pero algunos creen, sobre todo en estos momentos en que se ha volcado sobre mí la catarata reaccionaria, que es mejor no hablar del imperialismo. Es la vieja política de apaciguamiento que tanto éxito dio en Europa, y que ya conocemos. Muchos creen, o por estupidez o por ingenuidad, o por ignorancia, que si no se habla del imperialismo éste desaparece por sí solo. Este Lombardo Toledano loco, provocador, insensato —dicen, habla del imperialismo. ¿Qué no ve que si sigue hablando del imperialismo el imperialismo se nos aparece? (Aplausos.)

De la misma manera hay quien cree que si el régimen revolucionario, o los revolucionarios, no atacan a la reacción, ésta desiste de ser reaccionaria y no molesta al régimen revolucionario. ¿Para qué atacar al clero?, dicen. ¿Este “latoso” de Lombardo, este provocador, demagogo, para qué ataca al clero? Que se calle la boca, que no diga nada. Ya verán cómo el clero se apacigua, reflexiona, no se vuelve a meter en política, se vuelve manso, vuelve a las cauces de la tranquilidad. ¿Para qué provocarlo? Es insensato —agregan—, es estúpido: que se calle Lombardo. Y creen muchos ingenuos, también como consecuencia de la creencia en esta política tan infantil de apaciguamiento, que si a mí me matan, si me suprimen físicamente, el régimen revolucionario se verá libre de ataques de la reacción y del imperialismo. De ahí la actitud de muchos que no secundan mi conducta; los que siendo revolucionarios se callan ante los ataques que sobre mí vierte la reacción, y dicen: Pues no es contra nosotros. Que frieguen a Lombardo por hablador (aplausos). Si algo le sucede a Lombardo, bien merecido, él se lo buscó. Nosotros no nos metemos. Sí, es mejor no hablar del imperialismo ni de la reacción.

Estos que proceden así y que se dicen revolucionarios, no son revolucionarios. Son los que están comiendo de la Revolución y engordando de la Revolución (aplausos). Son los que quieren paz, tranquilidad, silencio. Les molesta el ruido, no quieren que nadie hable. Claro como que ellos están muy ocupados, como si quisieran el ambiente de esos macheros, de esas cuadras en los que no se oye, aun cuando hay muchas mulas y caballos, más que el ruido de las mandíbulas y de los dientes al mascar (aplausos).

Pero nosotros que no estamos engordando, porque no somos puercos de engorda sino revolucionarios, declaramos que el apaciguamiento es cobardía y que, además, es contraproducente, porque si la reacción llegara a triunfar, aun a esos que están masticando en silencio los destruiría la reacción y no seríamos sólo nosotros los sacrificados, sino también ellos, por traidores a su causa (aplausos).

Los social-demócratas en Alemania decían: que frieguen a los comunistas. Contra nosotros no es la cosa de Hitler. Así decían en Francia también los equivocados: que frieguen a los comunistas, contra nosotros no es el asunto. Así dijeron en otras partes. No se salvaron esos, no por peligrosos, sino por cobardes, por podridos, por miserables.

Desde la tribuna del Congreso Nacional del Sindicato de Trabajadores de la Educación, yo quiero hacer un llamamiento a los revolucionarios de mi Patria. Los revolucionarios no deben confundirse, no deben acobardarse, frente a la actitud de la reacción. Deben unirse más fuertemente que nunca entre sí (aplausos). Deben defender la Revolución por sí mismos, no esperar a que el Presidente desempeñe el papel de fuerza popular. Deben depurar las filas de la Revolución. Ya es hora de que se larguen a la calle los falsos revolucionarios (toda la asamblea de pie, prorrumpen en una prolongada ovación, gritando vivas a Lombardo Toledano). Deben luchar en contra de la tiranía y de los atentados en contra de la democracia, realícelos quien los realice (aplausos).

Deben también los revolucionarios luchar valiente y decididamente en contra de la corrupción dentro del gobierno. Es menester acabar con los rateros y ladrones y mordelones del gobierno (aplausos), ya sean policías, empleados, funcionarios o miembros del gabinete. ¡Afuera los ladrones! ¡A echarlos a la calle! ¡A echarlos del seno del gobierno de la Nación! (aplausos). Pero también deben luchar los revolucionarios por depurar las filas y los métodos de las organizaciones sociales (aplausos). ¡Que no haya porquería dentro de los sindicatos! (aplausos). ¡Que no se permitan dentro de los sindicatos prácticas antidemocráticas! (aplausos). ¡Que no se permita que los sindicatos sirvan de escalón a sus líderes para hacer carrera política! (aplausos). ¡Que no se tolere a nadie usar de los sindicatos para ir a comercial en el mercado de la política nacional! (aplausos).

Que esto mismo se haga en el seno de las Ligas de Comunidades Agrarias. Que los dirigentes de las Ligas de Comunidades Agrarias no se conviertan en los nuevos caciques y explotadores de los campesinos (aplausos). Que no esté el derecho al trabajar la tierra en manos de un compadre o de un tirano local. Que esta misma actitud de depuración se lleve a cabo en todas las instituciones de carácter social.

Pero, no debe detenerse ahí la obra de depuración. Los enemigos de la Revolución afirman que si hay podredumbre en México es sólo en el sector revolucionario. ¡Se equivocan! Hay explotación del pueblo, más que en el seno del gobierno, en el seno de las instituciones privadas, en las empresas comerciales que, dentro de este ambiente de libertad irrestricta, encarecen la vida y explotan al pueblo impunemente, haciendo fortunas gigantescas en unos cuantos días; y eso no puede ser tolerado (aplausos).

Yo quiero proponer que la Ley de Responsabilidades de Funcionarios Públicos sea revisada para transformarla en una Ley de Responsabilidades de todas las instituciones y personas que tienen contacto con el pueblo, o que sirvan al pueblo (aplausos). De tal manera que lo mismo se pueda enjuiciar a un Presidente de la República, que a un miembro de su gabinete, que a un gobernador, que a un senador, que a un diputado, que a un alcalde, que a un regidor, que a un líder obrero, que al gerente de una casa comercial o bancaria, que al director de una industria, que al gerente de un periódico, para ver cómo están las fortunas, quiénes tienen fortuna y quiénes no, cómo lo han obtenido, y castigar duramente al traidor del pueblo mexicano, sea quien sea (aplausos).

¡Es hora de acabar con los monopolios, en la única forma en que es posible acabarlos: controlarlos, hacerlos servicios públicos y no tolerar el enriquecimiento indebido y vertiginoso de unos cuantos audaces, de otros tantos aventureros que explotan la miseria del pueblo! (Aplausos.)

¡Es preciso también que los revolucionarios, rápidamente, urgentemente, depuren sus instrumentos de lucha, todos. Y también que los revolucionarios comprendan que la fuerza de la Revolución, y sus instituciones, no son patrimonio de ningún grupo, de ninguna casta o de ninguna oligarquía. Es preciso que los revolucionarios ayuden y estimulen a la juventud, a las nuevas generaciones de hombres y mujeres, para que

entren a la dirección pública del país y a los cargos de responsabilidad pública de la Nación (aplausos).

Quiero también hacer un llamamiento particular a los maestros, a todos los maestros de la República: los maestros deben ser los soldados de una nueva cruzada de la Revolución. Necesitamos hacer una nueva cruzada en favor de la Revolución.

¡Por la expulsión de los falsos revolucionarios! ¡Por la democratización de la vida política y social del país! ¡Que cada partido, que cada sindicato, que cada liga de comunidades agrarias, sea una escuela de democracia en México! ¡Por la continuación del programa de la Revolución! ¡Por la lucha a muerte contra la reacción antidemocrática! ¡Por la industrialización del país! ¡Por la independencia económica de México! (Aplausos.)

Camaradas, amigos: ha habido momentos difíciles para la vida de México, durante los cuales sólo mi voz y algunas otras cuantas voces se han levantado en defensa de la Revolución y en defensa de la Patria. ¡Que eso no suceda nunca más! ¡Que no sólo sea mi voz y la voz de otros cuantos la que se levante! ¡Es preciso que se levante la voz de los mejores hombres y mujeres de la Revolución Mexicana, sin temor, con valentía, con honradez, con pujanza! ¡Que no vuelva a ser la voz de unos cuantos la única voz que se escucha en México en defensa de México!

## PROMESA

A mí en lo personal no me importa que mi voz sea la única, o que sean pocas las voces que se levanten. No solicito que otros lo hagan porque me sienta mal hallándome solo con el punto de vista mío. Yo prometo que continuaré como siempre, imperturbable, más decidido que nunca, mi tarea de revolucionario y de mexicano. Las amenazas que, como en otras épocas de mi vida, han lanzado en esta ocasión contra mi persona, nada me interesan. Mi vida está tan fundida con la vida del pueblo, que nadie podrá cortar lo sustancial de mi existencia. ¡Nadie! (aplausos).

Camaradas, amigos, mexicanos: ¡A empuñar con júbilo la bandera de Francisco I. Madero! ¡A tremolar con alegría la bandera de Lázaro Cárdenas! (aplausos).

¡A sostener con decisión la bandera de Manuel Avila Camacho! (aplausos).

¡A llevar al triunfo a Miguel Alemán! (aplausos).

¡Viva la Revolución!

¡Viva el Ejército Nacional!

¡Viva la Patria Mexicana libre de traidores! (aplausos, vivas).

## Objetivos y táctica del proletariado y del sector revolucionario de México en la actual etapa de la evolución histórica del país

Camaradas:

Nos congrega aquí el deseo de discutir, de cambiar impresiones, con el propósito de contribuir a la fijación de los objetivos inmediatos, a la determinación de la táctica, y a la formulación de la estrategia que el proletariado y el sector revolucionario de México deben tener en la actual etapa histórica de la vida del país. Este propósito es legítimo no solamente porque corresponde a quienes nos preocupamos por darle a la actividad política una base teórica, sino también porque ya hace tiempo existe, por desgracia, una crisis entre los elementos que componen la izquierda, por lo que toca a la doctrina política, por lo que ve a la precisión de los objetivos, y por lo que se refiere a la formulación de la estrategia y de la táctica.

Hace tiempo que se nota en el movimiento obrero de nuestro país, en el movimiento campesino, en la organización de sectores de la pequeña burguesía y en otras agrupaciones de carácter social, el abandono, si no completo casi completo, de la teoría, como una guía, como un método para resolver no solamente las cuestiones de principio, sino las cuestiones prácticas con las que tienen que enfrentarse el proletariado y el más amplio sector revolucionario del país.

Esta crisis llega a tal punto, que no sería exagerado afirmar que también tiene el aspecto, por lo que toca a muchos dirigentes de la clase trabajadora, considerada en la amplia acepción del término, de una falta de interés por las cuestiones de principios, y hasta de abandono de todo esfuerzo por una autoeducación política, y casi casi llega hasta la repulsión por la lectura de obras que ayudarían de una manera

---

Ponencia presentada en la mesa redonda de los marxistas mexicanos. *El Popular*, enero de 1947.



importante a la fijación de los principios y de los propósitos que se persiguen en la lucha.

Esta situación ha influido de un modo importante, sin duda alguna, en la serie de problemas que confrontan en la actualidad, no solamente el movimiento obrero sino todo el conjunto de los amplios sectores que constituyen lo que nosotros llamamos la Revolución Mexicana. Por eso es importante realizar este esfuerzo de congregar a los hombres y a las mujeres que consideran que la acción política debe basarse en el conocimiento de los principios científicos, para intentar llegar a la fijación de una línea única, de una estrategia y de una táctica comunes.

Pero si este fenómeno se presenta ya desde hace algunos años; esta crisis, por el hecho de que nos hallamos hoy en una etapa nueva de la vida política del país y en un período nuevo de la vida del mundo, es todavía mucho más importante. La cuestión alcanza una trascendencia más grande todavía que si esta crisis se hubiera presentado en la izquierda en un período histórico diferente.

Hay una nueva situación en México. Esta nueva situación existe no sólo porque hay un cambio de gobierno, sino porque ha terminado, como expondré en el momento oportuno, uno de los aspectos de importancia en la evolución económica y política del país, y la terminación de esta etapa coincide en el mundo con la terminación de una de las crisis más importantes de todos los siglos. Por esta causa, asimismo, es evidente que la discusión de las ideas, los principios, los objetivos, la estrategia, la táctica, es una necesidad imperiosa.

Como hace seis años, cuando el general Manuel Avila Camacho tomó el poder, como hace doce años, cuando el general Lázaro Cárdenas tomó el poder, vuelven a presentarse hoy muchos aspectos de esta vieja controversia, de la controversia relativa a definir con exactitud cuáles son las metas inmediatas que deben alcanzarse, cuál es la forma de organizar las fuerzas para alcanzar los objetivos propuestos, y de qué manera hay que emplear estas fuerzas, y en qué momento para alcanzar los objetivos señalados.

Se vuelven a presentar diversas corrientes de opinión, más que de una manera precisamente organizada, de una manera aislada y esporádica, pero dando el espectáculo general de una enorme divergencia de criterio y de una pugna viva entre elementos de la izquierda y entre elementos del sector revolucionario en general.

Dos desviaciones fundamentales interesa hacer notar en este ambiente: la desviación de derecha, que consiste, de una manera principal, en considerar que la vida de México está de tal manera condicionada a factores de afuera, importantes y decisivos en la vida de nuestro país, que sería una locura pretender lo imposible: la autonomía plena de la Nación Mexicana. Esta desviación de derecha que, podríamos decir, se basa en un fatalismo histórico, en un fatalismo geográfico histórico, se presenta de muy diversas maneras y tiene múltiples aspectos. El más importante de ellos, quizá, es el que consiste en decir que el gobierno de México debe proponerse el desarrollo de la economía nacional, la transformación del régimen del pasado que aún vive, con

la cooperación principal de las fuerzas extranjeras, evitando toda fricción, difícil de resolver válidamente para México, entre los intereses nacionales y los intereses de los monopolios extranjeros, y que, en tal virtud, sólo una política económica de interdependencia entre nuestro país y, principalmente, los Estados Unidos, podrá ayudarnos a resolver los problemas domésticos de nuestra nación.

La desviación de izquierda es la que consiste en afirmar que ha llegado el momento de luchar por parte del proletariado y de las fuerzas revolucionarias que puedan unirse al proletariado en este empeño, contra todo lo que no sea el cumplimiento inmediato directo, mecánico, de los objetivos fundamentales de la Revolución Mexicana, y que, o el gobierno del país se convierte en instrumento, en un simple medio de las fuerzas del proletariado y de las fuerzas revolucionarias unidas al proletariado, o hay que considerar entonces que el gobierno del país es un gobierno entregado a los enemigos de la elevación del nivel de vida del pueblo a los enemigos del desarrollo económico del país y a los enemigos de la independencia de la Nación.

El cinco de agosto de 1945 sustenté una conferencia en el Teatro "Iris" de esta ciudad, que fue publicada después bajo el rótulo de "La CTAL ante la guerra y la postguerra". En esa conferencia analicé particularmente la significación y los aspectos que presentaba la desviación de derecha dentro del sector marxista. Por esta causa no he de insistir hoy en esa cuestión. Sí deseo insistir, en cambio, en la importancia que tiene y en los aspectos diversos que presenta la desviación de izquierda, porque es ésta la más peligrosa de todas las desviaciones que en los actuales momentos históricos del país puedan presentarse: el oportunismo y el sectarismo, que son dos aspectos inseparables de la falsa concepción izquierdizante de la realidad social, merecen que los que sustentamos una teoría científica de la acción política, los analicemos y precisemos en qué consiste su invalidez y cuál es el peligro que el sectarismo y el oportunismo representan.

Hace mucho tiempo que uno de los graves males que aparecen de una manera casi periódica en el seno de la izquierda en los países de la América Latina, es el sectarismo, y esta enfermedad no ha desaparecido; reverdece a veces, cuando parecía extinguida la mala yerba, y cuando vuelve a surgir parece que trae nuevos bríos, mayor vigor que antes. No es, por supuesto, dentro de la izquierda de la América Latina en donde apareció el problema de la desviación de izquierda. Este es un fenómeno universal; pero, por desgracia, la desviación de izquierda ha sido una de las características del movimiento revolucionario de la América Latina. Y si siempre fue esta desviación de izquierda un peligro grave, en las actuales circunstancias, dado el momento histórico que estamos viviendo ya, esa desviación puede tener mucha mayor importancia que en otras épocas. Combatir de una manera particular esta desviación, porque la otra, la desviación de la derecha ha ido por fortuna desapareciendo dentro del sector marxista, considero que es una de las tareas principales de quienes sustentamos una teoría científica como base de la actividad política.

Dicho esto, deseo ahora explicar que, a mi modo de entender, el estudio del tema que nos ha congregado aquí: "Objetivos y táctica de lucha del proletariado y del

sector revolucionario de México en la actual etapa de la evolución histórica del país”, no puede basarse, ni enfocarse, más que de acuerdo con una teoría política; y no hay más que dos maneras de sustentar una teoría política: o en una forma científica, o en una forma no científica.

El proletariado sustenta una doctrina científica, y es a la luz de esta doctrina que analizaré los diversos aspectos que presenta el tema a discusión. La doctrina científica que sirve al proletariado para concebir la naturaleza, para explicarla, para concebir la vida del hombre y para explicarla, para concebir la sociedad humana y para explicarla, y también para actuar dentro de la sociedad humana y transformarla de una manera progresista, es la doctrina del materialismo dialéctico.

El fundador de la doctrina del materialismo dialéctico fue Carlos Marx. La doctrina no es una invención de su autor. Es el resultado del progreso de las ciencias y del desarrollo de la sociedad humana a través de los siglos. Es el producto directo de la evolución del pensamiento, del desarrollo de la sociedad en un momento determinado de la historia. Por eso la doctrina del materialismo dialéctico, la doctrina marxista, no sólo representa la síntesis más importante realizada en la historia del pensamiento humano, sino que representa el descubrimiento más trascendental en la historia del conocimiento y de la cultura: el descubrimiento de las leyes que rigen cuanto existe, de las leyes que rigen el Universo todo, de las leyes que rigen la naturaleza, el hombre y la vida social.

Desde que aparecen de una manera concreta las ideas que habrían de influir después de un modo importante en lo que llamamos el Mundo Occidental, el pensamiento filosófico surge dividido, no sólo como actitud frente al conocimiento puro, sino también frente a la acción práctica. Esta división de las ideas ha de desenvolverse en el curso de los siglos, y ha de influir en los diversos períodos históricos de una manera importante. El pensamiento filosófico surge dividido desde un principio en Grecia, y presenta diversas formas para entender la naturaleza y la vida social: el idealismo, que postula la primacía del pensamiento sobre el ser; el materialismo, que postula la primacía de la materia sobre el espíritu; la metafísica, que postula la inmutabilidad del universo; y la dialéctica, que concibe al universo en perpetuo movimiento.

Después de veinticinco siglos se fusionan dos de estas corrientes del pensamiento que parecían incompatibles: el materialismo y la dialéctica. En esto consiste esencialmente la doctrina marxista.

Y por lo que ve a su contenido, a la forma como trata de explicar los diversos hechos que constituyen la naturaleza, la vida humana y la vida social, la doctrina marxista se divide en las siguientes disciplinas: el materialismo dialéctico, que es la teoría general y el método general del conocimiento; la dialéctica de la naturaleza, que es el materialismo dialéctico aplicado al conocimiento de la naturaleza, como le llamaba Engels; el materialismo histórico, que es el materialismo dialéctico aplicado al desarrollo de la humanidad; la economía política, que es la aplicación del materia-

lismo histórico al conocimiento particular de un período de la historia de la sociedad humana: la etapa del nacimiento y del desarrollo del régimen capitalista; y, por último, el socialismo científico, que es la aplicación del materialismo dialéctico, del materialismo histórico y de la economía política, al tránsito del régimen capitalista al régimen socialista.

Este es el contenido de la doctrina marxista, y por ello, cuando se intenta un análisis de un hecho concreto, de un fenómeno social determinado o de un período histórico particular, sólo teniendo en cuenta el contenido amplio de la doctrina marxista, se puede llegar a un examen correcto y consiguientemente, a conclusiones justas. Es decir, para saber cuál es realmente la característica de la naturaleza, cuáles son las leyes que rigen el proceso de la naturaleza, es indispensable tener siempre presente el materialismo dialéctico y la dialéctica de la naturaleza. Para saber en qué consiste el proceso de la sociedad humana, para conocer el origen y el desarrollo de la sociedad humana, las leyes que norman este desarrollo, es indispensable tener presentes los principios del materialismo dialéctico y del materialismo histórico. Para conocer cómo surge la sociedad capitalista y cómo se desenvuelve, cómo se desarrolla, es indispensable tener en cuenta los principios del materialismo dialéctico, del materialismo histórico y de la economía política. Y para saber cómo puede ser la transición del régimen capitalista al régimen socialista, es indispensable, asimismo, tener presentes los principios del materialismo dialéctico, del materialismo histórico, de la economía política y del socialismo científico.

En otros términos: la dialéctica de la naturaleza, el materialismo histórico, la economía política y el socialismo científico, descansan en la doctrina filosófica del materialismo dialéctico. Los que pretendiendo investigar un objeto, un hecho, un fenómeno, un período histórico, prescindan del examen filosófico, están propensos a desviaciones inevitables.

Ahora bien, ¿qué es el materialismo dialéctico?

El materialismo dialéctico es fundamentalmente dos cosas: una teoría y un método. Como teoría, el materialismo dialéctico es el materialismo, la teoría del materialismo. Como método, el materialismo dialéctico es el método de la dialéctica. Examinemos ahora de una manera concreta en qué consiste la teoría del materialismo.

Ante todo, el materialismo afirma que existe la realidad con independencia del pensamiento. Es decir, la realidad existe independientemente de nuestro pensar, de nuestro sentir y de nuestro querer. Hay un conjunto de cosas que constituyen el universo, la naturaleza, el hombre y la sociedad humana, independientemente del pensamiento del hombre. No es el pensamiento del hombre el que crea la realidad, sino que la realidad existe, independientemente del pensamiento del hombre. En otras palabras: la realidad es objetiva, no es subjetiva.

En segundo término, la teoría del materialismo afirma la posibilidad del conocimiento de la realidad. En contraposición a la teoría filosófica que duda de la posibilidad del conocimiento, o de la que niega la posibilidad del conocimiento, la teoría

del materialismo afirma la posibilidad del conocimiento, de la realidad objetiva. La teoría del materialismo no es, pues, ni escéptica ni agnóstica. Ni duda ni niega la posibilidad del saber, la posibilidad del conocer. Por el contrario, la teoría del materialismo afirma que el hombre es capaz de conocer la verdad, la realidad, lo que existe.

El tercer principio de la teoría del materialismo es el que afirma que el conocimiento —que es posible alcanzarlo— es un conocimiento absoluto en cuanto a su validez. En otros términos: el materialismo afirma que el conocimiento es el conocimiento verdadero, que no es un conocimiento dudoso, sino que es un conocimiento real, evidente.

En cuarto lugar, la teoría del materialismo afirma que el conocimiento humano es relativo. Es decir, que cuando se adquiere un conocimiento, éste es sólo el conocimiento que en ese instante de la evolución histórica de la humanidad es posible lograr. Dicho en otras palabras: la teoría del materialismo afirma que el conocimiento humano es siempre progresivo, que no es el mismo en las diversas etapas de la evolución histórica, sino que en cada momento el conocimiento ya no es precisamente el conocimiento del momento inmediatamente anterior.

En quinto lugar, la teoría del materialismo afirma que el conocimiento se adquiere mediante la razón, contraponiéndose a las doctrinas que afirman que el conocimiento humano se adquiere en virtud de causas congénitas a la existencia del hombre, como lo postula la teoría de las llamadas ideas innatas, o mediante la intuición, o mediante la revelación divina; y a todas las tesis que no admiten que el instrumento para el conocimiento es la razón.

El sexto principio que sustenta la teoría del materialismo, es el que afirma que el origen del conocimiento es la experiencia. Sólo ella, la experiencia del hombre sobre el medio en que vive, la experiencia del hombre sobre la naturaleza, la experiencia del hombre en la sociedad es la que puede originar el conocimiento, la que puede conducir al conocimiento.

El séptimo principio de la teoría del materialismo afirma que la única forma de probar si el conocimiento es válido, es mediante la práctica. La prueba de la validez del conocimiento es, en consecuencia, la práctica.

El octavo principio de la teoría del materialismo afirma que la naturaleza del conocimiento es la realidad. Es decir, que no es, como las doctrinas idealistas lo afirman, la conciencia del hombre la que determina la existencia sino, como dice Engels, la existencia es lo que determina la conciencia del hombre.

El noveno principio de la teoría del materialismo afirma que la conciencia humana, que es el reflejo de lo que existe afuera, la proyección del mundo exterior sobre el hombre, refluye a su turno sobre la realidad objetiva, sobre el mundo exterior. En otras palabras, este principio afirma que la conciencia transforma la existencia.

Y, por último, el décimo principio que postula la teoría del materialismo es el de que el ser y el pensamiento son substancialmente idénticos, que todo cuanto existe en la naturaleza y en la vida social, que todo cuanto existe en el universo, está com-

puesto de materia, de materia que piensa o de materia que se mueve, como decía Lenin. Hay, pues, una identidad substancial entre los fenómenos del universo.

Tales son los principios fundamentales de que consta la teoría del materialismo. Ahora veamos en qué consiste el método dialéctico, cuáles son los principios que postula la dialéctica, los principios que la constituyen, que la forman.

El primero es éste: hay una conexión entre todos los hechos y fenómenos del universo, entre todos los hechos y fenómenos que constituyen la naturaleza, la vida humana y la vida social.

El segundo principio es el que afirma que esta conexión es una conexión causal, que es una conexión de causa a efecto, que no es una conexión muerta o simplemente mecánica, sino que es una conexión activa.

El tercer principio es el que asegura que la conexión causal es recíproca, que hay una interacción entre los fenómenos del universo. Todos los fenómenos son causas y efectos a la vez, efectos y causas al mismo tiempo.

El cuarto principio postula la simultaneidad de la causa y el efecto. Esta conexión entre los fenómenos, esta conexión causal, esta conexión causal recíproca, es una conexión simultánea. Así se explica la gran riqueza de la realidad.

El quinto principio de la dialéctica declara que todo cuanto existe se halla en movimiento. Los fenómenos se conectan entre sí; los fenómenos se relacionan de una manera causal; los fenómenos se vinculan en virtud de una causalidad recíproca y simultánea; pero esta relación, esta conexión, esta interacción simultánea se halla en movimiento.

El sexto principio de la dialéctica es el que afirma que el movimiento se origina por la oposición de fuerzas antagónicas. La conexión, la interacción de los fenómenos, su interacción causal, simultánea y en movimiento, produce fuerzas antagónicas en el desarrollo de las cosas, en el desenvolvimiento de los fenómenos.

El séptimo de los principios de la dialéctica consiste en decir que la oposición se resuelve siempre; que no es una oposición que se mantenga de un modo indefinido; y que la resolución de la lucha de los contrarios da lugar a un hecho nuevo; la oposición se resuelve en una composición o síntesis.

Este movimiento, declara el octavo de los principios de la dialéctica, esta oposición de las fuerzas antagónicas, esta lucha de los contrarios, este antagonismo en el curso del movimiento, en el desarrollo causal y simultáneo, implica una serie de cambios cuantitativos. El desarrollo de las cosas produce siempre una transformación de las cosas. El desarrollo de los fenómenos, su cambio, produce inevitablemente una transformación de los fenómenos.

Al principio, estos cambios son simplemente cambios cuantitativos, cambios de cantidad; pero —y éste es el noveno de los principios de la dialéctica— cuando se han acumulado ya los cambios cuantitativos, por la lucha de los contrarios, por la oposición de las fuerzas antagónicas, se produce un cambio cualitativo, un cambio de calidad.

La dialéctica postula por último —y es el décimo de sus principios—, que el cambio que es, a la postre, un cambio de cantidad a calidad, es siempre un cambio súbito. En tanto que los cambios sucesivos de cantidad son cambios evolutivos, el tránsito del cambio cuantitativo al cambio cualitativo es siempre súbito, representa un salto en la evolución.

Veamos ahora, explicado ya en qué consiste el materialismo dialéctico, recordadas cuáles son las características de la teoría del materialismo y del método de la dialéctica—, cuál es el contenido fundamental del materialismo histórico, o sea la aplicación de los principios de la dialéctica materialista al conocimiento del origen y del desarrollo de la sociedad humana.

En primer lugar, el materialismo histórico afirma que la vida social está determinada por las condiciones materiales. Estas condiciones materiales son tres: el factor geográfico, el factor demográfico, y el factor económico. Dentro de estos tres factores, declara el materialismo histórico, el factor económico es el determinante.

El factor económico es el modo de la producción, es decir, la manera de producir los bienes que el hombre necesita para su subsistencia.

Ahora bien, el modo de la producción tiene dos elementos: las fuerzas productivas y las relaciones de la producción. En cuanto a las fuerzas productivas, éstas consisten fundamentalmente en los instrumentos de la producción, en la fuerza humana de trabajo y en los hábitos productivos, o sea la técnica. Respecto de las relaciones de producción, el desarrollo histórico presenta cinco etapas en la evolución de la humanidad: el comunismo primitivo, la esclavitud, el feudalismo, el capitalismo y el socialismo.

Esto constituye la estructura de la sociedad. Por encima de ella se encuentra lo que la doctrina marxista llama la superestructura. Es decir, las ideas, que se expresan de muchas maneras, de diversos modos: en la filosofía, en la religión, en el derecho, en el arte, etcétera, etcétera.

Entre las superestructuras se halla la ciencia. La ciencia fundamentalmente está dividida, para el fin del conocimiento por parte del hombre, en lo que llamamos las ciencias naturales y en lo que designamos con el nombre de ciencias sociales. Las ciencias naturales no solamente explican la naturaleza, sino que aplicando sus principios, ayudan poderosamente a la transformación del medio geográfico. De ese modo, la superestructura, la ciencia, se vincula, se relaciona con la estructura de la sociedad humana.

Por tanto, estamos ya en posibilidad de afirmar uno de los principios fundamentales del materialismo histórico, el principio de orden general que corresponde a todos los hechos y fenómenos del universo pero que, aplicado al conocimiento concreto de la sociedad humana, nos entrega la ley particular del proceso de la sociedad misma: el principio de que la sociedad se encuentra en constante desarrollo, y de que el desarrollo está determinado fundamentalmente por los instrumentos de la producción económica. Estos, a su vez, los instrumentos de la producción material, originan un

crecimiento de las fuerzas productivas; y el desarrollo, el crecimiento de las fuerzas productivas produce, a su turno, constantes cambios en las relaciones de producción.

En un momento dado de su desarrollo, dice Marx, las fuerzas productivas entran en contradicción violenta con las relaciones de producción. Se opera entonces un cambio de cantidad a calidad, se realiza entonces un cambio súbito del sistema social establecido. Este cambio, que es el cambio de la estructura de la sociedad, produce a su vez el cambio de las superestructuras, el cambio de las ideas, en la filosofía, en la religión, en el derecho, en el arte, en la ciencia. Pero, de acuerdo con los principios del materialismo y de la dialéctica, este cambio en la superestructura refluye a su vez en los instrumentos de la producción, y así se cierra el ciclo que explica el proceso histórico ininterrumpido.

Se descubre la electricidad, por ejemplo, y este cambio, este conocimiento nuevo, influye en los instrumentos de la producción. Al influir en ellos, la producción se desenvuelve, se desarrolla; llega un momento en que existe un desequilibrio entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, y se produce entonces el cambio, y así, sucesivamente, se realiza el desarrollo de la sociedad humana: de estadios cuantitativos a estadios cualitativos, en un proceso caracterizado por la acumulación de cambios constantes de cantidad, imperceptibles a veces, que dan la impresión de la existencia de la quietud y del reposo, pero que en un momento dado producen cambios súbitos, cambios cualitativos. Por eso es tan diferente la doctrina del materialismo histórico a las teorías evolucionistas que se basan sólo en la afirmación de que el proceso de la sociedad es un simple cambio o una serie de cambios de carácter cuantitativo. Los que afirman que los cambios en el universo y en la historia, en la sociedad, son simples cambios de cantidad y no de calidad, llegan a conclusiones falsas en el campo de la acción práctica; incurren de un modo fatal e inevitable, en desviaciones de toda índole.

Estas son las características del materialismo dialéctico. Estos son los principios del materialismo histórico. Esta es, esencialmente, la serie de leyes que rigen el proceso de cuanto existe, y a la luz de las cuales debemos nosotros enfocar el análisis concreto de una realidad determinada.

Pero no basta saber en qué consisten los principios que constituyen la doctrina marxista. Es importante saber también cómo se niegan estos principios, y por quiénes. Es decir, frente a los que afirmamos que la doctrina marxista es la única doctrina científica para el conocimiento y para la acción, se yerguen los negadores de la doctrina marxista. Hay que saber por qué se niega a la doctrina, o por lo menos, quiénes son los que la niegan y por qué se puede incurrir en una negación que no es válida, pero que a veces tiene todo el aspecto de una repulsa legítima de la teoría del materialismo y del método dialéctico.

Hay tres maneras de negar el marxismo: la primera es haciéndolo abiertamente. Los que lo niegan así son fundamentalmente los partidarios de las doctrinas metafísicas que preconizan la inmutabilidad del ser, y los idealistas, que afirman la pre-



eminencia de la razón sobre la naturaleza, la preeminencia de la conciencia sobre la naturaleza. Otra manera de negar el marxismo es deformándolo; y la última manera de negar el marxismo, es pretendiendo hacer de él un dogma.

Los que lo deforman casi siempre son los que se llaman marxistas, o dicho en otros términos más correctos: se dicen siempre marxistas los que deforman el marxismo.

¿Cómo puede deformarse el marxismo? No aplicando completa la teoría del materialismo o aplicando incompletamente el método dialéctico. Ya hemos dicho que si se trata de explicar el tránsito de la sociedad capitalista a la sociedad socialista, sin ayuda de la economía política, del materialismo histórico y del materialismo dialéctico, se incurre de un modo inevitable y fatal en errores. Ya hemos visto que si se trata de explicar el desarrollo de la sociedad capitalista, es decir, si se trata de explicar la economía política sin ayuda del materialismo histórico y del materialismo dialéctico, se incurre también en errores. Ya hemos visto que no se pueden explicar las leyes que rigen el desarrollo de la sociedad humana, o sea el materialismo histórico, sino a la luz de los principios del materialismo dialéctico. En consecuencia, los deformadores del marxismo casi siempre son aquellos que hacen un análisis sólo político de la sociedad, y que no hacen a la vez un análisis económico de la sociedad humana; o bien los que realizan un análisis económico de la sociedad y no realizan al mismo tiempo un análisis político de la sociedad humana. El que hace el análisis sólo político y no económico, no es marxista. El que hace un análisis económico, y no hace un análisis político, no es un marxista. Por esto, todos los reformadores del marxismo, todos los revisionistas del marxismo, tienen la misma característica en todas las épocas, no importa el país en donde habiten: el abandono de los principios del materialismo dialéctico, de la filosofía marxista, o bien del abandono de los principios del materialismo histórico o de la economía política.

En cuanto a los que niegan el marxismo porque hacen de él un dogma, es importante también decir unas palabras: este fetichismo es posible porque confunden la filosofía marxista con la aplicación concreta que de esta filosofía hicieron Marx, Engels y Lenin, principalmente. Los que tratan de hacer un dogma, un fetiche del marxismo, violan de un modo completo el método dialéctico, su esencia, es decir, el movimiento, la noción del movimiento, la noción del cambio que se encuentra en todas las cosas: niegan la existencia de la dialéctica aplicada a la historia, es decir, niegan el devenir.

Hay ideas e inclusive métodos para la acción preconizados en las obras fundamentales del marxismo, que han dejado de tener validez simplemente porque el mundo de hoy es distinto al mundo que existía cuando esas obras fueron escritas. Lo que es permanente en las obras marxistas es la dialéctica marxista, los principios de la dialéctica y los principios del materialismo. Lo que es constante y válido en ellas es la dialéctica de la naturaleza. Lo que no cambia son los principios del materialismo histórico. Lo que es invariable es el análisis de la economía política. Lo que es certero es el conjunto de los principios del socialismo científico. Lo que cambia es el hecho

de un día, el fenómeno concreto; el acontecimiento histórico determinado; el conjunto de fenómenos en constante conexión, en constante interacción causal, en constante movimiento, en constante cambio, en tránsito súbito cualitativo, seguido de nuevos cambios cuantitativos y de posteriores cambios de calidad. Por eso no se pueden tomar a la letra los textos del marxismo, sin comprender el método, sin comprender la teoría, sin entender las normas de orden general que explican la naturaleza, la vida humana y la vida social.

Hay ejemplos numerosos y muy importantes acerca de estos errores fetichistas en distintas épocas del marxismo; pero no es necesario recordarlos todos; será útil recordar sólo algunos de ellos.

Marx dijo que la revolución social principiaría en el mundo probablemente en el país de mayor desarrollo industrial, en Alemania; sin embargo, la revolución se inició en el país más atrasado de Europa, en Rusia. Tomando a la letra las palabras de Marx y desentendiéndose de las causas políticas y de los hechos económicos que explican la hipótesis de Marx y el desarrollo posterior de los acontecimientos que explican el surgimiento de la revolución en otra región del mundo, se llega a la conclusión de que Marx no era marxista y de que cometió un grave error. Pero analizando los acontecimientos a la luz de la economía política y del materialismo histórico, el supuesto error queda aclarado.

Se ha afirmado también la imposibilidad del socialismo en un solo país en algunos de los textos que podríamos llamar clásicos del marxismo. Sin embargo, no solamente Lenin y Stalin demostraron la posibilidad teórica de la existencia de un régimen socialista en un solo país, sino que edificaron el socialismo en Rusia.

Tomada a la letra, asimismo, la concepción de la “Nueva Política Económica” (NPE), podría afirmarse que significaba un retroceso —y me basta recordar a este respecto, el debate provocado en su época—, una falta de aplicación de los principios marxistas. Sin embargo, éste es un caso típico de la marcha, del desarrollo de la sociedad, no en línea recta sino en zig-zag, de un retroceso para volver a avanzar después.

Otro ejemplo es el del juramento de Stalin ante el cadáver de Lenin, consistente en que los comunistas reforzarían y ampliarían la Internacional Comunista. Tomando a la letra estas palabras de Stalin, podría afirmarse que la disolución de la Internacional Comunista era un acto que negaba el marxismo; sin embargo, no es verdad: la Internacional Comunista desapareció en el momento en que debía haber desaparecido, por haber cumplido su objetivo histórico.

Y ahora mismo, para no hacer más numerosos estos ejemplos, asistimos a un debate teórico de suma importancia desde el punto de vista de la doctrina marxista. Dimitrov, el antiguo jefe de la Internacional Comunista, acaba de declarar, hace apenas unos días que, en determinadas condiciones, y contando con el tiempo y con el desarrollo de las nuevas economías nacionales, surgidas en algunos países de la Europa Central y Sud-Oriental, se podría llegar al socialismo sin la dictadura del proletariado. Y los jefes de los partidos comunistas y socialistas en Checoslovaquia y Polonia

discuten este tema, desde el punto de vista teórico, y han firmado un pacto y han hecho exposiciones de un enorme valor no sólo para la doctrina, sino para la fijación de la teoría y como ejemplo de aplicación de la doctrina marxista.

No podría, pues, hacerse del marxismo un dogma, ni emplear el procedimiento de ir a los libros fundamentales del marxismo, para encontrar soluciones concretas en ellos para realidades que se presentan siempre nuevas en el desarrollo de la sociedad. La única forma de evitar el error de hacer del marxismo un dogma, es la aplicación perpetua del marxismo, la reaplicación del marxismo a los fenómenos concretos de la vida social. Si no se aplica el marxismo a un hecho dado, en un momento dado, en un sitio dado dentro del desarrollo de la sociedad, se puede incurrir en gravísimos errores. Por eso la única forma es tomar el objeto del conocimiento, el fenómeno, el hecho, el período histórico que se quiere investigar, como algo nuevo, a la luz de los principios del marxismo. Como dice Stalin: "Determinar de acuerdo con la situación, las vías y los métodos que permitan realizar el marxismo. Modificar estas vías y medios cuando la situación cambie... No es en las analogías y paralelos históricos en donde hay que encontrar las directivas y las indicaciones, sino en el estudio de las condiciones del medio... No hay que apoyarse en citas y en sentencias, sino sobre la experiencia práctica de la que hay que servirse para verificar cada uno de los pasos, extrayendo lecciones de los propios errores y enseñando a los otros a llevar una vida nueva". "Esto es —dice Stalin— lo que explica que en la actividad de los bolcheviques, la acción no desmiente a la palabra y que la doctrina de Marx conserve entera su fuerza revolucionaria viva." "A ellos —dice Stalin— se les aplica perfectamente estas palabras de Marx: «Que los marxistas no queden contentos con explicar el mundo, sino que deben ir más lejos, para modificarlo»."

Si queremos, pues, tener un conocimiento marxista, científico, de la realidad de hoy, para inferir de este conocimiento las deducciones que necesitamos en la acción práctica, es indispensable analizar el medio concreto de nuestro tiempo; saber en qué consiste la realidad rica y viva de un hecho nuevo, diferente a la realidad de otro tiempo, conectada con las realidades de ayer, en virtud de la conexión, de la interacción, de las relaciones sociales, de todo el proceso del desarrollo histórico que hemos analizado, pero al fin y al cabo realidad nueva, realidad viva, concreta, que sólo se explica con los principios del materialismo dialéctico, del materialismo histórico, de la economía política.

¿Cuál es, entonces, este mundo nuestro de ahora? ¿En qué consiste lo que podríamos llamar el mapa del mundo en 1947? ¿Qué hechos lo distinguen, lo definen, lo caracterizan?

Los hechos que caracterizan a nuestro mundo, a este mundo concreto de hoy, son los siguientes: Primero, nos hallamos en la época de la transición histórica entre el capitalismo y el socialismo. Segundo, el mundo se halla dividido en dos grandes sistemas: el capitalismo, que prevalece aún en la mayoría de los países, y el socialismo, que existe en la sexta parte de la tierra. Otro hecho es el de que el capitalismo se halla en su última etapa, la etapa del imperialismo, que es el capitalismo en proceso

de descomposición. Otro hecho más que caracteriza a nuestro mundo, es el de que dentro de esta etapa del imperialismo hay una crisis general del capitalismo.

Otro hecho más que caracteriza a nuestro mundo es el de que, a consecuencia de la Segunda Guerra Mundial particularmente, ha habido un debilitamiento del imperialismo, en escala mundial, porque la Alemania hitlerista, que era el país industrial más importante de Europa; el Japón, el país industrial más importante del Oriente; Italia, un país de gran desarrollo industrial en el norte de su territorio, y sus influencias y relaciones económicas con la Europa Occidental, han resultado quebrantadas a consecuencia de la victoria de las Naciones Unidas.

Otro hecho es, en contraposición a éste, que si bien es cierto que el imperialismo se ha debilitado en escala mundial, en cambio se ha concentrado en un solo país: en los Estados Unidos de Norteamérica.

Otro hecho más es el de que el socialismo se ha concentrado en la URSS, en un solo país. Cuando yo hablo de que el imperialismo se ha concentrado en un país, no quiero decir que no haya otros países imperialistas. Cuando digo que el socialismo se ha concentrado en un solo país, no quiero decir que no haya otros países influidos por el socialismo. Hablo de las características históricas de nuestro mundo.

Otra de las características es la de que hay dos grandes potencias, sólo dos en la Tierra, cuyo poder económico, militar y político, es superior al poder económico, político y militar de otros países.

Otra consecuencia o característica de nuestro mundo de hoy, es la inestabilidad de la paz, la no existencia de una paz firme, el debate aún entre la posibilidad de una guerra inmediata o la posibilidad de una paz bien asentada.

En el resto del mundo, el panorama es el siguiente: por lo que toca a los países independientes, desde el punto de vista político, hay una serie de formas nuevas, de situaciones peculiares, diferentes las unas de las otras. En primer lugar, las formas de transición del capitalismo al socialismo. A consecuencia de la guerra, la liberación de los pueblos de la Europa Central y Sud-Oriental, por lo que se refiere a la clase obrera y a las fuerzas progresistas, tuvo alcance de una revolución, porque en muchos de estos países, el imperialismo que intervenía en su vida material y política, era fundamentalmente el imperialismo alemán que los estaba sojuzgando desde el punto de vista militar, y porque los aliados domésticos del imperialismo extranjero eran las fuerzas reaccionarias de estos países. Al provocarse el movimiento de insurrección de los pueblos en contra del invasor, para liberarse de un modo completo, se operó un movimiento de transformaciones importantes: como se sabe, las tierras han sido nacionalizadas en su casi totalidad y entregadas a los campesinos, las industrias todas han sido nacionalizadas —las que merecen este nombre, como las industrias extractivas, la industria de transformación, la industria del transporte; ha sido expropiada la banca, y, en general, todos los elementos de la producción económica. No ha sido suprimida, desde el punto de vista legal, la propiedad privada; pero la propiedad privada que subsiste está en una medida que no puede compararse por su importancia con la propiedad estatal, con la propiedad nacional.

Estos son regímenes que podríamos llamar de nuevo tipo de democracia, una nueva democracia popular, profundamente popular que se halla en tránsito del capitalismo al socialismo. Contrastando de un modo violento con esta forma de transición del capitalismo al socialismo de las nuevas democracias populares en los países de la Europa Central y Sud-Oriental, al otro extremo de Europa sobrevive aún el régimen fascista con todos sus atributos y características, representado por los regímenes de España y Portugal.

En medio de estos dos tipos de regímenes diametralmente opuestos, en los dos extremos geográficos del Continente Europeo, hay también formas peculiares de organización económica y política. En la Gran Bretaña, la forma tradicional capitalista de gobierno ha sufrido modificaciones. El Imperio Británico se halla en crisis. Por primera vez en muchos y largos años, la libra esterlina está a punto de entrar en una etapa de crisis. Se hacen esfuerzos desesperados por rehabilitar la industria inglesa que, a pesar de su eficacia, es una industria artesanal comparada con la industria de producción en masa de los Estados Unidos. Se busca la forma de mantener el Imperio Británico, y por eso se ha recurrido además de a la nacionalización de ciertas fuentes de la producción, a una serie constante de planes (el Bloque Occidental, etcétera, etcétera), que tienen por objeto, exclusivamente, la rehabilitación de la industria británica, mediante la ayuda y la cooperación de la industria de la Europa Occidental, para defenderse de los Estados Unidos y para servir a los intereses del propio imperialismo británico desde el punto de vista de la política internacional.

En Francia la lucha es violenta entre las fuerzas mejores del proletariado y del pueblo y las fuerzas de la regresión; contra las supervivencias de las fuerzas que representó el gobierno de Vichy; contra las fuerzas que tuvieron alianza orgánica y pública con la Alemania hitlerista. La lucha de los partidos del pueblo contra las fuerzas políticas de la regresión es vigorosa, pero se ha avanzado no sólo en la representación de las fuerzas del proletariado y de las fuerzas populares progresistas dentro de un gobierno de coalición, sino que en el campo de la economía ya hay el principio de una política de lucha contra los monopolios, contra las doscientas familias, tratando de controlar los monopolios y de hacer que la economía francesa marche por un camino que permita al pueblo no sólo elevar su estándar de vida, sino, sobre todo, la rehabilitación general de la economía nacional.

En Italia ocurre una crisis caracterizada también por una lucha importante entre las viejas fuerzas de la reacción y los monopolios y las nuevas fuerzas organizadas del pueblo. Hay una lucha importante de las grandes mayorías del pueblo por su progreso económico y político. El advenimiento de la República Italiana marca el principio de una nueva etapa histórica de gran importancia para el porvenir de su país. Esta es una democracia nueva, popular, que implica grandes reformas, la reforma agraria, la reforma de la política industrial, la reforma de la política bancaria, etcétera, etcétera.

Eso en cuanto a los países independientes, tomando sólo a los más representativos. En cuanto a los países semicoloniales, la situación que presenta el mundo de hoy es también diferente: en China, como sabemos, hay una lucha tremenda por parte de las

fuerzas del pueblo, que aspiran a una democracia profundamente popular, a una unidad nacional viva, contra las fuerzas del pasado esclavista, representadas por los señores feudales que no quieren el gobierno de la unidad nacional, porque quieren conservar sus privilegios de una manera indefinida, y contra la intromisión de fuerzas del exterior, particularmente de los grandes monopolios extranjeros de los países capitalistas, que quieren impedir la unidad nacional en China, o hacer que la unidad nacional se realice de un modo ficticio, para privilegio también del propio imperialismo extranjero.

En los dominios del Imperio Británico, en Canadá, en Australia, en Nueva Zelanda, se opera también un proceso, si bien no con las características de violencia o de lucha política que se ven en otros sitios, no por eso menos importante y sistemático. Los dominios del Imperio Británico desean su emancipación económica respecto del Imperio; es decir, las fuerzas populares con el proletariado a la cabeza, las fuerzas progresistas de Canadá, de Australia, de Nueva Zelanda, de Sud-Africa, desean no sólo la independencia política sino la independencia económica de su nación, y por eso, con motivo de la Segunda Guerra Mundial, la relación económica de estos dominios del imperio con fuerzas económicas no británicas, ha vuelto a representar en el escenario mundial una lucha interimperialista pero que en el campo del desarrollo interior representa una perspectiva frente a la dependencia orgánica y aceptada sin protestar, que anteriormente había venido caracterizando ese vínculo entre los dominios y la metrópoli.

En Turquía, a pesar de la revolución política, ya desde hace unos años la situación se caracteriza también por la disputa entre las fuerzas del proletariado y del pueblo tratando de romper la vieja estructura, feudal y esclavista en muchas formas aún prevalecientes en el país, y a la vez por la lucha en favor de la emancipación de la nación frente a los monopolios extranjeros, frente a los intereses materiales creados por las fuerzas del exterior.

En cuanto a la América Latina, se opera en estos momentos, y ésta es otra de las características de nuestro mundo de hoy, un renacimiento del deseo de emancipación en cada uno y en todos los países latinoamericanos, frente al imperialismo extranjero. La guerra mundial pasada, con la Carta del Atlántico, con los compromisos posteriores a este documento, hicieron creer a los pueblos de la América Latina que, vencido el enemigo común, se presentaría la oportunidad para un rápido desarrollo económico y político en todos sus países. Y, además, la lucha, las discrepancias, la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas en la mayor parte de los pueblos de la América Latina y las relaciones de la producción, han llegado a tal punto, que no hay más que dos salidas posibles: o bien la solución progresista, positiva, para el porvenir inmediato de la América Latina rompiendo, destruyendo las formas artesanales y feudales de la producción, o bien el salto atrás, el retroceso de los pueblos de la América Latina, aprovechando la situación presente las fuerzas reaccionarias y con ayuda del imperialismo extranjero. Por eso ha renacido, terminada la guerra, este deseo de emancipación de los pueblos de América Latina.

Y en cuanto al mundo colonial, ésta es otra de las características más importantes del panorama del mundo de hoy; la revolución colonial contra el imperialismo. En la India, en Indo-China, en Indonesia, en Birmania, en los países árabes, en las colonias de Africa se vive en estos momentos en plena revolución, en plena insurrección, en una o en otra forma, contra el imperialismo; sin embargo, en cada país los objetivos inmediatos y los objetivos mediatos, comunes: la emancipación del imperialismo, la libertad política y económica, la meta a alcanzar, desde luego, varía. En la India se lucha por obtener la independencia política sin romper los vínculos totalmente con el Imperio, y como organización jurídica del país nuevo, se trata de formular una Constitución que se asemeje a la de los Estados Unidos de Norte América. En Indo-China la revolución victoriosa desea también la República de Viet Nam, que no ha podido ser consolidada todavía. La vieja política colonialista de los monopolios franceses, de las Docientas Familias, lucha en el interior de Francia y en las colonias con el objeto de impedir la consolidación de una República verdadera en estos pueblos. Por esa causa hay una contradicción, no sólo la lucha armada que en estos momentos presenciamos, sino una contradicción que opera tanto en Indo-China como en la propia Francia.

En Indonesia se ha constituido también un nuevo país, una nueva nación desde el punto de vista jurídico: Sumatra, Java, la pequeña Isla de Madura, constituyen la República de Indonesia como fruto de una rebelión de los pueblos contra el imperialismo holandés. En Birmania, ayer mismo recorrían las calles de la capital miles y miles de hombres y mujeres —trabajadores principalmente— del pueblo, con el objeto de ofrecer su apoyo a sus dirigentes, y a su embajador que negocia con la Metròpoli Británica la independencia política. Y en los países africanos, a pesar de que la lucha es menos visible, como ocurre en el caso de Sud-Africa, dominio del Imperio Británico, es una lucha por la emancipación real.

Y por lo que a las colonias típicas se refiere, también el movimiento de los trabajadores, de las masas autóctonas, para alcanzar por lo menos la elevación del nivel de vida del pueblo y posteriormente su libertad política, es un movimiento de importancia.

Este es el panorama del mundo hoy; pero es menester, ya que somos parte los mexicanos de un Continente particular, con fisonomía propia, que nos detengamos un momento a ver cuáles son las características en el Hemisferio Occidental. En éste, en nuestro Hemisferio, hay fundamentalmente dos conjuntos de países: los anglosajones, que tienen como núcleo las fuerzas decisivas de los Estados Unidos (y hablo en plural de los anglosajones, porque el Canadá es un país anglosajón también desde el punto de vista de la preeminencia económica proveniente de los Estados Unidos), y el conjunto de países que forman la América Latina.

La característica en los Estados Unidos es la del crecimiento de los monopolios durante la Segunda Guerra Mundial. Este fortalecimiento de los monopolios ha producido de un modo fatal un cambio de carácter político. Es decir, aun cuando presentados los hechos de una manera muy esquemática, podríamos afirmar que el crecimiento de los monopolios, su gran desarrollo, su enorme desenvolvimiento, los empuja hacia la toma del poder político. ¿Cuáles son los efectos de estos hechos, de estos hechos econó-

micos y políticos? Hay desde luego, uno que constituye un efecto en el campo económico, de una enorme importancia: los planes, los programas de carácter económico, de acuerdo con los cuales el capital americano tendría una importancia hegemónica en el mundo. El llamado Plan Clayton, que fue presentado en la Conferencia de Cancilleres de los países americanos realizada en Chapultepec, en los primeros meses del año de 1945, que pretendía en la práctica, que los países de la América Latina mantuvieran su estructura económica actual y no aspiraran a un rápido desenvolvimiento industrial, particularmente mediante el sistema de la reducción de tarifas aduaneras en los nuevos centros de producción. Ese propósito del Plan Clayton para los países americanos ha sido ampliado al mundo entero, en un nuevo Plan, formulado también por el señor Clayton, Subsecretario del Departamento de Estado, y presentado como un deseo de los Estados Unidos. Este nuevo Plan Clayton de carácter mundial, también presentado en su meollo, de un modo esquemático, podría decirse que consiste en pedir que el mundo se mantenga en el porvenir inmediato como hasta hoy, para que el enorme volumen de la producción industrial de los Estados Unidos tenga mercados asegurados en todas partes, para que el capital sobrante de los Estados Unidos tenga mercados seguros de inversión, y que la enorme maquinaria industrial de los Estados Unidos tenga aseguradas sus fuentes de materias primas.

Ayer no más, el Presidente Truman, ante la perspectiva de estos arreglos económicos, de carácter internacional, hablaba de la necesidad de la supresión de las barreras aduanales.

Otro de los efectos en el campo económico ha sido la noticia de los empréstitos de los Estados Unidos a diferentes países del mundo, empréstitos de post-guerra. Quiero recordar sólo uno, un caso como ejemplo: el empréstito hecho por el gobierno americano al gobierno británico. Este empréstito, que ha sido objeto de comentarios de todo tipo, es en realidad un caso revelador de este efecto económico del crecimiento de los monopolios durante la Segunda Guerra Mundial en el gran país del Norte de América. Consiste el empréstito, como se sabe, en un acto de ayuda a la industria británica, pero hasta el límite justo para que ésta jamás, en ninguna circunstancia, pueda hacerle competencia a la industria yanqui, y a condición de que el Gobierno inglés permita, disminuyendo las tarifas y barreras aduanales, que las mercancías americanas de cierto tipo pasen al mercado británico, y también impidiendo que Inglaterra pueda hacer alianzas de carácter económico y financiero con ciertos países de Europa, con el fin de formar un bloque, una alianza o asociación que tuviese como intención, aun cuando remota, la competencia con la producción industrial de Estados Unidos.

Yo recuerdo ahora las palabras cruzadas entre Churchill y el Primer Ministro Attlee, cuando el convenio fue aprobado por el Parlamento inglés; el disgusto, la crítica de Churchill para el gobierno, y la respuesta del representante del gobierno. La mejor frase de aquel intercambio de opiniones y de palabras, todas lastimeras, fue quizás ésta: "Sí, tenemos la sensación del hombre que acaba de abandonar la casa del empeñero".



Otro de los hechos de carácter económico que es el fruto también de este enorme desarrollo de las fuerzas monopolistas de los Estados Unidos, es la política de control de la producción petrolera mundial por parte de los intereses yanquis, en alianza a veces, según el caso, con los intereses del imperialismo británico. Ayer no más también hubo una protesta, según la información publicada por la prensa de México, del gobierno francés y del gobierno soviético, no de un modo oficial, según los datos a que aludo, pero por lo menos de una manera oficiosa, contra el convenio concertado que trata de darle al bloque anglosajón —manteniendo naturalmente los Estados Unidos la primacía o la hegemonía dentro de esa misma alianza—, el control de la inmensa mayoría de la producción del petróleo.

Estos hechos bastan para demostrar los efectos económicos que este crecimiento de los monopolios está produciendo en la política exterior de los Estados Unidos; pero también ese desarrollo de los monopolios ha tenido efectos políticos. Podríamos decir que estos efectos políticos se caracterizan por la lucha de las propias fuerzas monopolistas contra todas las fuerzas democráticas, contra el movimiento obrero, dentro y fuera de los Estados Unidos.

Ya hace tiempo que el *New Deal* del Presidente Roosevelt, todo ese conjunto de garantías tendiente a elevar el nivel de vida de las masas trabajadoras, a asegurarles una compensación en los casos de desalojo del trabajo, etcétera, han venido siendo destruidas de un modo paulatino y firme. Pero el hecho que caracteriza más este efecto político del crecimiento de los monopolios, que es, naturalmente, el complemento del efecto económico, es la derrota electoral del Partido Democrático de hace apenas unos cuantos meses.

Pero otro hecho, además del económico y del político, otro efecto es el militar, y éste para nosotros de un modo principal, consiste en el proyecto, en el plan llamado Truman, para la organización militar del Continente Americano.

Hay otros hechos que podrían agregarse a los mencionados, para caracterizar la situación actual en los Estados Unidos, pero a mi juicio, basta con los ya expuestos para afirmar que la fisonomía típica en este momento histórico de los Estados Unidos, está delineada por el desarrollo enorme de las fuerzas monopolistas, y por los efectos económicos, políticos y militares que dentro de su país, y también fuera de su país, en el terreno internacional, ha producido este gran desenvolvimiento de las fuerzas del imperialismo.

En la América Latina, ahondando un poco más en la presentación del panorama de hoy, y partiendo de que el desequilibrio ya mencionado entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción existe, se puede explicar la inestabilidad política en muchas partes, el constante cambio político, la lucha que representa este conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción entre las clases progresistas y las regresivas, entre las que figuran las que representan los agentes del imperialismo extranjero. Este es un hecho fundamental para entender el panorama de los países semicoloniales de nuestro Hemisferio. Por eso también este hecho es uno de los más

importantes para poder explicar cuáles han sido la táctica y la estrategia, y cuáles son los objetivos del movimiento obrero como vanguardia de los pueblos latinoamericanos.

Por primera vez en la historia, existe una fuerza popular unificada en los veinte países de la América Latina bajo el mismo programa, y que influye de un modo importante en la opinión de las masas del pueblo. Esta fuerza la constituye la Confederación de Trabajadores de América Latina. El programa de la CTAL, aprobado en su Congreso realizado en Cali, Colombia, en el mes de diciembre de 1944, para el período de la postguerra, es un programa consistente en la revolución industrial de los países latinoamericanos, desde la transformación de la agricultura hasta la transformación de la política del crédito, pasando por el desarrollo de las industrias extractivas, de las industrias de transformación y de los transportes. Este programa condiciona las inversiones del capital extranjero en nuestros países; su objetivo es el de elevar el nivel de vida de sus pueblos y aumentar la renta de los Estados, para que éstos puedan atender los servicios públicos; para acelerar, en suma, el tránsito de la etapa del capitalismo mercantil en la que todavía vivimos como signo característico, a la etapa del capitalismo industrial.

A este programa de la CTAL y a la lucha consecuente por el programa se debe en parte la unidad nacional antiimperialista, concebida como la alianza de los obreros y de los industriales nacionales progresistas, con el fin de transformar la economía latinoamericana. Fruto también de esta línea de la CTAL, en parte, es el número importante de conferencias de carácter técnico que se han realizado en los últimos años y que se siguen realizando en casi todos los países de la América Latina entre industriales, productores en general, obreros, campesinos, técnicos, representantes del Estado, para estudiar concretamente cada una de las ramas de la producción y de los servicios públicos y tratar de mejorarlos.

Fruto también de este programa de la CTAL y de su actividad es, en parte, la existencia de instituciones de fomento de la producción que, con nombres parecidos, funcionan desde México hasta Chile, desde Guatemala hasta el Uruguay, en los actuales momentos.

Otro hecho, para completar este panorama del mundo en 1947 que caracteriza nuestra situación de hoy, es el fortalecimiento del socialismo en la Unión Soviética.

La guerra consolidó el régimen socialista en la URSS, porque la guerra es la prueba suprema a que un régimen social puede ser sometido, y el régimen socialista resultó victorioso de la prueba. Gracias a la planificación económica verdadera que existe en el país; gracias a los vínculos firmes e indisolubles entre el gobierno y el pueblo; gracias a las relaciones eficaces entre la producción y el ejército; gracias a la participación directa, enérgica y entusiasta de las masas populares, de una manera organizada, lo mismo en el frente de la producción que en el frente de la lucha armada; gracias al convencimiento de parte no sólo del Ejército Rojo, sino del pueblo entero de que al defender su patria no sólo trataban de liberarla del invasor, sino que estaban prestando un concurso enorme, de gran trascendencia, para el mundo entero, estaban luchando nada menos que por la liberación de todos los pueblos de la tierra amenaza-

dos por el mismo enemigo, fue posible la victoria del ejército y del pueblo soviéticos, del régimen socialista en contra de la Alemania nazi y sus aliados. Por eso, a pesar de las enormes pérdidas materiales, a pesar del enorme sacrificio de hombres que ha tenido que sufrir la URSS, la guerra ha consolidado el régimen socialista, y la mejor prueba de que este hecho, la consolidación del régimen socialista como una de las características importantes de nuestro mundo de hoy, es la concepción del nuevo Plan Quinquenal y la forma en que se está ya cumpliendo.

Mientras en otros países del mundo, en los países capitalistas, de escaso desarrollo o de gran desarrollo, como los países de Europa Occidental, el plan de reconstrucción tropieza con graves obstáculos, porque el pueblo lucha contra los monopolios, contra el grupo de los privilegios, y éstos hacen imposible la reconstrucción económica y social, y aparte de esto hay la interacción entre los monopolios de los países europeos y los monopolios de otros países que influyen e impiden también el programa de la reconstrucción, en la Unión Soviética el Plan Quinquenal de la reconstrucción, que tiende a sobrepasar el nivel de la producción antes de la guerra, se está cumpliendo de un modo matemático, como todas las tareas que la clase trabajadora y el régimen se señalan a sí mismos.

Este es el panorama del mundo en nuestro momento. Por eso algunos comentarios son indispensables como deducciones de esta presentación de hechos, para llegar al conocimiento de lo que significa el panorama mundial.

La conclusión que se desprende lógicamente de esta relación de acontecimientos, de esta presentación del proceso económico y político, es la de que existen diversas formas del desarrollo económico y democrático en el mundo, y de que es indispensable tener en consideración esta diversidad del desarrollo económico y democrático, para poder valorizar con exactitud no sólo el desarrollo histórico internacional, sino el desarrollo histórico propio, del propio país en que se vive y al cual se pertenece.

En resumen, podría decirse que las formas del desarrollo histórico presentan hoy una variedad mucho más grande que en ninguna otra época, y que esta diversidad tan importante, no es más que la confirmación del principio del desarrollo desigual en la historia, del principio del desarrollo diferente de las instituciones sociales, según el país y según el momento histórico en que se encuentren.

Una interpretación simplista del desarrollo histórico podría consistir en decir que el tránsito a través de la historia, el cambio de la sociedad humana, se ha caracterizado en pasar del régimen del comunismo primitivo al régimen de la esclavitud; de la esclavitud al feudalismo, más tarde al capitalismo, y por último al socialismo y que, en tal virtud, nuestra época de hoy es una época caracterizada por la instauración del régimen socialista, así como antes del advenimiento del socialismo en la Unión Soviética, la característica del mundo era la del paso al régimen capitalista.

Este sería un método completamente pueril, o una forma simplemente superficial de apreciar el proceso histórico, porque se confundiría lo que podríamos llamar la hegemonía histórica de un régimen social con la hegemonía de los diversos regímenes sociales en las diversas regiones geográficas del mundo.

Al aparecer la esclavitud con el Imperio Romano, en la absoluta mayoría de los países del mundo se sigue viviendo dentro del régimen del comunismo primitivo. Al aparecer el feudalismo, en la mayoría de las regiones de la Tierra sigue prevaleciendo el régimen esclavista, y en ciertos lugares subsiste el régimen del comunismo primitivo. Al surgir el capitalismo, en la mayoría de los países sigue prevaleciendo el régimen feudal, y en algunos lugares se mantiene el régimen esclavista, y en ciertas partes sigue existiendo el régimen del comunismo primitivo. Al aparecer el socialismo sigue prevaleciendo el régimen capitalista en los países de mayor desarrollo industrial, y también el régimen feudal y el régimen esclavista, y no desaparece de modo absoluto el régimen del comunismo primitivo. Esto quiere decir que el desarrollo histórico no ha sido uniforme, y que el proceso social provocado por la lucha de clases, por el desequilibrio entre el crecimiento de las fuerzas productivas y las fuerzas de producción, no ha sido igual ni ha llevado a los países al mismo grado de progreso. Por esa causa es muy importante darle la acepción exacta al concepto de lucha de clases.

Hemos visto a la luz del materialismo histórico que el desarrollo de la sociedad se produce por el desarrollo de las fuerzas productivas. En la esclavitud, en el feudalismo y en el capitalismo, en estos tres estadios de la evolución histórica, las fuerzas productivas y las relaciones de producción han estado representadas por clases sociales; es decir, las clases sociales son un caso de representación del conflicto entre las fuerzas productivas y de las relaciones de la producción. Por esa causa, la historia de la humanidad no es la historia de la lucha de clases estrictamente hablando, a la luz del materialismo histórico y del materialismo dialéctico. La historia de la humanidad es la historia del conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, porque de otro modo la historia comenzaría en la esclavitud y terminaría con el capitalismo. En el régimen del comunismo primitivo no había clases sociales, pero sí había conflicto entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, y en el régimen socialista no hay clases sociales, pero hay el desarrollo desigual de las fuerzas productivas y las relaciones de producción, y el ajuste constante entre las relaciones de producción y las fuerzas productivas, ajuste que no realizan las clases sociales sino el propio pueblo trabajador, el propio régimen socialista. Por eso hay que precisar cuáles clases sociales están en lucha en cada etapa histórica. La lucha entre burguesía y proletariado no es sino uno de los casos de la lucha de clases, uno de los casos de la lucha de clases en el tiempo y en el espacio.

Decir en nuestro mundo de hoy, en el mundo contemporáneo, que la característica del conflicto entre los contrarios, que la oposición entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción es una lucha entre burguesía y proletariado, es cierto; pero esto como esquema universal, como signo característico del proceso histórico, pero no es verdadero como afirmación de un hecho que se esté realizando de igual modo en todas las regiones del mundo y en todos los regímenes sociales existentes. Estamos en la etapa histórica de transición entre el capitalismo y el socialismo, y ya hemos visto que el panorama del mundo presenta formas muy diversas del desarrollo social.

Por otra parte, hay que tener en cuenta un hecho nuevo, típico de hoy, cuya génesis y desarrollo y normas de desenvolvimiento conocemos gracias a Lenin: el imperialismo. Porque sin tomar en consideración este factor determinante en muchos casos de la vida de países alejados del país de origen del imperialismo, no se podría entender la lucha de clases, las contradicciones entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

Hay países cuyas relaciones de producir coinciden con el desarrollo histórico. El caso es justamente el de los Estados Unidos. Por eso en los Estados Unidos, la lucha es típicamente la lucha entre proletarios y burgueses; pero hay países cuyas relaciones de producción no coinciden con el desarrollo histórico; por eso en ellos la lucha de clases tiene características propias. En la medida en que el régimen social de un país determinado se aleja del régimen que caracteriza el desarrollo histórico, la lucha entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción adopta características distintas. Por eso podemos afirmar que hay diferentes grados en el desarrollo de las revoluciones por razón del tiempo, del mismo modo que existen diversos grados de desarrollo en las revoluciones por razón de su ubicación.

La revolución democraticoburguesa, por ejemplo, no puede ser igual en nuestra época a las revoluciones democrático-burguesas anteriores. La revolución democrático-burguesa en Inglaterra, verbigracia, dentro del cuadro mundial del feudalismo, tuvo características propias, como las tuvo la revolución antifeudal, antiesclavista y burguesa de los Estados Unidos, dentro del cuadro mundial de la libre competencia; como las ha tenido la revolución democraticoburguesa en México dentro del cuadro mundial del imperialismo. Por eso la tesis trotskista de la revolución social simultánea en todo el mundo es una de las afirmaciones más categóricamente contrarias al materialismo dialéctico y al materialismo histórico, a la economía política y al socialismo científico. Por eso también la tesis reformista consistente en que para llegar al socialismo se deben recorrer precisamente todos los estadios del proceso histórico universal: el comunismo primitivo, la esclavitud, el feudalismo y el capitalismo, es una afirmación contraria a los principios del materialismo dialéctico, del materialismo histórico, de la economía política y del socialismo científico. Por eso los objetivos inmediatos dependen, en suma, del carácter que tenga la lucha de clases en un país determinado colocado dentro de un medio geográfico determinado también, y dentro de un tiempo concreto del desarrollo histórico internacional. Así se explica que la variedad de los objetivos inmediatos que se proponen alcanzar la clase obrera y las fuerzas a ella asociadas en los diversos países del mundo, sea tan grande.

Es importante, en tal virtud, presentar los objetivos inmediatos del proletariado y de las fuerzas progresistas dentro de estos diversos regímenes sociales que constituyen lo que he llamado el panorama del mundo en nuestro momento histórico.

En los Estados Unidos de Norteamérica, los objetivos inmediatos que persiguen las fuerzas progresistas son: el control de los monopolios; la vigorización de los instrumentos legales para limitar las enormes ganancias de las empresas; el aumento de los salarios; el cumplimiento de todos los principios que constituyeron el *New Deal*

del Presidente Roosevelt; la política de amistad de los Estados Unidos hacia la Unión Soviética; el fortalecimiento de la Organización de las Naciones Unidas; la política de paz internacional por un largo período de tiempo; el cumplimiento estricto de la Política de la Buena Vecindad hacia la América Latina; la no intervención de los Estados Unidos en los países coloniales; la repulsa a la teoría llamada del “Siglo Americano”, o sea la política de dominación del mundo entero por las fuerzas de los monopolios yanquis.

Estos son los objetivos inmediatos del proletariado y de las fuerzas progresistas de la gran nación del norte.

En la Gran Bretaña los objetivos inmediatos difieren. Consisten, para la clase obrera y para las fuerzas progresistas en impedir la consolidación de un bloque anglosajón —Estados Unidos y Gran Bretaña principalmente, y sus satélites— que convertiría a la Gran Bretaña en un simple apéndice de los Estados Unidos; en nacionalizar las principales industrias del país para ponerlas al servicio del interés general; en rehabilitar la industria británica atrasada en su técnica; en cambiar las relaciones que existen entre la metrópoli y los países que constituyen el imperio; en otorgarle la independencia a la India y a otras colonias; en impedir la intromisión de Inglaterra en países débiles para fines imperialistas, ya económicos o militares, como en el caso de Irán y de Grecia; en establecer sobre bases sólidas la amistad de la Gran Bretaña con la Unión Soviética; en establecer relaciones, sobre la base de igual trato, entre los países europeos y la Gran Bretaña, proscribiendo la intención de organizar la industria europea como una fuerza auxiliar de la industria inglesa.

Estos son los objetivos inmediatos del proletariado y de las fuerzas progresistas de la Gran Bretaña.

En Francia, los objetivos de estas fuerzas son distintos, varían, tienen su característica propia: control de los monopolios; nacionalización de las industrias fundamentales del país; reconstrucción de la economía francesa; intensificación de la producción económica; emancipación progresiva de las poblaciones y de los pueblos de ultramar con ayuda de la democracia francesa, para establecer la Unión Francesa, sobre bases de colaboración fraternal, pero impidiendo, al mismo tiempo, que la libertad de las colonias francesas pueda producir el hecho de que estos países, ya con libertad política, pasen a gravitar dentro de la órbita de fuerzas imperialistas de otros países; independencia de la política internacional de Francia; amistad hacia todos los pueblos del mundo; amistad de Francia hacia todos los pueblos de la Europa Continental; amistad de Francia hacia la Unión Soviética.

En Italia los objetivos inmediatos también son peculiares: la revolución democrática en interés del pueblo y bajo el control del pueblo; la revolución democrática que excluye la intervención en el Estado, en el poder, de gran parte de los viejos grupos dirigentes de la burguesía, y que, en cambio, acepta en la dirección de toda la vida nacional a nuevos grupos políticos y sociales; la revolución democrática que resuelva por razones italianas, con métodos italianos, la serie enorme de problemas que produjo el sometimiento del pueblo a un régimen fascista durante más de un cuarto de

siglo y la ocupación de Italia por la Alemania nazi; la revolución italiana que se ha propuesto una reforma agraria profunda y una reforma profunda al sistema industrial y bancario; una reforma profunda a la política del crédito; la elevación de la mujer italiana, y la supresión de todas las supervivencias de tipo feudal que aún existen en el país. Los objetivos inmediatos son, en consecuencia, el establecimiento de una democracia italiana nueva, antifascista, popular y progresista.

Los objetivos inmediatos en los países de la Europa Central y Sud-Oriental, dado el panorama histórico que ya comentamos, en Checoslovaquia, en Polonia, en Yugoslavia, en Albania y en Bulgaria, son: nacionalización de la tierra y de los recursos físicos del país; nacionalización de las industrias y de la banca; la total desaparición de las supervivencias del feudalismo, y la organización de una democracia profunda, popular y progresista, en vías hacia el socialismo.

En cuanto a los objetivos inmediatos para el proletariado y las fuerzas progresistas de lo que pudiéramos llamar el mundo colonial de antes de la Segunda Guerra Mundial, también hay diferencias importantes: en la India la independencia, pero la independencia sin romper con el Imperio, como paso inmediato. En Indochina la independencia, pero sin romper la Unión Francesa basada en una Francia distinta a la Francia de Vichy, diferente a la Francia de la preguerra. En otros términos: la independencia de Indochina, la consolidación de la República de Viet Nam, a condición de una transformación del régimen de Francia y de un desarrollo constante de la nueva democracia francesa. Y en Indonesia para aprovechar la libertad política y dar pasos en el sentido de los fines mediatos: la emancipación económica. En los países árabes los objetivos inmediatos para la clase trabajadora y para las fuerzas progresistas son: la transformación del carácter de la Liga de los Países Árabes, que en la actualidad no es más que un instrumento del imperialismo británico, a fin de que permita el tránsito de la época feudal y esclavista en que viven los pueblos árabes, a una etapa de revolución democraticoburguesa.

En el grupo de los países semicoloniales de antes de la guerra, dada su situación, los objetivos inmediatos cambian. En China: gobierno de unidad nacional, disolución de los ejércitos de partidos cuando la unidad nacional se realice, para hacer un ejército de la nación china unificada, y la transformación profunda de la China de antes de la guerra en una China nueva, en una República nueva, con una democracia medularmente popular, que haga desaparecer las supervivencias feudales y esclavistas y realice la revolución industrial del país, para elevar las condiciones de vida del pueblo, para aprovechar los vastos recursos del gran país, y poder emancipar a la nación china en lo futuro.

Y en nuestros países, los objetivos también se desprenden, como caso típico, de la propia correlación, de la propia lucha, de la propia contradicción ya mencionada entre el desarrollo incesante de las fuerzas productivas y las relaciones de producción. Nuestros países aún conservan, a pesar del desarrollo demográfico que en los últimos años, en algunos de ellos, ha sido importante a pesar de que el progreso general de la ciencia y de la técnica ha tenido sus repercusiones en ellos también, conservan aún

su fisonomía semifeudal, y la intervención de las fuerzas de los monopolios internacionales contribuye a mantener esta fisonomía en provecho no sólo de los detentadores del régimen atrasado, sino de los propios agentes del imperialismo.

Entonces, podemos decir que la estrategia y la táctica son peculiares en cada país, si bien para el proletariado los objetivos mediatos son los mismos; si bien no hay discrepancia ni cambios en los objetivos últimos, al variar y diferenciarse los objetivos inmediatos la estrategia y la táctica también cambian y se particularizan en cada país. Por eso mientras en los Estados Unidos el proletariado se lanza a grandes huelgas para frenar la voracidad sin límite de los monopolios y obligar al gobierno indirectamente, a que se mantenga firme frente a los trusts y los consorcios que tienen la hegemonía de la vida económica del país, en Francia la batalla por la producción, la no interrupción del trabajo constituye la táctica principal de la clase obrera; la batalla de la producción ha sido considerada por los dirigentes del proletariado francés como el aspecto esencial de “la lucha de clases en su nueva etapa”, porque son los monopolios de Francia los que quieren suspender, evitar la reconstrucción económica del país, el desarrollo de la economía francesa orientada ya bajo nuevos signos políticos.

En Checoslovaquia, en Polonia, en Yugoslavia, y en todos los países de nueva democracia popular, profundamente popular, que ha nacionalizado las tierras, las industrias y la banca, la huelga sería un atentado contra la clase obrera misma y contra el pueblo, porque el régimen que prevalece es un régimen en manos de las fuerzas populares más representativas, y porque la producción industrial no está dirigida por los particulares sino por la nación. Por eso yo pude ver en Checoslovaquia y en Polonia, en las fábricas todas, que son ya fábricas de la nación, de la comunidad, del Estado, la iniciación del “stajanovismo”, el estímulo de obrero a obrero, de banco a banco, de fábrica a fábrica, de ciudad a ciudad, para aumentar la producción, para mejorarla, para hacerla más eficaz, para superar los procedimientos, para mantener el honor de lograr una victoria en competencia constructiva.

Por otra parte, en los Estados Unidos la lucha contra los monopolios y su política interior e internacional está confiada principalmente al proletariado por una causa: en un país que ha llegado al grado de desarrollo capitalista en que se encuentran los Estados Unidos, con una pequeña burguesía que no tiene significación trascendental en la vida política y económica del país, la clase obrera se encuentra, dentro de su propio gran poder, sin grandes aliados en el interior de la nación para desarrollar su lucha. En cambio, en países como Francia, en Italia, en los países de la Europa Central y Sud-Oriental, los aliados de la clase obrera considerada en su acepción estricta, son numerosos, y esto ha hecho que, persiguiendo los mismos objetivos el proletariado y estas fuerzas progresistas populares, haya habido grandes cambios respecto a la estrategia de antes de la guerra. Ya desde 1935, ante la posibilidad de la Segunda Guerra Mundial, los mejores sectores del proletariado, los dotados de más experiencia y de mayor preparación política, sabían bien que la uniformidad en los objetivos inmediatos y consecuentemente la estandarización de la estrategia y de la táctica para la clase obrera habían terminado, y que la clase obrera, en cada país, debía prepararse



para enfrentarse a los enemigos de su nación, tanto en su territorio como en el ambiente internacional, aplicando los principios científicos a la realidad concreta de su país, pues de este modo la lucha sería más eficaz.

Estos principios, que ya desde 1935 eran claros para los mejores sectores de la clase obrera, fueron confirmados después por una serie de acontecimientos de importancia, entre otros la disolución de la Internacional Comunista. La resolución del Presídium del Comité Ejecutivo de la Internacional Comunista, del 15 de mayo de 1943, proponiendo la disolución de la Internacional es un documento importante, que dice en uno de sus párrafos: "La profunda diversidad de los caminos históricos en el desarrollo de los diferentes países del mundo, el carácter distinto e incluso contradictorio de sus regímenes sociales, la diferencia de nivel y de ritmo de su desarrollo social y político, y finalmente, la diversidad del grado de conciencia y de organización de los obreros, impusieron tareas diferentes a la clase obrera en los distintos países antes de la Segunda Guerra Mundial".

Luego agrega el documento: "Toda la marcha de los acontecimientos durante el último cuarto de siglo, así como la experiencia acumulada por la Internacional Comunista, demostraron de manera convincente que la forma de organización para agrupar a los obreros, elegida por el primer Congreso de la Internacional Comunista, forma que correspondía a las necesidades del período inicial del renacimiento del movimiento obrero, iba caducando a medida que se desarrollaba este movimiento por la complejidad de sus tareas en los diferentes países, llegando incluso a ser un obstáculo para el fortalecimiento ulterior de los partidos obreros nacionales".

Es decir, a medida que se desarrolla el proceso histórico y que nuevas formas de organización social aparecen, y que las formas del pasado se multiplican ellas mismas, aumentando la conexión y la interacción de los fenómenos sociales en el seno de cada país y en el seno del mundo, es indispensable abandonar las concepciones uniformes respecto de los objetivos, de la estrategia y de la táctica, justificables en un período anterior del desarrollo histórico, cuando las condiciones eran distintas.

La misma resolución que acabamos de leer dice: "Los comunistas, guiados por la doctrina de los fundadores del marxismo-leninismo, que nunca fueron partidarios de conservar las formas caducas de organización, siempre supeditaron las formas de organización del movimiento obrero a los métodos de trabajo de esta organización, a los intereses políticos vitales del movimiento obrero en su conjunto, a las peculiaridades de la situación histórica concreta y a las tareas que se deducen directamente de esta situación".

Por eso estos objetivos diversos, esta estrategia distinta, esta táctica variadísimas producen cambios de importancia en la lucha social y política de cada país. En donde los objetivos inmediatos del proletariado se identifican con los objetivos inmediatos de la nación; en donde el proletariado, para alcanzar sus metas inmediatas busca y realiza alianzas con partidos políticos, con fuerzas sociales organizadas que están de acuerdo en alcanzar los mismos objetivos, esta estrategia y la táctica consecuente tienen un carácter especial. Por eso ha habido un cambio tan importante en la organi-

zación política de los pueblos europeos: los partidos socialistas de antes de la Segunda Guerra Mundial, cada día se acercan más y más, a pesar de muchos de sus líderes, a pesar de muchos obstáculos de diferente carácter, a los partidos comunistas, con los cuales mantenían una pugna que parecía insoluble. Y en algunos lugares, como en Checoslovaquia y en Polonia, en estos países de la nueva democracia popular, la alianza entre los partidos comunistas y socialistas es una alianza casi orgánica. En cuanto a los partidos comunistas mismos, no son ya en muchas partes los viejos partidos de antes de la Segunda Guerra Mundial; son hoy partidos de grandes masas, aliados en muchos casos a otras agrupaciones de carácter popular también, persiguiendo objetivos inmediatos que también persiguen otras fuerzas sociales progresistas, y aun con partidos que persiguen objetivos finales diferentes. De allí el enorme desarrollo de los partidos comunistas en algunos países, no integrados por supuesto, por catráticos de la teoría marxista-leninista, sino por las grandes masas ciudadanas que ante la situación que la Segunda Guerra Mundial ha traído buscan coaliciones en las que está interesado el proletariado, desde luego, pero también las mejores y más importantes fuerzas de cada pueblo.

Por eso podemos decir que ante esta diversidad de los regímenes sociales en formación o en franco desarrollo, ante la gran riqueza de este mundo nuestro de hoy, en marcha hacia formas superiores de la democracia, la calidad de cada régimen es clara e inconfundible. Todo depende, en suma, de lo que se pretenda alcanzar, de lo que se pretenda destruir, de lo que se trate de hacer desaparecer, de lo que se pretenda levantar en su sitio o en su reemplazo. La pregunta es, por eso: ¿Qué clase de revolución queremos en nuestro país? Esa es la pregunta: ¿Qué clase de régimen deseamos para hoy, como objetivo inmediato? ¿Cuál es el paso que debemos dar ahora mismo? Y establecido el objetivo, la consecuencia es fácil: ¿Con qué fuerzas contamos para alcanzar esta meta inmediata? ¿Con cuáles fuerzas propias, con cuáles aliadas? Y, consiguientemente: ¿Cuáles son las fuerzas del enemigo? y, consiguientemente también: ¿Cuál debe ser la táctica que debemos emplear para alcanzar las metas que nos hemos propuesto; cómo utilizar las fuerzas propias y las de nuestros aliados; cómo destruir las fuerzas de nuestros enemigos?

La respuesta es, pues, la de que hay que precisar qué ha sido la Revolución Mexicana. Qué es hasta hoy la Revolución Mexicana en el tiempo; y qué es la Revolución Mexicana en el espacio. Para contestar qué clase de revolución queremos, es menester que precisemos antes dentro de qué cuadro histórico se ha iniciado y se desenvuelve la Revolución Mexicana, porque está en marcha y no la vamos a comenzar ahora, y en qué lugar del mundo se ha iniciado y se desenvuelve la Revolución Mexicana.

Considerada en el tiempo, la Revolución Mexicana se desarrolla, se inicia y se desenvuelve en la etapa del imperialismo, última etapa del capitalismo; dentro de la crisis general del capitalismo; en la época de la coexistencia mundial del imperialismo y el socialismo; en el período de fortalecimiento del imperialismo yanqui; en la etapa

de un gran desarrollo en la lucha de liberación de los pueblos coloniales y semicoloniales.

Considerada en el espacio, la Revolución Mexicana se inicia y se desarrolla, por el Sur, junto a países agrícolas de régimen feudal y esclavista, fuertemente influidos y perturbados por los monopolios extranjeros; y por el Norte, junto a la potencia capitalista más grande de la historia, a la que nos une una frontera de dos mil kilómetros de extensión. Considerada la Revolución Mexicana en el espacio también, podríamos agregar que se inicia y se desenvuelve en un Continente *sui géneris* desde el punto de vista geográfico, porque es una gran isla en medio de las vastas masas continentales del resto de la Tierra.

Ahora bien, sabiendo ya cómo se inició y cómo se desenvuelve la Revolución Mexicana en el tiempo y en el espacio, podemos contestar la pregunta que frecuentemente se plantean ciertos elementos, aun dentro del sector revolucionario de nuestro país. Si es evidente que la Revolución Mexicana tiene como objetivo inmediato, no el advenimiento del socialismo, sino la destrucción del pasado semifeudal y esclavista, y la emancipación de la nación respecto de la influencia extranjera, si, en otros términos, los objetivos inmediatos de la Revolución Mexicana son el establecimiento de un régimen democrático popular, pero al fin y al cabo un régimen burgués capitalista, surgen varias interrogaciones que es conveniente contestar; pero dentro de todas ellas una que hemos oído con cierta frecuencia entre ignorantes, no sólo ya de la teoría marxista, sino entre ignorantes de los relatos sencillos de la historia nacional, de los que no han leído nunca la historia de México, y por supuesto, la historia universal.

Se dice: si la Revolución Mexicana es una revolución democraticoburguesa, ¿por quién o por quiénes debe ser dirigida: por la burguesía o por el proletariado? Y es justamente esta pregunta la que debe ser contestada por nosotros. Ni la burguesía ha hecho nunca la revolución capitalista, ella sola, en ningún país, ni el proletariado ha hecho solo él, al principio por lo menos, los grandes cambios históricos en que ha tomado participación importante. Pero independientemente de consideraciones de carácter general, es claro que no puede ser la revolución democraticoburguesa de México dirigida por la burguesía, porque la burguesía mexicana es muy débil frente al imperialismo. Además, la burguesía mexicana está dividida. Hay ya, fruto de la propia Revolución, fruto de la lucha contra el pasado latifundista, esclavista, sin libertades, sin derechos para la clase obrera, sin libertades cívicas, etcétera, que caracterizó el régimen de la dictadura porfiriana, una elevación de la vida del pueblo, conocida en su aspecto estadístico general, que ha hecho aumentar consiguientemente, la capacidad de compra y las necesidades del pueblo, y este hecho ha aumentado la posibilidad de la industria en nuestro país. Así como el proletariado es hijo de la Revolución Mexicana, un gran sector de la burguesía es hijo de la Revolución Mexicana también; burguesía y proletariado son factores correlativos desde este punto de vista; pero si este sector nuevo de la burguesía ya tiene una conciencia clara de clase, y es una burguesía antiesclavista, antifeudal y antiimperialista, todavía hay sectores de la

burguesía, y aun dentro de la nueva burguesía surgida de la Revolución, que no piensan como el otro sector; todavía deseando el tránsito histórico, aún deseando la lucha contra el pasado, parte de la burguesía le tiene miedo a la propia revolución capitalista; y este hecho no es nuevo en la historia. En varias ocasiones la burguesía, frente a la lucha antifeudal, odiando el pasado, deseando su desaparición, no se ha atrevido a encabezar la revolución capitalista. Por ejemplo, recordemos la posición en que se hallaba la burguesía alemana frente al feudalismo; no toda ella era una clase social consistentemente revolucionaria, contra el pasado feudal; parte de la burguesía alemana, según el análisis de Marx y de Engels, por las condiciones peculiares en que la burguesía alemana había nacido y se había desenvuelto, se encontraba ante el pasado en la actitud de una fuerza que no quiere encabezar la lucha a muerte contra esas formas caducas de la producción.

En México nos ocurre lo mismo. Por esa causa, afirmar que la revolución democrático-burguesa de México debe ser dirigida por la burguesía nacional, es un grave error. Si la burguesía nacional, pues, no puede dirigir la revolución democrático-burguesa, el proletariado puede dirigirla. Pero, ¿debe dirigirla? El problema es ese. Sí puede, pero, ¿debe? Esa es fundamentalmente para nosotros la cuestión.

Para poder contestar esta nueva pregunta, la que consiste en interrogar si el proletariado debe dirigir la revolución democrático-burguesa en nuestro país, es necesario que sepamos con exactitud cuál es la situación económica de México.

¿Cuál es el desarrollo de nuestro país? ¿En qué grado se encuentra la discrepancia, la lucha, la oposición, la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción ahora? Sin este examen no podremos contestar válidamente la interrogación.

Muy pocos números, muy breves cifras, bastan para darnos exactamente la situación en que nuestro país se halla. En 1910, el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción tenían las siguientes características: la población dedicada a la agricultura era de tres millones quinientos noventa y seis mil individuos. De esta población tres millones ciento noventa y un mil eran campesinos, peones acasillados y aparceros pobres; y cuatrocientos mil eran arrendatarios acomodados y rancheros. La población artesanal y la dedicada a la industria textil, que era la única existente en aquella época, la que podemos llamar población industrial, de la industria de transformación o manufacturera, ascendía a un millón diecinueve mil personas. La producción agrícola, tomando el promedio de diez años anteriores, de 1900 a 1910, ascendía a seis millones trescientas cuarenta y cuatro mil seiscientos cuarenta toneladas; y la producción industrial, tomando como índice el año de 1900 igual a cien, por su volumen, llegaba en el año de 1910 a 117.7.

En 1945 las estadísticas nos dan las siguientes cifras: la población agrícola ascendía a tres millones novecientos mil individuos, compuesta por un millón setecientos veintinueve mil ejidatarios, un millón ciento ochenta y cinco mil peones y novecientos ochenta y cinco mil pequeños propietarios agrícolas. En cuanto a la población industrial, integrada por obreros de la industria de transformación y artesanos, era de

ochocientos cincuenta mil personas. La producción agrícola —el dato no es de 1945, sino de 1942— sube a 13.116,000 toneladas. En 1900 el índice era de cien, y, en consecuencia, en 1942 el índice de la producción agrícola es de 206. Y en cuanto a la producción industrial, cuyo índice, según se recordará, en 1910 era de 117.7, en 1945 sube a 361.5.

De estos datos se desprenden las siguientes conclusiones: el régimen del peonaje, régimen esclavista, ha disminuido del sesenta por ciento que representaba dentro de la población total económicamente activa en el país en 1910, al veinticinco por ciento en 1945, y del ochenta y ocho por ciento que representaba en el seno de la población dedicada a la agricultura, representa el cuarenta por ciento. El régimen del artesanado ha disminuido también, pero aún subsiste el 35 por ciento de artesanos dentro de la actividad industrial del país. En cuanto a la población activa dedicada a la agricultura, es ahora mayor que la registrada en 1910, pero inferior respecto del grueso de la población total; sin embargo, la producción agrícola se ha duplicado. La población activa dedicada a la industria (artesanos y obreros de la industria de transformación), excluyendo a los obreros de las industrias extractivas, del transporte, etcétera, es también relativamente inferior a la de 1910, y, como en el caso anterior, la producción industrial también aumentó, sólo que aumentó tres veces más respecto del volumen registrado en 1910.

Existe, por tanto, un desequilibrio entre el desarrollo agrícola y el desarrollo industrial, pues mientras el desarrollo agrícola duplicó el volumen de su producción, la producción industrial se triplicó. Por eso el desarrollo industrial en México se encuentra actualmente entorpecido por los siguientes factores: uno es la escasa producción agrícola, porque los ejidatarios sólo venden el cincuenta por ciento de su producción en el mercado nacional, el resto es producción dedicada a su propio consumo, y la producción de los ejidatarios ya representa el sesenta por ciento de toda la producción de México, y en el campo de los pequeños propietarios agrícolas hay también un porcentaje muy grande de la producción dedicada al consumo propio. El otro factor es la subsistencia importante del artesanado.

Pero hay que esclarecer un poco más estos datos: la destrucción del latifundismo, en su principal aspecto; la entrega de la tierra a los campesinos; el crédito y la ayuda técnica prestada por el Estado a los antiguos peones, en ciertas regiones del país; la iniciación de política de irrigación de las tierras; la defensa de los precios rurales, aun cuando ha sido esporádica y muy débilmente realizada, y otros factores, son los que, como recordábamos, han hecho progresar la agricultura, tanto desde el punto de vista de la superficie cultivada cuanto del empleo de mejores instrumentos de trabajo, y por eso aumenta el nivel de vida de los campesinos, como fenómeno de carácter general estadístico.

Por otra parte, el desarrollo del movimiento sindical de la clase obrera; la legislación protectora de los trabajadores; el aumento de los contratos colectivos de trabajo para las más importantes ramas de la producción económica —minas, petróleo, transportes, industrias de transformación—; la expedición de leyes protectoras de los

derechos de la pequeña burguesía, particularmente del gran sector que representan los trabajadores del Estado, y otras medidas de igual carácter, elevaron también, como fenómeno general, el estándar de vida de la clase trabajadora.

Estos hechos son los que han provocado el rápido desarrollo de la industria naciente, de esta industria que hemos antes calificado de hija de la Revolución; pero hemos llegado ya a un punto en que la industria mexicana se ve amenazada gravemente de ser detenida, por dos factores principalmente: uno, la capacidad de compra no es la capacidad de compra del pueblo entero, sino de ciertos sectores del pueblo, principalmente la gran burguesía, la pequeña burguesía de la ciudad y algunos sectores de la pequeña burguesía rural. El resto, sólo muy ocasionalmente consume los productos múltiples de la industria nacional.

Pero además de esta situación de alarma por la próxima saturación del mercado nacional susceptible de adquirir los productos de la industria naciente, la conclusión de la Segunda Guerra Mundial pone en grave peligro a la industria mexicana protegida en parte por los aranceles, pero en cambio sometida, en virtud del Tratado Comercial que México firmó con los Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, al blanco de la competencia, imposible de sostener por nosotros, de la producción norteamericana. Por otra parte, la falsa política hacendaria que hasta hoy se ha seguido durante muchos años por parte del gobierno, de no orientar el crédito público y privado para fines reproductivos, sino permitir que todavía, en su mayor volumen de inversiones, el crédito esté dedicado para fines de especulación, coloca a las fuerzas productivas en contradicción con las relaciones de producción en nuestro país.

El conflicto tiene que resolverse a fortiori, porque cuando las fuerzas productivas alcanzan cierto desarrollo, exigen nuevas formas de relaciones sociales, nuevas formas en las relaciones de producción, y esta exigencia no termina hasta no verse satisfecha. Por eso Stalin afirmó que: "La producción nunca se estanca en ningún punto muerto, sino que se desarrolla sin descanso; cambia y arrastra consigo a toda la sociedad, constituyendo la fuerza motriz, el movimiento principal de dicho desarrollo a través de todos los sectores de la misma. En unas épocas menos y en otras más intensamente; pero las fuerzas productivas se desenvuelven y a base de ellas cambian y se fortifican las fuerzas de producción".

En otros términos: cuando la contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas ha llegado a tal punto con las relaciones de producción, la conjunción de las fuerzas opuestas, de los contrarios, la lucha de clases, tiene que ser resuelta, y se resuelve de un modo indefectible. Y se puede resolver de cualquiera de estas dos maneras: en el sentido progresivo, o en el sentido regresivo. Y esto es, bien visto, lo que ha ocurrido en nuestro país, el problema de la Revolución durante los últimos cinco años.

Por eso la pregunta consistente en saber si el proletariado debe encabezar la revolución democraticoburguesa, tiene que ser contestada de un modo afirmativo. Le conviene, y por lo tanto debe de encabezar la revolución democraticoburguesa,

porque el capitalismo, la democracia burguesa, es un paso progresista con relación al pasado esclavista y feudal del país. Le conviene, además, porque desde el punto de vista del tránsito histórico, del desarrollo histórico, el capitalismo es un paso hacia el socialismo respecto del feudalismo y de la esclavitud. Le conviene, también, al proletariado encabezar la revolución democraticoburguesa, porque con este desarrollo el proletariado mismo crece, se fortalece como clase social. Al proletariado le conviene la revolución democraticoburguesa, y debe encabezarla, porque sólo él, el proletariado, es la fuerza social que puede impedir que las cargas que implica el desarrollo capitalista en un país que está viviendo una etapa anterior al propio desarrollo burgués, caigan fundamentalmente sobre las masas populares.

Es importante que el proletariado encabece la revolución democraticoburguesa, además, porque entre los propios partidarios del desarrollo democrático burgués hay quienes piensan que el régimen democraticoburgués en nuestro país debe ser un régimen de tiranía y de explotación del pueblo, a semejanza de lo que ocurrió en el Japón, en donde hubo una transformación del feudalismo al capitalismo; pero de acuerdo con un sistema de tiranía y de superexplotación de las grandes masas del pueblo.

Hay otros también que deseando la transformación histórica, no desean, sin embargo, que la revolución democraticoburguesa sirva para lo que el proletariado quiere que sirva también: la independencia del país frente al imperialismo; y por esta razón, asimismo, el proletariado debe encabezar la revolución democraticoburguesa de México.

Debe encabezar el proletariado la revolución democraticoburguesa, además de lo dicho, por otra causa: porque es la única forma de elevar el nivel de vida de las masas populares.

No queremos una revolución democraticoburguesa, al estilo de Canadá, en donde hay un alto estándar de vida, pero en donde no hay independencia de la nación. No queremos una revolución democraticoburguesa al estilo del Japón, en donde hay una independencia del país, o la había antes de la guerra, pero en donde el pueblo era el esclavo de los grupos dominantes.

Por último: el proletariado debe encabezar la revolución democraticoburguesa para imprimirle todo el sello popular y de justicia social que queremos para la Revolución Mexicana.

Es natural que, por la diversidad del desarrollo histórico de los diferentes sistemas sociales que ya hemos considerado en escala mundial y en cada región del planeta, la revolución que nosotros aspiramos a ver realizada en nuestro territorio, no sea una revolución que se identifique exactamente con algunas de las que existen; que digamos sea idéntica a ésta, a aquélla, o a la de más allá. Por eso no podemos decir que nuestra revolución debe ser la revolución de Checoslovaquia, de Polonia, de Yugoslavia, o que debe ser la revolución de otro país cualquiera en trance de realizar una revolución profundamente popular.

Si éstos, pues, son los objetivos nuestros, si éste es nuestro programa, la emancipación económica del país, la elevación del nivel de vida del pueblo y el logro de mejores instituciones democráticas, la Revolución además de ser una Revolución que conviene al proletariado, es una Revolución que conviene al resto de la Nación Mexicana.

Ahora veamos con qué aliados contamos y quiénes son nuestros enemigos. En primer término, ¿cuáles son las fuerzas que se han de oponer al advenimiento de un régimen democrático justo, y profundamente popular? El imperialismo extranjero, porque no quiere la emancipación de la Nación Mexicana; la burguesía reaccionaria, porque no quiere la elevación del nivel de vida del pueblo, aun cuando quisiera la emancipación económica del país; y la reacción típica porque aun cuando quisiera la emancipación económica del país, y aun cuando quisiera la elevación del nivel de vida material del pueblo, no querría de ninguna manera el establecimiento de un régimen profundamente democrático y popular. El imperialismo, la burguesía reaccionaria y la reacción típica tradicional, son los enemigos de este programa, de estos objetivos; los que lucharán como han luchado hasta hoy por impedir que las fuerzas del proletariado y las demás fuerzas progresistas los alcancen.

En cuanto a los aliados de la clase obrera, ¿quiénes son? Los campesinos —ejidatarios, pequeños propietarios agrícolas auténticos—; la clase media; la burguesía industrial progresista; parte de los banqueros; parte de los comerciantes; y subrayo la conjunción, por las características particulares de nuestro país. Y afuera, nuestros aliados son: el proletariado internacional y sus órganos representativos; la Federación Sindical Mundial, la Confederación de Trabajadores de América Latina. Y por lo que toca a fuerzas no proletarias, son aliados del progreso de México, del proletariado mexicano empeñado en el progreso de México, los pueblos todos de la América Latina, y, por último, los pueblos coloniales y los demás pueblos semicoloniales de la Tierra.

Tales son los objetivos, tal es el programa, tales son nuestras fuerzas, tales son nuestros enemigos, tales son nuestros aliados. Entonces, ya estamos en aptitud de contestar al programa: ¿Cuál es la táctica? Si ya conocemos las metas, si hemos fijado la estrategia por lo que toca a la correlación de las fuerzas políticas, al conocimiento de las fuerzas propias y aliadas, y de las del enemigo, ¿qué método debemos emplear, de qué instrumentos nos vamos a servir para alcanzar los objetivos fijados?

La táctica es la unidad nacional. Y la táctica es la unidad nacional porque los objetivos que tratamos de alcanzar no son objetivos exclusivos del proletariado, porque hay otras fuerzas que persiguen los mismos objetivos, inmediatos, no lejanos, y las fuerzas que se pueden asociar para caminar juntas un trecho de la historia constituyen ellas mismas el instrumento para alcanzar la meta y para luchar contra las fuerzas que pretenden estorbar el logro de las metas fijadas.

A esta alianza la hemos llamado la "Unidad Nacional". Por eso ha habido una alianza en México, desde hace cierto tiempo, entre las fuerzas del proletariado y las fuerzas de la burguesía progresista; y por eso también ha llegado el momento de precisar la diferencia que existe, y tan grande, entre la tarea histórico-política del



proletariado, de encabezar la revolución democraticoburguesa con las fuerzas que al proletariado se asocien o puedan asociarse, y el problema, distinto por completo, de las relaciones obreropatronales; pues hay también elementos dentro del sector revolucionario de México que se han preguntado, ante la alianza preconizada entre el proletariado y la burguesía progresista: ¿Esta alianza significa la renuncia a los derechos obreros? ¿Significa la cesación de la lucha de clases? ¿El no exigir presentaciones legítimas de parte de los trabajadores respecto de sus patrones? La respuesta, como se ve, es fácil y es obvia: la unidad nacional no significa colaboración de clases, ni el sometimiento del proletariado a la burguesía, ni la renuncia al empleo de las armas de lucha que la clase trabajadora ha conquistado con su sangre y con sus enormes sacrificios.

Dentro de las clases y los sectores sociales que en la historia se han asociado diversas veces para alcanzar objetivos inmediatos, siempre ha habido contradicción de intereses, y no por esta contradicción de intereses dentro de estas alianzas históricas momentáneas y particulares, las clases sociales que persiguen en determinados momentos objetivos comunes, han dejado de juntarse para luchar por el advenimiento de esas metas.

El no saber distinguir con precisión entre la tarea histórica del proletariado de ayudar de un modo prominente a la transformación de nuestro país, su paso del régimen atrasado económico, a una etapa o a un régimen de economía más desarrollada; el no distinguir entre este paso, entre esta tarea trascendental y las demandas justas, diarias, de la clase trabajadora respecto de los empresarios, es lo que ha confundido a algunos trabajadores de buena fe en relación con el Pacto Obrero Industrial concertado en 1945 entre la CTM y la Cámara Nacional de la Industria de la Transformación.

Les hubiera bastado a esos elementos desorientados, pero de buena fe, observar de qué parte, de qué lado salía o surgía el ataque contra el Pacto Obrero Industrial, qué sectores sociales luchaban contra el Pacto: la llamada Cámara Patronal, o Cámara Patronal de la República Mexicana, dirigida por elementos de Acción Nacional, influida fuertemente por los supervivientes del pasado latifundista; los comerciantes especuladores; los agentes del imperialismo y los instrumentos típicos de la reacción. Fueron estas fuerzas las que se opusieron al Pacto Obrero Industrial. Es decir, los enemigos de la revolución industrial de México, los enemigos de la transformación económica de nuestro país.

Por esta causa es tan importante la obra realizada por la Confederación de Trabajadores de América Latina en los últimos tiempos. A la CTAL se debe el hecho de que se hayan concertado alianzas semejantes a la pactada en México entre la CTM y la Cámara Nacional de la Industria de Transformación, en otros países de América Latina. Difícil, por supuesto, y complejo, es el trabajo de precisar la estrategia y la táctica en países como los nuestros, con un proletariado incipiente, sin conciencia de clase robusta, con una masa campesina no solamente empobrecida e ignorante, sino

alejada, en grandes sectores, de toda preocupación, no tanto en México, cuanto en muchos países de la América Latina, por los problemas de orden general y político.

Por atender a estas particularidades, la línea de la CTAL ha sido justa, por eso su estrategia ha sido certera, por eso su táctica ha sido coronada por el éxito.

A esto se debe también que las fuerzas de la reacción la ataquen hoy con mayor ferocidad que nunca; que haya habido hace unos meses una reunión en La Habana, de representantes de las fuerzas del clero político, para crear una organización sindical católica que destruya a la CTAL. Por eso las fuerzas del imperialismo también atacan a la CTAL de un modo cada vez más violento, a través del instrumento del imperialismo yanqui que es la American Federation of Labour; porque su línea es justa, porque su estrategia es justa, porque su táctica ha sido certera.

Si esos son, pues, los objetivos inmediatos para México: la revolución democrática burguesa con los fines ya mencionados; si esas son las fuerzas de que el proletariado dispone y son las fuerzas enemigas las mencionadas ya también, y la táctica es la táctica de la unidad nacional, no es difícil escoger entre un camino u otro camino de los que se presentan para México en esta hora, y comprender que los peligros que se alzan contra esta posibilidad de un régimen democrático cada vez más robusto, son serios: o nuestro país logra superar las actuales dificultades, acelerando con la revolución industrial el desarrollo vigoroso de las fuerzas productivas, para ponerse en consonancia con las necesidades del pueblo, con las nuevas fuerzas productivas en pugna con las relaciones de producción, para superar esta contradicción en una forma de síntesis creadora que produzca un régimen nuevo, o el país puede caer más en la órbita del imperialismo extranjero y sufrir las consecuencias de una regresión histórica.

Es precisamente a la falta del desarrollo sistemático, ininterrumpido del programa de la Revolución, con metas nuevas, cada vez, a medida que las anteriores se cumplen, dentro de la correlación cambiante de las fuerzas políticas, a lo que se debe que la Revolución Mexicana presente este camino de zig-zags. Por eso tienen importancia particularmente los regímenes que desde Lázaro Cárdenas hasta hoy han existido en nuestro país. El régimen de Lázaro Cárdenas fue un régimen que pasará a la historia como el régimen que pudo asestar los golpes más importantes a las fuerzas del pasado feudal y esclavista y a las fuerzas del imperialismo extranjero. Pero además, pasará a la historia como el régimen que pudo no sólo herir o golpear de un modo importante a las fuerzas regresivas, sino iniciar la etapa del progreso económico del país para elevar el nivel de vida del pueblo y buscar la emancipación de la Nación Mexicana.

Por eso Cárdenas es el símbolo más querido de la autodeterminación política y de las luchas por la independencia material de México. Ya reforma agraria otorgando la tierra a los campesinos acasillados; la entrega de la tierra más rica del país a los campesinos; el establecimiento del Banco Nacional de Crédito Ejidal; la protección a la clase trabajadora en muchas formas, hicieron no sólo desaparecer en parte principal las formas feudales, atrasadas del pasado, sino desterrarlas de plano en muchas regiones y sustituirlas por formas justas de producción. El trató de elevar el nivel de vida del pueblo desde el punto de vista económico, acelerando la revolución capitalista en

nuestro país, mediante el aumento de la producción agrícola, mediante el aumento de la producción industrial, etcétera. Su política nacional en este aspecto fue consecuente con su política internacional; o mejor dicho: su política internacional fue consecuente con su política doméstica. Su oposición a la invasión de Abisinia; su protesta por la política de la No Intervención en el caso de España; su apoyo franco al régimen de la República Española, etcétera, no son más que aspectos de la misma política que lo indujo a la expropiación de las compañías petroleras.

Así juzgada la obra del Presidente Lázaro Cárdenas, desde este exclusivo punto de vista, y sin tomar en consideración omisiones, errores y lagunas, podemos afirmar que con este régimen se inicia en México el desarrollo rápido del país para el advenimiento de un régimen democraticoburgues.

El régimen del Presidente Manuel Avila Camacho, considerado así también, fue lógica continuación del anterior; el desarrollo del programa de irrigación; la ampliación de las carreteras; la atención de las necesidades de los pequeños poblados; el aumento de los servicios sanitarios; la ampliación de la educación popular; las medidas para garantizar a los campesinos dentro del ejido, contra los abusos de los caciques ejidales o de los caciques políticos, y otras medidas semejantes, tuvieron por objeto transformar las relaciones de producción feudal y artesanal, en formas capitalistas de producción.

La falla principal de los gobiernos de Cárdenas y de Avila Camacho, consistió en el error ya mencionado antes, de que mientras por una parte pretendieron e hicieron desarrollar las fuerzas económicas del país, la política financiera que sus gobiernos siguieron, particularmente la política de crédito, trabajaba en contra de su propio programa.

Pero hoy nos encontramos frente a un cruce de caminos. En los momentos difíciles, críticos, de la historia, durante el paso de los cambios cuantitativos a los cambios cualitativos, cuando es menester resolver la contradicción que existe entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, el desenlace no es un desenlace automático, ni es una síntesis mecánica, y menos aún una solución inevitablemente en favor del progreso. Las soluciones se producen con la intervención de los hombres, no se producen sin la intervención de las fuerzas sociales, porque son justamente las clases sociales las que expresan las contradicciones del sistema. Y por esa razón la solución puede ser o regresiva o progresiva. El caso del fascismo es un caso típico de cómo la contradicción, la lucha de clases, el conflicto entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción fue resuelto, primero en Italia y después en Alemania, en favor de la regresión y no en favor del progreso. Y otro ejemplo de hoy mismo es el caso de España, si bien es cierto que en este último caso la intervención del imperia-lismo anglosajón ayuda a las fuerzas regresivas que están en el poder.

Nos hallamos ahora en el momento de elegir la continuación de la revolución democraticoburguesa imprimiéndole un sello cada vez más popular, haciendo de este régimen de justicia social amplia, un régimen que aproveche los recursos del país, que los transforme, que desarrolle la producción económica, que industrialice a México

para elevar el nivel de vida del pueblo, para aumentar los recursos del Estado y que éste pueda atender los servicios públicos, y para emancipar a la nación respecto de las fuerzas de afuera, o bien las fuerzas regresivas aprovecharán el momento para que nuestro país dé un salto atrás.

Por eso no se puede juzgar al gobierno nuevo del país, al gobierno que preside el licenciado Miguel Alemán, sino en función de la trayectoria que ha seguido la Revolución Mexicana y de la situación concreta económica que vive el país en los actuales momentos. El gobierno del licenciado Alemán es la lógica continuación de los gobiernos de Manuel Avila Camacho y de Lázaro Cárdenas, desde el punto de vista del desarrollo de un régimen democraticoburgues. Su programa, importante. Lo importante de su programa consiste en las conclusiones de las Conferencias de Mesa Redonda que se realizaron durante la campaña electoral, conferencias integradas por obreros, por campesinos, por patronos, por técnicos, por representantes del Estado en cada una de las ramas importantes de la economía del país. Este programa, el que se infiere de estas conclusiones, no es más que el programa del desarrollo económico del país de acuerdo con la tradición anterior. La composición del gobierno, considerado en su conjunto, no es más que la proyección de las fuerzas que existen afuera. En términos marxistas, este gobierno es, no un gobierno del proletariado, sino un gobierno de la burguesía; pero no es el gobierno de la burguesía reaccionaria, es el gobierno de la pequeña burguesía y de la burguesía progresista del país.

Para comprender mejor lo que el gobierno del licenciado Alemán representa, porque sería absurdo pretender juzgar a un gobierno que tiene unos cuantos días de existir, hay que recordar qué características tuvo la campaña electoral pasada; así como Cárdenas triunfó de sus opositores ofreciendo echar a andar otra vez las fuerzas del pueblo y del gobierno en favor de los objetivos inmediatos de la Revolución Mexicana en aquella época, olvidados por los gobiernos anteriores de la etapa del callismo; así como Avila Camacho triunfó de su contrincante, que estaba apoyado por las compañías petroleras, por los agentes de la Alemania nazi, por los agentes de la Falange Española; así Miguel Alemán triunfó de su opositor Ezequiel Padilla, que representaba la línea del imperialismo yanqui abiertamente.

Pero es claro que el gobierno de Alemán no puede realizar la tarea que se ha propuesto alcanzar la Revolución Mexicana, él solo. Si los objetivos inmediatos de la Revolución Mexicana son los ya mencionados, y el proletariado ha de encabezar esta revolución asociado con otras fuerzas del pueblo, empleando la unidad nacional como táctica, es claro entonces que el gobierno es una parte en la realización de esos objetivos, y las fuerzas del pueblo son la otra parte para alcanzarlos. Y entre más fuertes sean las agrupaciones, o el agrupamiento de las fuerzas progresistas del país, mientras más eficaz sea la unidad nacional, mayores perspectivas habrá para que el gobierno nuevo de México pueda realizar los objetivos que las propias fuerzas progresistas han señalado.

Pero para eso es preciso que digamos cómo son, cómo están, cómo se hallan ahora mismo estas fuerzas.

Ante todo es necesario aclarar, porque a este respecto también a veces existen confusiones, que las fuerzas sociales partidarias del progreso de México son la inmensa mayoría. Los hombres se mueven y luchan en el curso de la historia, tratando de satisfacer sus necesidades materiales, o bien defendiendo sus intereses creados, y en esta lucha la mayoría la integran los defensores de las necesidades no cumplidas, los insatisfechos, y la minoría la integran siempre los que defienden los privilegios. Por eso no hay ni opiniones ni sentimientos, ni prejuicios suficientemente poderosos, para oponerse en definitiva a que las masas populares alcancen la satisfacción de sus necesidades materiales. Podrán en un momento dado desorientarse, confundirse o detenerse frente a obstáculos; pero a la postre las masas del pueblo alcanzan sus objetivos. Lo importante en esta lucha es saberlas conducir, saberlas educar, señalarles quiénes son verdaderamente sus enemigos, quiénes son sus aliados. Por eso también la lucha política requiere siempre instrumentos eficaces de educación y de acción práctica. Estos instrumentos son los partidos políticos y las organizaciones sociales. Aprovechar el descontento de las masas, su ignorancia, y organizarlas social y políticamente para que luchen contra sus propios intereses, sin saberlo, ha sido siempre la tarea de las fuerzas reaccionarias, de las fuerzas regresivas. Organizar las masas del pueblo en agrupaciones políticas y sociales, interpretando sus verdaderos intereses y necesidades, ha sido siempre la tarea de las fuerzas progresistas, y particularmente la obra del proletariado. Por eso al examinar la situación que existe actualmente en México, podemos decir que la Revolución Mexicana no está en crisis, porque la gran mayoría del pueblo sigue luchando por el progreso propio y por el progreso de la nación. Lo que está en crisis son los elementos de lucha de parte del sector progresista, y de parte, concretamente, del proletariado.

No es preciso hacer un resumen detenido de este aspecto de la actual situación. Independientemente de su verdadero poder real, efectivo, las fuerzas regresivas están mucho mejor organizadas desde cualquier punto de vista y para sus objetivos, que las fuerzas del proletariado y del sector revolucionario. Las fuerzas regresivas están integradas por el sector reaccionario de la burguesía, por el clero político, por la prensa conservadora, por los agentes conscientes o inconscientes de las fuerzas del imperialismo, y todas trabajan bajo el mismo mando, sustentan la misma línea, mantienen el mismo programa, persiguen los mismos objetivos, emplean la misma estrategia y usan la misma táctica; en tanto que dentro del sector progresista del país compuesto principalmente por el PRI como instrumento electoral y por las grandes organizaciones sociales, el panorama es muy diferente.

¿Cuáles son los aspectos de esta situación, los más visibles? En primer término el movimiento obrero se halla dividido. Existen varias centrales sindicales, y aunque es verdad que la Confederación de Trabajadores de México es la organización no sólo mayoritaria sino más representativa de la clase trabajadora, porque ha cumplido actos de una enorme importancia no sólo para el proletariado sino para el pueblo entero de México y para la nación mexicana, y el nombre de la CTM está asociado a las jornadas más importantes de México desde el año de 1936, la existencia de varias

centrales sindicales, aun cuando sean pequeñas, fuera de la CTM, es un hecho que aprovecharán las fuerzas regresivas para estar luchando constantemente contra la CTM y contra la unidad obrera en su conjunto, fomentando la rivalidad, aumentándola y sacando provecho de la división.

En cuanto a la CTM en concreto, existe también una crisis en su seno, como resultado de factores internos y externos. Hay una rivalidad de bandos en el seno de la CTM, o de facciones. No hay en la actualidad, como método de trabajo, la costumbre de examinar en común, de un modo constante, entre los representativos de las diversas corrientes que existen dentro de la CTM, los problemas que interesan a la clase trabajadora y al país en su conjunto, para hallar una solución justa mediante el análisis crítico que constituya la verdadera opinión del conjunto de la masa de la Confederación. Existe la interferencia constante de las autoridades en el seno de los sindicatos, ya de las autoridades locales y a veces aun de las autoridades de la Federación, que obstaculizan el desarrollo autónomo del movimiento obrero. La falta de una conciencia robusta de clase en la masa, capaz de impedir la corrupción de sus dirigentes; el oportunismo de muchos de sus líderes que, con tal de alcanzar un puesto en el gobierno, y fundamentalmente un cargo de elección popular, a veces traicionan a su causa o abandonan la tarea que les ha sido confiada. La prevaricación de algunos de sus dirigentes por motivos propios; la debilidad en la tarea de la formación de cuadros y la promoción de los mismos, y la supervivencia aún de una escuela de vieja corrupción que hace de los líderes fuerzas que se oponen al nacimiento de nuevos dirigentes. La obra de corrupción, de cohecho constante de muchos patronos que se quejan de los malos líderes y que los producen ellos mismos, con el objeto de evitar demandas justas de sus asalariados, aun cuando a la postre les resulte mucho más caro el negocio a quienes usan esta clase de instrumentos; y la influencia que inevitablemente ejercen sobre los miembros de los sindicatos, de un modo indirecto, a través de sus parientes, de sus mujeres, de sus hermanas, de las mujeres en lo general, los elementos del clero católico reaccionario; todos éstos son factores para desunir a la clase obrera.

En cuanto a la situación interna de las otras centrales, de las pequeñas centrales sindicales, claro que existen los mismos problemas que en la CTM, pero agudizados, y algunos de los dirigentes de esas pequeñas centrales mantienen la división de la clase trabajadora como concepto y como conducta, porque con la división ellos prevalecen como están, y aun tienen la perspectiva de alcanzar una situación mejor, particularmente un cargo político. Por último, son hoy agentes del imperialismo contra la independencia de México.

En el seno de la Confederación Nacional Campesina hay también una crisis, provocada por la falta constante, sistemática, en las comunidades agrarias, de reuniones democráticas que examinen sus propios problemas, que estudien los problemas generales de la clase campesina, los aspectos de la Reforma Agraria, los problemas de la agricultura, de la economía del país. La crisis es provocada por esa misma falta de trabajo constante y democrático en las Ligas de Comunidades Agrarias, por el hecho de que algunas de las comunidades agrarias son simples instrumentos de los gober-

nadores, y por la falta de asambleas periódicas de carácter nacional en las cuales los representantes de la clase campesina examinen sus propios problemas.

En el resto de las agrupaciones de carácter social existen los mismos problemas, sólo que con peculiaridades propias, naturalmente, y el problema se agudiza más en algunas de ellas que en otras.

En cuanto a la organización política, el PRI, el Partido Revolucionario Institucional, es una organización inoperante. El Partido Nacional Revolucionario, el PNR, representó en su tiempo un progreso en la vida política del país, frente a la multiplicidad de los partidos que existían en los diversos Estados de la República, porque aun cuando el PNR no fue un partido de masas del pueblo, permitió a los propios detentadores del Poder, y principalmente a su fundador el general Plutarco Elías Calles, realizar la política de unidad para él y para sus propios colaboradores, frente a esta divergencia y pluralidad de partidos locales. El PRM, el Partido de la Revolución Mexicana a su turno, representó un paso mucho más avanzado respecto del PNR, porque por primera vez en la historia de la vida política del país, las grandes organizaciones sociales participaron en la dirección de la lucha electoral, y también en la dirección de la lucha conjunta contra la reacción y contra los enemigos del progreso de México.

Pero el PRM fue creado para fines concretos. Estos fines se lograron, y como el PRM después de eso no fue disuelto para reemplazarlo con un órgano en consonancia con las nuevas necesidades históricas, sino que se mantuvo de un modo nominal y reapareció sin autoridad moral en las justas electorales que se presentaron, fue desacreditándose paulatinamente, de tal manera que se extinguió un día como una sombra que se apaga —y permítaseme la expresión.

El PRI fue creado para asociar, para reunir a las fuerzas progresistas y enfrentarlas en la campaña electoral contra las fuerzas que pretendían llevar a la Presidencia de la República a un agente del imperialismo extranjero. Pero por eso, por haber sido un esfuerzo tardío para revivir al viejo PRM, la función cumplida por el PRI fue una función muy restringida. El licenciado Miguel Alemán fue electo por la inmensa mayoría del pueblo mexicano; pero no se puede decir que el PRI haya sido conducto para esa elección. La victoria del licenciado Alemán no se realizó a través del PRI. Se realizó sobre el PRI, por encima del PRI y por encima de sus órganos establecidos. No puede hablarse, en consecuencia, tampoco, de que exista en México, en los actuales momentos, un partido o una serie de partidos que agrupen a las grandes masas populares.

Existe el Partido Comunista Mexicano, pero ha sufrido tal cantidad de crisis internas durante los últimos tiempos, que se encuentra en un estado de gran debilidad.

Tal es el panorama que presentan las fuerzas políticas de México en los actuales momentos. ¿Qué hacer ante esta situación? ¿Cuáles son las conclusiones a las que podemos arribar? Si los objetivos son claros, si la estrategia está fijada, si la táctica es precisa, y si México se halla ante dos caminos para elegir uno solo de ellos, y si como complemento de esta situación del lado de la reacción las fuerzas funcionan

eficazmente, y del lado del proletariado las fuerzas, sus órganos de lucha, no funcionan eficazmente, cuáles pueden ser las conclusiones?

Sin nuevo análisis, que resulta innecesario, se pueden señalar las siguientes tareas para la clase obrera y para las fuerzas progresistas de nuestro país, pero concretamente para el proletariado.

“Ante todo, la unidad de la clase obrera, la independencia de la clase obrera; el mantenimiento férreo de la unidad interior de la CTM y la crítica y la autocrítica constructivas, en el seno de la CTM misma para darle un nuevo impulso.

La reorganización de la Confederación Nacional Campesina sobre la base también de un examen autocrítico para que pueda cumplir sus grandes tareas.

La alianza entre la clase obrera y la clase campesina.

La unidad orgánica o la unidad casi orgánica, como primer paso, mediante un pacto o una comisión permanente de consulta, de dirección, entre las organizaciones obreras, las organizaciones campesinas, la de los trabajadores del Estado, las que agrupan a las mujeres y a la juventud, para evitar discrepancias graves en la línea política y en los procedimientos a seguir.

La creación de un gran partido popular de las masas progresistas de México, para que sirva, al lado de los demás partidos progresistas que existan, y al lado de las agrupaciones de carácter social, a la consecución de los objetivos inmediatos señalados.”

Al hablar de un gran partido popular dentro del más amplio sector revolucionario de México, surgen desde luego algunas preguntas: ¿Debe desaparecer el PRI? ¿Debe desaparecer el Partido Comunista Mexicano? ¿Qué ligas debe tener el nuevo Partido con las organizaciones sociales existentes? ¿Cuáles deben ser las características del nuevo partido?

No es éste, por supuesto, el lugar ni el momento para examinar de un modo definitivo cuáles deben ser las características del nuevo partido, porque han de ser las masas trabajadoras y las demás fuerzas progresistas del país las que decidan, consultadas de un modo directo y en el momento oportuno, cuáles deben ser esas características. Pero los que concebimos este nuevo partido, y los que estamos convencidos de la necesidad de su funcionamiento inmediato, creemos que las principales características del partido deben ser éstas y en este sentido hay que, primero, precisar lo que el partido no debe ser, para mejor entender lo que el partido ha de ser.

“El partido no será un apéndice del Estado. El partido no será un bloque de sectores sociales. El partido no será un organismo de los políticos profesionales. El partido no será un partido marxista o de izquierda. El partido no será un instrumento meramente electoral.”

“¿Qué será entonces? En primer lugar un partido independiente del gobierno, y en segundo lugar un frente revolucionario.”

“En cuanto a su composición, el partido estará integrado por la clase obrera, por la clase campesina, por los ejidatarios, por los pequeños propietarios agrícolas autén-



ticos, por los peones y aparceros, por la clase media: maestros, pequeños comerciantes, profesionistas, intelectuales y burócratas.”

“Por lo que ve a su dirección, será una dirección rigurosamente representativa. Es decir, figurarán en ella, en la proporción correspondiente a sus fuerzas, los exponentes más prestigiados de las clases sociales que formen en el partido, y cada uno de estos dirigentes deberá representar dentro de la común ideología revolucionaria los puntos de vista particulares del sector o del gremio que dirija.”

“En cuanto al programa, si el nuevo partido que concebimos ha de ser un partido para contribuir de un modo importante al alcance, al logro de las metas, de los objetivos inmediatos de la Revolución Mexicana, ya está dicho que el programa debe tener fundamentalmente los siguientes puntos: en la esfera nacional, el partido ha de luchar por la emancipación de la Nación, por el desarrollo económico del país, por la revolución industrial de México, por la elevación del nivel de vida del pueblo, por el perfeccionamiento de las instituciones democráticas.”

“En la esfera internacional, el partido debe luchar principalmente por la conservación de la paz, por la exterminación del fascismo, por la independencia de los países coloniales, por la emancipación de los países semicoloniales, por la Política de la Buena Vecindad y por la unidad de la América Latina.”

Por lo expuesto, es fácil comprender que el partido que concebimos ha de ser de verdad un partido nuevo, un partido que formará parte del régimen revolucionario, pero que no dependerá del gobierno. Conservará frente al poder público su independencia completa, pero colaborará con el gobierno en el desarrollo del programa revolucionario de una manera directa o indirecta, haciendo labor de crítica constructiva, señalando los errores que el gobierno cometa en su conjunto, los que cometa el Presidente de la República o los que cometan en lo personal los funcionarios que integran el poder público.

Pero no ha de ser nuevo el partido solamente por su independencia frente al Estado, sino también porque los que lo concebimos creemos que el partido ha de nacer de abajo hacia arriba, y no de arriba hacia abajo, como casi todos los partidos políticos han nacido en nuestro país en los últimos tiempos.

Se afiliarán al partido directamente y de un modo espontáneo, los hombres y mujeres que acepten su programa, y ellos, los miembros del partido, manejarán de un modo directo y democrático los órganos del partido en las localidades más pequeñas, en los estados de la República y en los organismos de carácter nacional.

Será un partido nuevo, también, porque no será un partido que entre en receso en cuanto las elecciones hayan pasado, sino que será un partido permanente, de educación sistemática, y constante del proletariado y de las grandes masas del pueblo. Formará los nuevos cuadros que requiere este período histórico de la vida de México, y estimulará y promoverá de un modo constante a los nuevos elementos en formación, en cualquier lugar en donde se hallen, en las comunidades agrarias, en los pequeños poblados, en las ciudades, en los centros de cultura.

“Será un partido popular, un partido de masas, de miles y miles de hombres y mujeres, porque frente a los grandes problemas que México tiene que resolver en este período histórico, postular la autosuficiencia del proletariado sería un sectarismo ridículo.”

“El partido nuevo no puede ser un partido marxista porque ya existe el Partido Comunista Mexicano, y crear otro semejante equivaldría, aunque se diga lo contrario, y aunque se quisiera lo contrario, a inaugurar una lucha infecunda entre partidos marxistas, que podría tener graves repercusiones en la vida política general.”

“El partido organizará a las mujeres, a todas las mujeres, pues una de las grandes debilidades del sector revolucionario de México ha sido la de abandonar los derechos y los intereses que las mujeres representan en nuestro país.”

“Organizará el nuevo partido también a la juventud, porque sin la educación política de las nuevas generaciones no hay partido que pueda durar mucho tiempo.”

“En cuanto a sus métodos de trabajo, el partido ha de emplear cuantos recursos estén a su alcance para contribuir a la educación de sus miembros y a la educación del pueblo todo. Organizará grupos deportivos, orfeones, grupos dedicados al teatro y a la danza, orquestas, audiciones musicales, empleará el cinematógrafo como medio de propaganda cultural y política, y hará sus propias películas para explicar ante el pueblo su programa. Creará bibliotecas, una editorial, formará clubes de lectura y estudio en que se preparen de un modo constante los cuadros y tendrá su escuela superior para la formación y preparación de los cuadros altos del partido. Y en dondequiera que haya una prensa, por pequeña que sea, habrá un periódico órgano del partido. Utilizará la radio también, poseerá sus estaciones transmisoras para estar en constante y diario contacto con los miembros de los diversos órganos que lo integren a través de la República. Estimulará el turismo entre los propios miembros del partido en México, de región a región, de estado a estado en el seno del país; y también en escala internacional, para que los miembros del partido vayan a visitar a los miembros de otros partidos democráticos y progresistas de otras naciones, comenzando por las próximas.”

“El nuevo partido no perseguirá, pues, el monopolio de la acción política en nuestro país. Será un organismo más, pero un organismo más en favor de la Revolución Mexicana. Por eso mantendrá relaciones con el PRI mientras éste exista. Mantendrá relaciones con el Partido Comunista Mexicano. Mantendrá relaciones con todas las organizaciones sociales que existan, y con todas ellas se reunirá, discutirá, ayudará a la formulación de una línea, a la discusión de los problemas, a su solución concreta.”

Descansando, en parte, en esta nueva fuerza popular, el nuevo gobierno podrá dar pasos decisivos sin temor a la presión de las fuerzas contrarias ante la debilidad hasta hoy crónica de las fuerzas políticas y sociales del sector revolucionario.

Por último, deseo decir algo que el partido no ha de ser: no aspiramos a hacer un partido que gire alrededor de ninguna persona, de ningún hombre. Los que concebimos y estamos resueltos a trabajar por la creación de este partido, seremos sólo sus iniciadores. El partido no ha de ser el partido de Vicente Lombardo Toledano ni de

ninguno de los que cooperen en esta obra de su creación. Una vez hecho el partido, será en verdad el partido del pueblo de México.

Tales son, camaradas, los objetivos inmediatos, la estrategia y la táctica que a nuestro juicio corresponde al proletariado y a los sectores progresistas de México en la actual etapa de la evolución histórica de nuestro país, a la luz de los principios de la doctrina marxista, que es la doctrina de la clase obrera. Tarea difícil, requiere siempre capacidad y decisión, prudencia y convicción inquebrantable, porque no hay empresa histórica que no haya requerido de los mejores militantes de la causa nueva todos los sacrificios, toda la devoción, todo el empeño, toda la capacidad puesta en la obra. Y éstas son las cualidades que deben tener los militantes de la Revolución Mexicana. No caer en provocaciones; evitar las desviaciones de derecha, rechazando el conformismo, y el planteamiento de discusiones fáciles para resolver problemas tan complejos y difíciles como son los problemas de la lucha política en nuestro tiempo. Evitar las desviaciones de izquierda, el oportunismo, el sectarismo, esta mala yerba que reverdece a cada instante. Como decía Lenin: “Investigar, estudiar, descubrir, adivinar, comprender lo que hay de nacionalmente particular y específicamente nacional en la manera como cada país aborda concretamente la solución de un mismo problema internacional”. Estas cualidades son también indispensables en los militantes del proletariado y la Revolución Mexicana en general.

Quiero concluir haciendo un llamamiento. Al terminar este esquema, este enunciado de principios generales que se refieren al tema que nos ha congregado aquí, quiero hacer un llamamiento sincero, emocionado y vigoroso a los revolucionarios del pensamiento y de la acción en mi patria. Me dirijo a los que aman de verdad a México; a los que luchan en nuestro país para que su pueblo viva mejor; a los que se esfuerzan por hacer de la República una nación importante; a los que lucharon con las armas en la mano y no han prevaricado; a los que han luchado con las ideas y no las han vendido; a los que se encuentran en posiciones importantes, en cualquier aspecto de la vida nacional, y también a los humildes del pueblo; a las mujeres que quieren un México mejor para que en él vivan sus hijos; a los jóvenes que quieren una Patria más grande que la de hoy para vivir en ella y recibir sus dones.

A todos me dirijo para pedirles que mediten en la trascendencia de la hora histórica en que nos hallamos y presten su concurso para mejorar la vida de nuestro magnífico pueblo, y aprovechen esta etapa de paz para construir las bases de la independencia verdadera de la Patria Mexicana.

Me dirijo de un modo particular a los hombres y a las mujeres de la izquierda, a quienes preocupa por igual el pensamiento y la acción, a quienes su inconformidad con el medio en que vivimos sirve de estímulo para sus tareas revolucionarias.

Me dirijo de un modo particular también a los jóvenes de la izquierda, propensos a inclinarse hacia los métodos más simples de la lucha; a aquellos para quienes parecen escritas estas palabras de Lenin: “Es infinitamente más difícil —y mucho más meritorio— saber ser revolucionario cuando la situación *no permite todavía* la

lucha directa, franca, la verdadera lucha de masas, la verdadera lucha revolucionaria, saber defender los intereses de la Revolución mediante la propaganda, la agitación, la organización, en instituciones no revolucionarias y a menudo sencillamente reaccionarias, en la situación no revolucionaria, entre unas masas incapaces de comprender de un modo inmediato la necesidad de un método revolucionario de acción...”.

A estos jóvenes me dirijo, y a los adultos de la izquierda, para que demos un ejemplo de alto sentido de responsabilidad ante la clase obrera y ante nuestro pueblo, estudiando y discutiendo con frecuencia, como lo vamos a hacer aquí a partir de hoy, los grandes problemas de nuestro tiempo, para merecer el calificativo de hombres que tratan de aplicar la ciencia para lograr el progreso humano.

Como dije en la carta en que me permití invitar para esta reunión, no me ha movido en este empeño mi carácter de Presidente de la Confederación de Trabajadores de la América Latina, ni mi carácter de Vicepresidente de la Federación Sindical Mundial; sólo mi condición de mexicano.

Como mexicano, pues, llamo a los mexicanos, revolucionarios, para que ayudemos todos a construir una nueva Patria.

Esta obra se terminó de imprimir en el mes de noviembre de 1988 en los TALLERES GRÁFICOS DE LA NACIÓN, Canal del Norte N° 80, México, D.F. 06280 Delegación Cuauhtémoc. Su tirada fue de 3000 ejemplares en papel Cultural A.M. de 60 Kg.

